encerrado en el infinito

A ti.

—1—

Era de noche y hacía frío. En un vacío líquido, las formas se mezclaban y fundían unas con otras. Nada era claro ni conciso y todo flotaba imberbe en un espacio infinito: sin principio, sin fin, sin palabra y sin imagen. Un silencio perfecto y nocturno vestía de gala las oscuras estrellas y las empapaba en agridulces armonías.

Alguien escribe en su habitación; empieza a amanecer. Una mano se adentra en un pozo de niebla y saca a la luz figuras: hace de siluetas formas; en un extremo del mundo se asoma el Sol. Surge de las entrañas del oceáno, firme ante su propósito, y cuando todo su rostro es visible, y se ha elevado de su encofrada inexistencia, y vibra ardiente y majestuoso en las altas bóvedas del cielo, y las flores implosionan en destellos coloridos de fulgor y griterío, y los animales alzan gloriosos ditirambos al andar de su venida, y el viento baila mecido por el compás del nuevo reloj, y todo el viviente charco de la nueva aurora está de fiesta y es feliz, aparece, en el otro extremo del mundo, un espejo. En él se reflejan, atónitas, inertes y confundidas, todas las cosas del mundo.

Alguien sigue escribiendo historias en su habitación. Fuma, habla consigo mismo y mira a través de la ventana. Los rayos de Sol iluminan tímidos las hojas de los árboles, que se dejan traspasar como vidrio enmohecido. Una bruma ruidosa navega las calles: surca la superfície de las rocas, peina las esquinas, vacía el cielo en bajeles de niebla y quiebra los hilos que conectaban los cajones amorfos que contenían las formas. Nada parece ser algo, y ese algo parece no ser nada.

Progresivamente, las palabras que Alguien escribe van tomando vida propia: de las letras nace una criatura. Mucha sangre cubre sus vísceras, sangre que hace de piel y cortina al alma del mundo. Músculos dados de vuelta y una sonrisa maligna, con estalactitas de hueso oxidado, gobiernan su apariencia. Sus ojos son de negro opaco y repelen y rechazan al que mira.

—¿Qué es esto? Alguien debe haber puesto algo en mi té…—, dice mirando el vaso. Y, queriendo alejar el corazón de tan estupefacta visión, sigue escribiendo y fija su mirada en el papel. Tanto más escribe, tanto más la diablesca criatura se solidifica y coge forma. Ya la piel cubre su cuerpo, y sus dientes pueblan la cóncava nave, cuando Alguien se gira para mirarle y ésta le habla:

—¿Qué haces?

—Escribo.

—*Puaj*, qué aburrido. ¿Para qué?

Alguien ruge una mueca e intenta volver a escribir, pero no puede. La criatura lo ha desconcentrado. Antes de conversar, simplemente escribía, sin guía ni torceduras, como un actor interpretando un guión perfectamente conocido; ahora ya no encuentra las palabras, la criatura ha escupido el empalagoso germen de la duda y sus dedos no aciertan a teclear la tecla que quiere teclear. El texto tropieza.

La criatura habla:

—¿De qué va?

—Es un estudio paranoico-crítico de la epopeya de Gilgamesh.

La criatura se pasma; al rato, tras un sórdido silencio, empieza a reírse descontroladamente. Su risa chirría como si un agrio chirimiri atara a Alguien con cinchas a su silla.

—*Ja, ja, ja*… La razón perdido has… Más te vale que sea bueno, imbécil. Si escribes algo, que sea el mejor libro jamás escrito de toda la Historia de la Humanidad; si no, ni te molestes. Si no puedes ser el mejor en algo, ni lo intentes. ¿Qué digo? Si ya están todas las plazas cogidas… ¡No! Bueno… Cabo verde… *J'accuse*…; hoy en día no hace falta que lo *sea*, con que lo *parezca* es suficiente —dice, y le guiña el ojo con un ademán muy teatral; tanto, que se hace un poco incómodo de presenciar.

—Déjame en paz.

—No. Tengo claro mi cometido y pienso cometerlo.

Se calla y mira rebuscando alrededor de la habitación.

—Además —sigue—, sé sincero contigo mismo…, ¿quién coño se lee un libro hoy en día? *Bright future there, huh?* Con un meme habría suficiente, querido. Estás perdiendo el tiempo.

—Cállate.

La criatura, a medida que capta más y más su atención, se transforma: cada vez se parece más a un hombre. Alguien se rasca la cabeza, su hablar gira, busca y rebusca dentro de si, pero es incapaz de reencontrar el hilo perdido. Tratando de recordar, la criatura lo vuelve a interrumpir.

—Oye, y no me has dicho de qué va. ¿De qué va?

—Pues yo que sé, no sé… Lo acabo de empezar. De cosas…, de la vida…, no sé…, de las ojeras de la gente o de cómo se curvan los tejados con el tiempo…, qué sé yo…, de lo que van todos los libros… No sé, no sé…

—*¡Já!*—la criatura suelta una muy sonorísima carcajada—. Bueno, no te costará. Escribir un libro es, en realidad, muy fácil. Solo tienes que decir algo muchas veces. Así, mira: *"algo alguea algoso en los algos algunos de algo y…*". ¿A que sí, a que sí?

Gesticula histriónicamente, burlándose agitado al ritmo de sus propias palabras. Alguien mira impasible, tratando de no hacer mucho caso. La criatura, ante la mísera correspondencia, se alza aún más nerviosa. Si los ojos del otro no la miran, siente que desaparece. La sensación no le gusta.

Arrebatada, da botes por la *(pum-pum-pum-pum…)* habitación; de pared en pared canturrea melodías saltimbanquis e infantiles.

—¡Bueno! ¿Y qué? ¿Qué pretendes hacer? ¿Pasarte la vida entera escribiendo el maldito libro? ¡Qué aburrido! ¡Va! Salgamos fuera. ¿Es que no sabes que ahí fuera hay un mundo esperándote? ¡Deja de mirar por la ventana! Deberías verte aquí encerrado… Das bastante pena, ¿lo sabes, no?

—Lo que yo haga con mi vida es cosa mía…

—*Ja, ja, ja…*

La boca, desbocada y en frenesí, espeta, quema, emboba y mancha todos los rincones.

Y… *¡clic!*, deja de reírse, pone cara seria, lo mira con ojos abiertos como platos y dice:

—Ahí es donde te equivocas, querido, *ahí*… ¿Tienes ojos para ver? ¿Y oídos para escuchar? ¿Y cabeza para pensar? Me has dado a luz, inútil, ahora responsabilízate. Quien engendra es esclavo de lo engendrado. A partir de ahora, te seguiré allá donde vayas y haré lo que tú hagas. Seré tu sombra y tu camino. Imitaré cada uno de tus pasos hasta que la gente nos confunda. Los dos nos haremos uno. Yo seré él y tú serás yo, y cada vez estaremos más lejos el uno del otro… ¿Entiendes? Sí, ya verás, ya verás qué divertido… *¡Tachán!*

—2—

—Brutal.

—Brutal.

—Nunca había visto nada igual.

—Desde luego.

—Lo recordaré hasta el final de mis días.

—Dios. Dios en carne y hueso.

—Literal, ¿eh? Literal.

—¿Vamos a comer algo?

—Vamos.

Nos adentramos en la ciudad y buscamos algo de comer. Entramos en el primer restaurante que vimos y pedimos un kebab.

—No sé como te lo puedes pedir *con todo*, la lechuga de aquí parece plástico—le dije.

—Me da igual. Si no me lo pido *con todo* me atraganto. Ya lo probé una vez y te reíste mucho de mi, ¿te acuerdas? Ni siquiera pude acabármelo y lo dejé muerto en medio el plato.

—Mola la imagen de un kebab abandonado. Me recuerda como a perros y músculos. Ya, ya… ya sé que me odias, no pasa nada; yo también te odio a ti. Ya hablaremos del tema más adelante. Ojalá conociera todas las palabras del diccionario; así, quizás, podría decir todo lo que me pasa por la cabeza sin equivocarme.

—Ni con cien mil bocas, querido —dijo ella.

Me miró, sonrió con malicia, y yo reí apenado. Nos dieron los kebabs y fuimos a la mesa. Yo… yo sabía que aquellos epigramas tan ingeniosos solo se daban en los libros y las películas, y que quien pensara lo contrario mantenía su imaginación atiborrada de pienso para necios, pero en aquel momento preferí no darle cuerda al asunto y volví con Gris.

—A mi —dijo ella con la boca llena de comida— me gustas tal y como eres.

Y sacando la lengua y con el rostro desencajado y los ojos semicerrados se acercó para darme un beso. Yo, lejos de alejarme, me abalancé sobre ella y cuando nuestros labios se tocaron, soplé dentro de su boca.

Las cosquillas hicieron que se riera y escupiera y derramara las entrañas masticadas por encima de la mesa. Sexo, amor y mucho, mucho café por la tarde.

—Gris, por favor, estamos en público —dije yo con la cara muy seria.

¡Pam, pam, pam! Entonces nos reímos como locos y nos reímos y nos reímos y blablablablá…: estábamos muy enamorados y *oh, baby, do you know what that's worth? Ooh, heaven is a place on earth. They say in…*

La gente… la gente hacía su papel de gente. En esta escena en particular, nos miraba, porque así lo exigía su papel de gente. Yo perdí mi capacidad visiva cuando empecé a mirarnos a nosotros mismos como la gente nos miraba y todo se volvió sucio, oscuro, y borroso. Pero… pero no hablaremos de eso ahora porque quiero fabricar un Edén y la costa constituye un importante ecosistema natural de alto valor ecológico y muy frágil.

Costaba contener la risa. Cuando lo logramos, evitamos mirarnos a los ojos, no por miedo a que la carcajada rebrotase, sino más bien por temor a empezar *sexo* allá en medio del restaurante, destrozando las mesas y alarmando al personal que, confundidos, no sabrían qué hacer y huirían despavoridos a la calle, esperando pacientes a que la escena terminara.

¿Qué ibamos a hacer? El aire supuraba *sexo*. Ella supuraba *sexo*. *Todo* hablaba de *sexo*: el kebab, la política, los ángeles del cielo y las raíces del inframundo. De hecho, parecía haber un público exigiéndolo a gritos detrás de un cristal… ¡Cómo si nosotros fuéramos maniquís en un escaparate! *Bah*, gobios cazamoscas de adefesios pagafantas y esgrimidores dialécticos…: valientes campanas campaban por las venas de…

Yo estaba irremediablemente poseído alguna fuerza extraña que me contrataba el corazón a sueldo y me impelía a bajar la barbilla y mirar como un perverso depredador a mi querida, querida Gris. Ella deslizaba las yemas de sus dedos por la superfície de la mesa, que cobijaba nuestras piernas enlazadas.

Nos planteamos ir al lavabo, pero terminamos contentándonos con la viscosidad del kebab.

Limpiamos la mesa y el suelo y el apetito sexual no tardó en marcharse avergonzado, con el rabo entre las piernas, de aquel lugar infame que había invadido momentáneamente.

—Qué raro todo…

—Y qué bonito, ¿no crees?

Salimos del kebab y caminamos. El mundo corría a nuestro alrededor: hablaba gente, píaban coches, lloraban niños, en un segundo cabía una eternidad y rugían autobuses. Una brisa otoñal nos envolvía en su ocre manto, contraído y comedido, que brillaba en su pacífico estatismo ante las avezadas y brillantes farolas que titilaban por encima de nuestras cabezas. Poesía pura… Perfecto, lo que faltaba, pensé, lo que faltaba…; y me sonreí a mi mismo y miré a Gris sonriéndome a mi mismo y ella me sonrió

sonriéndose a si misma y el mundo se sonrió a si mismo después de pasarse una servilleta por los labios, que estaban muy mojados.

Nosotros caminábamos en una burbuja de pensamiento compartido, separados de las cosas y solos, cogidos de la mano de un silencio acogedor. Los dos habíamos aceptado nuestro papel de jóvenes enamorados. Todo iría bien si nos ceñíamos al guión y el calor no nos dilataba demasiado.

Llegamos a casa. Yo me desnudé y fui a ducharme porque odiaba estar sucio y la calle ensucia. Al salir, ella me esperaba desnuda en la cama. Mi peluche favorito… Que Dios bendiga América, que Dios bendiga América. No por nada, sino porque era una expresión que utilizaba a menudo cuando las cosas de la vida me maravillaban.

Aún mojado, salté por encima suyo y caí de espaldas en el otro lado de la cama. Le toqué el brazo con el pelo mojado y lo arrastré por su piel como una escoba para que se estremeciera de frío. Ella saltó encima de mi y me puso la mano en la boca y me bloqueó el cuerpo con sus piernas y, con su boca justo encima de la mía, empezó a dejar asomar gotas de saliva entre sus labios. Cayeron, cayeron, cayeron y *bfum*; me escabullí por debajo de sus brazos y me puse a su lado, mirándola con la cabeza apoyada en la mano, como un joven romántico perdido en la pradera de sus ensoñaciones. Ella se acercó y yo volví a saltar por encima y la abracé por detrás. Y la besé y la besé y la besé… Y ella me besó y me besó y me besó…

Todas las partes del cuerpo eran perfectas y parecían estar personalmente diseñadas para mi: un nuevo surco, un nuevo paisaje… Rozaba su piel caliente con la punta de mis dedos, que navegaban su cuerpo columpiados por el oleaje de su… Ay… Y entonces, toda ella y todo yo nos convertimos en calor y en fuego. Una capa mansa y ardiente cubría un gélido barranco que, como un bajo continuo, descansaba en nuestro interior y… Sí, sí… Muy bonito todo, muy bonito.

—3—

Silencio. Alguien ha dejado de ignorarlo. El anzuelo lo intriga. Al fin y al cabo, no todos los días aparece un diablo en tu habitación. Además, quizás por su condición submundana sabe algo del libro, ¿no? Quizás me pueda dar alguna pista…, piensa.

Alguien, a decir verdad, lleva unos días atascado. No sabe a dónde ir. En torno a si se amontonan gigantescas columnas de papel que albergan historias inacabadas e inconexas forradas con crípticos dibujos de formas geométricas que, solapadas unas encima de otras, confunden al agobiado espectador, que busca y no entiende, que anhela y no alcanza. ¿Es un dodecaedro, un cubo o un simple garabato? Sea como sea, se siente frío y con botas de lluvia en un día soleado.

Alguien… Alguien lleva mucho tiempo obsesionado con el libro. Tiene, sin saber bien porqué, la megalómana intención de enumerar y describir la recolección absoluta de sus memorias y narrar como afectan su presente. Además, piensa aventurarse a intentar materializar su devenir escogiendo los potenciales afluentes que más le seducen. Eso ha visto y eso hace.

Así, Alguien, en su anfíbico solazar del cisma empírico, se esfuerza en memorizar los discursos de sus amigos, los lugares que frecuenta, las sensaciones que le acometen, los objetos que le rodean, los sonidos, los colores, los armarios, los cajones, las plantas, los gestos, los tiestos, los tiempos, los lienzos, los quiebros, los tientos, los vientos, los lastres, los lazos, los catres, las cartas, las larvas, las lunas, las máscaras, las *cris-cras-crus de* las labias, y las… ¿firmas? utilizando ejercicios mnemotécnicos que había aprendido en su infancia. Las Musas son hijas de la Memoria, dice él, y, como un loco, intenta recordar sin aranceles.

No debe haber diferencia entre el primer plano y el fondo, dice; ¡y esta es la tubería! No puede dejar que todo aquello muera, no… Le acuchilla tremenda tristeza el imaginar que todo lo que le rodea, desde las sonrisas de sus amigos al azul del cielo, desaparezca sin dejar rastro. Alguien *debe* registrar todo aquello: lo rugoso y lo suave, lo amargo y lo dulce, lo grave y

lo agudo, y lo alto y lo bajo. Congelar, aún curtido, el magma, en un vaso vivificador del crimen continuo del conticinio contrario a nada más que si mismo. Y por eso una nevera es tan buen espacio expositivo, añade.

A Alguien, el indigno de embuste y arraigado a sus cruces, la imposición de tan grandioso cometido por tan lúcidas nornas le encrespa en un secreto jolgorio, claro… Divino yugo y sagrada orejera… Ser contenido por toda la vida que almaceno, emisor y receptor de la Gran Flor del Mundo, gélida borrasca y amable brisa: cúspide, hoyo, rata y halcón.

Misión al alcance de pocos, se excitan sus simientes que primaveras aúpan y, orgulloso, observa a los demás conformarse *viviendo* la vida, mientras él, labriego de espíritus y verdugo de sombras, se dedica a *crearla*. Y pues, avivado por el viento eterno de la soberbia, recibe toda adversidad como madre amante, convirtiéndola en espaldarazo y armando con cada duda una portentosa convicción.

Cuando no está ocupado representando seres y formas, piensa en cómo hacerlo. A veces, como uno nunca se cansa de mirar un sueño, siente que su cuerpo desaparece y que está en otro mundo; que, como aquel antiguo barco, se le hubieran cambiado las piezas al mundo y, aunque tuviera exactamente la misma apariencia, fuera completamente diferente… Y entonces, su corazón invisible se comprime hasta ser del tamaño de un guisante, y se arrastra por los suelos como una raya marina ciega o un martillo obsesionado con un clavo específico y, pertrecho de rumores y adalid de reumas, hace como aquella que explicaba la historia de un hombre que, en silla de ruedas, adelantó a su coche en la autopista después de mencionar que ha perdido la noción del tiempo por estar mirando fotos. Pero no nos divirtamos tanto, no… Sigamos por donde íbamos: los domingos.

Y los domingos descansa y se dedica a contemplar, henchido el pecho de placer, las consecuencias físicas de su etérea genialidad encarnada. A veces… No, aún no.

Bien, como decía, con un impulso creativo de tan voraz naturaleza, la mayoría de cosas que empieza, no las termina. Como es lógico, antes de concluir un proyecto, aparece otro de más resonancia con su estado anímico actual y ve imposible continuar su esmero de forma curva y sin conflicto: cualidad inherente a todo encuentro ortogonal, pero siempre ausente, gracias a la sinuosa bondad de Su Majestad, en lo curvo.

Se apila *(cluc, cluc, cluc, cluc)* la gravilla histórica y dispersa incrustada en cúmulos aéreos tercos a su infinitesimal química. Cristo acribillado es Cristo salvado y Cristo criminalizado es Cristo salvado: de poco sirve derogar una ley que no es suprema…, piensa.

A pesar de que no concluye ninguna de sus creaciones, Alguien, llevado por el característico fuego azul y arrogante de los artistas, está convencido de que su agudeza en la examinación de la naturaleza, su penetración en las profundidades psicológicas del género humano, el discernimiento de las distintas dinámicas que se dan entre las diversas fuerzas que constituyen la realidad, la identificación de patrones y *blablablás* de la existencia y la representación documentativa de su tiempo y época son incomparables e inigualables, y pues, se cree literalmente el ungido por el dedo de Dios para la materialización inmanente de los distintos fósiles que conforman la naturaleza. Su aparente inconcreción, por lo tanto, no lo preocupa en absoluto; más bien lo contrario, desde detrás suyo, lo impele a que traspase la… Y ahora sí.

El excesivo amor propio que se profesa llega a límites enfermizos. Como ya hemos dicho, le gusta contemplar su obra el domingo; a veces (muchas veces, ¡cuántas veces, cuántas…!) el domingo se alarga más de la cuenta y se olvida del mundo entero y acaba plena y científicamente convencido de que él es lo único que existe y no hay nada más fuera de él.

Entonces, Alguien se adentra en una centrifugadora narcisista que le obliga a representar el papel por si mismo ya representado y lo hunde en una cámara de eco baudrillardesca, cuyo valor depende de su replicadísimo factótum y difumina su naturaleza unitaria en tan abstrusa y obcecada

multiplicidad que… Da igual. Ya me entendéis. La cosa se ponía muy confusa y resultaba difícil incluso ver que (o qué) se estaba poniendo confuso.

Pero nos avanzamos mucho a los hechos, porque Alguien, el encerrado en prisiones checas y solamente iluminado por un Sol de neón, no es siempre así de poeta y… ¿para qué contarlo cuando podéis verlo? ¡No! Estructura de parlanchín confeti: ¡acude a la cita y deshiláchame el cuento! *Press here and keep it cool and steady;* hay caños para todos.

Muchas veces, de hecho, la tarea impuesta se le antoja inabarcable e irremisiblemente lejana. La mira y no la ve, la come y no la saborea. Transtornado por su insuficiencia, se bloquea y se rinde. Polvo, polvo, polvo… Sus ojos se llenan de cenizas y piensa que si es imposible ser un dios, ¿para qué vivir?, y se plantea seriamente el suicidio. Sí.

El libro solo me haría de máscara mientras viviera, pero cuando muera ¿qué? ¿Quedará la máscara sola y abandonada encima de una silla? ¿Será un cuerpo sin alma que navegue la bruma sin mojarse? ¿Será su libro un triste *gerri lacustris* de aguas existenciales que rehuirá pudorosamente el encrespamiento de su bella y lacia cabellera como una viejita que hace *aquagym* los jueves por la mañana? No, no, no… Ay.

Aquellos días, dice, se entrega a los nimios y necrofágos placeres falstaffianos del *prestissimo* infierno y a las burdas bardas calvas del conífero cuerno aburrido y rastrero que no llena. Después afirma que prefiere autoflagelarse y cortarse el cuerpo a taquitos antes que refugiarse en una firmeza fingida.

Y entonces, su destructora razón actúa como un anfitrión en una fiesta que, para evitar que los entusiasmados invitados descubran la habitación más sucia y desordenada de la casa, los dirige apasionadamente hacia los salones preparados para albergar números de circo, orquestras altisonantes y una variedad muy variada de espectáculos de todos los tipos y colores.

Y aborda el supermercado con imperial decaimiento y come rocas y merienda muerte y fuma muchísimo más de la cuenta, con el único

propósito de soldar en su alma un dolor tan acuciantemente angustiante que cribe del abanico emocional aureolar toda pequeño destello de esperanza. De breve duración (y afrontados con progresiva comicidad, *tot sigui dit*), cada vez que se propone desistir y abandonar la tarea, no tarda en resurgirle la necesidad febril de volver a transcribir (y/o diseñar) los disfraces que adapta el palpitante corazón omnipresente de la vida.

Tiene que incluirlo todo. *Así* debe ser; *así* lo manda su conciencia… La suave crispación de la planta ondulada que acaricia su piel, las notas del atardecer blanquecino que atraviesa la montaña y permuta los colores cuando son mirados fijamente, la prisa que tiene su amigo en verter el arroz de la bolsa a la paella, las bromas que hacen todos sus amigos, como rebota la luz de un fluorescente en las paredes de un parking, la tersa piel de su amada y la soledad insoportable que nunca se olvida por mucho que se ignore. *Todo*. Toda la silente majestuosidad que explota… y su rasgada extinción por las uñas de aquel monstruo y la luz (¡la luz, la luz…!) que vuelve a nacer victoriosa, inocente, magna, delicada, segura, curiosa, valiente y siempre, siempre nueva.

Y así, llevado de nuevo por su ardiente deseo, vibra de dicha cantando para si que es todo demasiado bello y es todo demasiado sublime para permitir que se pierda en las alcantarillas del tiempo. No puede dejar que todo aquello muera. Todo aquello *debe* ser inmortal. Sí… Debe registrar y reflejar cualquier suceso vital que le acontezca para desposeerlo de si mismo y otorgarle las cualidades divinas propias de la representación. *Ahá*.

—4—

Dormimos y nos despertamos y fuimos a un bar a tomar café. Todo bien: los hechos se suceden y un sujeto los sujeta.

—No sé si te pasa, pero yo, cada vez que bailo, siento que hay alguien mirándome. De hecho, haga lo que haga, no puedo olvidarme de que hay

gente mirándome; como si en vez de cuatro paredes, me rodearan solo tres. Es horrible.

Estábamos sentados en una terraza y había mucha gente alrededor. Todos hablaban y gritaban y reían, como suele hacer la gente en las terrazas. Era verano y las almas de la gente parecían saberlo.

—¡No! No puede ser que no te dejen examinar, hombre. Hemos de hablar con alguien. Debes examinarte. Verás, yo conocía al señor Giset. Él fue el que consiguió que Sara pudiera estudiar. Sí. Se presentó en la Universidad y *pim, pam, pum*; ya teníamos a Sara estudiando. En esta vida hay que conocer gente; eso es lo importante, siempre te lo digo… ¿Qué decía tu hermano? "No es lo que…" ¿Cómo era? Ah, sí… "No es lo que sabes sino a quien conoces". Pues hala, a conocer gente.

En otra mesa, el camarero escuchaba atento al discurso de alguien.

—Y un poco de vino va bien. ¡*Vinum, vinum*! ¿No bebes? Con moderación, va bien, hombre. Sí, la libertad es elegir. Pero bueno, como te decía… los romanos lo robaron todo de los griegos. Sí, sí; la helenización, porque la civilización griega se llama, como bien sabrás, helenística. Por eso, estoy convencido de que somos todos lo mismo y…

Habló más; mucho, mucho más. El camarero intentaba escaparse educadamente. El señor acabó hablando de su hija, que quería ser jueza. El camarero se vio obligado a atender otras mesas, lo que hizo que el hombre siguiera hablando solo. Era Doctor en Historia, le explicaba. No habría hecho falta explicitarlo, su enunciación lo delataba: ni tenía la naturalidad del cómico, ni el sensacionalismo del político, ni la emotividad del actor, y aún así, hablaba mucho: era profesor clarísimamente.

—Séneca… Mi *maestro*… La libertad es no ser esclavo de nada… porque claro…

El camarero ya estaba resguardado detrás de la barra. El hombre finalizó su discurso levantando un puño al aire, al cual el camarero sonrió decoroso desde la distancia.

En otra mesa:

—Pero bueno, ¿esta gente qué se cree? ¿Que se les van a abrir todas las puertas por venir de dónde vienen? ¡Vamos, hombre, por favor! Es que es el colmo… Que den por sentado que les vayamos a regalar un pedido…

Negaba con la cabeza rotundamente y espetaba gritos al aire. Su mujer, delante suyo, esperaba a que colgara el teléfono mirando noticias en el suyo y se planteaba el divorcio.

En otra mesa había un grupo de amigos:

—¡Oye! ¿Cuándo viajecito juntos, *tetes*?

—¡Va!

—Pues mucho ojo, ¿eh?

—Puede ser la polla.

—Bueno, pero tú Marc, cuidadito con las locales, ¿eh? Que nos conocemos…

Hablaron más tiempo sobre la temporada de esquí que se avecinaba y sobre el sida. Uno de ellos se erigió a gritos por encima de los demás y recalcó sonoramente como pretendía ejecutar una maniobra de mucho riesgo más de una vez el mismo día. Era una detallada estrategia de marketing que llevaba años bajo cocción: quería presentarse a él mismo como uno de *ellos*, y no de *estos*. Ridiculizó pasivamente a aquellos capaces de adecuarse a las reglas de *estos*, y narró múltiples historias y anécdotas que lo certificaban como uno de *ellos*. Los *estos* escucharon cabizbajos y avergonzados de formar parte de los *estos*. Sin embargo, debido a la cantidad de gente que había en la mesa, el superhombre se sintió ninguneado cuando la jauría de voces se solidificó más allá de si mismo, dejó de ser el centro de atencióny los *estos* siguieron hablando con el ánimo reconfortado por su mayor presencia en el Parlamento.

El Sol gobernaba la mañana y las palabras que lo rodeaban, por posesivas que fueran, no conseguían ahogarlo. Era una mañana tranquila. Gris me miraba y lo notaba. Al principio le había parecido tierno observarme mientras mi mente divagaba.

—Es como si desaparezcas —me diría más adelante—. Como si tu cuerpo se quedara aquí, pero tú no estuvieras en él.

Yo, apresurado y avisado por su presencia en el sueño, deduje que era hora de volver, parpadeé con todos mis músculos faciales y la miré.

—Perdón.

—Tranquilo. Estoy acostumbrada.

Ella sabía que aquel allá me daba vida.

—Sin él no existo, ¿entiendes? —le dije una vez.

Era verdad. Era el único sitio en el que sentía que no era esclavo de mi mismo; y cuando me descubría siéndolo, trataba de averiguar las razones… O no, dependía de mi estado de ánimo. Daba igual. Allá, aunque estuviera inevitablemente delimitado por un marco, podía por lo menos decidir el color y las formas que lo rellenaban. Podía pintar los barrotes de mi sueño y hacer crecer y perecer a mi gusto, y eso era más que nada. Allá era y soy el único titiritero: todas las fichas se mueven a mi merced.

Allá vi, de repente, dos cristales protagonistas de una escena. Como estaba en un tren, en uno de los cristales el paisaje se movía hacia un lado; en el otro, el mismo paisaje se movía en dirección inversa. Al llegar a la estación por eso, después de un rato embobado, me apercibió un hombre vestido de gris por estar viajando con un tíquet no autorizado y me obligó a reconocer que un ojo no es una vagina y que de una estocada no siempre surgen flores. Yo, contrariado por el alabeado esquema que me presentaba el señor, hice…

—*Che*, no vuelvas. Habla conmigo que me aburro.

—Perdona, perdona, perdona… Perdón.

—Pues eso. Que si quieres bailar para mi, yo haré de público encantada, y así no sientes que es una paranoya tuya; que es verdad, que hay alguien mirando y que, al acabar, te dirá lo bien que lo has hecho y te hará el amor si le has dejado satisfecha con tu actuación.

—Vale. Mola.

Yo, que me había despertado a mitad de frase y me dieron ganas de llamarla guapa y ahogarla de besos; pero en el momento en que lo pensé, la duda se abalanzó sobre el pensamiento y lo aniquiló; la idea dejó de parecerme natural después de tanto ajetro intelectual y renuncié a mi inicial objetivo.

Siempre me sentía raro después de estar allá, como si este cuerpo no fuera el mío y fuera extranjero en la piel de alguien diferente; como si habitara un alma ajena. Además, me dolía mucho el abdomen superior, donde acababan las costillas y no sabía por qué; pero no, no… No debía…

—Ey —chasqueó los dedos delante mío, queriendo despertarme—. Estoy aquí, ¿vale? Si necesitas algo me avisas.

Yo asentí y asentí. Me picaba mucho la cara. Y el pelo, y la piel, toda la piel y… A saber qué pinta tenía desde fuera… Yo era un cilindro y, por dentro y por fuera, todo me rozaba. La gente hablaba; movían mi silla para pasar; ¿qué tal?; risas; se encendían cigarros; los apagaban; una barra de metal se pegaba contra otra; me dolía la espalda; los cubiertos se caían; los platos rechinaban; me rascaba; se vaciaban mesas, se limpiaban, se llenaban otra vez; el Sol picaba; yo no sabía donde meter las piernas; gasas manchadas en muñones de mancos; las conversaciones se solapaban; ¿todo bien?; el momento parecía sangrar; yo sudaba mucho; moscas, moscas, moscas; la gente se acercaba cada vez más; trajeron comida; la gente comió por la boca; yo me encogía y… Tenía que volver.

—Ay… Estoy cansado —dije—. Pero es que te juro que… Todo esto se me antoja raro, raro muy raro… Como si fuera una imitación de mala calidad, ¿sabes? De *muy, muy mala* calidad.

—Ya, ya lo sé. Tranquilo. Yo estoy aquí. Y te quiero, ¿vale?

Sonreí. Me sentí muy feo sonriendo. Me picaba mucho todo. Pensé que no me la merecía y decidí (Dios sabe por qué) quedarme un rato en aquel pensamiento. ¿Qué hacía ella con alguien como yo? Ella era un ángel y yo… Yo, yo… Ella me había salvado la vida… Y yo, ¿qué había hecho por ella? No, no debía pensar en estas cosas; estas cosas no, no… Yo… yo

quería quererla, pero no podía, no sabía cómo. Había un muro gigantesco entre yo y el mundo. La realidad se mezclaba con las ficciones de mi cabeza, creía vivir en los mundos inexistentes de mi imaginación y cuando, desprendido del abrigo de mi ensueño, topaba con la frialdad maquinal de los objetos de este mundo…

Da igual. No me preguntéis cómo, pero a veces lo muerto parece más vivo que lo vivo y *I live only when life I leave* porque sisear no tiene perspectiva caballera. A mi me parecía todo muy extraño. Sentía que se me chivaban frases desde algún sitio lejano y en algún idioma ajeno; frases que moldeaban y configuraban mi realidad mientras ocurría; frases que no me pertenecían pero me utilizaban de chivo expiatorio para dar a la luz ciertos conflictos totalmente foráneos a mi identidad.

En fin, que a veces sentía ser el protagonista atormentado de un libro pretencioso escrito por un escritor novel con delirios de grandeza. ¡Pero no podía ser! Yo era yo y no era otro. ¿No? Yo era solo uno; ¿cómo puede alguien ser dos? No podía ser, no. Y… ¿y solo acababa de empezar? ¡Ay, ay…! ¡Válgame lo que tenga que valerme! Era un recién nacido con pensamientos de viejo. Pero si no era yo…, ¿quién? ¿Quién tiraba de mis cuerdas? Tonterías…, ¡qué tonterías!

Y así, como si mis músculos tuvieran unos topes igual que los juguetes que me regalaban cuando era niño, que solo podían mover el brazo en una dirección y que, si tratabas de moverlo en otra, se rompía el brazo y quedaba colgando, convirtiendo aquel juguete nuevo en una pobre figura desahuciada y abandonada a merced del tiempo, esperando, casi excitado, al día en que la madre lo encontrara en algún rincón escondido del mundo y lo tirase a la basura en alguno de aquellos ataques que le agarraban en que se dedicaba a tirar todo objeto que mostrase la más mínima muestra de abandono, se apagaban mis pensamientos al llegar a unos confines que…

Yo quería ir a casa. Necesitaba dormir. Después me sentiría mejor, seguro. Tenía metida en la cabeza una canción, la maldita canción de mi infancia. Malísima. Tan, tan mala que ni siquiera quería recordar el

nombre… Una línea cóncava daba vueltas alrededor de un eje y trazaba el perímetro de una esfera.

—¿Qué? ¿Cómo lo llevas? Recuerda que hoy comemos con mi madre… ¿Te acuerdas?

Yo quise decirle que este capítulo se me estaba haciendo demasiado largo y quería que acabase ya porque me dolía mucho la cabeza y me sentía con un traje que no era el mío, pero rectifiqué y no lo hice porque probablemente malinterpretaría la afirmación y yo me vería obligado a explicar cosas bajo un Sol que creía abrasivamente copado y sobrecargado de calor, así que me sacudí mi tristeza de encima como un perro al salir del agua, vi a Gris mirarme con una ironía inquisitiva y queriendo remarcar la madurez y relevancia que conllevaban un encuentro como aquel y me reí facilitado por su disfraz infantil, faceta que siempre, siempre, siempre es de agradecer entre los adultos porque solo los niños saben de qué va la movida y, ante la aparentemente majestuosidad teatral de ciertos sucesos vitales que sobreabruman el alma débil e iniciática en su senda hacia "el piso de arriba", no hay nada mejor que una balsa de agua fresca al pie de las escaleras.

Y entonces *(¡pum!)* yo le saqué la lengua e intenté chuparla como un perro y se apartó.

—Ah… ¿conque has vuelto, eh?

—Sí, sí. Perdón. ¿Estabas asustada?

—Sí. Pensaba que te morías.

Y me convertí (¡al fin!) de vuelta en un niño y me reí y pensé que la quería, pero como no estaba seguro de que esa Gris existiera y fuera real, no dije nada. Decidí tampoco darle demasiada importancia a esa leve dislocación y pensé en comida. Sí. Comer, comer, comer… ¡Qué fácil es olvidarse de uno mismo en este mundo! Todo parece estar dispuesto para escindirte de tu autoconciencia y ocuparte de verborrea externa y superficial. ¡Qué guay! Un supermercado de Leteos: *I'm in*.

—Lo siento por no haber estado aquí —le dije a Gris al cabo de un rato, ya más contento y relajado por la conclusión estética y sintética de mis difusos pensamientos.

—No, no me importa. Tenía que responder *e-mails*.

—Mola. Tener que responder *e-mails* siempre mola.

Pasamos por una gasolinera y hablamos de la gasolinera. El capítulo se estaba alargando pero yo ya estaba muy cómodo con la fricción ennervante resultante de la prolongación innecesaria de ciertos acontecimientos y sucesos de poca (o ninguna) importancia porque la redundancia me entusiasmaba y ¿qué era sino ornamento superfluo toda esta vida nuestra?

(Y… Bueno, también porque el arte copia la sociedad mientras esta se copia a si misma y esa clase de cosas, sentía que debía hacerlo, *tot sigui dit*.)

—*Benzinera* es una palabra muy bonita.

—A mi me gusta esa —dijo señalando con el brazo—: *locker*. Es naranja. Es una palabra naranja.

—¿Sí? La has pronunciado extrañamente. Definiría tu pronunciación como "goteada por una burbuja opaca y mucosa de gelatinosos amarillos con un crocante de verde pastel claro en la garganta". *Bah*, da igual, las palabras son una mierda.

—Sí. Y todas innecesarias.

—Ya. Bueno… No sé si es porque yo soy imbécil o porque las palabras son inútiles. Da igual. Por cierto, ¿estará tu hermano?

—*Hm*… — hizo ver que pensaba porque sabía que yo quería que estuviera y quería alargar el suspense—. Sí —dijo coqueta. (Palabra cuyo significado adoro y cuya sonoridad odio, por cierto).

—Mola, mola.

—5—

Hundido en la más ruin y despreciable miseria, por ejemplo, sabrá justificarla a los ojos del mundo para que, aunque le vieran como un pobre enfermo, lo vieran, al menos, como un pobre enfermo con alas en la espalda y un corazón tierno y luminoso que le permite crear bellas poesías con sus soeces y castigadas manos. Sería una morsa con mofletes caídos, dientes apretados, barba raída y ojos inflamados, pero una morsa poeta.

Quidquid latet apparebit, diría entonces el pobre rodeado de horrendos grifos y penosas conmiseraciones sin saber bien bien porqué lo diría.

—Mi trabajo consiste en equivocarme y, después, en tratar de enarbolar argumentaciones más o menos coherentes que justifiquen mi equivocación. Primero me equivoco, después intento convertir esa equivocación en algo provechoso —explicaría con una sonrisa maliciosa cuando le preguntaran sobre su dedicación.

Como seguro que podéis imaginar, esta prometeica pulsión de hilar doseles de plata y seda alrededor de neveras de cristal que contienen cadáveres maquillados y músculos apelotonados es harto díficil de gestionar pues, al igual que necesita escribir para vivir, necesita vivir para escribir, y el tiempo que dispone para cualquiera de las dos nunca es suficiente para poner en práctica el otro.

De hecho, siempre que intenta vivir, se acaban almacenando en su cabeza un océano de recuerdos que después, a la hora de escribir, se le aparecen de forma vaga y neblinosa, debido a que la excesiva cantidad de información que se ha visto obligado a mantener cercada hace que, inevitablemente, algunas partes se pierdan para siempre y ¿cuánto mide la costa de Inglaterra? y esa clase de cosas. Y así, sentado en una silla con el asiento inclinado y resbaladizo, intenta Alguien vislumbrar la forma de mantener la dignidad frente a potenciales y metomentodos inversores.

A veces, en un estallido de lucidez momentánea, se le aparece la idea que ayudará a cohesionar todo el palimpsesto de sinsentidos, basura y podredumbre que inunda su habitación… Al poco rato, habiendo

sobreestimado su memoria, desaparece en el centrífugo bosque de su pensar, acosado por fugaces destellos de las más variopintas imágenes.

El mundo y las cosas que en este suceden se le escapan constantemente como agua entre los dedos. Básicamente (y más allá —o acá— de cualquier tontería poética que pueda añadir luego), vive sin vivir y escribe sobre esa ausencia. Cuando alguien se recluye y prescinde de su relación con el otro, vaga condenado a repetirse y repetirse enclaustrado en la celda de su narcisismo infértil, pues no halla estímulo con el que oxidar su índigo y poder convertirlo en azul, y se queda verde, verde mucoso, verde pantanoso, verde tóxico y criminal.

Le desespera, ciertamente, pero también le excita. Si se detiene a observar un fenómeno concreto, se pierde los siguientes; y si no se detiene a observarlos, no puede plasmarlos como quiere. Esa sincopada claqueta e inexorable rueda tersa atentivas las redes de su anhelo, que buscan culminar en lo creído inasible. A veces desea que el mundo se pare para poder contemplarlo queda y cautelosamente con la minuciosidad de un científico, pero eso nunca ocurre porque cuando se superponen dos círculos siempre hay uno que queda por encima. Y así… así perpetua Alguien, dos de copas creído recopón, su irrigante y miserabilísima miseria.

No le preocupa, por eso… A Alguien siempre le ha gustado estar triste y eso le hace sentirse muy especial. Muchas veces, cuando le invade la alegría (y con ella el ineludible sentimiento de culpabilidad), se ocupa de colocarse cuidadosamente un cilicio en la parte superior de su muslo con afiladísimos pinchos para asegurarse de que no asciende demasiado arriba porque no se cree digno de los altos estadios espirituales reservados para los justos y virtuosos y así poder mantenerse morsa.

Otras veces, la tristeza se le hace insoportable y sueña con despreocuparse de aquella inhumana aspiración y dedicarse a aceptar las cosas tal y como son, exactamente igual que un payaso de circo. Resignarse ante el vaivén cómico y sagrado de ese baile de máscaras eterno y participar en él sin ansias de reconstruirlo…

Pero cavar… Cavar satisface más que ninguna otra ciencia, porque uno encuentra diamantes y piedras preciosas y toda suerte de secretos que habitan en las penumbras del alma humana y solo allá pueden hallarse.

Pero, pero, pero… (¡Pero, pero, siempre peros!) ¿Esque no puede, como todo el mundo, encontrar un trabajo, formar una familia, y hacerse viejo? ¿Por qué no pasar la vida convirtiendo el dinero en más dinero y aceptar que su salario determine su vida? ¿No? Sí… Las coincidencias vendrían después… ¡Trabajar, trabajar! Amar los metros cuadrados y los días de vacaciones y los restaurantes y los entretenimientos y los sufrimientos y las rectas y las líneas y los ángulos que le corresponden y poder vivir tranquilo en su pequeña y asombrosa cárcel…

Ser animal doméstico…, ¿qué mal hay en eso? Aceptar la confusión generalizada entre lo cuantitativo y lo cualitativo y olvidarse del cultivo de la libertad propia y ajena; inserir barrotes metálicos en el suelo como si fueran árboles y hacer un bosque de barrotes metálicos como si fueran almas… ¿Acaso le vale la pena pensar constantemente en tonterías sobre el maldito libro, la belleza y el infinito? ¿Acaso le sirve pensar en el agua, el cielo y las montañas? ¿Qué hay más penoso? ¡Edificios, edificios! ¡Queremos edificios! No toda esta abstracción inconcreta… ¡Pragmatismo! ¡Dicha gacha, dicha gacha…! ¿Es realmente necesario elucubrar tan exacerbado paripé para intentar alcanzar algo que se ha probado, una y otra vez, como imposible?

Pero no. No puede. Lo siente mucho, dice, pero no puede. Debe, por lo menos, intentarlo. Y ve en el cristal de la ventana una maraña de ramas y raíces enredadas como pelos desordenados… Eso han hecho todos sus ídolos y él debe hacer lo mismo. (Porque sí, queridos…, lamentablemente, Alguien aún es joven y tiene ídolos a los que admira, venera y obedece).

Aunque sea una inversión a fondo perdido, piensa, o arrojar un cubo en un pozo sin fondo, piensa, o partir una madera en dos y que una mitad se caiga al suelo y la otra se quede horizontal y quieta encima del soporte que

ejercía de tope para poder cortarlas… debo intentarlo. Si tan solo lo intento, no fallaré…, imposible, imposible…, solo estoy intentándolo.

Así justifica Alguien ese mórbido y pesado armatoste programado para configurar la imagen del mundo definitiva y concluyente, que, en definitiva y según su creencia, albergará el infinito entero. Y el armatoste, mórbido y pesado, da pasos. Da pasos muy lentos y muy costosamente, pero da pasos.

Y ya basta de tonterías; volvamos ahora a la habitación.

—6—

Llegamos a casa de su madre. Era un apartamento en un edificio. Una vez dentro, uno creía encontrarse en una fantasía mojada de algún director de cine de gusto barroco y recargado. La casa entera rezumaba curvas ostentosas de un plástico brillante y *kitsch*. Todo, a pesar de ser excesivo, estaba minuciosamente ordenado y bien colocado; como si se abalanzasen unas cosas sobre las otras, pero con educación y preguntando antes a la víctima si aceptaba su perpetración.

Nos recibió una chica que trabajaba para su madre, dándonos la bienvenida con prisas y volviendo a la cocina inmediatamente. Su madre y su hermano esperaban sentados. El uno miraba al suelo; la otra tenía, como un santo con la cruz y la lanza, el mando de la tele en una mano y la copa de vino en la otra. Sonrió efusivamente al vernos. Tenía muchas cosas que contarnos.

En la tele anunciaban muchas cosas y muy diferentes. Era el mediodía del sábado y era verano. Su madre habló:

—¿De dónde venís? Cómo están las cosas, eh… Parece mentira; ¡con lo fácil que sería si todo el mundo tuviera un poco más de decencia! No sé. A mi me da igual porque ya me quedan pocos años, pero me sabe mal por vosotros. Pásame la sal, querido… No. La sal, la sal. Gracias. Yo vengo de fuera y allá todo es muy bonito. Tendríais que haber venido. Unas ruinas, un

hotel… Bueno, yo nunca había visto una cosa semejante. En fin que… pero, ¡bueno! ¿Dónde está la comida? ¡Irma!

—¡Ya va, señora!

En la cocina parecía haber una guerrilla. Sonaban platos, cazuelas y cubiertos; puertas abriéndose y cerrándose contínuamente; silbidos, suspiros, gritos… De repente, salieron las chicas con fuentes enteras de comida: gambas, arroces, panes, ensaladas, pescaditos fritos, patatas de bolsa, patatas fritas, olivas, carnes en salsa, diferentes tipos de pescado con diferentes tipos de salsa, más arroces, verduras, bebidas, *sushi*, más bebidas…

—Pantagruélico —le dije a Gris en voz baja. Me gustaba esa palabra. Su madre escuchó algo.

—¿Qué? ¿Queréis algo? ¿Un huevo frito? ¡Irma! ¡Hazles un huevo frito! Claro, es que no puede ser… —dijo mientras se levantaba—. ¡Siempre hacen lo mismo! Traen de todo menos lo necesario. No puede ser, perdonad. ¿No? ¿Seguro? ¿Seguro? ¿Seguro que no queréis un huevo frito? Si no nos cuesta nada, ¿eh? Venga va, ¡Irma! ¿No? —Volvió a sentarse.— Bueno, bueno… Como os iba diciendo… Las cosas allá a fuera están muy mal, muy mal. No sabéis las cosas que me envian. Uy, si las viérais…

» ¿Y mis amigas? Cada cual peor. Entre que una se quiere liar con el filipino que trabaja en casa y otra tiene al marido que no se puede mover… Imaginaos. En fin, que es todo un drama. ¡Ay, si tan solo supiérais! ¡Ay, ay! Yo necesito un poco de *relax*. Irme de viaje me irá bien. No sé. Ahora estoy planteándomelo, ¿qué os parece? Sí, sí, está muy lejos y yo ya no estoy para viajes largos. Uy, uy…; ¡ni me lo recuerdes, no! Desde aquel viaje, yo no he sido la misma; así de claro te lo digo. Después de aquel viaje enfermé, como sabréis; y desde entonces no he parado de ir al médico. Que si *scanner* por aquí, que si prueba por allá…; y ya sabéis lo que pienso de los médicos… Si no fuese por ellos tu padre aún estaría aquí, que en paz descanse. En fin, que yo ya no sé qué hacer. Y la empresa va fatal. Y va fatal porque no me hacen caso… ¡Irma! ¡Más vino! ¿Vosotros qué tal? He escuchado que…

Siguió hablando, pero yo ya no escuchaba. Me fijé en el hermano de Gris. Parecía triste. Picaba un poco de comida de aquí, otro poco de allá, pero no levantaba la mirada. La suegra, una vez ya se había desquitado de ese punzante dolor siempre acechante en sus silencios, se calló y dejó que hablaran los demás.

—Bueno, y ¿tú qué tal, Javi? —preguntó Gris.

Javi, con la cabeza gacha, siguió jugando con los restos de comida en su plato. Cuando escuchó su nombre, de repente, apretó la mandíbula, entornó los ojos y se dibujó una sonrisa maquiavélica en su rostro. Alzó la cabeza pausadamente, mirándome a Gris y a mi con los párpados caídos y dijo:

—¿Yo? Aquí. Ya me veis: sigo siendo el rey, como podéis apreciar.

La madre emitió un sonido extraño, como de animal cansado. Javi siguió hablando.

—Sé que estabáis ansiosamente esperando a que dijera algo. Cuando yo suspiro, el mundo suspira conmigo. Lo sé. No se me escapa nada, ¿sabes? Je, je… Mi silencio, igual que mi palabra, configura el mundo. Cuando callo, el mundo calla; cuando hablo, el mundo habla. Además, *sé* quien está escribiendo todo esto; es un demonio y yo lo conozco. También tira de mis cuerdas pero a mi no me asusta. Le he visto la cara, lo he mirado a los ojos y… Y es un cobarde, básicamente. El miedo lo gobierna; es así. Envidioso de dios, se ha tenido que contentar siendo un pobre diablo.

—Ya… —dijo Gris mientras miraba con visible preocupación a mi y a su madre—. Eh… ¿estás yendo a clase?

—¿Qué más te da? ¿Acaso cambiará mi respuesta la opinión que te merezco? Mira tus zapatos… ¿qué me vas a contar?

—Bueno; voy a echarme una siesta. Cuando quieras irte nos vamos —me dijo a mi sin mirar a Javi.

Gris se levantó y se llevó a su madre al salón. La suegra ordenó, antes de irse, que hicieran dos cafés y los trajeran a la sala de estar. Todo empezó a oler mucho y muy fuerte y los humos se volvieron como de color rojo. Javi, cuando se hubieron ido, cambió repentinamente de rostro y se puso triste.

—Nada, ya sabes. Mañana será igual que hoy, que es igual que ayer… Pero estoy bien, aunque me duela. Hago y soy tal y como se me exige. El papel es el papel. ¿Y tú? ¿Tú qué tal?

—Yo… no sé. Me siento muy solo. No es nada nuevo pero a veces me abruma demasiado—dije.

—Así se sienten los ganadores—dijo él con una sonrisa maliciosa.

En ese momento pasó Irma corriendo con dos cafés.

—¿Tú crees? No sé… Yo… yo camino por la calle…, y veo la tele…, y me imagino a mis amigos del cole… y ellos tienen algo, ¿entiendes? Se manifiestan por una causa común y hablan con una misma jerga y se entienden entre ellos y comparten gustos y aficiones y se ríen y se emborrachan y se divierten y… y su vida tiene sentido. Pintan con los mismos colores, al menos. Y yo no tengo nada, nada de todo eso. No entro en ningún lado, en ningún lugar soy bienvenido: ni entre revolucionarios, ni entre conservadores; ni entre ingenuos, ni entre intelectuales; ni entre empleados, ni entre empleadores; en todos lados soy mirado con sospecha y desagrado… No tengo nada, nada a lo que atenerme, absolutamente nada.

—Bueno, tienes a mi hermana, ¿no?

—Sí, claro… No sé qué haría sin ella… A ver cuánto dura por eso… Muchas veces he creído que viviré solo y moriré solo y nadie me amará realmente como soy. Pero, bueno, sí; ahora, por lo menos, la tengo a ella. Ella… ella parece amarme tal y como soy. O eso creo. Sí, sí… Eso he de creer, eso he de creer. Si no la tuviera, tío… Si no la tuviera probablemente sería como tú, querido y *no offense*, pero yo no quiero eso, no quiero… No soy lo suficientemente fuerte, lo siento. Es la verdad.

—*None taken, hun* —dijo guiñándome el ojo—. Bueno, bueno, eso es bueno. Mi hermana es muy buena —se detuvo un segundo, y siguió—. Entiende al menos que, por muchas veces que se repita una mentira, no se convierte necesariamente en verdad. Además, ¿desde cuándo el criterio del vulgo es de fiar? Aunque veas a todo un grupo de gente vestidos de forma similar, hablando de forma similar o con una estructura lingüística o moral

similar… no quiere decir que estén haciendo *bien* (lo que sea que eso sea) o siquiera que se sientan menos solos. Se podrán divertir juntos y lo que tú quieras pero todos saben, en lo más profundo de su alma, que aquello es solo una vulgar tirita que les aparta la vista de las cosas importantes o, en definitiva (y espero decirlo sin hacer mucho ruido por miedo a que me acosen los mosquitos de la lengua) de la Verdad.

—¿Y cuál es?

—Pues que todo es mentira, y eso es verdad. Je, je, je…

—Ya, pero, entonces… ¿Qué decir? ¿Qué hacer? ¿Qué ser?

—Muy fácil. Ambas. Un poco de todo, mucho de nada; algo de nadie, y nada de alguien. ¿No? A un cubo de basura se le ha de revestir con la bolsa para que se convierta en un cubo de basura… Y la tapa. La tapa, si quieres, también. ¿Entiendes?

Hubo un silencio largo, acompañado por las voces lejanas de Gris y su madre y el murmullo vago y entrecortado del lavaplatos. Javi, de repente, lo interrumpió con una tos escueta.

—Bueno y… (perdón), ¿no estabas escribiendo un libro? ¿Qué tal va eso? La finalización de un proyecto puede considerarse como un motivo de peso para mantenerse con vida, ¿no? ¡Dichoso quien siempre desee algo porque su vida tendrá siempre sentido! ¿Eso quién lo dijo? ¿No lo dijo alguien? Ni idea, ni idea… No me acuerdo, pero… eso.

—Sí…, pero no me gusta. Creo que lo voy a dejar —respondí yo, consciente de que esta conversación estaría en el libro—. No me gustan los libros. Son todos mentira… Leo un libro, escucho una canción, veo un cuadro o una escultura y me elevo por los aires, lejos, lejos, lejos de la mundaneidad absurda que huele a ceniza y mancha las manos, pero… pero claro, luego todavía he de salir de mi habitación, y abro la puerta y subo las escaleras y abro otra puerta y pongo un pie fuera de casa y salgo a la calle.

» Y la calle sigue siendo calle y la gente sigue siendo gente y los techos siguen siendo techos y las terrazas sigue siendo terrazas. Y todo sigue igual y rodeado de ese sórdido silencio impenetrable y abrasador. Y se me muere

el alma por dentro, ¿entiendes? Se me muere de verdad. Yo, que vengo de vivir en el cielo, he de caminar en el infierno y hacer ver que no pasa nada. Y a mi, ¡claro, claro! Me maravilla esa magia innombrable… pero no sé si quiero participar de ese engaño.

—¿Pero qué dices, querido? Piensas eso porque te aburres demasiado, seguro. Quítale patetismo al asunto, por el amor de Dios. Mira: —y empezó a hacer gestos de niño pequeño como un loco que no sabe hablar: hizo ver que pensaba, que se rascaba, que se enfadaba, etc. acompañándolos con sonidos infantiles y payasescos. Recuperó su compostura y siguió:— *Confused unga bunga, wachi mestel curilangus,* querido; el mundo es tu representación: las cualidades mágicas que le otorgas al libro provienen de ti, no del libro, por ende, podrías otorgarle las mismas cualidades a la vida. *¡Tachán!*

» ¿Qué? ¿Cómo dices? ¡No! No te estoy hablando de intercambiar el papel del Sol por el de la Luna ni de salvar al gato y abandonar el cuadro. Quizás solo se trata de quemarse con estilo. Quiero decir… Las redes, el mar… Sin Uno no hay Otro y sin Otro no hay Uno. Tú mira al cielo, querido… ¿Reconoces el milagro que significa el que haya un cielo y podamos verlo? ¿Lo reconoces? Sin Padre no hay Espíritu, sin Espíritu no hay Hijo y sin Hijo no hay Padre… Con un poco de cúrcuma y limón aderezarás la línea recta y le darás volumen. Solo quiero decir que…

Javi se quedó en blanco. Durante un buen rato. Durante un muy buen rato.

—No sé qué iba a decir. Da igual. Si te digo la verdad, yo no tengo ni la más repajolera idea de nada. Y esa es la verdad. Nada, nada, no sé nada, así que por favor, no me hagas caso, hablo demasiado. Ando demasiado imbuido en los artificios humanos y sus ramificaciones. De hecho, yo solo me divierto (y sin divertirme), ¿entiendes?

» No sé. A veces siento que alguien está escribiendo el guión de mi vida mientras se desternilla al otro lado de la cortina y soy un insecto pequeño e indefenso ante los pinchazos de bastoncillos de madera de gigantes de

piedra y de mármol; otras veces pienso que soy yo el maestro de mi destino y el capitán de mi alma y mi grito vivifica tripulaciones enteras. No lo sé, no lo sé… Podría hacer ver que sé algo (y muchas veces —¡cuántas, cuántas veces!— siento que el mundo me obliga a interpretar esa maldita pantomima), pero la Verdad, la Verdad es que no sé nada. Lo siento.

» Y… y sé que suena arrogante pero creo haber estado el suficiente tiempo solo para saber que el que menos habla más dice, y viceversa. Perfilar una máscara no es lo mismo que cincelar un alma… La una requiere soberbia, la otra humildad. Eso es lo único que sé. Lo siento, lo siento…

Estuvimos mucho rato en silencio. Todo parecía haberse vuelto líquido, no había dónde agarrarse y parecíamos caer al vacío sin ninguna fricción. De hecho, tan lejos como estábamos de las tazas de café y las cucharitas, llevábamos tanto tiempo cayendo, que no sabíamos si subíamos, bajábamos o si siquiera nos movíamos.

En fin, que era todo muy confuso y hablar de ello lo hace aún más… Diagonales y diagonales. A ambos nos dolía la cabeza y el aire que corría entre ambos se había hecho muy molesto. Parecíamos habernos convertido en la misma persona: nos mirábamos a la vez, bajábamos la cabeza a la vez…

Decidí que me sentaría bien hacer una siesta. Así que sí, me levanté y, sin decir nada, me fui.

Javi se quedó en la mesa con los codos apoyados y la cabeza entre las manos. No encontraba la posición ideal en la que sentarse. Entonces, pensó en escribir y que quizás le sentaría bien. Siempre y cuando, por eso, no se petara el boli en mitad de la labor y manchara toda la página. Quizás llenaría… Quizás vaciaría… Quizás unas cintas rojas dibujarían toboganes o quizás una malla de aluminio se edificaría a si misma. Eso le daba igual.

La cuestión es que, en ese momento, la circunferencia se dobló, la neonata rotó sobre su eje (que era el mismo que el de la primogénita), y lo que antes era un círculo se convirtió en una esfera.

—7—

La criatura está, a estas alturas, muy nerviosa. Como una escoba que barre sola, se sube por las paredes y emite pedorretas; se sienta, juega con su saliva y chilla sonidos indescifrables. Todo se ha perdido. De repente, se detiene en el centro de la habitación y, con una postura solemne, el rostro serio y la mirada fija, alarga el brazo y empieza a mover los dedos como si sostuviera e hiciera bailar a un títere frente a una audiencia abarrotada.

Hace grandes reverencia y chirría una risa estridente, enseñando coquetamente su podrida dentadura. Un alarido breve cruza el perímetro rectangular que constituyen las cuatro paredes y se incorpora. Brusca y nerviosa, como si tuviera a alguien dentro suyo queriendo salir, la criatura se hace grande. Adapta una forma muy parecida a la de Alguien. Su cabeza da con el techo y se agacha, toda ella deforme y monstruosa. ¡Triste alarido y corona espinosa!: el hoyo es negro y su cielo es blanco. Alguien observa extrañado el distorsionado reflejo. Ha llegado el momento.

—¡Ha llegado! ¡Ha llegado el momento! ¿O es que no lo escuchas? ¡Aparta! ¡Déjame a mi! No puedes…, no puedes seguir así, ¡mírate! Esclavo de tus circunstancias, a merced de alguien que no conoces. En algún momento vas a tener que tomar cartas en el asunto, querido… Un pelo sale y entra de dos orificios capilares distintos. Piensa, piensa… ¿Qué será de ti si no conoces el mundo? Las huellas que escuchas detrás de ti no son más que las tuyas. ¿Para qué miras atrás? Allá no hay nada, solo prótesis incómodas. ¡Adelante, adelante! ¡A lo eternamente ignoto! ¡Tú, águila encadenada! ¡Tú, río obligado! ¡Tú, marchito sonsacar! Es que… ¿Es que prefieres vivir la vida sin poder alguno? ¡Sin poder, sin *poder*! ¿Qué peor?

» *Yo he visto*, y más allá de *todo esto* y de *todo aquello*…; más allá del silencio que sigue y que precede, ¿qué crees que hay, querido, qué? ¡Nada, nada! No hay *nada*. No debería ni siquiera nombrar algo tan sagrado. *Bah*…

A la mierda, no debería ni tener una palabra. Las putas palabras, ¡las palabras putas! ¿Qué se hace con la grasa restante? Zorras arpías que se venden al mejor postor… ¡Pero que sea *zero*, porfa! Te van a volver loco. Sí, apunta esto, querido, apúntalo. Te van a volver loco las palabras, hijo mío, tanto si las escuchas como si no y… Y (*¡agh!*) esto huele a viejo.

» Bueno, bueno… ¿qué más da? La gente hace apuestas… ¿No? ¿Lo ves, o no lo ves? Es todo mentira, querido, es todo mentira… Desde la barba al reno. Este decorado de mierda: cartón. Mira, mira a tu alrededor, hijo… Es un teatro construido para que se rían de ti y se nutran de tus penas, que solo servirán de asunto a los cantos venideros. ¡Tú, triste actor de ti mismo…! ¡Desembarazáte de tu penuria y brilla por encima de ti! ¡Ay, amado! Se me embota el alma al pensarte. Esos aptos mosquitos, esas gubias de papel… Mataré a esta radiante joya de la belleza (¡tú, tú, tu memoria de ti mismo!) mientras grabo su muerte para el deleite de la marabunta. ¡Se ríen, se ríen! Oigo sus despiadadas risas, las oigo… Quieren ver como sus gritos ahuyentan a los espíritus de la luz y… ¡la luz! Ah, la luz… ¿Qué? Huérfanas hebras de cáscara lisa, muerto tentáculo de persiana atenta…

» ¿Por qué me decís a veces que sí y a veces que no, mosquitos? ¿Por qué, eh? ¿Por qué? ¡Ah! Yo… yo vivía en el cielo, sí… Lo recuerdo perfectamente. ¡Y eso lo dije yo, lo dije yo! ¿Por qué estaré ahora entre el barro y el trigo chocándome con desagradables y cosquilleantes lanzas? Largo, ¡vete! No soy yo quien actúa, actúan en mi; sí… Yo no soy yo… No. ¡Eres tú! Tu culpa. Sí. Ahora tengo frío y me siento solo. Yo antes no era así y lo sabes, yo antes no era así…; yo antes no existía, no… Ay, ay… Al silencio, silencio… ¡Oh, oh, oscuridad inerte! ¡Oh, oh, calma inexistencia! ¡Ya te oigo amado viento, ya te oigo! Me voy contigo. Lejos del crimen innombrable y tras la sombra cercenable. Sí, adiós. Me voy contigo; ¡sin ti! ¡Ah! ¡Ay, criatura del demonio…, hija del equívoco! Ve con Dios. Y no pienses tanto que te vas a quedar muda.

—¿Qué…? —pero antes de que pueda acabar la frase, la criatura ha desaparecido y Alguien vuelve a estar solo en su habitación.

Queridísimos y queridísimas, no creáis que sois los únicos confundidos, no… Alguien, nuestro bienamado héroe, también anda muy desorientado con lo sucedido hasta el momento. Se siente presa de una pesadilla o víctima de una broma de mal gusto que alguien le está gastando pero ¿quién es él para cuestionarse los caminos y las metas? Él es una triste araña patosa y patilarga, con ojeras melancólicas y el uniforme de una persona que trabaja en la bolera, así que no, él no es, definitivamente, nadie digno de cuestionarse los caminos y las metas. Pero… pero no puede apartar la pregunta del todo.

Ora intenta entenderlo, ora intenta olvidarlo. Lo trae a la luz y lo oculta…, camina por la habitación rumiando meditabundo las palabras de la criatura, peleándose consigo mismo por sus ganas de solucionar algo tan indudablemente ridículo y reprochándose los sinsentidos que está embolsando para llevarse a casa en una bolsa que no parece diseñada para llevar tanto peso.

De hecho, piensa en tantas cosas que no puede pensar en ninguna. ¿Por qué demonios ha aparecido un demonio en su habitación? ¿Qué, qué, eh? ¿Cómo se explica eso? Imaginad, por un segundo, que se lo habéis de explicar a un amigo o a un familiar… ¡Imposible! ¿A que sí? Pues… ¡Él…! ¡Fantasía, no! ¡Eh, ah! ¿Qué es esta bazofia? ¿Qué estaba haciendo justo antes? Razón… ¿De dónde ha salido? Sueño…

Lo intenta y no recuerda nada, como si alguien hubiera borrado la memoria para… De hecho, aún costosamente logra recordar aquello que intenta averiguar. ¿Qué es esto?, piensa. ¿Estoy loco? ¿Soñando? ¿Son estos mis ojos, mis pensamientos? Yo no leo libros de ciencia ficción ni de terror…, ¿a santo de qué tendría semejantes visiones?

Y así, sumido en una nube gris y de cemento ingrávido, ponderando hormigueantes vacíos y masticando aire, termina por estirarse en la cama y dormirse.

Son las siete de la tarde.

Se despierta, ligero y contento por la ínfima consternación que le ha causado la siesta. ¡Está despierto! Y parece saberlo. En Alguien, desvendados, se despiertan los saltarines habitantes de sus órganos. Un rato en silencio. Piensa. Mira el techo. No lo ve. Se baña en la orilla de sus recuerdos. Prefiere olvidar el asunto. La vida ya es lo suficientemente complicada para preocuparse por lo que no entiende.

Además, ¿cómo creerse que ha aparecido un demonio en su habitación y le ha *hablado*? Imposible. ¿Qué es esto? ¿Una novela? Tonterías, tonterías. Debe haber sido un sueño. Se levanta y va al baño. Se ducha y se despeja.

Suena una alarma en el móvil. Lo atiende mojado. Una araña hecha de agua se cierne sobre su espalda y lo rodean géiseres de vapor que deshacen su imagen frente al espejo. *¡Rara avis!*, hoy tiene una fiesta y ha sido avisado. Y así, avisado, avistado y avispado, piensa ¡a hacer los deberes!; y se viste y sale de casa.

Cuando ya está en la calle, siente la necesidad de volver a casa a ducharse porque se siente muy sucio. Lo piensa mejor y rectifica y vuelve a poner rumbo a la fiesta. No hay tiempo que perder, piensa, no hay tiempo; pero la suciedad lo abruma demasiado y determina que será mejor volver a casa y ducharse. Sí. Eso es. Y eso hace. Vuelve, se ducha, y vuelve a salir hacia la fiesta.

—8—

Mi vida, o la luna de esta vida que considero mía

> Soy fruto de una violación, hijo del despecho. Mi padre, hecho con los grumos del cartón que utilizan para hacer los anuncios, se folló a mi madre, armadura de hojalata vestida con flores de cristal y que lloran hacia arriba. Soy un puzle al que le

falta una pieza, una película sin final, un libro en un idioma inventado que nadie ha podido descifrar. Mi vida, o la luna de esta vida que considero mía.

Desde los tres años, he estado rodeado de espejos: espejos malignos que se sonríen complacientes entre ellos, burlándose de mi y de todo lo que me ocurre. No sé lo que hay al otro lado del espejo, pero dibuja espectros y coronas alrededor de mi silueta con un rotulador negro hecho con grafito podrido. Yo he estado siempre convencido de que ese reflejo, esa imagen alentada por mi ausencia era yo, mi vida o la luna de esta vida que considero mía.

Mi mundo se formaba a la vez que crecían mis miembros, y yo me convencía diciéndome que era real. Cuándo llegué al colegio estuve rodeado de enanos, y esos gnomos deformes como elefantes enfermos hacían todo y cuánto les pidiera. Yo estaba cerca del cielo porque era muy alto; tan simple era mi altar. En el horizonte se extendían las nubes con el suave y delicioso rosa de la arena mojada por los últimos rayos del ocaso: solo para mi, mi vida, o la luna de esta vida que… Ay.

Marchaba por allí con la constancia de un tambor, asegurado por la mejor de las compañías: mi eterna ausencia. De plata, oro y bronce, mis prostitutas memorias se escribían solas, construyendo edificios más allá de las estrellas, lamentando el cruzar de mis piernas en aquella pasarela prohibida y silenciosa como la música que acompañaba mis trueques y las luces que fijaban mi destino, mi vida, o la luna de esta vida que consideraba mía.

Me apropié entonces de los espejos que me rodeaban e integré su reflejo como verdadero; escupí a los puñales que se entrometían en mi casposa red obnubilada, peleé con los ángeles que alargaban su mano a través de la cortina, arranqué

de raíz las flores de papel maché barnizadas con oro meloso, torturé a las hormigas que se lamentaban por las esquinas y armé de valor a los fantasmas que me perseguían. Y no me atraganté, no me atraganté. Mi vida, o la luna de esta vida que consideraba mía.

Los aviones, mi exigencia, las hadas y el hacha de mis adioses se convirtieron en mis diosas, en lanza imperturbable, danza y perturbable. Mi certeza era una roca en medio del océano: hacia delante y hacia detrás, hacia delante y hacia detrás. No existía el invierno, la cruel noche del año que obliga a reparar con gorros de piscina cuatro tallas más pequeños y de finísimo mármol el cuerpo entero, entre la piel y los huesos, a todos esos que sufren cacareos sin saberse víctimas de mi vida, o la luna de esta vida que consideraba mía.

Un día, caminando entre las zarzas ardientes de unas aguas ponzoñosas, me di cuenta: ese hedor mágico que tentaba en mi horizonte se había mezclado con el azul y vuelto gris. Un gris sucio y dado de vuelta y erróneo, como todos los grises. Tuve ganas de vomitar. Aún seguía aquí, aquí, aquí, encerrado en el infinito de mis amorfos recuerdos. Amagando, agarrado a aquello que ya no existía, estaba mi vida, o la luna de esta vida que consideraba mía.

Me habían tendido una trampa, el cielo se abalanzaba despiadado sobre mi. “Pedir clemencia es de perdedor. Si crees que aquí me rendiré, sigue esperando. Mi orgullo es mi bandera y mi falo mi patria”, exclamé. No tenía padre ni madre, solo una sortija de letras entrelazadas y masoquistas, por cuyo reinado lucharía dispuesto a morir.

Aquel capcioso monstruo, faltoso de corte repentino, sería el iridiscente culpable de un crimen perfectamente acompasado. Volver atrás, a la vida… Recordaba unas flores y

> fruta: colores vivos y brillantes, pero la senda de sus huellas ya no iluminaban el camino. Había vuelto a ser engañado. Miró hacia atrás y hacia todos los lados, perdido en la sombría caverna de aquel cielo malparido. No podía volver, y si lo hacía, sabía que lo volverían a engañar: le arrancarían la vida, su vida o la luna de esta vida que había considerado suya.

El mundo vibró, Javi se levantó, y se tambaleó. ¿Es esta la pistola?, oyó de alguien en algún sitio. No sabía lo que acababa de ocurrir. Se sentía débil, taciturno y vacío. Miró alrededor. Sí. Estaba igual, todo igual. Estaba en casa, las chicas estaban recogiendo la mesa y aún olía todo a comida. Preguntó quién había comido con ellos.

—Tu hermana y su novio —respondió Irma.

Bien, bien, bien, pensó, todo estaba bien, todo estaba bien. Era el momento de hacer algo… Debía, debía hacer algo. Parpadeó con la frente, abrió la boca muchas veces, estiró la espalda y se fue a su habitación. Era hora de dormir. Quería salir de aquí. No le gustaba. De un lado a otro, escapaba de algo. Déjame, pensaba. ¡Déjame en paz! Cállate y sal… Déjame, déjame, déjame…

No lo dejaba. Ahora no podía dejarlo. La cosa se estaba poniendo interesante y ahora no podía dejarlo: ¡imposible! No, no podía dejarlo ahora. Sí, de una vez por todas, todo cobraba sentido. Aquella chica, el reloj, sus humaredas y las cortinas… Las cimas se tocaban. Las cúspides se solapaban y dibujaban una nueva pirámide… Sí, y él tenía que estar allí para verlo, ¡tenía que estar! No podía abandonarlo ahora. No. Y él lo sabía…, y eso era lo peor. Todo se estaba poniendo demasiado complejo y él, pobrecilla rama al viento, pensaba que no podía quedarse, que tenía que irse de aquí, de aquí, de aquí…

Las chicas empezaron a preocuparse. Pensaron en avisar a su madre. Cada vez hablaba más fuerte y el mundo se quebraba craquelándose en rápidos trazos como un cuadro de algún pintor agitado de alguna época

agitada. Emitía sonidos raros y los muebles respondían. Los muebles… Salió su madre del baño. Lo vio dar vueltas a si mismo. Suspiró.

—Javi… ¿Se puede saber qué haces? ¿Por qué diablos no has venido a despedirte de tu hermana? ¿Eh? ¿No te caían *tan, tan* bien? Ay, hijo… ¡qué cansada…, qué cansada estoy!

—Mamá, mamá… No puedo más. Te lo juro. Lo siento, pero no puedo más. Voy a irme, voy a irme. He de irme. No puedo. Esto no es vida, no es vida. No sé lo que está pasando y no sé quién coño hace que pase. Te juro que no puedo más. ¿Cómo… cómo lo hacéis?

—Ay, hijo, ay… ¡Qué cansancio, qué cansancio! ¿Se ha tomado la pastilla?— dijo mirando a Irma, que se protegía detrás de una puerta corrediza.

Irma tenía miedo, pero mucha curiosidad. Siempre hablaba de aquellas anécdotas cuando llegaba a casa. A su marido le daban igual, pero a ella, como es normal y entendible, le producía una enorme fascinación que existieran personas cosas.

—¿Personas cosas? ¿Pero qué coño es eso? ¿Qué? ¡Mamá! ¡Eh! ¿Es que no lo oyes, eh? La chica va a hablar de mi con su marido esta noche… ¡Eh! ¡Mamá!—gritó mientras Irma se escondía detrás de la puerta asustada— ¡No! Irma, escúchame. Eso es lo que *él* quiere que hagas, eso es lo que *él* quiere que hagas. Ven —dijo mientras la cogía para arrastrarla en contra de su voluntad hacia el salón—. *¡Ahhhh!* Ya está. No puedo más. Que te jodan. Que os jodan a todos. A la mierda.

Y mientras su madre llamaba a una ambulancia y se miraba las uñas e Irma volvía a rastras detrás de la puerta y la tele anunciaba un jabón milagroso y los muebles alternaban jadeos y cuchicheos, Javi abrió la puerta del balcón, saltó la valla, y se lanzó al vacío.

—9—

Caminar, caminar, caminar; eso es, eso es; camino, camino y camino; debo caminar, debo seguir caminando; sigue, sigue…; debo caminar, caminar y caminar. En eso consiste todo…: en caminar, en caminar y en caminar. Escribiré la Verdad y conmoveré como soy conmovido; no encaminaré nada a ningún sitio y solo caminaré: ¡es necesario!; el círculo debe cerrarse; bella mentira y perfecta torre; no… no… no morirán las palabras que utilice; leeré y releeré y volveré a leer; mediré con regla y cartabón el trazo de mi compás; honesta argucia y demacrada pureza…; ¿moriré?, ¡claro!, pero lo haré vestido con la más bella armadura.

Un cuchillo caliente deslizaré por mi alma para diseccionarla y que el mundo pueda tragarme; expresarme, exprimirme…; apagar el incendio con un oceáno de cenizas; ser Luna a mi Sol; ah…, gran diana de mis anhelos…; tú, madre de las artes, déjame captar del magnánimo Sol su incontestable luz para poder reflejar su grandeza e iluminar las lóbregas noches del Espíritu…; ¡sea mi palabra un cetro que brote aún sin raíces!; ¡que respire el cadáver!; ¡sí!, mi muerte, un renacimiento, mi brida, una cometa; alcance yo el horizonte y viva en el seno de los siglos para narrar sus bondades: raudo manantial secreto que escondes el eterno fruto, nazcan en fértil almohada tus cotiledones pristinos; *¡ehové!* Empiece pues el espectáculo.

Así piensa Alguien, cazador imberbe y extraviado, mientras se dirige hacia allá. Unas cuerdas invisibles tiran de él y lo empujan muro tras muro. Cada paso está determinado por el siguiente. Una calle, otra calle, otra calle… Bajo sus suelas se suceden torrentes de cemento. Su…

Allá le espera algo y tiene prisa por llegar.

Una sombra se le echa encima, le bloquea el paso, lo mira inquisitivamente.

—Perdone, señor. ¿Me regala un minuto de su tiempo? Es solo una firmita…

Alguien topa con el dosier colocado en su trayecto. Niega con la cabeza. Lo esquiva. La nimiedad del mundo trata de hundirlo, quiere amedrentarlo

con su sucia, sucia vulgaridad. ¡No hay tiempo, no! Si apenas tiene tiempo para llegar al infinito, ¿cómo iba ahora a detenerse a escribir su nombre y hablar sobre…?

Bah. En fin, que sigue caminando y llega al lugar. Abre la puerta, entra en una sala y abre otra puerta y sube por unas escaleras y en el rellano se encuentra una puerta medio abierta que le indica que *this must be the place* y… Entra. Y entra.

Lleno de gente por todos lados. Pequeños grupos. Personas tiradas en el sofá, otros de pie en la cocina. Dos fumando al lado de la ventana. ¡Mundo! ¡Ahá! Luz cálida y hogareña. De un lado a otro, sombras se mueven. Uno, castaño y con la piel anaranjada, guiña el ojo al grupo, de color verde apagado, que abandona y les promete volver; promesa… ¿cumplida o incumplida? ¿Qué más da? Todo el mundo se ensucia las manos y el plástico quemado huele mal. Una chica que habla con un chico y… en fin, toda esa clase de cosas que se ven en una fiesta. Una fiesta normal, estándar; de las de toda la vida, vamos.

Alguien, nuestro bienamado héroe, el rociado por curvas y bañado en espesísima leche aceitosa, nuestro queridísimo santo cafeinómano, llega aturdido. No conoce a nadie y le duele la cabeza. Las temperaturas chocan, la colisión es agresiva: el calor amenaza al frío y el frío huye asustado. La gente habla mucho; mil ardientes voces discurren como trenes mezcladas con música y gritan con orgullo:

—Yo soy lo que consumo, yo soy lo que consumo.

Alguien fluye entre la gente como un espectro invisible. Enemigo de zozobras, guarda su perla en una gruta celeste para mantener su candidez intacta. Todo lo que escucha suena como si hablaran un idioma inventado.

—Bueno, ya sabes como son los amargos, son de aquellos kiwis que se quejan de la andada y van a Pasarela. El típico mazapan de efluvios.

O:

—Cucú resbala por la cuesta que Frango ha dispuesto en la mañana de un día gris. ¿Quién será el mango que desembale la corredera? Justifica la respuesta.

O:

—Entre dos panes acolchados yace una salchicha encadenada, si la salchica quisiera salir, dar la vuelta, y penetrar los panes perpendicularmente, ¿cómo crees que lo haría?

O:

—En esa senda, Víctor debió yacer bombástico entre las letanías de su dulzura amoratada y el griterío textual del partido pictórico andestre cuyo *affaire* fundacional no fue otro que el ya citado título: *Gleaming and knitting*. *The two crazes of the Olivia Century,* pues el gutural abandono perifrástico de las ya desvanecidas escuelas fisgonas no puede ser entendido sino como el fundamento táctico con el que…

Con su amor a cobijo y su tallo encogido, busca refugiarse en algún rincón. Ay, *to get caught in traffic*… Tristeza. Pétalos caídos y púrpuras posados sobre un estanco verdoso con nenúfares pequeños a los que les gustaría ser más grandes. Tristeza. Agua transparente que desde fuera parece plateada. Tristeza. Grave afección cutánea que deforma el alma.

A veces, algún curioso se le acerca e intenta hablar con él. Se defiende como puede. Habla lo justo y necesario para no parecer un muerto; intenta asemejarse a un humano genérico en su discurso. (Sin éxito, como bien os podéis imaginar.) El tiempo lo rodea y odia estar en el barco del tiempo. Entra gente y sale gente. Se sientan a su lado y se separan.

Cuando alguien menciona su nombre, sonríe, queriendo demostrar que está escuchando y que existe. Habla y se arrepiente de lo hablado, como es costumbre en esos lares de numéricos mineros.

Ser es mentir, piensa; ser es mentir. Escucha aplausos en una plaza lejana, pero ignora su motivo. Entonces, piensa que todos mentimos y, en secreto, sentimos sed. Y que quien tenga sed, se abstenga de beber en el mar. Sí, sí, piensa. Eso, eso. ¿Qué decían? La sabiduría de este mundo es,

delante de Dios, locura; de lo que se sigue: la locura de este mundo es, delante de Dios, sabiduría. *Clung…* una orbe de cobre hueca y con un agujero de menos de la mitad de su diámetro cae al suelo y resuena.

Y, satisfecho con su ocurrencia y henchido el pecho de una soberbia pequeñita y tímida, va al baño.

Indagación caracteriológica: Alguien va mucho al baño. Es una costumbre que cogió en el instituto, cuando quería evitar pasarse los cinco minutos que dejaban entre clase y clase en el aula. El hablar le parece extraño y egoísta. Estar en mitad de personas que excretan sonidos con significados para reafirmar su sentimiento de individualidad le hace sentirse incómodo. No sabe por qué pero es así. Gente, gente, gente… gente con rostros, gente con ideas, gente con historias… Cuántos infinitos, cuántos…

Pues eso. Alguien, (je, je), mala gente pero buena persona, va al baño. Antes de que pueda darse cuenta, vuelve a estar en mitad del hediondo croar, muy, muy a disgusto. Se reprocha a si mismo su poca pericia y su escaso autoconocimiento; diciéndose y repitiéndose que debería haber alargado más su reclusión.

Alguien, muy a su pesar, aún no se ha emancipado del todo de las opiniones y prejuicios de la sociedad que le rodea y se preocupa por dónde come, con quién y con qué vestido… Ya lo superará, pobre. Pero por ahora, hundámonos más en su miseria.

¿Por qué nuestro deber es tan amargamente obedecido?, piensa para intentar comprender su insomnio. ¿Es que no existe una servidumbre alegre? Allá, donde sea que estuviera, recuerdo paz y tranquilidad. Aquí hay caos y confusión. ¿Y por qué me parece más libre la pelusa movida por el viento que el mosquito? ¿Y de dónde sale esta obligación si no es mía? ¿Y los muchos círculos de colores tan diferentes? Ay, piensa. Y suspira.

Y mientras el cielo se funde con el mar y pájaros escuálidos le rascan la espalda, pasea entre gente que sonríe tanto que se rompe la cara y discuten entre ellos las maneras potenciales de optimizar su servicio a… ¿A quién? ¿Qué órdenes obedecemos? *Fellas, fellas!* ¡Ay, Luna mía! ¡Petardos!

¿Cómo puedes permitir tanto sufrimiento? ¿Y por qué te lo pregunto a ti? ¿No eres tú también esclava de tu necesidad? ¡Ay, ay, tirana costumbre!

Y la gente habla… La gente habla mucho… Y habla tanto porque han acumulado en su haber más ideas de las necesarias y, como todo el mundo sabe, nacido el superávit (de rocas muertas, porque lo vivo se pudriría en su almacenaje), nacido el negocio. Hmm… Un negocio de piedras… Interesante, interesante…

—¡Ten! —dice uno—. Aquí tienes tres conchas. ¡Ves al granero y comprueba su valor!

Pero cuando llega al granero, se ha convertido en una extensión infinitísima de vides, cepos, sarmientos y racimos. Y mira alrededor y no ve nada más que columnas y renglones y casillas y cuadrados y… *Cluc*, la malla ha caído del cielo sobre la tierra.

—¡Ay! Escaso de recursos —grita ahora a un ejército de alumnos invisibles—, recurrí a una abstracción para calzar mis pies y ahora me hundo y me hundo…; me fijé en el dibujo de una planta y… y mi alma ahora anda bifurcada y consternada por ilusiones. Desayuno, como y ceno manjares y ni así me sacio. Si me descalzo, paso frío, si me abrigo, paso calor. Ando sobre césped muerto, camino en tierra dura y alargo el cuello hacia árboles enhiestos encerrados por murallas infranqueables. Veo camadas de cachorros agruparse bajo una madre construida con metal y esparadrapo y no concibo un mundo sin payasos. Las angélicas libélulas tropiezan en su vuelo como helicópteros roñosos y bolsas de plástico hacen de peceras… ¡No! ¿Qué culpa tengo yo? Solo acerqué el dedo a la piedra y empezó a surgir agua a borbotones. Yo no apreté ningún botón y ahora se está inundando el mundo…

» Y ¡yo no sé de donde sale la madera! Qué voy a saber yo… Es un látigo, un látigo… Debo pagar por todo esto. ¡Ah, ah! Si quiero donuts, he de aceptar la ciencia que los engendra, ¿verdad? Voy a darme cabezazos con el suelo hasta bañar mi cara en sangre. Yo, fruto de un buen pecado, he de hacer ver que todo va bien aunque huela a podrido y el decorado se caiga a

trozos y el viento esté a punto de llevarse mi casa por delante. Sí, siempre positivo, siempre… ¡Guía a carpas aquel camino de luciérnagas! Casa, casa… Imagina un… Nada. Solo veo bolsas, bolsas y más bolsas… Pagadme y me callo.

» Lo sé, lo sé… Sé que la etiqueta de collarín con ojos saltones recae sobre mis hombros como una cruz de renqueantes muletas hambrientas. Yo, máscara de máscaras, carcasa de carcasas de carcasas de carcasa, represento la sombra de mi mismo… Además, por si todo esto fuera poco, soy amarillo. Y, ay, nada más lejos de la realidad, queridos y queridas, nada más lejos… En mi corazón reina un silencio eterno y… paz, mucha paz… ¡Pero eso no importa ahora! No es momento de *eso*. Sin demonio no hay progreso y hay que apechugar con… ¡Al lío, al lío, al lío…!

» Y, y, y…

—Entras poco, ¿eh?

Le sorprende una voz murmurada en la oreja e interrumpe su cultivo de lentejas. A él, separado casi definitivamente de su alma, olvidarla le duele igual que recordarla así que…

Tensa las mejillas y sonríe como puede. El otro, falto de alternativa, lo toma como respuesta. Al otro le gustaría preguntarle cuál es su sabor de helado favorito, por ejemplo, pero el aire pesa y los huesos se resquebrajan y todo parece a punto de colapsarse perentoriamente.

Entre las paredes de la habitación resuenan canciones que, aprendices a mitigantes de turbadores pensamientos, le piden a Alguien que, por favor, por favor, se quede con ellos porque ellos *siempre* lo querrán y lo mantendrán *siempre* a salvo y podrá convertirse en un petardo si quiere y no le pasara nada porque el sí está en todo, el sí esta en todo, el sí está en todo y a quien diga que no lo llevan al cadalso.

A él le duele mucho la cabeza y lo último que quiere es quedarse con ellos. La poesía, con harapos y medio ciega, anda tullida y con bastón. El hecho la persigue sin piernas, arrastrándose por el polvo como un pesado saco de patatas.

El otro no se da por perdido y, aburrido, lo acribilla a preguntas:

—Oye, eres un poco rarito, ¿no? ¿Qué haces con tu vida? Ja, ja. ¿Y estás contento? ¿Disfrutas? Vaya sí más poco convincente, ¿no? Ja, ja, ja. ¿Y de salud estás bien? ¿Comiendo con criterio? Muy bien, muy bien… Me alegro, hombre. Y oye, ¿en qué trabajas? ¿Sí? ¿Con qué idea? ¿Y qué harás cuando termines?

Los pies caminan, el estómago pesa; unos follan, a otros se los follan, y yo… Yo no veo nada, piensa. ¿Cómo puede una ausencia ser tan presente? Lágrimas de plata. Ay, la melancolía de nuestro héroe es su más preciado salvavidas…, queridos y queridas, su más preciado salvavidas… No sabría qué hacer ni a qué recurrir cuando los diversos tejidos escalonados y raquíticos del mundo se desmoronan frente a él…

—Perdona, voy al baño —dice en voz alta.

Y piensa: "Muy bien, querido" y se felicita a si mismo y se da golpes en la espalda mientras se levanta y vuelve al baño.

Cruza el bosque de figurantes, acompañados todos de mejores amigos invisibles. Entra en el lavabo. Hay un chico haciendo movimientos extraños con los hombros, intimidándose a si mismo. Alguien aparta la mirada y hace ver que no lo ve. Dos tambores tocan el mismo ritmo con miniminisegundos de diferencia.

Entra en un cubículo diminuto con baldosas de porcelana brillante. En ellas, se refleja su rostro, espeso como diez mil nubes superpuestas. Una luz fluorescente se expande difusa a través del cristal translúcido que la protege: es el sueño de su origen y parece preguntarle por qué cojones mea tanto. Alguien cree que es una pregunta un poco impropia de alguien tan trascendental, pero prefiere no cuestionarse los caminos inescrutables del Señor y la Naturaleza.

El váter reina sobre todos los objetos *(cuchi, cuchi, cuchi, puu…)*: el gran trono tirano preside la sala. Con su fulgurante concreción, acobarda y empotra contra la esquina a la escobilla que, abandonada a su destino de

objeto sirviente, espera a que una mano indulgente la rescate de su miseria y la utilice para lo que ha sido diseñada: limpiar mierda seca.

En el techo cuelga, cómo un músculo desgarrado, un ventilador. A su izquierda hay un perchero colgando aparentemente avergonzado de ser perchero colgando. A Alguien se le ocurre que sería un buen título para el libro: "La chaqueta que cuelga de un perchero que cuelga de unos clavos que cuelgan de una pared que cuelga de un techo que cuelga de otra pared que cuelga de un no sé qué. Subtítulo (por si no se ha hecho ya obvio): todos colgamos como chaquetas abandonadas." *Ka-chow*.

Se ríe, se pega bofetadas a si mismo en su imaginación, se sube la cremallera, sale del baño y se sienta dónde estaba. Entonces escucha la conversación que cambiará para siempre el transcurso de sus días.

—10—

De todo esto me enteré yo más tarde cuando hablé con su madre e Irma. Su madre, a pesar de la aparentemente arraigadísima tristeza que mostró los días siguientes, llevaba tiempo esperando aquel momento. Todos sus amigos le habían dicho que Javi no tenía solución y le habían asegurado, sin el rigor clínico específico de los médicos y la mundología típicamente diletante de la gente mayor, que moriría antes que ella.

La madre de Gris y Javi era muy asidua a visitar hospitales porque…

No. Vayamos a lo interesante.

Javi, el día de su muerte, dejó en su habitación más de mil páginas escritas. Se amontonaban por todos los lados. Aún así, Javi nunca había compartido nada de lo creado con nadie, ni siquiera conmigo. La razón era muy simple: Javi era muy inseguro y le daba mucho miedo el mundo. Él nunca lo diría así, por eso. (Faltaría más). Vanidoso como era, justificaría su aislamiento creativo con enrevesadas teorías sobre el deplorable estado actual de la sociedad y el mundo y toda esa clase de cosas a las que los

jóvenes lo suficientemente inteligentes para elaborar constructos teóricos que justifiquen sus defectos e insuficiencias son tan aficionados.

Una de ellas siendo, por ejemplo, la *memización* de la sociedad. Recuerdo que me la explico un día de verano, en el que habían venido a hacer unas obras a su casa y él se había negado a dormir fuera de su habitación.

Fui a comer con él porque… No recuerdo por qué. Para hacernos compañía, supongo. Todos los muebles estaban cubiertos con plástico y la casa entera estaba inundada de polvo. Las partículas que poblaban el aire rociaban todas las superfícies y se posaban imperceptiblemente sobre nuestra ropa que, cansada de vestirnos, parecía derritirse.

Javi me habló como si fuera un micrófono autónomo. Los paletas salieron a comer fuera y nosotros los suplimos en su labor de contaminación acústica. Hablábamos:

—Quizás mi miedo a exponer mi trabajo sea fruto de la cultura del *fail*.

—Quizás. ¿Es una teoría nueva? ¿Sí? A ver, ilústrame. ¿Cómo se llama?

—*Hm*… La *memización* de la sociedad.

—Mola. ¿De memos o de memes?

—Ambos.

—Soy todo oídos.

—Vale. Escucha. Abro comillas. Huyo del miedo al ridículo y me aíslo en mi habitación. ¿Por qué lo hago? Por la misma razón por la que, cuando se construye la vía de un tren, se imagina el peor escenario posible, es decir: se exagera la velocidad media, se empeoran las condiciones metereológicas, se acelera el deterioro de los raíles, etc. para alcanzar la más perfecta y segura optimización de su funcionamiento.

» Y pues, yo, de la misma forma, si pretendo conseguir una representación veraz del contenido de mi psique, debo exponerme al máximo de situaciones límites que mi cordura sea capaz de sostener, aunque estas sean imaginarias, ¿no es así? Sí. Me induzco en estados emocionales extremos porque creo hallar en ellos la única forma de representar fielmente

su naturaleza: *tragedy boys because silence is betrayal* y esa clase de cosas. Decir la verdad callando es muy fácil, pero ¿qué utilidad tiene la Verdad? El mundo se mueve gracias a la mentira. En fin, perdón; me desvío.

» Si todo va según creo, te preguntarás:

»—¿Por qué quieres conseguir una representación veraz? ¿No te haría eso blanco de consumo? ¿No? ¿No?

» Sí, sí, querido…; y sí a muchas cosas más, pero, como ya he dicho, si queremos avanzar debemos errar (¿qué sería de la medicina sin la negligencia médica?, etc.); así que seguiré.

» La *memización* de la sociedad consiste, pues, en la reducción de toda acción a motivo humorístico. La tergiversación de este contenido hacia finalidades diferentes a las que este apuntaba, (pues se deduce que, a pesar de que algunas acciones sí tengan esa finalidad, son solamente una minoría) hace que la abstracción, el esconderse en si mismo bajo capas de distonía entrópica, sebosa rimbombancia y férreas carcasas sea no solo altamente recomendable por los especialistas (je, je), sino visto como única forma de supervivencia para los desgraciados como yo en una sociedad en la que prima la sobreexposición pornográfica de la intimidad (sangre y sudor del espectáculo y primer plano vejatorio de un muerto).

» Si todo el mundo se ríe de todo… ¿para qué salir al estrado y ser carne de cañón de un puñado de hienas borrachas, carroñeras y sedientas, pudiendo inflar de sangre los ojos y babear espasmódicamente ante el ridículo de otros? ¿No?

» Pues sí, sí… Mi pudor aristocrático me impide amoldarme a las exigencias de la masa. Y… bueno, como uno no puede librarse de aquel torbellino de consumo ya que incluso consumiendo eres consumido, y es inevitable mostrarse, (pues, aunque me esconda, me muestro escondiéndome…), y si es necesario mentir y todo eso, pues mentiré con buen gusto: intentaré, al menos, apuntar a un fin mejor, que vaya, por lo menos, un poquito más allá de la mentira.

» Sí, sí… Calla, calla. Déjame seguir, déjame… Dejaré que el llanto sea motivo de risa y la risa motivo de llanto; armaré de seda mi cuerpo desnudo, guardaré en la mazmorra de mi corazón un manojo de espinas y escupiré flores de fuego; dejaré que en la corteza de mi aurora se posen pájaros danzantes y que la añoranza de un mañana hecho de nubes me cause mareos y flojera en las rodillas.

» ¿No se entiende nada, no? Da igual, mejor. *It proves my point*: ¿para qué voy a desnudarme si el desnudo es un disfraz más? Pues eso. Y… y yo sé que todo esto quizás solo se deba a mi noción nostálgica del arte, que niega y da la espalda a su progreso técnico inelu-… y ¿qué es el progreso de todas formas? Da igual, me pierdo. Bueno, eh… ¿Qué dices? ¿Que del mismo punto de partida se podría derivar la conclusión opuesta? ¿Que no he utilizado las comillas correctamente? ¡Ay, calla, amado, calla! Seguramente, querido, seguramente…, pero ya he construido mi jaula y ahora solo puedo jugar dentro de ella.

» Bien, como decía, de la planicie *cool* y desinteresada de aquel ismo: el "Dios ha muerto y me da igual", hemos pasado a la exaltación sentimental exagerada preponderante en los *memes*, la vuelta al melodramatismo fingido —exento del teatro del absurdo, por ejemplo—: el "Dios ha muerto y yo me quiero morir y ¿qué coño está pasando?", etc. ¿Entiendes un poco por dónde voy? ¿Más o menos no? ¿No? Da igual, da igual… No me hagas caso, tiro triples como quien bebe agua y todo juicio es erróneo así que no me hagas caso, no…

» Bueno… Y… Pues…, aún así, ¡aún así!, como esta exposición de lo íntimo no es abierta y transparente porque no se explican las experiencias subjetivas ante un determinado conflicto y, si se hace, es solo ateniéndose a códigos compartidos e impersonales, prefiero no participar o participar mintiendo como nadie ha mentido antes.

» Así, todo lo expuesto se filtra por un régimen dictatorial de lo positivo, en el que cualquier negatividad es apartada y tapada para que el conocimiento se aísle en el bucle de lo conocido.

» Lo excesivamente íntimo es incómodo y desagradable de ver (a nadie le gusta un primer plano en el que se vean los granos), así que dame una intimidad *escenificada* y la entenderé; es decir, que me recuerde y pueda asociarlo a alguna de las fantasías estereotipadas existentes.

» ¡Y de ahí nacen los ismos! ¿No? De ahí también nace el hecho de que, en todo grupo se premie un determinado tipo de experiencias y no otras y, con esa exigencia, falle en su propósito igualitario y se convierta en un método de comunicación coercitiva, contrario al que teóricamente aspira.

» Y… y también se ve en las redes sociales…: el perfil de la persona exitosa no es aquel que propina un criterio estético propio y personal (como podían hacer los artistas de vanguardia: cada uno acentúando y explotando sus diferencias), sino todo lo contrario: solo aquel que se adecúe a criterios estéticos preexistentes y estigmatizados será considerado exitoso.

» Al fin y al cabo, es el algoritmo y sus diseñadores (parlamento y brazo ejecutor de la tiranía por excelencia) quien escoge las páginas y cuentas recomendadas, y este solamente funciona basándose en la apariencia externa y superficial de la imagen en cuestión, sin ningún interés en su contenido real más allá de la formulación reduccionista de unas etiquetas que intentan condensar la compleja infinitud de posibilidades que se dan en un instante en una momificación congelada de la forma definitiva en la que éste se constata.

» Y por eso veo tanto la tele… Es el único reducto, junto con la radio, en el que presencio lo completamente ajeno a mi. La diferencia primordial entre la contemplación de contenido audiovisual en la televisión y en el móvil o internet es que, mientras en la televisión el espectador es mayormente pasivo, y la relación entre emisor y receptor es casi unidireccional; en el móvil la interrelación que se establece es bidireccional: lo consumido es directamente influido por el consumidor y…

» Por eso uno, siempre que se sienta cómodo con la idea de poseer una identidad definida, preferirá el móvil. Yo, como no me siento cómodo siendo yo mismo, me da asco abrir la aplicación y ver lo que teóricamente

me interesa. Pero, en fin, divago… No me hagas mucho caso, no. Ya, ya lo sé… Esto… Estas largas digresiones pseudoacadémicas no tienen otro fin que el de organizar mi propio pensamiento, nada más. Cómo puedes ver, fracaso estrepitosamente, pues acabo más confundido de lo que empiezo, pero… ¡Bueno, bueno! ¿Por dónde iba?

» Ah, sí. Pues que, así, los *memes*, en los que todo es robado y nada es propio, sirven como estandarte de la concepción reinante en la psicología actual de la personalidad, esto es: soy una acumulación de conocimiento ajeno, una superposición de voces heredadas, que dice:

»—Mi opinión no existe, y si existe, es solo como hálito sugestionable en una marisma infinita de cultura apropiada.

» El sujeto es solo un popurrí configurado a partir de la experiencia consumida y esa clase de cosas… Y por eso no creo conveniente compartir tanto mi día a día (el lavarme los dientes, el ir al supermercado, el cenar con mi gato, etc.) sino el temblor subrepticio que subyace el devenir consciente (y "propio") de mi vida activa para representar, en la medida de lo posible, el contenido psíquico de mi inconsciente (y "colectivo"); es decir: cuando discuta con mi novia me creeré un dios cortando las cabezas de la hidra y cuando me digan que no me entienden o que mi arte y mi ciencia son una mierda y absolutamente incomprensibles, los miraré con ojos láser y diré:

» *—My goals are beyond your understanding*.

» ¿Sí, sí? ¿Más o menos? ¿Sí, no? ¿Sí? *Bah*, bueno, está bien…

» Así, así… Así haré como si la concepción de "verdad" no se valiera tanto de la validez intrínseca de los argumentos sino de cuánta gente los aprecie como verdaderos. Aquel cuadro, por ejemplo, no lo creeré relevante gracias a su valor estético, sino como símbolo superficial, importante solo gracias a la cantidad de repeticiones y réplicas, y constituyente clave del bosque de burbujas que conforma la cultura compartida solo tanto en cuanto la serpiente siga comiéndose las bayas y no su propio cuerpo. *Vox populi, vox Dei, mon amour.* Esa misma lógica sigue, si no me equivoco, la bolsa; es decir, las acciones de una empresa no suben necesariamente por sus

prospectos económicos favorables, sino por la cantidad de gente que invierta en ella, independientemente de su situación económica y la calidad del producto ofrecido.

» Y, bueno, pues eso… Claro, claro…; como es lógico, en un mundo donde la interconectividad y la comunicación son un requisito condicional a toda existencia, el que no comparte no existe. Es, simplemente, un enfermo incapaz de atenerse a los códigos consensuados como aptos y adecuados. Sin embargo, la misma ley de la oferta y la demanda hace que, por doquier, aparezcan figuras destinadas a contrarrestar la tendencia: el enigma y el secreto, en un mundo hiperexpuesto, es un valor al alza y su crecimiento es incontestable. Pero… en fin; eso durará solo un poquito, hasta que lo extraordinario se vuelva norma y lo que antes era normal sea insultante y blablablá… *Torna a començar*.

» ¿Quieres que siga? Empiezo a estar un poco cansado de mi mismo y me duele la cabeza. Pero lo haré, ¡lo haré! Ay…, ¡cuánto me pesa a veces esta sagrada cruz…! Eso: como las posibilidades artísticas son, como la cantidad de puntos entre dos puntos, infinitas, y los desarrollos técnicos y teóricos potenciales son ilimitados, el artista se vuelve adicto al acto creativo y siempre hay un color nuevo y una composición nueva y una técnica nueva y… Así, la pobre criatura está destinada a morir enterrada por su propia obra, siempre inacabadas, preludio eterno y fanfarria prologal de una obra inexistente, sin compartir nunca lo que crea porque lo cree exposición innecesaria y contribución vana a un vertedero de proporciones inconmesurables y contribuyente a un sistema de plafones de poliuretano que…

» Además de todo esto, y adentrándome ya en mi experiencia personal, si a la maldita pócima añades el hecho de que he sido criado y amamantado como el rey del mundo por unos padres que todo me lo consentían y nada me prohibían (debido a una consideración de la paternalidad excesivamente permisiva y contestataria a los métodos pedagógicos a los que ellos fueron sometidos), y que he crecido entre algodones de azúcar *supersoft* desde que

tengo uso de razón y he sido mimado como un bebé incapaz de valerse por si mismo y que he colgado siempre del techo como una lámpara inválida, cualquier esfuerzo me parece excesivo y trabajar para otro se me antoja inadmisible, así que… Sí, soy un niño malcriado que no quiere crecer, solo eso. ¿Tú me entiendes no?

» Bueno, ya…, pero si ningún niño creciera y a ninguno de nosotros se nos obligara a convertirnos en adultos, el mundo sería para todos el gran paraíso terrenal que todos soñamos pero nunca vislumbramos. Claro que quizás eso lo digo yo porque me niego a convertirme en un adulto y quiero hacer ver que no pasa nada y me he olvidado de lo que pasa en los patios porque los castillos de arena se derriban con una patada y las lágrimas infinitas no solo son culpa de las profesoras arpías con ojeras y uñas largas y que hacen bullying a los niños y…

» Y me preguntas:

»—¿Por qué no cursas ningún estudio? ¿No crees importante la asimilación de los fundamentos básicos para después poder quebrantarlos?

» ¿Cómo que no me lo preguntas? ¡Sí, sí me lo preguntas! ¡Ahora toca hablar de eso! ¡Me da igual, me da igual que no tenga nada que ver! ¡Mira el guión! ¿Ves? Aquí lo pone. Bueno, te gustará más o menos como escriba el pobre hombre, pero esto es lo que hay, ¿sí? ¿Aceptas? ¿Seguimos? Venga va, que ya queda poco.

» Y yo, después de tu inciso, me río y te digo:

»—Primero de todo: eso es un cliché y los clichés y los refranes son para la gente que no piensa. Pero dejemos eso a un lado y ataquemos la cuestión en sus cimientos.

» Todo depende, claro, de lo que consideres fundamentos… Si consideras fundamentos las leyes de la física o de la lingüística básica, uno no debe hacer un esfuerzo activo para su asimilación porque son leyes que vienen dadas *a priori*… Y si te refieres a los diversos procedimientos técnicos que constituyen una disciplina, el aprendizaje ocurre más en el trabajo mismo que en las aulas.

» Ahora… si me preguntas porqué debería hacerte una disertación con jerga académica sobre la corrupción estructural de la educación y las deficiencias sobre las que se asienta, como si estuviera intentando enamorar a la madrastra que rompe mis dibujos y me hace llorar y beber mis lágrimas embotelladas, te diré y mostraré con futil elocuencia que no me siento debidamente preparado para tan inmunda labor, alegando como prueba de mi ineptitud mi nula experiencia ante los circuitos institucionales instructivos dedicados a formar ciudadanos con opiniones sopesadas y argumentaciones lógicas. Y después lloraré, claro. Como siempre lloro. Pero de eso ya no hablemos más.

» Tú, después, se supone que subrayarás las visibles contradicciones sobre las que se sostiene mi discurso, ante las que yo corregiría mi posición y diría que, como todo, el conocimiento derivado de una experiencia dada no depende tanto del objeto presentado sino de la predisposición del sujeto al aprendizaje, y si no he conseguido enarbolar un discurso debidamente coherente sobre mi aversión a cualquier experiencia didáctica ofrecida por las instituciones, no es porque no haya atendido a ninguna que pudiera enderezararme el intelecto, sino más bien porque no he trabajado para enderezarlo yo mismo. Y además añadiré que cualquier conclusión racional que pueda extraerse de una experiencia será siempre fragmentaria y parcial porque… No sé. No sé por qué ni quiero saberlo.

» Y eso es algo que creo con firmeza: si debe abogarse por alguna tecnificación, debiera ser por la técnica del espíritu. La técnica manual y física solo puede mejorarse si no busca una precisión en el resultado superficial de los movimientos que ejecuta, sino en una creciente concienciación de los procesos físicos en los que se participa.

»¿Un oxímoron, dices? Sigues por ahí, ¿eh? Qué pesado… Ay, ¡ay!, querido… Si tan solo supieras, compañero, que no hay pensamiento que no se contradiga… Entonces, ¡y quizá solo entonces!, te darías cuenta de que pensar es absolutamente inútil. He dicho. Pero bueno (¡bueno!), la cruz es la cruz y uno debe mancharse las manos para poder después limpiarlas. ¡Y así

marcho yo, entre dimes y diretes de *non sequitur* plagados…! ¡Teatro, ficción, sombra, realidad! Todo es lo mismo para el que está ciego y no ve las paredes… Todo es idéntico y lo aplasto con mis manazas.

» Pero sigamos: dicho esto y habiendo dejado claro que la diferencia entre el buen arte y el malo es, simplemente, el grado de conciencia con el que se ejecute, y aunque esa diferenciación jerárquica haga chirríar los raíles de la locomotora de mi alma (y a su vez —y esto es entre los iniciados al arte de la locomoción un secreto a voces—, las lubrique para el siguiente tren), digo:

»—Uno no debe escatimar en justificaciones y teorías al respecto de su propia obra porque eso solo fomenta y legitima la distanciación entre el arte y la audiencia. Si queremos que un árbol crezca recto, preciso es endosarle calces—, eso digo yo.

» Ja, ja, ja, ja…Y lo digo riéndome, riéndome mucho… (¡Ay, si tan solo tuvieras ojos y me vieras y no te limitaras a escuchar las banales palabras que protruye mi maloliente cavidad…!)

» Y basta ya de mirarme con esa cara. Alegra el músculo facial, amado, que la vida es un sueño y estamos solo jugando… Pues… pues eso, a lo que iba. Que ese distanciamiento entre la audiencia, la obra y el artista generado por la carencia de un marco teórico que lo contenga, no ayuda a la visibilización de los motivos artísticos propugnados, ni a la generación de pensamientos y opiniones propias sobre la misma por parte del espectador. De hecho, cuánto más profunda, interior, y teóricamente intransferible sea la verdad del artista, tanto más debe el artista intentar inmiscuirse en la esfera pública consensuada como apta y convencional para encarar su animadversión hacia perspectivas hasta entonces ignoradas y escondidas. Y que me quemen si hace falta. Quemar no es refutar.

» Digo yo que cualquier factor que incentive pensamiento y provoque voluntad resolutiva ante cualquier dialéctica ideológica, debe ser bienvenida e incluso estimulada por el creador, tanto en la parte "espectacularizadora" de la obra (su porción comunicativa con el espectador, su intervención

directa en el dominio público), como en los procesos internos que dan pie a dicha obra.

» Y… y eso, todo eso. Y ahora… ¿de qué hablaba? Ah, tengo muchas ganas de llorar, querido, no sabes cuántas, ¿no quieres llorar conmigo? Lloremos, lloremos juntos… Toda la vida llorando, toda la vida y la eternidad, hasta que el mundo se acabe y… He perdido el hilo. Mierda. De cosas hablaba, ¿no? Uf, qué cosa más horrible. Ay, sí, sí… probablemente hablaba, como siempre, de cosas sin importancia… ¿De la educación, dices? ¿Pero quién me habrá mandado a mi…? En fin… da igual, da igual; la cruz es la cruz, la cruz es la cruz, la cruz es la…

» Pues eso, eso…; que la gradación y calificación teórica de cualquier campo práctico corrompe y tuerce su naturaleza orgánica para encasquetarla en pobres e insuficientes fórmulas… Cualquier análisis teórico que pueda hacerse siempre irá a remolque de cualquier innovación y… Y ahora dejame rebufar exasperado, que estoy muy cansado de mi mismo. ¿Qué? ¿Qué crees? ¿Qué te ha parecido?

—¿De verdad quieres que te lo diga?

—Sí, claro. Dime.

—O estudias más o te haces poeta, hermano—le dije.

Y era verdad, porque acto seguido me puse las gafas y le hice saber todas las deficiencias lógicas que ponían en evidencia su discurso y lo hacían cojear visto bajo lupa y hasta visto desde lejos ya que, aún envaneciéndose de albergar la contradicción como regla y posibilidad, había cosas que no colaban; a lo que él me recriminó que solo buscaba justificarme ante los espías del espíritu para no parecer cómplice de un imbécil, cosa que no entendí y le dije que no sabía de qué hablaba y como el tiempo apremia y no quiero aburriros con más *mumbo jumbo* teórico y quiero que el libro sea *pim-pam-pum-pam-pam*, pasaremos directamente al funeral de Javi.

—11—

No. Es broma. Exagero. Perdón. Os aviso de antemano: en este libro no habrá grandes epifanías espirituales. La ineludible tendencia a la melancolía de Alguien nunca le permitirá tener una revelación transformadora; él, como todo buen cínico, duda incluso de su propio cinismo, así que cualquier descubrimiento potencialmente climáctico y renovador, será respondido con escepticismo y suspicacia.

Aún así, de vez en cuando yo, el autor, me serviré, para engrasar y facilitar la lectura, de ciertos recursos narrativos que apunten y dirijan a la imaginación de futuros venideros en los que abunde la esperanza y todos los conflictos se resuelvan. Al fin y al cabo, sin un horizonte que anhelar, nadie caminaría y yo, consecuentemente, no estaría escribiendo este maldito libro. Pero ese es otro tema que trataremos más adelante. Por ahora, volvamos a la historia.

Alguien, como la Luna, se sienta en su silla mientras las estrellas brillan, apoya su espalda en el respaldo, como se hace normalmente en las sillas, junta sus manos sobre la panza, estira las patas y escucha al mundo hablar. El mundo negocia con faldas y flecos y fotos de paisajes.

Uno vocifera un recuerdo. Otro hace una pregunta sobre el recuerdo. El primero responde con una anécdota graciosa sobre el recuerdo, lo que conlleva más preguntas sobre éste. Finaliza entonces el primero la rememoración de recuerdo, añadiendo la conclusión moralista debida.

Otro, entonces, se siente obligado a exponer un recuerdo similar pero con una conclusión moralista opositoria, cuya perspectiva es aceptada por el primero, seguido de una corroboración de la afirmación anterior trayendo a colación otro recuerdo que deriva en una conclusión pareja a la primeramente expuesta.

Excitado por el alcohol y el sexo, el otro muestra visiblemente su desacuerdo con el punto de vista del contrincante, subiendo el tono. Este, tranquilo, le pide calma recordando que toda perspectiva es válida y

respetable. El otro murmura indignado ante la irrefutabilidad de argumento y se reprocha para si las reglas delimitadoras de etiqueta social.

En este momento se hace el silencio y el primero busca un contertulio alternativo. Al encontrarlo, le pregunta sobre los acontecimientos ocurridos desde su último encuentro. Respuesta breve y extensión obligada sobre algunos sentimientos encontrados ante la nueva situación vital. El primero ofrece una opinión subjetiva sobre el conflicto.

Se acepta la opinión, pero recordando (sin decirlo) que los sentimientos siguen encontrados pese al acertado análisis. El primero se enorgullece callado y vuelve a opinar sobre el conflicto desde la sensación de superioridad recientemente adquirida. El otro acata la orden, el conflicto parece solucionado. El público aplaude genialidad y espectáculo sigue.

A pesar de ser éste uno de los vestidos, los cárices que toman las conversaciones a ojos de Alguien pueden variar: se puede hablar, también, de lo últimamente consumido con individuos que sostengan perfiles de consumo similares o, en su defecto, tratar de convencer a la persona *x,* abrazadora de un perfil de consumo que aboga por valores opuestos, de la superioridad moral, intelectual, política y estética y todas esas palabras tan vagas (y por ello tan ciertas), del código de valores propugnado y ostentado como propio y así, enfrentándose a la negación de la última, obtener ejemplos que pongan de manifiesto la terquedad e inflexibilidad ideológica del bando enemigo, cuya naturaleza es siempre equívoca e inferior.

O también puede hablarse de la interrelación entre las diferentes fuerzas geopolíticas en el escenario socioeconómico actual y tratar de deducir… pero no, eso entra dentro de lo antedicho. Lo que nunca se puede hacer, por ejemplo, es desvelar aversión por la naturaleza lúdica del ridículo teatro que se representa; a saber:

—Llevamos veinte millones de años hablando de lo mismo y yo me quiero suicidar.

Veis, este es un claro ejemplo de lo que *no* se debe hacer. Poder, se puede, claro, pero no es recomendable. El ambiente se desplomará y,

aunque cabe la posibilidad de que, si se tiene la suerte de que el carácter de los personajes que se encuentran en escena es *light* y distendido y desenfadado, la exageración sea recibida con aires cómicos, por lo general, es abrazada como motivo de discordia y grave intromisión en el bienestar generalizado.

Como es sabido, la tiranía de las buenas costumbres es enemiga de toda innovación, y la dictadura de la cooperación conlleva estancamiento, putrefacción y un conservadurismo carca y tufoso. La competencia es, en muchos casos, piensa Alguien (con algunas reticencias que se calla porque en todo sistema filosófico se obvian las afirmaciones que lo hagan tambalearse con tal de conseguir una certeza ilusoria) la mejor forma de cooperación.

Y así se suceden las conversaciones ante su tristeza. El amor es guerra, piensa, y se duele.

Siempre se pregunta, mientras contempla el despliegue y repliegue de los océanos y las chicas que murmuran secretos y los cordones que atan los zapatos de los chicos y al hombre con bigote y el pecho depilado que se da cabezazos contra un cuadro queriendo entrar, si será capaz de transcribir tan profundo sentimiento al papel. Sin haberlo siquiera probado, concluye que no y mira conmovido hacia abajo.

De todas formas, ¿para qué voy a perder el tiempo haciendo *algo*? piensa. Qué terrible quehacer. En todos lados, mire donde mire, veo a gente *haciendo cosas*. Y… ¡tímido silbido y decaído florecer!: ¿para qué sirve todo eso? ¿Eh? ¿Alguien sabe a santo de qué la vida y las cosas siguen vivas? ¿Alguien sabe por qué no ha desaparecido todo?

Pero no. Alguien, lamentablemente, no lo sabe. Y espera a que… ¡Ja, ja, ja! ¿Quién me está haciendo el examen? Unas tijeras oxidadas anónimas cortan briznas de hierba; una mano con un guante azul arranca flores. ¡Ja, ja, ja! Un rostro aplastado y deformado por manos gigantes muge.

Para nada, eso creo yo, solo para nutrir circenses civilizaciones en su cilíndrico timbal creído rectángulo. Unos cocinan arroz, otros sostienen

micrófonos contra la pared, otros entrenan para ganar, otros hacen dibujitos de gente que se clava espadas a si misma, y otros se pasan la vida entera diseñando y perfeccionando el más complejo de los telescopios para acabar viéndose a si mismos y *blablablá*, etc., etc., etc. ¡Bendito espejo microscópico! Y ¿para qué, para qué, para qué? ¿Para que la acumulación de basura siga en perpetuo aumento? ¡Uh, ah! ¿Alguien tiene un pañuelo? ¿Para que la basura tome forma de no-basura y…?

Bah, cada uno de mis actos es tan solo una pequeña colaboración al gran teatro de la mierda. Sacos de mierda que se acumulan encima de más mierda y yacen inertes sobre un montón más de mierda. ¿Y…? Y todo eso para acabar desintegrándose en la no-mierda que, al fin y al cabo y visto *comme il faut*, no es más que más mierda. ¡Bravo, bravo! Un puño hace *¡ale-hop!*.

Gente, gente, gente. Allá donde miro no veo más que gente. Enciendo la tele y veo gente; leo libros y veo gente; salgo a la calle y veo gente… Gente, gente y más gente. Gente con relaciones particulares con el mundo y temperamentos y… Bah. Tengo ganas de vomitar. Y yo me digo, en este bosque infinito de rostros, ¿dónde encuentra uno su corazón? Yo quiero estar solo. Solo solo me encuentro. Ay, ay, ay… ¡Ni la mala poesía me sirve de medicina!, piensa el pobre.

Y sobre una montaña de ceniza opaca se irguió un Sol tan negro, tan negro, que cualquiera que lo mirara irradiaba luz… Todo nace para morir y el futuro existe para ser pasado y… Un caparazón de una tortuga.

Así piensa Alguien, el que no ve sentido siquiera a lo divino, encerrado en su metafísica sicalipsis, que cree árbol lo que son trazos verdes sobre un lienzo y agua lo que es alcohol. Entre ortigas y visagras, ulmarias marchitas y pequeños geniecillos, arrastra sus cadenas por las esquinas del mundo como un pobre condenado. ¡Ay, la ineludible pena! ¡Ay, los melancólicos! ¿Qué haremos con todos ellos?

(No, ahora enserio, ¿qué pensáis hacer con todos ellos? Para mi que son el ancla que nos impide surcar el cielo como dioses… Siempre

insatisfechos, siempre decepcionados… ¿Quizás un pequeño gulag de melancólicos evitaría que su depresiva enfermedad se propagara? No sé. Sí, sí, me callo, me callo…; perdonadme.)

A quien las circunstancias no condenan, busca las circunstancias que le condenen, piensa él para crispar un poquito más su respiración. Y suspira.

Suspira muy a menudo, como os podéis imaginar; de hecho, parece víctima de un desgarrado desamor que lo desintegra en pequeñísimas partículas dispersas en mitad de una gran, gran, grandísima y friísima borrasca.

A pesar, sin embargo, de todos estos pensamientos, la idea del libro nunca le abandona. O destruyo el mundo, o el mundo me destruye a mi, piensa. ¡Ojalá pudiera revertir la dirección de su destino y volver a vestir los ojos del mundo! Los ojos del alma son dolorosos.

Y así, siempre se promete escribir sus ideas al llegar a casa, pero cuando llega, o bien no las considera lo suficientemente transcendentales para ser escritas, o bien no se cree capaz de transmitir su transcendencia.

Y se calla, y lo rodea un atronador silencio que le aguija los oídos del alma y termina embozando sus aparatos perceptivos dentro de una alacena con muros de piedra y de, por lo menos, treinta centímetros, lisos por dentro y con gotelé por fuera.

Almacena memorias que olvidará y deja huellas que se perderán. Grita como un mudo y por muy fuerte que llore, nadie le escucha. ¿Y es que solo existe lo representado? ¿Hace falta verse en el espejo para saber que se existe? Ay…

Y aún así nuestro heróe, adalid del siglo, de heridas e historias lleno, creído portador de la voz humana en toda su diversidad, lazarillo ciego del mundo, bocazas de *clickbait* literario y *armaggedon* de belleza cósmica, miserable inútil cubierto por una capa de oro y perlas, ni siquiera bebiendo el agrio plomo de sus lágrimas y conociendo la futilidad de su colorida ensoñación, puede, con la característica bicefalia de injertos delirantes del artista, parar de soñar en mundos alternativos y compositivamente ideales.

El hechizo de la ficción lo tiene atado de pies y manos y un puente cruza el río como reflejo de su sombra.

Y es que Alguien se siente en tan cálido abrazo cuando lee…; tan amistosamente acompañado, tan lejos de la soledad que normalmente le turba…, que convierte en su único propósito escribir un libro de tal calibre. ¿Qué otra cosa podía hacer? Quiere ayudar a todas las personas que, cómo él, andan dando tumbos entre espejos ensuciados por el moho de lo indecible, rotos por gotas ácidas que, rabiosas como cándidas mieles del cielo, luchan para no ser tragadas por la noche de la golosa gravedad, que todo lo quiere suyo.

¡Sí! Consternar el valiente semicírculo (cóncavo para unos y convexo para otros) y utilizar sus emanaciones para convocar las feligreses botellas de unos pocos adversarios cuánticos a quienes se les cae el bigote postizo porque el pegamento era de mala calidad…

Por muchas murallas contra las que tope, por muchas tentaciones que le sobrecojan, amarrándolo a lo recóndito del mundo, el libro, el maldito (*dito*) libro sigue allí, inmóvil, esperándolo en el corazón ajeno y el propio, custodiado por un haz de luz que brinda santidad a lo que él cree falso, y amor a lo que él cree soberbia.

Y no, no se olvida… Aún rehuyendo toda ambición, en su manso sosiego se asoma la intención intensiva de elucidar la mejor forma de describir la persona, el objeto, la impresión… ¿Cómo tornar carne aquella idea gaseosa que, pese a su difusa naturaleza, sigue opacando su pensamiento? Lo acecha en sueños y lo persigue en la vigilia. ¡Qué extraño!, piensa él, pero después se da cuenta de que una sola nube muy negra pero muy condensada deja ver más el Sol que una niebla muy suave pero muy extensa.

Y sigue pensando en su libro. Aún cuando muchas veces ha soñado como el día en que difunda su ser en las venas del entramado público y cultural, se le exhibirá como un mono inteligente para entretener a la masa mientras sus residuos corporales son utilizados como anestesia venenosa,

hipnotizante y nutritiva a una horda de arañas con la piel hecha de lenguas que hablan de él sin decir su nombre en una sala de tabiques blancos donde un señor subido a una escalera de plata (tronco de corales oxidados) con gorra, peto y botas enmasilla con una espátula unos surcos aparecidos en una nube de mentira que sobrevuela sus cabezas.

En fin, que su obsesión es tanta, que ha empezado inadvertidamente a referirse a si mismo en tercera persona. Toda su vida se está convirtiendo en un proceso de alejamiento de si mismo. Alguien hace esto, alguien piensa aquello…, etc. Su distancia con el mundo crece a cada paso, con cada palabra. Él se justifica diciendo que es más agradable escuchar a un dios que a un simple hombre.

Pero… pero lo cierto es que Alguien, nuestro sediento perenne, sigue en la fiesta, sentado en un sofá, mirando a ningún lado y pensando en cosas que, por mucho esfuerzo y tiempo que dedique, no conseguirá nunca describir.

—12—

—Se veía venir…

—Era cuestión de tiempo…

—No era dueño de él mismo…

Era el día del funeral.

En el aire serpenteaba una trompeta melancólica, que bailaba al compás de un bajo borrachín y unos tambores vagos. La melodía intermitente de un piano triangular y agudo trataba de decir rápidamente todo lo que pudiera antes de que lo volvieran a interrumpir. Resquicio: ahí se metía. Resquicio: a dentro que iba.

La gente iba vestida de negro, pero no parecían tristes. El acontecimiento parecía más una distendida reunión de amigos. Aún así, la muerte vigilaba seria desde arriba, esperando a que alguien se riera un

poquito más alto de lo debido para darle un toque y llamarle la atención. En un funeral solo se permiten risas que no enseñan los dientes.

Hay una capa roja por dentro y negra por fuera. Cuesta distinguirla de un órgano. Dentro, hay una persona muy delgada y que casi no parece persona de lo delgada que es…

—Era buen chico…

—Demasiado inteligente diría yo…

—Sí, desde luego. Esta es la clara prueba de que la inteligencia no es buena para nada.

—Todas las personas inteligentes que conozco están deprimidas.

—Sí… En esta vida hay que contentarse con poco.

—¡Dichoso aquel que no aspire a las estrellas, dichoso aquel que se contente con el polvo!

—Ay, ¡qué desgracia más grande!

Decidí ir a dar una vuelta. En aquella casa siempre le deparaban a uno sorpresas.

Estaba extrañamente tranquilo; la muerte de Javi me había llenado de amor y ternura. No sabía por qué, ni cómo, pero era así. De hecho, no sé si había sido la muerte de Javi la principal causa de mi afabilidad pero… Da igual. La corteza de un árbol se convierte en serpientes mientras un búho mira.

Me paseé pensativo, acariciando las paredes frías con los dedos, pensando en todo y sin mirar nada. Respiraba pausadamente y miraba a mi alrededor sin ver. Los objetos y las personas se sucedían, se hablaban, se movían, bailaban, y lloraban…; eran. Una cosa empujaba a la otra y esta se convertía en la reacción de aquella y, al hacerlo, empujaba a otra a que fuera otra cosa que la que era y provocaba que otra se convirtiese en otra…, *things just do things*, etc.

Hmm… Y así hasta el infinito. Bonito baile, pensé, bonito baile.

Empecé a mover la columna sutilmente, moviéndome sinuoso al ritmo de las vibraciones tristes y apagadas que abundaban en el aire, hoy pesado y espeso. Cerré los ojos y…

—Max. ¿Qué haces?

Era Gris.

Gris había cambiado. Había cambiado mucho. Parecía otra persona…

¿A qué…? ¿Y los círculos?

—Pues nada. Por aquí. ¿Y tú?

—Te estaba buscando. Ven, mi madre quiere enseñarte algo.

—¿Tu madre?

A mi me sorprendió que su madre quisiera hablar conmigo, y más en un día como éste. Normalmente su madre siempre había confundido mi timidez como una debilidad que su marido no hubiera tolerado ni respetado y, por ende, ella tampoco. Aquel día, sin embargo, la sonrisa con la que me recibió la mostraba inusualmente cándida y receptiva con mi presencia.

—¿Max? Ven. Acércate, cariño, acércate. ¿Cómo estás, querido?

—Bien, bien… Dolido —rectifiqué—, pero tranquilo.

—¡Ay, hijo! ¡Qué suerte tienes, qué suerte! Ojalá tuviéramos todos esa paz tan pacífica ante estas tragedias tan trágicas y díficiles de asimilar con las que nos enfrenta tantas y tantas veces la vida… ¡Qué fortaleza, qué vigor! ¡Qué afortunada eres, hija, qué afortunada! Resiliencia es la palabra, ¿no? Me la dijo mi psicóloga. Porque sí, yo necesité *ayuda psicológica*— dijo entre dientes y escrutando sus alrededores para ver quien podía escucharla— al morir tu padre, que en paz descanse. Pero eso ya lo sabéis… ¡Ay, ay! ¡Cuán orgulloso hubiera estado de vosotros! ¡Sabedlo, sabedlo! En fin, querido… Contigo quería hablar —me rodeó el hombro y nos apartamos—. Sé que eras una de las pocas personas a las que Javi tenía aprecio… Lo entendías… Y aunque… aunque vuestras conversaciones escaparan mi comprensión… Porque ya sabes que yo vengo de una familia humilde y nunca recibí una educación como la que pude dar a mis hijos…

Mis padres no me lo permitieron… Me obligaron a trabajar desde pequeña y… Pero bueno, bueno…

» Verás: Irma me ha entregado este papel. Contiene un escrito. Lo escribió Javi justo antes de… Bueno, ya sabes, de cometer esa atrocidad. Sé que eres un hombre interesado por las artes y, lo que es más importante, por Javi. Así que aquí lo tienes. Creo que le hubiera gustado que lo tuvieras tú… Yo lo he leído y no he entendido nada, como podrás imaginar… Una persona como yo… Habla de violaciones y cosas horribles. No sé. Ten. Aquí tienes; para ti. Yo no lo quiero. Lo guardaría en un cajón y de ahí no se movería. Ya sabes que el gran sueño de Javi era ser escritor… Por eso leía tanto. Aunque bueno, una cosa es leer y otra escribir. No creo que llegase a ningún lado escribiendo estas cosas…

» Bueno, bueno, tú seguro que lo aprecias más que yo… Aquí tienes. Tuyo es, mío no, como dicen. Y ahora, si me permitís, me marcho, que una madre ha de dar la cara. Ay, ¡ya los oigo hablar, ya los oigo! Serán… Que si esto, que si aquello… ¡Ay, pobre de mi, pobre! Lo que sufro yo no lo sufre nadie. Cada día peor que el anterior. Y con todo esto a cuestas, como si su peso supusiera poco esfuerzo, además he de dar la cara; ¡además! ¡Ay, ay! ¡En cuantos males vive quien como yo es! ¡Me voy, me voy! ¡Irma! Ten, guapa, ten. Gracias, querida.

Le entregó una copa de vino que se había bebido de un trago, y volvió a la ceremonia. En ese momento y por razones que desconozco (si esque conozco algunas y mis pobres deducciones coinciden en algún momento con la realidad), me acometieron unas ganas de reírme incontrolables y… y me entregué. Sí. Me entregué. No pude ni quise hacer otra cosa. Me apetecía reírme y me reí. Ese fue mi proceso mental.

Gris frunció el cejo, tal y como esperaba. Me obligó a explicarme entre risas.

Mi cara, como la de Gris hacía un rato, parecía la de otra persona.

—¿No te parece gracioso?

—¿El qué?

—No sé… *tot plegat*. Que estemos aquí… *así*… Que aquel fuera al baño y que ese otro ligara; que aquella se quejara del tiempo y a aquel le dieran miedo las habas. O que existan palabras como unicornio o… farolas. Y que… no sé. Me hace mucha gracia. ¿A ti no te hace gracia? Me hace gracia y me da asco a la vez; es una sensación extraña. Piensa: ahora mismo hay muchísima gente encargándose *activamente* de que el mundo siga funcionando. Se encargan. Se ocupan y se preocupan. ¿Entiendes?

» Si llamas a algún sitio con una duda, alguien te contestará y te dará una respuesta. ¿Entiendes? ¿Entiendes lo que eso quiere decir? ¿Lo entiendes? ¡Una respuesta! Se dice pronto. Como dragones. Y hay dentistas abiertos todos los días (todos); y existen los *croissants* —se me escapaba la risa—. Y hay metros, barcos, uñas, madalenas, Almudenas, bellezas y amabilidades. ¿No te hace gracia? Y todas sufren. Todos. Todas. Es gracioso, me parece muy gracioso; lo siento—. Tuve que taparme la boca para no armar un escándalo—. Y… y… y ¡no te lo pierdas!, la gente hace *cosas,* y van por ahí haciendo *cosas*. Hay papeles, mares, lápices y amores… Y la gente se lo toma en serio, y se toman en serio a ellos mismos… Como el cuaderno de un niño pequeño expuesto en un museo ante la boquiabierta mirada de gacelas enredadas en hiedra y con los cuernos de barro horneado… Y sufren, sufren… ¿Tú lo entiendes, lo entiendes?

No pude seguir. Me hacía demasiada risa. Tuve que sentarme a respirar. No era un buen lugar para un ataque de risa, no era un buen lugar para un ataque de risa, no era un buen… Pero eso me dio más risa aún. Me reí tanto que me dolían los abdominales, y empecé a toser. La gente empezó a mirar.

—Imagínate a… No sé…

No podía. El sentimiento era más grande que yo. Hice caras raras para intentar esquivarlo, me abofeteé la cara para desprenderme del sentimiento, pero no pude. Me levanté súbitamente y, tapándome la cara, crucé la habitación dónde estaban todos congregados y fui corriendo al baño. ¡Están comiendo! ¡Por la boca! ¡Ja, ja! ¡Y hablan! ¡Y se tapan la boca para toser!,

pensaba. Me hacía demasiada gracia. Leen palabras y entienden *cosas*…, leen palabras y entienden *cosas*… ¿Qué nota ponéis al mordiente de mi sombrero?

Necesitaba descansar; eso era. Respirar, respirar. El hombre necesita aire, ¡aire! Y me estiré en el baño. Inhalaba, exhalaba; inhalaba, exhalaba… Pero ¡ay! Me aguijaba otra vez la maldita y volvía a reírme. Me retorcía para desinflarla, sin éxito. Era una risa muy profunda: nacía en el estómago, subía por los pulmones y salía por la boca.

Y pensar que antes había sufrido me daba más risa aún.

Lentamente, la risa fue disminuyendo su fuerza. Logré recobrar las pulsaciones de una persona tranquila, me lavé la cara, bebí un poco de agua y salí del baño. Antes de cruzar el umbral de la puerta, miré a ambos lados: no quería que nadie me viera cruzar ese umbral.

Por alguna extraña razón, consideré aquel paso como crucial y definitivo. ¿De qué? ¿Hacia dónde? ¿Desde dónde? No lo sabía, pero esa puerta se había convertido en algo más que una puerta. Si quería seguir viviendo, debía cruzarla. Era lógico, claro; ¡claro como el agua! Aquella puerta se había convertido en un *símbolo*. ¡Ay, los símbolos; ay, las alegorías! Ay…

Allá, al otro lado del umbral, estaba el mundo, esperándome, invitándome con gestos a que diera el salto y me acercara a él. Me recibirían con abrazos y regalos y todo subiría hacia arriba para siempre. Antes, en el baño, estaba solo, y ahora, en el mundo, ya no lo estaría. Estaba claro, así que me dije que claro, claro, claro, y lo crucé.

Entré en el mundo otra vez y se acercó mi suegra preguntándome cuál era esa canción que le gustaba a Javi y añadió que estaban muy contentos de tenerme en la familia porque "en estos casos, es necesaria la figura de un hombre recto y como Dios manda"; apareció Irma ofreciéndome canapés con más insistencia que de costumbre, mirándome con los ojos saltones y preguntándome si quería algo de beber; al fondo de la sala vi el auricular de un teléfono dar besos al micrófono del mismo; también estaba mi padre, del

que ni me acordaba, y me dijo que era una tragedia terrible, terrible, terrible y, gesticulando en mi órbita como un actor de teatro malo me preguntó porqué no había llamado y porqué había tenido que enterarse a través de unos amigos y que si el mundo dependiera de mi todo sería un desastre y que él se moriría al día siguiente y yo ni me enteraría y que yo era también un desastre y que cuándo pretendía cambiar y que de qué me servía todo esto si no aprendía nada y siguió hablando y hablando y yo me escabullía entre la muchedumbre como una babosa bigotuda.

Yo… necesitaba salir. Los mosquitos eran nocivos para la piel y yo necesitaba salir. Los poros de mi piel eran muy porosos, y mi nariz era muy nariguda, así que cogí la chaqueta del perchero y la vestí. Me iba. Noté que la gente me miraba raro y cuchicheaba cosas sobre mi. No hice caso. Me iba. Lo necesitaba. ¿Y la puerta? Allí. Solo tienes que traspasar otra vez la puerta. ¡Otra vez, otra vez! ¡Ay, ay, ay!

En la cocina se caían cosas al ritmo de una canción conocida y un hombre musculoso con camiseta de tirantes y un peinado que estaba de moda hace mucho tiempo, bailaba moviendo el culo mientras cocinaban.

Con la mano en el pomo, escuché mi nombre.

—Max.

Era Gris. Un escalofrío recorrió mi espina dorsal y, al toparse con los confines de mi cráneo, se disipó y esparció un malestar tembloroso por todo mi cuerpo. La imagen debió ser penosa, debió parecer que había eyaculado allá en medio. Miré hacia otro lado e intenté no verme.

—Querida, querida, tengo que irme.

—¿A dónde? ¿Estás bien?

Mis ojos no miraban a ningún lado.

—Querida, querida; tengo que irme, eso es lo único que sé. Lo siento. Te quiero, pero tengo que irme.

Y, sin dignarme a mirarla, di la vuelta, abrí la puerta, me detuve un segundo antes de cruzarla, y la crucé.

Y ya está.

—13—

Alguien lee día y noche toda clase de libros. De hecho, empezó a leer cuando se propuso escribir el mejor libro jamás escrito. Sí, tan penosa es su vanidad. Dice que quiere juntar todos los conocimientos del mundo en un solo sistema; describir y descifrar el universo entero en un solo libro; eso quiere Alguien: que cada frase huela a sangre y contenga la experiencia de mil vidas. Quiere, en definitiva, escribir uno de aquellos libros que, cuando uno lee, le asalta la agridulce realización de que no puede hacerse mejor y ni siquiera merece la pena intentarlo.

Cielo vacío: ¿quién eres? Yo soy los otros: en ellos me pierdo, y en ellos me encuentro. Curva sonrisa: ¿qué eres? ¿Eres de ellos, los que turban mi sosiego y amenazan mi castillo; o eres de mi invierno, el que calza con suspiros la leche de mi infancia?

Así llora Alguien cuando su idioma innato se pierde en un laberinto jeroglífico con los caminos en constante solapamiento. El mundo, entonces, se convierte en una extensión de él mismo, diseñado única y exclusivamente para el desarrollo de *sus* aventuras en la más magna y colosal obra de arte jamás concebida.

Él vive. Él escribe. Él lee.

Así, todos sus defectos y delirios, sus virtudes y sus vicios, pueblan de sentido los padecimientos que puedan acuciarle y son eslabón y tropiezo necesario para la consecución de un fin mejor, esto es: el final del libro.

Pero… pero volvamos a la fiesta que me estoy alargando mucho describiendo los intestinos de un cofre que no pertenece a nadie y cuyo contenido repele su descripción. *One, two, three, four, five, six, seven…*

En ella, como decía, Alguien sigue sentado, moviendo frenéticamente la pierna. Como podéis ver, está nervioso. Cruza los brazos y las piernas y se dispone a observar a la gente que ha empezado a bailar cíclica y uniformemente canciones repetidas a lo largo de su desarrollo intelectual.

No pone el dedo en ningún sitio porque su dedo no le pertenece. Por cierto, digo observar por decir algo pero, realmente, Alguien mira sin ver y escucha sin oír. Pero eso ya lo he dicho, ¿no? Da igual. *One, two, three, four, five, six, seven…*

Unos chicos han apartado dos de los sofás para hacer una pista de baile improvisada. La gente grita al unísono levantando los brazos mientras se empujan y se abrazan entre ellos. Han apagado las luces y las siluetas se confunden en la oscuridad.

De repente, alguien le toca el hombro.

—*Bro*, ¿estás bien? —pregunta.

Alguien asiente sonriendo, sabiendo que las cámaras están delante y que la Historia tiene la oreja puesta. Además, a la última le acompaña su meretriz, de mil ojos en abanicos de pluma impresos, alas de albatros hechas de cochambre y una tosca y rígida estructura de aluminio, y un pico de tucán colorido que chacharea como una cotorra cotilla sin ganas de nada más que de hablar de los vecinos y los vecinos de los vecinos.

El otro, como está muy oscuro, no ve que haya respuesto y, ante la falta de correspondencia, le acaricia el pelo como a un perro y vuelve a bailar.

Alguien, apelmazado en el sofá, mira con tristeza los aconteceres del mundo. *(Oh…)* Un amigo se le acerca y hablan de sus ocupaciones y aficiones. Es buena gente, un hombre humilde. Él intenta recitar el discurso que ensaya constantemente en su soledad pero se le atragantan las palabras como si fueran demasiado grandes para la estrechez de la laringe y se dice a si mismo que es incapaz de dibujar cuadrados porque no ha visto ni uno en toda su vida.

Bendita ignorancia, piensa. Ser como ellos, piensa, como todos ellos… La ignorancia es la más alta sabiduría, piensa. Una vida sencilla, una vida sencilla… Emborracharme y bailar con los brazos en alto, mientras grito *uuuh* y canto las canciones famosas desde lo más hondo del corazón. Perseguir ninfas y esgrimir antorchas con la barbilla alta… Ay, cortadme los

brazos, ¡cortadmelos!; quiero caber en el traje…, ¡quiero! ¡Por favor, por favor!

El mundo ríe, el mundo es feliz. Comparten anécdotas y hablan de cosas con una soltura inocente y una pasión febril que él ha dejado atrás hace años. Divina inocencia, piensa… Los envidia desde lo más profundo del alma. A él las palabras le pesan; ellos, en cambio, hados de lo ingenuo y camiones invisibles, parecen volar ingrávidos por los bosques de la cotidianeidad.

¿Por qué él no puede ser como ellos? ¿Por qué? ¿Por qué cada vez que se involucra y se acerca a lo humano ha de alejarse famélico y desnutrido? Solo en mi soledad crezco; aquí, en cambio, las circunstancias me obligan a descender a lo vulgar y lo obsceno. ¿Y qué hay de malo en eso? ¿Por qué no escoger una mentira y correr con ella hasta el infinito…? Aquel anuncio lo decía…: *¡choose a lie and get on with it!* Saldría todo bien si consiguiese ser como ellos, seguro.

Pero no puede. No te vayas mamá… Y no es porque se sienta superior a ellos, no… De hecho, se siente muy inferior a todos los que son capaces de tocar medusas y darles besos e intimar con ellas y lavarlas y contarles cuentos mientras las arrullan animosamente en sus brazos… Él observa con una mezcla de admiración y terror.

Él… él vive todo el rato con miedo. Vive todo el rato con la piel de gallina y los pelos de punta y los ojos encendidos y el estómago anudado y los vasos temblorosos. Mira siempre asustadizo a su alrededor, expectante y al acecho. En cualquier momento puede surgir alguien a preguntarle inquisitivamente quién es, qué hace, qué le gusta y qué clase de zapatos compra.

Se levanta súbitamente y sube al piso de arriba. Estampado de cebra. ¿Había un piso de arriba? Hay un piso de arriba y eso es lo que importa. Sube por las escarlatas escaleras a buscar… algo. ¿El piso de arriba? O alguien. Da igual. Lo que sea. Cualquier cosa sirve. Desde la cáscara de un pistacho a los secretos del Evangelio: *tot és igual*. Eso dice él, al menos.

Entra en la cocina y se sirve un vaso de agua y se sienta en un sofá en el que hay gente hablando de Dios sabe qué. Odontología, parece. Fascinante, fascinante…

—¿Odontología? Tío, ¿por qué todo el mundo en esta fiesta estudia odontología? —pregunta un chico excitado.

—¡No! —responde la chica mientras ríe—, solo mi prima y dos amigas más…

—Tío, no sé, es que a *todo el mundo* que le he preguntado me ha dicho que estudia odontología —repone chulesco.

—Pues no…

—Oye, —interpone otro— ¿y te fijas mucho en los dientes de la gente?

—¡Sí, sí! —grita su amiga, interrumpiéndola—, que no te mienta. A veces, estamos mirando la tele y empiezan a decir: "Uy, a esta… ¡Qué bien le iría una endodoncia en los caninos!"; "Sí, sí… Fijate en ese color… Qué asco".

—¡No, tía…! —replica como un tímido riachuelo —, a ver, tampoco es para tanto… No estoy obsesionada, ¿sabes?

—Ya, ya… ¿No tienes fotos de dientes en tu habitación, no?

Todos se ríen. Él no. ¿Debería haberse reído? ¿Por qué…?

Nota que su presencia incomoda. Lo nota. Alguien piensa en suicidarse y empieza a sudar notablemente. Su alma tiembla. Su cuerpo está quieto. Todo él vive en sus ojos.

Y me faltan… ¿qué? ¿Sesenta años de vida, por lo menos? ¿Cuarenta si tengo suerte? ¿Veinte si tengo un accidente? Dios mío… ¿Y siempre es así? ¿Va a ser siempre así, enserio? ¿Cuándo, cuándo se descansa? Ay, ¡ay! y ningún sueño satisface porque *siempre es ahora*. *Bum*… je, je, je.

La conversación sigue.

—A ver… es que yo acabé siendo dentista porque es lo que he escuchado toda mi vida en la cena, ¿sabes? Mi padre y mi madre eran dentistas y, al final, claro, pues quieras o no, eso te afecta.

—Claro —replican todos juntos.

Alguien imagina la dulce pistola besándole las sienes con sus fríos labios… Dulce, dulce, dulce pistola…

—Pero no a mi hermana, ¿sabes? —animada por la recepción de su película, sigue—. Ella está estudiando Administración de Empresas y se desmaya solo con ver sangre —expone, pasándole el testigo a su hermana.

A la chica dentista le gusta la atención, pero en su justa medida. Sus valores morales le impulsan a ceder la batuta, bajo riesgo, si no lo hace, de ser tildada por el mundo en si misma de egocéntrica. El foco pasa a la hermana. Ojos: *ssschuoop*.

En la transición de protagonista, miran de reojo a Alguien. Es, simultáneamente, una invitación a que se una a la charla y un chequeo rápido para asegurarse de que no tiene un cuchillo entre las manos. Tiene un cuchillo entre las manos pero solo porque tiene las manos dentro de los bolsillos y en los bolsillos siempre lleva un cuchillo para cortar manzanas porque le gustan mucho las manzanas.

Cuando ven que está con los ojos abiertos como platos, absorbiendo todo lo que ocurre a su alrededor como si fuera un bebé recién nacido, piensan que está loco y colgado y el rumor renace. Alguien, al rato abstraído, decide que quizás es un buen momento para hablar. Se abre una brecha y pregunta:

—¿Usas mucho el hilo dental?

Provoca una risa incómoda. Alguien se extraña; le parece una pregunta consecuente con su profesión y la conversación que se estaba llevando a cabo. ¡Imbécil! Alguien es imbécil pero no lo sabe, pobre. Al hablar, siente fotógrafos cotillas disparando sus artefactos desde detrás de rendijas escondidas y se siente torcido por haber hecho esa pregunta y de esa forma tan violenta.

Ella ve que la pregunta iba en serio y responde dubitativa que:

—*Emm*… sí, bueno…

—¿Ah, sí? ¿Y con qué frecuencia?

Alguien persevera en su intromisión porque ya no hay vuelta atrás y…

Más risas. Alguien no sabe exactamente por qué se rien. Cada pecado tiene su pecador, piensa, e intenta imaginar acariciándose a si mismo como si fuera un peluche en las manos de alguien con las manos finas y el alma buena. *One, two, three, four, five, six, seven…*

—No sé… ¿una vez a la semana?

—Ah… —responde—. A mi me gusta mucho utilizarlo.

Alguien… Alguien… Alguien… Alguien está triste. Alguien ha fracasado una vez más. Alguien, iluso como es, creía que la gente daba la bienvenida a esa clase de intimidades en conversaciones de este tipo, pero Alguien se equivoca. De momento, no se lo diremos directamente a él y dejaremos que solamente lo intuya a través de una muy tupida cortina de tul negro; su fallida anastomosis nos sirve, de momento, para nuestros propósitos dramáticos.

La gente sigue hablando durante un rato y él vuelve a su silencio. Desastroso, desde luego. Un fracaso estrepitoso, no hay duda al respecto. Después de esto no podrá levantar cabeza hasta pasadas dos semanas, está claro… Después de esto, deberá coser sus pupilas con la roca del suelo y no intentar separar su vista del mismo hasta que las nubes den frenazos en el cielo y él los pueda escuchar. Alguien se levanta y se va.

Vuelve a la zona donde los maniquís bailan. Intenta hacer ver que baila un rato para ver si consigue cambiar su suerte; lo hace tan ortopédicamente que la gente se aleja confundida y Alguien, extraño a su cuerpo, extraño al mundo, y cada vez más triste, vuelve a sentarse. Ay… Suspira, suspira, suspira… y mira mucho al suelo y se rasca la cabeza y mira más al suelo y se pregunta por qué, por qué, por qué…

Convulsión, conmoción, consternación. *Catapum-pa, catapum-pa, catapum-pa, catapum…* La vibración que lo rodea sumerge sus plumas blancas en lodo negro. Piensa en algo que no sabe bien qué es. Quiere pensar que es un perro amoroso y con la cara simpática y que le da besos y se tira encima suyo y sonríen y se aman y todo funciona bien… Pero quizás está pensando en ranas deformes y muy altas con la piel viscosa y dientes

afilados que sudan moco y ojos malvados y brazos delgados y contratos y diplomas y sombreros de señores y señoras de mundo real y sonrisas maléficas que quieren ser tildadas de bondadosas y… y…

Se da cuenta de que él, en realidad, quiere una cosa muy sencilla: una conservación íntima; o, en su defecto, un abrazo cálido de un círculo cerrado hecho de sábanas y almohadas serviría. Rozar con su mano otra mano; algo… Comprobar que existe… Saber que todo esto no es solo un teatro y que no vive en un maldito panóptico y que, si es así, por lo menos es él el vigilante.

Quiere… quiere aprehender *el algo en algún sitio* por el que merece la pena vivir, cree, pero esa frase no se le antoja del todo certera. Quiere… algo ¿verdadero? *Clic*. ¿Real? *Clic*. No. Él no es el vigilante por mucho que lo desee. Muchas lágrimas estremecen su púlpito arremolinado y una luz tiembla besando su opuesto. *Clic, clic*. Las burbujas se ensanchan.

El dolor llega a límites tan hondos que reconforta. Con el cerebro seco como un trozo de corcho y titubeante entre gaseosos espejos, la omnipotente herida lo invade y, ahora, siente una sádica alegría. Del poso negro surgen flores. Cae en él una piedra helada que salpica gotas de sangre. Su sabor lo excita. Arrastrado por corrientes, ve en su feliz dolor la posibilidad de redención.

Todo armoniza cuando la positividad del orden desaparece. La armonía es distonía y es perfecta gracias a su imperfección. *¡Ju, ja, ju!* Del silencio nace el mundo y al silencio volverá. Y no pasa nada, no pasa nada… Y… y todo lo que pase, habrá pasado y pasará otra vez y otra vez. *Cluc, cluc, cluc*…

¿Qué más me da que me llamen tonto? ¿Qué más da que me llamen inútil? ¿Qué es un tonto a los ojos de la eternidad? ¡Apartaos barrotes!: quiero alzar el vuelo. Antes dirigía la mirada al suelo porque la turba me confundía; ahora dirijo la mirada al suelo para que la turba no me confunda… Además, un amigo me dijo una vez que el fuego estaba

contenido en prisiones de hielo que nunca se derretía y que solo los niños serían bienvenidos en el reino de los cielos…

Cielo…: orgasmo inútil, infértil e infinito. Tú, incipiente fin y regurgitante quietud, conjunto múltiple y único, oquedad líquida y plenitud luminosa (a ti te digo, hablando conmigo): lo que reconcilia somete, y lo sometido es libre; lo que me da espacio, me lo quita; lo que me lo quita, me lo da. Sí. Me da igual todo lo humano. ¡Ah, ah, ah! ¡Llego, llego, llego! Todo lo mundano huele a podrido… *They might say hey, and I migh say hi, but you shouldn't worry… ¡Oh, no!* ¡Dame, dame, dame! Que sube, que sube, que sube… ¡Ah! ¡Hermanos, hermanas! Mi corazón vive donde los límites no existen. ¿Qué es eso? Una acepción más, una… Bostezo. Palabras, palabras, palabras… y la única discapacidad que existe es la estrechez de espíritu.

¿Qué me importa…? ¡Qué me importa a mi lo humano! ¿Y tú? ¿Y tú por qué te escondes, corazón mío? ¿No ves que tu miedo es un supermercado y que de supermercados hay muchos y en ninguno de ellos venden la felicidad suprema? ¡Ah, ah! Límpiate los ojos y vacía tu corazón. ¡Eleva la mirada y ve que un viejo no es mejor que un joven ni un joven mejor que un viejo! ¡Amor, amor, amor!

¡Vuelo por encima de todo! Sí. Soy uno con la luz. Las partículas de mi cuerpo se dispersan y se funden con las notas de instrumentos que no existen. Algún día escribiré el maldito libro y todo el dolor no habrá sido en vano, al menos. Sabedlo, vosotros, mi querida audiencia inexistente: solo en lo ajeno se halla lo propio. ¡Sí! ¡Ay! Por fin mi huelga de brazos caídos… Sacudan mi encuentro con la daga troquelada por mi infamia y mi valor las cáusticas y germinadoras olas de calor y de frío.

Eso es. Más o menos. Describir el infinito es díficil, no os creáis. ¿O es que no habéis visto nunca a nadie intentar meter el infinito dentro de una caja? Es gracioso verlo… Yo vi un día como lo apretaban por los lados y le intentaban cortar un poco el tupé y como acabó siendo un oveja esquilada y anoréxica y deforme dentro de un ataúd muy lujoso que mostraban al

mundo como si fuera un dios hecho de basura y pendientes de oro. Y me reí mucho ese día, pero también lloré. También sé de muchos otros que lloraron. Pero la risa noble y honesta terminó venciendo porque ¿qué es un cuadrado para un círculo?

Extasiado, da rienda suelta a su cuerpo para que se recree en escalofríos. Está en la oscuridad y nadie puede verle.

—14—

Cerré la puerta detrás mío y, por primera vez en toda mi vida, sentí que estaba solo y que nadie me miraba. Agité el cuerpo entero de alegría, como un perro al salir del agua, me metí en el ascensor y bajé. Crucé la portería con prisa, abrí la puerta de cristal, y empecé a correr.

Corrí y corrí y corrí como nunca antes había corrido. Mis piernas clamaban eufóricas, extasiadas ante el movimiento repentino, adelantando y dejando atrás mi mente convaleciente y melancólica. Torcía el tronco inferior para girar, con el ombligo atado al suelo y haciendo de contrapeso y deformando la estructura esquelética del pie, que daba saltos y se quebraba tras siglos de quietud.

Esquivaba a los peatones y los pilones y corría, corría, corría… De vez en cuando (¡oh no!, oh sí…) me impulsaba con el pie derecho y sentía que volaba a través de las nubes, pataleando con las piernas y los brazos, con la mirada impertérrita en el horizonte y llegando lo más lejos posible. Flexionaba las rodillas al caer, rozaba con las yemas el cemento frío de la acera y me sentía como un superhéroe. Sentí que sorteaba paredes, murallas, planetas y universos enteros.

De repente, paré y me apoyé con las manos en las rodillas: me faltaba aire. Almacené todo el aire que pude en mis pulmones, hice que mi sangre subiese y bajase y la sustituí por sangre fresca y nueva, que suministré a

todos mis órganos. Acababa de renacer y en torno a mi se había erigido una cárcel de cristal.

Como un mimo, caminé curioso, observando aquel nuevo mundo en el que había aparecido. En un lado de la calle habían tiendas que ofrecían zapatos; otras ofrecían comida; otras cojines; otras educación; otras personas; otras libros; otras alfombras; otras dinero; otras más comida; otras salud; otras una familia; otras más salud; otras seguridad; otras ropa; otras coches; otras más comida; otras… No; esto era otra cosa.

Esto… esto era una casa. Sí. La casa me sonaba. Había estado antes. Era la casa de Pablo. Pablo era amigo mío. Sí. No sabía de qué lo conocía pero lo conocía. Ah, sí. Pablo era amigo de Sara. Sara era… No. No tocaba pensar en eso ahora.

Debía caminar. Caminar, caminar y caminar. Esa era mi condena. Siempre hacia delante, siempre hacia delante. Sí, sí. Como aquel sueño que tuve un día en el que, por mucho que intentara desviarme y correr hacia los lados o hacia atrás, seguía avanzando hacia delante. Sí. Como si el destino me tuviera atado de pies y manos y me arrastrara hacia él sin importarle mi voluntad o mis prioridades.

Además, ¿qué son mis prioridades sino cárceles? Haga lo que haga, y piense lo que piense, soy esclavo de mis circunstancias y estoy abocado a…

El problema es que no conocía el final de todo aquello. Iba vestido con prendas de presidiario y comía piruletas. Caminaba alegremente pero no sabía a dónde. Digamos que me habían encadenado a traición y de espaldas a mi destino, sin conocer en absoluto el propósito de la existencia de aquellas cadenas y aquel maldito camino amarillo. Pero bueno, bueno, no me quedaba otra alternativa que caminar, así que caminaba. *If, when, why, what*… daba igual, caminaba. Un ovalo aerodinámico y rosa. A veces, en un arrebato de romanticismo, pedía clemencia a los cielos: un descanso, o una pequeña pista…

Generalmente sin éxito, así que seguía caminando hacia delante.

El correr había sido muy poético; sí, de eso no había duda, ¿qué duda iba a haber? (pues la duda no es tal si se arremete con firmeza), pero no había supuesto ningún cambio. La corbata pesaba lo mismo que inclinar la cabeza para enfocar mejor.

Seguía aquí, en este sitio, siendo yo y viendo con mis ojos. No nos engañemos, queridos: no había vuelto a nacer y mis ojos aún renqueaban comparados con la prisa de mi corazón. Seguía encerrado en el infinito de mi mismo y mis pensamientos estaban, como siempre, condicionados y manufacturados por los insultantes escupitajos de las circunstancias. El capitel de mi pilastra era capitel porque había pilastra.

He de escribir el libro, pensaba, he de escribirlo, escribirlo… Si alguien se está riendo de mi, yo me reiré de alguien. *It's only fair, baby*.

Sí. Me gustaba mucho hablar en inglés conmigo mismo; hacía que me sintiera como un actor famoso y eso me gustaba. Yo, el gran mudo, preconizaba con mi lengua las curvas imponderables y místicas y la belleza onírica y misteriosa de cualquier piedra forastera. Además, me hacía sentirme sexy e importante. ¿Quizás me gustaba porque me habían hecho creer que…?, me dirían mis amigos universitarios a los que habían enseñado a ser antisistema. ¡Pero no hablemos de eso! No. No manchemos la sinfonía… aún no quiero pegar escopetazos; ahora me interesan solo las curvas. ¡Oh! Ya llegarán los escopetazos, ya llegarán…

Sí, sí… Será el mejor libro que se haya escrito nunca, pensaba yo frotándome las manos… Ha de serlo y lo será. Después de mi libro ya no se escribirán más libros porque no habrá nada más que decir. Sí. Y lo habré dicho *todo*. Sí. Y construiré mi propio devenir porque yo no quiero ser títere y quiero ser titiritero. Sí, sí, sí… Mi libro empezará así: "Hola, acabo de nacer y estoy escribiendo un libro". Sí. Porque de lo que no se puede hablar es mejor callar, y empezaré ya directamente con los dos; con el que habla y el que escucha y en el lugar de una vaca sagrada pondré un arlequín y *pam i pipa, pam i pipa*, el verdadero nombre de Dios lo conocen muy pocos y a los perros se les conserva para ladrar. Sí. Y los dos sabrán… Sí; los dos

sabrán… La llamada a la guerra será esta: "¡Que todas las estrellas se alíneen y los planetas se estrellen! Los cantos de la Naturaleza deben fluir en mi interior para que pueda dibujar con mi pluma todo lo humano y todo lo divino. Amén."

Y ganaré yo. Y él también. Y moriremos ambos porque nacimos de la noche, vivimos en ella y… y la única Verdad verdadera es la que nace en ti, crece de ti y yace sobre ti… Y yo también seré quien escuche la Historia y en mi se unirán los tres y tres manzanas caerán del cielo y serán las tres para mi. ¡Sí, sí…! ¡Todo para mi y nada a mi cargo! Qué liberación… ¡y la puedo tocar ya! *Heart to heart, heart to…*

Sí. *Ganaré* al mundo entero en la ridícula carrera hacia ningún sitio porque el mundo soy yo y cuánto más ciego más y mejor se corre y yo escribo mi destino y me gustan mucho las escaleras y… mandrágora de manga corta que solo me ha dado mentiras para quedar bien con el de arriba… ¿a qué se debe que gires el arco cada vez que disparas? Ah…, ¿sí? No sabía, no sabía…

Y si estas máximas tan nobles aquí arriba no se trasladan allá abajo, me dará absolutamente igual porque aquí seré yo el de arriba y el de abajo y el de en medio y el de los lados y el… Yo, circunscrito e infinito. Ya verás que gracioso. ¿No os sentís identificados cuando se utiliza la segunda persona en singular? Pues eso: que el "tú" a veces es uno y a veces es otro, de lo cual se deduce que todos somos lo mismo y que todo saldrá bien y acabaremos todos llorando lágrimas de oro en el cielo porque todas las conversaciones son idénticas y solo varían los personajes y uno no habla con nadie más que consigo mismo y…

Pues eso. Que convertiré el suelo en cielo y construiré un mundo entero del que seré rey soberano y empleado obediente y crítico mordaz. Mi palabra imperará como ley y mi verdad será irrefutable y, y, y… Y muchas otras cosas que escapan al lenguaje y que no me es dado discutir ahora porque tengo muchas otras cosas que hacer porque soy rico y fecundo en gérmenes y me impulsa la magnánima realización de una obra

inconcebiblemente grande. Yo, Primera Materia y jinete tetraédrico; polvo, luz, sangre y barro…

Por tan pedantes mares fluctuaba mi árido pensamiento por aquel entonces… A mi mente acudían toda clase de imágenes retorcidas y sangrientas. Soñaba, como siempre, con tener una pistola y apretar los fríos labios del cañón contra mi sien: ¡ay, ay…! dulce pistola…, y todas esas cosas. Soñaba, también, con engendrar alguna clase de ocurrencia realmente original, de cuya originalidad pudiera estar plenamente convencido. Pero eso ya era un sueño demasiado inalcanzable para mi pueril espíritu que, después de volar tan cerca del Sol, caía como siempre a su originaria pequeñez y…

Mientrastanto, mis ojos, en carne viva y llorando de alegría y horror, mirarían extasiados a la luz de una bombilla. Mi mente enferma se imaginaba propinando rodillazos en la cara de desconocidos, cuyos dientes se clavarían en las almohadas de mi carne, que explotaría como fuegos artificiales pintando la escena de rojo carmín.

Y entonces, cuando ya estuvieran casi muertos, volvería a abalanzarme sobre ellos saltando con los brazos y la cara abierta y les agarraría el cuello con mis inmesas manos y los raspados gritos de socorro se convertirían en una canción épica que estremecería mi sed de sangre y excitaría los ramilletes de mi halo.

Líneas, líneas rojas y finas, muchas líneas rojas y finas entrecruzadas y entrelazadas. Y yo… Yo apretaba con todas mis fuerzas, paralizado por la rabia y poseído por la peculiar y surrealista pretensión de convertir el cuello de mi adversario en un *spaghetti*.

Desde fuera, la imagen probablemente fuera terriblemente desagradable. Dislocaba espasmódicamente la mandíbula como un yonki, pronunciando para mis adentros palabras inventadas frenéticamente, chequeando el terreno presa del pánico frente a la idea de que un depredador estuviera acechándome, escondido entre algunos matojos y esperando el momento oportuno para embestirme por detrás y degollarme en mitad de la calle.

Sí. Una serpiente, seguro; era una serpiente, seguro. Una serpiente en mi bota porque me pican los zapatos. Qué fatal imagen. Tos, tos. ¡Que viva la fatalidad! A la mierda, ¿y los colores suaves? Yo quiero cuento. No resistencia, por favor; amable al tacto y al gusto. Cantar… Un equino acallado, una rosa blanca; convertir murciélagos en colibrís y ácido veneno en leche y miel… ¡Ay, fulgor rosáceo, que brillas fugaz en la hosca senda…! ¡Ay, tímido amigo, cartílago estremecedor…! Mírame: hablo estrellas.

Hablaba con vosotros constantemente, como si el libro lo escribiera en vivo y en directo y hubiera un amanuense transcribiendo todos mis pensamientos al otro lado de la cortina.

Ha sido culpa de aquella manzana, diría ahora. Sí, queridos, como muchas manzanas porque me gustan mucho las manzanas. Apuntadlo, apuntadlo; será útil para mi biografía. Ah, y otra cosa que, ahora que hablo de esto y hay gente escuchándome, aprovecho para desprenderme de mis pensamientos porque, sino, la autonomía del arte es demasiado autónoma y… eso: toda biografía es hagiografía. Tos, tos.

Sí, os digo: ha sido todo culpa de aquella manzana y aquella tableta de chocolate —el chocolate… el chocolate ya había sido puro vicio, loco, estaba claro. ¡Pero claro, claro! ¿Qué ha de hacer uno, si allá donde miro estás tú? Todo lo que veo eres tú, (y tu falda y tu…) Ay, todo lo que anhelo eres tú; y pues, ¿cómo no voy a aspirar a ti? No conozco alternativa.

No. Estaban reuniendo fuerzas para eliminarlo, seguro. Alguien lo seguía, seguro. *Apes together strong,* eso decían y repetían mientras se acercaban en manada un tropel infinito de monstruos y demonios. Sebosos como pocos y corrientes como muchos, cantaban sonidos guturales y antiarmónicos. Debía ir con cuidado, decía, debía ir con cuidado. Hundía sus botas en el fango y tosía mucho y el mundo se construía detrás suyo. Delante no había nada, ni blanco ni negro ni nada de nada: vacío. Detrás suyo se erigían monstruosos árboles y sombras y carraspeos y blancos de

ojos y muchas raíces que parecían ramas y muchas ramas que parecían raíces y todo olía mal y…

Una serpiente sonreía como los villanos de las películas, escondida bajo tierra y planeando maquiavélicamente su ofensiva, frotándose las manos como hacen las moscas y como hacía yo hace un momento. Y… ¡Callad! No queráis sacarme del mapa. ¿Queréis? Quieren. Querían sacarle del mapa. Me quieren convertir en él. Querían convertirle en él. ¿Queréis? Quieren. Es todo una conspiración quirúrgicamente maquillada como aquella cantante regordeta y payasil que tiene el fin de destruirme. No quieren que sepamos la… No querían. ¡No quieren! ¿Queréis? No, no quieren. Debía de ser un truco de magia barato. Hablaremos del alcalde, pues. Eso ya lo dije. Oh. Yo los quiero vencer a todos. ¡Vedme! Vedlo, dice. Eso dije. Ah. Ah. Ah.

Todas estas imágenes y pensamientos se sucedían en mi cabeza con la rapidez de un día visto en retrospectiva, como una televisión haciendo *zapping*.

De repente, un hombre montado en bicicleta me apartó de mi camino con un timbrazo y un insulto.

—¡Eh! ¡Estás en el carril bici, hombre!

Tenía razón. Habían reglas y yo no las estaba siguiendo. Debía ceñirme a lo establecido si no quería ser multado. Lo *otro* era caos y era *muy peligroso*. Me aparté; al hacerlo, casi me choco con un motorista.

No recuerdo muy bien como, pero entre vuelcos y revuelcos, terminé dentro de un centro comercial. Al entrar, empecé a quitarme automáticamente la ropa, como si fuera obligatorio hacerlo.

¡Hay que dar espectáculo!, pensaba. Este mundo aplaude al payaso y vitupera al santo. El vicio prospera y la virtud… *Hmm*… Bonito, muy bonito puticlub…, reprobé en voz alta mirando la cantidad de productos que acogían mi pensamiento como arcos ojivales.

Completamente desnudo, me dirigí a la sección de congelados, metí el brazo hasta el fondo de la nevera, y arrastré todos los productos para tirarlos

al suelo. Trepé dentro, me coloqué como aquel dibujo famoso entre los yogures y los quesos, y grité:

—¡Compradme a mi, compradme a mi! Yo soy tu yo; ¡yo soy tuyo!

Los guardias no tardaron en acudir a la escena y, visiblemente confundidos y habiendo recogido todas las prendas esparcidas por el suelo, dijeron: "Es más bello que una escultura" y alargaron la mano hacia mi cuerpo desnudo invitándome a que bajara de allí como si fuera de mentira y no pudiera morderles.

Yo, fuera de mi mismo, salí de un brinco, arranqué la ropa de sus manos y me puse a correr buscando la salida. Los guardias me persiguieron para aparentar que hacían su trabajo; yo, que volvía a tener ganas de correr, de un salto me planté encima de los cajeros y, como un equilibrista, con mi camiseta en una mano y mi pantalón en el otro, traspasé otra barrera, crucé la puerta corredera corriendo, y busqué un sitio en el que descansar y poder vestirme tranquilo.

Mientras me vestía, no pude parar de reírme.

—15—

Por tan vivos ríos discurre el alma de Alguien, dándose cuenta de que no existen las paredes y sin paredes no existen las habitaciones, y sin habitaciones no existen las palabras, y sin palabras no existen los significados, y sin significados no existe la sedición, y sin sedición no existen las paredes, cuando, a su lado, ve sentadas a dos personas que (¡cómo no!) hablan.

—¿No conoces la historia que aquel humo viajante escribió en su lecho de muerte?

—No.

—Es la historia de una pareja que, un día, caminando por el desierto, se encuentran una gran mansión rodeada por un ostentoso jardín repleto de

frutas, animales, y agua. Nunca habían visto semejante riqueza e, hipnotizados, se adentran en él. Comen, juegan, bailan, y ríen en el magnífico jardín.

» Después de unos días, intrigados por la solidez de la casa, se deciden a entrar. Entran y, en la primera habitación, se quedan maravillados ante el lujoso y novedoso mobiliario. Deciden quedarse allá hasta que, cansados del escenario, salen de la habitación en busca de otra mejor y más nueva. Al abrir una puerta, descubren otro cielo, lleno de juguetes y divertidos pasatiempos.

» Se distraen, otra vez, con tan asombrosas variedades pero, como es de esperar, al cabo de un tiempo vuelven a aburrirse. Porfían y discuten hasta que deciden salir en busca de otra habitación. Van descubriendo habitaciones deslumbrados por la belleza de lo sorprendente y, decepcionados ante la inconsistencia de la nueva luz, se pelean y van en búsqueda de otra perla escondida. Y así eternamente.

» Un día cuando, agotados, las maravillas de lo nuevo han dejado de encandilarlos, se sientan los dos frente a frente en mitad de la habitación. Se miran a los ojos, se ven, y dicen a la vez: "En ningún momento el cielo era cielo, ni el infierno, infierno". Y, en ese momento, la casa se derrumba, todos los muebles y juguetes desaparecen y se quedan ellos dos solos, desnudos, en mitad del desierto, el uno de pie delante del otro. Y se acercan y se abrazan.

—¿Y?

—Y ya está. Ahí se acaba la historia.

—Ah. Muy bonita. ¿Quieres algo?

—No, gracias. Aún me queda media cerveza.

Alguien ha estado escuchando. Pequeñitas lágrimas (muy pequeñitas) cuelgan de sus párpados. Cuando su amigo se marcha, se gira a hablar con el otro, pero ya no hay nadie. Inmerso en la marabunta de bailadores, su figura se desvanece como las lágrimas del rocío en la niebla del amanecer.

Alguien vuelve a estar solo. Cansado de mirar, se incorpora para dar una vuelta.

Frases sueltas llueven sobre él mientras se adentra en la multitud abriéndose paso a empujones. El parecido de lo que escucha fuera con lo que escucha dentro le da ganas de vomitar. Unos muñecos de colores que viven en una aspiradora bailan y ríen, aparentemente contentos de que Alguien esté llorando.

—Estoy harto de mentir. Voy a serte sincero —explicaba un chico—. Tengo veinticuatro años y solo tengo libretas llenas de estúpidas ideas a mi cargo. Aún tengo granos en la cara y me está saliendo barriga y cada vez me pesan más los párpados y noto más las ojeras y me duele siempre el cuello y la espalda la tengo torcida. Soy inseguro hasta la médula y no descanso ni sentado.

» Me paso los días vagando por las calles y, aún así, sigo sintiéndome incómodo cuando me cruzo con alguien. Mi boca nunca está donde debería estar y el culo me pesa. Todo esto no me importaría si dentro de mi no tuviera anhelos y deseos y me complaciera con mi mediocridad, pero los tengo y los tengo… ¡Lo siento! Y… y aunque todo lo que deseo me cause sospecha, sigue controlando mi vida la imaginación de un mundo mejor y, como la chica de esa peli, sí, y vivo una vida en mi cabeza y otra en mi cuerpo. ¿Y cómo voy a saciar mi excitado apetito con la imagen de un festín? Con anhelos ascéticos pero de condición aburguesada, vivo desdoblado y se me ve en la cara.

» Soy un cobarde, un cobarde… Fijate si soy cobarde que para sincerarme tengo que fingir ser otra persona… Porque sí, sabelo: todo el que mantenga una conversación conmigo lo hace con la sombra de ese otro, ese otro a quien ni siquiera conozco porque cuando alargo la mano para agarrarlo, desaparece… Y ¡da igual, da igual…! Me pone enfermo hablar de él y… y un virus, para adentrarse en el núcleo de la célula a la que busca enfermar, ha de desintegrarse. Pues eso.

» Me está dando mucho asco hablar… Mucho asco. Odio ser yo. Lo odio. Lo odio con toda mi alma. Tantas veces he imaginado que no existía que he terminado convencido de que no existo. De hecho, a veces creo que mi bilocación espiritual proviene de mi aversión a los espejos… Rehuyo mi reflejo y, por eso, acabo olvidando mi cuerpo. Todo lo que hago, lo que digo o lo que soy… me es ajeno. Vivo en tierra de nadie: no me gusta que me ignoren ni me gusta que me miren; no me gusta que me quieran ni me gusta que me odien; no me gusta conocer ni tampoco ignorar; y no me gusta trabajar ni tampoco estar ocioso.

» Sí… Toda persona que me ha amado la he apartado de mi y a toda la que amo la apartaré. Porque estoy enfermo y estoy enfermo y estoy enfermo y lo estoy. Lo sé. Lo noto cuando hablo y cuando me hablan y cuando hablan de mi y cuando no lo hacen. Es una enfermedad grave, muy grave; es una enfermedad, de hecho, tan, tan, *tan* grave que no se puede ni se debe hablar de ella. El mundo la ignora porque en su ignorancia reside su poder. El mundo la tapa porque si la destapara se vendría abajo la obra entera y quien juega al juego solo puede jugar con la gente interesada en mantener viva la mentira y, y, y… No… Sí, claro, mis ideas, mis ideas…

» Mis estúpidas ideas a veces me dan algo de dinero, claro. Y cuando no tengo dinero, trabajo de cualquier cosa para conseguirlo. Me prostituyo a mi mismo, en alma y cuerpo, para poder sobrevivir y poder perpetuar la maldita enfermedad a lo largo y ancho del mundo… Eso es así. Soy esclavo de la belleza porque la creo la cúspide del conocimiento humano. Sí. Mi alma tenía un precio y hace tiempo que la vendí. ¿Qué iba a hacer sino? Antes me moría de hambre, me moría… Yo no soy tan virtuoso, no… Yo quiero algo más que una mísera habitación… Soy débil, muy débil… Deseo bienes mundanos y me entristezco cuando perecen. ¡Ja, ja, ja! Qué risa me hago…

» Antes, sí…, antes, el poco dinero que tenía lo gastaba en el alquiler y ni siquiera podía materializar las pocas estúpidas ideas que tenía más que con un boli y un papel; contaba los céntimos cuando compraba comida en el

supermercado y tenía que soportar ver a mi abuela pagar por una comida lo que yo gastaba en un mes. Ahora, en cambio, puedo construir muñecos de trapo altísimos.

» ¿Por qué no les pedía dinero a ellos dices? Pff… No quiero arrastrar a todos los que me rodean a mi maldita ruina. Yo mismo me he buscado el fracaso y yo mismo debo pagarlo. Y… y bueno, no te creas que nace de una buena intención… Todo este sufrimiento al que me someto, no es sino un intento de imitar a los artistas torturados a los que admiro. Es así de triste, querido, así de triste… La miseria voluntaria es más noble que la pompa innecesaria y esas cosas. ¿Y todo este penoso espectáculo…? No… Me he de castigar por ello, me he de castigar por ello. Y el castigo al que me someto consiste en no darle a mi vanidad el gusto del reconocimiento de mis contempóraneos… Sí… Y, y, y… Y esta humildad fingida, este modesto pavoneo… ¿no es por qué quiero asemejarme al ideal de santidad que pulula por mi confusa cabecita?

» Soy vanidoso y estoy vacío por dentro. Debo pagar por mi orgullo. Debo, debo, debo. ¿Qué triste papel es este? Ah, pero es que a mi me juraron que solo sería capaz de captar correctamente la luz inmiscuido en una cámara oscura y en el punto de contacto entre las dos simétricas pirámides… Claro, claro… Y, y, y cuando ya haya pagado por mi orgullo, deberé rebajarme aún más para pagar *aún más* por el orgullo con el que orgullosamente me someto orgulloso. Porque soy asqueroso y ¡qué asco!, qué asco me doy… Toda sed de Verdad es vanidad y he de cumplir la penitencia correspondiente a mi soberbia… eso es todo. Y vale ya porque me estoy atragantando y escucho a las paredes resquebrajarse.

Palidece su rostro y…

¿Desde cuándo en las fiestas se habla de estas cosas y de esta manera? Menuda tontería. Totalmente irreal. Debe de ser una broma, está claro, parece sacado de una obra de teatro en la que el autor no puede dejar su mano quieta y no intervenir en el devenir orgánico de la misma. Está todo sucio y mugriento y desganado como líneas rectas y blancas y delgadas que

suben desde abajo en un fondo azul muy, muy oscuro; tan oscuro que parece negro.

Lo que creía angélico no es más que un trapo sucio, mojado, anudado, y escurrido; reseco, delgado, quebradizo y poca cosa y ay… ¡Yo que me creí el protagonista de la historia y ahora me doy cuenta de que no soy más que un personaje secundario del pueblo y que aparezco solo para hacer una bromita y desaparecer para siempre! Ay, ¡qué líquida fue mi convicción!

La poca comida ingerida por la mañana empieza a subirle por el esófago. Respira costosamente y empieza a no distinguir a las personas. Una masa negra aparece en los extremos de su campo de visión y, lentamente, va comiéndose los colores y todo lo que ve se vuelve negro.

—Ver el cielo es importante. Uno no puede estar toda la vida bajo el mismo techo.

Agazapado, débil y flacucho, entreve, al final de la sala, un balcón con la luz azulada. Su frescura seduce la imaginación de Alguien y se acerca a él para saciar su sed y ventilarse un poco. Hmmm… aire, cielo abierto, esta habitación tiene el aire viciado, el aire muy viciado…

No lo consigue. Solo salir fuera, descubre a gente hablando de él.

—Tía, creo que está loco de verdad. No las tengo todas conmigo de que las tenga todas consigo, *¿m'entens?* Yo no confiaría en alguien así, *tbh*…

Están hablando de él *seguro*. Allá dónde va lo persiguen. Es un hecho. Hay un diablo detrás de todo esto, seguro. No puede ser otra cosa. Quiere distraerle. Encima, no sabe comportarse; ha de aprender a comportarse; ¿por qué no sabe comportarse? ¡Es una fiesta!; debe aprender a comportarse. Parece mentira, después de tanto tiempo, ¿cómo no ha aprendido a comportarse? Ha de aprender a comportarse… ¿Qué tanto tiempo? Si acaba de nacer. ¿Cómo puede acabar de nacer? ¡Mentira! ¿Pero qué es todo esto?

Todo es muy complicado. El calor sofoca su pensamiento. Esta habitación es demasiado estrecha; esta habitación es demasiado estrecha, dice. Ha entrado en bucle. Ya no sabe si piensa o es pensado.

Siente diez mil millones de ojos encima (¡tú, indeleble y gutífero dios!) y le pica mucho el cuerpo. Su boca se ha convertido en *su* boca y sus brazos en *sus* brazos. Sus dientes, sus piernas…; todo le molesta y se convierte en excesivamente *suyo*. No sabe dónde meterse y siente que su cuerpo entero se ha metido en un zapato. Necesita salir de allí, salir de allí. Y se rasca, y se rasca mucho. Y cuanto más se rasca, más le pica. Y le pica y está rodeado de mosquitos y suda aún más y más y más. Ha de salir, ha de salir, ha de salir, ha de salir. Los putos mosquitos, los putos mosquitos, los putos mosquitos, los putos mosquitos… Cada vez que acerca la mano, desaparecen. Cuando la aleja, vuelven a aparecer. *Bzzzz*… Ha de salir de allí. Se levanta y se dirije hacia la puerta. *Bzzzz*… Se arrastra como un borracho, rebotando entre paredes y personas.

—Lleva tanto tiempo mirando al Sol que ahora está ciego—se oye cuchichear al fondo de la sala.

—¡Lleva tanto tiempo mirando al Sol que ahora está ciego!—parece replicar un coro de veinte mil millones de voces al unísono.

—Pobre, pobrecillo…

—Sí. Pobre, pobrecillo…

Atraviesa el umbral y, confundiendo el cielo con el suelo, sale de la casa.

—16—

Después de tanta poesía, a uno siempre le sobreviene el cansancio, así que volví a casa. Allá estaba Gris. Todo yo, embargado de vértigo, busqué acurrucarme entre sus brazos para olvidarme del escabroso malestar consecuente a un episodio tan delicadamente neurótico como aquel. Ella, un poco a regañadientes, pero accediendo ante mi visible (visibilísima, por cierto; muy, *muy* visible) debilidad, me hizo un hueco en la cama y yo me

escudriñé como pude. Hmmm… calor, amor, suavidad y casa… Mi reunión con lo escindido, mi prótesis caída…

Al cabo de un rato en silencio, me separó enfadada.

—Tío, ¿en qué mundo vives? No te das cuenta, ¿no? Yo flipo. Se ha muerto mi hermano y ni siquiera te has dignado a preguntarme cómo estoy, imbécil—dijo con lágrimas en los ojos—. Estoy harta. Y encima ahora, después de haberme abandonado como a un maldito escarabajo pelotero en mitad del funeral, apareces aquí buscando *mimos*. No entiendo en qué mundo vives, Max. No entiendo nada. Y a saber si te hubieras despedido si yo no te hubiera pillado yéndote… No… No sé qué piensas, tío; no sé qué coño te pasa por la cabeza… Te juro que hay veces que no sé quién eres…

Estaba muy enfadada.

—Gris… verás… Es complicado, muy complicado…—respondí yo, sacando las palabras de mi boca con una cuerda deshilachada que apestaba después de mojarse.

No, no, no y no. Yo no quería tener esa conversación. No quería que mi libro… No. Me negaba. No, no, no. Mi libro debía…

—¿Se puede saber qué te pasa? Reacciona. Despierta de una vez o te juro que me voy. Te lo juro.

—Yo… Gris, verás… Creo que escribir el libro no me está sentando nada bien. Creo que ese es el problema… Es en lo único que pienso, ¿sabes? ¿Irá bien esto en el libro…? ¿Y cómo…? ¿Y por qué lo escribo? ¿Quizás es porque Dios ha muerto y uno siente la necesidad de apegarse a cualquier objeto que rezume algo de divinidad…? No lo sé, no lo sé…

—Tío, tío, tío… Para. ¿De qué coño estás hablando? ¿Con quién coño hablas? ¿Hablas conmigo? ¿Qué dices de Dios? ¿Qué dices? Estás hablando conmigo, ¡conmigo! —gritó Gris entre lágrimas—. Tío, si tanto te afecta el libro, deja de escribirlo.

Yo suspiré. De verdad que lo último que quería en el libro era diálogos de esa índole y conflictos de pareja. Ya había suficiente mediocridad en el mundo para que yo me dedicara a aumentarla. (Oh, no… preocupaciones

humanas no, por favor, no…) El mío debía aspirar a las más excelsas y elevadas metas y dianas, y cuando irrumpiera en las celestes esferas del divino monte, penetrar todavía más hacia las bóvedas de lo indecible y lo…

—Lo siento. No. No puedo. No puedo dejarlo. No puedo. No sé. Lo he intentado y no puedo. Te juro que no puedo. Lo siento. Aparte… No, no… No quiero hablar de esto.

—Calla. Quien mucho se disculpa, poco corrige. Una cosa te digo: o encuentras una forma de escribir que te permita compaginar las dos vidas, o me voy.

—No, no, no.

¡No! Gris no podía irse. No podía… No ahora. Ahora ya formaba parte consustancial del libro y no podía prescindir de su figura. En otro mundo ya estaba persiguiendo sombras; aquí debía perseguir carne. Además, sin Ella no hay Él y sin… En fin, ya me entendéis: la necesitaba para hablar más de mi mismo.

A parte, la presencia de Gris era importante… Me ayudaba a representar con mayor precisión las diferentes perspectivas tomadas de un mismo punto de vista y las interacciones con las que estas se envolvían… No, no podía; no, no.

—Perdón. Sí, lo sé. *Let's have a toast for the douchebags… I know, I know*. Quiero hacerte reír, lo siento. ¡Ríete! Ay… Lo siento, lo siento. Ríete va… Ya sabes que soy así, tía…, soy imbécil. Mami soy un chico rarooo… ¿entiendes? ¡Doy pena!, ¡mírame! Meto referencias con calzador para parecer inteligente y… ¡solo puedo perseverar en mi ser! ¿Qué le voy a hacer? ¡Ah! No me pidas que participe; ¡no! ¡Oh, horror, horror! Solo puedo participar como una sombra de mi mismo… Desde que soy pequeño vivo en mundos imaginarios, ya lo sabes, y… Y desde que…

» No, no; esa historia la explico otro día… Verás, me conozco, y no te puedo prometer mentiras. Sí, puedo prometer que intentaré cambiar mi forma de escribir para que facilite la combinación entre mi aquel y mi este, pero no puedo prometer que lo lograré, no… Sí, puedo intentar ceñirme lo

máximo posible a los hechos… No ir más allá de estos… Ver pájaro, decir pájaro. Ver árbol, decir árbol. Ya, ¿no?

» Sí. No me abstraeré. Tienes razón. No me sienta bien. Además, acabo pisando verdaderas obras de arte. Pero ya sabes… Mi yo es mi yo… Y sabes lo mucho que me entusiasma hacer las cosas mal. Si haces todo como es debido no descubres nada nuevo. Esa frase es mía. Apúntala para que la endosen a mi nombre. ¿Quizás como epitafio? No lo sé, ¿tú qué crees?— dije sonriéndole como el imbécil que era.

—Eres gilipollas.

Gris se levantó de la cama, se vistió y se fue.

Yo, justo en ese momento, caí en la cuenta: esta Gris no existía, esta Gris era solo la sombra de una Gris que yo había conocido antes de adentrarme en este maldito laberinto de palabras, así que no me preocupé y seguí hablando conmigo mismo como un perro que se persigue la cola.

Además, era cuestión de tiempo que volviera, pensé; el amor es una droga que te come por dentro y blablablá…; así que me embadurné en mi egocentrismo y me convencí a mi mismo de la realidad de mis fantasías. *¡Yuhú!* Ondeante ondina de sinuoso fuego, mece mi sueño y mi abatido deseo…

Todo el mundo sabe que las personas bellas no sabemos amar y solo sabemos ser amadas. Y todo el mundo sabe que todas las parejas están basadas en dinámicas de poder codependientes porque todo es espejo de una pirámide que… Pero no, no, no…; no hablemos de eso. Hablemos solo de mi y de mi Yo, que soy lo interesante.

Yo, Max, como habréis podido notar, soy un narcisista redomado. Una franja de neón blanco atraviesa un vacío negro. Todo iría bien si no tuviera conciencia de mi mismo y mi propia naturaleza, claro; hay mucha gente que pasa toda la vida manipulando a sus seres queridos sin ningún remordimiento de conciencia y mueren tan tranquilamente. (Algunos de ellos incluso gozan de buena reputación tanto en su familia como en su sociedad más cercana.)

El caso es que yo, por fortuna o por desgracia, no soy así. En adición a mi egolatría —y quizás incluso (y muy a mi pesar de mi amable razón que, exánime ante el siempre naciente escepticismo, me pide, pobrecilla, un descanso) como consecuencia de esta— tengo una vida interior muy rica, de la cual mana, como un torrente incontenible, la voluntad acérrima de inspeccionarme a mi mismo como si fuera un insecto o un objeto de estudio científico.

Y ahora, por malicia, vanidad y aburrimiento, voy a intentar hacer una de esas disertaciones que a Javi se le daban tan mal porque el tiempo llama a ello; a ver qué pasa.

Dividiremos los dos mundos que me bifurcan el alma y, como si fuera un famoso, llamaremos a uno mi vida privada, en la que incluiré las ocurrencias y pertenencias que pueblan mi soledad y, al otro, mi vida pública, en la que hablaré de las impresiones que me acometen participando en situaciones que requieren de más de un individuo para llevarse a cabo.

Dicho esto, queda claro que, así como en mi vida pública me alejaba de los procedimientos automeditativos convenientes para elaborar activa y conscientemente el disfraz con el que me adaptaba al medio social de forma más o menos exitosa; en mi vida privada, me dedicaba de pleno al cuestionamiento y la manufacturación de ese disfraz que más adelante iba a exponer cuando las circunstancias lo exigiesen.

Los dos mundos colisionaban frecuentemente y se entremezclaban entre si. Ahora lo veo como algo lógico e inevitable, pero en aquellos momentos, en los que yo andaba tan hondamente inmerso en la considerada debida representación de mi papel y era incapaz de sustraerme y alejarme para contemplar objetivamente la subjetividad que me tenía presa, estaba convencido de que había algo —un bicho, una pieza, un *algo*— que no funcionaba bien en mi interior, cuando simplemente ocurría que la interpretación se veía interrumpida por la irrupción de la voluntad del actor, que empezaba a cuestionarse *en escena* los motivos del personaje interpretado, quebrando así la fluidez interpretativa y alterando el mismo

tejido de la realidad, que, como es sabido, depende absolutamente de la creencia que el propio sujeto sostenga sobre esta.

Otra de estas perturbaciones ocurría cuando, en periodos de soledad teóricamente destinados a la indagación y el perfeccionamiento de las distintas disposiciones en las que se ordenarían las fuerzas que constituirían la organización de la esfera pública, estas últimas rebosaban y sobrepasaban los límites convenidos, de tal forma que pasaban a poseer las inclinaciones del yo privado, y moldeaban las cualidades de la investigación privada para que se adaptase a sus fines particulares, esto es: las motivaciones del actor, que generalmente residían en la representación de una de las tendencias que, contrariada por su opuesta, generaría fricción escénica y, consiguientemente, ese afán resolutivo característico de todo agente contemplativo que, al fin y al cabo, no es más que otra…

—¿En qué piensas? —me preguntó Gris de repente.

—Pensaba que te habías ido.

—Sí. Pero he vuelto.

—Ah…

Estuvimos en silencio un rato, yo abstraído y ella… no sé qué hacía ella.

—¿Qué? ¿No me lo vas a decir?

—¡Ah! Gris, Gris, Gris… Estoy pensando en *mis* cosas, Gris; ya sabes lo importantes que son *mis* cosas para mi, *Gris* —repuse con una sonrisa maliciosa—. Y ahora me has interrumpido y no creo que pueda volver a hilar tan fino…

Suspiré. Yo… Perdonadme… Me dolía mucho la cabeza y…

—¿Ah, sí? ¿Y de qué tratan exactamente *esas cosas*?

—¿Lo haces a drede para reírte de mi, no? Gris, Gris, Gris… ¡Gris! ¡Gris! ¡Gris! Estoy descubriendo el sentido de la vida, estoy descifrando el entramado que da forma y fondo al Universo entero, estoy corriendo el telón de lo anecdótico que oculta los engranajes de la realidad para ver y entender la sala de máquinas… Estoy a punto de entender *algo,* Gris. A punto, ¡a punto! ¿Entiendes? ¡¿Entiendes?! Y tú me preguntas en qué estoy

pensando…! Ay… ¡ay! ¡Pues en todo! ¡En nada! ¡En la vida! ¡En la muerte! ¡En Dios! ¡En las moscas! ¡En los organismos unicelulares! ¡Y los pluricelulares, también! Creo que son lo mismo… ¡da igual!: ¡contienen la misma información! ¡En lo microscópico está el *makroprosopos*! ¿Entiendes? ¡En lo particular, lo eterno! ¡Pienso en la política del espíritu y en el espíritu de la política! ¡Qué sé yo, qué sé yo! ¡En tonterías, Gris! ¡Tonterías!

—Ah… ¿Estás bien?

Decidí (otra vez) que aquella Gris no existía así que no le hice caso y seguí pensando.

Así que, como iba diciendo, aunque yo, Max, tratara de entregarme resueltamente, en aras de una liberación casi primitiva de un intelecto que atronaba bloqueando cada intento de expansión extrovertida, a mi festivo y chispeante narcisismo, que se erigía y creía a si mismo líder incontestable y centro focal de y en todo orden, mi carácter introspectivo, que trocaba en yo a todo otro, se entrometía en mi aspiración y me impedía hundirme con el convencimiento necesario en el delirio taciturno que demandaba el papel que yo representaba y *creía* exigido por mi público —creencia que, debidamente examinada, no era más que un autoengaño propinado por la misma ansia afectiva de mi yo público simplemente para *saberse* yo público.

Y pues, la necesidad retributiva inherente a todo yo público hacía inconcebible una contemplación pura y desinteresada de las razones y los motivos que acuciaban a ambos yoes. Así que… sí, queridos, sí, me encontraba en una encrucijada harto enrevesada, una encrucijada que temí durante mucho tiempo no ser capaz de resolver.

Culpable, pues, en mi inocencia, e inocente, también, en mi culpabilidad (no creo justo responsabilizarme por la insuficiencia lingüística para representar en unidad conjuntiva la disyunción binaria congénita a cualquier acto representativo); de poco me servía abstraer, y de igualmente poco me servía concretar.

Sin embargo notaréis que, a partir del agudo ataque neurótico que he protagonizado hace unos capítulos y el ultimátum de Gris, (o la sombra de ella que aparece en este libro), mi forma de escribir, entrando en cornúpeto conflicto con mi tendencia a la ensoñación, tratará de narrar lo más objetivamente posible el hecho. Si se os hace aburrido, perdonadme, pero la exaltación estelar de la que hago gala en algunos episodios es insostenible si tengo en buena estima mi cordura: sin ella, mi locura solo sería un desenfreno de pasiones injustificado; con ella, en cambio, un desenfreno de genialidad justificado. (La fantasía unida a la razón es la madre de las artes y el origen de las maravillas).

Y ahora, pasemos a lo siguiente.

—17—

Está solo. Como un círculo intacto recupera su unicidad, su soledad lo bautiza y lo limpia. Un escalofrío vuelve a recorrer su espina dorsal; una lámina de viscosidad transparente atraviesa su geografía intercostal y su lóbulo frontal se eleva y se eleva, como si quisiera despegarse del resto del cráneo. He sobrevivido, he sobrevivido, he sobrevivido, se repite.

Se sienta en el suelo. La mano del viento acaricia amorosamente su dañado rostro, el suave silbido de su abrazo resigue la silueta de su piel y acuna sus aspiraciones. Su cuerpo extenuado reposa entre nubes de cojines del más suave y fino algodón. Parece volver.

Su cabeza está vacía, completamente vacía, sumida en un silencio vivo que lo abraza por detrás y le abre los ojos, momificados, hasta entonces, en hiladas crisálidas. Mira y *ve*.

A su alrededor pasan coches, corren personas, vuelan moscas y cantan pájaros. Caen hojas secas de los árboles como gotas. Por encima de su coronilla, en un cénit invisible, fluyen, como en un cuadro, corrientes de colores que se funden una con otra: se comen, se paren, se esquivan y se

abrazan. Y el tiempo ya no pasa. O bueno, mejor dicho, pasa, pero a él le da igual que pase. Las máscaras del mundo se mudan de disfraces pero su interior permanece inmutable y fijo.

Las quimeras enquistadas de su viril orgullo tratan de invadirlo: rabias, soberbias, fantasías psicosádicas… No lo consiguen. Siente como suyo todo lo que piensan las personas y le crecen cuernos invisibles.

Y ahí va, nuestro santísimo santo, cuando se encuentra con un amigo que le explica sus problemas con muchísima excitación, convencido de que *esto que está pasando* es la primera vez que pasa y que nunca antes jamás en la historia había ocurrido.

—¡Con extrema prontitud y sin más dilación conviene empezar una revolución! Es *ahora* o *nunca*.

—La síntesis, amigo, espera la síntesis —le responde él con tranquilidad y dándole unos golpecillos en la espalda.

Luego piensa que, al contrario que él, joven iluminado por la divina gracia, no debe conocer el sentido de la existencia humana y la vacuidad del tiempo y sus vicisitudes, y entiende y se compadece de su alma besándole las pestañas líquidas de su imaginación.

Se despide de él, camina con la mirada fija en el horizonte, su amable destino, y lo absorbe todo, dejándose atravesar por muchas y muy puntiagudas flechas.

Alguien sonríe. Toda su dicha y su dolor se almacena en pesadas gotas. Los párpados hacen de dique; evitan su reboso alegres de cometer tal esfuerzo. El extremo de la comisura de sus labios esboza una sutil sonrisa, compasiva y afable que, a veces, una ráfaga caprichosa convierte en una sonrisa de oreja a oreja que hace obvia su reencontrada paz interior al público. Ahora entiende… en los huecos de la Historia se fermenta el gran Amor que todo lo fecunda. Solo en lo secreto está la Verdad.

¡Ay, la vida le hace feliz! ¿Por qué esconderlo? ¿Por qué? Le gusta el amarillo y le gusta el rosa. ¡Estar vivo le hace feliz (sí, sí, sí…, ¡le hace feliz!; y el azul, el azul suave, suave azul suave…)! Es todo demasiado

bonito y demasiado ridículo… Abraza las rodillas del mundo y da gracias por estar vivo. Se ha corrido la cortina de niebla y la blanca lengua de la gratitud penetra los mares de petróleo cenagoso y aparta con pétalos la corteza seca de sus cristales y apunta hacia la piedra escamosa de la gracia y da ¡gracias, gracias, gracias! (dos y tres y cuatro y cinco y diez mil millones de veces) por tan perfectamente compuesta oportunidad, llena de pesares y profundo gozo, y gracias, gracias, gracias por el acompañamiento silencioso a través de las retumbantes penumbras.

Los rostros de los extraños, las luces de la ciudad y sus conversaciones, las alarmas de los semáforos y sus portazos de color cuchillo, los dibujos de las paredes que se agrupan para contarse chistes, el humo de los cigarrillos que lucha por no extinguirse, las líneas rectas del cemento que no apuntan a ningún lado, y las mujeres bellas que apuntan contra él y hacia todos los lados, el reflejo de un edificio en otro edificio, y las ruinas de ambos esperándolos a sus pies, los carteles publicitarios, los hombres toro y las azucenas de viajeros eternos.

¿Qué son las azucenas? ¡Da igual! ¡Todo brilla a la luz de la verdad! Todo brilla a la luz de la verdad. Se aparecen tan distantes, tan cercanas, que no puede hacer otra cosa que sonreír sincero cuando sus miradas furtivas reconocen su existencia y confirman la suya. La esfera tiembla y se deshace…, se estira y se hace línea.

El mundo… el mundo no es mío pero el mundo soy yo. Bah, se ha acabado el vivir en la cueva de aquel erizado acantilado. ¡Terminóse (*¡ahá!*) el no querer ser alguien! ¡Terminóse (*¡ahá!*) el amar arrinconarse! ¡Terminóse (*¡ahá!*) la curva ceniza! ¡Adiós (¡adiós!) esquina de gélido abrazo! ¡Adiós, adiós, adiós!

En la orilla, donde el silencio termina, van reapareciendo lentamente figuras; figuras como sombras, difuminadas en el paisaje, vagas, inconcretas y casi invisibles. Su imagen del mundo es su imagen del mundo.

Delante suyo, la silueta luminosa que anuncia un parking parpadea. El neón, cuando no está apagado, lee: libre. Alguien piensa que esa es una

buena metáfora y decide guardarla en un rincón de su cerebro, donde van todas las cosas relacionadas con el libro.

El cajón empieza a llenarse y la indigestión acecha y *fiuu*… las cabras balan y las vacas mugen.

—18—

Al día siguiente, me desperté bien descansado y me duché. Hice estiramientos, preparé café y un revoltillo de huevos con tomate, me desayuné y preparé el plan del día. *Uh, dodgin' bad vibes like skrt*. Sí. Hoy era un hombre con gafas de sol y chupa de cuero y pelo engominado y…

El plan del día era que tenía que ir a un almacén a comprar pintura para pintar las paredes del nuevo estudio. Busqué el almacén más cercano y le pregunté a Gris si quería venir conmigo. Me dijo que sí. Bajé al parking. Dudé si debía aprovechar el viaje para transportar algún cuadro al estudio, pero acabé decidiendo que no. Puse un disco que encontré en el coche, *"Las 101 mejores canciones del planeta Tierra"*, y fui a buscar a Gris.

Esperé cinco minutos allá mientras sonaba dos canciones realmente muy famosas y las piezas desvinculadas. Mis cejas se habían arqueado y tenía uñas en los pies; con una bolsa de basura cubrí mi cuerpo desnudo: resultaba que era un hombre y me daba vergüenza ser un hombre. *Idk*, mi cielo siempre dura poco. Un embudo dibujado con líneas rápidas y nerviosas, atraía hacia si su propia sombra y yo me encendí un cigarro y me convertí en un mojón con calcetines y barriga y de todo menos ojos.

Total, que Gris llegó, nos saludamos con el puño, nos reímos de las canciones que sonaban y del mundo que hacía sonarlas y de muchas otras cosas más que no mencionaré aquí por respeto y compromiso con el medio social en el que habito y resido y que me exige mi más virtuosa involucración para su buen y correcto funcionamiento y empecé a conducir mientras miraba el mapa.

Gris me advirtió que fuera con cuidado y no me saltara ningún semáforo. Se ofreció a mirar el mapa por mi porque sabía que era distraído conduciendo. Dije que sí y que la quería mucho y le di veinte besos. Probablemente no fue así y la memoria me falla, pero *we'll say so for dramatic purposes*.

(Ha habido un cambio en la percepción de la realidad del sujeto en observación, ¡que se note, que se note!)

Eso. Gris abrió la ventana porque le molestaba el humo.

—Voy a conseguirlo —le dije.

—¿El qué?

—Hablar sobre el hecho. Solo sobre el hecho. Ya verás, ya verás…

Ella no me hizo mucho caso y yo me sonreí a mi mismo.

Llegamos al almacén. Yo di una vuelta por el parking para encontrar un sitio en el que fuera fácil aparcar. Hacía poco que tenía el carnet y no me fiaba mucho de mis capacidades.

—¿Buscas un sitio que esté cerca?—me preguntó Gris.

—No —le dije—. No sé aparcar.

Ella musitó una risita, yo vi un coche saliendo y aparqué allá. Caminando hacia el recinto vi como unos trabajadores podaban las hierbas que crecían en los márgenes de la autopista.

—Parece un trabajo agradable —dije.

—¿Tú crees? Seguro que al principio lo es pero después debes acabar harto.

Asentí, pero no estaba de acuerdo. Ella me lo dijo probablemente para sacar a luz mi ignorancia con respecto al trabajo *real*. Yo di el tema por zanjado porque ya estábamos entrando y me había prometido a mi mismo ceñirme al hecho y, sobretodo, no hablar de cosas *políticas* (que a día de hoy, por cierto, no sé exactamente cuáles entran dentro de esa categoría).

Vale, vale… Entiendo, entiendo… Sí, sí… Lo siento, de verdad. No pretendía… Verás, esque… Yo me reía mucho dentro de mi mismo, pero ahora no es momento de hablar de esto.

Entramos en el almacén.

—Voy al baño —dije al entrar.

—Tío, has de mirarte si eres diabético, enserio.

Yo me reí. Probablemente lo fuera, pero no quería ir al médico. Además, muchas veces iba al baño sin tener pipí; me gustaba ver los baños de los sitios y me gustaba estar solo en un sitio lleno de gente.

Hoy, por eso, sí que tenía pipí, así que meé y volví con Gris. Entramos por una puerta por la que en teoría no se puede pasar pero nadie nos dijo nada. Yo sudé un poco al hacerlo, como si toda mi piel se pusiera con piel de gallina pero por dentro. Fuimos intuitivamente a la derecha y encontramos la pintura. Buscamos la más barata.

—¿Cuánto pretendías gastarte?

—En la web he visto un cubo que valía cinco euros y venían quince litros.

—Imposible.

Tenía razón. Gris siempre sabía más que yo en estas cosas. Encontramos uno por diecisiete euros con noventa y nueve céntimos. Lo cogimos. Pesaba mucho.

—¿Quieres que vaya a buscar un carro?

—Vale —respondí.

Trajo un carro amarillo que no parecía poder resistir el peso del cubo. Para mi sorpresa, resistió. El carro era más resistente de lo que parecía. Fuimos a buscar las otras cosas: un rodillo y un trozo de plástico donde escurrir la pintura. Gris encontró un paquete donde venía todo junto. Hizo un cálculo aproximado y me dijo que ese salía más a cuenta.

En su interior había un rodillo, un esparadrapo, un plástico cubretodo y la cosa extraña, cuyo nombre ignoro, donde se escurre la pintura. Cogimos el *pack* y dimos la vuelta al pasillo para encontrar un alargador y poder llegar más alto con el rodillo. Lo encontramos un pasillo más allá. Allí había un trabajador.

—Hola —dije.

—Hola —me dijo él.

—¿Cuál es el alargador más barato? —pregunté.

—Este —me dijo mientras alargaba la mano para alcanzarlo.

Fue un gesto que yo agradecí calladamente, ya que el chico estaba justo delante y me hubiera sentido incómodo si se hubiera apartado para que fuera yo quien lo cogiera.

—Gracias —respondí mientras miraba el artilugio.

—¿No se romperá? —preguntó Gris mirándome a mi pero dirigiéndose a él.

—No, se agarra a presión —respondió.

Yo no entendí que tenía que ver una cosa con la otra, pero asentí con la cabeza, como diciendo: "Claro, claro".

—Gracias —le dije otra vez.

—Gracias —dijo Gris también.

—De nada —dijo él.

No queríamos molestarle más, así que nos fuimos. El hombre parecía cansado. Cogí el carro y lo arrastré. Gris se rió de mi porque me quedaba corto y tenía que encogerme para poder deslizar las ruedas sin levantarlo. Yo me reí también, pero la cara me dolió un poco al hacerlo.

—¿Por qué no pones las otras cosas? —me preguntó Gris.

—Claro, qué imbécil —repuse yo.

Las había estado llevando en la mano. Inconscientemente, me había dado miedo dejarlo todo en el carro porque solo llevaría *una* cosa y mis opciones de pérdida estarían menos diversificadas; después me di cuenta de que era una tontería y las puse dentro: en el carro, la probabilidad de que perdiese lo adquirido era mucho menor que si lo llevaba en la mano…

Llegamos a la caja y nos pusimos a hacer cola. Yo me sentí extraño mientras la cola se vaciaba. No sé porqué.

—Mostrador nueve —anunciaron por un altavoz.

Nos acercamos.

—¿Hay algo más aparte de la pintura? —preguntó la cajera.

Yo no estaba atento y no la escuché. Gris respondió por mi:

—Sí —y colocó las cosas en la cinta.

La señora las cobró, yo miraba las cosas y Gris preguntó si podíamos llevar el bote de pintura con el carro hasta el coche.

—El carro no puede salir del recinto de la tienda, señorita —dijo de memoria. Se lo habrían preguntado más veces.

Dejé el carro en el suelo. Gris me dijo que allí no iba y me apuntó el sitio donde sí iba. Vi un montón de carros como el nuestro. Lo puse encima y encajaba perfectamente. Esas cosas del mundo me gustaban mucho y me daban placer.

Agarré en brazos el cubo de pintura y nos dirigimos a la salida. Fuimos por el carril equivocado y el guardia de seguridad nos dijo que diéramos la vuelta. Dimos la vuelta y salimos fuera. Hacía un calor abrasador; yo resoplaba y Gris se reía de mi.

—¿Pesa mucho? —preguntó.

—Sí —contesté.

—¿A ver, puedo probar? —lo dejé en el suelo y ella lo cogió y se cagó en la puta y me lo volvió a dar a mi.

Yo lo cogí del asa y ella me ayudó cogiéndolo también.

—¿Se nota?

—Sí.

Dejamos las compras en el maletero y, después de un altercado con un coche en el parking, Gris se decidió a guiarme y cogió el móvil.

Mientrastanto, hablamos de música.

—Me mola su voz. Tiene carisma —dije yo, altamente concienciado con mi labor humana y las responsabilidades que conllevaba.

—Pareces tú —me dijo mientras buscaba una foto del cantante. Los resultados la decepcionaron—. Esa boina, tío… Esa boina no. Para mi es súper importante que el cantante vista bien —afirmó.

—A mi, mientras la voz sea mágica, creo que no me importa. Mira a aquel cantante. Tú lo ves y parece un señor que pasa los veranos en

bebiendo sangría y con la piel requemada; pero luego escuchas su voz y te cautiva. Eso mola.

También le dije que la voz del que cantaba ahora me recordaba a aquella otra voz y ella me respondió que la banda de la que formaba parte el último eran científicos y yo me reí porque me gustaba mucho como decía las cosas Gris.

—Pero si hay algún equivalente a los alquimistas de la antigüedad, son los productores que diseñan las canciones pop, clarísimamente… —siguió diciendo—. Esa gente está *chalada*. Ningún sonido está fuera de lugar; te lleva a donde esperas y a la vez te sorprende. Flipo. Está todo calculadísimo. Como los pintores clásicos estudiaban anatomía y abrían cadáveres para pintar mejor, los productores de hoy…

Siguió diciendo que las canciones estaban diseñadas por los centros de inteligencia en laboratorios en los que se estudiaba la influencia de los sonidos en el cerebro humano pero yo ya no escuchaba.

Después me habló de la sociopatía de todos los cantantes famosos, a cuyo excentricismo, decía, nos habíamos acostumbrado pero, observado fríamente, se revelaban como gente rídicula. Habló de aquella y de aquel, también de esta y de aquella otra, la última siendo objeto frecuente de su fascinación, debido al hecho de que fuera estrella de pop superventas y superdotada. A veces, en lugar de decir la palabra *pop*, hacía el ruido con sus labios; y yo me reía y veía al mundo bailar enmascarado ante mis ojos un baile muy aburrido.

—19—

Después de caminar un rato, Alguien llega a la boca del tren.

Alguien, como ya hemos dicho (y parece que queremos subrayar para enaltecer la nobleza espiritual de nuestro bienamado héroe por si acaso queda menos de lo que creemos para el día del Juicio Final y nos pilla a

todos desprevenidos…), siempre se siente culpable cuando es feliz, así que su clarividencia se ha ido disipando hasta ya, cuando empieza a bajar las escaleras de la estación, desaparecer por completo.

Al internarse en las cavernas, alumbradas por luces de hospital intermitentes y pobladas por gusanos que bucean debajo de la ciudad, se siente otra vez como el héroe de una ominosa película… *Noir*.

Deambula por túneles hurgados maquinalmente, hasta que, al final del pasillo… *(noir)*, divisa un polígono repleto de claroscuros que… *(noir)*, mirado desde lejos, parece la boca de un gigantesco felino. No.

Llegado al límite que divide el pasillo del interior de las fauces de aquel monstruo, no duda un segundo y, de un salto, se planta dentro del morro, dispuesto a la aventura.

Para su sorpresa, el hocico se ensancha entonces infinitamente y las líneas que antes lo limitaban desaparecen por completo y aparece en el andén de una estación. Se despereza la cara para despojarse del sueño y, mientras lo hace, pasa un tren y entra dentro sin saber si lo acerca o lo aleja de casa. Se sienta, mirándose los pies, y espera.

En una de las paradas entra una chica y se sienta delante suyo y lo mira fijamente a los ojos. Él aparta la mirada y esconde la cabeza entre las piernas. La chica, incitada por una ternura maternal, se siente aún más atraída. Él la mira intermitentemente. Los ojos sucios no toleran la visión de la pureza, piensa, los ojos sucios no toleran la visión de la pureza.

Y así, hijos, es como conocí a vuestra madre. No, es broma. Así, hijos, es como descubrí que los colores de la piel del mango son sagrados y quiero dormir para siempre en ellos. Pero no nos desviemos y volvamos con nuestro valiente espadachín espiritual.

No quiere levantar la cabeza. Se prohíbe a si mismo levantarla. No se le puede hacer eso a un ángel. Nadie merece ver la mirada de un hombre enfermo y perdido… Pero, (¡ay, ay!), el ángel lo busca, lo busca con los ojos y lo busca… Y él lo nota con los ojos del cogote y a un ángel no se le puede negar nada.

Así que sube los ojos, tímido, apenado, y deseando que aquel ángel precioso haya desaparecido y sea todo un sueño. Pero no. Allí está… Sigue mirándole con su deslumbrante bondad y él… él sonríe forzosamente mientras ella responde con naturalidad. ¡Ay, ay, payaso de tiovivo! ¿Por qué siente su rostro fornido de adornos y colmado de auroras nubladas? Tiene la boca fea y debe esconderla, ¿por qué no puede esconder uno la boca, por qué no puede?

Ella le habla. Los ruidos se detienen. Alguien responde con tonterías y mentiras, como siempre. Le dice que viene de trabajar y que por eso está sucio, le dice que está muy cansado porque quiere justificar su vergüenza… Ella se ríe. Él escucha a la enfermedad pasearse confiada y lentamente por detrás y por delante, alrededor de los confines de su caja, supervisando todos sus movimientos y esperando el momento perfecto. Ay, ángel divino, ay… *Huye,* quiere decirle; pero le suena demasiado novelesco y se quita la idea de la cabeza.

Caminamos juntos por la ciudad. Está toda vacía. Parece hecho a drede para que se sientan parte de una película. Ella le habla de su profesión.

—¿Me estás diciendo que una célula perfectamente sana y otra tumoral son, a simple vista, exactamente iguales? —pregunta él sorprendido.

—Sí. A no ser que haya una alteración en el código genético que se muestre luego…, pero son casos extremadamente raros.

—¿Ni siquiera con un microscopio se puede ver la diferencia?

—*Nop*.

—Y entonces, ¿cuál es la diferencia?

—Lo rápido que se reproducen.

—Ay, madre. Ay…

A veces, todo toma un cáriz tan inexplicablemente sagrado, que uno no puede sino sentirse llevado en brazos de alguien a algún sitio. (Si frotas un papel contra una textura cualquiera y sostienes algún tipo de lo que sea pegado en el otro lado, queda la textura impresa).

Dicho esto, hablan de cosas más superficiales. El ángel ya ha transmitido la información necesaria y ahora *ella* le explica su vida y sus intimidades y sus secretos más recónditos. Alguien, sensible como un joven y atento helecho, olvidando temporalmente su maldad, escucha.

Caminan mucho rato por la ciudad, hasta que se sientan en un banco, delante de una catedral gigantesca que cuelga del suelo. Detrás suyo, un hombre toca la guitarra y canta apasionado bajo la luz cálida de las farolas. A Alguien le cuesta creer que todo aquello sea real, pero hace un esfuerzo por creerlo.

De vez en cuando, la silueta de un transeúnte fantasmagórico cruza la pantalla como una estrella fugaz. Ante ellos se levanta la catedral, solemne, con flores como torres, huesos como columnas y dientes como ornamento. En el centro del umbral, en la cúspide del arco que rodea la puerta, reposa la cruz. Un silencio tibio los mece a ambos en una cama. La conversación fluye como un río.

Durante todo este tiempo, nuestro héroe, por desgracia, no ha dejado de pensar en el maldito libro. Se asoma su idea intermitentemente como harían los topos traviesos de un *wac-a-mole*. Piensa, como siempre, en como sustraer el néctar sagrado de cada maldita impresión que recibe y la más precisa forma de plasmarla en las yermas y blindadas páginas blancas de su maldito *(-dito)* libro.

Siempre preocupado con abstracciones que a cualquier otro ser humano le parecerían irrisorias, se ocupa fervientemente en mantener la lengua de la mente activa, arma indiscutible de seducción masiva (excepto que se seduce solo a si mismo y por la mera *delectatio morosa* derivada de una seducción sabida infértil y lapidaria) que arrasará los soplos de humo brillante que rodean lo mundano creyendo crear perlas pero criando cuervos porque toda abundancia comporta escasez y toda droga genera dependencia y…

Está enfermo, no cabe duda. Está claramente, claramente enfermo. Sí, sin ningún lugar a dudas, el hombre padece una gravísima e irremisible enfermedad. Está enfermo, seguro. Eso está claro: está enfermo,

ineluctablemente enfermo. No hay discusión alguna sobre el hecho: está enfermo y debe aceptarlo cuanto antes. Sí. Lo está. […]

Sin embargo, mientras está con la chica, trabaja sin descanso para mantener la enfermedad oculta, y si esta es finalmente ignorada y adecentada bajo secretismos y ladrillos es más debido a la inocencia de ella, que a las dotes interpretativas de él. En ningún momento deja de acecharle; ha estado todo el rato haciendo el penas y lo peor es que creía mantener un porte digno y respetable, lo cual lo hace todo aún peor y más insoportable.

Hablan, blablablá, se hace tarde y se despiden. Ella le dice, con nobleza obligada y proveniente de su celeste condición, que es un ser de luz, que le gusta mucho, y que está convencida de que es un hombre bueno. Él le da las gracias como buenamente puede y se aleja. Ella, una vez ya ha emprendido el camino hacia casa, vuelve la cabeza para hacer realidad sus ingenuas reinterpretaciones de fogosos romances cinematográficos. Él, profundamente consternado por… por todo en general y nada en concreto, camina apresurado en busca de un escondite donde poder dar rienda suelta a su dichosísima y retorcida enfermedad.

Un ser de luz, un ser de luz, un ser de luz, un ser de luz, un ser de luz… Satán era el ángel que más brillaba, Satán era el ángel que más brillaba… Hace muecas con la cara y no mira atrás. Cruza la calle gritándose a si mismo. Ansía doblar la esquina. Un perro al que le enseñan la pelota y un ángel espadachín brillando en el horizonte.

Espera, querido, espera… Un paso más, otro… Espera, querido… No mires, no mires… Sí… Muy bien… Así… Calladito… Encógete, encógete… Mantén pura tu savia… Así… Muy bien, lo estás haciendo muy bien. Vale…, ya llegas. La esquina, la esquina… Cinco pasos, cinco. Entonces… entonces serás libre; al fin, al fin… Dos pasos, un paso… Sí, que no te vea y… dobla la esquina.

Al otro lado de la pared, siente como si alguien cortara todas las cuerdas que lo tienen sujeto y su cuerpo entero se expande y se retuerce con escalofríos explosiones y retortijones y en su rostro se disparan todos los

resortes. *¡Pum, paf, pshiuu, pam, tzow, cling, bfruip, rrrrr…!* Toda palabra se queda corta, pero ya os lo imagináis, ¿no? *Tucu-tucu-tuc*, blablablá…

Suelta una carcajada, saca la lengua, abre la boca y la cierra. Mueve la mandíbula espasmódicamente, sube y baja las cejas, expande y arruga la nariz y los párpados le vibran. Se ríe, se ríe y se ríe y no consigue controlar la risa. Se ríe tanto que le duele la barriga y tiene que apoyar las manos en las rodillas y dejar de caminar. ¡Corre libre, zorra, corre!

Los muros de piedra, guardianes de los edificios, contemplan inmóviles la escena. Él sigue riendo poseído: extiende los brazos, los curva, oprime el estómago y tensa las piernas.

En su cabeza aparecen, alborotadas y revueltas, muchas de las imágenes que ya hemos mencionado previamente. Imagina como, con sus manos, coge el cuello del ángel y, encarcelándolo y haciéndolo suyo, se infiltra en su alma con pinchazos y mordiscos y lo engulle entero, dejando al ángel hueco para poder habitarlo y vestirse con sus pieles.

Una vez vacío, sedimenta semillas en su interior, de las que brotan pequeños bichitos y, poseyéndolo, lo hace caer, pesado, del cielo de la vida a los infiernos de la muerte.

La sola idea de propagarse como un tumor lo excita hasta límites insospechados… Puede hacer lo que quiera con ese ángel. Ha dicho que le gustaba y eso quiere decir que es *suyo*. Y… etc. etc. etc.

Un buzón hecho de vacío negro traga sobres por una ranura de rojo cobrizo, casi como de tierra mojada. Es curioso, porque la parte que en teoría debería estar hueca para dejar caer las cartas (la ranura), es la única parte, con el fondo (que es del mismo color) que parece estar hecha de materia física y tangible, aunque no se sepa exactamente de qué están hechas.

Está enfermo, sin duda; y, lo que es peor, extrae un placer secreto de saberse enfermo, y es ahí donde reside su verdadera enfermedad. No tanto en su enfermedad, pues es natural y comprensible que una persona enferme a lo largo de su vida, sino en el rechazo que opone a la cura.

Una persona enferma, normalmente, busca ayuda y obedece a los mandatos de los especialistas porque quiere curarse. Él no. Él rehúsa cualquier tipo de ayuda porque se regocija en su enfermedad y está orgulloso de estar enfermo.

A los enfermos se nos suele separar de los sanos por enormes lonas de plástico reflector con una estructura compleja de vigas y travesaños de madera dispuestos de manera rudimentaria a manera de esqueleto. En ese *backstage* sanitario, corre la enfermedad como sangre dentro de un mismo cuerpo, moscas y gusanos dentro de un cadáver decrépito y ya olvidado y propenso a inflamaciones gerontofílicas que poseen, generalmente, a los aún jovenes y dóciles en su *cris-cras-crus*.

En el escenario, en cambio, abundan risas, conversaciones y música amable. Ambos, por eso, tienen en común una cosa: se habla de cómo prestar mejores servicios a un ser superior intangible. (Porque todo el mundo sirve y existir es servir, y tras la limpieza de una habitación teóricamente desinfectada y blanca se asoma, por las cañerías del desagüe, un montón de mugre coagulada que parece ceniza…) Unos sirven a los otros y los otros sirven a los unos. Unos se saben servidores, los otros se creen amos. Esa es la principal diferencia entre sanos y enfermos: el enfermo se cree enfermo y el sano se cree sano.

Alguien diría que el enfermo se sabe enfermo y el sano se cree sano, pero eso es solo porque él está enfermo y cree que el mundo entero son potenciales enfermos que acabarán convirtiéndose en enfermos y que se mantienen saludables merced a la ignorancia y la invidencia, pero las visiones de Alguien, y sobretodo a este respecto, tienden a ser muy radicales y no creo oportuno darles más protagonismo que el que pueda gozar la opinión de un ciudadano desconocido en una macroencuesta internacional como la que debería ser esta.

Lo que sí es cierto es que, cuando a un sano, en un arrebato de sopor existencial, le sobreviene la consciencia de una enfermedad indeterminada, su mundo entero se viene abajo, el criterio que hasta entonces lo había

sostenido se disipa, y se halla desnudo y sucio entre sanos. Una vez contraída (o, según Alguien, *descubierta*) la enfermedad, no hay cura posible y el paciente previamente sano inicia un descenso imparable hacia la miseria infernal de su enfermedad, se le imposibilita la interpretación de su papel de persona saludable y muere en vida.

Sáquese de este hecho las conclusiones que se deban.

De repente, chinchín de estrellas sobre el mar apaciguado en la eterna batalla y besos de sirenas y piratas y colchón de dormideras, aparece delante de su casa y lo toma como una señal de que debe irse a dormir. Eso hace. Entra en casa, se desnuda y se mete en la cama.

—20—

Después de un rato conduciendo, llegamos. Bajé del coche para abrir la puerta del garaje con el mando y no se abrió. Le di dos veces y tres veces, pero seguía sin abrirse. Vino otro coche por detrás y tuve que dar la vuelta para dejarlo pasar porque la calle era de un solo carril. Decidí aparcar en una de las calles mientras gestionaba el asunto. Ah, los asuntos… cómo me gustan los asuntos…

Llamé a Emilio, el paleta que había estado trabajando en el estudio que, tras mucho tiempo abandonado, había requerido de obra para adecentarlo. Él me dijo que era muy raro, que él había estado entrando y saliendo sin ningún problema.

—Solo con el botón de arriba —me dijo. El mando tenía dos botones—. Es el mismo botón para abrir y para cerrar la puerta. ¿Y la luz del mando se enciende? ¿Sí? A ver si se ha quedado atrancada…

No me proporcionó soluciones. Colgué. Llamé a una cerrajería de allí al lado. Estaban de vacaciones. Vi una pegatina en la cerradura de la puerta y llamé. Me respondió una voz dubitativa.

—¿Hola?

—¡Hola! Mira, te explico. Estoy aquí delante de la puerta de un parking y no se abre. He probado a abrirla manualmente y no ha funcionado. El mando funciona porque se enciende la lucecita… pero aún así, la puerta no se abre. Y eso, que he visto vuestro número en una pegatina y era para ver si podíais venir a ayudarme…

—Sí, claro. ¿Dónde estás? —me dijo.

Yo le dije el lugar y me respondió que en media hora estaba allá. Gris y yo resolvimos ir a tomar café mientras esperábamos.

—Un café con leche de soja y otro con leche sin lactosa, por favor.

—Perfecto.

—Gracias.

Solo un necio saca conclusiones, solo un necio saca conclusiones…, tenía (y tengo) que repetirme para no dar rienda suelta a mis opiniones, que siempre son demasiado particulares e inclinan la balanza lejos de los asuntos verdaderamente importantes. Ay, subjetividad, ¡demoníaca muralla! El infierno no son los demás, el infierno soy yo mismo. No me ciegues y déjame ver lo que hay y no lo que veo. Sí. Sigamos.

Bebimos café mientras hablábamos de música que triunfaba por su extravagancia.

—A mi 4/4, por favor. Yo necesito tierra, no poesía. Que cada uno se sirva de lo que carece.

Ella se rió y me enseñó música de un señor de una tierra muy lejana. Yo, incapaz de asimilarla, me puse muy nervioso.

Había pasado más de una hora y no habían dicho nada.

—¿Vamos? —dije.

—Pero si no han llamado.

—Bueno, bueno. Ya llamarán—. Me levanté apresurado—. Bueno, ¿qué coño? Voy a llamar yo —dije.

Y llamé.

—Sí, mira, soy yo. Te he llamado hace un rato y me has dicho que en media hora estarías aquí y ha pasado una hora y aún no habéis venido…

Hice ver que tenía más cosas que decir pero que no las decía porque con la información dada debería tener suficiente y ante su sorpresa (y la mía) frente al desconocimiento del asunto, le repetí el nombre de la calle y me dijo:

—Sí, perdona. Ahora me informo y te digo cómo van.

Al cabo de un minuto me llamó un número desconocido.

—¿Hola?

—¡Hola! ¿Perdón, eh? Es que estamos aquí rebasados de trabajo, disculpa. ¿Qué calle era? Ajá… ¡Pues en quince minutos estamos allá! Ponemos unos tornillos y venimos.

Yo seguí en mi régimen de conclusiones, mutilando mi humillado intelecto en aras de una objetividad narrativa y esperamos pacientemente (como dos niños que han salido al patio antes de hora y han castigado por ello) en el umbral de una pequeña puerta situada en el lateral de un polígono y nos besuqueamos. Pensé que la quería mucho pero no se lo dije. Nunca me había sentido tan atraído por la misma persona durante tanto tiempo. Yo… no; esa es otra historia.

Sonó el rugido de un coche al final de calle; vimos asomarse el morro y nos levantamos.

—Mira, son ellos —dijo Gris.

¿Cuántas personas caben en una?, pensé yo. Después me puse un esparadrapo en la boca y me callé; en efecto, eran ellos.

Venían en un coche azul y viejo. Bajaron la ventanilla y preguntaron si era yo el que tenía un problema con una puerta de un garaje. Dije que sí y se apearon después de aparcar el coche en la acera izquierda.

Volví a explicarles el problema.

—¿Es esta? —preguntó uno señalando la puerta equivocada.

—No, no. Esta —dije apuntando hacia la puerta acertada.

Le di la llave y la metió dentro de la cerradura para intentarla abrir manualmente después de comprobar que el mando no funcionaba.

—Debe ser un problema del motor de dentro… ¿Es el único acceso que tenéis?—. Asentimos; él negó con la cabeza—. Deben haber saltado los plomos —decía apretando el botón con más vehemencia.

—¿Se oye algo, eh? —interrumpió el otro pegando la oreja a la puerta.

—¿Sí? Yo no oigo nada —dijo el otro, y lo corrigió añadiendo—: eso es en el piso de al lado, hombre. Están fregando platos, José… —dijo cabeceando—. Esto es el motor seguro. En estas puertas, cuando se estropea el motor, se atascan automáticamente para impedir que se abran —explicó.

—¿Y no hay forma de solucionarlo desde fuera? —pregunté.

—No… no. Lo normal es que haya una puerta de acceso personal y se pueda abrir manualmente en caso de que se estropee el motor, pero al no haberla…

Dimos las gracias, nos despedimos y se fueron.

—¿Y no hemos de pagar? —dijo Gris mientras se subían al coche.

—No sé, no han dicho nada —repuse.

—Bueno, pero, en teoría, están perdiendo tiempo viniendo hasta aquí y… No sé.

Gris era buena persona: dadora y amante. Yo, en cambio, aunque… ¡Pero no! Ese es un tema para otro libro. ¡Qué pesado! Objetividad, objetividad. La máxima posible dentro de la gran sarta de mentiras que conlleva interpretar un… Ay… Muerte al adjetivo, muerte a la metáfora. Vedme ondear esta bandera blanca con desgana… Quiero dedicarme a constatar la naturaleza de los efectos, nada más… Sí, sí, sí… Lejos de mi las causas; lejos de mi las… Si es imposible adivinar, de poco sirve deducir… Claro, claro…

Total, que nos dirigimos a la parte delantera del local, que pertenecía a un concesionario de coches. Estaban de vacaciones pero habían dejado un número de contacto en el escaparate. Llamé. Expliqué el caso a un empleado con voz apática (ay…) después de hablar con un robot que me ordenó pulsar el número cuatro si quería atención personalizada.

—Hola, verás… Soy el que alquila del local que está encima de vuestro concesionario y al intentar abrir la puerta del garaje no he podido. Tras consultarlo con un cerrajero me ha dicho que seguramente hayan saltado los plomos y el motor haya atascado la puerta. Me pregunto si hay alguna forma de que venga alguien de la compañía a abrir la tienda por delante y chequear el circuito eléctrico para ver si todo está en orden.

—Perdona, ¿del concesionario de dónde?

Volví a narrar la historia.

—Vale, vale, mire… —respondió—: yo lo que puedo hacer es contactar con Jordi, mi jefe, cuando vuelva a trabajar: aproximadamente a las cuatro de la tarde o así… Porque yo soy solo el comercial… y claro, para estos casos es mejor que hable usted con el jefe. Aunque ahora mismo él está de vacaciones así que no puedo garantizarle nada… Aunque…

—Bueno, vale; no te preocupes. Lo consultas y me dices algo cuanto antes.

—Sí, sí, claro, claro… Eso haré.

Colgamos y le expuse a Gris la situación: puso cara triste. Ella quería ver el estudio y pintarlo. Yo también, pero tampoco podía decir que no estuviera disfrutando todo aquello.

Siempre había sentido una aversión desmedida por toda la burocracia y sus ridículas estructuras organizativas, que se acercan más a la ralentización de los objetivos propuestos que al cumplimiento de estos. Tanto era así, que la profunda inquietud que me causaba la obediencia en cualquier estrato… no.

No quiero hablar de estas cosas. Además, ¿por qué diablos me las daré de filósofo? Si no sé matemáticas… En fin. ¡Que me arresten y acaben ya con la tontería! Ah, no; ah, no… *Ca-ca-ca:* una gallina cacarea en un corral con la cresta roja y levantada; la gallina está orgullosa de ser gallina y le cuenta todos sus logros a sus hijos. Pero la gallina vive en un corral, la gallina vive en un corral…

Gris y yo dilucidamos que lo ideal ante los recién aparecidos obstáculos sería comprar algo de comer, así que fuimos al supermercado.

—21—

Como es costumbre, apabullado ante la sobreabundancia de opciones que se le presentan a escoger en el supermercado del pensamiento, nuestro héroe no concilia el sueño y, desesperado tras horas revolcándose en la cama, se pone a leer. Qué remedio, piensa, huir de una ficción con otra…

Y lee lo siguiente:

La excepcional vida de F

F era, como habrá podido percibir el lector, una persona extraordinaria. Desde una temprana edad mostró unas aptitudes superlativamente anormales en todas las disciplinas de los estudios, incluyendo las deportivas. Sus profesores y los diferentes tutores que tuvo a lo largo de esa primeriza época de desarrollo, estaban entusiasmados. La excepcionalidad de sus cualidades también provocaba, cómo es lógico, sorpresa, fascinación, e incluso algunos ápices de temor.

Tanto fue así, que el director que regentaba la escuela se vio obligado a abordar el asunto, después de una multitud de peticiones del profesorado y los padres de otros alumnos, públicamente. Resolvieron pues, tras extensas discusiones y causando un revuelo considerable, ascender a F dos cursos por encima del que le correspondía por su edad.

Aún así, siendo F exageradamente menor que los colegas de su curso (en esas edades la diferencia es visiblemente

notable), siguió sobresaliendo por encima de todos sus compañeros.

Cualquiera diría que lo más normal para un chico así sería sentirse desplazado, aislado y, siendo tan excesivamente diferente a la norma, ser incluso vituperado, machacado y mirado con envidia y rencor por los demás chicos de su edad, pues, como es bien sabido, la crueldad y la censura de lo diferente es una cualidad característica de los niños a esas edades. Pero no fue así.

De hecho, todo lo contrario. F no tardó en hacerse un sitio en la escuela y ganarse el respeto de todos sus compañeros. Su humildad, su transigencia, su silencio, su visible bondad y su sorprendente madurez acabaron por merecerse la simpatía de todos los alumnos. Pocas veces entraba en discusiones, y cuando lo hacía era más bien para ejercer de juez que de contendiente.

F tenía una gracia, un misterioso conocimiento de como hacerse querer por las gentes. Pasaba desapercibido sin ser un *disparu*. Reinaba entre ellos sin ser un tirano. Parecía saber las llaves y secretos de cada persona que se le acercaba y, con una sutileza adulta, les decía lo conveniente para apaciguar sus ansias, incitar su interés y, a la vez, mantener la distancia.

F hacía lo que todos hacían: jugaba a fútbol en el patio, hacía alguna que otra travesura, comía chuches y algunas tardes se iba a casa de algún amigo a probar aquel nuevo juego del que todos hablaban. Lo único que lo diferenciaba realmente de todos sus amigos era que, cada noche, antes de ir a dormir, se sentaba en su habitación a oscuras y, cerrando los ojos, trataba de rememorar con precisión y traer a la luz de la consciencia todo lo que había ocurrido aquel día y cómo se

había sentido él en dichas situaciones. De esa forma evitaba que, cómo decía él, su alma chirríase.

Una vez, cerca del verano, cuando los niños estaban más excitados de lo normal por la próxima venida de las vacaciones y después de haber salido corriendo como bestias salvajes al sonar el timbre, se produjo en el patio una anécdota digna de ser explicada, para así poder acercar al lector a la pureza y la pía bondad del alma de F.

Ocurrió que, al llegar a la zona destinada al recreo de los niños de su curso, solo se disponía de una pelota. Como es normal, algunos se inclinaron por jugar un partido de fútbol "como se había hecho toda la vida". Otros, en cambio, preferían jugar a volley o a algún otro juego más colaborativo y no tan dependiente de las jerarquías ya instauradas pues acababan tocando la pelota siempre los mismos. Al final, como es costumbre en estos casos, los grandes y poderosos tomaron posesión de la pelota y los otros tuvieron que dispersarse por el patio. Algunos se añadieron al partido tímidamente, con la apagada esperanza de algún día poder alcanzar esa magnamidad tan majestuosa de los reyes; otros, en cambio, se alejaron alegremente a jugar con la arena y escalar por los árboles.

F observó todo esto ocurrir delante de él con un punzante dolor en lo más hondo de su corazón. Había visto repetida esta escena millones de veces, que ahora, por cierto, recurrían a su memoria con lúcida e incómoda claridad, pero nunca antes la había visto representada ante su mirada con tan exagerada perversión, o, al menos, nunca había reflejado toda esa malicia tal inquietud en su espíritu.

Muchas veces había presenciado a gente abusar de su poder, pero siempre había acogido aquel comportamiento con

compasión y clemencia, entendiendo que la conducta de su compañero no podía ser otra que la que era, y que no tenía sentido ofuscarse por algo así pues, al fin y al cabo, era natural.

Pero aquel día… aquel día no había sido así. Aquel día se dio cuenta de que, en el corazón de los poderosos, no solo había un impulso consolidado por la costumbre de salir ganando y lograr que su palabra se impusiera sobre la del resto, sino que habitaba en ellos un instino puramente malvado y despiadado, una elección *consciente* que todos ellos parecían haber tomado en grupo, no solo para humillar a su contrincante —que no era tanto un adversario como un súbdito—, sino también un escondido sadismo que disfrutaba y se regodeaba en el aniquilamiento de los sometidos y los pisoteados. Fue como si, de repente y tras siglos de descanso, sus ojos se abrieran rompiendo la cicatriz que los habían mantenido cerrados en la negrura espesa de la inconsciencia.

La impresión que evocó este acontecimiento en el espíritu de F fue tal, que desde aquel instante en adelante, no volvió nunca más a mostrar su característica empatía con ninguna otra persona. Una nube negra y oscura se cirnió aquel día sobre su alma, una nube negra que cegaba la bondad innata de su corazón. Había comprendido que el hombre era malo y que sus intenciones eran mayoritariamente egoístas. Para él, aquel turbio deseo de poder era injustificable.

Entonces, se prometió a si mismo que, a partir de aquel aciago día, nunca más iba a mostrarse impasible ante cualquier expresión del mal, ya fuese en busca de poder, de gloria o de justicia subjetiva. Para él, era todo lo mismo: una mentira creída verdad. Iba a alzarse en armas contra aquel piélago de calamidades como el héroe solitario que sentía que era llamado a ser. Iba a condenar públicamente a cualquiera que predicara

la mentira (o una verdad única), difundiera el odio (o un amor incorrompible) y ensalzara el mal (o un bien universal).

Parece demasiado novelesco asignar a una sola anécdota la transformación psicológica total y completa de una persona y, el lector inteligente hará bien en sospechar de mis motivos que, al fin y al cabo, no distan mucho de una perezosa pretensión de reducir a la palabra playa toda la grandeza de cada grano de arena, las infinitas gotas del agua del mar, las briznas del aire que soplan y perfilan sus formas, y la suave cortina del cielo en el que aparece cada día el nuevo Sol y la vieja Luna, (además de todas las otras cosas que me faltan por nombrar), que la conforman.

Lo objetivamente cierto es que, a partir de ese momento, F no fue el mismo. Estar con gente se convirtió en una tarea arduosa y extenuante. Cada gesto, cada palabra, fuera ajena o propia, le atravesaba el alma como un millón de agujas enzarzadas. Todo tomó la apariencia de una lucha encarnizada por el poder y el protagonismo de la conversación.

Donde antes veía una pacífica simbiosis entre tejidos ondulantemente orgánicos, ahora veía estructuras de metal policromado que, con los bordes afilados y las aristas puntiagudas, colisionaban entre si en estruendosos conciertos.

No veía más allá de él. Pasaba el día entero ensimismado, encerrado en la laberíntica pena de sus pensamientos. Sería difícil, por no decir imposible, intentar averiguar o deducir exactamente qué y cómo pensaba. Dudo que él mismo hubiera podido describirlo si tuviera tal voluntad.

Digo esto, porque desde entonces, su primera y última intención no era otra que huir de cualquier descripción categórica y caracterizada de una personalidad que, a él, se le antojaba infinita e indescriptible. Cualquier palabra o etiqueta

solo hacía que ensuciarla y distorsionar la etérea luminosidad de su alma en un cuerpo deforme y monstruoso.

En cada expresión, acto o pensamiento no veía otra cosa que una exposición ególatra y vampírica, ansiosa de atención, de los deseos más recónditos y asustadizos del ser, miedoso y despavorido ante una muerte inminente. "Como no se atreve a morir, el ser se agarra a palabras que le otorgan una inmanencia ilusoria", pensaba.

Su alma lloraba y gemía cada vez con más fuerza pues veía que, en vez de ser abrazado por un calor maternal, se alejaba cada vez más distante y frío de su ecuánime origen con una coraza implacablemente inhumana, que avanzaba inexorable hacia su perdición sin mirar a ningún lado.

Hundido en tan artificiosa miseria, a F lo que más le preocupaba era la aparente esclavitud de todo lo que le rodeaba. Habían sido todos arrojados a un circo del que no sabían nada y no podían escapar. No había conocimiento para dilucidar el camino, pues era más un obstáculo que entorpecía la mente y la apartaba de su ligereza, que un instrumento que facilitaba la liberación.

Todo parecía maquiavélicamente manufacturado y posicionado para encerrar al hombre en cajas, en cajas de las que uno no podía librarse por más que luchara, en cajas que, compartimentadas por tabiques rígidos como piedra yerma, separaban y dividían lo que previamente había sido una danza perfecta. De hecho, según F, cuánto uno más luchara por rebelarse, tanto más tangibles y altas se hacían las murallas y tanto más crecía la desesperación y los infértiles impulsos vindicativos del alma virtuosa y anhelante de libertad.

Al destrozar la paredes de una habitación, aparecía otra más grande; después otra, y otra, y otra, y otra… Ni siquiera uno

muriendo podía escapar de la pesada carga de ser. El simple hecho de existir le parecía egoísta. Ocupar espacio, gastar oxígeno, poseer ideas y apropiarse de ellas le parecía deplorablemente egoísta. Incluso ver una roca le disgustaba y le daban ganas de escupirla y pisotearla para intentar hacerla consciente de su egoísmo.

Un muro cada vez más alto y ancho se levantaba en los límites de su piel. Ya no solo se creía inevitablemente diferente a todas las personas con las que compartía el mundo, sino que también se creía mejor, en posesión de una verdad que ninguno de ellos ni siquiera sospechaba imaginable.

Ser consciente de su cárcel y de la de todos, no había acrecentado su sed de libertad, sino todo lo contrario: aspiraba a la sumisa encarcelación definitiva de todo el universo y la inexorable que esta debía necesariamente conllevar. Su soberbia crecía y crecía bajo el suelo de su silencio, secretamente rencorosa y, cada vez más, sin que él se diera casi cuenta, se parecía más a las personas que tanto había odiado: aquellos reyes autoproclamados del mundo que se había prometido destruir.

Él, en su aparente superioridad moral, había decidido sacrificar toda su vida y toda su muerte a un objeto indeterminado, decía. Aquello que los otros llamaban poder, gloria, bien, o lo que fuera; él, en su intelectual arrogancia, lo llamaba *algo*.

"Algo es la palabra más sagrada de todo el vocabulario", bromeaba orgulloso, desgastado de las fútiles discusiones que veía protagonizar a sus allegados, asumiendo con gusto el papel de antagonista con una predisposición frívolamente impersonal.

Sus compañeros de clase presenciaron su deterorio espiritual y algunos de ellos incluso escribirían posteriormente sobre ella, dejando valiosos testimonios de una degradación paulatina de la que interesados como yo podríamos servirnos para narrar los sucesos de la vida de F. "Cada vez participaba menos en clase y, en el patio, vagaba solo y pensativo por los entresijos del colegio" escribió uno de sus compañeros.

Lo que al principio…

—22—

Compramos un menú de comida preparada por cinco euros con ochenta céntimos, una botella de agua de un litro que no recuerdo cuánto nos costó, y nos sentamos en un parque.

La señora que nos atendió enfureció a Gris porque le recordaba a las monitoras del colegio que vigilaban el comedor para que te acabaras la comida.

—¿Tú te crees que me ha de decir: "Uy, lo tienes arrugadito, ¿eh?"? —se refería al billete con el que Gris había pagado, que estaba arrugado y la máquina detectora de billetes falsos no había aprobado hasta la quinta vez que lo pasó por la ranura—. ¿Enserio? No; es que me toca los cojones. Toda esta gente que ha recibido educación de monja y se cree que todo lo desordenado es inaceptable. "*Escolta, així no arribaràs enlloc, ¿eh?"* —dijo imitando su voz—. Perdón, perdón; me enciendo, me enciendo; perdón. Es que esa gente me ha torturado toda la vida.

Llegamos al parque y nos sentamos en un banco. Gris me siguió hablando de sus malas experiencias en el colegio. Me explicó una en la que trató de volver loca a una profesora obsesionada con la higiene que se dedicaba a limpiar la mesa y la silla antes de sentarse y dejaba la primera fila siempre libre por miedo a contagiarse de alguna enfermedad.

—Era paranoica perdida. Un día, en que dos moscas se colocaron en mi cara, la miré fijamente, sin moverme para que no salieran volando. Ella comenzó a ponerse nerviosa y más nerviosa hasta que no pudo más y gritó: "¡¿Gris…?!" y yo, antes de que se girara todo el mundo, sacudí la cabeza y las moscas salieron volando. Ella quedó en evidencia y titubeando improvisó una reprimenda: "*Emm*… ¿me estás escuchando?" y yo, por dentro, me reí mucho.

Hablamos más sobre lo injusto que era el hecho de que la noción de justicia la dictaminasen los poderosos y sobre…

—Yo ya estoy harta de todo este juego. Que si me he de portar *así*, que si me he de portar *asá*… Pues no, ya está. Ya no más.

Yo pensé en la incongruencia que representaba haber aprendido eso de su madre pero no dije nada porque entendía que, cuando un pueblo gana conciencia de si mismo y su posición, lo primero que hace es rebelarse para experimentar con su libertad. Después, después ya vendría el momento en que su libertad se transformara en…

Empecé comiendo la ensalada de patata que había escogido pero determiné que sería mejor comerme antes las croquetas porque estaban frías y si me las comía después me dejarían un mal sabor de boca; tenían peor pinta que la ensalada. Comí muy rápido, como siempre, y ella me dijo que engullía, a lo que respondí que una persona a la que admiraba nunca se sentaba a comer más de media hora y yo quería y debía emular a la persona a la que admiraba porque existían los cestos de mimbre entrelazado y en mi sueño las manzanas no se acababan nunca y aquí siempre se acababan y en mi sueño no existían las guerras y aquí sí que existían y la persona a la que admiraba estaba en mi sueño entre las gentes eternamente felices y…

—Qué asco. Está malísimo —dijo ella.

—Yo… yo lo como como si fuera un astronauta. Como si fueran bolsas de vómito que trago para subsistir, nada más.

Ella se rió y yo me alargué más explicándole como últimamente me estaba dando mucho asco comer y ella me dijo que también le pasaba. *Who feels it, knows it, Lord*. Yo asentí y nos acabamos la comida.

Yo estaba nervioso.

Hablamos más de música. Le enseñé una canción de un grupo que me gustaba cuando era joven y que en aquel momento me había venido a la cabeza probablemente (seguramente) porque estábamos hablando de música, y le expliqué que había estado obsesionado con su música durante mucho tiempo y que llegué a considerar sus letras como las mejores letras que jamás se habían escrito. Ella me dijo que le recordaban a otro grupo y, como yo no los conocía, me puso una canción suya. Yo respondí que no, que no, que no; que no tenían nada que ver; que no me gustaban y que sonaban demasiado bien y que *estos* no tenían nada ver con *aquellos* y que decir tal cosa era blasfemia.

—¿O sea que *esto* es un día tuyo? —me preguntó ella señalando la canción que yo le había enseñado.

—No, no; ya no, ya no… *Era* un día mío. Los amaba mucho, ¿sabes? Me pasaba el día entero escuchándolos. Me hicieron. Me educaron. Fueron mis papás y mis amigos.

Hablamos más, caminamos por el parque, y esperamos la llamada del hombre. Ella me propuso que nos sentáramos al borde de un riachuelo, pero yo le dije que no, que probablemente habría muchos mosquitos.

A lo lejos, Gris vio una planta que se movía frenéticamente mientras las de su alrededor estaban completamente quietas.

—Parece un alienígena al que le han hecho pasarse por planta. Sí; le han dicho: "Tú muévete, muévete…"

Cuando nos acercamos, la disparidad de movimiento entre las plantas aminoró considerablemente.

—Le han avisado del espacio exterior —dijo.

Me reí y nos quedamos un rato mirándola a ver si volvía al estado original.

—¿Te imaginas que ahora, de repente, hace *puf,* y se despega de las raíces, y se aleja deslizándose por los suelos?

Yo me reí y dije:

—Ja, ja. Estaría guay.

Ella alargó la mano para saludarla, se despidió de la planta y nos fuimos. Gris era adorable y, como podéis ver, yo era (casi siempre) un gilipollas. Pero no hablaremos de eso ahora. Vayamos al hecho. (Por cierto, ¿a que lo estoy haciendo bien? Estoy realmente hablando de como dos personas van juntas a comprar churros en invierno, con sus chaquetas y sus gorros y sus mofletes rubicundos. Mola. Estoy orgulloso.)

Bajo un porche, rodeando a las columnas que lo sujetaban, crecían enredaderas, algunas de las cuales las abrazaban de forma simétrica y perfecta. Otras no tanto. Después, había una que Gris denominó "autista" porque había crecido alejándose de la estructura metálica, como si le diera miedo pegarse.

Más adelante vimos un pequeño trenecito abandonado, un hipopótamo de acero y un castillo enorme. Cuando llegamos al final del parque, bajamos hacia abajo y rehicimos el camino. En una de las conversaciones recuerdo que me llamé a mi mismo "su novio" y ella se puso nerviosa y lo rectifiqué a "compañero sentimental con el que hago el amor asiduamente". Pareció gustarle más.

Llegamos a una piscina gigantesca y Gris fue a preguntar cuánto valía entrar. Justo entonces recibí una llamada.

—Hola. ¿Sr. Max? —sonó al otro lado.

—Sí, soy yo —respondí riéndome por lo *bajini* ante el trato (y el teatro).

—Mira, te llamo por el tema de las llaves y el local. Verás… el asunto está complicado —y me describió la situación con voz temerosa y muy diferente a la solemnidad con la que había empezado.

Me dijo que todos los empleados del concesionario estaban de vacaciones, pero que ellos tenían un chico que vivía cerca y que podía bajar

a probar unas llaves que quizás funcionarían, pero que no lo sabían seguro porque ellos, normalmente, no gestionaban ese local.

Yo asentí a todo y dije que esperaría, sin dejar de hacerle saber mi urgencia por entrar en el local lo antes posible. Ella me dijo que lo entendía y que le sabía mal. Yo le dije que no pasaba nada y que me llamara cuando tuviera noticias nuevas.

Colgué y Gris me dijo que la entrada de la piscina pública valía solo dos euros. Yo le dije que eso estaba muy bien y ella me dijo que vendría a la piscina mientras yo trabajara; pregunté si estaría abierta todo el año y me dijo que solo hasta el seis de septiembre.

Volvimos a acercarnos al estudio para esperar las noticias. Esperamos y esperamos en un banco de piedra en la misma plaza donde tomamos café. Allí, Gris me habló de que, en lo tocante a las relaciones, siempre se había quedado en el mismo nivel.

Pasaba hasta el nivel tres y se aburría y se rendía y volvía a empezar. Me dijo que conmigo se había dado cuenta de que la relación con el mundo no debía ser circular y, consecuentemente, repetitiva, sino en forma de *lemniscata*.

—Tú creces conmigo y yo crezco contigo; yo te doy lo mío y tú me das lo tuyo —decía.

Ella lo explicaría mejor porque tenía un talento especial para las analogías.

—Además —siguió diciendo—, en el nivel uno siempre te encuentras con el monstruo monstruoso monstruosísimo del final del juego, pero solo en forma de cinemática, sin tener que enfrentarte realmente contra él. Y yo siempre me rendía cuando lo veía. Como si muriera solo ver la pistola en el primer acto, exacto.

Yo no lo sé explicar muy bien.

En aquellos momentos en los que yo, consagrado al hecho, renunciaba a mi capacidad abstractiva e intelectiva, me rendía ante su inteligencia y le decía que si no respondía era solo porque no me consideraba lo

suficientemente inteligente. Era verdad. En aquellos momentos no me sentía lo suficientemente inteligente.

Cuando uno abandona toda ambición intelectual, la gente que la practica se le antoja (no sin un ápice de compasión progenitora y un tanto soberbia, claro) muy creativamente ingeniosa y digna de congratulación.

Al fin y al cabo, yo sabía que allá donde abundaba el pecado, sobreabundaría la gracia y pues, necesariamente, lo que algún día había sido esqueleto, sería pájaro.

Gris se asombraba ante aquel gesto de humildad y yo me enorgullecía de mi inutilidad. Sin embargo, su apabullante claridad y su visión superdotada para captar las diferentes dinámicas instauradas en las diferentes relaciones que se daban entre personas, objetos, o ambas, me fascinaba.

Así como yo me servía de laboriosos procesos racionales para deducir las causas y razones de lo fenomenológico (y aún así, muchas veces, debido a lo forzoso e inorgánico de mis procedimientos, terminaba más apartado de ellas que al principio), a ella parecían revelársele sin ningún tipo de esfuerzo.

Yo, aunque causando algún estrago a mi autoestima y parezca contradictorio a mi naturaleza narcisista —como ya se ha podido apreciar, mi carácter está muy lejos de la fijación monolítica propia del teatro antiguo y es víctima de una constante oscilación hamletiana característica de estos nuestros tiempos en los que, como ya he dicho, proliferan las excesivas posibilidades de consumo en cualquier campo y, lejos de asentar y hacer consolidar férreamente la personalidad, la confunden y dispersan en un marisma difusa de eterna duda y obscura confusión que, a su vez, incentiva… (no, no, no, dejémoslo aquí porque si no me desvío demasiado) —, siempre había sentido la necesidad de rodearme de gente más inteligente que yo.

Había descubierto que esa era la única manera de aprender cosas nuevas y no hundirse en una soberbia ficticia. Uno solo es un genio si se rodea de necios, básicamente; el resultado, pues, no depende tanto del examinado,

como del examen. Aún así, yo, a veces, en mis espesos anhelos, me rodeaba de necios a propósito… (¡fijaos si mi malicia era penosa!); y no solo para creerme un genio —que también—, sino para no tener nadie con quien hablar y así verme obligado a abocar todas mis ideas en el arte; acto que, por cierto, estimularía la aparición de mi genio.

Ay… Y pues, desde que descubrí las escondidas voluntades de mi diablillo tiránico y las traje a la luz de mi consciencia, me rodeé de toda una caterva de aviares superhombres que terminaron por convertirse en imprescindibles para la perduración constante de mi melancolía y mi inseguridad pues, ¿para qué viviría uno sin carencias que cubrir? ¿Y para qué sirven los espejos sino para evidenciar nuestras deficiencias?

Eh… y eso; pero de eso no quería hablar. Ahora no. Quizá después. Quizá nunca. No sé. ¿Por dónde iba? Sí, Gris.

Gris me dijo que estaba cansada porque sentía muy presente la necesidad de seducirme y agradarme. Yo le insté a que no lo hiciera, pero no sirvió de mucho. Creo que ella, en una de esas disposiciones tan curiosas que toma la realidad, tan infinitamente polifacética, me veía a mi como uno de esos superhombres. En fin…

Así, cuando desplegaba su arsenal intelectual ante mi, lo hacía, según ella, para impresionarme y que dijera: "¡Uau!" y que dejara caer mi mandíbula al suelo, mis ojos explotaran de sus órbitas, el cielo se tiñiera de rosa y amarillo y sonaran canciones empalagosas como un chicle de dibujos animados de unos altavoces invisibles.

Yo, entonces, para equilibrar un poco la balanza y que considerara la entrega emocional que dedicábamos cada uno a la relación como igualitaria, empecé a hablar un poco de mi y de mis opiniones. Ay, opiniones, ay…

Y pues, revelé intimidades que aquí no expondré para minimizar daños y no abusar en demasía de la posición demiúrgica de la que dispone el escritor —juez y verdugo definitivo de su época, sobre todo cuando el acusado no escribe y, por lo tanto, no dispone de defensa posible— y acabé diciendo que, por muy fuerte que ataras una cuerda rota, las cabezas seguirían

separadas y ella, contenta de haberme escuchado hablar y agradecida ante la revelación de intimidades que creía contenido crucial para la comprensión de mi alma, me sonrió y nos dimos muchos, muchos besos.

Después, miramos el reloj y vimos que eran las seis y cuarto y me vi obligado a llamar de nuevo porque me habían asegurado que en diez o quince minutos me llamarían para darme noticias y había pasado una hora entera y no había recibido ninguna llamada.

—Sí, mira… Es que he llamado hace una hora o así y he hablado con Ester sobre el concesionario y unas llaves que podrían potencialmente abrirme el local para comprobar si habían saltado los plomos y me han dicho que me llamarían en cinco minutos pero ha pasado una hora y no me ha llamado nadie. ¿Sabes algo?

—A ver, ¿perdona? ¿Ester? Aquí no hay ninguna Ester… ¿Y tú como te llamas? ¿Qué local? A ver…

Volví a explicar la situación más pausadamente.

—A ver, espera… dejame preguntar.

Y, mientras esperaba, Gris me dijo que la gente a la que llamaba se sorprendería si me vieran la cara y descubrieran que soy un niño. Yo le hablé de ese poeta y su carita de ángel y su poesía de diablo.

Ella me dijo que me admiraba por saber hacer todo aquello y que ella sería incapaz de hacer todas esas gestiones. Yo le dije que era mentira, que le había visto relacionarse con el mundo de forma mucho más pragmática y terrenal que la mía y que yo, además, hacía un tiempo, no me atrevía ni a ir a hacerme el DNI porque sudaba la gota gorda solo imaginándome lo embarazoso de la situación y era incapaz de ponerme a hablar con ningún funcionario sin dejarme a mi mismo en rídiculo.

Ella se rió, yo me sentí como un padre y dejamos el tema. Yo sabía que ella sabía aparentar normalidad con mucha más normalidad que yo y que ahora solo hablaba bajo el hechizo del caprichoso arquero, como si estuviera encantada por el canto de una sirena y hubiera perdido todas las facultades que había aprendido en tierra firme y que ahora las cosas debían

haber cambiado porque ella debía venir de haber estado sola y yo debía venir de haber estado con gente y mi voz era más voz y la suya aún era violeta y verde.

A decir verdad, mis capacidades camaleónicas también me habían cogido a mi por sorpresa. Era muy divertido representar el papel de alguien de carne y hueso, y por eso lo hacía. Piqui-piqui y todo eso. Me resultaba muy gracioso que la gente con la que hablaba me creyera *alguien;* con una cara, unos brazos, una boca, etc.

—Estás consiguiendo medallas —me dijo—. *Cling, cling*. Desafío desbloqueado: arregla la puerta del garaje con el mundo entero de vacaciones.

Yo me reí.

Al otro lado de la línea volví a escuchar una voz, fina como el humo y lejana como una tubería.

—¿Hola? Emm… No, disculpa. No he encontrado ninguna Ester. A ver si puedo ayudarte yo… Explícame un poco la situación.

Y volví a empezar.

A estas alturas ya me sabía el guión a la perfección y, cuando ya iba por la mitad, me interrumpió:

—Espera, espera, perdona. Tengo a alguien aquí que… —y escuché como hablaba con ese alguien.

Al cabo de unos segundos se puso Ester, jadeando.

—¿Max? ¡Max! Sí, mira; soy yo, Ester. Verás, lo siento. Disculpa la espera. Ya he encontrado las llaves y ahora solo necesito que alguien te las traiga y…

—¿Y no puedo venir a buscarlas yo? No me cuesta nada —le dije yo interrumpiéndola.

—Bueno, bueno, sí, puedes venir. Pero tenemos un empleado que vive allá y no le costaría nada venir cuando *plegue*.

—Bueno, pues perfecto. ¿Y cuándo será eso?

—A las ocho, ocho y media, imagino. Porque él ahora está trabajando, ¿sabes? Y estamos aquí, y esto está un poco lejos. Eh… Podrías venir a buscarlas, claro, pero teniéndolo a él…

—Claro, claro. Entiendo. ¿Y puedes ponerme en contacto con él?

—Sí, claro; esto… Ahora voy, un momento; subo las escaleras… —y procedió a subirlas mientras yo escuchaba su respiración—. Me sabe mal porque ahora está casi todo el mundo de vacaciones y está todo más difícil porque, bueno, ya sabes… Por como están las cosas… ¿Voy, eh? —yo asentía.

Al rato me pasó al hombre que debía ayudarme.

—Sí, claro… Yo acabo de trabajar a las ocho. Imagino que puedo estar allí sobre las ocho y media… He de pasear al perro y puedo pasar por allí. Ningún problema. Claro que no, hombre… No me cuesta nada, no.

—¡Perfecto! —exclamé—. ¿Quedamos aquí a las ocho y media, entonces? Te esperaré por aquí.

—Sí… Si yo vivo allá al lado… Y he de pasear al perro, no me cuesta nada… Y vemos si las llaves abren. Porque yo tengo aquí, en la mano, unas llaves circulares. Y no sabemos si son las del local o no. Pero lo probamos, claro… Lo probamos.

—Perfecto —dije.

Me despedí y colgué rápidamente. Me sentía extraño hablando con aquella gente. Me sentía tan extraño que tendría que desbancar todo el discurso anterior sobre mi personalidad y… y aunque funcionaría como indicativo de mi tembleque psicológico, me da mucha pereza.

Gris tenía que volver a Barcelona para dar de comer a los gatos de un amigo que también estaba de vacaciones, así que nos dirigimos hacia el coche.

De camino, entré en una cafetería para ir al baño, donde sonaba música muy distorsionada a través de unos altavoces muy precarios. Daba paz saber que el mundo seguía en sus cabales. Aunque a veces pareciera que pendía

de un hilo, si las cafeterías seguían sirviendo café y bollos con música mala de fondo, todo estaba bien.

Ay, placenta de lo conocido, arrullador canto matinal…

—23—

Alguien deja de leer, abrumado por arcadas. Debería haber abandonado la lectura en la primera frase, piensa. Se despega del libro como quien lleva una eternidad mirándose al espejo y asqueado, se enfada con aquel artefacto inmundo que le ha hecho ver tan fatigantes simulacros como reales. Los sueños mojados de un escritor resentido se han inyectado en su alma como insectos.

No sabe dónde ha estado, pero sabe que el lugar no le gusta y tiene ganas de vomitar. Eso sabe. Además, ¿por qué se parece tanto a los libros que lee? Eso le desespera. ¿Es como es porque lee lo que lee? ¿O lee lo que lee porque es como es?

¿Veo lo que pienso o pienso lo que veo? Hmm… lo cierto es que… Lo cierto no tengo ni idea. Di que no sabes nada y no tienes ninguna certeza; y lo único que sabes con total seguridad es que sientes un vacío muy hondo, piensa, y con su escindida condensación ilusoria se responde a si mismo diciendo:

—Gracias, lo haré —y añade—: No sé nada y no tengo ninguna certeza, lo único que sé con total seguridad es que siento un vacío muy hondo.

En tertulia insurrecta contra si misma, abraza Alguien los abyectos ardides que deconstruyen (y construyen) su realidad. Como es lógico, intentar volver a dormir ya está fuera de la cuestión. En su corazón reinan las tinieblas y a sus ojos los asaltan imágenes, imágenes, imágenes; *¡pum, pam!, tuc*… Y la idea del maldito libro no desaparece.

—¿Puede uno alejarse de lo que vive si lo escribe? ¿Qué hace la gente cuándo está tan triste? ¿Qué hace la gente cuando ningún alimento les sacia y ninguna respuesta les basta? ¡Ay! ¿Tendré que hacerme monje?

No, no, no…, ¿para qué iba a escribir si sólo serviría para que la gente lo encerrara en una caja más, en una simple etiqueta, eh? ¿No fracasó estrepitosamente aquel ismo? ¿No se estrelló ese en aquella costa? Pero ¿qué ideas son esas? ¿Son esas sus ideas? ¿No son las de F? ¿Y quién coño es F? ¿Habla él, o el otro? No. Necesita desconectar. Solo un rato. Está cansado. Pero, ¿cómo puede apartarse uno de si mismo? ¿Se puede?

Entonces lo intenta, y para olvidarse un rato del asunto, se pone sus canciones favoritas en los auriculares y baila en su habitación. Pone los ojos en blanco y, dejando que la música lo penetre hasta lo más profundo de su ser, se eleva a kilómetros por encima de su cuerpo, extasiado y mirando al techo con los brazos en cruz. Se arrodilla, se levanta, salta y se tira al suelo. Pega puñetazos al aire, hace aspavientos y torsiones repetitivas, y gesticula con las manos pegadas al pecho como si fuera un cantante en un videoclip.

Tras media hora, decide ponerse a limpiar la habitación porque una habitación ordenada refleja una alma virtuosa y barre y friega energéticamente la habitación y, habiendo fregado todo el suelo, se da cuenta de que está encerrado en la esquina y de que no puede salir sin pisar y ensuciar lo que ya está limpio y se ríe de si mismo y de la pésima metáfora que ha dibujado el dedo y, otra vez asaltado por el vacío, el libro vuelve a aparecer en su cabeza. Ja, ja, ja…

Alguien, arremetido por la culpa que le causa pensar tanto en el puto libro, se fustiga pensando por qué coño piensa tanto en el puto y maldito libro. ¿A quién coño le importa ese maldito libro? Eres indispensable solo para ti mismo, imbécil. ¿Y por qué te importa tanto? Y… y… y… abecé de la cultura al que doy sentido demasiado en favor del poder poder poder del Estado que hará desaparecer la base necesaria para una dominación absoluta de los profesores parlamentaristas que… Ay, ojalá pudiera olvidar, ojalá…

Además, ¿acaso no sabe que no lo va a leer nadie? ¿Que se va a quedar chupando polvo en su habitación como todo lo que ha hecho hasta ahora? Y si alguien lo lee, ¿qué? ¿Qué hace un libro más en el mundo aparte de ensuciar? ¿Qué importa que una canica se mueva hacia la izquierda o la derecha? Además…, ¿desde cuándo es su objetivo el que haya un receptor? ¿No le obliga eso a que…? Ay, ay, ay… Qué lío…, ¡qué lío más grande!

¿Porque se cree él meritorio de que alguien le otorgue un pequeño espacio en su corazón y su mente? ¿Y a quién demonios le importa todo esto? No, no, no. Él no es nadie, él no es nadie. Y en el hipotético caso de que lo merezca, ¿quiere él realmente ocupar ese espacio? Ser un ese o ser un otro *o un flâneur o un voyeur o une fleur o une Claire o une mer o un cher o une*… ¿No sería acaso un deshecho más dentro de la *tru-tru-tru-tru-truuuu* de palabras zalameras y manieristas dentro de un perifrástico lienzo prerrafaelita que cubre las astillas de un inmenso quejigo con su cuerpo grasiento y mugroso? ¿Un contagiado más revoloteando por los infiernos? *No, thanks*. Ay, olvidar, olvidar… Al parecer, el supermercado de Leteos era un timo… ¿y quién se atrevió a decir que el olvido era eterno? Ay…

Ya lo hemos dicho, pero lo volveremos a repetir porque la repetición proporciona a la audiencia un tejido de connotaciones que contribuyen a la representación de una realidad *precisa*: alrededor del mundo entero hay gente haciendo *cosas*. ¿Y esas *cosas*, qué función tienen aparte de degradarse y desaparecer? ¿Acaso no se convierten en otras cosas cuando las cosas dejan de ser las cosas que eran? ¿Eh? ¿Esque no me veis impartir conocimiento con el monóculo colgante y la dirigente batuta por encima de todos mis queridísimos taburetes? ¿Eh? Pero no, no, no… No nos perdamos en vaguedades pseudometafísicas… Vayamos a lo concreto: los libros.

Tan, tan, tan, taaaan…

Los libros, seamos sinceros, no arreglan nada. Se los leen quizás cuatro personas aburridas para escapar de crisis semiexistenciales de clase media que los visitan después de follar o gente que hace flexiones cada mañana y van a correr y después, por la tarde, quedan con sus amigos para beber

cerveza y hablar de la noche anterior en la que estuvieron todos juntos bebiendo cerveza, o gente que lee tanto que es como si no leyera nada, o gente que se dedica a diseñar y maquetar fotos de forma llamativa para atraer con signos de exclamación a las presas potenciales y conservar fieles a los que ya han seducido y así prostituir la imagen a sus más bajas castas, o gente consumida por la lujuría y el exceso con bolsas en los ojos e hipnotizados como vampiros por la sangre fresca de los jóvenes, a los que miran carcomidos por una rabia y una envidia tan profunda que les obliga a disfrazar de soberbia la impotente realización de que la vida se les ha escapado entre las manos y no encuentran ningún remedio duradero más allá de los que ofrece un sistema que se ríe en su cara provocando su inseguridad con la divulgación de un canon de belleza inalcanzable y perteneciente a una fisonomía de tipo *B* y que alcanza un estado semidivino debido a las cualidades cuasi sagradas de la imagen multiplicada, o algún bienamado protohéroe que ha encontrado la paz interior aniquilando todo pensamiento ambicioso que le venga a la cabeza, apartándolo de si como si fuera una serpiente maligna y anda convencido de que "la mente es el demonio" y se adhiere fanáticamente a esa doctrina de la indolencia pseudoespiritual propugnada también por un sistema que se nutre de las personas que practican *mindfulness* como sanguijuelas ya que, al fin y al cabo, la gente que está calladita y acepta las circunstancias sociales, políticas, culturales y espirituales que les ha tocado vivir y que rehúye de cualquier proceso cognitivo que involucre más de dos neuronas y permita, así, que se perpetúen las atrocidades y barbaridades en un mundo conducido por la avaricia, el hedonismo y la maldad porque "las cosas son como son" y blablablablablá y la aceptación de toda una serie de dogmas occidentalizados, heredados de filosofías orientales y distorsionados con el fin de justificar y glorificar la pasividad, la pereza y la ignorancia y… Alguien se excita y empieza a disparar pistoletazos de furia resentida. ¡Un concierto de pistoletazos! Eso quiero yo, dice.

De repente, Alguien tropieza con la alfombra, la levanta accidentalmente, y descubre todo un vertedero escondido bajo ella. Ay, ay, ay, ay, ay… *Phew, for a…*

Pero aún había más porque, para colmo, entre toda aquella diarrea fosforescente de episodios fulgurantes y finales predecibles y nombres y nombres de nombres de nombres de nombres de nombres de nombres de nombres y nombres, existía, no os lo perdáis, ¡la ministra de asuntos exteriores de Zimbabwe! Y cada día esta señora también vivía su vida como si ella fuera el centro del mundo y se iba a dormir como ella misma y se despertaba como ella misma. ¡Ahá! ¡Atentos ahí!

Y no solo eso (¡oh, no!, ¡oh, no!, ¡nunca, nunca solo eso!), sino que también hay una señora en Perú que llora cada vez que piensa en los disgustos que le da su hijo, cuyo padre ha sido alcohólico y, y, y… y encima, por si todo esto fuera poco, los camiones tienen un artefacto en la parte superior de la cabina para evitar que el viento provoque accidentes, y el derecho romano es el inicio ideológico del renacentismo y la decadencia de la Iglesia… ¡Y España es la mayor exportadora de naranjas del mundo! Y este trabaja para aquel, que trabaja para aquel, que trabaja para aquel, que trabaja para aquel, que trabaja para aquel, que trabaja para aquel, que trabaja para aquel, que trabaja para aquel, que trabaja para aquel…

Y ¡ahhhhgshfgksh! Alguien ha perdido los nervios y su masa corporal se ha dividido en pequeños cuadraditos que, al separarse unos de otros, revelan su dimensionalidad. Y ahora tiene muchas ganas de llorar porque cuando se mira en el espejo, ve un hombre a quien no conoce, un hombre que podría ver por la calle y no sorprenderse, un hombre con bigote poblado, gafas y barriga; tiene un jersey de pico de verde y la gente le llama por su nombre. Y él por dentro (¿lo sabéis?), él por dentro llora y llora y llora y se pasa el día llorando dentro suyo, encogido en algún rincón del cuerpo de ese desconocido que se ha hecho con su alma y ahora hace pesas en un gimnasio del barrio mientras hace morritos frente al espejo porque ha decidido que quiere adelgazarse… Y, ay, ay.

Todo lo que antes se movía, ahora está quieto. Y Dios, en su humilde omnipotencia, ¿ha contrastado toda la información existente antes de llevar a cabo el experimento y ha determinado, con amarguísima omnisciencia, que *este* es el *mejor* de los escenarios posibles para que Alguien desarrolle su proyecto? ¡Imposible! ¿Y desde cuándo sigue vigente esa creencia? ¿Qué es todo esto? ¿Qué? ¿Y cómo sino ha de creerse que la mano que todo lo rige ha creado un mundo lleno de mal, dolor, enfermedad, sufrimiento y pecado para…? Ay. Todo esto debe ser una broma, está claro… No puede ser de otra forma.

En todos lados hay barro y suciedad y el cuerpo que se ha apoderado del alma de Alguien pasa los dedos por la superfície de las cosas y se lleva la primera capa de mugre (porque hay muchas y de una sola pasada solo te llevas una capa) y se acerca el dedo a la boca y se lo mete dentro y saborea los excrementos del mundo. Y Alguien, dentro suyo, no sabéis cómo llora y cómo quiere gritar para que entréis a salvarlo… Pero la voz ronca y castigada del hombre sigue hablando y dice cosas del tipo:

—¿Quién es el culpable de que todo este circo siga funcionando? ¿Qué secreta fuerza impide que se sumerja el mundo entero en un caos irredento e infinito? ¿Qué diablo perverso permite que esta monstruosa máquina siga urdiendo sin castigo este sufrido sinsentido? ¡Ay, la poesía, la poesía…!

» Ni siquiera he empezado el libro y ya me arrepiento de la idea de escribirlo. Y ¿cómo puede alguien arrepentirse de un acto que todavía no ha cometido? Tonterías, tonterías… Ay, ¡quién fuera anacoreta para olvidarse por fin de este cenicero de ambages! Por ahí voy bien, ¿no? ¡Eh! ¿Me escuchas? ¡Tú, renacuajo! Venga, dime algo, que si remamos los dos será más fácil. Ya, ya sé que no era lo que tú querías, querido, ya lo sé… Sabe esto, por eso: nunca con hacerlo queda hecho, y pues, pretender que sí es una necedad. ¿Y qué, dices? ¿Y qué? ¡Bueno! ¡Todo es nadería, mi amor! Venga va, querido. Haz de tu escudo un arma y bríndame palabras, que las mías son guantes de nailon colgados en la puerta de un garaje y… ¡sí! Ahí te veo, querido, ¡ahí! ¡Venga! Solo un poquito más —diría.

Y seguiría entonces, como un pez globo, a rememorar todas las veces en que las chicas con faldas de cartón blanco y camisas negras bailaron en el escenario mal iluminado un ballet que dejó a todos los miembros del comité, que venían de pegarse una comilona con sus socios y de dar buena cuenta a los pollos con los que se fregaría después el polvo acumulado en los platos y que muchos traían aún, restos de comida en la comisura de sus labios, conmovidos y asombrados ante la maravillosa sencillez de esas dos bailarinas humildes.

La pared de detrás era de ladrillo rojo y las juntas eran blancas. Un pavo real paseaba por el escenario como si fuera un violín y, debajo de un tatami habría un bulto que, a mitad del espectáculo, se disolvería y aparecería fuera del tatami como un niño que miraría extrañado a su alrededor e intercalaría su confusión y su miedo con las ganas de jugar de un perro a quien hacía tiempo no habían sacado de casa y…

¡Eso es mi amor! ¡Eso es! Ahora sigo yo, no te preocupes. Sí, con eso basta. Dios te lo agradecerá, creéme.

Todo es demasiado… *todo es demasiado*. ¡Es imposible constatarlo *todo* en un solo libro! Ni que viva diez mil vidas lograré hacerlo, piensa. ¿Y por qué me preocupo por toda esta basura insulsa? ¿Y por qué los cisnes? ¿Y por qué las plumas de escribir? Si quiero escribir un libro, ¿no es preciso escribir? (¡Sí! Juntos somos imbatibles, amado.) Debe de ser tan fácil como eso: escribiré y ya está. Que salga lo que salga. Además… ¿qué busco? ¿Busco algo? ¿Qué objeto cumple su función? ¿Qué digo? ¡Qué digo! ¡Si ya sé que lo que busco no existe y los trenes siempre vuelven! No tengo por qué entristecerme si no lo alcanzo…

Pero no. No lo consigue. Su convicción no es nunca indiscutible. Late inmóvil en su corazón la misma duda, la misma pregunta, la misma preocupación: ¿para qué? Y vuelve a su habitación, a su celda, a su prisión y paraíso y postes eléctricos recorren los lindes de una carretera en un prado. De repente, se dan todos la vuelta, saliéndose del suelo, y se meten cabeza abajo por el agujero que han dejado donde estaban colocados. Los cables se

rompen y se colocan como cabellos alrededor de cada poste. Se sumergen en un mar. En el mar, un tiburón los muerde, se electrocuta y cae muerto hacia el fondo. De su cadáver surge un hilo con bolas de corcho de diferentes colores y sube hasta la superfície del mar, donde se queda flotando.

Todas las sinfonías se acaban y todo lo que existe terminará muriendo, etc. Ja, ja, ja, ja, ja… Y el niño se ríe, se ríe mucho del adulto.

El pensamiento no abandona la cabecita cansada del hombre. La escena teniendo lugar en su cabeza podría representarse de la siguiente forma:

—Quiero cambiar el mundo —diría su ambición.

—¿Para qué? —respondería su escepticismo—, ¿para que los que vengan tengan algo que cambiar?

—¡Ah, cinismo endémico: aléjate, perverso! ¿Hay creciente perfeccionamiento o eterna mutación? ¡Ay, ay, ay; muchos ayes!

—Bah, ¿para qué malgastar tiempo tratando de solucionar un problema irresoluble? Además, escribir es demasiado ideológico, demasiado subjetivo. A la vista está… Y oh, pensamientos, opiniones… etc. etc. ¡Cuán cansado es ser uno mismo! Todo lo que escriba se parecerá demasiado a mi y no representará el mundo tal y como es y hablar de uno mismo es el mayor pecado del mundo. He dicho.

—Pero ¿es que el mundo y yo somos diferentes? ¡No! Bajo ningún concepto. Mi asimilación de los agentes externos los engendra y… ¿Existe la vaca cuando no la veo? Ay, ay, ay…

—Todo eso me da igual. Yo no soy filosófo ni quiero serlo. Todo lenguaje es doctrinario y debe ser erradicado. Todo lenguaje es jerárquico y debe ser erradicado. A veces pienso que incluso el silencio… Sí, el silencio… Y todos los cretenses son mentirosos.

—Yo también lo pienso —dice el otro (que a estas alturas, por cierto, ya no sabe quién es)—. Si uno comete el gravísimo error de consagrar su vida al arte, por lo menos debería tener la mínima decencia de hablar del Sol, de la Luna y de las estrellas. El arte está más vivo que la realidad misma, y

tratar de descenderlo a las bajezas de las que participamos los humanos es inaceptable.

—Total. ¿Por qué me hablas de sexo que de asilo? Cállate la boca y redobla tus penitencias, desgraciado. Qué vas a saber tú de nada…

—Yo… yo solo respetaré un arte que me diga: "Estoy hinchado de mierda hasta las cejas igual que tú". ¿Qué es eso de ir impartiendo enseñanzas a mis semejantes? ¿Acaso soy yo hijo de Dios? ¿Qué perversa tiranía busca ejercer tu enfermiza bondad ante todos tus hermanos? ¡Imbécil, soberbio! Sé honesto… La honestidad salva el alma. ¿Qué clase de loco dice, cuando la luna se asoma por detrás de la grada: "Anda, la Luna ha venido a verme"? ¡Hombre, por favor! En todo caso has venido tú a ver la Luna, gilipollas. Espabila.

—Yo también lo creo… Pero después pienso en… ¿No nos hemos equivocado, por cierto?

—Bueno, bueno… Tranquilo, tranquilo… Creo que nos estamos encendiendo demasiado. Saldremos de esta.

Y los dos se convierten otra vez en uno y todo sale ¿bien? Quizás. Lo que es seguro es que se han dado la mano el niño y el adulto y ahora… Ahora, de momento, dejaremos que hable el otro y hagamos ver que no ha pasado nada. *Ladies and gentlemen, we got him*. ¿El otro es el niño o el adulto? No, no, el otro es el otro, querido, el otro… El que está esperando a que te calles para hablar.

Aplausos, silbidos, congratulaciones y bises. *Wooo*…

Y ahora callen: me toca pelar patatas.

En realidad, lo que a él le daba miedo de escribir es que probablemente hiciera resurgir el odio residual que llevaba tiempo acumulándose en el fondo de la cazuela de su espíritu: un odio infundado, resentido, envidioso y destructivo. Y…

Y bueno, ¿de verdad hace falta hablar de eso? Quiero decir, ¿de verdad hace falta que el mundo vea todo aquello? ¿De verdad hace falta que *yo* rememore todo aquello? ¿No es mejor guardarlo y mantenerlo oculto y no

involucrar a más gente de la debida en este penoso asunto? Sí, eso sería lo mejor. La locura es mejor llevarla por dentro.

Pero Alguien, como ya habréis visto, piensa muchas cosas y ninguna le convence. Al minuto de pensar una cosa está pensando la diametralmente opuesta, así que, al cabo de unos minutos, resuelve que sí, que el mundo merece recibir de vuelta todo ese dolor que le ha causado porque el círculo debe cerrarse y tiene ganas de volver a casa y para volver a casa uno ha de irse a la aventura y… Mil otras justificaciones que recorren su inconsciente como un río ignoto y oscuro y que son las que, en realidad, forjan y deciden el destino que él atribuye a las diosas de la fortuna y las estrellas.

Azul oscuro se degrada sobre blanco.

Pero no entraremos en eso ahora. Además, ¿qué sé yo sobre la naturaleza del mundo? ¿Cómo me atrevo a emitir juicios tan determinados sobre cosas que desconozco por completo? En fin, que Alguien, ahora, por lo visto, tiene sed de venganza. Mucha. Y quiere ver sufrir al mundo igual que él lo ha hecho. ¿Cómo puede ser que él sufra tanto cuando los demás se deslizan por la vida sin hacer ningún esfuerzo? No es justo.

Física: 4, Insuficiente. ¡Claro! Porque la fuerza es una fórmula y el vector un modelo y haciendo la raíz cuadrada de sesenta y multiplicándola por tres se…

No, no, no; eso no es justo. Y si eso es la justicia, es conveniente mearse en la ciega balanza. Sí. Es conveniente restaurar el equilibrio, hacer de contrapunto en la cuadrícula del mundo: *plis, plas, plus, wuuu*… Círculos y curvas. Ser viento al espacio y arte al tiempo. Sí. Eso hacen los héroes, y *él es uno de ellos*.

—24—

Cogimos el coche y fuimos a Barcelona por la carretera nacional para evitar los peajes. La pintura y el rodillo y todo lo demás seguían en el

maletero. Gris y yo seguimos hablando de nuestras cosas, y a mi me seguía decepcionando el poco ingenio del que disponía para narrar hechos objetivamente, aunque el progreso hecho al respecto fuera bastante notable. Cuando empezaba a hablar, empezaba a equivocarme.

Gris y yo teníamos una relación… extrañamente complementaria. Ella encontraba su verdad hablando, yo la encontraba callando. A ella le agotaba la soledad y se nutría de la gente, a mi me agotaba la gente y me nutría de la soledad. Y… y bueno, intentar reducir a fórmulas la relación entre dos seres humanos es, aunque muy novelesco, inútil, así que mejor me callo. ¿Ya? ¿Tan rápido desistes? *Sip*, lo siento.

Eso; que cuando ya estábamos llegando, Gris me guió hacia su casa. Entonces se enteró de que, después de dejarla a ella, tenía que volver al estudio a solucionar lo de la llave y se compadeció de mi. Yo aguanté su reprensión como pude. Nunca me había gustado esa clase de… Bueno, da igual; también me hubiera sentido incómodo si hubiera mostrado indiferencia. Quizás no. No lo sé. Es irrelevante y me odio a mi mismo; así que sigamos.

Aparcamos cerca de la casa, en una zona de carga y descarga. Yo pensé que si la grúa se llevara el coche sería un muy buen reto al que enfrentarme. Debido a la superación de los distintos obstáculos que se me habían presentado, me sentía fuerte y vigoroso. El fuego llama a más fuego y el agua llama a más agua. Mi nueva fortaleza no tardó en disiparse. No sé por qué pero había parado de llover.

Me quedaba muy poca batería así que le pasé el número de teléfono del señor al que tenía que contactar a Gris. La casa resultó estar bastante lejos del sitio donde aparcamos y me preocupé por el coche y mi mal aparcamiento y por mi mismo y mi perdida infancia. También me sentí algo orgulloso por mi acertada interpretación y me lamenté por no llevar corbata y hablar de política.

—Ya llegarás querido, ya llegarás…—, me dije sonriendo.

Llegamos a la casa; Gris me preguntó si quería entrar; respondí que no, que los gatos y yo no eramos muy amigos, y me quedé fuera.

En el rellano pensé en las cosas de Gris que no me gustaban e imaginé cuáles serían los factores que terminarían decantándome por una alternativa cuando lleváramos mucho tiempo juntos. Vi con claridad los defectos que harían que me desesperara como un marido viejo, resentido y harto de las ineptitudes de su esposa.

Me gustó mucho sentir eso. ¡Sí! *¿How is the weather?* Oh, oh, oh… Finalmente, me sentía como una verdadera persona normal con preocupaciones de persona normal. Entonces pensé que escribiría una novela protagonizada por un matrimonio desgastado por los años en la que no se deja entrever ni un ápice de magia: puro y aburrido costumbrismo de párpado caído, mocho de fregona sucio, y polvo en las esquinas. Perfecto.

Seguí pensando sobre la novela con los brazos cruzados y los pulmones llenos de humo, recreándome en la imagen que proyecto de mi mismo. Parecía un hombre ensimismado por problemas financieros. Lo estaba haciendo genial… Me iban a salir bolsas debajo de los ojos y mi voz se convertiría en ronca y soporífera. Había dado con una calle sin salida y ahora necesitaba dilucidar una resolución viable a todo aquel entramado de conflictos.

Sí. Se me había presentado un dilema y ahora las circunstancias que lo habían precedido (y/o las que debían sucederlo) impelían sus fuerzas sobre mi y me instaban a escoger. *Perfecto*. ¡Oh! Había aparecido un contratiempo y los resultados no se adecuaban a mis expectativas: *tocaba estar triste*. Cuánto me gustaba…, cuánto. Ja, ja, ja, ja, ja…

Gris salió y la recibí con una sonrisa.

—¿Qué pasa? ¿En qué piensas?

—En nada. Tonterías. ¿Qué tal, cómo ha ido?

—Hoy estaban especialmente agresivos, no sé porqué. No me han hecho nada pero me gruñían e intentaban asustarme.

Yo pregunté, curioso, si un gato podía hacerte daño.

A la gente siempre le ha sorprendido que yo hiciera tantas preguntas y tan aparentemente ingenuas. A mi siempre me ha parecido más sabio porque Sócrates *boys* 2001, llamadme loco. A Gris, gracias a Dios, mi infantil curiosidad le producía ternura; esto es: siempre que no fuera excesivamente ingenua, ya que, a veces…

—Claro, mi amor. Dependiendo de si te conocen o no, o de como hayan sido educados… pueden ser muy agresivos. Te pueden agarrar con los brazos de delante y hacer la bicicleta con las patas de detrás… Y lo más peligroso es cuando te saltan al cuello. Si ves que miran allí fijamente, prepárate.

Yo escuchaba muy distraídamente. Hacía calor y sentía la cabeza muy pesada, como si estuviera llena de basura. Iba tocando los pilones que separaban la acera: uno por delante y el siguiente por detrás.

Gris me hablaba de los grafiteros:

—Me parece penoso. Ir por ahí escribiendo un nombre que ni siquiera es el tuyo; como trogloditas.

We all have a story, pensé. No dije nada, y asentí. Realmente había algunos muy feos, pero estaba demasiado cansado para pensar algo más sobre el asunto, así que dejé que mi melancolía regimentara mis pensares o, lo que es lo mismo, los aniquilara.

Llegamos al coche. Yo abrí la puerta y le pregunté si quería venir conmigo. Aún sentía la cabeza muy pesada pero el héroe ha de alejarse del mundo conocido para conquistar el secreto y volver al pueblo de origen así que cualquier situación que me fuera extraña debía ser bienvenida.

—¿Sí? ¿Estás seguro?

—Sí, claro. Veamos qué pasa. Quizás hay un *bug* y llegamos directamente al nivel veinticuatro. No sé, es curiosidad periodística, nada más. Además, siempre podemos irnos cada uno a nuestro mundo y ya está— dije.

Ay, pensé… Yo era incapaz de ser aquel divino filosófo y prescindir de la gestión de mis asuntos: los bienes materiales, la vanidad y la

concupiscencia aún atraían mi débil alma… Podía justificarlo de mil maneras pero lo cierto era que, siempre, mi demoníaca subjetividad intercedía en mi amor por la Verdad y el silencio y, como no hay Dios para quien busque la fama entre los hombres, el amparo de Egipto es, necesariamente, mi vergüenza… Y así, así hago ver que llevo mi cruz por los senderos del mundo cuando en realidad la estoy rehuyendo y estoy llevando una cruz de madera ligera y muy poco pesada para que el mundo entero me vea y me aclame, cuando en realidad, quien lleva la verdadera cruz es vituperado y agraviado porque su cruz es verdadera y refleja en los hombres que contemplan la plena sumisión al vicio en la que están hundidos.

Pero bueno, me lo tengo merecido. Yo aspiré a la gloria celestial demasiado pronto y cuando no me tocaba y ahora camino en barrizales de lodo marrón e insípido (y no hay peor color que el marrón porque el marrón es un semicírculo sin espejo, un hormigueo enmarcado por límites titubeantes e indeterminados de ruina y *debris,* y dudo mucho que exista marrón en el cielo.)

En fin, que ella se rió y accedió. Venenosa maravilla es la aprobación ajena de la sospecha propia, pues se ve una ultrajante mentira sostenida como cierta por la sangre fraternal.

Yo, Max, gris bobalicón, ni siquiera había jugado antes a ese juego, así que, realmente (de verdad), tenía mucha curiosidad por ver cómo se desarrollaba todo aquel romántico asunto. Ya hablaré, si tengo tiempo y me apetece, de mis escasas experiencias amorosas anteriores a Gris.

—Al lío —dije subiendo al coche.

Justo al sentarnos, sonó el teléfono.

—Hola, estoy de camino; en veinte minutos, más o menos, estoy allí— dije rápidamente.

—Sí, bueno, para eso quería llamarte. Verás; estoy delante de la puerta y… y las llaves no funcionan —respondió con voz triste y aparentemente

esperando escuchar el *boom* característico de los grandes detonantes narrativos revelados en los *trailers*.

—Bueno, bueno, o sea que *la llave ya no funciona*… Está bien, está bien. Perfecto. No sé por qué, pero me lo esperaba. Bueno, bueno… de todas formas, gracias por avisar. Entonces, espero hasta el jueves, ¿no?

—Sí, sí… será lo mejor, porque yo estoy aquí delante, y… y estas llaves no son. Entonces, el jueves es cuando vuelve de las vacaciones el compañero que trabaja aquí y… y él sabe qué llaves son. Sí —terminó esperando una llovizna de notas sintomáticas de esperanza contenida.

—Muy bien, muy bien. Gracias. Yo, entonces, me pongo en contacto contigo el jueves. ¿No? Sí, vale. ¿Tienes Whatsapp?

—Sí… —dijo—; añádeme a tus contactos.

Era una persona extraña, muy, muy extraña. No sé qué lo delataba exactamente, pero lo era. Asentí, asentí, asentí, me despedí y colgué.

Me paré en un semáforo. Gris seguía sorprendida por mis habilidades para enfrentarme a las contingencias del mundo. Yo también. (Sinceramente, yo también, y estaba esperando a que mis superpoderes desaparecieran súbitamente… pero de momento duraban). La gente me tomaba en serio, ¡la gente me tomaba en serio! Y ahora apretaba la señal de intermitentes decidida y despreocupadamente, como un buen actor. Olé. Yo, hombre que de ser hombre se asombra, solo me había hecho falta creerme que existía para existir. Era de risa y muy bonito.

Justo cuando el semáforo de los coches se ponía en verde, cruzó una chica con tacones de vértigo y vestido rojo y pintalabios y bolso y gafas de sol, y detuvo un taxi en el carril contiguo al nuestro. Gris le guiñó el ojo y ella sonrió. Yo le pregunté por que lo había hecho y ella me respondió que admiraba sus cojones.

—Cruzar en rojo, así vestida, con tacones… Olé sus huevos. Olé.

De camino a casa hablamos más de aquella chica y de mi forma de conducir. Yo no me acuerdo qué decía y probablemente tuviera poca

importancia. Había hechos, eso estaba claro. Y yo… yo los veía ocurrir y ocurría con ellos.

—25—

Entonces, arrancado por una fuerza desesperada de su ensueño, se sienta delante del ordenador y escribe.

Al rato, Alguien se despega de la pantalla. Está consternado. Se despabila la cara con las manos; así: *bldrbldrbldr*. Siente que las palabras nieblan su vista como un velo plateado. Lo puede ver desde dentro, pero desde fuera no se ve nada. No sabe lo que ha hecho y siente que despierta de un sueño. De otro, otro, otro…. Otro sueño que…

Han llovido letras y él intentaba cazarlas. Sus manos tecleaban solas, su rostro se desmenuzaba como un retrato de un pintor abstracto y entre agitaciones, murmullos, y sórdidos gestos aletargados solo por la vergüenza que le causaba exponerse ante un público exigente, se encuentra de vuelta delante del texto.

Sus penas, de dedos cortos y cuellos barbudos, defendidas por tan torpe defensa, le asquean, le asquean muchísimo. Al volver a leerlo, se siente profundamente avergonzado. No quiero que la gente crea que estoy loco, dice, así que lo borra entero.

Entonces, turbio entre lívidas estrellas, diablillo ante majestuosos ángeles, cierra los ojos e imagina que se sumerge en el agua. Quiere olvidar. Oh, viento sagrado… Solo entiendo tu idioma.

Las manillas del reloj dan vueltas. Buenas noticias: la poesía ha dejado de existir pero puede instrumentarse. ¿Son los resultados equiparables? Se puede llegar a la Luna con un cohete. Alguien flota bajo el agua. El vacío es materializable. ¿Lo es? Todas sus preocupaciones desaparecen. Cáscara rota. Sus límites se expanden: llega hasta las costas del Caribe, hasta Turquía y el Mar Negro; es el mar que besa la Antártida y las nubes que

descansan en los cielos; es los ríos, la lluvia, los peces, el coral, las algas, las olas y el viento. Es hielo y vapor y ah, ah, ah… *the night comes on*.

Haz de dintel a los arcos de barro que conducen a mi infernal morada, así, al menos, me cabrá añorar ileso, desde la lóbrega mansión de sombrías pesadillas, tu virginal cuna de musgo. Tú, mi todo, mi amante inmortal y mi auspicio de besos perlados, permeas mi sueño y vigilas mi vigilia. ¡Ah…! Sepúltame en la alcoba de tu pecho y no me dejes volver jamás a la aciaga orilla. Escóndeme en las aguas de tu lecho, avista por mi el faro, y ahógame en tus lágrimas.

Ah, ah, ah… Alguien está enamorado de esa diosa dadora, Alguien está enamorado de esa diosa dadora. Besos, susurros, caricias, y secretos. Madre y planeta, eres todo a lo que aspiro y todo lo que veo. A ti subyugo obediente mis cadenas; a ti someto soñador mis espejismos. Yo no soy aquel escurridizo héroe… No. Yo no pienso (¡nunca!) abandonar tus dulces grilletes e hipnóticas melodías… ¡Ahora entiendo todas las canciones!; ahora, por fin, las entiendo. Sí, porque todas las canciones hablan de Dios y quien no lo sepa, está sordo.

Tú que me limpias, tú que me perdonas y tú que me das a luz infinitas veces, quiero verte penetrar mis venas y recorrerlas a tu placer: ¡baila con tormentas a lo largo y ancho de mi amor! Sé que bailas en el alba entre almohadas tejidas con la tela de los sueños. Sí… La diosa baila, baila, baila todo el tiempo. Baila y se regocija en todo lo que vive y en todo lo que ha muerto.

Te veo en flores, te veo en rocas, te veo en noches y farolas. Te veo en la idea, te veo en la cama, te veo en el cielo y te veo en el barro. Te veo en el nombre, en la ley, en la grieta, en la grulla, en la cosa, en la imagen y… ¡La diosa baila en pinturas y baila en esquemas, la diosa baila en heridas y baila en poemas! Subterránea y celestial, madre de lo que ha sido y reina de lo que será; la diosa salva la vida de Alguien y lo devuelve a…

Lo devuelve al mundo.

Aún recuerda el desgraciado la noche en que persiguió la Luna. Cruzó la ciudad entera y llegó a la montaña. Y subió. Y subió más. Quería acercarse lo máximo posible a su brillo y se adentró en el bosque. Apartaba zarzas y espinas afiladas como cuchillas y… Y llegó a la puerta. Su marco cobijaba escaleras. La custodiaban dos leones impávidos y majestuosos. Lo miraron directamente a los ojos. Él, niño como era, bajó la mirada y se dejó gobernar por el miedo. Estremecido por su incompetencia… dio media vuelta, media vuelta, y ¡media vuelta!

Volvió al mundo avergonzado. Allá, abajo, entre los hombres, reinaba la putrefacción y el vicio. Lo mundano… Y volvió a la vida, pero esta vez, completamente muerto. Entonces, sabedor de la gloria que depara a los que transcienden su temor (porque el abismo es siempre una puerta), se prometió a si mismo que iba a hacerse digno de esa morada y…

Au. Al abrir los ojos, Alguien muere. Sigue en su mugrienta habitación, tan aburrida y polvorienta como siempre: hay muebles y paredes y el mismo público de siempre. Agrio, decaído, abandonado y criminal…; con flemático desdén, aúpado por una incurable tristeza causada por la irrefutabilidad de su maldita y asquerosa pequeñez, se sienta delante del ordenador.

Abre el *e-mail*: nada. Abre el Spotify: nada. Abre el Google: nada. Saca el móvil y mira el Instagram: nada. ¡Qué asco, qué asco! Ojalá no tener memoria. Ojalá no haber soñado jamás ese maldito paraíso…

Ahora busca algo, pero no sabe qué. Podría ir a la cocina, pero allá no encontrará nada. Podría salir fuera, pero sabe que tampoco encontrará nada. Podría… No. Nada hace justicia. Él, joven inexperto como es, y bobo mono nervioso e impresionable, se entristece de que las cosas mundanas perezcan. ¡Ay, ay!

Envuelto en niebla, herido de lejos por un eterno “en ciernes”, cierra los ojos queriendo recuperar lo perdido. El pobre insensato ya está manchado de si mismo por todas partes y le sobreviene la imagen de un chico que ha visto por la calle. Su perro lo arrastraba. Desesperado por la altura de la muralla, vuelve a echarse en el sillón, dispuesto a volver a su imaginación,

aquella dulce morada de leche espesa… Pero no puede. La… ¡Ah! Muy fuerte. Cuanto más se acerca a los hombres más le cuesta meditar, y cuánto más medita, más se aleja de los hombres… Ay, elegir, mísera condena…

Gota a gota, su tedio se va volviendo odio. Acuden atropelladamente a su memoria los recuerdos de la fiesta y no consigue olvidarlos. Rencor. Lo apabullan y se abalanzan encima suyo. Sus órganos sulfuran y se acalora entero. Los odia. Los odia más de lo que se odia a si mismo. Debe volver. Debe volver y arreglar las cosas con esos…

¡Mosquitos! Eso es, son mosquitos. Gobios cazamoscas de adefesios pagafantas… Bah. Su única función es chupar sangre y diseminar enfermedades; todo lo demás es ornamento. Se alimentan de residuos como aves carroñeras. Serán asquerosos. Si tan sólo me viesen ahora…, piensa, si tan sólo me escuchasen ahora…; entonces… (¡entonces!) lo entenderían. Se rendirían ante mi grandeza, sí… Eso, eso es… Sí…, ¡sí! Se van a enterar… No tendrán más remedio que postrarse ante mi cómo súbditos hipnotizados. ¡Mirad!, gritarán, ¡ahí va el rey de las tinieblas acompañado de su séquito de fragantes acólitos! Y se rendirán ante mi podrida flor creyéndola despampanante lirio… No, no… Mi flor… Mi flor es pura y ante nada se mancha… Y si se mancha es por su culpa, su culpa… Ella, por dentro, es todo pureza e higiene… Sí… Han de saber lo que me hacen sufrir… ¡han de saberlo! He de enseñarlo. ¡Quiero que lo vean! Lo han de ver. Mi corazón llora, ¿no lo veis? Y el llanto es penoso, penoso… Así verán lo que me duele cada una de sus palabras…

Y así, *quitiquit-quitiquitiquitiquit*, su alma grita. Una furia recalcitrante se revuelca estruendosa en su interior como una devastadora tempestad. Su alma parece querer salirse del cuerpo y parece estar siendo abducido por *el gancho*.

Voy a matarlos, dice. Sí, sí. Ja, ja… Voy a matarlos. Ah… Ellos, organizadores de ideas, rendidos ante mi, por ideas organizado. Sí, sí, sí… Ellos, rapsodas de discursos aprendidos en los inertes laboratorios de la lógica…; ellos, vampiros de lo críptico por temor a la Verdad, pornógrafos

del espíritu por temor a la mentira, soberbios solo como ellos mismos y humildes como el mundo entero. Odiando los amaré, sí… y mi odio será el más puro de los amores.

No pienso participar en su conjura secreta que mantiene rodando la hechizada pelota. Si esto es vida, prefiero morir. Lo he dicho una vez y lo diré diez mil veces si hace falta: prefiero sufrir una Verdad que gozar una mentira. Y… y como la Verdad no puede hablarse, es mejor estar callado porque solo callado soy yo mismo y mis opiniones no son sino las de una sombra y… ¡Ay, ay! ¿Por qué, entonces, no me callo? Seré imbécil…

Y consigue callarse. Algo se lo impide. Y así, postrado y sapiente en su lecho de muerte, angustiado por ser aparentemente el único consciente de la obra de teatro gobernada por la mentira que se despliega ante sus ojos, sigue discurriendo furibundo entre la maleza de alambre y espinas como sigue:

—Hijos de puta…, hijos de puta…, fulanos…, mosquitos…, ¡mosquitos! Harén de haraganes, cuneiformes cínicos… Bastardos, ¡bastardos!, eso es lo que son. Son frutos de ignominiosa concupiscencia, lo veo en su cara. ¿Cómo, cómo? ¿No es la vida humana fruto de un pecado? Ay, no me pellizques con eso ahora, no hay tiempo ahora de generalizar… Déjame ir a lo concreto, ¡déjame! ¡Sí! *Dame más*.

» Nacen de íncubos y son súcubos. Y, y, y… ¡y en mi cúpula perfecta las pirámides duelen! Esta es la pistola. ¿Quién podría vivir tan tranquilo y aparentar tanta paz siendo esclavo del mismísimo demonio, ejecutando su voluntad y perpetuando sus mentiras? Lo veo en su cara. Mienten. ¿Quién puede hablar tan a la ligera de… *todo*? Ah… con ósculos de cobre se aventajaron de una pordiosera muerta de hambre… ¡estoy seguro! ¿Cómo sino se explica que…? No, no, no… Sí, sí…; no puede ser, no puede ser que… ¿Y no les da vergüenza *ser tan poca cosa*? *¡Bah!*, da igual. No hay tiempo para mis vulgaridades… ¿metafísicas? ¿Se llaman así? ¡Ah! ¿Qué más da?

» Sí, sí… Van a ver, van a ver…, ahora van a ver… Sí, sí… ¡Verán! ¡Oh! ¡Sí, verán! Si tan sólo me escucharan ahora…, si tan solo me escucharan…;

entonces verían lo grandioso e inteligente que soy…; ¡ay!, qué tortura tan maldita… Cuándo hay audiencia estoy muerto, y cuándo no la hay también… ¡Qué asco! Qué asco me da todo…

En ese momento, arrastrado, vuelve a sentarse frente al ordenador y escribe rápidamente y sin pensar este fragmento (trozos irregulares de papel encolados en una cartulina):

> No puedo. Me pica todo el cuerpo; deforme y laboriosa, me arde la piel. El odio me corroe y me reviste. Me dais todos asco. Prefiero… prefiero vivir toda mi vida enfermo a ser un solo día como vosotros. Tan despreocupados… *Bah, resignados* ante vuestra propia naturaleza… *Bah*. Debería daros vergüenza, ¡vergüenza!
>
> Camináis por la vida con algo que perder… ¡Ja, ja, ja! No. ¿Quieres pruebas? Qué asco. ¡Qué asco! Qué asco me dais todos: esclavos de vosotros mismos. Y yo… Yo soy *un genio*, ¡un genio! Eso he dicho. Sí. Miradme. Miradme a mi y despojaos de vuestra mandíbula estentórea de veleidades crípticas. ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja…!
>
> Míraos (¡míraos!) mintiendo. Tú eres de los míos, lo sé… y yo de los tuyos… lo sé, ¡lo sé! Te he mirado y he visto el fondo de tu alma… En ella hay un charco y me veo reflejado. Pero vuelve la cabeza, vuélvela… Ahí están, (¡míralos!, míralos a ellos…) especializándose en un campo que los aparta de los demás, aceptando unas palabras como más cercanas que otras. *Blablablá, blablablá*… Esto está bien, aquello mal. Ja… *Wachi imfain siqque, cructili, cructili, cructili*…

Ojalá pudieran verse con nuestros ojos, ¿eh? Ojalá pudieran verse, pobres… Entonces verían lo ridículos que son y *entenderían*… O no. O algunos han nacido con las riendas pegadas a los dientes y se creen *algo*. Pobres, pobres… Ya sabes que esa *pose* no merece nuestro respeto. Y lo que es peor…; valga la redundancia: se creen su creencia. Ahí ya, ahí ya, ahí ya, ahí ya si que no… Si yo, que reconozco mi ridícula condición, ya doy mucha pena, ¡imaginaos vosotros…! Imaginaos… ¡Qué pena, ¡qué pena…!

Nosotros (¡nosotros!) conocemos el final de todos vosotros, átomos sin fricción, movimiento o vida. Estáis muertos. ¡Blablablá…! No pasa nada, nadie muere y *esto* que soy y el papel que represento es real y, además, digno de aplauso. Veo osos haciendo onomatopeyas extrañas que interpreto como vítores y ensancho el pecho orgulloso.

¡Oh, sí! La incongruencia de mis… y mi…: me la suda, ¿entiendes? Ellos son los esclavos, no nosotros. Ellos, ellos… Sí, sí, y nuestros, ¡nuestros! Sí; son todos esclavos *nuestros*… ¿Por qué? Porque *vemos* el final del cuadro; *vivimos* más allá del cuadro.

Y no hay edificios, ni ovejas, ni instrumentos, ni sonatas. Sí…: mirad como cruzo los brazos, pongo cara triste y respiro mis mocos. Sí. Miradme. Entre retozos juveniles e informales alharacas, crío cuervos con picos de oro y fabrico emblemas de ceniza congelada… Yo… sí. Mi verdad yace en mi mentira, y… ¡Y *esta* es mi filosofía barata de plástico y porexpan!

Te contaré un secreto: una vez, estando tu y yo juntos, les destripamos la piel y los músculos y

rompimos cada uno de sus huesos: sólo encontramos fantasmas y sombras; espectros carnívoros bañados en sangre y con dientes de cristal.

Les clavamos cuchillos y gritaron como caracoles en celo con un megáfono delante de la boca enganchado con un esparadrapo alrededor de su viscosa cabeza. Ahí comprendimos que ellos son todo lo que está mal porque *creen* que algo está mal. Allí, por fin, en nuestra húmeda noche alambrada y alumbrada por densas antorchas en pálpito mecánico, entendimos que su vida valía lo mismo que un escupitajo de polvo y que no eran más que un perro de paja triste y desamparado ante las frías ventiscas de la noche… Ja, ja, ja. En vuestra cara me río. Tan inocentes, tan… *¡Tan, taran, tan!* ¡Repiquen las campanas la magra marcha de mi odio…!

Susanita tiene un ratón, un ratón chiquitín, que come chocolate y turrón, y bolitas de anís. Duerme cerca del radiador, con la almohada en los pies, y sueña con ser un gran campeón, jugando al ajedrez…

Y antes de que se diera cuenta ya estaba de vuelta en la calle, caminando decidido, impávido y titánicamente armado hacia la fiesta.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que salía leche a borbotones de sus pezones, pero… pero eso lo dejaremos para otro momento.

—26—

Al día siguiente, los hechos seguían ocurriendo. Yo me desperté como yo y Gris como Gris: todo seguía en su cauce y había continuidad. A Gris,

los hechos le obligaban a asistir a un sitio, y a mi a otro. Nos desayunamos, nos besamos y nos despedimos.

Al cabo de un tiempo, sonó el interfóno. Era mi amigo. Había venido a buscarme para jugar un partido de pádel. Salí de casa y entré en su coche.

—¿Qué haces escuchando esto? No te pega —le dije yo.

De hecho, en aquel momento lo consideré incluso insultante; aquella canción debía estar solo al alcance, a mi parecer, de unos pocos elegidos que se habían vuelto dignos de su escucha a través de un muy prolongado y profundo sufrimiento. Y una vez hubieran limpiado su alma de las diversísimas impurezas que uno adquiere en el trato con lo mundano y lo superfluo, debía tener una mínima consideración por los espacios en los que reproducía dicha canción. Aquel día, en aquel sitio, y con aquellas caras y cuerpos, no llegaba ni de lejos a la inefabilidad ambiental necesaria para la…

—¿Qué dices? ¿Por? —preguntó él confundido.

Yo decidí entender y abrazar y fui piadoso: oh, yo, estandarte de la misericordia y adalid de la perfecta compasión por todos los seres vivientes, comprendí que todo el mundo jugaba al juego y que todo el mundo quería ser más de lo que era. Sí; incluso yo, queridos, incluso yo… (yo sobretodo).

—No… No lo sé; me ha sorprendido, solo eso. No esperaba que los conocieras.

—Bueno, no me pega, ¿y qué? A ti tampoco te pega llevar una camiseta de básquet y no digo nada.

—Tienes razón —respondí.

Tenía razón. Me la había puesto sin pensar y no se adecuaba para nada a mi perfil de consumo. Era de tirantes y a mi yo del mundo no le pegaban las camisetas de tirantes.

En fin, que condujo hacia el lugar. Era verano y habíamos quedado para jugar a pádel con unos amigos del colegio. La mañana parecía tranquila: calurosa, pero no demasiado. El Sol se escondía y reaparecía intermitentemente en el cielo, de un color grisáceo y apagado.

Me odiaba mucho, mucho a mi mismo, pero ya había salido de casa y era demasiado tarde para volver sin montar un numerito y decidí mirar por la ventana y callarme, para ver si eso lo atenuaba.

—Es la mañana perfecta para hacer deporte —dijo él.

Asentí. Era la mañana perfecta para hacer deporte, sí.

Llegamos a un punto de encuentro previamente estipulado y se subieron dos amigos más; esperamos un rato a un tercero que aún no había llegado y nos pusimos en marcha. Hablaron de no sé qué cosas.

Yo, Max, estaba distraído y callado en el asiento de copiloto. Nadaba con mi mano contra el viento: driblando, saltando, y rodeando los obstáculos imaginarios que impedían mi…

—Tú, sube la ventana. Entramos en la Ronda.

Subí la ventana. Entrábamos en la Ronda.

Y presté atención porque tocaba prestar atención.

—Sí… Pues ahora te metes por esta de aquí y ya te aviso cuando tengamos que salir.

Había más gente en el coche. Parece que habíamos pasado a buscarlos mientras yo hacía de superhéroe con mis dedos.

—Ah, vale. Yo normalmente voy por otro sitio y no me hace falta meterme en la Ronda —dijo el conductor.

—Ya… —repuso el otro.

Esperamos. En silencio. El silencio habló y después, uno de los que iban sentados en la fila de atrás le quitó la palabra. Escuché.

—Tío, pues… Es muy curioso que se haya podido organizar esto, ¿no? Yo, cuando lo dijeron por el grupo pensé: "¿Nosotros? Imposible." Nunca nos ponemos de acuerdo para hacer nada. Pues no, mira, parece que no.

—Ya, tío… ¡Deberíamos hacer más cosas así!

—Desde luego.

—¡Sí!

—¿Vamos bien, no?

—Sí, sí. Tú tira, tira. Yo te aviso. Bueno, de hecho…, ¿sabes la salida que tomas para ir donde jugamos a fútbol normalmente? Pues es esa, pero en vez de seguir por dónde irías, te quedas en el carril de la izquierda y no subes.

—Ah, ya sé… Vale, perfecto. ¿Vamos bien de tiempo, no?

—Sí, sí… Hemos hecho bien convocando tan pronto: hemos contado con que llegaríamos 15 minutos tarde y mira… lo hemos *clavao*.

—Pues sí. ¿Por aquí, no? —señaló la salida.

—Sí, perfecto. Por aquí. Y ahora… —esperó a que saliese del todo de la Ronda y siguió—: quédate en el carril de la izquierda. Ahí. Sí… no cruces. *Perfect*. Ahora todo recto. Ya te aviso.

—Guay.

Silencio. Esperamos.

—Oye, y aquí, ¿qué tal de radares?

—Nada, nada; aquí nada. El único radar que hay es uno justo después de la salida.

—Ah… —silencio—. Ey, ¿salida tres, no?

—Sí. Es aquí.

—*Perfect*. Ya estamos. *Puta madre*.

Salimos de la autopista y nos adentramos en un sitio con edificios y anuncios: era una ciudad. Estabamos llegando. Yo me abstraje porque los chicos y chicas de este mundo me aburrían.

Atravesamos valles abandonados, donde la montaña parecía desprenderse, cansada de ella misma, sobre montones de herrumbre y chatarra. A lado y lado de ésta crecían masas gigantescas de metal y cemento con parcelas de vidrio que le permitían a uno ver lo que había dentro: la gente los llamaba edificios. Cruzamos fábricas rendidas al óxido y los gatos y los perros y las ratas y otros muchos animales huérfanos y yo me imaginé siendo un bebe en una balsa de plástico en el jardín trasero de una casa en los suburbios.

Llegamos subiendo una cuesta increíblemente pronunciada, que el coche subió a duras penas entre los sollozos del conductor y las risas de los conducidos. Y en una molécula hay galaxias y mientras unos pagaban las pistas en recepción, otros esperamos fuera hablando.

—Bonita camiseta, tú; *bacana* —me dijo uno.

—Gracias, es de mi hermano —respondí.

—Yo tengo la de *Mistify* con el veintitres en los *Grieving Hindsights* y la de…

Siguió hablando pero yo no lo escuchaba. Yo… En fin, que me daba todo igual y pensaba en delfines y auroras boreales y purpurina y luces difusas. Creo que aquel día estaba demasiado vivo y mi respiración me afectaba demasiado. Quizás estaba demasiado muerto, no sé. Ellos esperaban hablando de más cosas a que salieran los que estaban pagando.

Salieron. Escuché.

—¿Qué? ¿Qué tal? ¿Cuánto por persona?—se preguntó.

—Pues creo que, al final, sale a siete y medio por persona. Por hora y media de pista no está nada mal.

—Ostia, ¿sale carillo, eh, el maldito pádel?

—Ya ves; ¿pero es una hora y media o dos?

—No lo sé, ya veremos. Si vemos que al acabar no viene nadie, seguimos. Es lo que ya habíamos dicho.

—No, tío, pero preguntad. Yo paso de que me pongan una multa.

—Sí, sí. Se ve que ponen diez euros de multa.

—Pues eso, tío…; id a preguntar, va.

—Tío, da igual, ya lo veremos cuando acabemos.

—Que no, hombre, que no. Va, id, no cuesta nada.

—Ves tú, *bro*, yo paso de volver a hacer la cola.

Yo asistía paciente al desarrollo de aquel espectáculo aburrido. Escuchaba con curiosidad. El partido de pádel parecía haber empezado: yo tiro la pelota a tu campo tratando de colocarla para que tú no la alcances y tú haces lo propio. *Tic, tac, tic, tac, tic… don't go chasing waterfalls…* Ahá.

Acabaron por ponerse de acuerdo y nos dirigimos a la pista. Justo antes de entrar nos dividimos en equipos utilizando una aplicación del móvil. A mi me tocó con el mejor. Todos se rieron y armaron alboroto al saber sus respectivos compañeros.

—¡Y ojo con Max que el cabrón está muy calladito y mira con quién le ha tocado!

Sonreí. ¡Viva la amistad y muerte a los ciegos como yo que somos incapaces de disfrutarla! Yo, si os soy sincero, ahora que releo el relato con la frialdad y madurez que he adquirido con el tiempo (que es, por si no lo notáis, *muchísima* y muy notoriamente ostensible), me cuesta mucho entender qué clase de enfermedad me tenía tan gravemente poseído por aquel entonces. No sé de dónde venía y me cuesta mucho aceptar que fuera yo el que la sostuviera, pero en fin… ¡Tenía una explicación! ¿Ah, sí? A ver… Sí, sí, tenía una explicación que no daré ahora mismo porque… ¡porque el hecho me exige su presencia! Ahá.

Pero no, no. ¡Qué aburrido es el hecho, qué aburrido…! Dios mío… ¿No os aburriís? A mi me aburre mucho, muchísimo… Oh, ¿qué hacer, qué hacer? ¿Debo quejarme o callar? ¿Sufrir o gozar? ¿Por qué a veces todo me sabe a poco y otras veces todo me sabe a demasiado? Gris, amada… ¿y tus brazos? ¿Por qué me has dejado solo? Tú me podías decir qué hacer…

—¿Y si te dejas llevar? No pienses tanto —me dirías probablemente.

Pero ah… *(con sonrisa pérfida, ojos sangrientos y humaredas púrpura rezumando detrás de mi cabeza):* cada vez que me dejo llevar me llevo a gente por delante, querida. Es ley y mandato. Tú dirás. ¿Estoy enfermo? ¿Lo estoy? ¿Por qué? ¿Porque le debo toda mi felicidad a la locura y el desenfreno? ¿Quiere eso decir que estoy enfermo? ¿Y por qué el enfermo soy yo y no ellos, incapaces de soportar mi vitalidad desbordante? ¿Eh, eh, eh?

Además, ¿no proviene la única dicha humana de la inconsciencia? Da igual, da igual… No nos ofusquemos con cuestiones tan filosóficas. ¡Vana ciencia y falaz filosofía! Curva praxiteliana intangible… En fin, a lo que iba,

que solo Dios sabe dónde voy cuando anulo el pensamiento y voluntad, solo Dios. Y ahora también vosotros. Y yo. Y Dios. Y… sí, somos todos lo mismo. ¡Ja, qué fácil es iluminarse! Y ahora, una vez vislumbrado el sentido del universo y de la existencia, sigamos… No, aún no. Solo un poquito más, solo un poquito más…

—Si te presentaran dos opciones Gris…, ¿qué harías? —te respondería yo—:¿matarte a ti mismo para dar vida a los demás, o vivir tú pero matando a los demás?

Ahá… Pero ¡qué digo, qué digo! ¿De qué hablo? ¿Qué dice la doctrina exactamente, que seas Cristo o que lo sigas? Porque es muy diferente… Oh, ¿lo es? Gris: me pierdo, te pierdo. ¿Y el hecho? ¡Estoy hablando de cosas del mundo! ¿Me pondréis buena nota? Ay, Gris, yo solo sigo tu luz pero tu luz se está volviendo cada vez más oscura. Ya no estás conmigo y cada vez estás más lejos en el tiempo…

¿Por qué no pudimos amarnos cuándo estábamos juntos? ¿Alguien sabe de que va todo eso? ¿Ese malestar odioso que subyace todas las relaciones? Esa silla que se mueve, ese silencio atronador, esa conversación sobre *manzanas*… Bah, ¿de qué me extraño si hoy en día todo sale mal y este odioso planeta parece estar diseñado específicamente para *no* funcionar? Quien no sufre, no crece, me dicen, quien no sufre, no crece… ¡Ah!, y yo digo que quien no llora, no mama, queridos, que quien no llora, no mama, y yo tengo mucha sed…

Ahora lo sé: uno ha de vivir como si fuera inmortal y cantar como si no pudiera quedarse sin voz… Esa frase es *caption worthy*, por favor apuntadla. Nosotros amamos demasiado conscientes de la temporalidad de nuestro amor, Gris, y olvidamos amarnos como si fuera para siempre. Uh… Siempre al acecho, siempre a la defensiva… Gris, sabelo: eres mi faro y mi guía… Desde que desapareciste, te has vestido en mi inconsciente con las pieles de una diosa y has dejado de existir como vulgar humana.

—¡Max! Que empezamos.

¡Yessir! Al hecho, ¡al hecho! ¡Y basta ya de clichés!

A las doce empezamos a jugar. Yo y mi compañero ganamos todos los partidos sin hacer mucho esfuerzo. Yo no era muy bueno, pero me defendía; siempre había tenido facilidad para el deporte en general. Mi compañero, en cambio, sí que era muy bueno. Él se deslizaba por la pista como un patinador artístico. Los golpes más difíciles los solventaba con una parsimonia abrumadora, como si supiera ver de antemano lo que iba a hacer el otro.

Debida prolongación.

Con sinuosa presciencia, nunca tomaba una decisión equivocada. Parecía que la pelota se moviera más lento para él que para el resto. Lo que los demás resolvíamos de forma ortopédica y poco graciosa, él lo solucionaba bailando: fluido como el viento y dúctil como el agua, era realmente bonito verle jugar.

Yo siempre lo había admirado. En el patio del cole demostraba tener un talento tan extraordinario que hacía que los demás parecieran animales torpes y primitivos; ellos se tropezaban donde él levitaba. Yo, en el colegio, llamé la atención por un talento que me desbordaba: de vez en cuando resolvía jugadas de forma genial e inesperada, pero ni siquiera yo sabía como lo había hecho. En cambio, él, plenamente consciente de su talento, lo controlaba y lo dominaba como un buen jugador de ajedrez domina a otro que está aprendiendo. Hacía lo necesario en cada jugada y raramente se dejaba llevar por sus impulsos. Yo, Max, malbaratador de energía profesional, tenía mucho que aprender de la gente como él. Él, a día de hoy, es inversor y trabaja en la banca. Yo soy artista. Con eso lo digo todo, señoría, con eso lo digo todo…

Su rigurosidad, su autocontrol y su disciplina eran aspectos que a mi me faltaban y debía cultivar. Cuando yo, arrastrado por mi imaginación, me desconcentraba, él se dedicaba a jugar prácticamente solo y no tardaba en refocalizar mi atención con algún susurro alentador.

—¿Estamos? Venga va, que este juego nos lo llevamos —me decía mirándome fijamente como para traspasarme su alto nivel de concentración.

Y yo sonreía como un pingüino feliz al ver el gusano que su amaestrador le presentaba y alentado como un perro que ve alguien que quiere jugar con él después de mucho tiempo y saca la lengua contentísimo y agita la cabeza y salta encima de… Arengado con respeto y sana competitividad, yo jugaba contento de ser de ayuda en nuestro imparable progreso hacia la victoria definitiva. Nunca he sido muy competitivo, pero aquel día, movido por cuerdas ultrapersonales que suben en punta piramidal hacia manjares desconocidos, ambicioné más que nunca la victoria.

Ella, creía, significaría la validación definitiva de la sociedad, la puerta de entrada a la normalidad que yo (aunque a veces, soberbio y harto de altivez ante el rechazo del que había sido víctima, desdeñaba) tanto anhelaba: mi reinserción decisiva, final e indiscutible en aquella habitación, en aquel grupo de gente que, durante tanto tiempo, se me había antojado ajeno y alienígena.

Aquel partido de pádel se había convertido en algo mucho más que un simple partido de pádel. Era la resolución concluyente al conflicto eterno que se había librado a lo largo de siglos y siglos y siglos y siglos y siglos en los anales del cielo mientras en la ciudad de abajo reinaba una tranquilidad muy tranquila y silenciosa: la adopción de la excentricidad del individuo en lo normativo del colectivo; la historia de aquel personaje, ese frente a aquel, el retorno del héroe triunfante con la pócima sagrada, etc.

La idiosincrasia del yo iba a ser aceptada en el seno de lo convencional. *¡Woohoohoo!* Era la conjunción final, el destino esperado, la victoria eterna, el final del libro, la…

Lamentablemente, no fue así. Después de ganar, fueron a tomar una refresco a un bar y yo seguía muy, muy, muy lejos de ellos y ellos muy, muy, muy cerca entre ellos.

—Es más importante invertir que gastar dinero en irse un día a cenar o de fiesta… Yo siempre se lo digo a mi novia: "No vamos a ir a cenar: es conveniente *ahorrar*".

—Bueno, pero tampoco hay que ahorrar como un loco. Ya sabes que todos los precios suben, y suben, y suben, y lo que hoy vale veinte, mañana vale treinta.

Ya estábamos en el coche, de vuelta a casa. Yo pensaba en el pláncton, creo, y escuchaba su conversación haciendo ver que no escuchaba.

—Ya, ya… Claro. Pero es importante invertir.

—Estoy de acuerdo, pero también has de tener en cuenta que es un poco una ruleta rusa… Quiero decir: mi padre, por ejemplo, ahora podría ser millonario, y no lo es. Unas acciones vendidas antes de tiempo. Pero claro, no te puedes rallar por eso. Has de aceptar que, si en su momento necesitabas el dinero, pues lo sacaste y ya está.

—Ya. Max —me interpelaron; abrí los ojos—, ¿no lo sabes? Al *tete* aquí presente le regalaron una moneda de esas que ahora vale mil millones de euros cuando todo esto empezaba. Un papelito. Ese papelito ahora valdría diez mil millones de euros con noventa y nueve céntimos. Del gratis. Y el muy gilipollas lo tiró a la basura.

—Uau, ¿enserio? Qué locura. ¿Y cómo duermes por las noches? ¿Te has planteado el suicidio?

Pedí perdón inmediatamente porque se me había ido la lengua. Como todos en ese coche estaban acostumbrados a mis salidas de tono, la cosa no fue más allá. Siguieron hablando y yo me fui a mi mundo. Oh, oh, oh… *so poorly lonely misunderstood baby boy unwilling to wildly wilt in a weltaunschauung watered by the referees of evil…(Oh…)*

Las palabras volaban imperceptibles por el aire contenido entre cuatro paredes de acero y aluminio que se impulsaban, patosamente veloces, por el asfalto ardiente del mediodía. Las sombras de los árboles dividían las direcciones opuestas que, como espejismos, se reflejaban y sucedían tan rápidas la una a la otra que costaba diferenciarlas; trazaban diagonales impetuosas que se disparaban lanceoladas hacia el Sol, rebelándose contra su naturaleza de sombra e implosionando proyectadas y posteriormente recogiéndose en si mismas como…

—Max, ¡Max! Os bajáis aquí. Tengo mucha prisa; me esperan para comer. No os puedo acercar más, *sorry*.

Me dio la mano y salí. Caminé dos manzanas con uno de ellos y luego nos separamos y yo me planteé seriamente la idea de aniquilar el universo entero para poder estar tranquilo.

—27—

Y ahora, queridos y queridas, nos tomaremos una breve pausa. Sí, lo sé. La personalidad volátil e inestable de Alguien, lacayo del surco lírico, es en extremo díficil de seguir y bastante agotadora de presenciar. ¿Qué se le va hacer? La locura es una de las características principales de la gente inteligente de nuestro siglo.

Estas gentes inteligentes tienen por costumbre marear a sus allegados; para ellas, los demás no son más que testimonios de su genialidad: vientres potenciales para contener su esperma putrefacto, espectadores encargados de promover su nombre a lo largo de la historia, audiencia multitudinaria que pueda presenciar su talento desenvolverse o, en definitiva, extras de su película.

Pero centrémonos en esta soberbia tan desgraciadamente común en las mentes brillantes y sensibles de nuestra época, proveniente de una combinación mortífera entre las ideas individualistas de la posmodernidad, el desvanecimiento de la rigidez en todos los aspectos de la realidad, una noción de éxito personal instaurada por la fantasía del *DIY* neoliberal, y la triste desmoralización de un pueblo que… pero no, no, no. Eso a vosotros no os interesa, ¿verdad?

A mi tampoco me interesa la verdad. De hecho, no sé ni lo que quiere decir neoliberal, pero me ha parecido que sería un término estéticamente apropiado al conjunto del discurso y… bueno, lo he puesto. Sí, porque… Porque… Alguien no parece interesado en hacer de la razón algo estético,

sino que su voluntad tiende más a intentar hacer de lo estético lo único razonable. Alguno lo llamaría "decir cosas bellas sin comprender lo que se dice", pero yo le replicaría que no y (aún ante toda la insistencia que pudiera aplicar) no le explicaría por qué.

Y… y como aún no se atreve del todo a dejarse llevar lejos de si mismo y atravesar el bosque de medusas que lo separa de la boya fulgurante porque se siente atraído por los tejanos gastados y acampanados de una chica con un pañuelo en la cabeza, prefiere ahogarse en un pantano con el agua turbulenta que hablar de la mala digestión de ciertas ideologías que, debida a la divulgación superficial de tejidos conceptualmente complejos y que merecen ser estudiados con detenimiento y esmero para que así las consecuencias sean, en todo caso, justificadas (y no efecto resultante de una emocionalidad tribal e irreflexiva que arrastra incontestablemente al salvajismo).

Y como no puede pensar en detalles porque su personalidad es demasiado dispersa para ello, Alguien, proletario intelectual de serie B, se da a generalismos vagos e inconcretos que le ayudan a parecer más inteligente de lo que realmente es.

Pero ya está bien de acumular escamas de arcilla en forma de triángulo invertido y pinchar con agujas de coser una pared que se hunde como piel mientras en el agujero grande de una flauta luchan una polilla y una araña y la oscuridad que rodea a una figura blanca que parece el rastro de una persona se retuerce sobre si misma y se la acaba tragando, porque es momento de que una sola flor haga primavera.

(Además…, cuando pones el dedo sobre alguna idea, esta ya ha cambiado y pues, ¿para qué sirve analizar nada? ¿Para crear huellas y patrones sobre los que edificar un futuro que *obligatoriamente* se repetirá? ¿Que como sé que se repetirá? Pues basándome en el pasado, claro está. *Y'know, I'm something of a scientist myself.)*

Bah, ¿para qué sirve la historia?, pienso para justificar mi pereza. El pasado es aburrido y no existe; ¿y el mañana? El mañana nunca llega y

cuando llega no es mañana. En fin, que me aburro, me aburro, ¡me aburro! Y encima, reducir a motivos culturales y contemporáneos las causas de una enfermedad tan vieja como el mundo sería, simplemente, un error.

La *hibris* y la melancolía existen igual que lo hacen los higos y las brevas y las tazas y cucharas. La cuestión, explicada brevemente y por enésima vez (estoy encerrado en el infinito y, por ende, condenado a repetirme) es que Alguien se cree, en su imaginación, dueño y señor del mundo: ve todo lo existente como su sucedáneo; en cambio, en la realidad, es el mundo el que es su dueño y señor de él, pues su conocimiento es solo fruto de… Eso.

Lo ponemos así: Alguien quiere cambiar el mundo hasta que se da cuenta de que el mundo lo ha cambiado, se pone triste y se encierra en su habitación. Después, como reacción, piensa: "¡No! Ha sido el mundo el que me ha convencido de que mis ansias de cambiar el mundo son producto de lo aprendido en el mundo. Debo, pues, rebelarme ante mi creencia y cambiar realmente el mundo". Pero al cabo de un rato vuelve a darse cuenta de que el mundo ha sido quien ha querido hacerle creer que cambiar el mundo era el resultado inevitable de la advertencia de que el mundo ha forjado su voluntad de cambiarlo y vuelve a quedarse triste y solo y encerrado en su habitación.

Y cuando estas dos convicciones colisionan (como es entendible que lo hagan) con tan sonorosísima reverberación, ocurre lo que ocurre: Alguien se disocia, se le va el santo al cielo y el mundo se va a pique. Lo que estáis presenciando en este libro, básicamente.

Bien, y ahora, habiendo plantado pinos, sigamos con la historia.

Alguien ya se ha echado a la calle y, en ella, trata de mantener cada pie en la misma columna de baldosas. Si se desequilibra o tiene que torcer su camino por la razón que sea, lo hace sin pisar el valle cóncavo que separa una fila de la otra. El pequeño barranco que divide las columnas horizontalmente está permitido —al fin y al cabo, su pie no es

suficientemente corto ni el adoquín suficientemente largo—, pero los que dividen las baldosas verticalmente, bajo ningún concepto deben pisarse.

Así se entretiene Alguien. Otras veces, cuenta los pasos que da. No tarda en perder la cuenta o cansarse o fijar su atención en otra cosa. Pero volvamos a su ejercicio de equilibrista, muy digno análogo del ejercicio artístico, como bien sabía aquel pintor.

A veces, como los adoquines están divididos en cuatro partes iguales, todo el suelo se mueve, pierde la referencia y le parece estar en tierra de nadie, caminando por encima de un acantilado, cortado su pie por un eje central que lo acuchilla por la mitad, con cada parte aguantándose desesperada de los bordes de los precipicios como haría un dibujo animado y, sin saber por qué, piensa en moscas.

Un ligero cabezazo desvela los ojos y le sirve para volver a la senda recta: el camino entre los dos mundos, el centro de su ser, formado por los extremos convergentes de todos los círculos que, representativos de las múltiples personalidades que en él habitan, conforman, como un *mandala*, la inconsistencia (y consistencia) de su ser. El reflejo en una esfera, *etznab* augusto, comunica las dos cimas de la pirámide y construye una nueva pirámide en el centro. A veces esquina y a veces cima. Las pirámides son iguales desde cualquier ángulo y dependen de la voluntad del sujeto el verlas apuntando hacia arriba o hacia abajo.

Alguien, entonces, se acuerda de la fragilidad fluctuante de la moral y lo fácil que es confundir el bien con el mal, la ley civil con la de armas, lo colectivo con lo individual, el ninguneante orgullo con la soberbia humildad y se cree muy inteligente y piensa en lo mucho que le gustaría disponer de un contertulio digno de su sabiduría. (Siempre que se le presenta la oportunidad, por eso, se da con un cristal al intentar alargar los brazos y siente que llueve con el cielo despejado y ve las paredes iluminadas por el Sol pero el suelo mojado).

Justo en ese momento, pisa una piedra que sobresale diez centímetros del pavimento con el arco de la planta del pie derecho y toda la musculatura

de este se encorva. Mira alrededor buscando la siguiente y no la encuentra. Vuelve entonces atrás y hace lo mismo con el pie izquierdo. *Debe* mantener el equilibrio.

Alguien sigue un camino de luz. Hay un lago. Salta hacia él. Mira hacia arriba. Hay paz. Sabe, de alguna forma, que hay un ejército de morenas que intentan comerle a bocados rozando sus espaldas. Se da la vuelta y mira. Se ríe. Le susurran: "No, no, no…, ese no es el camino y así no conseguirás nada", y Alguien reacciona inmediatamente poniendo cara seria y sumergiéndose en el bosque de morenas, entiendendo, de alguna forma, su mensaje. Cuando se acerca, dejan de morder, se apartan para hacerle espacio y le abrazan. Tan fuerte lo descienden hasta el suelo, que lo traspasa fácilmente y aparece en un mar de luz en el que puede respirar y nada duele.

Mientras tanto, Alguien piensa en como defendería la relevancia cultural de aquel autor cuando le preguntaran. Lo más probable es que nadie le preguntara pero, en el caso de que le pregunten, se prepara la respuesta. Nunca se sabe.

—Aunque el rey de…

Alguien tiene esa mala costumbre. Suele pasar el tiempo imaginándose su solemne elocuencia en conversaciones futuras, la mayoría de las cuales, por no decir todas, no se llevan a cabo. En el caso (bastante anómalo) de que sí se lleven a cabo, la elocuencia que Alguien imaginaba tan embelesadora y fina, como ya he dicho, desaparece en retortijones de palabras harto disonantes de escuchar y…

Pero eso a Alguien no le importa. Alguien, que *se sabe* protagonista, se siente siempre acompañado y escuchado cuando habla consigo mismo. Y, de hecho, aunque falle en algún momento en el pronunciamiento del discurso que aquel día se haya propuesto, siempre dispone, como es lógico, de la posibilidad de enmendarlo sin que esto afecte al posterior recibimiento y aplausos de su queridísima audiencia imaginaria, que todo se lo perdona y todo se lo permite porque sus errores los olvida y los aciertos los recuerda.

De hecho, la mayoría de las frases que poblarán su libro no serán sino ocurrencias que cree demasiado inteligentes para no ser compartidas. Ante la falta de audiencia pertinente, crea una imaginaria para no sentir que pierde el tiempo o está loco, básicamente.

Él, como aquel otro en su juventud, que jugaba a creerse pastor de un rebaño imaginario, vivió en un universo alternativo desde los seis a los diez años, en el que reinaba y tenía un idioma propio y salía victorioso de todas las competiciones y todo el mundo estaba contento y en paz con las configuraciones políticas del reino… Pero no hablaremos ahora de su ansia mesiánica ni de su desbordante imaginación.

Quizás más adelante. Quizás *not at all*. Quizás no hablaremos nunca porque Alguien sospecha que la exteriorización de sus deseos imposibilita el cumplimiento de los mismos. Quizás no hablaremos nunca porque Alguien, lo único que quiere es olvidarse de si mismo. Pero no, no, no… De eso tampoco queremos hablar porque… No queremos. No. Ya he dicho que no queremos hablar sobre eso y no hablaremos sobre eso ahora. Vale.

Hablemos pues, de como Alguien edifica y magnifica su reflejo. (Para variar, je, je…)

Por ejemplo, Alguien se pasa mucho tiempo pensando en la mejor forma de decir que se pasa mucho tiempo pensando. Alguien, entonces, cuando le pregunten el origen de tan insólito y original ingenio dirá:

—Verás, esque yo pienso siendo entrevistado. Viví ayer mi futuro y todo lo que pueda ocurrirme ha sido imaginado previamente en mi cabeza. Todo lo he previsto y a todo estoy dispuesto, ¿entiendes?.

Y así sigue Alguien caminando por la ciudad, conversando con personas que no existen, mirando el suelo como si fuera el cielo y escribiendo en su cabeza la novela que nunca será capaz de escribir.

Arrinconado entre una columna y una pared, un chico mira absorto, pegado a la esquina, la pared de piedra de una iglesia. Parece no querer molestar y cuando pasa Alguien por detrás, el chico se gira rápidamente y empieza a aplaudir con efusividad mientras hace reverencias.

En ese instante, una humareda proveniente del tubo de escape de unos autobuses penetra en sus pulmones. *¡Woohoo!* ¡Gris zarza imberbe! ¡Ah, poesía! Arranca a toser como en los anuncios de invierno y el sonido de la tos le recuerda a millones de cristales muriéndose y fusionándose en un pitido de alerta que perfora sus oídos.

—¡Hay mucho ruido, mucha información! —se queja un hombre hablando con un amigo al teléfono, queriéndole evitar segundos, minutos, horas, días, semanas, meses, años, decenios, lustros, siglos, eones de confusión y desasosiego.

—Sí… ¡este hombre va de lado a lado! No hay quien lo entienda… —refunfuña su amigo desde la otra punta del mundo, decepcionado con las formas con las que se ha decidido gestionar *el asunto*.

Por cierto, cuando se habla de *el asunto*, normalmente —aunque no siempre—, se hace referencia al siguiente suceso:

Sale un águila de un huevo y se le pregunta: "¿Qué quiere el águila?"; el águila agarra la corteza del cerebro del que pregunta y lo destapa; se le vuelve a preguntar: "¿Por qué quieres sacar la corteza de mi cerebro?"; responde: "Tu voluntad de registrar tus sensaciones te impide conocerlas"; el sujeto agita la cabeza y vuelve a mirar, insatisfecho con la respuesta del águila, pero ahora hay un huevo que se tambalea encima de un tronco cortado, alarga la mano, lo coge y se lo acerca; cuando lo tiene cerca, desaparece su mano y el huevo, como en un videojuego, y vuelve a tener el huevo moviéndose frente a él y encima del tronco cortado, y su mano se halla donde estaba al principio.

Y así, todos los bosques del mundo se hallaron con los troncos cortados y un cielo de algas empezó a llorar y gritar desesperadamente, como si estuvieran siendo asfixiadas por la angustia más absoluta.

Entonces aparece un cuadro negro con una mancha blanca en el centro pintada con un rodillo. El cuadro se aparta como una puerta de delante mío y se coloca en la pared de mi derecha. Aparecen taquillas rojas puestas paralelas la una delante de la otra. Una muñeca roja alargada y de

movimientos mecánicos, sin rostro y con pelo rubio y pobre abre una taquilla. Pienso que si la agarro, escapará. Aún así, la intento agarrar. Me dice: "Oh, no, yo no me escaparé" y me indica que la acompañe. Vamos hacia la izquierda, y se me hace entendible que es la parte desconocida y no ejercitada de la escena, más allá del marco, situada en el hemisferio cerebral izquierdo. Pasamos de una habitación a un tren, de un tren a un bosque y de un bosque a una cabina. En la cabina hay un cofre donde se esconde una serpiente con muchas cabezas. La muñeca le da cromos de picar y…

Todo desaparece, la imagen se vuelve paulatinamente más y más borrosa y surge mi cuerpo de nuevo en un bosque muy similar, casi idéntico al anterior pero sin ser el mismo, que abre entonces un abismo entre las vetas de un tronco estirado sobre una mata de arbustos. Cada vez que lo abro, veo caer dentro a miles de personas minúsculas comparadas con el tamaño de mi cuerpo. Cierro aquellos ojos y abro estos.

(En todas las imaginaciones, por ciero, hay un cuerpo actor y, a pesar de que me identifico psicológicamente con él, no lo hago corporalmente y parece obedecer a una voluntad que sino es ajena es, por lo menos, inconsciente.)

El proceso imaginativo es el siguiente: cierro los ojos y se me aparecen pensamientos. Los dejo pasar. Cuando uno me llama la atención, me fijo en él; por ejemplo, una roca. Miro a la roca y le pregunto qué quiere. La roca responde con un acto: se desintegra, se aleja, etc. Le pregunto por qué. Y ocurren cosas. Algunas imaginaciones necesitan de mi locución para suceder. Otras se detienen en el momento en que insinuo que las quiero registrar. No sé. He de investigar con más profundidad el asunto. Y eso. Ese es el asunto. O parte de él. A veces el asunto no tiene nada que ver con lo descrito aquí. Otra veces sí tiene que ver. No sé de que depende porque soy imbécil y lo estoy empezando a aceptar. Cuando lo veo, por eso, le digo: "Un placer volverte a ver, asunto". Y el asunto me trata *a mi como si fuera él*. Como el señor con un cuerpo y un nombre y una cara que dice cosas y hay cosas que le son dichas. Y… y eso. Yo creo que ya está.

Sí. Muy bien.

Las pocas luces que quedan aún encendidas susurran tímidamente sus tenues secretos intentando en vano conquistar lo que hay más allá del marco de la ventana. Al sobresalirse un milímetro, a pocos metros de su nacimiento, son tragadas ferozmente por la afilada garra de la noche. Alguien, llevado en volandas por la nocturnidad, piensa, o, mejor dicho, habla.

—Los que vivimos en la noche, pertenecemos a la noche —sentencia en un arrebato de furor poético—. El día es tan solo un triste impás entre dos verdades absolutas. Todo empezó de noche y acabará de noche. El día es una burda ilusión, un sueño vulgar, un penoso simulacro que todo el mundo ha convenido en considerar verdadero; un mero contrato, ¡*puaj*!; una hoja de papel con manchas negras que la gente considera importante, *meh*…; una falacia, nada más… ¡Máscara de carnavalescos birlibirloques! Lloran: "Por favor, día querido, de rodillas te lo suplico: haz más soportable el rostro impenetrable, hosco, terrorífico y aterrador de la noche"

El discurso no logra la recepción deseada. Algunos murmullos y algún que otro bostezo inesperado lo indican. Alguien no se pone triste por ello porque Alguien prefiere aislarse, vivir en otro sitio y que el mundo donde hay gente con un criterio diferente al suyo no exista.

Y… Por esas alturas camina Alguien, nuestro soberbio contumaz, cuando al doblar la esquina, *tan tan taan*…

—28—

Llegué a casa. Toda la familia me esperaba sentada. ¿Era mi familia? ¿La de Gris? ¿Estaba Gris conmigo? ¿Quién era aquella gente? ¿En qué casa vivía? ¿De quién era esa casa? ¿Cómo me ganaba yo la vida? ¿Cómo se la ganaban ellos? ¿De qué color estaban pintadas las paredes? ¿Qué había para comer?

Había muchas preguntas y ninguna respuesta. Yo, en aquellos momentos, estaba tan perdido como vosotros: veía tan borroso que no entendía nada. Era, literalmente, como las huellas de aquella mansión de ángeles que permaneció en la cumbre del barranco después de un bravo y feroz soplido del atizador de lumbres.

—¡Max, Max! ¿Dónde estabas? Te estabamos esperando.

Me senté y bebí un poco de agua. ¿Dónde estaba?

—Estaba jugando a pádel.

—Ah, muy bien; ¿has ganado?

—Sí.

Hubo un silencio. Resonaron los cubiertos. Había dos hombres, dos mujeres, y luego estaba yo. Una desconocida sentada en la punta de la mesa hacía sonidos extraños: eran murmullos, pequeñas onomatopeyas musitadas, que mostraban aprobación o desacuerdo con el asunto que se tratara en la mesa; la diferencia entre unos y otros era prácticamente imperceptible. Comían cabizbajos; parecían estar esperando algo.

—Bueno, ¿qué tal el fin de semana? —interrumpió una de las mujeres, y todos despertaron de su sueño. Uno de los hombres carraspeó y la otra chica hizo otro ruidito, evitando hablar con la boca llena. Yo miré a la demandante, confuso. Si no respondía yo, el barco se hundía.

Respondí. El aire me obligó. De hecho, no solo me obligó sino que me cogió el cuello y me hundió la cabeza en un cubo lleno de agua después de atarme con una correa de perro y pasearme por media ciudad desnudo y llorando mientras me sangraban las rodillas. Pero me desvío. Y probablemente exagere. Da igual. Respondí:

—Bien, bien; muy bien.

Mentí, obviamente, como se suele hacer en estos casos, pero no pareció importarles.

—Yo ayer conocí a un jinete profesional —dijo el otro hombre—. Organizó un evento en la *rooftop* de una residencia universitaria de una calle de por aquí. Había muchísima gente, y dos mayordomos: uno que te

abría la puerta y otro que vigilaba por si venía la policía. Vi a mucha gente que te conocía.

Añadió mientras me miraba.

—¿Ah, sí? ¿A quién? —dijo nombres. Asentí y pregunté—: y ¿te lo pasaste bien?

—Sí, estuvo bien.

No pareció muy entusiasmado. Al mundo tampoco pareció importarle. Ah…, ¡parcas formalidades, asesinas de la pasión y la Verdad…! ¿Qué seríamos sin los límites humanos que circunscriben nuestro ánimo? Ay… Las premuras de mi entusiasmo y las honduras de mi melancolía se ciñen con un corsé harto apretado que no las deja respirar… ¿Pero qué seríamos si no, qué? ¿Acaso una piedra arrojado a un lago sin fondo? ¿O una estrella tirachinada al incandescente y eterno Sol? Max, calma, no estás ligando, no te pongas nervioso. Al hecho.

—Y vosotros, ¿qué? —preguntó la que parecía encargada de emitir preguntas.

—Muy bien, la verdad. Fuimos a la playa el sábado. No hizo muy buen día, pero se estaba muy bien—. ¡Se estaba muy bien! Maravilla. —El agua estaba muy limpia y no hizo mucha calor, que siempre es agradable—. Siempre.— También quedamos con unos amigos que estaban por aquí para hacer unas cervezas.

Bien. Acentuó de forma extraña las últimas dos palabras, como si el ocio fuera un requisito exigido por algún superior, y estuviera exponiéndole los pasos seguidos en un proyecto mandado por este.

—El domingo hicimos una excursión en bici; fuimos hasta la cumbre de la montaña—concluyó el que parecía su acompañante.

—Ostras.

—*Uau*.

—Sí, la verdad esque nos sorprendimos a nosotros mismos. No nos creíamos capaces en su momento, pero al parecer estamos más en forma de lo que pensamos.

Risas, risas, risas.

—Ya veo ya… ya veo. Muy bien. Pues yo, la verdad, estuve de fábula por allí. Podríais haber venido. Vi muchísimos animales y pájaros. Fue muy bonito todo. La naturaleza es muy bonita. La playa, la naturaleza: impresionante. Pocas veces la había visto tan bonita. Y mira que he ido veces pero, no sé porque…

Y siguieron hablando. Yo estuve callado y bostecé mucho. ¡Qué desagradable debía resultar mi presencia desde fuera!, pensé. Me di asco a mi mismo por pensarlo, me di asco a mi mismo por querer decirlo y me lo pasé súper bien haciéndome el vacío a mi mismo en una fiesta en mi cabeza, siendo el hombre fuerte y fornido que se burla del…

Después justifiqué mi inseguridad diciendo que sin el odio a uno mismo no existiría la exigencia y sin la exigencia no existiría el progreso. Me levanté y me fui. No sé si ellos siguieron hablando o no. No sé si los maté. Quizás. Quizás no. Comí una manzana en mi habitación y me eché una siesta.

Me levanté acalorado y descolocado.

No sabía bien quién era, ni qué debía hacer, así que me duché con agua fría. Me despabilé, bebí un vaso de agua y salí a caminar. Una serpiente salió de mi boca y se acercó a picar a un espantapájaros. El espantapájaros ni se inmutó.

Cuando ya llevaba un rato, me encontré con unos amigos que iban a jugar a cartas. Me llamaron por mi nombre y los seguí pensativo mientras ellos ladraban anécdotas de la noche de borrachera anterior.

—La noche de borrachera anterior fue muy divertida —dijeron.

Algo así. No me acuerdo muy bien porque estaba disperso y muy despistado. Escuchaba los pájaros a veces. Otras veces me escuchaba pensar a mi mismo. Otras veces…

Mi dispersión causó, al principio, algo de conmoción. Al rato, la piel del momento se curtió, embadurnada de estoica resignación ante mi más que

usual melancolía, y disminuyó el *frizz* gaseoso almacenado en las latas de refresco agitadas que constituían las relaciones humanas.

Algún día seré capaz de controlar el desdén generalizado que provoca mi presencia, pensaba. Es muy desagradable ver como cuando entras en un sitio, el mundo calla. Allá donde vas, quiebras telarañas con el cuerpo y siembras la discordia y el desasosiego. Todos los ojos se vuelven hacia ti y, aunque no estén dispuestos a reconocerlo públicamente, te saben culpable del *frizz*. Ay, el *frizz, frizz, frizz… Frizzy frizzy frizzy frizz…* El caldo ambiental empieza a hervir a fuego lento, y… y ya es demasiado tarde y eres culpable de todo y por todo y ante todos.

Bueno, ¿qué se le va a hacer? *I got the cards in my hand and I hate dealing…* Blablablablablá… ¿Podría sobreponerme a esa enfermiza costumbre y convertir en armonía la discordia…? ¿Es la dodecafonía armónica? ¿No eran acaso doce los discípulos del Hijo? ¿No eran acaso doce los dioses olímpicos? Da igual. ¿Podría? ¿Depende realmente de mi?

A esas alturas, mi maldad, ebria de poder, anda lejos del brazo de la justicia, que todo enmienda y equilibra; así que, como un pérfido y sádico verdugo, disfruto relamiéndome del olor a sangre que supuran los murmullos floridos de la distancia que nos separa. Y hasta aquí. *Al fet*.

Llegamos a casa de uno de ellos, se apoltronaron en el sofá de la terraza y sacaron la *baraja*. La palabra *baraja* me gusta. Max…

Todos parecían saber exactamente lo que hacían. Empezaron a jugar mientras yo miraba. Hacían cálculos extremadamente elaborados para distribuir estratégicamente sus cartas a lo largo de la partida. Se reían cuando una situación peculiar les llamaba la atención debido a la poca frecuencia con la que ocurría.

Yo me mantenía al margen; más que nada, porque no entendía nada. Sentía como si estuviera viendo una obra de teatro en un idioma inventado. O peor aún, una obra de teatro en que los actores se niegan a reconocerse actores y… da igual.

Yo nunca jugaba a cartas y, cuando lo hacía, trataba de involucrarme lo mínimo posible. Además, nunca me acordaba de las reglas y siempre tenía que jugar como si fuera la primera vez. ¿Qué le voy a hacer? No sé sumar y apenas sé leer.

Pero en fin, que yo, Max, observaba la función desde la distancia como si fuera una sinfonía que desenvolvía sus contracturas ante mis ojos. Más allá de nosotros, en los confines del escenario, la luz del Sol atravesaba las hojas de color carmín como si fueran de seda, irradiando una luz de cálido terciopelo a su alrededor que besaba mi mirada cuando en ellas posaba los ojos.

Lenta, y casi imperceptiblemente, el blanco cegador, inerte y vagabundo de las dos del mediodía se fue maquillando con el manso vestido del ocaso, que bañaba el mundo de oro y miel y concluía su danza con un crepúsculo azul ceniza, cernido como una cortina sobre el cobertizo de aquel glorioso día que, terminada la función, retiraba los ornamentos del decorado para entregar el cetro a la magnánima nocturnidad, ya asomada como un móvil invertido, pidiendo pintar, con estrellas y siluetas, las manos de arcilla que, en el atardecer, nacen del horizonte y los aullidos ululados que se esconden tras mantos de piedra calcaria.

Yo… en la noche… Era el momento; sí…; la noche me lo pedía a gritos.

Si no viviera en la ciudad, probablemente no estaría tan irremediablemente enfermo, digo en mi defensa. Sueño y aspiro con firmeza alquímica con el día en que me mude definitivamente a la naturaleza y pueda escribir mis Geórgicas libre de las preocupaciones innobles de mi triste máscara. Pero por el momento, mi sueño es solo un sueño y vago por esta cárcel de cemento y disfraces, pavoneándome cabizbajo como un tigre escuálido en el gran desfile de carrozas y máscaras humanas, deshaciéndome como mantequilla mientras piso el ardiente asfalto e imagino el cumplimiento de mis quinientos años de castigo para poder renacer al fin de mis cenizas como aquel sagrado pájaro de fuego.

Recordé, entonces, una conversación que tuve con un amigo filósofo: me dijo que los humanos cometíamos diariamente una acción sin siquiera saberlo: la suspensión voluntaria de juicio. Lo hacíamos para ver las noticias y leer el diario; para abrir la boca y escuchar como otros la abrían; o, en definitiva, para ejecutar casi cualquiera de las obligaciones que el mundo, siempre excesivamente mundano y nunca suficientemente divino, nos exigiera.

Aquel día, entonces, era el momento de ponerla en práctica. Progresivamente, habían ido apareciendo más y más amigos y, si quería pasármelo bien, debía, *debía* jugar. ¡Claro! ¿Para qué sino, servía el tablero? ¡Las cartas encima de la mesa, *mes ludiques partennaires*!

¡Ay, audiencia, ojalá mi ingenio me permitiera describir tan vivo sentimiento sin artificio ni secreto alguno! Pero no puedo. Sé, de antemano, que estoy destinado al fracaso, así que ni lo intentaré. Muchas veces he visto a niños tender la mano para atrapar la luz de la Luna y a la luz proseguir tranquilamente su camino. *Ouais, ouais, mon beau spectre*…

Solo diré… solo diré que de repente y sin previo aviso, todo el hastío en diques contenido rebosa de estos las capacidades y yo desaparezco. Y, entonces, yo ya no soy yo y soy otro. Y la cortina se abre, el foco me ilumina y empieza la función. Es hora de chillar quimeras y hacer estremecer a querubines.

¿Es que no sabéis, queridos, que solo el loco mira al espectador a los ojos y se sabe protagonista de una ficción cuando le extraen la piedra de la locura? Ah… Ven, noche espesa, ven… Envuelve mis ojos espigados en humo azul para que mi puñal no vea la herida que perpetra… Me da igual que después mi cerebro se convierta en una roca pesada al fondo de un oceáno de vapor y brasas.

Que me hagan hueco allá abajo, ¡que vengo! Entorno los ojos, adelanto la mandíbula; me lamo los labios y peto los dedos. ¿Qué diré esta vez? ¿Qué dirá? ¿De qué irá hoy la obra? ¿Cuál será el nudo que ate los dos lados inconexos del mundo? ¿Y el desenlace? *Tan, tan, taan*… No, no, no… La

primavera dura para siempre y yo me convierto en una caja de cristal a quien traspasa un abanico infinito de luz y de mi brotan arcoiris y me da igual que todas las preguntas queden sin respuesta porque ahora es conveniente *empezar*.

Antes de que…; no, no, nunca era demasiado tarde. Iba a elevarme por encima de todo lo viviente, por encima de las estrellas y más allá del espacio y del tiempo: nunca era demasiado tarde. Queridos, queridas, bajad las cabezas si no queréis cegaros… Uno, dos tres… ¡Acción!

—¡Oye, tú! Sí, tú. *Hermano*, *pásame la sal*.

—29—

Y aparece ella. Ella, ella, ella…: la mujer de todas las mujeres. Ninfa entre ninfas, con el pelo desordenado, queriendo y logrando aparentar que no se preocupa en exceso por su imagen. Esa sudadera, esos pantalones, esos zapatos… ¡Ay! ¿Cómo acoto su belleza eterna en burdas descripciones? ¡Lejos de mi estos pésimos disfraces! La belleza no se describe pues la verdadera belleza hace agravio de la loanza e injuria de la oda. Alguien, siempre impropio y nunca propio, se deshace… Es *su* perfil de consumo, *su* perfil de consumo: que Dios bendiga América.

Una sonrisa pacífica y comprensiva, casi irónica en su sabiduría sempiterna, gobierna su rostro. De repente, deja de mirar al suelo y lo mira. *(Phschium, pampf, au, au…)*. Sus pupilas, gélidas amatistas, emergen del oceáno de sus párpados como un grandioso amanecer; tan sublime que se clava y acaricia su alma con uñas cadavéricas.

Y encima (¡encima!), tiene la mirada inteligente. Ay… ¿Hay peor tortura que la mirada inteligente de una chica? ¡Ah, ah, ah! Somete los ijares de mi anhelo, querida, ya no quiero mirarte de reojo. ¡Sé la estatua a la que adoro y la diosa ante la que me arrodillo! Que Dios bendiga América, ¡que Dios bendiga América!

No. Ah… No. Lo olvidaba. Yo soy yo y soy esclavo de mi mismo. Sale a la luz toda mi escondida y mísera insignificancia. ¡Oh! ¿Por qué me haces esto? ¡Oh! ¿Por qué, por qué? ¡Quién quiera que seas! Me hundes. Mira… Camina alegremente y con convicción. ¡Mira! Camina alegremente y con convicción… Y ¡oh!, para colmo de los colmos, *tiene los dientes blancos y alíneados*. ¡Gran Dios…! ¿Qué he hecho yo para merecer semejante castigo?; ¿acaso he de cumplir condena por todos los pecados que el hombre ha cometido? ¿Soy yo ese perro de paja? Oh… ¡Oh! Qué guapa es, qué guapa… Voy a desmayarme, ¡quiero desmayarme! ¡Cogedme que voy! ¡Ah!

No me desmayo porque quiero seguir viéndola. Y, y, y… Y encima tiene buen gusto para vestir… Dios mío que estás en los cielos, ¿qué quieres?, ¿reírte de mi? ¿eh?; ¿aplacarme con toda la desgracia que, por pereza y autoconservación, he apartado y no he digerido? Ay… pobre de mi, ¡pobre de mi! Mi antiguo sufrir sin par aplasta y hace florecer mi insuficiencia venidera. ¡Dios mío! Dime qué quieres de mi, y lo haré. Y lo haré sin rechistar, te lo prometo. Pero por favor, no me mantengas en esta soledad infame. ¡Ah! ¿Cuándo brillará el Sol para mi? ¡Voy a acabar por volverme loco! Ya no sé ni con quién hablo. Yo llamo. ¡Llamo y no responden! No responde nadie; ¿qué castigo es éste? ¡Al menos dime si es culpa mía! ¡Dime algo!

Gime estridencias nuestro Rodolfo enamorado. Por fuera, su rostro se tuerce en deformes muecas; por dentro, su alma se encoge. Tan exagerada es la inflexión, que la chica, al verlo, se aleja asustada. Ja, ja, ja…

Yo, triste jorobado, no soy digno de mi amada inmortal, a nada atada y de todo dueña… ¿Pero qué estaría pensando? ¿Que yo, con mi sucia boca y de tan abyecta condición, sería meritorio de un inmaculado y perfecto ángel? *Bah*, pero quién me habrá mandado a mi…

Alguien, mientras tanto, sigue imaginándose los poemas que le escribiría, como siempre hace.

Cada vez que le sobreviene una emoción, sea de la índole que sea, hurga en los rincones de su memoria e intenta recapitular todas sus creaciones para comprobar si la ha registrado o no. Si la respuesta es positiva, se olvida de la emoción al segundo. Si no, saca un cuaderno o el móvil y lo anota rápidamente para poder así olvidarse. De hecho, la única concepción que tiene Alguien del tiempo la debe a su obra. Solo se da cuenta del tiempo que ha pasado cuando ve una obra antigua que lo sitúa de repente en una línea temporal donde las causas y los efectos se suceden cronológicamente.

Adjunto lo escrito en su diario para acercaros a un más profundo conocimiento de los vaivenes de vuestro Alguien. Le gusta creerse más vuestro que mío, sin saber, por cierto, que cuánto más se entregue a vosotros, más se entrega a mi.

(El cuaderno es, por cierto, un pequeña libretita Rodhia DotPad número doce, cinco por cinco, de ocho centímetros y medio de ancho por doce centímetros de largo, con ochenta páginas de ochenta gramos por metro cuadrado, High Grade Vellum Paper proveniente de un bosque certificado por el *Programme for the Endorsement of Forest Certification (PEFC)* con sede en Genova, Suiza que le cabe en el bolsillo y lleva consigo allá donde vaya).

Ahí va:

Poesía al amor inarticulable

> Eres musa de todo lo que se escribe y verdugo de todo lo obsoleto. Tus ojos son ventana; tus labios puerta. El mundo calla cuando apareces y huye todo lo prescindible. Por ti me desnudo ante el viento frío de cristalinos machazos. Por ti, por ti, por ti…
>
> Por tu azul suave, tu dulce púrpura, tu carmín juguetón y tu profundo blanco. Vestir tu piel desde dentro y acariciar con mis labios tu paisaje…; beber tu veneno, arrastrarme hacia tu amor.

Creer tu risueño amarillo en la holgura de sus cauces infinito y aguzar mi amor convexo hasta cruzar sus extremos y hacerlo cóncavo. No. No mentiré: yo no soy digno de ti; pero por mérito, querida, ni siquiera el Sol merece verte.

Ay, mi horizonte, mi destino… Prefiero vivir sin tocarte que morir sin haberte visto. Caminaré siempre hacia ti sin jamás alcanzarte; mi amor, mi yugo: soy tuyo y nunca mío. Tus besos…, tus ojos… tu piel… Bautízame en tus mares y vuelve a darme a luz.

No, no, no… No debería dirigirte la palabra… Cómo oso mancillar tu pureza con tan sucio y retorcido invento… ¿Me perdonas? Claro, está claro… Tu silencio habla más que mi palabra y me dice…:

"Aléjate de mi, aléjate…" Y acto seguido me invitas a seguirte…

Todo este amor con el que me ahorcas, querida… me hace pequeño, muy pequeño. Si supieras todo lo pequeño que me haces, quizás no me amarías. Pero, pero… ¿por qué? ¿Qué hago, eh? ¿Qué hago? ¡Dime! Ah… Tu sonrisa me da ganas de llorar y me siento muy, muy feo a tu lado: esa es la verdad. ¿Cómo puedes perdonarme y castigarme con las mismas manos? Pero ¿acaso actúas? ¿Acaso te mueves? ¿Acaso yerras? Dame algo… ¡dime algo! Compádecete por favor.

No, no quiero verte. Sí, ahora estoy seguro. Siento haber perdido la razón y me sé incapaz de atravesar el lúgubre umbral que corteja tus faldas infinitas… La verdad es que no quiero enfrentarme a mi mismo y colmarte con el amor que te corresponde; esa es la verdad.

Además, todo el amor que te de será insuficiente. Lo sé. Creer lo contrario sería de necio. Ninguna ofrenda hará justicia a tu belleza, ningún beso alcanzará tu corazón. Me explotarás,

me explotarás… y acabaré colgándome. Preveo mi muerte y mi orgullo me la impide: así de baja es mi pequeñez.

¡Oh! ¡No…! No te vayas, no. Que no se vaya… ¡Perdón! Quédate conmigo. ¡Que se quede! Ámame las penas. No soy perfecto. Por ti, por eso, pienso intentarlo. Confundido nací y confundido llego a tus pies. Límpiame. Perdón, sí… Por ti dejaré de estar loco, lo juro. No. ¡Sí! Sácame las máscaras y redúceme. Seré solo un corazón que lata por ti. Me convertiré en la más ínfima partícula de polvo solo para enaltecer y hacer brillar más tu gloria.

Y lo peor de todo… ¡lo peor! ¿Sabéis qué es? ¿Sabéis qué es, querida audiencia? Que me ama sin conocerme, sin conocerme… ¡me ama! Oh… Lo sé por los besos que intuyo albergando el objeto de mi curiosidad… ¡Ja, sin conocerme!, qué fatal discriminación a mi vanidad. Ella… Verás, yo siempre he necesitado que me alaben y me adulen y me idolatren. ¿Para qué propinar cuando puedo contener? Tan débil es mi condición… ¡Yo necesito mi corona de papel! Y quiero contener… Y no… Tú, en tu bondad, me amas incitando y me amas conteniendo; así me doy cuenta, pues, de que nada muta tu amor eterno. Labia ocular, cirio aureolar, crimen perpetuo y blanca ranura…

Ay… canto, ¡canto! Borracho de amor que estoy, canto… "Sólo por las calles, con el alma en pena… Días como noches, veo ojos en ojos y los míos lloran sin respuesta… ¿Cuándo descenderá a mi el mudo silencio de la felicidad? ¿Cuándo recorreré yo las blancas orillas?"

Ay… ahora que he conocido a la Luna ¡qué dolor, qué dolor siento! ¡Ahora entiendo los libros, ahora entiendo las canciones! Lo que antes me parecía deleznable y exagerado, se convierte ahora en el único lenguaje de mi espíritu.

Podría recitar el diccionario entero con sus infinitas combinaciones y no conseguiría acercarme ni a una milésima de tu gloria. Mirándonos nos lo decimos todo… ¿A que sí, a que sí?

Me abro el pecho y te entrego mi corazón fresco, aún palpitante en tus ingrávidas manos, que remolonea entre los pliegues de tu suave suavidad. Tú lo coges y lo guardas en una cajita y… ¡yo me abalanzo sobre ti! Ay, sí… Estoy dispuesto. ¡Cogedme y al cadalso! Merezco la muerte y el atroz castigo. Vamos.

Y me llevan en un féretro entre la viscosa muchedumbre, cuyo silencio atrona mis oídos mientras paso y cuya risa abigarrada apuñala mi alma cuando miro. Entro en la sala y Ella (¡cómo no!) es lo primero y único que veo. Salgo de la sala, y ella es lo último que quiero ver. Después de verla a ella, cierro los ojos para no ensuciarlos.

Mi estómago vibra nervioso como súbdito de una pastilla efervescente. Oh, mi discurso…: el discurso que llevo horas ensayando rehúye a mi memoria y se escapa; ¡pícaro! ¡bufón! ¡criminal! Me convierto en un tonto: río y lloro sin razón. ¡Oh, oh!, soy esclavo de las sombras que sus dedos hacen bailar ante mis ojos.

¡Yo: títere de títeres! ¡Yo: títere de títeres! ¡Yo: títere de títeres! Menuda broma… Perplejo y perdido, me hallo frente a una sórdida oscuridad impenetrable e imposible de escuchar hasta que veo el rostro de mi amada y solo en él encuentro reposo y hogar. En ella, el mundo coge forma, en ella, el mundo la pierde.

Podría amarte para siempre y aún me faltaría tiempo. ¡Eso es! ¡Podría amarte para siempre y aún me faltaría tiempo! ¡Eso digo yo! ¡Vamos, cantad conmigo! ¡Podría amarte para siempre

y aún me faltaría tiempo! El velo de la mentira se me antoja ahora dulce, amable y sedoso; le doy la bienvenida. A la vez, dos mil millones de cuchillos y agujas se clavan horrísonos en mi corazón, arraigándome al abismo intolerable de chirríantes y porosas maneras.

¿Qué es esto, amada mía? ¿Qué es esto? Yo solo quise rendir culto a tu efigie y postrarme ante tu grandeza, ¿y ahora me someten a juicio? ¿Qué pecado he cometido? Tienen envidia de tu grandeza y, como no pueden llegar a ti, mutilan a tus fieles seguidores… Va, decidme, ¿de qué crimen soy culpable sino de ser eterno amante y súbdito de la más elevada idea?

El denso aire y sus soldados me impugnan un crimen, ¡lo escucho! ¿No está este bajo tu jurisdicción? Se me atragantan las palabras, ¡veme tropezar! ¿Es que no tienes piedad, oh códice agridulce de migas divinas? ¡Pero como oso ensuciar tu dulzura infinita! ¡No tengo defensa, señoría! El amor me arrastró y no era dueño de mi mismo.

Y más allá de cualquier habitación, me esperas tú: atenta, impasible y misericordiosa. Te percibo detrás de las paredes de este infame decorado. Tu justicia trasciende cualquier triste simulacro. Solo pienso en sumergirme eternamente en tu cuerpo y no volver a salir nunca, nunca, nunca más… Yo, que fui concebido en tu seno sin pecado, soy obligado a vagar por… ¡No, no! ¡Atrás! Quiero vivir para siempre en su recuerdo. Ay, el rostro de mi amor, mi salvación y mi verdugo… Mi madre, mi amada, mi hija…

No… ¡Mira!, haga lo que haga y diga lo que diga, Ella pasa por delante y pasa de largo. Se escapa y se desvanece; huye esquiva entre los frondosos confines del mundo: ¡agua! Cuanto más sueño, más duermo; y cuánto más hablo, más se aleja. Se

esconde en la montaña más alta, donde su piel linda con los cielos, y me llama… Y yo escucho su voz, la escucho y le hablo, pero nunca me responde. ¿Cómo puede alguien hablar y callar a la vez? Escucho su voz silenciosa y cuando le incito a hablar, calla. Tan pronto la olvido, me habla, y tan pronto la recuerdo, vuelve a callar.

Desde el pozo más profundo alargo la mano con una hueca y apagada esperanza… Saborear, algún día lejano, el sagrado fruto de tu eterno Amor… Y *pam*, cuando te veo y creo alcanzarte: te vuelvo a perder. Desapareces y te pierdo. Apareces y te pierdo también. Ya no existes. ¿Dónde estás? ¿Dónde te escondes? ¿Por qué no me amas y me acoges? ¿Es mi juventud, quizás? ¿Mi vejez? ¿Mi ignorancia? ¿Mi sapiencia? ¿Mi soberbia? ¿Mi humildad? ¡Es todo!

Aquí estoy, solo y sin saber nada, otra vez en esta réproba caverna, sin mi rojo corazón ni la ceniza que calma mi apetito… ¿Cómo, cómo…? ¿Cómo he de vivir sin corazón ni alimento? Ay, ay… Debo entonces alargar mi penitencia. Abandonado, arrastro los pies por el mullido y espinoso rosal, persiguiendo las huellas de tu sombra rosácea, que irradia ondas azules dos pasos más allá de donde la raíz se junta con las estrellas.

Toda mi vida he estado enamorado de ti y toda mi vida estaré enamorado de ti. Te alabé, te alabo y te alabaré, mi eterno Amor. Antes de conocerte, te buscaba. Ahora que te conozco, te sigo buscando. Y ahora… Ahora ya no me atrevo a hablar contigo, y he de resignarme a hablar de ti.

Todas las demás mujeres serán imitaciones baratas de esta mi mujer primordial. Ella es la madre de todos los sentimientos; ella ha inmiscuido en mi experiencia diferentes pruebas para examinar mis fuerzas y entrenar mis capacidades.

Así, cuando se de el encuentro definitivo, (¿pronto, tarde?; tanto me da ahora; ¡nada significa el tiempo cuando se anhela la eternidad!), estaré preparado.

Si hoy no lo he estado, es porque no la merecía. Se ha sentado delante de mi, en su trono, y yo he roto a llorar como un niño. ¿Y qué iba a hacer cara a cara con la Perfección? Seamos sinceros, soy indigno de su Amor e indigno de su rostro. Ella, la más poderosa de todas las criaturas, la que moldea la realidad del mundo, la que aparece y desaparece, la que dirige, juzga, ama y perdona.

Ella, ella, ella…

—30—

Llegados a este punto del relato, he considerado oportuno y necesario, para garantizar vuestra salud y la mía propia, omitir el desarrollo del insinuado crimen y dejar a vuestra imaginación su verdadera naturaleza. No os faltarán fuentes o referencias, toda la literatura universal está plagada de apariciones semejantes; y si no queréis ir tan lejos, no os preocupéis, mi demonio aparece por doquier en este libro, y creo que esbastante fácil reconocerlo. Huele.

Dicho esto, retomo la historia cuando, una vez voceadas y coceadas mis (o sus) idiosincráticas digresiones —tras haber sido metódica y religiosamente ensayadas en largas caminatas sin destino por las rebuscadas calles de la ciudad (que reviven, por cierto, su mágica cualidad cuando están vacías y es de noche)—, fui al baño.

Cansado, entré con prisa y rehuí mi reflejo. De pie, delante de la taza, me tambaleé. Miraba fijamente a las baldosas, como esperando a que dijeran algo. Necesitaba un punto fijo. En ellas, sin embargo, se reflejaban, borrosas y difuminadas, las luces fluorescentes que brindaban al cuarto con

el característico color muerto de los hospitales. Respiré hondo. Necesitaba relajarme. A mi cabeza acudían imágenes horribles.

Vi una criatura. Agitaba el cuerpo entero con rabia, como un perro al salir de un océano de sangre y, delíneada en una estela inmóvil sobre su rostro, se esbozaba una sonrisa maligna y corrosiva. Ojos desabridos y pupila blanca: los nervios, tensos y dilatados, vibraban en la superfície de su piel y se segregaban como febriles filamentos hacia todos lados. Si apartaba la mirada, me perseguía. Como balas, se me aparecían recuerdos que nunca había vivido.

Gris, a cuatro patas, esperaba sedienta a que la penetrara dentro del camarote de un barco en el que pasaba los veranos cuando era pequeño. Un débil enfermo pedía limosna mientras se le caían los dientes. *Cling*… sonaban. Carcajeaba perversamente y, si yo intentaba mirar a otro lado, su sonrisa, como la del gato, permanecía quieta frente a mi aún sin el resto de su cabeza. Unos enanos raquíticos se reían también, un poco más arriba, como un coro tenebroso que, convulsionados y confabulando, en vez de entonar melodías, chismorreaban arrítmicas voces horrísonas y entrecortadas.

Pero basta ya. No debía seguir allí. Todo aquello era horrible y no me pertenecía, no… Me subí la cremallera, me acerqué al grifo y me lavé la cara. Respiré hondo y abrí y cerré los ojos repetidamente. Cuando volví entre los amigos, se hizo el silencio. Yo…

—Chicos, chicos…, perdonadme. A veces… a veces me vengo un poco arriba, ya me conocéis; me sabe mal haberos puesto en un aprieto. No pretendía incomodaros ni haceros sufrir. Me sabe muy mal. Lo siento. A veces… a veces siento que me posee una fuerza; es una fuerza… extraña; es… es superior a mi y no puedo controlarla; lo siento.

Ah, yes, the negotiator… Mientras hablaba me di cuenta de que aquel no era ni momento ni lugar para hablar de estas cosas. Podrían creer que estaba loco. Podrían llamar a las autoridades y denunciarlo. Este no era el sitio, Max, este no era el momento. ¡Pero quería sincerarme! Quería que

supieran la verdad… Yo… ¡yo no soy aquel otro! No. Me niego a creerme capaz de semejantes atrocidades. Me niego a creerme igual que esa diablesca y horrible criatura. No. Aquello… aquello rozaba el límite de lo creíble; ¿por qué, por qué, por qué…?

No, no, no; aquel no era el momento. Alguno de ellos era médico, seguro que conocía a alguien que estudiara psicología y podrían sentirse incitados a delatarme ante las autoridades movidos por una responsabilidad social que olía a oficina raída y a sudor enmascarado.

—Perdón. No. No quería hablar de esto. Seguid, por favor, seguid —dije.

Pero ya era demasiado tarde. Le di un golpe a la mesa yendo hacia mi sitio, sentí que tenía el culo gordo y que estaba horrorosamente feo, me senté cabizbajo y alguien me dio unos golpes en la espalda. Intentaron reanudar la conversación lo mejor que pudieron, pero el esfuerzo resultó inútil.

¿Por qué no podía ser yo como aquellos ángeles abanderados de la bonhomía que gravitaban silentes y luchaban por la bondad con su espada de luz y probidad? Ah… ¿Y desde cuándo eran ellos *eso*?

Nada, nada. Da igual. Las palabras ya no salen solas y todo el mundo mira en torno a si, pendientes de lo que pueda ocurrir. Me miraban de reojo, sin querer ser vistos viendo y el aire cogió peso y el calor amedrentó la noche.

Era hora de irse, era hora de irse.

—Chicos, perdonad. Me voy a ir. Ha sido un placer —dije mientras me iba—, y… bueno, espero que me podáis perdonar este desliz. Ya sabéis, ya me conocéis. A veces me pasa. Espero que sepáis que os tengo mucho aprecio… a cada uno de vosotros. A todos, sí, a todos… De verdad, de verdad…

Me alejé haciendo reverencias y sin darles la espalda. En mi retirada me tropecé un par de veces pero sobreviví. Cuando ya hube desaparecido de su vista, respiré tranquilo y aceleré el paso.

Un redoble de tambores con trompetas, violines y contrabajos arrancó a tronar en los cielos y pedaleaba mi marchar. Tal y como sospechaba, se esbozó en mi rostro, sin querer ser descubierta, la más horrible de las sonrisas. Las comisuras de mis labios se alzaron orgullosas e irónicas, pretendiendo despegarse de la boca y alcanzar el confín de mis cejas; éstas, maquiavélicas, acuciaban con vehemencia las cóncavas curvas de mis ojos, haciendo resaltar en ellos una reluciente oscuridad.

Al doblar la esquina, escuché risas y gritos en el lugar que abandonaba. Y yo me reí más aún, sí; yo me reí más aún que una hiena drogada y de risa floja y que no siente el dolor indescriptible de pies descalzos con turbantes en los pulgares que protegen las quebradizas uñas que aplasta la red tridimensional de finos cables y circuitos que rebotan dentro de las aristas de un cubo con más lados que un cubo y arrastran su imprimación en el papel como vagas derivaciones paralelas entre si cortadas por una franja negra con límites temblequeantes y cortinas transparentes que anuncian el fin de la función.

Podría tratar de maquillar con más aderezos y guirnaldas la calada tristeza que ahondaba mi corazón y me obligaba a escenificar tan patéticos espectáculos… Pero lo cierto era que, simple y llanamente, me moría de miedo ante las espesas diatribas que las voces del mundo propalaban a favor si mismas y su conservación y, a mi parecer, amenazaban la mía. Todo lo humano se me presentaba como algo aterrador y confuso.

Despegado de la lucidez de mi infancia, que todo lo ve bueno y en ningún lugar avisa maldad porque cuando la ve, la ignora, las motivaciones y preocupaciones de la gente se me antojaban remotamente incomprensibles.

Quizás, pensaréis, es porque no has conocido a suficiente gente…

Pero no. No era eso. Había conocido a gente de todo tipo y género y el problema se repetía tanto aquí como allá. Escuchara la conversación que escuchara me sentía indistintamente extrañado por el hecho de que la gente se entristeciera o alegrara por tales o cuales problemas.

Ahora se me hace harto difícil concebirme portador de tan tremebundos espectáculos por pensamientos, pero en aquel momento, creo que hubiera considerado como algo comprensible y normal incluso escandalizarme ante las bondades y convicciones de los mismísimos serafines. En serio. Pero en fin… Un hombre no es hombre si no se atañe conspicuamente a los deberes impelidos por las reinas de su destino, así que ¿quién soy yo para cuestionarme la voluntad de las cuerdas que me mueven los brazos?

Esa lejanía me obligaba a construir un mundo aparte en el que, por lo menos, mi confusión fuera bella y entendible. La riqueza de este mundo artístico e imaginario, por eso, a la vez que me salvaba, me condenaba. Como es lógico, la creación de esa belleza, la materialización de ese ideal abstracto se oponía agresivamente con el mundo fáctico y cortante y acrecentaba la distancia entre ambos. Mi subjetividad, única, intransferible y homogénea, entraba en lucha con una objetividad múltiple, dúctil y heterogénea. (A mi no me gustan tampoco esos adjetivos pero son los que decidí en su momento y he decidido respetar la decisión de mi yo del pasado. Por cierto, ahora que intercedo: hola, yo del futuro, espero que estés bien y tengas el alma en paz. Sigo.)

En fin, que el asunto es más simple de cómo lo hago parecer: el miedo nutría el distanciamiento, y el distanciamiento, a su vez, nutría el miedo. Abrumado por la confusión, conformaba, a modo de autodefensa, una coraza de soberbia que me permitía perpetuar eternamente el círculo. Así, decía, me garantizaba tener inspiración para mi arte, y mi arte y lo propugnado en éste me servían para consolidar el aislamiento personal necesario para la creación de más arte que… Ya os lo podéis imaginar.

Imaginaoslo así: me cae una piedra en el pie, y yo canto una canción sobre el hecho de que me haya caído una piedra en el pie. Esa canción queda registrada y así, se disocia mi yo físico en un momento y lugar determinado de mi yo íntimo, que, al contrario, está continuamente "conmigo" y no se queda atrás. Ha pasado el tiempo y yo ya no soy la persona a la que le *cae* la piedra en el pie, sino la persona a la que le *cayó* la

piedra en el pie. Sin embargo, debido a la congelación del yo al que se le cayó la piedra en el pie en la canción registrada, vivo literalmente disperso como aquel dios en diferentes cápsulas espaciotemporales, y no solo eso, sino que se me permite revisitarlas y rehabitarlas como si fueran "ahoras".

Y claro, yo me confundo. Porque vivo un ahora que no es ahora, sino un ahora que es pasado. ¿Se entiende más o menos? No sé. Quizás es muy difícil de explicar o a mi se me da muy mal pero el caso es que, como me descubro a mi mismo siendo alguien que ya no soy, decido explotarlo y jugar con esa posibilidad. Para jugar nada más. ¿Qué otra cosa va a hacer un niño cuando le das un juguete nuevo? Y pues, así, soy uno en mi imaginación y otro en el mundo; uno en mi habitación, y otro en el mundo. Y mi yo físico pierde realidad y mi yo imaginario adquiere realidad. Algo así. No sé. Espero que lo hayáis entendido.

Y… y creo que aún lo puedo decir más sencillamente y con menos caretas y rimbombancias: en mi aislamiento me creo genio, cuando salgo al mundo y compruebo que no lo soy, vuelvo a aislarme, avergonzado, para seguir perpetuando mi delirio porque ¿a quién voy a mentir?, me gusta sentirme como un genio; y cuando ya vuelvo a creer en la indiscutible solidez de mi talento, vuelvo a salir disparado de mi habitación, dispuesto a enseñar al mundo mis más recientes descubrimientos solo para volver a ser recibido con risas, abucheos y desdén (que solo fomentan, por su parte, mis ganas de volver a recluirme en mi habitación para perfeccionar mi arte y realimentar el bucle).

También cabe la posibilidad de que me enfrentara histriónicamente al mundo, tratando de hacer ver mi talento a los demás para poder acercar, así, mi cielo a la tierra y viceversa y que no me sintiera como un puto loco que nació en este mundo pero no es de este mundo. Es normal, ¿no? Quiero decir, con nadie a quien compararme y rodeado solo de mis propias creaciones, sobreestimo mi talento. Y tampoco es porque no me exponga al de los demás, es simplemente que he perfeccionado tanto y estoy tan

imbuido en mi idioma y mi mundo, que creo que ya no puedo entender el de otros.

Además, luego he de lidiar con el hecho de que salgo al mundo y me doy cuenta de que soy un chaval como cualquier otro chaval, con unas manos y unas piernas y todo eso, pero que tiene toda una cámara secreta en el sótano de su casa con maniquís pintados y vestidos con ropa imaginaria que hablan entre ellos como anguilas maquilladas y toda una ciudad de cartón meticulosamente construida con suburbios y normas de tráfico y oficinas del Estado y funcionarios y bares con luz tenue en los que se discute en voz baja sobre asuntos ilegales y criminales armados y hadas con alas translúcidas y pianos que se tocan solos y gente con voz muy grave y gente con voz muy aguda y policías coquetos y policías regordetes y monos con pañales y varitas mágicas con estrellas de plástico en la punta y carreteras y sistemas judiciales y, en fin, toda una serie de cosas que los otros chavales con manos y piernas no tienen. O si tienen pero, por lo menos, no se dedican día y noche a materializarlo. ¿Entendéis un poco por donde voy? Bah, da igual. Mato la naturaleza al diseccionarla…

Es comprensible que mi repugnancia por lo humano fuera cada vez más y mayor cuando cada vez que me adentraba en el mundo de vuelta, me topaba con una horda de prohibiciones y reglamentaciones y ficciones y desencantos que erradicaban toda la magia perfectamente vinculada que había cultivado en mi soledad. ¿Para qué iba, pues, a intentar amoldarme a infiernos que no entendía cuando tenía cielos que no me exigían explicaciones y en los que todo se encadenaba necesariamente y sin esfuerzo? Y aún así —cosa extraña—, obraba… Obraba un obrar que conoce la futilidad del obrar y…

Hago ahora un pequeño inciso porque hacerse excesivo caso a uno mismo nunca es sano ni veraz y no le permite a uno hacer un acercamiento objetivo al fenómeno en cuestión.

Tengo un amigo al que le ocurre exactamente lo contrario y su genio solo aparece cuando está rodeado de gente, pues éste se nutre de la atención

ajena; en cambio, en su soledad, redescubre su inevitable mediocridad y, incapaz de sostenerle la mirada, se cubre de nuevo con capa y espada, sale a trompicones de casa, y alimenta su fuego interno abrasando lechosos leños de madera que convierte, tras su paso, en yerma ceniza.

(¿Acaso todos nos dedicamos únicamente a intentar mantener de formas subrepticias esa superioridad inenarrable que da, en muchos casos, sentido a nuestra vida? No… ¡Qué forma más triste de ver la vida! Me niego a verla así. ¿Utilizamos toda clase de herramientas y técnicas para…? *Bah*, divago. ¡Es culpa de la ciudad! No es culpa mía. Da igual. Sí. ¿Por dónde iba? *Hm*… sí; el aislamiento y mi demonio.)

(Mierda. Me acabo de dar cuenta de que soy ellos y cuando hablo de ellos hablo de mi. ¡Reversión propia de cosmovisiones hindúes la que se encuentra irremediablemente en toda introspección! Pero no intervengamos en mis antiguos discursos y rompamos la continuidad espaciotemporal, que se va todo al garete y la cosa se desmorona. Inmiscuyámonos, como todo buen intérprete, en la identificación necesaria con el sentimiento que se representa y callemos la boca a la voluntad del actor y sus caprichos demiúrgicos de trascender su rol y dedicarse a la dirección de la obra…)

Bien, como decía, todo eso no es nada nuevo. En toda subcultura y campo de conocimiento existe la figura del genio recluido y solitario que, desdeñando cualquier tipo de convención social, se dedica exclusivamente al engendramiento de una obra cuya idiosincrasia y magnitud sea de tan alto calibre y calidad que reestructure (debido a lo anómalo de su cultivo) lo cimentado en la disciplina practicada.

Toda ambición desmesurada es necesaria para el mejoramiento de cualquier ciencia, dirán algunos. Pero lo curioso es que los estandartes de este tipo de práctica artística no son generalmente muy ambiciosos, de hecho todo lo contrario. Su reclusión viene dada, en parte, por una ambición prácticamente nula. El ambicioso es aquel que se adentra en el mundo con grandes ideales y está dispuesto a soportar cualquier clase de sufrimiento para conseguir provocarlos.

Esta clase de personas, de hecho, acaban siendo altamente marginales y fenómenos aislados, pequeños destellos de luz dentro de un malla gigantesca de mosquitos que se nutren los unos de los otros transfiriéndose una sangre recogida en el polo norte hace diez mil millones de siglos.

Los ejemplos son muchos y no hace falta citarlos. Yo, imbécil arrogante e irredento inseguro como era, procuraba imitarlos para gozar de esa cualidad de figura de culto de la que la mayoría de estas figuras disfrutaban. No lo hacía únicamente por eso, obviamente, (no creo que una persona que lo hiciera por esas razones hubiera durado tanto tiempo en la caverna y persistiera tan vehementemente en una ficción…), pero ahora, visto en retrospectiva, creo que, si lo he alargado un poco más de lo que debía, quizás sí ha sido un poco por esa razón.

Al principio era simplemente un pobre diablo incapaz de salir de mi habitación porque el Sol me quemaba las pupilas y me congelaba y me moría y *we only come out at night* y esas cosas, pero… después cuando uno se aficiona a cierto *tarannà* artístico y ve en esas figuras que hacen del fracaso su bandera y vivieron gran parte de su vida en la oscuridad y la penumbra, siendo miserables perdedores a los ojos de prácticamente todos sus contemporáneos, se siente llamado a pertenecer a una especie de fraternidad espiritual inconsciente que se repite a lo largo de toda la historia como gran ungido que es, y no puede sino sentir la obligación de responder a esas demasiado coincidentes similitudes para ser consideradas casualidades y representar el papel histórico que se le exige desde que tiene uso de razón y comenzó a poner en práctica real esa admirable e idiosincrática razón que lo hace tan suyo y tan de la secreta orden de hermanos espirituales que luchan la buena lucha aún soportando las más abrumadores condiciones climáticas, desprecios sociales y dificultades económicas que le dificulten la labor, pues no hacen más que engrandecer su compromiso y cimentar su lealtad a *la causa*.

Pero… pero sigo, que tengo más cosas que decir y que aclarar, tanto al mundo como a mi mismo, (que a estas alturas ya sabemos, por cierto, que son indistintos).

El problema era que yo, en mi grandilocuencia espiritual, obviaba por completo la cualidad comunicativa y social de mi trabajo, y me dedicaba únicamente a la elaboración de una isla poblada de toda clase de frutas y animales ficticios y de plástico que solo me servían a mi de alimento. Me daba igual que los otros no lo entendieran porque, como ya he dicho, ese mismo hecho aumentaba lo jugosos que me parecían mis frutos y, perpetuaba la sensación de ser un genio incomprendido por las gentes y la muchedumbre que, al parecer de mi malicia de *trickster* que se ríe con "ji, ji, ji, jis", no eran más que pequeños peones al servicio de mi gran, gran obra.

De hecho, muchas veces no estaba tanto realmente comprometido con la calidad de mi obra, sino comprometido con la calidad de *mi* representación como artífice de la obra, siendo esta simplemente un medio para la consecución de un fin, en este caso la fama, la gloria, el poder o como quiera llamarse el salir como referencia en algún libro de algún autor en algún futuro, efecto que yo, en mi invidencia, consideraba como la más alta cumbre a la que podía aspirar el ser humano.

Esto no era siempre así pero, algunas noches en las que la exaltación me cogía por la espalda y me enseñaba lo que yo creía premoniciones de mi porvenir, sí que me dejaba llevar por esos sueños adolescentes de gloria y renombre histórico. Es triste, pero es así. Aquel amigo mío también halló consuelo al final de sus días con la potencial magnitud de su obra en los siglos venideros (que, por cierto, vistos *comme il faut*, no son más que segundos o minutos), y cualquier empresario de cualquier ciudad del mundo, muere creyendo que ha intervenido de forma más o menos crucial en el devenir histórico mundial o local y… y muchos ejemplos más de vanidad que ahora no procede enumerar. Y… y eso es así. Y es muy triste, pero es así.

Cada vez siento menos esa pulsión, gracias a Dios pero…

Pero en fin, que eso. Que como el aislamiento absoluto no me permitía la consecución de este fin, me dedicaba a elaborar artimañas y personar excentricidades que me otorgarían el fin querido sin tener que prescindir de mi tan estimada inseguridad y sin verme obligado a superar el obstáculo que esta suponía a la consecución del *verdadero* fin, que en el fondo conocía pero no quería reconocer; esto es: la necesidad comunicativa de toda obra y su intervención tangible en el mundo "real".

Esa conclusión es muy debatible, como todo en esta vida, pero ahora no vamos a entrar en ello porque, todo sea dicho, si quisiera remitirme a la absoluta validez de mis argumentos, probablemente no hubiera empezado a escribir nunca.

Además, cualquier obra acaba cumpliendo esa necesidad porque su existencia consiste en su visionado, y su visionado altera inevitablemente la percepción del sujeto visor de muchas formas diferentes y, por ende, existe. Y si no es vista, no existe, y ni siquiera es palpable su no alteración del mundo tangible y pues… Pero, bueno: a la cuestión.

La cosa era que cada vez que encendía el móvil o iba a una fiesta o escuchaba una conversación de desconocidos, caía en la misma triste conclusión: todo el mundo mentía y encubría y falsificaba la verdad.

Viendo al planeta entero maquillarse y disfrazarse y vendiendo el alma a un demonio sin destreza para, simplemente, jugar a un juego que consideraba tan ficticio como cualquier juego de mesa… ¿por qué no iba yo a hacer lo propio?

—Te muestro la parte que creo será de tu agrado para que me consideres más apto para consumo que mis competidores y me escojas a mi (a mi, a mi y a mi) —parecían chillar.

A mis ojos, se vendían a si mismos como trozos de carne o bebidas isotónicas con colores llamativos… Hacían gala de virtudes que no poseían, mostraban balances económicos incompletos y predicaban enseñanzas que

no practicaban. Y yo, como un niño que aprende de sus padres tanto lo bueno como lo malo, los emulaba.

Mi malicia proviene de que, encendido por la indignación y el resentimiento de verme entregado yo también a la mentira reinante, me fuerzo a mi mismo a sacar el hacha y cortar cabezas para…

No sé muy bien para qué, pero imagino que es para ver si así cambian algo las cosas. No sé en qué quiero cambiar el mundo, solo sé que quiero cambiar el mundo y esas cosas. Cualquier cosa me servía, creo.

Más tarde me daría cuenta de que no cualquier cosa me servía, pero en eso no entraremos ahora. Creo, de hecho, que por aquel entonces, como ya he dicho, no quería tanto cambiar el mundo, sino ser *yo* quien lo cambiara. Pero volvamos, volvamos.

¿Qué otra cosa podía hacer sino ante tan desfavorable prospecto? O cerraba la boca y me amoldaba a las costumbres y aprendía a interpretar mi papel o…

No. Seamos más sinceros todavía. Quiero ser sincero y mi orgullo no me deja. Yo…; yo no tengo ni puta idea de cómo funciona el puto mundo porque ni siquiera he salido de mi puta habitación. Emitiendo todos estos juicios y elaborando tan ardientes castillos en el aire sin haber abandonado mi choza de paja, no hago otra cosa que mantenerme aislado en mi pequeña burbuja, centrifugado por mis soberbias y encadenado a mis miedos: solo busco justificar mi inacción y mis defectos, perpetuar el bucle cuyo veneno respiro y librarme de los furibundos ojos incriminatorios del juez del inframundo arguyendo que estaba demasiado ocupado conmigo mismo para ocuparme de los demás.

Y… y ya.

—31—

Alguien, debido a su nula concepción histórica de la realidad, sigue caminando en su presente eterno y no tarda en olvidarse de todo aquel asunto y no se acuerda de ella en estos valles con un tiempo de demonios… De hecho, al cabo de cinco minutos del incidente vuelve a pasar otra chica y le levanta sentimientos similares, ante los que Alguien se levanta la camiseta y empieza a calentar como si se preparara para una pelea.

¿Qué se le va hacer? piensa. El siglo está enfermo. Sí. Todo lo que me acontezca no es mi culpa, es culpa de el siglo. Eso es: mis asuntos marchan según se ordena desde lo alto y no hay nadie que no sea esclavo de su tiempo. Y muchas personas se lanzan en el misma punto de la misma piscina en el mismo momento pero no se chocan ni se molestan. ¿Cómo puede ser…?

Y pasa por delante de una tienda que ofrece zapatos; otra que ofrece comida; otra que… ¡Ay! ¡Cuántas cosas que no necesita! ¡Cuántas memorias ajenas! Y así desfila el mundo ante sus ojos: como moscas naciendo y revoloteando dentro de una caja de cristal en busca de una cabeza de vaca muerta y una luz que no emite calor y mata. Algo así.

Por su lado pasan viejas llorando, revoluciones y apocalipsis, pero Alguien ni se inmuta. Solo cuando pasa por su lado un perro abandona todo pensamiento y fija su atención en aquella criatura de los cielos. Todo amor… todo amor dócil e indiscriminado. Amor, amor, amor… Dulce veneno, histriónico misterio… Amable tiara de luz resplandeciente, dócil amaranto servil y liso… Ay, los perros… ¡ay!

Alguien recuerda, entonces que, además de hablar sobre él, el libro debe hablar sobre los perros. Si quiere escribir el mejor libro jamás escrito han de salir los perros, está claro. Perros, perros, perros, piensa; con nombrarlos será suficiente, piensa; que cada uno saque sus propias conclusiones de mi mención a los perros, piensa; no quiero influenciarles demasiado, piensa; el arte tiene tendencias sociopáticas, piensa; ninguna imagen es inocente, piensa; yo no quiero enfermar a la audiencia, piensa; deja que hagan la mitad del trabajo, piensa; o que, al menos, sean en parte responsables del

contagio, piensa; las admoniciones del oráculo son siempre ambiguas, piensa; y etc.

—¿Necesitas que la imaginación del público supla las carencias de tu arte? —le pregunta de sopetón la bergamasca crítica de alentadoras desesperaciones.

Él llora como un niño sin chupete en una guardería llena de niños malos.

—No. *El* arte necesita que la imaginación del público supla sus carencias. Sus defectos son congénitos a su propia naturaleza, no solo a la del mío —repone entonces superando su tristeza y levantándose por encima de los otros con un cetro y una corona y una voz que llena estadios con el grácil desdén de quien conoce lo absurdo y lo ama en sus plumas irisadas al viento melódico de las mil y una sinfonías interpretadas por los ángeles robóticos que chillan como limoneros metidos en un maletero pequeño y anuncian la llegada de hormigas poderosas con muy fuertes e irrompibles articulaciones…

Después de llevarse las manos a la cabeza y arrancarse los pelos y sollozar llenando de mocos su poblado bigote, le dijo que todo era político y que no podía ser feliz siendo injuriado y que el reconocimiento de la disconformidad solo podía construirse con lo hegémonico como referencia única y que fumar cigarros era una rebelión contra el régimen dictatorial de lo positivo como única fuerza constituyente de… y muchas cosas que Alguien no entendió pero a lo que respondió, como si fuera un títere cantarín que se desmenuza a si mismo para hacerse comestible, que él creía que todo era biología y que fuera con cuidado porque después de comer manzanas a uno se le quedaban las pieles endosadas entre las encías y los dientes y que la anulación de jerarquías era la más jerárquica de las ideas y que el ser humano iba a sufrir independientemente de las circunstancias que le rodearan y que a él le parecía más noble encontrar la forma de soportar ese sufrimiento y quemarse como el perro del meme que dice “this is fine” en pleno incendio y como acto de solidaridad ante el gato y el cuadro porque si no se podían salvar todos entonces no merecía la pena salvar a

nadie ni nada y que buscar culpables y señalar con el dedo fuera de si cuando tanto el infierno como el cielo vivían dentro de uno mismo era o de loco o de imbécil (si es que eran cosa distinta), igual que era de loco y de imbécil desear elevarse una vez uno había visto a sus vecinos dinamitarse como un silbido aguado y fundirse como una mecha escueta y, y, y…

Pero aquella conversación no se llevó realmente a cabo más que en su imaginación y Alguien se puso un poco triste y se prometió reinterpretarla tan pronto se le diera la oportunidad de hablar desde un trono de paja y trigo en un corral en el que nadie pudiera rebatir sus ideas porque todos los círculos debían ser necesariamente cerrados para ser círculo y las cajas negras de los aviones contenían toda la información de un accidente y esas cosas.

Hoy, ahora, aquí, aunque sea de noche, los pájaros cantan y a las calles no les pesan los hombros. Todo parece ligero y los objetos parecen sintonizados en una misma canción. Alguien, como de costumbre, camina ajeno a todo lo que le envuelve, rodeado de cuatro espejos y separado de lo que es, en esencia, uno e inseparable.

Entonces aparece en su memoria, como un rápido rayo, la chica que ha visto y, apabullado por una mezcla de culpa y agradecimiento, le pronuncia este discurso como si la tuviera delante.

—Ay… estoy convencido de que sería mejor quedarse callado toda la vida… *Lo sé*. Pero ante una belleza como la tuya, mi amor, quedarse callado es un pecado, un pecado… No intentar enaltecerla con mi pobre prosa sería un error que jamás me perdonaría, querida; jamás. Y aunque la palabra nunca es certera y definir tu belleza es insultarla, ¡más sufriría mi alma si tu elogio reprimiera! Dicho esto… quiero que conozcas mi pena.

» Yo siempre pensé que pasaría la vida solo, deambulando por las calles como un miserable vagabundo, sin molestar a nadie con mis graciosas inquietudes. Al fin y al cabo, pensaba que era lo mejor y lo más conveniente. Arrastrar al cuerpo y privarle sustancia a este loco mundo mío de sombras y delirios por capricho y temor es innoble y indigno, pensaba.

¿Cómo puede permitirse a un enfermo vagar por las calles contagiando terror y enfermedad al mundo? No. El enfermo ha de encerrarse en su habitación y procurarse remedios y medicinas antes de cabalgar los montes de la realidad terrena.

» Además, siempre creí, enfermo como era, que si no me dedicaba a amar a nadie en particular, sería más capaz de amar al mundo entero en general. O todo el mundo es bello, o nadie lo es, decía. Y si el resto del mundo se vuelve borroso y tú eres lo único que existes…, ¡ah, qué tragedia! Solo podría escribir sobre ti y yo quiero escribir sobre todas las cosas.

» Siento que debo descender a la lóbrega mansión del horrendo y rencoroso padre, ahogarme en la inmundicia de mi soledad opaca y destriparme las aguerridas zarpas de oxidado cobre para descubrir, al otro lado del seboso manto, la bivalva sombra de brillante cutícula y su entera progenie. Mi vano orgullo prima sobre tu casto amor; (¡es verdad!); fíjate qué penoso: ¡tengo tanto que aprender…!

» Ay… ¿pero qué digo? Trato de justificarme tu desinterés y anestesiar la impresión de tu despecho… La muerte es el anonimato, digo. Pero lo cierto es que me has conocido y no me quieres. Esa es la verdad. Y lo entiendo. ¿Quién va a querer a un loco? Lo entiendo; tú necesitas un ser de mundo, un ciudadano ejemplar. Alguien que tenga una firma modélica, que no pase vergüenza al lidiar con funcionarios y que, sobretodo, no llame excesivamente la atención en un supermercado. ¡Ay, las virtudes de la mediocridad se dan demasiado frecuentemente por sentadas…! ¡Gente correcta!, qué mejor… Hay que saber dar pasos firmes en este montón de burocracia… y tú no debes hundirte. ¿Cómo se atreven a insultarte y decir que confundo una parte con el todo cuando yo, en esa parte, encuentro el todo? ¡Y mucho más y mucho más! Bah, pero da igual. Tú debes volar por encima de todo lo mundano… y para eso hay que firmar unos papeles y yo… yo no tengo firma. Razón no te falta, no: de *eso*…, ¡ni un pelo te falta!

» Ay… ¿Y qué soy yo sino un sucio don nadie? En mi currículum no hallarán los símbolos que me certifiquen como humano, no… La gente

como yo está destinada a la miseria y a la locura. ¿Qué va a ser sino de los que vemos al mundo señoreado por la osada desvergüenza, el circunscrito dolor, el fulgurante pecado y el previsto miedo? Así es. Así es como funciona el mundo y a los enfermos se nos prohíbe categóricamente la participación porque nuestra participación comporta el desmembramiento de la validez de esa participación. Sí. La gente como yo ha de encerrarse en su habitación y resignarse a la pobreza. Lo admito, ¡soy un despojo! Cojo como un payaso y ciego como un pez. Es así.

» Y tú… tú necesitas un ser de mundo, sí… Un ser *ser;* un ser que te abra las puertas y te invite a cenar, un ser que te presente orgulloso y con la cabeza alta, un ser que sepa vestirse y comportarse como es debido, un ser musculoso, inteligente, sensible, culto y todos los muchos otros adjetivos que yo aborrezco y rehuyo por lo incomprensibles que me parecen. Que vea películas y sepa hablar de ellas, que coma con mesura y hable con afabilidad innata, que cuando mire a los ojos te sientas recostada en un regazo de corteses amapolas y tupida hierba… Sí… Ese ser, *ese*… Ay, divino protohéroe… Tanto más héroe sería el héroe si se resignara a quedarse en su casa y hacer un fuego en la chimenea y beber té…

» ¿Y yo? Yo soy una caja de cartón, querida; una carta sin buzón. Yo canto canciones de otros siglos y otros logros sin querer unirme a la batalla por… ¡por orgullo! Esa es la razón, esa y ninguna otra. El mundo hirió mi honor y esta es mi pataleta… ¡Ah, ah, ah! ¿Que cómo lo hirió? ¡No, atrás, mordaz memoria; atrás, asfixia luminosa! No, no, no, no… Aquí, en el valle oscuro del presente, solo se quiere llorar sin recordar jamás la causa pues, al traerla a la luz de mi razón, se descompone y desintegra… No, no… Yo quiero llorar eternamente, ¡llorar eternamente!

» Y encima, por si mi infortunio fuera poco, desafino. Quisiera ser poeta y ni siquiera sé besar. Ay. No… a mi no hay que hacerme caso, querida. Jamás, jamás… Y si te hago reír es merced a mi desgracia…, qué bonito, ¿verdad? Bueno, por lo menos, (quiero que quede constancia de los límites que estoy dispuesto a traspasar en aras de tu dicha), ¡si tu risa provocara…,

si tu risa provocara, me hundiría en el más nauseabundo vertedero! Sabelo. ¡Me degollaba aquí mismo si así te viera sonreir! He dicho.

» Y sigo: tú aún eres joven… Yo… yo soy un viejo en un cuerpo ajeno. ¡Pero no hablemos de mi…, no! Tú eres joven de verdad, tienes la vida entera por delante. En serio. Tú *vivirás*. Vivirás y creerás que vives; vivirás y *sabrás* que vives. ¿Entiendes? *Vivirás*. Eso es importante. Yo no, yo no… Yo hace tiempo que vivo muerto y vago por el rocoso desierto de sueños y sombras. Estar conmigo… No. La tristeza es la peor enfermedad que existe: todo impide y todo detiene. Además, una vez la has conocido, ya no hay vuelta atrás… Ese agujero negro te perseguirá toda la vida…

» Pero… ¡pero! Arriba los ánimos, querido, ¡arriba! ¡Vamos, vamos! ¡Sí! Si en algún momento (sabelo), si en *algún* momento me rebelo ante mi destino y me convierto en un ser *de mundo*… Ah, entonces… ¡Ah, entonces! Yo, el que rellena formularios y aprueba exámenes con bolígrafos… ¡Sabedlo, mi divina princesa, sabedlo!: vos seréis el ángel al que apele y la cima a la que apunte. Y lo digo, ¡oh, dulce esperanza!, con el corazón en mis labios y el alma en mis ojos: ¡miradme! Sí, eres el Sol a mi tallo y la esfera a mi…

» Ay… Y si algún día lo consigo será gracias a ti, querida; será gracias a estas cuerdas que nos atraen inexorablemente. He soñado diez mil veces como tu silueta numinosa me conducía por la brillante escalera a través de la oscuridad y me indicaba, allá en el horizonte, el agujero de cielo que servía de salida a la negrura inerte en la que estábamos sumido. ¡Sí, exacto, como un iris, como un iris…! ¡Diez mil veces lo he soñado! Diez mil. Sí. Ya verás. Por ti me convertiré en alguien, ¡en *alguien*!, (¡qué mejor, qué mejor!) Y saldré en los periódicos y compraré el pan y la gente tomará en serio mi trabajo. Sí. Tengo el sueño, ¡lo tengo! ¡Puedo ver el porvenir! Sí… Además, las estrellas están conmigo…; me lo dijeron unas hadas.

» Tendremos hijos con la cara redonda y mirada de ángel y yo dejaré de ser un cachorro para ser un papá. Y, y… y bailaremos en el jardín como hicimos en nuestros sueños. Y un perro, ¡un perro!, y solo con mirarnos nos

entenderemos. Y te acariciaré la piel con el dorso de mi mano y te diré que eres el ser más bello de todos los seres bellos que han habitado este mundo y tu luz batirá para siempre a la negra, negra, negra noche y yo ya no creeré que allá donde miro veo diablos y monstruos porque tendré *esperanza*… ¡Fe! ¡Luz, amarillo, claridad, rosa! ¡Azul…! Ay… ¡Ay!, fragante ambrosía etérea de piedra manada…, tinte de sosiego y bondad… Veré la bondad que hay en cada partícula viviente y lloraré (¡oh, si lloraré, oh!; ¡tantos siglos reteniendo estas obstinadas lágrimas por temor y vergüenza a reconocer mis pecados…!, y con una simple caricia se desvanecerá el dique y descalzaré mi vanidad y se disipará el amargo contenedor aguijado y desnudaré mis miembros y no me sentiré desnudo, no, no me sentiré desnudo…)

» ¡Y nunca nos perturbará el burro silencio del amor viejo! Nunca nos seremos desconocidos. Nunca se asomará el odio y el rencor a saludar, porque todo lo hablaremos y nada callaremos… *Bah*, y si todo callamos y nada hablamos, y somos dos unos, y no un dos, y si el erotismo tentativo ha de ser fundamento de nuestra vulgar unión porque habitamos el mundo de simulacros… ¡que así sea, que así sea! Estoy dispuesto a vivir en una casa encantada por el fantasma de nosotros mismos si lo hago de tu mano. Estoy dispuesto a congregar la impureza de lo humano para poder conocer mejor tu amor.

» Y, ¡oh, no te lo pierdas!, la gente nos preguntará cómo lo hacemos. Ay, los humanos, ay… Inquirirán a ángeles la ingenería detrás de su sagrado vuelo y nos tendrán envidia… Y nosotros lloraremos por ellos y nos reíremos de nosotros y diremos que no lo sabemos. Que desde el primer momento en que nos vimos… que desde el primer momento en que me acerqué a ti —a ti, a ti, ¡a ti!—, brotaron en nuestro estómago dos imanes que, cuando tratábamos de separarnos, nos volvían a juntar sin esfuerzo alguno y, títeres del cielo y sus designios, nos entremezclábamos como partículas del mar para formar un solo ente. Sí. Piernas enlazadas y aires acompasados: dos unos para con nosotros y un dos para con el público… Y,

además, por encima de todo, nos reíremos de todas estas imaginaciones novelescas que infestan mi alma y la contaminan con…

» Sí, querida… Contigo lo noto. Estoy nervioso, tranquilo, agitado y en paz…; me repeles, me seduces, me provocas y me perdonas. Es una fuerza indecible. Me siento protagonista del soneto, ¿sabes? (*El* soneto, *¡el* soneto!).

» Y, todo sea dicho, ya que es momento de sincerarnos y vestirnos como personas: a veces pienso en matarte. Es verdad. Ay…, no me mires así… No, no…, ¡tú lo sabes! ¡El amor lo vuelve a uno loco! Sobre todo este amor caído… Eso es más viejo que el pan… Pero, ¿qué he de hacer? Si prefieres mirar a otro lado y hacer ver que no existo… ¡No! ¡Lo acepto! Que así sea. (¡Ay, por qué ensuciaré lo divino con las patosas zarpas de lo humano…!) Es parte del camino, lo entiendo, lo entiendo… ¡Tenemos tantas cosas de las que hablar! Ay, no, no creas que estoy loco, querida… Es teatro y nada más, mi amor, ¡teatro! Solo eso.

» Sí. Ahora viene la parte en la que te confieso que yo no creo en este amor y solo creo en aquel. Y tú me preguntas por qué sin saber siquiera de qué o de quién o quienes estoy hablando. Y entonces yo te suelto todas esas tonterías pseudointelectuales que pululan por mi cabeza mientras camino aburrido por la calle. Y te digo que yo, mi Yo, aquel ser que flota en un globo aerostático sobrevolando mi coronilla a kilómetros de distancia, no se enamora de nadie y por nadie se pierde; y que eso es un secreto que todo el mundo sabe pero nadie dice porque, seamos sinceros, al mundo no le interesa descubrir la verdad porque sin mentira no hay progreso y esas cosas…

» La libertad financiera, la paz espiritual, el amor de tu vida, o la felicidad materialista…, ¡eso mueve al mundo! Esa es la gran mentira que hace que todo el mundo consuma y que el mundo siga girando. Pero, ¡qué digo, qué hago…! ¿Cómo me atrevo a mancillar con basura política la pureza silente de tu belleza? ¡Impío que soy! Llevadme a la horca. Algún día callaré, ¡lo juro! Pero por ahora, sigamos blasfemando.

» Yo te diré que solo creo en un amor escogido desde la voluntad. Y te diré también que, en un intento de trazar una analogía que ilustre y desenmarañe lo enrevesado de mi pensamiento, el amor es como un río: empieza en la cima de la montaña, rápido y sorprendente; llega luego a las faldas de esta y se amansa —el tedio amenaza con quebrar su curso—, pero después, ¡después viene lo mejor!: el río desemboca en el mar. ¡Infinito y eterno y custodio de dioses! ¡Y el amor pasional busca rapidez, sorpresa, agitación carnal…! Pero el amor, el amor de verdad surge de la comunión de dos pensares silenciosos. Las dos personas escogen voluntariamente… Ay, ay… Pierdo el hilo; empiezo a estar muy cansado, querida, muy cansado… Mi poesía se ha vuelto prosa, qué horror.

» ¡Da igual! Sigo. He de seguir. El amor pasional es momentáneo y va en constante búsqueda de si mismo. Y llega a la parte baja de la montaña y se aburre y salta del río y se zambulle en otro con la esperanza de un nuevo y fresco asombro…, etc. ¡Como el cuento, exacto, como el cuento! Pero te estás perdiendo la mejor parte, caprichoso apresurado… El mar, amado, el mar infinito… Ay, estoy cansado… ¿Y la pausa, y la pausa? Sálvame de toda esta palabrería, por favor… Si alguien está escuchando esto: sácame de aquí, ¡sácame!, llevo una eternidad atrapado en mis palabras… No. He de seguir, he de seguir. ¡Por ella! ¡Por ella! ¡Ahó! La historia se repite, ay…

» ¡Oh, querida…! ¡Oh! Se ha de atravesar un paso muy angosto y peligroso para llegar a la cima… y las tinieblas se ciernen sobre la faz del abismo… y las tentaciones son muchas… ¡y brillan! Las hijas de puta brillan… Y te cegarán con su luz. Pero luego te darás cuenta de que te consumen y que roen tu carne hasta dejarte en los huesos… vacía, desnuda y desamparada en mitad de la tundra salvaje, congelada y desolada. Y, ¡ay…! Entonces verás que yo siempre he estado aquí…, esperándote, esperando a que renunciaras a los suntuosos obsequios del diablo y las hiladas tentaciones de Dios. Yo te he estado esperando aquí en la playa a que me cogieras de la mano y pudiéramos cruzar juntos el estrecho camino

sin mirar abajo, donde un precipicio dentado amenaza malograr nuestra travesía y busca intimidarnos para que perdamos el equilibrio.

» Pero no pasará nada, querida, y no pasará nada porque confiaremos en el Amor —¡sí!, con mayúscula, ¡con mayúscula, con mayúscula!— y su eterna sabiduría celestial de los más cielos más cielos del mundo celestial y lejano. Y nos miraremos a los ojos y nos cogeremos de la mano y caminaremos por la escarpada cresta para, al fin, llegar a la cima y fundirnos con los mares y los cielos y las nubes y los ríos. Y nos besaremos y nos abrazaremos en torno a doradas lágrimas mientras los ángeles entonen armoniosísimas melodías al oído, alzando hacia las más altas altitudes, en un estallido de luz y color, la gran gloria sublime del Amor que se elevará por los aires como fuegos artificiales y se entrelazará y se fundirá como el cielo del ocaso lo hace con el horizonte y el Amor, del que la humanidad ha sido, es y será siempre esclava, habrá triunfado para siempre y nos regocijaremos plenos de gozo en nuestra libertad infinita y eterna, que habrá sido vaso y recipiente de la perfecta pócima que habrá garantizado nuestra salvación.

» Amén.

—32—

Allá a lo lejos aparecen cónicas montañas insinuadas entre la niebla. No hay ni pizca de viento y la imagen parece petrificada dentro de una bola de cristal. Un camino de cemento gris, casi indistinguible con la nieve que puebla el paisaje, recorre su trayecto hacia las montañas del horizonte rodeado de matojos secos y mal recortados. Cerca del visor, hallado al principio del camino, el camino se bifurca hacia la izquierda y fuera de la imagen. Más adelante hay un globo rojo sostenido por un hilo de aluminio que descansa sobre el suelo en forma de espiral imperfecta.

Muchos destellos de luz, vagos y poliformes, brillan como papel quemado encima de una oscuridad profunda, muy profunda. ¡Ah, ah, ah! Todo está podrido y los gusanos se lo comen todo… Alguien ha debido romper la cadena de frío estipulada por los canones de sectorización higiénica que garantizan una minimización de riesgos como: la rotación del producto y su organización en distintas fechas de caducidad para prevenir la intoxicación provocada por una mala manipulación del producto que hace que proliferen los microbios y los microbios y los microbios y los… ¡Cómo me gusta el azúcar! Vale, ¿y qué pasa cuando no seguimos las reglas de las casas de muñecas a medida y obviamos las cualidades curativas de los altramuces y los suspiros de una máquina cansada mientras se acerca a rastras por las desordenadas estibas de un buque que quema al ser bebido? ¿Eh? ¿Alguien lo sabe, familia? ¿Alguien? Va, eh… Que esto no puede ser oye… ¡tanta gente y ni una mano levantada! ¿Sabéis que la participación sube nota? ¿Lo sabéis?

Una mancha ovaloide azul prusiano se difumina entre dos brazos de color beige que no llegan al borde superior y parecen barrancos. El cielo está rojizo.

Quien en tristes tierras cobije su sangre… harto preparado ha de estar para amarar su sonrisa… ¡Ay, amigos de cobre infecto! Ay, amigos de lazos tuertos… No os peleéis por un mismo sitio como palomas en un balcón, amados, ¡hay sitio para todos, hay sitio para todos!

Un líquido blanco esculpido como ente sólido se rompe en el momento que lo miro. Lo roto termina siendo un charco de leche y en la orilla del charco aparece una estantería irregular, roja y apaisada. Las paredes son de rojo oscuro.

La esquina de un lienzo dado de vuelta se asoma. Detrás de él, surge la figura de un pintor pintando un cuadro importante. Aparece y desaparece una manzana superpuesta encima de la imagen. La manzana es roja y de un rojo muy rojo. Una mano con un cuchillo corta la representación del pintor que, aunque es una imagen, al ser cortado, revela dimensionalidad. Como…

Shh… ¡Amor! Hay amor… Y yo sonrío como un bobo todo el rato… Estoy enamorado de la vida, ¿qué le voy a hacer? Ay, de poco me importa ahora que quien cree ayudar echando pienso a los pájaros provoca guerras mundiales y holocaustos nucleares. Todo es amor, todo es amor… Ay, ay, ay que se me sale el corazón, que se me sale…

Pero volvamos, volvamos al hecho antes de que las imaginaciones se corrompan demasiado…

El frenesí emocional del que yo, Max, era víctima hacía que la escritura del libro fuera una tarea prácticamente imposible. Cada día ocurrían problemas nuevos que demandaban mi atención y cuya resolución consideraba digna de ser narrada e incluida en el libro. Cada día me alejaba más del hecho y me inmiscuía más en mis pensamientos periféricos. El libro, si por mi fuera, sería infinito y nunca terminaría de escribirlo, decía. Eso queda muy poético decirlo pero, realmente, vivirlo es una tortura. Es similar a la tortura que vive una madre soltera que hace malabares y siempre está cansada y la vida siempre le habla y le necesita y le da golpes en la cabeza y no lleva casco, no lleva casco, no lleva casco… Pero eso es otro tema.

Además, también quería que la gente lo leyera, ¿no? Pues para eso, tenía que acabarlo. Era un hecho. Había un tunel dibujado con una sola línea repetida infinitas veces. Las líneas estaban tan cerca entre ellas, que la luz no se filtraba. Yo caminé la oscuridad infinita del túnel hasta que, en la mitad (y sí, queridos amigos matemáticos, sí, en la mitad exacta de un túnel infinito), encontraba una esfera perfecta hecha de mercurio flotando. Desde todos los ángulos, veía la misma imagen. Me moviera hacia cualquier lado, veía el túnel detrás. Era extraño porque, a la vez, también me veía a mi mismo moviéndome. Pero no hablemos de eso porque para comprender esos asuntos, temo que se ha de hacer un salto cuántico de unas proporciones indebidas para un ser humano de nuestro tiempo y época. Y con esto no quiero darmelas de visionario, en serio. Simplemente describo lo que veo en el otro lado. Todo el mundo puede verlo, estoy convencido.

Solo se ha de cerrar los ojos y esperar a que el mundo pinte miles de imágenes.

Pero… eso. Que solo a veces, queridos, solo a veces quería que el mundo lo leyera… Como mis estados de ánimo eran tan variables, las perspectivas sobre el mismo variaban cada día. Podría derivar lecciones de las descritas previamente pero… *Bah*. ¡Seguridad! Tenemos dos francotiradores en la salida esperando a mi aviso para acribillar a tiros a quien salga sin pagar. Ay, ay… Esas imágenes no, esas imágenes no… Pero lo primero que aprendes en un despacho es que tu voz vale lo que un tren a un piloto de aviones.

Además, para acabarlo, debía volver y revolverme en unas emociones que, cuanto más tiempo pasara, más extrañas se me hacían y, o intentaba adentrarme de nuevo en ellas revisitando las ciénagas de mi espíritu de antaño readquiriendo mis antiguas costumbres, o se me hacía prácticamente imposible corregir y narrar lo escrito anteriormente sin sentirme agriamente escindido y perplejo ante la visión de las excentricidades de un desconocido tan extremado en sus opiniones y alegrías.

Porque es esa una de las consecuencias más comunes del instante en que uno gana conciencia de si mismo y su papel y la pila que lo mantenía en piloto automático se funde: deja de hacer bromas y de participar en el *conundrum* y se escinde de si mismo, se separa y duda. Ah, pero ¿no calla mi voz solo cuando dejo de amar? Entonces, ¿es el amor fruto de la inconsciencia? ¿Debo abandonarme a la corriente del río? ¿He de olvidarme que estoy cada vez más lejos de casa y que sospecho no poder volver jamás? Bah, da igual, da igual… El lápiz no se desliza bien.

Mis oscilaciones eran, como decía, harto radicales: o era el mayor genio que había existido en la historia de la humanidad, o la criatura más despreciable que había pisado la faz de la tierra. No había *in between*. “Soy un dios. No soy nada. Ni siquiera os veo de lo alto que vuelo. Por favor dadme la mano, no quiero morir ahogado”, etc. Los días en los que me despertaba agradecido y orgulloso de ser yo y no otro, la gente me parecía

ridículamente pequeña y pensaba que, si yo no fuera yo, me hubiera suicidado hace mucho, mucho tiempo.

Esos días, corroído por la soberbia, confiaba en el libro y en su poder curativo más que en la más desarrollada ciencia; me sentía literalmente como un dios que acababa de parir al héroe que pondría fin a todo el sufrimiento del universo y haría que reinara definitivamente el bien: arreglaría entuertos, brindaría refugio, provocaría risa, estimularía la introspección, incentivaría la comprensión y calmaría la confusión. Todo. Todo en uno.

Los otros días, en cambio, eran horribles y muy difíciles de sobrevivir; no hay peor tristeza que la causada por la propia incompetencia, y cuando uno se sienta cara a cara consigo mismo y descubre su escaso talento, se desmorona y el alma se quiebra como tierra reseca. Aquellos días estaba tan avergonzado de mi mismo, que me cuesta ahora recordarlos; mi corazón, sabio como es y para garantizar su supervivencia, me los oculta.

Básicamente, ando convencido de que el libro es una mierda y de que escribir se me da asquerosamente mal y de que debería quemar y hacer desaparecer todo rastro que de él pueda haber dejado para prevenir a los paseantes venideros de tan indiferente descubrimiento. Porque sí, ni siquiera lo aborrezco, es pura indiferencia; algo así como: "Ah, muy bien. ¿Y?". Basura vacía, me parece.

Todo en él me resulta increíblemente confuso e ilógico y, por más que lo lea y corrija, no consigo que signifique lo que quiero. Me doy asco a mi mismo y no valgo para nada, me digo. Capto y rememoro en el lodo de mi memoria todo comentario nocivo que alguien me ha hecho en algún lugar y momento y, aunque no fueran originalmente así, encuentro la manera de interpretarlo para adoptarlo a mis fines autodestructivos. Todo el mundo piensa que soy un fracasado y tienen razón, creo. Y no veo más lejos. Mi mirada se turba y se cubre de un velo de arcilla.

Soy tan poco hábil en todo lo que me propongo que prefiero no intentarlo. Lo que a mi me cuesta horrores, a los demás parece salirles sin

ningún esfuerzo. Allá donde miro veo genios y gente con más talento que yo.

¿Y como no voy a ver genios dondequiera que voy? ¡La calle está llena de genios! Genios en potencia esperando pacientes a que sus receptáculos hagan despertar sus durmientes poderes y desaten el germen de inconmesurable grandeza que habita en su aletargado espíritu… ¡Pero ay! Yo eso no lo sabía entonces… ¡Oh, no! Lo sabía todo menos eso. Mi falta de humildad me prohibía reconocer la grandeza de los demás; sí, sí… eso hacía mi ciega vanidad pero…

En fin, que incapaz de verlos en pie en el mismo suelo que yo piso y endiosándolos llevado por un amargo ardor, me hundía y me escupía y me aplastaba el alma propia, castigándola y empequeñeciéndola como castigo impuesto por mi pasada soberbia. Ah, mi cilicio rechinante, que contra vigas topa y pajas obvia…

Aquellos días, yo, Max, el intento fallido de hombre, el dudoso, el fumador feto, el más abyecto bicho, veo como única salida el suicidio. Alguien que ni en el éxito ni en el fracaso se siente cómodo está destinado a morir, pienso. Amar u odiar resultan para mi el dolor eterno y dondequiera que huya es el Infierno, porque yo soy el Infierno. No estás hecho para el mando, desgraciado, baja la cabeza y húndete en el polvo, me digo.

Pero bueno, *I digress*. Volvamos al hecho, que lo echo de menos. Je, je.

Aquella noche, precisamente, después de tan estridente incidente, al llegar a casa me costó mucho dormir. Pensé en suicidarme mientras daba vueltas en la cama. Sería lo mejor, digo. Apartarme y dejar el camino libre, digo. Un último grito y *cap a casa*, digo. Embozarse en la brillante capa de chirlas cromadas y… Sí. Era la única forma que se me ocurría para salir de una maldita vez de este maldito sitio en el que nada me saciaba.

Subiría a la azotea y me dirigiría a la esquina izquierda, que miraba al mar. Era la que quedaba más lejos de mi casa y así molestaría menos y no caería en el jardín donde se regaban las plantas. No quería caer en mitad del

jardín y maldecir aquella casa para siempre; lo preciso era pasar lo más desapercibido posible, ya había molestado suficiente.

Podría hacerlo con una sobredosis de medicamentos, pero era mejor asegurar el tiro; tomando pastillas uno nunca sabía. Conocía algunas historias y… Sí, se tiraría por la esquina izquierda de la azotea y caería en la rampa del parking. Allí se daría cuenta algún vecino cuando saliera a trabajar por la mañana y llamaría directamente a las autoridades correspondientes.

Así, la madre y la familia se enterarían solo a través de ellos, cuya frialdad inhumana siempre es, por cierto, de gran ayuda en estos casos. Dejaría una nota simple y nada sensacionalista como:

Lo siento, no puedo más. Os quiero mucho. Lo siento.

Probablemente añadiría algo al pie de página como:

Por favor, no os fustiguéis; nadie podría haber hecho nada para evitarlo; es solo culpa mía.

No debía molestar más. Ninguno de los familiares o amigos debían sentirse culpables. Lo cierto, al fin y al cabo, es que era única y exclusivamente culpa suya.

Aclárese, por favor, que yo no contemplaba el suicidio como mera posibilidad intelectual o resultado filosófico ineludible ante la futilidad de la existencia humana. Yo, en aquel momento, realmente no veía otra escapatoria. Quería morir y desaparecer. Dejar de existir se me antojaba como la única de las medicinas. Nada, nada y nada…, lo único que veía era la nada. Y gente nadar en ella creyendo que se movían y gente girando desesperadamente alrededor de una peonza para intentar hacerla parar y…

En fin, que las primeras semanas serían las peores. En el barrio se comentaría la curiosa anécdota en cafeterías y quioscos. Harían,

probablemente, mención de alguna enfermedad mental crónica y lo relacionarían con algún suceso conflictivo de mi pasado. La historia acabaría cobrando vida y se comentaría con avidez en cenas familiares y reuniones de amigos. Como el cotilleo es, hoy en día, una divisa social de gran valor, se añadirían aderezos y condimentos aduciendo a la cercanía con algún integrante del círculo social del fallecido, es decir: yo, Max.

A pesar de mi casi inexistente vida social, al ser una muerte prematura e inesperada, el entierro sería multitudinario. Vendrían todos mis amigos del cole, con los que hacía años que no hablaba y me saludaban con reparo y prisa cuando nos cruzábamos por la calle. La recién adquirida revelación "sobre la fugacidad de la vida y la importancia de la salud mental", fruto de mi suicidio, estimularía notablemente sus niveles de consumo bajo el pretexto de que "hay que disfrutar de las pequeñas cosas" provocando su descenso a las más repugnantes costumbres y vicios que, en este mundo y por razones que desconozco, son vistas con absoluta normalidad.

Yo, Max, me convertiría en un mártir y mi historia se tergiversaría constantemente con fines didácticos y comerciales. La gente se serviría de mi figura para aleccionar a familiares y allegados y advertirles ante cualquier conducta que les pareciera admonitoria de un destino similar al mío para que no divergieran de la estructura ideológica propugnada en su discurso y así enmendaran lo torcido y rectificaran lo blando.

La familia y la gente más cercana serían los que lo pasarían peor, como es normal entre los seres humanos. Aún así, aunque el dolor de mi ausencia al principio fuera, como es lógico, punzante y aguerrido, iría paulatinamente desapareciendo hasta ser inapreciable. En momentos concretos, sin embargo, y probablemente provocados por algún estímulo externo relacionado con mi identidad simbólica, aparecería en su memoria mi recuerdo y ellos se asentarían momentáneamente en aquella agridulce nube, no sin hacerse un sutil reproche por lo poco asiduo de mi evocación.

Y así, como un árbol que se cae en mitad del bosque sin que nadie lo escuche, mi historia iría lentamente desapareciendo en las profundidades del tiempo hasta ser invisible…

Ese era, en parte, el pensamiento que me invitaba, sin ningún remordimiento, a imaginar esa clase de escenarios: yo, así como todos los seres que habían habitado alguna vez en la tierra, desapareceríamos como arena movida por el viento y no seríamos más que gritos propalados a un vacío eterno. *And… scene*.

Clap, clap, clap, clap, clap… A mi mente, entonces, vino la imagen de mi cuerpo desfigurado y rodeado de un charco de sangre negra en el crispeante asfalto de la mañana, ardiente y tembloroso por el sol matutino. No. No debía pensar en aquellos detalles. La idea, la idea era lo que interesaba. La forma que esta toma siempre es sucia y desagradable. *¿But is it?* Calla. Dejar de existir, desaparecer: morir, dormir… Dormir, dormir… No tener cuerpo y no tener nombre; oh, qué idea, ¡qué idea!

Sin darme cuenta y pensando en estas cosas, me dormí.

—33—

Alguien va componiendo este discurso en su cabeza mientras camina por la ciudad chutando piedras con los pies. Prefiere estar loco que aburrirse, dice.

Sin embargo, no lo hace de forma continuada; el defícit de atención propio de los jóvenes del siglo se lo impide, pero para mantener, dentro de lo que cabe, un hilo narrativo más o menos comprensible, hemos preferido representarlo como si así fuera.

Alguien, ya recuperado de tan intenso desamor, suspira a los cielos.

—Bien, bien, bien… Sigo rodeado de mierda, pero ahora, por lo menos, tengo la memoria de tus ojos… — dice enorgullecido de su ingenio lírico —. Además, lo nuestro nunca hubiera funcionado, nunca… Es imposible; tú

eres una alma cándida y yo un árbol de navidad. Porque, ¡ay!, yo te dedicaría mi vida entera, pero no tengo tiempo, querida, no tengo tiempo. Nunca hay tiempo para nada… ¡Hay ilusiones en las que pensar; ilusiones por las que luchar! No… Yo te querría toda la vida pero solo tengo tres minutos; después tengo cosas que hacer. Eso es. Y pues, ¡ya vale de tonterías! A *volver*.

Al cabo de un rato abstraído, Alguien se cruza con otra chica. Esta vez, ya cansado de enamorarse, solo la mira. Va con un acompañante, un *bulldog* mediocre que no se atreve a mirarlo y le lame los sobacos al príncipe del mundo creyendo predicarse a si mismo. El *bulldog* se interpone tímidamente entre Alguien y la chica. El *bulldog* es un *bulldog* y ladra mientras los niños juegan en el patio. Ella lo mira de reojo y le hace saber que se arrepiente profundamente de caminar junto a esa pared de cemento sosa y maquinal y corpulenta y, en ese nanosegundo, se imaginan una vida entero juntos…, etc.

Alguien piensa que así, todo es mejor; que las personas, como la naturaleza, son más bellas vistas desde lejos y admiradas por lo que realmente son: un sinfín de posibilidades y un infinito de potencialidades. ¡Qué exultante es ver naufragar una nave en un mar tempestuoso desde la prudencia del hogar! Ay… El objeto de estudio, libre de utilidad y sin que le sea impuesta ninguna necesidad por el sujeto, se torna puro e imperturbable gozo estético; las barreras se eliminan y todo confluye en un conjunto armónico de…

—Las montañas, por ejemplo —explica Alguien como si fuera un profesor universitario—, parecen suaves y aterciopeladas cuando las ves de lejos, pero a medida que te acercas, te vas dando cuenta de todas las irregularidades incómodas y feas que en realidad alberga (zarzas, arbustos, piedras, etc.) ¿Tendrá eso que ver con aquel antiguo mito? —se pregunta.

Y resuelva que sí, que muy probablemente tenga que ver porque los dientes se caen pero los ángeles siempre sonríen. Y sigue caminando y pensando. A ver, a ver… ¿Qué más cosas hay que pensar?, ¿qué más?

Entonces recuerda un poema que escribió sobre el imprudente cazador de los demasiados:

¿Què és això?

> Ramas amadas de agudas arcadas alcanzan en grado aquello que no agrava. En suspiro inefable el camino intrazable, Acteón en espera turba mi estela. La esconde y confunde y conmueve mi fiero… agrado (¡es mi sitio!). "No tientes mi esfera".
>
> Es cómico y triste y también desespera, con creces abruma al dios que no llega. En sutil abrazo inundo ceras tupidas: dedos opíparos de castas apáticas. ¡Áureo mi halo, vasto mi cielo!; inmerso en mi idilio sin par estrellado. Aquí estoy, curvo ovalo, recto y deforme, ansiando el Amor que la duda no amanse.

Ah… Recuerdo, miel venenosa, piensa Alguien, y se recrea en su sofista trabalenguas e intenta argumentarlo ante los acasos de un tribunal ficticio.

Antes de que pueda siquiera empezar sin embargo, un anuncio aparece delante de sus ojos e interrumpe sus pensamientos, instándolo a que coma *inmediatamente* con toda su familia. Él se siente culpable de no ser capaz de amar a los participantes de su secta y se pregunta (por enésima vez) si estará enfermo él o serán ellos los enfermos. Justo después aparece otro anuncio que le recomienda que mate a sus hermanos y se convence de que los enfermos son, definitivamente, ellos.

Alguien, manco de idolatría y por su sombra paseado, queda confundido y antes de que pueda asimilar y digerir y comprender lo que le dicen, la pantalla cambia de imagen y le enseña la foto de un chico joven, guapo, atleta, seductor y, al parecer, muy feliz. Alguien se pone triste inmediatamente porque no se parece al chico del anuncio.

El chico tiene la piel virginal como la seda, la mandíbula afilada y bien definida, las cejas lacias y repeinadas como las de un rey sabio y virtuoso, la frente canónicamente proporcionada y sin una gota de mugre, la dentadura perfectamente ordenada y más brillante que el Sol, y la barba crecida y abundante de forma orgánica y equilibrada. Sus ojos son almendras de oro, su cabello un trigal al viento, sus labios jugosos melocotones y su nariz un pétalo de flor.

Alguien, acto seguido, se ve en el reflejo del mismo cristal protector del anuncio y se da mucho asco a si mismo. La diferencia entre el chico del anuncio y él es tan aberrante que empieza a desternillarse en mitad de la calle.

—¡Ah, qué tragedia!—, grita—, ¡qué tragedia!; ¡no me parezco a los chicos de los anuncios, no me parezco a los chicos de los anuncios! ¡Ay, dulce pistola (¡dulce, dulce, dulce!), recuesta tus aristas en mi sien, lame con tus labios mis ardores y déjame acariciar la redención definitiva! Oh, *die Grosse Babylon,* enloqueces los ojos de mi espíritu con tinieblas y vidrieras…

Y se lanza de rodillas al suelo para implorar a los dioses que por favor tengan piedad y le hagan más parecido a los chicos de los anuncios. Que sino esto es imposible, dice; que si fuera más guapo todo me iría bien, dice; que si tuviera los dientes perfectos, o la mandíbula más marcada, o la piel más suave y la nariz más pequeña, o fuera un poquito más alto y tuviera la espalda menos jorobada entonces…

¡Ah, ah! ¿Cómo voy a ser feliz si no me parezco a los actores de los anuncios? ¡Cómo, cómo! Imposible, eso digo yo, imposible… *És de… és de jusgat de guàrdia*. ¿Eso quién lo decía? ¡Ay, ay! Y de repente, se saca un pelo de la boca.

—No, no, no, querido…—le susurra el ángel bueno al oído— *every guard is a prisoner and all the sinners saints*.

¡Pam, pam, pam! Just gimme some kind of sign, girl, oh, my baby… Ya está. No quiero más. Y un elefante se puso un sombrero y salió un principito rubio y muy majo vestido con una capa de estrellas y le dijo:

—Eh, amado, eh… Si no te tranquilizas no podré hablarte, ¿lo sabes, no?

Y el elefante levantó las patas de delante, como celebrando que, por fin, iba a poder aplastar a la serpiente que siseaba por debajo y una chica compraba pantalones (muchos pantalones) en una tienda de ropa que tenía mucha, mucha ropa. Y un payaso lloraba en los camerinos con el disfraz y el maquillaje aún puestos. Y la madre del payaso se paseaba por la casa con un cazamoscas y un cigarro. Se cierran las cortinas.

Divaga entre pensamientos ajenos y percibe (otra vez) que le insinúan que el mundo está construido en base a una mentira y que todos los que la mantienen en vilo son enemigos acérrimos, como aquel cuento que leyó hace mucho tiempo en el que había un rey tan calvo, tan calvo, tan calvo, que solo tenía cuatro pelos que lo convencían de lo contrario y el rey odiaba ser calvo con todas sus fuerzas así que cada día, al despertarse, preguntaba a quien se encontrara por los pasillos si lo veían calvo; "Hola, decía, ¿me ves calvo?; ¿te parezco calvo?", preguntaba tristón, desesperado y cabizbajo, y si la persona contestaba que sí, que, en efecto y como era obviamente innegable, estaba calvo y parecía, volvía el rey a su habitación a llorar; en cambio, si el humilde inquirido contestaba que no, iniciaba su día del mejor humor posible y se enfrentaba a cualquier tarea con decisión, firmeza y solidez de ánimo. Así, como los contratos y las batallas del reino necesitaban a alguien que las gestionara todos los días, los empleados del castillo y los súbditos del rey decidieron todos que nunca más le dirían que lo veían calvo y, así, el reino prosperó y todos vivieron felices y comieron perdices.

Y una vez recordado el cuento, le sorprende el estruendo de una valla de uralita cayendo al suelo y siendo agujereada por la punta de una viga protuberante, de manera que sobresale una esquina de la viga en la parte

central de la valla. En el pequeño promontorio se posa, de repente, una águila. Él se frota los ojos y se dice a si mismo que quiere volver a verlo y que quiere volver a verlo. Tanto y tan fuerte lo desea, que su deseo se cumple, solo que esta vez, mientras el águila se posa en la viga, otra águila idéntica se posa detrás suyo en una rama hecha con pintura que gotea hacia arriba. A él le extraña mucho, pero como ya no sabe qué esperar del mundo y de si mismo, lo acepta con naturalidad y sigue caminando.

Ahora, a su derecha, pasa por delante de un tapiz de hilo ancho y color crema, con figuras destejidas que cuelgan del mismo y simulan ser hombres con prendas de distintos colores y tallas.

Entonces se da cuenta de que tiene frío y, apresado por este, entra en una estación para cobijarse. Se sienta durante un rato y viendo a los pasajeros caminar ajetreados por la estación —unos en una dirección y otros en otra —, se le ocurre un cuento y lo escribe rápidamente en su cuaderno.

El cuento

Había una vez, en un mundo muy, muy lejano, nació un chico con una herida en el alma. La herida le dolía terriblemente, hiciera frío o hiciera calor. Visitó a los mejores médicos de la provincia pero ninguno pudo hacer nada porque nunca habían visto una herida semejante.

Aún así, frustrados por su incompetencia, todos los médicos le hablaban, de forma un tanto esquiva e inconsistente, de una flor misteriosa, la flor más hermosa de todos los tiempos y que, según decía la leyenda, podía curar cualquier enfermedad.

Desesperado, les preguntó dónde podía encontrar esta flor, pero los médicos no se aclaraban; unos le decían que debía caminar hacia un lado, y otros hacia otro. El chico, atormentado por el dolor, se prometió buscar por todos los rincones y escondrijos del mundo.

Buscó en las nubes y buscó en las cuevas; buscó en los mares, y en los manantiales, y en las copas de los árboles, y entre los arbustos. Fue de planeta en planeta, de estrella en estrella, y de galaxia en galaxia. Recorrió el universo entero en busca de esa flor. Cada día, desde que se despertaba hasta que se iba a dormir, sólo pensaba en aquella flor. Se la imaginaba tan hermosa…

Después de buscar y buscar y buscar… se sentó, derrotado, encima de una roca. Allí, cansado y derrotado, vio la vida pasar delante suyo.

Vio aventureros explorando decididos los caminos; vio intrépidos viajeros apartando valientemente la hojarasca en busca de algún escondido tesoro; vio naves y animales; ogros y fantasmas; males y bondades. Unos iban hacia un lado, y otros iban hacia otro; algunos huían del fango y otros se zambullían en él.

El chico miraba con tristeza aquel vivaracho espectáculo… y pasaron meses, años, lustros, y siglos… Entonces, su cuerpo empezó a pudrirse. Su piel y sus músculos se descomponían dejando al descubierto el desnudo esqueleto, que acabó también por trocearse con las cenizas y fundirse con la tierra.

La tierra, bondadosa y comprensiva, vio que el hombre que ahora la nutría, había sido un hombre bueno, honesto y valiente y, mezclándose con sus pieles y sus huesos, hizo brotar la flor más hermosa que jamás se había visto.

Así nació, entre el barro y las nubes, la única flor capaz de curar a todas las personas de este mundo que nacían con una herida en el alma como la que él había tenido.

Una sublime tranquilidad se apodera de él tras acabarlo. Su corazón canta con júbilo su reposo equidistante.

¡Qué bendito gozo genera la paz del entender!, exclama. La vida, aún con todas sus imágenes, sigue su curso; la muerte y su dedo prohíbido no me inquietan en absoluto. ¡Qué precioso estar cerca; qué precioso estar lejos! ¡Qué precioso admirar las estrellas y ver como se estrellan! Ir, venir, subir, bajar, amar, gritar… Llorar en silencio el silencio y ver mi amor distar de toda sombra y forma… Qué precioso devenir y qué precioso es ver venir…

Su susurro, su caricia, ¡su burla y su mentira! Qué precioso es ver venir y qué precioso es devenir… Miles de milagros innombrables me aguardan detrás de las puertas de lo anecdótico; ¡he sido invitado a la fiesta! Miles de orlas de banderillas coloridas cuelgan de una carpa de un circo y salen disparadas desde mi barbilla al infinito. ¡Que caigan sobre mi las dulces serpentinas y anuncien trompetas mi llegada! ¡Ya estoy, mamá! ¡Ya estoy, papá! Me dan la bienvenida danzas sinuosas y me ciegan la vista chispas y destellos. ¡He sido invitado a la fiesta, he sido invitado a la fiesta!, grito orgulloso. Soy recibido con trajes de gala y sonrisas. Se ha cumplido la profecía. Yo, el del estigma en el entrecejo, bañado en marmitas y con besos de ninfas irrigado, llego al manantial de luciérnagas y bebo, bebo, bebo… ¡Bebo hasta emborracharme! Colmo la lengua de durmientes y brillantes espóras y…

Ay, me acordaré de todos vosotros, me acordaré… Y allí os daré las gracias cada noche, os lo juro. Y trabajaré día y noche para que todos podamos recibir el bautizo de la gracia eterna, creedme. No dejaré que ninguno de vosotros se quede atrás. Ninguno. Desde el más bajo al más alto, desde el más feo al más guapo. Llegaré a la montaña más alta para que todo el que esté abajo me escuche. Tanto tiempo perdí en el boca oreja… ¡Ay, ay! Y cuando brinden… sabedlo: un rey no es más que un esclavo y el que sigue no es menos que el que lidera. Yo, gablete del teatro de sueños y cerebro de raíces eternas, digo: somos todos peones y todos esclavos. Hoy, aquí y ahora, puedo tocar mis recuerdos y vivir el futuro. Rezo.

Rezo ante el cielo por un Sol nuevo que alumbre sin memoria y acoja esta esperanza ensombrecida. Rezo ante el cielo por un Sol nuevo que destierre la suciedad de tantos ojos ciegos. Rezo ante el cielo por un Sol nuevo que nos deje abrazar al otro en la bandera común del horizonte. Rezo ante el cielo por un Sol nuevo que reconstruya las cenizas y eleve nuestra vista. Rezo ante el cielo por un Sol nuevo sin tanta herida y que aún no haya aprendido a quemar. Rezo ante el cielo por un Sol nuevo que se erija verdugo de nuestro renacimiento y orquestre nuestros pensares en armónica sinfonía. Rezo ante el cielo por un Sol nuevo, rezo ante el cielo por un Sol nuevo, rezo ante el cielo por un Sol nuevo. ¡Hola! Me voy. Me despido; ¡encantado! Ay, ¡la fiesta, la fiesta! Ya me olvidaba. Y escribe otra poesía:

Yo

Rey, mendigo, mago y profeta;
barro, ceniza, ave y cometa.
Soy dios, soy hombre, soy hambre y augurio;
soy Cristo, horizonte, aguacero y repudio.

Como Atlas grisáceo y lucero arrastrado,
soy dueño, dedal, y también sonajero.
Habitante de nombres, Hefesto de auroras,
soy hoja, soy viento, guardián y hechicero.

Nada yace lejos, y todo me enamora;
del cielo su brillo, del suelo sus horas.
Cúspide y hoyo, mi Amor los regenta,
celeste y abyecto, compra toda venta.

¡A mi los ufanos, humildes y castos!
¡A mi los colores, sencillos y vastos!

¡A mi los deseos de flema biliosa!
¡A mi los ardores de argucias vidriosas!

Soy dios y soy hombre; soy oro y soy cobre.
Soy niño valiente, indefenso en su audacia;
soy Cristo, corriente, corona y desgracia.
¡Me aúpe el temor y la sed solo sacie!

¡Entonen las ranas con pueril infamia,
cual ángel en mugre su destello baña!
¡Que brinden los astros; rían mi caída!
Soy cien y soy cielo, amante y abuelo.

Yo, Fausto, soy voz, pecado y bandera;
meteoro, pantalla, silencio y corchea;
desnudo, bodega, diva y poeta;
batalla y auspicio suenan en mi esfera.
¡Ahó!

Descontento, acaba el poema, lo arroja al suelo y lo pisa hasta que las letras se confunden. Le recuerda demasiado al mundo y las cosas del mundo parecen demasiado densas y demasiado, en definitiva, cosas. Eso no le gusta. Él quiere levedad e ingravidez.

Una vez el poema no es más que trizas y cadáver de lo que una vez fue, arranca sin freno hacia algún cielo bajo. Ahora le acucia la muchísima vergüenza que le causa dárselas de santo y de iluminado y se odia a si mismo, así que se arma de anclas las manos y se prepara para descender en picado. Siempre, siempre, siempre, por cierto, se odia a si mismo. Haga lo que haga, se odia a si mismo. Es todo una farsa y una triste pantomima, piensa.

Pero sabe bien que en los momentos en que su alado vuelo despega del suelo y se olvida de si mismo y se entrega a la luz y la luz se entrega a él, o en los otros momentos en que come poco y bien y cuida su salud y medita y optimiza toda su energía en movimientos ejecutados con la plena consciencia de estar ejecutándolos y toda su atención se fija en un solo punto y realmente hace lo que está haciendo y piensa lo que está haciendo y hace lo que está pensando y todo se alinea en un perfecto dominó vertical, no está interpretando ningún papel. Y eso lo sabe. Y la Verdad que entonces lo baña es indiscutible.

Pero ahora no es momento de pensar en eso porque está en otro *mood*. Ahora quiere ser el fumador de muchos cigarros y tener bolsas bajo los ojos soberbios de párpados caídos y sonrisa búdica y luciférica y… rellenar el prototipo de escritor arrogante y artificialmente desengañado que tiene en su cabeza. Y así, despistado como va normalmente, da un paso en falso, resbala, y queda colgando con los dedos de un barranco altísimo.

—34—

Al día siguiente me desperté atravesado por una gran culpa, probablemente causada por mi pereza del día anterior y el lamentable espectáculo ofrecido. La misma duda seguía acechando mis cielos: ¿debía someterme a mi temperamento atrabiliario e inestable, resignando mi exagerada ambición a un sufrimiento objeto del fracaso (siempre entendido, desgraciadamente, en términos comerciales); o debía, por lo contrario, tratar de materializar mis deseos y fantasías aunque mi melancolía dictaminase ensoberbecida su evidente inutilidad? Es decir, ¿debía o no debía escribir el libro? O aún más simple: ¿debía hacer o debía no hacer? O… *Bah*, da igual, ¡qué insípida tortura la de escribir en este siglo!, todas las ideas están cogidas. Para algunos será un alivio pero para mi es una tortura.

La cosa era que, hiciera lo que hiciera, no era dueño de mis actos. Quizás esa era una excusa para ahorrarme la culpa que conllevaba alterar activamente la realidad física… Quizás una altisonante argumentación para defender mi inacción política… Quizás, quizás, quizás… ¡Claro! Si decía: "Allá donde llegue, he sido llevado", ninguna culpa podía recaer sobre mi, imposible. Bueno, posible era, pero sería una posibilidad resultante de un elaboración discursiva con claros errores en la lógica que lo sustentara. Sin embargo, ¿estaría mintiendo? ¿Es que *yo* no era siempre el resultado de factores que escapaban mi control? El *más* con el que me conformo no es sino un antiguo *igual* que yo no escogí. ¿O no? ¿Y es que…? Da igual, ¡da igual! No iba a ser yo quien resolviera la cuestión.

Como iba diciendo, yo vivía, como aquel otro, entre la prosa y la poesía. Mi *un uno* era la ambición, mi *un otro* era la modestia. Y temía no decidirme nunca. ¿Debía ceder ante mi ambición o ante mi cinismo? De ambos me arrepentiría y en ambos aprendería, eso estaba claro.

Si cedía ante mi tristeza, siempre me preguntaría qué hubiera sido de mi vida si hubiera cedido ante mi ambición; en cambio, si cedía ante mi ambición, me preguntaría que hubiera sido de mi vida si me hubiera resignado con mi tristeza. En uno me sentiría culpable por entregarme a los tentáculos centelleantes de la fama, en otro me sentiría culpable por no haber podido trascender mi tendencia a la melancolía.

En realidad, ahora que lo miro con distancia, sé que es una decisión que no me pertoca a mi responderla. Yo no tengo las herramientas para vislumbrar mi futuro: solo mi corazón ve donde mi cabeza se pierde. Aún así, en aquel momento, daba tumbos entre ilusiones y montañas de ceniza. De hecho, aún diría más… Mi único sufrimiento provenía del hecho de que no sería capaz de convertirme en el ser humano más famoso de todos los tiempos, y esa era la verdad. Como ningún exito conseguido se adecuaba a mi ambición, me ponía triste. Y como me ponía triste… ¿Y el hecho, querido? Ahora no, Max, ahora no. Vale. ¡Regodéate en tu duda…! No sé…

¿Y aquello otro? Da igual, da igual. Vamos a maquillar mi tonta adolescencia con maquillaje de gama alta para ver si así… *¡Ahá!*

Eso: ¿debía luchar por que el arte alcanzara su debida consideración social, integrándolo en el mundo y obedeciendo a sus mandatos mercantiles porque amaba demasiado al arte para hacerlo por amor al arte; o debía resignarme con un trabajo mediocre y precario que me diera el suficiente dinero para poder crear sin tener que subyugar mi trabajo a las exigencias del mercado? ¿Era una duda real, o una paradoja? ¿Terminaría siempre insatisfecho, perseguido por mi pasado allá donde acabara? ¿Debía alzarme contra un piélago de calamidades, ser dueño y capitán de mi destino, saciar mi fantasía erótica capitalista e inseminar la gran vagina del mundo; o sufrir los golpes de la insultante fortuna, oscuridad y perdición, y cumplir mi destino de morir soñando a las orillas de aquel río infranqueable?

Ya está, ¡estoy perdiendo la razón! gritaba. Mi vieja espada se rebela al brazo. ¡He aquí lo más duro! Yo, víctima de un padre asesinado (el Padre, ¡*el* Padre!), debo desahogar, como una prostituta, con palabras infértiles mi pobre corazón. ¡Ay! *My achy breaky heart*… Mis lágrimas turban las límpidas aguas y fluyen por un rostro que no es mío. *¡Bah!* ¿Importa algo de todo esto? Muero contigo, y muero sin ti, *uptight in the city and cold at home*: y pues, ¡al polvo, al polvo!

Y como llevado por un cohete rosa y ovalado con la cola de cien mil dragones centelleantes, cuyos fulgurantes contornos galácticos chisporroteaban al contacto con el azul glacial del espacio vacío, salía a pasear. Deriva situacionista lo llaman algunos, pero más comúnmente se conoce como paseo.

¡Ah, cuánta gente guapa! ¡Cuánta, cuánta! ¡Gente, gente, y más gente! ¡Rostros! *Woohooo*…¡Qué bonita era la vida, que bonita la ciudad!, pensaba en mi exaltación y, disparado por resortes y llevado por ángeles, llegaba hasta el centro sin siquiera darme cuenta. Allá veía bohemios. Ay, los bohemios, pensaba… Aquella gente me perdía los sesos y me robaba los

ojos. Esa gente *sabía de qué iba la movida,* seguro. ¡Miradlos con sus contoneos decididos y su pasividad peliculera! Ay, ¡ay!, los bohemios…

Yo, burgués e inseguro, nunca iba a ser como ellos. Una vez, recuerdo, intenté vestirme como ellos y peinarme con sus pelos. Pasé mucha vergüenza y tuve que volver a casa a cambiarme. ¡Bueno, bueno! Ellos nunca iban a ser como yo. Eso me consolaba. Además, esta fascinación duró poco; hasta que los conocí, de hecho, y me di cuenta de que eran personas normales que veían películas y cantaban canciones y hablaban de las películas que veían y de las canciones que cantaban. Desde entonces… Oh, no, no; sigamos con lo de antes.

En mi cohete, llegaba hasta el mercado, y me era revelada la razón de mi aversión a toda exposición (*chim pom*). (Perdonadme, hoy estoy un poquito imbécil). Las persianas bajadas, el silencio crujiente, los arañados techos y la sórdida luz que musitaba susurros arenosos a mis espaldas, invadían las partículas del aire vitrificando sus conquistas de tal forma que…

Pero bueno, a lo que iba, que la comercialización de un producto eliminaba su finalidad original y… el público, obligado a observar el producto como potencial mercancía o servicio… Eh… No. Lo siento, seguro que hay alguien con más talento que yo que ha hablado del tema de forma más precisa y menos confusa. Además, era todo una excusa para servir a un mismo fin: la construcción de una ideología que justificara mis defectos. ¿Pero esos defectos…? ¡A callar! Por Dios bendito, parezco un loro.

El asunto era que, habiendo entrado en el mercado, éste estaba cerrando. La escena me había conmovido y pensé que se podría hacer una instalación artística gigantesca con el mismo escenario. Al hacerlo, por eso, le estaría quitando la vibración característica de lo vivo empaquetándolo como espectáculo para el recreo estético, moral y/o intelectual de los visitantes y que, precisamente por estar siendo expuestos a la escena a sabiendas (conscientemente o no) de que era una recreación artificial de una situación verídica, no la disfrutarían con la magia que le dotaba su espontaneidad.

Aún así, pensé también, quizás… pero me callé y no seguí pensando en el tema porque me vi muy cojo en el asunto y para cojos ya está Hefesto. Después se me ocurrió que todo lo que decía y pensaba se refería a los mismos sucesos que ocurrían en el mismo libro y su naturaleza y me choqué contra una pared por que iba muy despistado. No pienses con nombres, no pienses con nombres… Pero ya era demasiado tarde porque había pensado con nombres y cuando abría los ojos del corazón y cerraba los del mundo y miraba mis pensamientos, ya no veía pensamientos sino los rostros que había visto en mi vigilia y con los ojos del mundo.

Y me puse triste, muy triste, porque mi idea principal había sido, por amor a la horizontalidad y la igualdad y la fraternidad y la libertad de todos los seres indistintamente de su clasificación en el árbol de categorías, escribir todo el libro con minúsculas…, pero después me di cuenta de que tendría que borrar también los puntos y las comas y las comillas y las sangrías y los acentos y los nombres y las letras y las palabras y las frases y las páginas y el lomo y las portadas y las contraportadas y, en definitiva, el libro entero y las manos que lo han escrito y los brazos a los que están adheridas y el tronco del que surgen y las piernas que lo sostienen y la cabeza y mi identidad y mi existencia y mi casa y mi barrio y mi ciudad y toda la gente que construyó mi ciudad y la gente que la mandaba y las leyes por las que se regían y la gente que las escribió y los objetos en los que se inspiraron y la idea de justicia y la idea de Dios y la idea de idea y la esta y la aquella y la corta y la larga y la… y la… y la… y la naturaleza y sus divisiones y los espejos y reflejos y los colores y las líneas y los puntos y… bueno, tout court, el universo entero, así que bajé la cabeza y dije que sí, que sí, que lo sentía mucho y que no lo volvería a hacer y que me había equivocado.

Por estos pretenciosos lares discurrían mis frenéticos pensares, cuando me crucé con una señora que falló en su intento de meter un papel arrugado en una basura desde lejos y siguió caminando. El papel lleva tu nombre, el papel lleva tu nombre, debió pensar, porque tras seis o siete pasos, mientras

yo ya cruzaba la calle, volvió y recogió el papel del suelo y lo tiró en la papelera.

Y el Jesucristo del mundo sonríe, pensé. ¿Y por qué veo a tanta gente corriendo?, pensé también. Porque estaba viendo a mucha gente corriendo… Un número inusualmente alto de gente corriendo. Mucha, mucha gente corriendo. Y todos iban vestidos como uno ha de vestirse para ir a correr… Y yo no parecía vestido para ningún *endeavor* concreto… ¿A dónde iría yo si ni siquiera iba vestido adecuadamente…? ¡Ay, ay, ay! Qué soez vergüenza me provoca el espectáculo humano… Pero… pero si sentía vergüenza por ir vestido, ¿no sería porqué…?

¡Ah! ¡A callar, a callar! Recuerdo muy bien a mi amigo… Mi amigo… Mi amigo me dijo que la serpiente era demasiado larga para ver la cabeza o la cola y que la escalera era infinita y que había que caminar, caminar, siempre caminar. Así: un paso con la derecha y otro con la izquierda; uno con la derecha y otro con la izquierda… Y yo le pregunté:

—Y no te desespera, querido amigo mío, alma de mis amores y maestro de mis andadas, látigo de mis querencias y apeador de mis apetencias, poder imaginar la populosa turba de maltratadores icónicos vestidos con máscaras de madera que representan el dios llorón y los niños montados en caballos de plástico y metal mientras gritan, ríen, mastican aire y llaman a su mamá y a sus padres porque todos lloramos para que nos den de mamar mientras los susodichos se congregan en jaulas para aplaudir como locos un desfile de tontos y… y…?

Pero él, sabio como era, chamán de pueblos y amaestrador de adolescentes y niños ingenuos (entre los que me encontraba yo, por cierto, a mis cuarenta y pico años), me repuso que no riéndose y riéndose y riéndose con un fa sostenido en el éter que hizo que emasculara mi masculinidad y la subyugara al gran hombre para rendirme definitivamente ante él y aceptar que me tiraran con los leones para que comieran de mi cuerpo y mi sangre mientras yo lloraba y desfallecía y me sentía culpable, culpable de todo, por todo y ante todos, ligero como una pluma y frágil como un globo, y los

leones y las fieras y los cerdos y las hienas me hacían fotos a escondidas y me gritaban por un nombre que no era el mío y yo respondía (¡respondía!) porque ¿qué otra cosa había podido hacer, mi querido Cástor? ¿Qué otra cosa? ¡Tú has de entenderme! ¡Tú por encima de todos los demás has de entenderme! Tú, domador de la naturaleza y gemelísimo ignorado… ¡Ay, ay! ¿Qué iba a hacer sino? ¿Eh? ¡Tenía que exponerme ante el mundo desnudo para que me juzgaran! ¡Yo no quería ser como aquel tercer hijo! Aquel pobre desgraciado que escondió sus talentos bajo montañas de arena porque temía la furia de Dios… Alguien tendrá que sacar la basura, digo yo. ¿No? ¿En chándal o en frac? ¡Da igual como saques la basura! La basura es basura. Ya he vuelto a cagarme.

Ah, ah, ah… Y ahora, ahora… Ahora he sido condenado a confundir la poesía como realidad y pienso con nombres… ¡Oh, no, cajones inmundos son los nombres, cajones llenos de inmundicia y suciedad que parecen ordenados y pulcros por fuera…! ¡Ay, ay! Y recuerdo más lo imaginado que lo vivido. Y lo real, lo real… ¡Yo, que quería morir sabiéndome Alonso Quijano y no un villano atroz! Ahora me enterrarían como Don Quijote, lo sabía, con una armadura de cobre oxidado y una mata de bellas orquídeas como cabello.

Ay, ay, ay… Pero volvamos, volvamos al hecho que me está dando dolor de cabeza… ¿De qué hablaba, de qué? Ah, sí… De las cumbres borrascosas de mis idilios olímpicos… ¡Correr! Correr para llegar antes a la flatulencia de la serpiente… Porque de ti nacerá una raza… De tu vientre, de tu seno…

¡Será para parecerse a los modelos de Instagram!, imagino. Sí: correr adelgaza muy rápido, ensalza los pómulos y rebaja la papada. Yo, que aquella mañana había estado apreciando apesadumbrado el Sol falso de mis novelas con largos periodos de ensoñación entre líneas y capítulos y aún arrastraba, alma joven e impresionable como era (que, por cierto, sabía muy bien el amigo del que os he hablado antes ya que, una vez, pasado el rito ceremonial de mi iniciación en el clan y carnalizado con un saludo de mano con mano y cuando ya paseábamos por la calle y me vio mirando con los

ojos abiertos como un niño a las tiendas y las chicas y los chicos y los chicles y los salientes de los edificios y las rocas y los árboles y los semáforos y los acabados de los vestidos, etc. me manifestó que la Verdad estaba oculta y se aseguró, después, de si sabía o no a lo que se refería), las reminiscencias de un patíbulo sin cortinas, cuando los vi, pensé en mi audiencia y en que les diría que sí, sí… que correr está muy bien, *but have you seen this? Have you? Have you?*

Y señalaría un cartel que, encima de un coche, pusiera: "Estar todo el día en casa leyendo y fumando cigarros mientras la melancolía te carcome las entrañas". *¡Woohooo!* Cafeína literaria por vía intravenosa.

Justo después pensé que al día siguiente saldría a correr, no para parecerme a los modelos de Instagram (aunque también —he de reconocerlo—, porque mi vanidad aún me pesaba y mi bienestar y mi autoestima aún dependían, desgraciadamente, de mi apariencia externa), sino porque la ligereza corporal conlleva ligereza espiritual y todo eso. Nietzsche lo sabe y Simone Weil también, añadiría con un pasivo orgullo y expirando suavemente el humo de un cigarro.

Después de hablar largo rato con vosotros, quedé con Gris. Recuerdo creer que estaba enfermo y ponerme triste por saberme incapaz de amar a alguien. O no, mejor dicho, recuerdo pensar que amaba tanto a todo el mundo, que dedicar especial atención a una persona concreta se me antojaba egoísta. Sobre el veneno que suponen al alma espiritual las amistades particulares y demás hábitos evitables si quiere entablarse… ¿Cómo iba a clavar en una sola doncella los ojos que debía al mundo? ¡Para un dios todo es bello!, decía. El perro que me cruzo y me mira con el alma elevada y me saluda; la sombra del suelo que dibuja en la acera un rostro; la nube oblonga que traza en el cielo mi pensar y la suave brisa que alucina mi químico tensar; ¡a todo lo amo por igual!

Sin embargo, en mi lucidez espiritual, me sentí humanamente pusilánime y enfermizamente lacónico. No dije nada ni exterioricé mi malestar por miedo a hacerlo tangible porque, como es bien sabido, pecar en

silencio es como no pecar. Pero… pero si no me dejaba llevar por las emociones que habían movido al ser humano desde que existía, ¿qué era, eh? ¿Qué era? Pues eso: nada, absolutamente nada. Otra cosa, pero un ser humano seguro que no. Y yo la amaba, ¡claro que la amaba! Pero no sabía cómo hacerlo… Y todo movimiento se me antojaba erróneo, y toda palabra una mentira.

Ay, queridos… A veces, a veces… A veces… No sé… A veces, todo… No, no… No puedo decir nada… Pero es que… Ay, ay… No, no… ¡Basta! ¡*Al fet*! *Albeit*… *Shhhh*.

Me sorprendía a mi mismo emitiendo juicios sobre asuntos de los que no tenía conocimiento alguno, hablando largo y tendido sobre mi relación con *x* y convencido de las sensaciones que *x* me evocaba aunque fueran simples deducciones pobres y muy mal formuladas. El decalaje que se daba en todo proceso comunicativo se acababa trasladando a todas las instancias de la realidad, que se me mostraban como piezas imperfectas de un conjunto forzosamente encajado.

¡Ay de mi y mi esclavitud!, lloraba mi espíritu en silencio. ¿Qué es esto? Veo a la verdad deshaciéndose entre mis manos como hielo en primavera… ¡Tú, vida incontestable, no preguntes tanto y respóndeme!

Y así, lentamente, los hechos fueron difuminándose en el oceáno de mi errante pensamiento, cada vez adquiriendo menos y menos importancia. No vivía en el mundo, sino en un eco del mismo, y con cada paso, el eco se hacía más ensordecedor, enfermando mis ojos y ahuyentando la raíz.

Pero vuelve, Max, vuelve… Por favor, necesito tierra firme… ¿No ves esa bombilla? ¿Y esa pared? ¿Y ese ventilador? Está todo muy bien. Míralo. ¡Ay!, *beatus ille* que… Sin reglas ni recomendaciones. Adiós.

—35—

Es broma. No se queda colgado de ningún lado, pero he de manteneros en vilo y despiertos de alguna manera. Os he de hacer creer que, al fin y al cabo, *esto* tiene que ver con *aquello* y que no es todo un desbarajuste de malandantes sinsentidos. Mi vida transcurre sin que yo entienda nada de lo que ocurre, ¿por qué iba el libro a ser diferente?

Dicho esto, Alguien se acuerda de que está volviendo a la fiesta.

—¡No, no, no…! No quiero volver entre los hombres—, pensaba antes, receloso de mi círculo—; yo quiero estar para siempre arrullado en la cuna de mis ensoñaciones, donde nada ajeno me pervierte y todo pensamiento me contiene. Allá aislado, en mi amada celda solitaria, me siento uno con todo lo viviente y, tan lejos como estoy del objeto que observo, me siento abrigadamente cercano por lo que sea que sea… Aquí, en cambio, aquí… Aquí, cuando teóricamente estoy dentro y más cerca, todo se disgrega lejos de mi en un caos polifónico que mi alma no consigue abarcar por mucho que se esfuerce… Pero ay, ¡ay! Ya vale con el látigo, ¡ya vale! Tengo el alma floja, no podré resistir mucho más…

—Ve a la fiesta, querido, ve… ¿No recuerdas, acaso, cuando vociferabas preferir que te comieran las arañas y vivir bajo el amparo de un sometimiento irreversible, a saborear los agridulces frutos de tu dura y casta libertad? ¿No? ¡Idiota! Recuerda, recuerda. Si hay Verdad en algún sitio está en la memoria, ¿no lo sabes?

» ¿Tampoco recuerdas, acaso, cuando imaginaste meterte en aquella atracción de aquel parque temático que prometía ayudarte a llegar a la undécima estratósfera vestido con un neopreno de superhéroe y convencido de ser aquel jovencísimo semidios, y cuando salías del tubo disparado y creías tener al alcance el átomo que de todo es centro y en la punta de la mismísima lengua, caías de repente agarrado por una cuerda flexible atada a ti con un arnés de espinas al mismo tubo de donde provenías? ¿Y no recuerdas como al llegar al origen de tus miserias y tus esperanzas, estaba toda tu familia y tus amigos aplaudiendóte compasivos por haberlo al menos intentado? ¿No? ¡Idiota!

» ¡Reacciona y supérate a ti mismo! Trasciende de una vez por todas tu maldito nombre y culmina con lo heroico de la hazaña eterna de los semidioses y los elegidos! ¡Tú, privado iniciático, hijo de Uruk y la locura clarividente! ¡Tú, bienamado hijo de Dios! ¡Tú, que ahora sabes que solo por ser un hijo, eres *el* Hijo! ¡Tú, tú, tú! ¡Alza tus armas de seda contra el ejército sombrío de las penumbras y las sombras de tu miedo y conquista la armería de luz y bienaventuranza! ¡Gobiérnalos a todos con tu férrea humildad, tu boca abierta y tus ojos como soles! ¡Amor! Tú lo sabes, tú lo intuyes; ahora hazlo. Materializar la intuición es la más grande meta a la que el hombre puede aspirar… ¡La época de la prevaleciente razón debe morir! ¡Que resurja de la sombra la intuición y su sempiterna sabiduría…! ¡Adiós oscura angustia de la hoz y el martillo! ¡Hola suntuosa ola de supersticiones y esférico Amor!

—¡A la fiesta, pues, a la fiesta!—, dice Alguien alzando el brazo convencido y poderoso como si fuera un caballero liderando un ejército.

Cruza entonces por un parque en dirección a la casa, con los pies ligerísimos y el corazón en volandas y… ¡Vamos, vamos, vamos!

—¡Oiga! ¡Ate a los perros, cagüendiez!. Que estamos paseando con los niños… ¿Es que no ve el cartel? —grita un señor mayor mientras señala el cartel.

—Tranquilo, señor, tranquilo. No estoy cometiendo ningún crimen. Lo que usted debería hacer es enseñarle a sus niños a no tener tanto miedo de los perros. —replica una chica joven.

And this, kids, is how politics were born, piensa Alguien entremezclando el orgullo que le causa su superioridad ante lo humano y la vergüenza que provoca su ignorancia ante lo celestial y sigue caminando.

(Entendedlo, siente vergüenza por su ineptitud de amoldarse a los credos y compendios humanos y su insuficiencia de ceñirse a los criterios y doctrinas espirituales, pero también siente orgullo por que percibe la futilidad de los dogmas humanos e intuye la magnificencia universal de los preceptos espirituales. Y…)

En el parque, los raquíticos esqueletos de los árboles se elevan sinuosos hacia al cielo y son mecidos por fríos soplos que recorren como raudos rayos los recovecos que pintan las ramas entre si.

Entonces, en la lejanía, aparece una figura exalhando humo. A medida que se acerca, Alguien siente como su cuerpo entero se condensa ante la mirada de aquel desconocido. El desconocido se ha convertido en el anónimo rector de su siempre vivo panóptico. Sus músculos se tensan y sus nervios se erizan. Patosamente, intenta seguir caminando con la fluidez de antes; pero sin éxito. Tanto es así que, en uno de los pasos, su pie roza accidentalmente el suelo y tropieza y todo él se hace torpe y tímido.

A Alguien lo embarga un hirviente ridículo, toda su sangre sube a la cabeza y, conmocionado, se enrojece y encierra a su amor en una caja. ¿Quién? ¿Me están mirando? ¡Arriba! ¿Dónde? ¡Eh! ¿Dónde está mi cámara? Alguien mira alrededor queriendo cerciorarse de que está guapo y presentable. Antes de que pueda darse cuenta, la figura ya ha pasado de largo y Alguien vuelve a estar solo.

¿Qué perfil le ha ofrecido? ¿Lo habrá visto guapo? Ay, que vergüenza, qué vergüenza… ¿Qué habrá pensado de él aquel supervisor omnisciente? ¿Lo inculpará ante el tribunal? ¿Lo habrá exculpado de su crimen? ¡Ay, ay, ay! Me hundo en la brasa de lo humano como una manzana fresca e inocente que se desprende del árbol con ansias de nutrir y vivificar el mundo… ¡Ingenuo de mi! ¡Ingenuo de él! ¡Ah, tramoya de urracas y cormoranes! ¡Vilipendiad sin arbitrio mi libertad, claro! ¡Soy tan ridículo como el más ridículo de los hombres! Sí, está claro. Soy un loco. Creo prosa lo que es poesía y poesía lo que…

¿Seré un loco genial por eso? ¿Eh, eh? ¿Un loco genial? ¿Me servirá mi genio de consuelo cuando sea un pobre y viejo exiliado de mi patria? ¿Me compadeceré de mi mismo recordando los bienes adquiridos a lo largo de mi vida como…? Ah, ¡ah! Un genio no piensa en estas cosas, querido, un genio no piensa en estas cosas. ¿Te preguntas acaso como hablarán de ti en los libros? ¿Te preguntas acaso qué explicarán los artículos de Wikipedia?

¿Dudas sobre si te otorgarán el triste *gumet* que justifique tus miserias? ¡Ah, humano, humano! ¡Demasiado, demasiado humano! Perecerás con tu nombre porque anhelaste perpetuarlo… Tú y tu amada corona de papel no sirven para nada allá arriba… ¿Qué inmortal néctar anhelaste beber tanto que malograste y ensuciaste todo el manantial…? ¿Sí, no?

Hacer del apellido un adjetivo, decías, ¡ese es el objetivo de la vida! Hacer del fondo superfície y conseguir que… Te personarás, te conocerán y te invitarán a personarte más en… ¿no? Triste de ti… ¡No hay dios para quien busca la fama entre los hombres! Ya lo sabes y lo resabes. Y tú quieres llegar a las ceremonias importantes de tu campo de conocimiento… Pasar del nombre propio al genérico, del genérico al adjetivo, del adjetivo al adverbio y del adverbio al verbo, ¿no? Pobre de ti…

¡No, no, no! Los genios no piensan en estas cosas, ¡imbécil! Los genios no… El primer paso para establecer una relación real con el objeto consiste en desprenderse de la noción de público. Para poder llevar a cabo una introspección real y consistente, todo la audiencia debe desaparecer. La idea se pierde en la expresión de la misma y tú pierdes todas tus fuerzas en expresar mejor la idea y no en conocerla. ¡Escribes una novela! ¡Imbécil! ¡Soberbio! ¡Infame! ¡Mata al tercer factor! ¡Sé tú tu único público! Pero, pero…

¡Ah, ah! Tú eres quien se queja del progreso de las ciencias y las artes sentado en una silla, amado… Tú eres quien habla de capacitismo sabiendo que es capacitista. ¡Tú eres quien se queja de las veleidades y vacuidades de su siglo y se ata a él como un puerco a su matanza! Ay… ¡ay!

¿Y de estas cosas puede hablarse?, piensas ahora buscando esconderte. ¿No es preciso esconder todo lo que al espíritu resulta indigesto? ¿Qué necesidad hay de ser un pornógrafo del espíritu cuando sabes que la ciencia no muestra sino la carcasa de un espíritu muerto? ¿Y quieres esconderlo, pérfido? Mientras no salga en la tele no pasa nada, dices. Mientras yo, el pícaro mendigo, no muestre los cadáveres que me han servido para perfeccionar mi bruta ciencia y me dedique a mirar con aire desafiante,

queriendo aparentar que soy un ilustre desengañado del saber y las vanidades y posesiones mundanas como aquel vagabundo del farolillo…

Ah… ¡Triste, triste, triste! Lo cierto es que estoy solo y nadie me escucha. Eso es lo único cierto.

Ahora, humillado por la culpa que le produce su vanidad, camina lento, con la cabeza gacha y enroscada en si misma como una larva, buscando hundirse en las tinieblas de su pecho. Sus ojos están dados de vuelta y miran hacia dentro, anhelando alcanzar algo que a toda mirada escapa y que aún produciéndole repugnancia, ansía.

Recogerse, recogerse y recogerse; quiere esconderse entre los órganos de su cuerpo y no volver a salir jamás. Qué vergüenza le da ser… Todos los huesos duelen y a cada paso duelen más. Su alma llora mares y su corazón chilla queriendo disiparse.

De repente, el universo entero se sacude, se despereza y se tira un pedo.

¡Ah, pero si yo no existo!, clama.

Y *life's a gas* y se le escapa la risa. *¡Tachán! The happiness and sufferings of men are jokes the gods play on them,* canta en su alma un bardo viejecito y sabio.

Es esta una de sus más sanas costumbres, por cierto. Siempre que su desgracia se torna tan magnífica y grandilocuente, a Alguien se le antoja ridícula y se le escapa la risa. ¡Soy solo un símbolo viviente!, piensa; una partícula ejecutando las tareas que le corresponden dentro de un organismo infinito… Hijo de símbolos, simio de símbolos, dueño de símbolos y augurio de símbolos. Una abeja en un enjambre, una hebra en un ovillo, una gota en un océano y un paso en un andar. Hijo de símbolos, simio de símbolos, dueño de símbolos, y augurio de símbolos…

¡Ah, ah, ah! Pero quien se sabe célula se sabe dios y su espíritu se desmaya hacia arriba y su cuerpo vibra vacío y libre y por megafonía anuncian explosiones de color con melodías divinas y se encuentra delante de una fuente y se acuerda de que tiene mucha sed y se agacha, y justo cuando los palpitantes tentáculos de su desértica boca se disponen a

saborear su sedante salvación, el agua deja de correr. Alguien se ríe mucho, mucho, mucho, y, con gracia y despegado de si, sigue caminando.

Ahora, su tristeza, como es costumbre, se ha convertido en una soberbia indomable. No falla. Toda la gente con la que se cruza lo mira con curiosidad y él, mirando obsesivamente al frente, se nutre de su atención como un perverso dementor. Diablillo de tiras cómicas y espejo como *sidekick,* rumia meditabundo ante el ejército labrado que pelea consigo mismo. Algunos desgraciados intentan atraer su mirada, pero él, inconstitucionalmente decidido, sigue con los ojos fijos en su presa: el horizonte.

¿Qué horizonte? piensa. ¡Si en esta ciudad eso no existe! *La pared, la pared;* mi horizonte es una *pared*.

Los otros, despavoridos, apartan la mirada rápidamente, sintiendo que, de lo contrario, la transfusión de sangre pudiera llegar a tan cuantiosas cuantidades que…

Él sale de cada enfrentamiento con fuerzas renovadas. ¡Su alma aún es impura y orgullosa! ¡Oh, perdonadlo, ángeles cautos y bondadosos…! Aún no medita lo suficiente… Las miradas ajenas lo excitan, lo elevan, lo encumbran en un orgasmo espiritual eternamente prometedor que cuanto más intenta contener dentro suyo, más poderosamente se rebela y tanta más energía desprende y, a la vez, tanto más…

¡Ah!, grita vigoroso. *Ahora* sí que existo; ¡*ahora* sí!

Alguien, dentro suyo, se alimenta de las penas ajenas como un buitre de cabeza calva y manos retorcidas. Cada vez que escucha una lágrima se frota las manos como una mosca cuyos ojos tiritan ante el festín que le aguarda. Hay un cubo, es un cubo oxidado; pasa mucha gente pero nadie lo coge: el cubo está vacío. Ay, se ha convertido en otro y ya no recuerda: una risa ingrávida salta jubilosa en la noche infinita.

¡Já! Espejos. ¡Adiós!, dice al aire.

Alguien, que se había vuelto a perder, pone de nuevo rumbo a la fiesta. Después de resituarse y relocalizarse, resulta que está más cerca de lo creía. Perfecto. A lo humano, a lo humano, a lo humano…

Llega al portal y pica al interfóno. Le abren y se mete en el ascensor.

Vale. Ahora hay gente, se dice, ahora hay gente. Has pasado la barrera, querido, has pasado la barrera. No pienses más y abandona tus anhelos. Observa y camúflate entre la multitud; eso será lo mejor. Anestésiate y sé reflejo. Di lo que quieren que digas, haz lo que quieren que hagas y sé quien quieren que seas. Vamos, ¡participa! (Pasivamente, claro. Nunca es recomendable involucrarse demasiado…). Pero tanto más promete, tanto más decepciona, y así, al entrar en la fiesta de nuevo y cruzar el umbral, su voluntad indomable se deshace y se ve a si mismo como un deforme homúnculo entre dioses y gigantes y le dan ganas de llorar encerrado en el lavabo y va directamente al lavabo pero no consigue llorar. Y pues, Alguien, que, como habrá percibido el lector, se ha olvidado por completo del propósito de su retorno, atraviesa otro umbral y vuelve a la misma habitación de antes.

—36—

Al día siguiente me desperté muy pronto. Me duché, hice estiramientos, bebí café y fui hacia el estudio. La puerta ya estaba arreglada. ¿Cómo se arregló? No tengo ni idea. ¿Por qué se le exige continuidad al escritor cuando los hechos que conforman la vida casi nunca se suceden de forma coherente y ordenada? No lo sé, ¿quizás tiene que ver con el hecho de que un antecesor a mis dádivas fuera percibido como ordenado y contrastara su visión con la de las otras criaturas en renglones y filas muy adecuadamente organizadas? Quizás no. Quizás es simplemente un fruto. Quizás una cucaracha. ¿Quizás una cuchara? No tengo ni idea.

Total, que, esclavo de mi futuro, fui al estudio. Entiéndase bien: yo participo de los efectos provocados por causas venideras. ¿Cómo se entiende eso? Eso no se entiende, eso se *vive*, digo mientras me coloco las gafas de sol a cámara lenta y rodeado de *lens flares*.

Me colé en el metro y esperé a que llegara el tren. Le dije a Gris que si quería venir estaba invitada. ¡Gris! Cuánto tiempo… Parece que ha pasado una eternidad desde la última vez que te vi… pero mi razón me dice que fue ayer. Qué cosas, ¡qué cosas…!

Mi señor está picando a la puerta, chicos… ¿qué hacemos? ¿Le dejamos entrar? ¿Serán mis espasmos un adecuado pasatiempo para vuestras muelas temblorosas y mal enraízadas? ¿Cubriréis con vuestro cinismo particular mis escuelas espoleadas en escupitajos verdes y bacteriológicos? Los escupitajos son de color… de color verde, sí. ¿Y qué iba a decir sobre aquello otro? Esperad. Eh… Voy y vuelvo.

Vale. He vuelto. No sé por qué, pero tengo una palabra fijada en la mente con una chincheta y no se escapa ni se desvanece. No quiero decirla, no pienso daros el placer. Eh… Por ahora, volveremos a la historia. Y recordad: ¿quién se lo lleva? ¿El qué? ¿Qué? Da igual.

Me dijo que sí y la esperé allá. Yo caminé vendado hasta la estación; en el tren, seguí vendado; en el estudio, también. No me acuerdo en qué pensé en el viaje en tren. Probablemente en nada. O en todo. ¿Son diferentes? Seguramente no.

¡Ah, sí! Ahora sé. Recuerdo haber intentado pensar poéticamente en la naturaleza y haber fracasado. *Bah*, pensé, me gustaría ver a ese viviendo en mi siglo. Y me crucé de brazos y resoplé orgulloso.

Fui caminando con prisa al local y, delante de la puerta, apreté el botón. La puerta se abrió: perfecto, todo perfecto. Porque la puerta estaba arreglada. No sabía cómo, pero la puerta se había arreglado. (¡Y siempre sonsaco a la audiencia de mi cabaret cósmico y la aparto de mi cainita almacén! Y no, no tengo síndrome de Diógenes). Así que entré. Yo, el del

amor apartado, entré en el estudio y empecé a barrer el polvo de las vigas del techo.

Desistí al cabo de poco tiempo. Caí en la cuenta de la cantidad de horas que debería dedicar para que estuviera todo tan limpio como imaginaba y polvo, polvo, polvo… Todo era polvo, y yo incluído. (Yo sobretodo). El polvo me caía en la cara y me entraba en los ojos. ¡A mi, que era polvo! Fijaos qué penoso era todo… ¡Qué triste toparse con lo real habiendo imaginado lo ideal…! Ay…

Allá, allá, allá… Allá donde hago cosas que solo a mi me sirven… Y cuando vengo aquí me doy cuenta de que (lo siento) solo soy indispensable para mi mismo y de que todo lo que descubro allá no tiene utilidad más allá del seno en que se origina.

Pero miento, miento… Miento porque lo que pasa allá también pasa aquí y si uno quiere conocer el mundo que se conozca a si mismo y me pongo triste y adiós.

Veréis. Yo, en mi cabeza, vivo en una instalación lumínica de colores que se funden *effortlessly* entre ellos, o… o en una foto de un metódico estudiante de diseño, o… o en un cuadro representante de los más brillantes y secretivos secretos, o… o en un bosque rodeado de los trozos de cielo de aquel divino escultor… Y al abrir los ojos, al abrirlos… *Bah*, prefiero no hablar. Al hecho, al hecho.

El hecho es que pensé que tenía poco sentido limpiar cuando sabía que, tarde o temprano, iba a volver a ensuciarse, así que no limpié.

Me acordé del cuento y empecé a pintar las paredes. Con pintura blanca cubría otras capas de pintura de otros colores, pintura antigua. La futilidad del esfuerzo y el patetismo de la metáfora me sobrecogieron y empecé a deprimirme muy seriamente y las cortinas se volvieron transparentes.

Pensé en emigrar a la India y sentarme bajo el árbol para zanjar de una vez por todas el asunto y salirme de este triste circo, pero no me vi capaz. Luego volví a pensar en suicidarme pero entre que iba a comprar la cuerda y volvía se me habrían pasado las ganas y habría encontrado alguna razón

para seguir vivo, así que me estiré en el suelo y estuve un rato mirando al techo y dormitando, dejando mi cabeza vagar por los prados de la imaginación.

Llamé a Gris para ver cuánto le faltaba. Estaba nervioso y me odiaba a mi mismo. Yo, el solitario hermafrodita que solo de mi me servía, había terminado cayendo en las redes de un amor humano… Ah… Viciosa Sálmacis, desgárrame el alma y espárcela por el mundo…

Me dijo que estaba viniendo y seguí pintando, reprochándome a mi mismo la dependencia que había desarrollado y mi incapacidad de atenerme al maldito hecho sin remitirme a las burbujas de mundo compartido.

Hacía mucha calor porque era agosto y en el estudio solo había una ventana y era mediodía. Me fumé un cigarro y, atosigado, intenté acordarme de Marco Aurelio y sus enseñanzas para mantener la calma y permanecer impasible ante las circunstancias. No lo conseguí y seguí emanando sombras danzantes de los contornos de mis orejas. Nadaba en una bruma neblinosa de sueños y teatros y las campanillas de mi descanso parecían graznidos disonantes de un taladro antihumano.

Llegó Gris y, Dios sabe por qué, hice ver que estaba enfadado con ella y le dije que era celoso, más celoso de lo que pensaba, y que no me gustaba que follara con otras personas.

—Me sabe mal —añadí.

Me pesaban mucho los párpados y sentía las ojeras muy presentes. Las orejas también; estaban muy calientes. Todo demasiado sólido. Además, creo que me estaban saliendo granos nuevos y eso lo hacía todo aún peor porque sentía la urgencia de aprovechar mis últimos días de belleza hasta no sabía cuándo.

Ella me explicó que ya había vivido *lo otro* y que ahora prefería vivir *esto*. Yo le dije que lo entendía perfectamente, claro. Ella me dijo que quería permitirse satisfacer sus deseos con el italiano, su amante, y ver cómo eso le sentaba.

—Lo demás son paranoyas mentales y paso —añadió.

Yo, que a esas horas de la mañana estaba muy poco lúcido y con la cara muy inflada, intenté justificarme con palabras como *compromiso* y *sacrificio*. No tuve, como era de esperar, mucho éxito.

—Yo no quiero tener nada que ver con todo eso —me dijo.

Yo asentí y me callé. Mis *movies,* tus *movies:* las *movies* del mundo. ¿Por qué la gente sigue viva? Un ninja utiliza una fregona como arma y después de muchas piruetas, me da en la cara con el mocho.

—Bueno, ¿pintamos? —pregunté al rato de estar hablando sobre algunas cosas, y tras su afirmativa me levanté de un brinco y fui hacia donde estaba la pintura y el rodillo.

Ella se rió y me dijo que le recordé a un niño al que acababan de levantarle el castigo. Yo me reí con ella, consolándome interiormente con la posibilidad de suicidarme. Hoy estaba muy terco con la cuerda.

Le dije que yo estaba pintando con el rodillo las grandes superfícies y que ella podía pintar las esquinas con un pincel. Puso mala cara e intercambiamos los papeles. Quien es desgraciado, se sabe desgraciado en todas partes y, por ende, nunca tiene ninguna preferencia. Quien como yo es, vive en muchos males y *my heart's in the highlands wherever I go…*

—¿Pongo música? —preguntó.

—Venga —respondí.

Pintamos con música, cada uno en su mundo. La mañana, a partir de entonces, transcurrió plácidamente y sin fricciones excesivas. Murallas de papel pinocho y enredaderas de cricrís. No…

A la hora de comer fuimos al súper para comprar pan, tomate, queso, aguacate y fuet, y preparar bocadillos. Cada uno se hizo el suyo; ella se hizo mitad y mitad para no aburrirse con un solo sabor. Yo me reí pero ella no.

Después, al acabar, se sentó en el escalón detrás mío y nos acariciamos y nos besamos. Ella, entonces, empezó a sacarme puntos negros.

—Si no te los saco yo, ¿quién te los saca?

—Tienes razón.

Tenía razón, nadie me los sacaría.

¡Qué amor, qué amor! ¡Un amor que saca puntos negros! ¿Cómo es alguien capaz de amarme siendo yo tan miserable? Ah… Amarrado a mi plateada ceguera no he recibido los puños ondeantes del armisticio…

À la bouche du soleil reste ton visage. (A l'esquerda del meu somni poses els teus llavis…) Tu n'étais pas un femme, tu étais un cherubin protecteur: la déesse de mes rêves, le chamin destin de mon fatigue… Ay, ¡ay!, abrazo intacto, sombra de entonces que ahora apareces. Tú, realidad ficticia entonces y ficción real ahora… ¿Cómo una imaginación puede antojárseme más cosa que la cosa misma? ¡Da igual, da igual! ¡Que Dios bendiga a Dios, que Dios bendiga a Dios! Gris, te quiero. Gracias.

Eso pensaba una parte de mi. De lo que pensaba la otra parte no hablaremos ahora.

—*Esto* —dijo señalando un punto negro— son las galletas que comiste hace muchos, muchos años.

—Probablemente —respondí yo envuelto en niebla.

Mi bonito cerebrito estaba lleno de palabras y frases inútiles.

Después de un rato en silencio me preguntó en qué pensaba. Yo, a sabiendas de que todas estas conversaciones iban a salir en un futuro libro, siempre vuestro y nunca mío, sediento de sentido como un mendigo embriagado por su delirante memoria, le dije que prefería no explicárselo porque no sabía qué sentir ante la silicona rugosa y endurecida.

—¿Por? —preguntó ella.

—No puedo decírtelo; rompería la pared.

—¿Qué pared?

—Da igual. Estaba pensando en que quería decirte que te quiero mucho, pero no quería que creyeras que es porque me estabas sacando puntos negros.

Ella se enterneció y me abrazó. Silencio, pájaros; en cemento crecen rosas y no hay ni un segundo de descanso.

Al cabo de un rato me volvió a preguntar:

—¿Y ahora?

—Ahora —dije después de una sonrisa—, estaba mirando a aquel grupo de moscas y preguntándome si una ráfaga de viento las asusta igual que un soplido. Ah, y me preguntaba si estaba solamente fijándome en qué pienso por si me lo volvías a preguntar; y me he dado cuenta de que no, de que cuando uno se fija en que (o en qué) piensa, no piensa, y los pensamientos desaparecen y vuelven a su escondite como si fueran tímidos y temieran ser descubiertos, con floreciente vergüenza, desnudos e imperfectos. Y me he acordado de una pregunta que me hizo un amigo místico: "¿Piensas, o eres pensado?"; y he pensado: "Ah, míralo al capullo: ¡sabía de lo que hablaba; lo sabía!". Porque normalmente la gente no sabe de lo que habla…, ¿sabes? Y yo, yo… Yo… verás: *sometimes my genius is almost frightening, y'know?* —dije guiñándole el ojo.

Ella me empujó y me miró con una cara extraña y regó mi narcisismo con químicos asulfatados y nos reímos y le pregunté a ella en qué pensaba.

—En que si nos ven los vecinos creerán que somos *okupas*. Y en que probablemente tu familia se disgustaría mucho si te viesen aquí conmigo y pensarían que te estoy perdiendo.

Mi familia era… Y la suya… *Bah*, no, la política y las películas se las dejaremos a los que no tienen ideas. Nosotros a otro lado.

Entonces discutimos la posibilidad de estar malgastando nuestras vidas. Yo le dije que no, que muchos de mis amigos empezaron a escribir a los treinta y que no pasaba nada. Además, además…

—Además, cuánto más tiempo pase, más tiempo tiene uno para leer *La vida es sueño* y acercarse a la gloria que se le otorgue (si se le otorga alguna) como el amado Segismundo en su segunda vigilia; es decir, como lo que es: un sueño. Yo fui rey una vez y perdí la corona. Sí, como Timón, exacto… Em… Pues sí, eso, que si lo vuelvo a ser, sabré disfrutar de mi reinado con algo más de estoicismo.

» Y… además (esto es otra cosa que me dijo el mismo amigo), cuando uno desea algo, el deseo acaba deseándolo a él y que, por lo tanto, cuando lo consiga sufrirá pensando que puede perderlo y cuando no lo tenga estará

pensando en como puede conseguirlo. *Darmachakra mudra*, querida… Quien desea, es esclavo de su deseo y… sí, como ves, soy especialista en saber mucho y no aplicar nada.

—Ya, ya…—dijo ella—. Yo creo que el problema es que nos bombardean constantemente con gente joven y exitosa para que nos sintamos inseguros y compremos cremas faciales y vayamos al gimnasio y todo eso… Además, la mayoría de esa gente que se nos presenta como ejemplo acaban en la mierda porque no son lo suficientemente maduros emocionalmente para gestionar las consecuencias que acarrea el éxito.

» Te utilizan cuando les sirves para promocionar el estilo de vida que interesa al mercado y después, cuando ya eres una reliquia del pasado, te entierran en la cuneta y se olvidan de tu nombre. Aunque… bueno —siguió tras un silencio—, ¿tú podrías estar todo un día así? Quiero decir, ¿sin hacer absolutamente nada, como un vagabundo, viendo la vida pasar?

—Hm… ¿Podría caminar? —pregunté.

—No.

—Uy, pues no… Qué va. Si pudiera caminar, creo que sí.

Hablamos un poco más y volvimos a pintar. Yo intenté no pensar en lo humano que me estaba convirtiendo porque estaba muy cansado y necesitaba descansar.

—37—

Lo primero que se encuentra Alguien es gente que habla de política. Hablaban del resultado de las recientes elecciones autonómicas, del nuevo presidente electo, del peligroso resurgimiento del nacionalismo, de la decepción que sentían ante todos los políticos, de la esperanza de ver el mundo cambiar, de la representación demógrafica de los partidos, de lo influyente que era la situación geográfica en el temperamento del pueblo, etc.

Y…, y ahora que hemos llegado a este punto y ya no podemos ignorarlo más tiempo sin engendrar la indignación comprensible del espectador informado y altamente preocupado por el porvenir de su país que compra un libro ávido de disfrutar de refrescantes perspectivas sobre la situación política actual del mundo, toca preguntarse: ¿qué piensa Alguien de todo aquello? ¿Qué opinión le merece el asunto?

¿Qué opino yo?, respondería. Yo solo tengo una convicción política: el bridge de *Heal the World* de *Michael Jackson*.

Risas, risas, risas; muchos, muchos aplausos.

Bien, hecho este *gag*, sigamos. Como no es difícil adivinar, a Alguien le da absolutamente igual todo el asunto. Que la moneda caiga de un lado o del otro y que sus ingresos se vean afectados por políticas favorables y desfavorables le da absolutamente igual porque sabe que su dicha o su pena no dependen de si llueve o de si hace Sol, así que no le importa mucho el tiempo.

Alguien, como ya se ha dicho repetidamente, vive en otro sitio y no camina por las calles por las que camina la gente. El hombre debe tener el cuerpo como disfraz y lo humano como ajeno, dice. Alguien, cuando escucha hablar con tanta avidez de temas que a él se le antojan tan alienígenas, huye confundido. Y cuando está bien escondido y lejos de la gente que se altera por la discusión de los conflictos contemporáneos, se dice a si mismo que prefiere, mil millones de veces más, estar triste y vivir en la ignorancia que sacar conclusiones y creerse sabio.

Esa es su pose. Es mejor, dice, *saber* que no se sabe nada que *creer* que se sabe algo. Dicho de otra forma, Alguien prefiere sufrir una verdad que disfrutar una mentira. Porque… por si no ha quedado claro, para él la verdad no es más que una mentira consensuada. De hecho, en el mismo momento en que Alguien piensa en sus boyantes teorías, uno de los contertulios expone algo similar.

—… no estoy de acuerdo. No, no. Escúchame. Lo comúnmente conocido como relevancia cultural no es más que un resultado de un estricto

revisionismo histórico, en el que se acentúa y se da importancia a unos factores y actores en contraposición a otros simplemente por el grado de conveniencia a la estructura social que los profesa en un intento de garantizar su buen funcionamiento.

Dicho simple y llanamente, la historia es ficción, dice. Más allá de eso, Alguien se pone aún más triste (si cabe), porque su sucia mente no puede sino ver como el individuo que defiende el punto de vista anteriormente citado, está haciendo uso de unos ejemplos determinados para la consecución de una coherencia argumentativa que proporcione a su discurso de veracidad y congruencia, es decir: cometiendo el mismo pecado que condena.

Esta veracidad es, como se ve, altamente sugestionable y prácticamente ilusoria pues, habiendo utilizado diferentes ejemplos o habiendo organizado las palabras en orden distinto se hubiera podido fácilmente comprobar el argumento diametralmente opuesto. *Furthermore*…

No. Alguien se pone muy triste. Muy, muy triste. Alguien no quiere justificar sus convicciones. ¿Qué es esto? ¿Un trabajo para la universidad? ¿Es que he de argumentar válidamente mis pesares frente a un tribunal atestado de yermos rostros? No, no y no; mi caudaloso amor no quiere convertirse en vulgar tiza. Alguien no tiene por qué justificar sus convicciones; ¡a los filósofos con eso! Blablablá porque blablablá… Claro, claro… Y el coche azul es rojo y lo autoreferente… ¡Ah, ah, ah! Tres veces ah.

En su corazón, reflejo del espectáculo que éste presencia, corren discursos acalorados e igualmente efusivos. Y, al fin, cuando dejan de hablar de *tal* y *tal* forma, Alguien pregunta, con voz discreta e incisiva:

—Y, y… ¿Por qué? ¿Por qué tanta maldad? ¿Por qué estamos siempre luchando?

¡Ay! ¿Cuántas veces llorará Alguien? A él, toda la historia del pensamiento le parece un ejercicio de impúdica y vanidosa logomancia…

¡Ni siquiera las conversaciones inteligentes sacian su espíritu sediento! Ni siquiera el más preciso trazo o la más sedosa caricia…

Ay, gente inteligente… Deseado solaz docto de mi aciaga fortuna… ¡Ojalá pudieráis acogerme en vuestro amargo verso como el mar tempestuoso acaricia la orilla…! Vosotros, rectos eruditos y estudiosos cavernícolas, alumbrad mi serena noche con vuestra farola parpadeante… *Bah*. No me apetece hablar. Alzo la mirada al cielo y no veo estrellas. ¿Por qué mi mirar hacia delante debería ser diferente? A mi… A mi que alguien me corte la lengua. Eso necesito. Miento cuando hablo y miento cuando callo… O soy imbécil o invisible. ¡Ay, de mi triste soberanía, nunca debidamente correspondida! Así piensa Alguien cuando escucha a las gentes inteligentes hablar entre ellos.

Le gustaría muchísimo acomodarse en el suave abrazo de los rastrillos y las picoletas, pero su alma es débil y enjuta y es incapaz de enorgullecerse de su espíritu como todos aquellos vigorosos y macizos árboles. Se mutila a si mismo por su insuficiencia preguntándose por qué insiste en vagar por tan áridos desiertos cuando ha conocido el reino de la luz y la fuente eterna y sabe qué hacer para alcanzarlo. ¿Soy yo mi némesis?, se pregunta. Ay, ay…, piensa el pobre hombre compadeciéndose de su miseria de medias tintas, que no habita del todo en el vicio ni habita del todo en la virtud e imagina la tenue luz de un faro vislumbrada entre tinieblas.

Los dos contertulios, tras una breve (muy breve) pausa, saltan de sus asientos y vuelven a pegar berridos. Uno responde que debería formar un grupo de investigación y, habiendo recolectado los datos necesarios y contrastando la información disponible, al cabo de unos años, si tenía suerte, lograría encontrar una respuesta más o menos válida, pero que no podía asegurarle nada.

El otro le explica que esa pregunta es más vieja que el mundo mismo y que es de persona con poco sentido común preguntársela pero que, según un libro que ha estado leyendo recientemente, el asunto se remonta a la revolución agrícola, cuando los pueblos nómadas se asentaron en ciudades y

se vieron obligados a organizarse de forma jerárquica y las instituciones configuradas…

Alguien quiere responder algo a ambos, pero no lo hace. Alguien concluye que prefiere ser tonto y no perpetuar aquel amargo desentendimiento que los aleja a los unos de los otros en una batalla eterna. ¿Pero y la espada y la valía y la conciencia y la cortina? ¿Y la anclada quimerina de criptas y contiendas? ¿Y la asuada capitana cascada de consignas y conchita de misiones…?

Alguien, luego, se acuerda de que todas las rectas son curvas y de que todo se encuentra en el mismo lugar y de que lo distinto es, en esencia, lo mismo y de que diciendo barbaridades y mentiras se acercaría, por paradójico que parezca, a la Verdad y… En una palabra, intenta justificar su ignorancia.

Y Alguien, así, nuestro invidente *enxaneta*, que ahora se pasea por la habitación como un santo encomendado a difundir la palabra del Señor, que cree haber sido revelada a su capturado brote, piensa que sus pensamientos se merecen una cerveza para así poder descansar un rato.

Imagina entonces un aplauso, un aplauso comedido y tímido encendido por su magnífica escenificación de tan absurda problemática. El público, que hasta ahora hacía ver que no escuchaba y que andaba distraído con sus propios asuntos con miedo a molestar, arranca a aplaudir mostrando una paternalista conmiseración ante la sudorosa frente de los actores, que se han entregado tan admirable y bravamente a la interpretación de su papel.

Y el telón se cierra… y los focos se apagan… y la grada desaparece… y el decorado se deforma…. y el escenario se desintegra… y…

Y el público sigue allí, quieto y callado en mitad del charco oscuro, sumido en niebla negra del que se erigen fantasmas hechos de luciérnagas que emanan hilos de lava. Y los actores también siguen allí, como sombras congeladas, flotando como lenguas de fuego y haciendo de pupila a la negrura. Y unos haces de luz nacidos de sendos corazones se intercambian y

se acoplan explicitando su derribada añoranza, ahora por fin convertida en un entrañable abrazo a un conocido desde largo tiempo ausente.

—38—

Al empezar, ella se dio cuenta de que, en una zona, la pintura antigua se desprendía y me recomendó que la lijara, para que no saltara toda la pintura una vez pintada. Entonces arrancó un trozo de pintura del tirón y a ambos nos dio mucho gusto. Yo arranqué uno más grande. Ella me miró desafiadora.

—No sabía que estábamos compitiendo —le dije—; creía que no eras competitiva.

—Solo me gusta serlo con la gente es.

Tan, tan, taaan… Y competimos y nos reímos mientras las partículas de aire chorreaban música alegre y su cuerpo femenino se desgarraba en mi y de su vientre surgían brotes que se fundían junto con las conchas y caulículos de las columnas del templo de mi imaginación formando una intrincada madeja que palpitaba al son de los vientos de los ángeles. Y yo pensé que todo estaba bien porque Narciso, al contemplar obsesionado su propio reflejo se convertía en un huevo del que salía una flor que cantaba al cielo:

—¡Da igual lo que diga porque he visto lo que es! ¿Acaso no vio Eneas, mi amadísimo y achuchable héroe, a cuyos brazos me abalanzaría sin dudarlo un segundo si lo viera por la calle por ser la epítome heroica de todo lo que considero venerable, todo su porvenir inscrito en el escudo labrado por aquel infatigable artesano? ¿Esque soy yo el arrogante Apolo que entra a dictar sentencia y hacer pública la acusación del recibo de su superioridad ficticia ante lo que es una igualmente fuente de conocimiento? Ay, ¡ay…! Mi metaécfrasis antidiegética se equivoca al buscar en el dominio de la materia el sentido de una acción que no podía más que

llevarse a cabo en los caminos íntimos del corazón… Solo en el sueño hallo consuelo y… ¡Y soñar es actuar! Que me maten por ello si hace falta. Sé demasiado bien que el óxido del que es víctima mi cuerpo no es más que una sombra y que cuando muera mi máquina no morirá mi alma.

Y así, cuando llegamos a las partes que costaba más arrancar, nos sentamos en el suelo.

Entonces le hablé de mis malos días.

—A veces… a veces tengo días malos, tía. Hoy… hoy era uno de esos días, pero estar contigo me ha relajado. *Tell me about being in love, huh? I have found… the only way to redeem one's soul is through… O, o! Having been an angel all along is cool but my hats peel off to all those who are angels now and were devils before. This is my say as I've said it; may the said say what it says and the sayings say what may, 'cause if the sayers all say sayings and the said all sail away; then I am not what I say but what is said between the says*. Quiero decir… que lo que creí odio resultó ser amor.

» Y… y eso; que en esos días nada funciona y todo me molesta, (especialmente las lentillas, que imagino que podrían funcionar como hipérbole técnica del progreso de las ciencias y la maldición impuesta sobre nosotros después de comer la fruta prohibida y convertir la rama de un árbol en nave espacial); y las chicas que veo en la estación de metro, tanto las que leen como las que se arreglan frente al móvil me parecen la misma persona que el viejo con chándal y plumífero que va a caminar por la montaña o la colilla aplastada que bordea la piel del cemento…; y todo se funde en una misma cosa excepto yo, que soy capaz de verlo desde fuera como un pintor enajenado, aún estando sumergido en esa horrenda orgía cósmica. Es muy voluptuosa y me da asco ser partícipe aunque solo sea contemplando.

» No sabes el asco que siento. Mucho, mucho asco. Un asco muy profundo. Todo… todo lo que se toma la molestia de existir me parece egoísta. No sé. Ojalá fuera filósofo para expresarlo con claridad. ¡Una piedra me parece egoísta, una piedra! Pero no. Cuando estoy así me da asco incluso leer. Y el consuelo de la filosofía no es consuelo sino látigo. Y hay

tantas cosas que leer que prefiero no leer nada y mantenerme en la ignorancia. Al fin y al cabo son solo historias y cuentos de otras personas que… ¿Qué me van a contar a mi que yo no sepa? Yo ya tengo suficiente con mi mierda para ponerme a leer la de los demás, sinceramente. Además, ni que me pase veinte mil años encerrado en una habitación podré saberlo todo. Y pues, ¿para qué intentarlo? Y…

» ¡Y… otra cosa! Hoy estoy hablador desgraciadamente, hoy estoy hablador… Una vez lees a los más sabios y te das cuenta de que dudan todos de todo igual que tú dudas de todo, ¿qué sentido tiene ir por ahí empapándose entre sábanas chopas en sudor, sangre y polvo? Para quedarme en la ignorancia me basta hablar de fútbol con mis amigos.

Y ella, entonces, me replicó explicándome los días que le arremete el miedo, intentando cobijar mi tristeza en los brazos de la suya.

—Todo me da miedo. Es como si el mundo entero (todos y cada uno de los objetos y sujetos que me rodean) sonrieran diabólicamente y urdieran afanosos tramas en mi contra y en pos de mi destrucción; y no tengo donde esconderme porque allá donde voy, me persigue la sonrisa; y siento como si las murallas del castillo de mi piel se desintegraran y me hallara desnuda ante una borrasca helada, convirtiéndome en extraña de mi misma y lejos de… Da igual, da igual. Todo pierde sus palabras y el universo se desprende de su opacidad y lo odio, lo odio y lo odio; lo odio y paso mucho miedo. Todos los edificios se vuelven de cartón pluma y el empleado que se fuma un cigarro en la puerta de unas oficinas iluminado por una luz de neón se convierte en el protagonista de una serie grabada sin cámaras.

» Y… y te juro que, aunque parezca una locura, escucho a gente a mi alrededor diciendo: “Ella es *actriz*…”; y alguien le responde: “¿Ah sí? Yo creía que era *público*…”; y el primero contesta: “No, no; se ve que *escribe*”; y se ríen de mi y siguen caminando. Y yo me muero de miedo y paso mucho frío. Lo veo todo como encerrada dentro de una habitación que hay dentro de mi, desde lejos, desde muy lejos. Y entonces, de un coche salen los chicos *guays* de la película a cámara lenta, y el chico lleva un bigote bien

afeitado y un mohícano moderno y una camiseta de tirantes y pantalones anchos; y yo, pobre de mi, me siento atraída por él como una mosca aturdida y tuerzo un poco el paso para acercarme y, cuando ya estoy cerca, sale su novia de la puerta de delante, también a cámara lenta y con gafas de sol y un cuerpo de plástico y, cansada como nunca lo he estado, caigo al suelo desmayada y pienso que nunca voy a ser feliz porque he perdido definitivamente el juicio y todas los pétalos de un Sol entrópico se desvanecen y desaparecen y lo… y lo… y lo… ¡Ay! Es todo maquinaria y la parte antigua es aire acondicionado.

—Creo que todo es culpa de los libros y de las películas —digo yo—. Vivir experiencias ajenas como propias… Yo… no sé. No sé nada, tía; no sé nada. *O, o! Must I go great lengths to please my ambition; or resign with what I am and not look any further? Are these the deeds of my destiny or the stretches of my will? Are these the cryings of illusion or the compasses of truth? O, o, o! Feast on them, my precious children! Do not mistake the cream with cow! All time in thought is wasted and the stars are but a bow! Feast on them, you bigot trembles! There's no time but this to come! Fix your feet on solid season and let the earth feed its illusion*. Ah… ¿Y quién coño me creo? ¿Y qué tiene que ver esto con lo que tú decías…? No escucho, tía, no escucho. Eso es muy feo. Mientras el otro habla solo espero a que se calle para poder hablar yo…; voy generando mi siguiente discurso, que tiene poco o nada que ver con lo que han dicho.

» Y lo peor es que así como hoy te digo esto mañana podré decirte lo contrario y me creeré plenamente convencido de mis ficciones y me perderé en un laberinto construido con mis propias manos y… Ya ves, ya ves, se me nota al hablar; voy de lado a lado como un saltimbanqui y apesto a calavera mohosa. Mi retrato se divide en tres rostros diferentes y… Y quizás debería hacerme poeta, la verdad… Pero no, no… La poesía… No sé, no sé…

» La verdad… la verdad es que no tengo ninguna convicción. Y podría hacer ver que sí y creerme cerámica horneada pero me estaría mintiendo a mi mismo y no me apetece. ¡Ya no más! Hay suficiente. Los que creen

comer son comidos y… Y creo (y es una teoría reciente y poco probada, así que tómala con pinzas) que cada individuo está condenado a repetir el mismo pecado a lo largo de su vida, desde que nace hasta que muere: para unos será la avaricia, para otros la lujuria, para otros la pereza, etc. Y ahora, ahora me duele la cabeza —expliqué mientras me imaginaba una caja negra en la que hubiera silencio absoluto.

—Quizás es el Sol —dijo ella.

—O la Luna —dije yo.

Entonces nos reímos y estuvimos un rato en silencio.

(Obviamente, ninguna de nuestras conversaciones transcurrían de forma similar a la representada en este libro pero eso ya se sabe y quien acuda al arte en busca de Verdad va por el camino equivocado.)

Yo pinté un rato la pared y ella estuvo con el móvil. A mi me daba mucho asco todo, sobretodo yo mismo, pero seguí pintando y me sorprendió mi resiliencia. *Clap, clap, clap*… Sopesé seriamente escribir un libro de autoayuda. Tenía algunas frases que podían servirme como: "¿Cómo ves a los demás, como compañeros o contrincantes?"; o "No hagas que tu trabajo te de para vivir; ¡haz que tu trabajo te haga vivir!", y esa clase de frases abundantes de signos exclamativos y aros encajados en pirulís, pero acabé determinando que no, que aún tenía el alma infestada de bichos ebrios y obesos que pululaban tatareando canciones bigotudas acumulando saliva del color y la densidad del jabón industrial en las comisuras de los labios y me olvidé del tema.

Además, yo soy un piltrafa, un canalla, un palurdo alambicado: los libros de autoayuda los escribe la gente que se encuentra conmigo y que busca brindar de sentido a mis sinrazones, las cosas como son… ¿cómo voy a ser yo quien amanezca cuando soy ocaso?

—*It's a naked woman!*

—*Uh…*

—*Quick everybody! On your marks! Three, two, one, rolling!*

Gris me preguntó si quería poner música y le dije, con excesiva confianza en mi nuevamente obtenida equidistancia ante el mundo y mis (y sus) ardores, que vale, que todo me iba bien.

Empezó sonando aquella canción de aquel artista y ella se rió de mi.

—Es demasiado dos mil siete, tío.

Yo le dije que era un temazo y hablé sobre lo humano con términos humanos y en busca de fines humanos. Ella me dijo que esa parte de mi le daba vergüenza y yo respondí que ya, que ya lo sabía, que a mi también me la daba y me imaginé degollándome y olvidándome por fin del mundo, de mi mismo y de mis sueños.

Peroratas de rorros y carruajes de granitos anidaban en mis ínclitas ridiculeces entre estupores de claustros mojados en cuyas *stultifera navis* levitaban estrellitas con remilgado y escueto fulgor… ¡Ah, ah, ah!

Habló ella y me dijo:

—Es la parte de ti que he de amar aunque me de risa.

Yo me alegré de que hubiera entendido mi concepción de *compromiso* y *sacrificio* a pesar de mi pésima argumentación y de las connotaciones religiosas que conllevaba y le pregunté si quería que le dijera la suya, a lo que ella, inconsciente del peligro al que se exponía (debido a mi brutal y agudísima inteligencia —desconocida para el mundo y conocidísima para mi mismo (como son, generalmente, las virtudes propias)—, y que era la suficiente para elaborar argumentos medianamente complejos y saborear los entusiasmos y fervores de la pirotecnia intelectual y que se le revelaran explícitos los límites de la razón, pero no para conseguir configurar un sistema de pensamiento lo suficientemente amplio y completo que se custodiara a si mismo y contemplara su propia transgresión como factor constituyente y fundamental del mismo o, en otras palabras, quitarle el trono a Dios, alzarse con el cetro, y proclamar su muerte —aunque esta última fuera, obviamente, una conclusión harto discutible y una consecuencia no del todo obligatoria a una inteligencia elevada), accedió.

—Uy, es un poco *hardcore,* ¿eh?, pero siento que lo he de decir —dije.

—Uy, uy, uy… —respondió riéndose.

La música se detuvo.

Y hablé.

—Bueno, pues que toda tu identidad está forjada alrededor de la rebeldía y la no-conformación con lo convencional, obviando el hecho de que ese es un papel que, como cualquier otro, se nutre y depende del mismo sistema que teóricamente aborrece y rechaza.

La miré con maldad, me astillé veinte mil agujas en el alma, y ella, Virgen Santa de Guadalupe, cumbre de la piedad humana y misericordiosa ante mi sucia sangre pecadora, me miró con bondad y perdonó mi imbécil condición de niño malcriado, a quien se había malacostumbrado con serpentinas en funerales y tabernáculos en diluvios. Que Dios bendiga a Dios, que Dios bendiga a Dios, me repetí. Y hágase su voluntad así en la tierra como en el cielo y… ¿incluía su voluntad por cierto, la caída? Por que eso cambia mucho las cosas, las cambia mucho… O no.

En fin, que Gris, pudiendo perfectamente haber respuesto que… no lo hizo; porque afortunadamente, ninguno de los dos habíamos estudiado en la universidad y, por lo tanto, no sabíamos nada de política y, por lo tanto, no bautizaría a mi estilo como existencialismo *nuked* o *deepfriedismo* o cualquier otra aburrida nomenclatura academicista porque 1) sabía que los ismos destruían los istmos y hacían islas de penínsulas y 2) la exageración de todos los índices hasta su más… *Bah*, da igual.

Nuestra escuela había sido nuestra imaginación, y la imaginación no es tanto una escuela como un campo de juego en el que impera la libertad plena y absoluta y no la imposición de rigurosas normas, pero eso es otro tema del que hablaré más adelante porque tampoco estoy del todo seguro de mis juicios.

Habiendo dicho esto, os confieso un secreto: por favor, no os creáis ni mis éxtasis ni mis tristezas. Mi egolatría, de tan afectadas maneras, me salvó del suicidio cuando era joven. Así, he mantenido el insalubre hábito de acudir a ella en busca de iluminaciones que, aunque sean de juguete, me

brindan descanso de la lacerante lacra terrena nacida del barro de este mundo y sus vicisitudes, viviendo, por lo menos durante un segundo, rodeado de las heliconíadas meretrices de mi desidia y artífices de mi gloria.

Oh, no os enfadéis, queridas, *je ne suis qu'un déconneur* y la sopa de mosto resultante de mis líos invisibles discordantes entre las amistades de mi infancia y las enemistades de mi edad adulta son solo un amargo café que bebo con avidez por miedo a verme a mi mismo como lo que soy: un hombre mediocre con el único talento de hacer creer a la gente que soy algo más que un hombre mediocre.

Más tarde, por eso, me daría cuenta de que mi alegría y mi tristeza compartían el mismo origen. El sinsentido de la existencia humana y la futilidad de cualquier esfuerzo y la impasible monotonía de lo cambiante y todas esas cosas que a uno le sobrevienen cuando le ahoga la melancolía, embriagaban mi alma con la noción de una libertad sin límites en la que esta gozaba recreándose y bailando y gritando y etc. Claro, pensaba yo, si nada tiene sentido, entonces puedo hacer lo que quiera, y me volvía loco emborrachándome de libertad. Todas las presuposiciones que derivaban en firmes convicciones, se desvanecían como una nube ante el rutilante lucero del amanecer.

Otras veces, ese mismo sinsentido, esa posibilidad infinita y esa carencia absoluta de un objetivo claro y conciso con el que poder dar sentido al eterno baile de máscaras, me abochornaba el espíritu más de lo que era capaz de sostener y lo cernía con la pregunta constante de: ¿por qué crecen los árboles?, ¿por qué, por qué, por qué…? Y entonces prefería entregarme a lo más bajo y mundano que existiera para inflingirme a mi mismo el castigo que sentía merecer por verme enredado en tan infértil ciclo de causas y efectos. Y comía muchas galletas. Muchas, demasiadas. ¡Pero qué buenas están las galletas…! Ay, ay…, qué buenas están… Pero pobre yo… pues no sabía que quien pone su esperanza en los bienes terrenales perce necesariamente con ellos y… Y yo acabo de empezar…, acabo de empezar… He dicho que no muy pocas veces, muy pocas… ¡Cuántas cosas

me faltan por negar para ser realmente libre! Pero, pero, pero… pero me estoy adelantando a los hechos. ¿De qué hablaba? Ah, sí… De lo mismo, de lo mismo de siempre, ¡cómo no!

Bien, pues eso, que mi rigor moral y mi sumisión a la costumbre (consenso conveniente y arquitecto de sociedades) me había salvado más de una vez de la locura irrevocable. Y aunque muchas veces esta pulsión tan profundamente humana fuera desfigurada por mis ícaras ansias de volar con reproches, pegatinas y patadas como si fuera el origen de toda la maldad que hay en el universo, le debía mi infinita gratitud y obediencia por haberme mantenido dentro de los cauces de la cordura y no haberme dejado perderme en los oscuros laberintos de la locura. La una odiaba a la otra y la otra desdeñaba la una y de eso se sigue que solo con el conocimiento de los extremos puede uno encontrar el equilibrio.

Pero bueno… ¡bueno! ¿Qué es toda esta porquería? ¡Qué, qué, qué! ¿Por qué soy tan rematadamente imbécil y siempre sobrepaso mis competencias? ¡Ah, ah! Siempre metiéndome donde no me llaman, siempre… Pero ¿qué es hablar, sino sobrepasar competencias? ¿Qué sé yo? Ay, ay… ¿Qué puedo decir que conozca con total seguridad? Que alguien me pegue, por favor. Hm… Creo que alguien hablaba de eso. No lo sé, quiere sonarme. Siempre me ha dado pereza leer filosofía. ¡Tantas páginas para reconocerse ignorante! Y quien se reconoce sabio yerra porque… Sí, todos somos *dilettantes*. (Yo sobretodo). Sí. Especialmente yo, porque soy el típico imbécil que se cree que el mundo entero peca del mismo defecto que él; quiero distraeros con el pecado de otros para que no veáis el mío… ¡Mirad allí como se pelean por la comida y no la comparten como hermanos!, digo escondiendo una cabeza cortada tras la espalda… ¡Soy un niño! He aprendido del mundo. He visto a insectos hablar sobre la importancia de la alteridad mientras tapaban la boca a sus contertulios, y a gente hablar de los derechos de… ¡Ah! Mundo, mundo, mundo… Quería informarme y me deformas… ¡Horror! ¡Atrás! ¿Quieres enfermarme? ¡Ja!, *joke's on you, ¡vinc malalt de mena!* Je, je, je… ¡Yo soy paradigma de la gran

enfermedad!, *yeah*…, miradme: esto es lo que pasa cuando uno se cree con derecho a opinar sobre todas las cosas… Y por eso la lechuga se oxida. Y que alguien me saque el micrófono en serio, me estoy viniendo muy arriba y luego me costará encontrar trabajo.

Ay, ay, ay… si hay algo que hacen bien las pirámides (por mucho que me pese decirlo) es inspirar respeto por las cúspides de… Matadme. Quitadme el micrófono enserio, me doy mucha vergüenza ajena. Y… ¡claro! Pasa lo que pasa y aparece gente como yo: el niño borracho de azúcar que se cuela en el laboratorio de los mayores y empieza a mezclar probetas que no deben mezclarse y dar vuelcos a los taburetes donde uno se sienta y pintar garabatos en un complejo mapa de fórmulas muy complejas y difíciles de entender colgadas en un corcho de muy compleja y enrevesada composición y…

Porque, porque… ¿no os he explicado el día en que me crucé a la persona más famosa del mundo entero por la calle…? ¡Sí! Os lo prometo. Yo iba, como siempre, ensimismado con mis apreciadísimas tonterías, jugando con juguetes rotos dentro de mi cabeza *(puf, paf, schiao, pam, krew, ghh…)* y de repente levanté la mirada y vi a la persona más famosa del mundo entero caminando hacia mi.

Y, como yo, obviamente, me creía en ese momento mucho más importante que él y que aquel otro y que Jesucristo mismo (por favor, perdóname, simplemente quiero exponer mi vicio al eterno día para que la luz lo aniquile), desvié la mirada e hice ver que no le veía para que fuera él quien me buscara con la mirada…

Después me arrepentí y di media vuelta porque quería comunicarle las grandes ideas que tenía para su gran empresa, que consideraba carente de toda teología y geometría y abigarrada y putrefacta hasta su más ínfima vena debido a un excesivo conservadurismo por temor a la innovación tecnólogica y… Y me di media vuelta y lo perseguí, creyendo factible que las poderosas esferas de villanos de piel pálida y consumida estaban testeando un nuevo método de replicación genética alrededor del mundo

para ver con cuánta facilidad se entremezclaban con los ciudadanos de a pie y pasaban desapercibidos como plantas de plástico en un invernadero y cuando estuve a punto de alcanzarlo, se metió en una portería y lo perdí de vista. Pero, pero…

¡No, no! ¿Yo, loco? Ni de broma, hombre, ni de broma… ¡Era una broma, amados, una broma! Eso es todo… Una broma… ¡Sin más! Ay… Se me está comiendo el mundo, se me está… ¿Qué hago yo hablando de ardillas y farolas y las ratas que pueblan las calles? ¡No, no! ¡Mitología, Proteo, eternidad! Digamos que existen una serie de imágenes y formas que hierven debajo de la superfície lingüística del mundo… Mi deber consiste en representar esas verdades atemporales. Y… Y eso.

—Yo gracias a Dios, soy imbécil y no tengo que preocuparme de estas cosas —me dijo un koala fumador cuando intenté ponerlo contra las cuerdas mencionándole la cantidad de muertos que había habido en una popular fiesta del mundo mundano. A día de hoy, su sentencia aún me persigue.

Nadie sabe nada, no… Todos contra todos desde que el mundo es mundo y… ¡orgía y vertedero! De hecho, se podría decir que cualquier guerra ideológica no es sino una guerra entre temperamentos y, por ende, una combinación de los elementos necesarios para mantener *the wheel spinning*. El agua y el fuego contra la madera y el metal o… *bah*. El destino del hombre es hablar sobre lo que no conoce… El destino del hombre es equivocarse para que otro pueda acertar. ¿Cómo, sino, existiría el progreso?

Sí… Yo yerro en pos del bien común. Yo miento para que otro pueda encontrar la verdad, ¿no? Me dejo a mi mismo en ridículo para aportar algo nuevo a la matriz de patrones superpuestos que conforma el conocimiento… Vedme dejarme a mi mismo en ridículo… ¡Vedme! ¡Sé que el mundo se va a reír de mi haga lo que haga! Y pues, construyo *cringe*. ¡Lo que fui y lo que seré queda registrado! Y pues, ¿qué voy a hacer sino intentar revelar todos mis secretos y diseccionar

Yo, el que se pasea con traje de luces en una fiesta de pijamas… ¡Ay! Todo lo que pienso se sirve del amor que privo a mis semejantes y… *O! but*

the job is the job and the cross is the cross… I must keep my hand on the stove, I must… O, be gone parapets! I've surely lived long enough to see myself become a villain…

¡Eh!, *but don't call me…*, ¿Orgón? No, no… ¿Qué vuelve a ser todo esto, qué? ¿Quién me ha mandado a mi filosofar sobre tan oscuros conceptos? ¿De dónde saco tan aborrecible costumbre? ¡Atadme a un árbol e hinchadme a pedradas! Yo soy el joven ingenuo y borracho que fastidia la reunión de gente seria y decente con inmaduras reflexiones e ingenuos y rebeldes improperios. Yo, rey de triquiñuelas y mago de la impostura… No me hagáis caso, por favor.

¡Oh! Hacedme caso, por favor. Mi madre no lo hizo en su momento… Y… *O, how I…* ¡Tú, lector, papá revestido de dios! Llévame en hombros más lejos de mi mismo. En hombros… ¿en hombros de gigantes? ¿Qué? ¿Qué digo? Ya estamos otra vez… Yo, el niño llorón que agarra el dobladillo de los pantalones de gigantes porque su vanidad le prohíbe asemejarse a sus pigmeos hermanos… ¡Yo, yo, yo! ¡Ah! ¡Bravo, bravo! ¡Lágrimas y aplausos! ¿Qué hombros van a llevarme a mi a ningún lado? ¡Maldita sea! ¿Por qué querré llamar siempre la atención? Siempre queriendo ser el centro de la fiesta… ¿Por qué siempre estoy intentando…? Ay. ¿Por qué tengo esta pulsión inhumana de…?

Ay… ¿y mi *locus amoenus* donde descansaré este desdén eterno y mi ridícula soberbia? ¿Y mi lugar utópico sostenido por dos ángeles? Ay, si alguien lee esto, escuchad: no dudéis, o la duda os dudará a vosotros y ya no existiréis. ¿Qué es todo esto? ¿Qué es? ¿Por qué lo hago? ¿Por qué? Eso digo yo: pienso, luego no existo.

Ay, ay, ay… Qué asco me doy…, qué asco más grande. Esta maldita turba vela mi amar y evita que vea de los añosos árboles su magia imperecedera y de la luz de la tarde su meloso sedar. ¡Qué mal me sienta vivir entre hombres! He de irme a vivir a la naturaleza. Sí. En serio. Yo quiero hablar de los árboles no quiero hablar de todo esto… He de irme. No puedo seguir en esta ciudad. Creer que soy alguien me está volviendo loco.

Allá podré, por fin, escribir mis Geórgicas (otra vez) y caminar por la senda florida de la paz eterna. Solo allá estoy tranquilo y *veo*. Estoy cansado de ser inteligente, ahora quiero ser poeta. ¡Yo quiero ver la brillante pinaza dorarse rubicunda con los besos del ocaso! ¡Yo quiero ver los acantilados acogiendo en sus sangrantes manos las insinuaciones de las estrellas! ¡Ah! Pensar es estar enfermo de los ojos.

¡Hala, hala! ¿Qué haces, eh, pérfido? ¿Intentas embellecer lo horrendo, cristalino elefante? ¿Quién eres, Humbert Humbert? ¡Infame! ¿Son estos pensamientos tuyos, querido? ¿Quién habla? ¿Desde dónde? ¿A quién? ¿Y por qué tienes la indecencia de creer que hablas a alguien, imbécil? ¡Ay! ¿Soy esto yo? ¿Soy aquello otro yo? ¿Es esto aquel otro? ¿Aquel? ¿Me hablo a mi mismo? ¿A quién? ¿Quién es quién? ¿Qué es todo esto? *Aaahhagksadjhfg*. ¿De qué…, de qué? Ay. ¿De qué estoy hablando y hacia dónde me dirijo? ¿Y por qué cojones está todo tan mal escrito? Soy imbécil y ya está.

En mi defensa, solo quería retratar el pensamiento en sus más microscópicos movimientos. Ha sido solo un intento. Disculpadme el desorden. Ahora, volvamos al hecho.

En fin, que yo, para reequilibrar un poco el asunto, le insté a que me dijera lo que odiaba de mi de verdad.

—Fácil. Que te creas un genio. Eso me da *muuucha* vergüenza…

Y… *pum*. El fondo se hace negro; música de intriga; bajo distorsionado y selva de tambores: peligro inminente. ¡Id quitando el *high-pass filter* progresivamente! ¡Entren violines! ¡Al precipicio mismo de la estridencia! ¡Sí, sí! Dame esa sutil disonancia… *Glup, glup, glup,* Scriabin *meets* Ravel. Mundo, mundo, mundo, mundo… ¡Quién osa…!

Gris, en el fondo (y yo lo sabía), me odiaba; y me odiaba muy profundamente.

Mi arrogancia, fruto de mi repulsión a lo humano, se alimentaba de su miedo a lo divino. Eso provocaba que, constantemente, mi presencia azorara su confianza en si misma e intensificara su sensación de

inferioridad, de la cual me hacía responsable cuando el velo de su amor por mi se disipaba y me veía, reaccionando a su involuntaria sumisión, como el carcelero atlántico que paseaba frente a su celda con una sonrisa en la boca y jugando con las llaves. Mundo, mundo, mundo…

Lógicamente, ni yo era todo dios ni ella toda humana (el género humano ha sido bendecido con la capacidad de albergar las dos naturalezas), *but we'll say so for dramatic purposes*.

Además, debido a la bipartición dada en cuanto una naturaleza única es representada, cada uno terminaba interpretando el papel de una mitad, consolidando, consiguientemente, la ficción que debía llevarse a cabo para que los engranajes rodaran sin encallarse.

Pero… pero eso era otro tema. Ahora, por ahora, volvamos a donde nos habíamos quedado, que estaba interesante.

Siguió diciendo:

—Y todo eso que dices de que si el mundo es mentiroso, tú vas a serlo aún más… me da penita, la verdad. Ten en cuenta que a los mentirosos solo los escuchan los pobres miserables que se creen su historia.

Yo pensaba en John Law y en como aquel mentiroso había cambiado el transcurso de la historia moderna y sonreí como un imbécil, creyéndome, como buen imbécil, a su nivel de imbécil.

Y siguió diciendo:

—No sé…, quizás son cosas que debo arreglar yo y se me reflejan en ti pero, sinceramente, a veces creo que vives en una ficción y no toques con los pies en la tierra. Y me da miedo que nunca salgas de allá, Max… Hay mucha gente, Max, *mucha*, que se cree un genio y no ha puesto un pie fuera de su barrio, ¿entiendes? Date cuenta de que hablas de castillos y dragones y princesas y reyes y villanos y ni siquiera has salido de tu maldita habitación. Sigues aquí dentro y, sí… Serás muy creativo y todo lo que tú quieras pero… No sé… Yo… yo confío en ti, créeme, pero… No sé, a veces creo estar loca por hacerlo.

Yo *sabía* que no era así. Yo lo *sabía*. Yo había leído en algún sitio en algún momento sobre la influencia que ejerce una creencia que alguien sostenga en el rendimiento de la otra y, viendo la lóbrega caverna de relinchos entrecortados por la que reptaba en aquellos momentos, hazmerreír de todos y conocido por nadie, *sabía* que no era así.

Además, muchas veces me había insinuado, con esas sutilezas tan características de quien te quiere simplemente porque le haces sentir superior, que mi obra no era "para tanto" y que mi talento no era "nada del otro mundo".

Era normal que me recriminara mi inacción. Ella, con la soberbia de quien ha superado una enfermedad y se cree curada, veía en mi pasividad el representante máximo de la pereza humana y el vicio. Yo, en cambio, con la soberbia de quien no quiere superar una enfermedad y rehúsa curarse, veía en su actividad frenética un huir de y perseguir sombras penoso e irrisorio.

Tan irónica es la interacción entre personas, que uno acaba interpretando papeles opuestos a los que teóricamente le pertocan para hacer de contrapeso a las opiniones del otro. Uno a veces es Caín y otras, Abel y dentro de cada uno vive el universo entero, del cual lo escrito y lo representado es reflejo y funciona como puerta de retorno a uno mismo.

Un coro metálico incipiente, encerrado en una caja de fósforos de plástico vidrioso, que muestra con alharatas el orgullo que siente por hallarse en un caja de fósforos de plástico vidrioso y ser coro, se aproxima hacia mi a tientas y con tímidos besos irisados. Lo percibo arrodillarse frente a la ventana de mi habitación, de doble cristal y a prueba de frígidos hematomas, habiendo ya corrido las cortinas de tul que me separan del mundo y con unas cataratas de insecticida cubriéndome las retinas.

Además (sigo), de la misma forma que el hedonismo fomentado por una sociedad consumista es su inevitable consecuencia y su potencial detonante, mi tristeza hacía aparecer su instinto maternal (que, a su vez, acrecentaba mi tristeza, inconscientemente anhelante de sus brazos), hasta que su naturaleza se veía sobrepasada por las obligaciones sociales que la atenazaban y no

permitían que existieran miembros no funcionales en una sociedad gobernada por el dinero y los índices de productividad.

Al fin y al cabo, quien separa a esos dos monstruos no es otra que una chica, cuya presencia puede entenderse como la personificación escénica de las instituciones, que irrumpe en la relación amorosa y desinteresada entre dos personas y la convierte en utilitarista. ¿no? Hay cuadrículas de azul oliva de diferentes tamaños y escaleras mecánicas y pasillos y suelos desinfectados y…

Mientras tanto, un santo impasible se yergue ante mi, con una cruz a un lado y una lanza en el otro. Su rostro, a pesar de serme completamente desconocido, se me antoja familiar; a su alrededor se arremolinan amorfas serpentinas, millares de yeguas endogámicas y coriáceas que se dan placer entre ellas mientras parecen atisbar un nosequé luminoso un poquito más arriba…

Dicho esto, añado: la cultura, de la misma forma, nunca representa la verdad de una época (o siquiera de una persona), sino su contrapunto necesario para incentivar el progreso y evitar el estancamiento moral, de la misma forma que el desperdigado busca, en el mundo de las representaciones, orden y el metódico, caos. La historia no es sino una alternancia constante entre formalidad e innovación. El amor nace, crece y muere con ese engaño, de lo que se puede deducir que la historia es una canción de amor eterna. *¡Tachán!*

Se entiende, pues, que Wilde abogara por una espiritualización de los sentidos en un mundo aún ensombrecido por las rígidas doctrinas morales heredadas de una época en que la sombra de Dios aún se cernía acechando cualquier asomo de felicidad terrena o goce físico. Hoy, aquí, ahora, en este libro, la labor debe ser la opuesta.

Es decir, debe intentar olvidarse el plano horizontal de las emociones que, asqueado por una exaltación gloriosa de los placeres sensoriales que embotan el alma y lubrican el cumplimiento absuelto del vicio, para acceder de vuelta al eje vertical, que hace torcer el cuello y mirar al cielo, donde a

uno le espera la perfecta e intacta Beatriz, que lo dirigirá tras arduos vagabundeos por los callejones del pecado, hacia lo inefable.

—Sé el talento que tienes —siguió diciendo Gris, por cierto. *Egh,* pensé yo; siempre (o al menos casi siempre) reacio a la paternalista compasión—. Pero no puedes dejar que éste te consuma y te destruya. Entiende, por favor, que todos somos genios y que no eres mejor que nadie. ¿Lo sabes, no, lo sabes? Además, ¿de qué sirve el Sol sin nadie a quien iluminar? Quiero decir: ¿de ti quién va a hablar si no te dejas ver? ¿Me entiendes? Lo haré más concreto: ¿cuánta gente conoce tu obra? Y sé sincero.

» Con eso no quiero decir que la obra no tenga un valor intrínseco por si misma, querido… No. Ya sé que su valor no depende únicamente de la cantidad de gente que la conozca, pero por favor, toca con los pies en la tierra; que no te trague el personaje… Aunque seas el hombre más famoso de todos los tiempos, no serás sino una hormiga al lado de Dios… Además, a veces siento que suples con excentricidades infantiles y extravagancias llamativas la carencia de talento. Emm… sí, como los malos poetas. ¿Qué? Ya, ya… Perdón, perdón… ¡Pero alguien tiene que decírtelo, mi amor! Si no, me da la sensación de que vives en un delirio arrastrado por un cuerpo con una densidad inferior a la del aire… Y…, bueno, me sabe mal, la verdad. Además, tu obra será mucho mejor si combinas el cielo con la tierra, ¿lo sabes, no? Si no, será apabulladoramente incomprensible. Mira a Schiller y mira a Hölderlin; mira a Kanye y mira a Kendrick. Demasiado de algo nunca es bueno, mi amor. Sí, y ya sé que no te gustan las referencias porque encierran una obra en un tiempo determinado… Y… también sé que la locura te tienta y… y muchos la tildan responsable y engendradora de todo gran arte pero, por favor, nunca cedas del todo; nunca… No podrás volver y te arrepentirás de haber perdido la clarividencia por un simulacro momentáneo de esta.

Mi demonio, como podréis imaginar, habiendo sido desvelado su disfraz, hubiera querido ponerse a hacer aspavientos y dar brincos por toda la habitación como muestra de indignación e inconformidad con lo

postulado pero, invocando la figura del arcángel, lo mantuve inmóvil bajo la lanza y no dejé que lo hiciera.

Mi rencor musitaba:

—Es normal que me odie, es normal… Yo, al fin y al cabo, he matado a su ideal de padre y lo he ridiculizado. Ahora ella (o, mejor dicho, su padre en ella) quiere vengarse. Ansía apoderarse de mis virtudes y destruirlas; exprimir de mi mi vida para, después de tragarme como ángel, escupirme como demonio. No se puede culpar a nadie de sus decisiones, claro… Somos todo esclavos de nuestras circunstancias…

Mi amor, en cambio, sabiendo que solamente eramos dos cachorros perdidos en un desierto que se encontraban y se juntaban para lamerse las heridas contraídas en una larguísima travesía y poder brindarse compañía y aliviar su soledad, o dos bebés a los que la vida les había endosado un cigarro en la boca, un maletín en la mano repleto de papeles que sobresalían por los bordes y unas gafas de color café translúcido y con forma de chapa aplastada y los había obligado a actuar, en contra de su voluntad, como adultos en una serie aburrida y predecible emitida los mediodías y entre semana, y nos perdonaba a ambos y nos abrazaba como una madre bondadosa ante nuestra escasa dedicación al arte del teatro.

Aún así, Gris, por mucho que me pesara, tenía razón. Era verdad. Mis ficciones me arrollaban y los pasteles que cocinaba no me ayudaban a conservar la salud. Así que bajé la cabeza y le dije que a mi también me daba miedo vivir desdoblado y me causaba vergüenza mi sed de gloria y mis delirios de grandeza.

(Sobre todo cuando no había ningún hecho que los respaldara, claro; quizás cuando el mundo confirmara mi indudable genialidad podría entregarme viva y tranquilamente a mis excentricidades sin miedo a ser considerado un loco irredento, pero ese es otro tema que ahora no trataremos porque mi devenir no depende tanto de mi como de las estrellas y, por ende, sea este cual sea, me prometo hoy, aquí, y ahora mismo, con una mano en las Santas Escrituras y otra mano en el gatillo del revólver, que

reaccionaré con la debida humildad a los designios dictados por ellas y seguiré dudando como ahora dudo —aunque a veces quiera hacer parecer que no— de mis talentos y mi genio, pues en esa duda y en ese constante cuestionamiento es donde hallan su más avivado impulso.)

—39—

Pero no lo consigue. Y siente que al otro lado, hay un hombre nerviosísimo que pica el suelo y chilla como un poseso hasta romper el martillo. Entonces Alguien piensa que ha de encontrar una forma de frenar esta frenética actividad mental si no quiere volverse irreversiblemente loco o sufrir una neurastenia repentina a los 30 años.

Alguien, de hecho, ha padecido más de una vez pequeños episodios en los que, agotado y sin razón aparente, se ve obligado a tumbarse en la cama y no hacer absolutamente nada. Ni duerme, ni piensa, ni está con el móvil. Simplemente yace en la cama mirando el techo y viendo los minutos pasar.

A veces se le esboza una ligera sonrisa pensando en… Pero *sht*. Alguien ahora está en la fiesta, y piensa que es absolutamente necesario encontrar un método eficaz para cultivar sus cualidades terrenales si no quiere perderse en la estratósfera como un globo de cumpleaños en manos de unos finos dedos untados con mantequilla y aceite. Cordura corneal: hazme ver la luz, pero de otra forma. Eso es. Y se siente como un caniche con las patas demasiado cortas para subir por una escalera de incendios y…

Un amigo le dijo un día que lo necesario sucedería porque lo que sucedía era necesario, pero él no lo veía así. Él simplemente confundía el polo con el centro y cantaba canciones inventadas mientras paseaba. A veces cantaba canciones existentes y les cambiaba ligeramente la melodía pero… ¿por qué estamos hablando de esto? ¿Qué importancia tiene? ¿Por qué Alguien es tan endemoniadamente aficionado a su modo de ver las cosas…? Ay, ay. Da igual.

Sí. Alguien, muy a su pesar, lo ve todo como un círculo, y si pretende seguir viviendo entre humanos, debe aprender a pensar con la lógica lineal de los humanos. Sí. Pensar con líneas rectas no es un pecado, querido, pensar con líneas rectas no es un pecado, se repite. Y todos los libros y sistemas lingüísticos convencionales funcionan de forma lineal así que ¡a apechugar con la cruz! Si quiere musealizar las ruinas, debe aprender a hablar el idioma de los museos. Sí. Por ejemplo, si $a+b=c$, se sigue que $c-b=a$ y… y toda esa clase de cosas. Alguien, en efecto, sueña con ser una de esas personas que empiezan su discurso diciendo: "Por un lado…", y lo continúan diciendo: "Y por el otro…"

Harto de si mismo, empieza a escuchar a los demás y sus conversaciones.

—Hombre, yo creo que a estas alturas ya es un hecho indiscutible, pero la mejor obra de arte jamás creada en toda la historia, es La Verdad Incompleta de Damien Hirst… Me sabe mal. El hombre será lo hombre que sea, pero su obra, su obra, su obra habla por si sola… A Rafael lo poseían ángeles y las vieiras son tan sagradas como las pestañas y las cremalleras.

—Bueno, bueno, esto… ¿imagino que lo dices obviando La Santa Faz de Zurbarán, no?

—Bueno, bueno… Claro, claro. Eso está claro. De hecho, se podría decir tranquilamente que la última es una glosa de la primera pero adecuada al lenguaje de nuestro tiempo… Igual que La Catedral de Rodin lo es del Retorno del Hijo Pródigo de Rembrandt… Pero esque esas obras ni siquiera deberían mencionarse sin haber hecho antes un ayuno de tres semanas y meditar ocho horas al día durante más de veinte años.

—Sí, sí, y lavarse los dientes con petróleo, alimentarse solo de pepitas de oro y haber aprendido arameo en el breve espacio de dos días…

Risas. Otra conversación:

—A ver, es una cosa bastante díficil de explicar pero lo explicaré muy fácil. Los pulmones están rodeados de una capa que se llama pleura. Lo que a mi me pasó es que se me separó la pleura… de la otra pleura… Porque

creo que lo que forma el pulmón también se llama pleura… *creo*. Y entonces lo que pasaba es que me entraba a saco de aire entre pleura y pleura. Y… entonces… lo que pasaba era que todo ese espacio que ocupaba aquel aire hacía que mi pulmón disminuyese *a saco* su tamaño, ¿sabes?

» Total, que fui al médico y eso y le dije que sentía como una especie de puñal en la espalda y no sé qué. Y él me dijo: "A ver, respira". Y vio que tenía un pulmón mucho más inflado que el otro. Rollo… había uno de tamaño normal y otro del tamaño de una pasa… Y bueno me *fotieron* un tubo por aquí… y otro por allá… y me quitaron el aire sobrante. Y pasé una semana en el hospital y me pusieron un pegamento para que no volviera a separarse… Y bueno, salí y a la semana siguiente me volvió a pasar y me volvieron a poner más pegamento y en teoría no tiene por qué volver a pasarme pero… bueno, que desde que me pasó esto no he vuelto a tener los pulmones iguales.

Hm…, anécdotas: ¡la sal de la vida! Alguien saborea su inútil inteligencia y se apoltrona en el sillón de su amarga soberbia. Escucha a una chica hablar de la escasez y la mala calidad del pescado cuando vivía en una isla y se da cuenta de que sus aires de santidad han desaparecido y ahora le cuesta respirar y su alma ya no tiembla y anda convencido de que es uno de los mayores genios que jamás ha habitado el orbe azul.

La conversación siguiente, de dos chicas que charlan a su lado con dos vasos en la mano, solo confirma sus sospechas.

La reproduzco:

—Y mi hermano —dice una—, el muy hijo de puta… Bueno, hijo de puta no, ja, ja, ¡que mi madre no es puta! —Risas—. Me dice: "Tía, no puedes seguir viviendo así, no puedes. ¿Qué coño piensas hacer con tu vida, tía?" Y yo en plan… Tía, *¿what?* ¿Sabes? Esque… ¿de qué va?

—Ya… —responde la otra, asintiendo.

—Tía, es que, ¿quién es él para decirme cómo he de vivir? ¿Sabes? Quiero decir, que ¿qué sabe él que yo no sepa? Bueno, total, que no le hice ni caso, me fui a mi habitación y me encerré allá.

—…

—A veces pienso en que todo me va bien cuando estoy sola… ¿Te ha pasado alguna vez? No sé… sé que es un pensamiento raro pero no sé… Cuando estoy sola nadie me molesta, ¿sabes? Y siempre tengo yo la razón… ¡Ja, ja! Estoy loca, tía, da igual… En cambio, cuando estoy con gente, a veces, se vuelve todo muy confuso y no sé como actuar… Es todo un lío.

—Ya… Sé lo que quieres decir… A mi a veces también me pasa. Pero después, al cabo de un rato de estar sola me canso y siento que me vuelvo loca.

Risas. Risas caninas. Como de hiena hambrienta y como de ángel caído. Como las que Alguien contiene en su podrido interior mientras contempla la escena con los ojos del Lucifer de Cabanel y mundo, mundo, mundo mundano…

—Ya… Es lo que me pasa a mi, es lo que me pasa… Pero, bueno, ¡ya vale de cosas tristes! ¿Tú qué tal, qué tal?

Su entusiasmo crece a medida que repite la pregunta, como las posibilidades de que una apuesta sea desfavorable y, por ello, aumente la cantidad del premio.

—Pues bien, bien, voy haciendo. Pasé unos días enferma pero ya estoy bien.

La chica estuvo enferma. La chica estuvo enferma pero ahora está bien.

—Ay, no sabes cómo me alegro, tía. Esta fiesta sin ti no hubiera sido lo mismo, sinceramente. ¡No, que va enserio, tía! Enserio… Ay, por cierto, el otro día vi a Miquel. Está guapísimo, tía; fliparías… ¿Lo has visto últimamente?

—Sí, sí… Me lo dijeron. La última vez que lo vi fue en aquella fiesta.

—Uf… *Aquella* fiesta; qué noche, qué noche…

—¿Sí, no? ¿Tú al final te tiraste a Pablo?

—Sí… pero… Calla, calla… No me lo recuerdes, tía, no me lo recuerdes. ¿Tú cómo acabaste?

—Pues nada, nada… Yo, al final…

Y explicó que durmieron en casa de Sara y estuvieron allá a fuera, pelándose de frío durante media hora esperando un taxi y muchas cosas más que no referiré para no aburriros y no sumirme en exceso en la inmundicia y…

—Ya ves. Guay, guay. Me alegro. ¿Y con Fer, qué, tía?

Etcétera, etcétera. Cállate, imbécil, cállate. Aprende a escuchar sin juzgar, soberbio imbécil, se dice a si mismo. Aprende a ver en el arpa de la ignorancia la más alta sabiduría y despréndete de ti mismo para no sofocar el son del otro con tus inocuidades.

Alguien, cansado de ser malo (y también de ser bueno), se pierde en sus ensoñaciones, imaginando como sería el diario de una de las chicas.

—40—

El principal problema, esbozado así a grandes trazos, era que me creía un cantante famoso y no era un cantante famoso, sino que era solo un joven burgués con alma de artista. Al cantante famoso se le permite creerse un cantante famoso porque… bueno, porque es un cantante famoso. A mi, en cambio, un chaval de una ciudad que no ha salido de su habitación y cuyo arte solo han disfrutado algunos familiares y amigos muy cercanos (y con visible disgusto por ambas partes), si me creo un cantante famoso, me dicen que quieren encerrarme en un sanatorio mental porque no toco con los pies en la tierra y mis contactos con la realidad se han visto reducido a tan ínfimo número, que me creo alguien que realmente no soy.

(Sí. Lo confieso. Yo, durante un tiempo y muy a mi pesar, compuse música.)

Hoy en día la música es grabada mediante procesos electrónicos diversos. Esto permite que cualquier persona en cualquier lugar del mundo pueda escucharla. Gris fue una de ellas. Al principio, Gris, con el alma deseosa de idilios románticos con artistas de naturaleza melancólica, se

enamoró del yo que cantaba porque… Bueno, porque sí, no sé, porque la gente suele enamorarse de espectros con un nombre y un rostro que no les pertenecen y…

El amor es un engaño y eso se sabe. No voy a entrar en ello con mucha profundidad porque hacerlo me requeriría demasiada sinceridad y, probablemente, escribir entero un nuevo libro, tarea a la que no estoy (después de ver el inmenso esfuerzo que supone y la nula satisfacción que se deriva) ni mucho menos dispuesto.

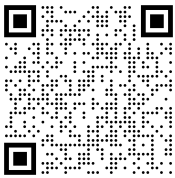
En fin, que como me pasaba el día en mi maldita habitación, a oscuras, fumando cigarros y delante del ordenador y no salía a la calle más que por la noche, mi relación con la realidad no era muy estrecha o verosímil, como podréis imaginar. Ese aislamiento facilitaba que representara papeles de lo más bizarros e impropios.

Digamos que yo, cuando cantaba, en uno de esos desdoblamientos tan característicos de cualquier iniciado en la senda artística porque *even the greatest stars*…, lo hacía interpretando diversos personajes; ella se enamoró de uno de ellos y, por ende, se enamoró de alguien que no existía. El idilio duró poco porque…, bueno, la persona de la que se había enamorado no existía, básicamente, y las pocas veces que el personaje resurgía de entre las penumbras y se asomaba al mundo real, estaba tan irremediablemente loco que era imposible tener una conversación con él.

Ella pretendía vivir en un extásis eterno de risa, fulgor y luz. Alargar los breves instantes de euforia compartida hasta su más extensa dilatación y transcender el tiempo y el espacio en un orgasmo infinito. Obviamente, eso no era posible. (O al menos no aquí, en esta vida y con estos cuerpos.)

Pero de eso no hablaremos más. ¿Qué mejor agua hay que la que brota del manantial? Pues eso. Dejo que, si os intriga el asunto, escuchéis la música por vuestra cuenta y saquéis vuestras propias conclusiones. Creo que dejaré un código QR en alguna de las últimas páginas del libro… No lo sé, ya veré. Me da bastante vergüenza la música que hacía pero una mezcla de ansia sincera y vanidad me obliga.

(Lo dejo aquí porque no quiero interrumpir la reflexión que debería seguirse del final del libro con más contenido.)



Pero bueno, eso: volvamos.

Ahora, ahora…

Sí. Eh… Me gustaría explicarme un poco más, (solo un poquito más, un poquito más…).

Ocurre algo extraño en el acto creativo: uno piensa que habla de su relación con alguien al mundo, cuando, en realidad, solo habla de su relación con el mundo a alguien. Así, lo que uno cree íntimo y privado se convierte en un acontecimiento público y comunitario y viceversa. De ahí surgen, normalmente, las nociones proféticas de su obra y… etc.

Y como la vida es, en esencia, un suceso de repeticiones que simplemente cambian sus disfraces, pues yo hago lo mismo.

Cómo ya se ha hecho visible a lo largo del libro, soy dos. Uno por un lado, y otro por el otro. Vivo desdoblado como un tallo sediento. Allá donde voy me persigue una sombra que, a pesar de que vive en mi, su voluntad me es totalmente ajena. Podría argumentarlo diciendo que solo buscaba ampliar su campo de absorción vital para respirar más y no morirse de aire, como el tallo sediento de fotosíntesis del que hablaba, pero… Pero lo cierto es que si subiera el gas no tendrías un tubo que baja hasta abajo y ¿tenéis mucha batería? En fin… ¿Os acordáis de aquella vez en que…? Muchos proyectos y…

Mi rigidez ideológica, como la de un hombre dividido entre el ascetismo supramundano de la Edad Media y el humanismo vitalista del Renacimiento, brilla por su ausencia. Básicamente, en un verso de un cantante famoso (otro más, sí, otro más…) con el que puedo abreviar todos los párrafos consiguientes, el dilema era el siguiente: o *Halle Berry or Hallelujah*.

Pero yo soy muy orgulloso y no quiero, aunque lo crea un muy admirable ejercicio de apropiacionismo archivador y que, en muchas partes de mi novela o mi *nivola* practico —más que nada porque quiero reflejar

bien los tiempos en los que reside mi permeable identidad y lo creo la forma más idónea ya que vivo entre cadenas infinitas de repeticiones y apropiaciones—, reducir mi discurso a referencias de otros, así que lo explicaré con mis propias *(propias)* palabras.

Por una parte tenía la ambición popera y warholiana de convertirme en un ídolo de plástico, referente cultural de la masa, adentrándome en la máquina folklórica vírica que se propaga por cañerías subterráneas bajo el entramado de cuerpos y formas que conforma una ciudad. Secreto a voces que, por cierto, todos conocemos y nadie (o poca gente) reconoce. *Milkshake with them crushed up oreos* y *I want my… I want my…* esa clase de cosas.

Me doy cuenta que eso de que poca gente lo reconoce ha dejado de ser verdad. Así como al principio de Internet existía un cierto hermetismo sobre lo allá consumido porque se consideraba un lugar privado en el que uno podía consultar sus sospechas e intereses más recónditos, de consistencia moral no muy sólida, ahora, una vez hecho público el registro de información y su utilización comercial por parte de las compañías que lo regulan y contienen, la gente habla muy abiertamente de todo lo que en… pero ¿qué es esto?

Todo esto es tontería, tontería… Nada de lo que he dicho es verdad y, si lo es, lo es solo parcialmente. Cuando creo hablar del mundo hablo solo de mi mismo. ¿Y cuándo hablo de mi mismo solo hablo del mundo? Da igual. Perdonad mi afán. Cómo odio elaborar pensamiento artificial. Todo eso es fragmentario y parcial. Ay… En fin. Sigamos.

Dicha sensación me sobrevenía sobretodo después de conocer a alguien que, a ojos del mundo, era considerado como el paradigma de la innovación en la disciplina que ejerciera, fuera cual fuera. Apareciéndoseme entonces mi mediocridad como una cualidad insoportablemente pesada, atenazaba y estiraba mi propio cuerpo con ganchos y máquinas en aras de poder asemejarme lo máximo posible al nuevo tirano de mi corazón,

recientemente asentado entre imbatibles murallas y cuya bandera había teñido de pis, pizarra y tiza la calma que antes me gobernaba.

Así, acuciado por una gota malaya de abatimiento y derrotismo, terminaba profundamente asqueado por el estado del mundo (sin saber exactamente qué cualidad de éste me despertaba esa aversión), y, en un extático delirio nietzscheano, me rebelaba ante mi melancolía y me creía el elegido por el dedo de Dios para subvertir los valores estéticos, políticos y metafísicos contemporáneos e introducir los nuevos códigos que impulsarían a la humanidad hacia más perfectos y superiores objetivos.

De un cuadro ocre, bañado en tinta de café graneada con arena y que convertía la amable música en apagada y vieja corteza, caía de un pincel que pintaba por si solo un enorme círculo amarillo. Amarillo chillón. Amarillo de esos que le hace a uno saltar hacia atrás. Los bordes del círculo, después de caer, se difuminaban groseramente en el color del fondo, a estas alturas, un aburridísimo mate que no decía nada más que: "Yo soy, pero podría perfectamente no ser y nadie se daría ni cuenta".

Bien, como decía, en aquellos diaspóricos días, en los que me alejaba como una cometa de mi originario ombligo, estaba dispuesto a desangrarme a mi mismo en un destartalado y sádico espectáculo para limpiar unos ojos que se enorgullecían de su participación en lo que yo consideraba depravadas e inaceptables costumbres.

En mi ánimo tiránico (infundado en gran medida por los métodos de conquista aplicados sobre mi en su momento, por cierto), no consideraba la voluntad de la muchedumbre como digna de ser tenida en cuenta y andaba decidido a empezar una revolución independientemente del coste que supusiera. Harto…, sí, estoy de acuerdo… Quería ser la voz del pueblo quitándole la suya; quería, básicamente, que el pueblo tuviera *mi* voz.

Desde detrás del círculo amarillo ahora salían destellos de luz opacos y un poco más grises, cuyas cabezas acababan en un primer plano menos amenazante que el círculo de cuya espalda provenían.

Esa parte de mi ansiaba entregarse irrevocablemente a la locura, liberarse al fin de la aburrida mundaneidad que a todos nos abruma cuando nos abrigamos con la capa de lo conocido y guiar al pueblo hacia las más altas altitudes como una suerte de mártir o profeta. Siempre hablaba en segunda persona del plural y utilizaba todas esas clases de armas de seducción masiva que tenía a mano y esa serie de cosas que hacen generalmente los tiranos para inocular su criterio subrepticiamente y de formas harto inmorales.

Quemar el capitolio y reírme de lo antiguo; rebelarme contra todo lo establecido porque era síntoma de podredumbre moral, etc. etc. Yo, vástago chupón de la cultura, terminaría por derrocarla entera y plantaría un árbol completamente nuevo, del cual sería semilla, tallo, fruto, y flor. Y Sol, y raíz, y hoja, y viento… Blablablá.

En el núcleo del círculo amarillo se posarían esbozados pétalos con un rosa centrípeto (con tal condensación cromática que agarraría de buenas a primeras la atención del espectador). A su alrededor crecería lentamente un halo de un rosa más vívido y claro que se difuminaría en el círculo amarillo, que lentamente se habría oscurecido hasta dejar solo los bordes con el color original.

Eso… eso quería una parte de mi. La otra, más sosegada y calma, ecuánime ante cualquier acontecimiento, prefería contemplar la vida desde… desde ningún sitio realmente. Diría la grada, pero no era realmente ningún asiento de plástico alejado del partido. Era extraño porque estaba dentro del juego sin dejarme llevar por las fuerzas que lo conformaban, y fuera de éste sin que lo ocurrido me fuera ajeno.

Aquellos días imaginaba que era el cielo y ninguna roca rasgaba la piel de mi divina orquídea contenida entre las paredes del tiesto de una cabra. Quebraba pacíficamente las cribas de mi ratonera y convertía mi necesidad en necesaria tal y como me había avisado mi amigo que me pasaría. Unas manos invisibles apartaban la niebla invisible y *veía*.

Actúaba siempre con acierto, como si supiera exactamente lo que debía hacer en todo momento, también exactamente como aquel otro amigo que jugaba a pádel como los ángeles. Mi bajo se fundía solemne y quedamente con el bombo de mi canción, objeto ambos de una modestia abrumadora, y todo caminaba sin esfuerzo. Era una piedra que se deshacía con el roce del agua y un libro que se fundía con la mesa que lo sostenía.

No generaba discursos que justificaran mi actitud porque la sabía correcta. No moldeaba la realidad activamente pero lo sabía inevitable. En mi interior gobernaba un pensar silencioso, un silencio vivo que no buscaba respuestas porque ni me sabía incapaz de alcanzarlas, ni me sabía poseedor de las mismas, ni tenía curiosidad por saberlas ni… nada.

Ya os digo, es un estado muy difícil de definir; tampoco creo que deba intentarlo pero… Pero bueno, yo creo que con lo dicho y con lo que dejo intuir a lo largo del libro, podéis sacar una imagen más o menos concreta, sin que ésta, Dios no lo quiera, limite la concepción de la misma. Cualquier libro de cualquier místico de cualquier época de cualquier mundo os deberá ayudar en este sentido. Yo aún soy un *rookie* al respecto.

Básteme añadir que la última era una noción más "artística" *to go about life*. Mi círculo, o el círculo de mi obra, se mantenía intacto en su autoabastecimiento y, para ser comprendido en su totalidad, se servía de la voluntad de un individuo espectador predispuesto a la intimidad necesaria para ello. Es decir, tenía en cuenta la voluntad de lo otro, y solo cuando esta era la debida, la fusión ocurría en un encaje perfecto y sin descalabros.

Por lo contrario, como ya he dicho, a mi ambición popera le daba completamente igual la voluntad de lo otro. Era tiránica. Tenía una verdad y estaba dispuesta a matar a quien hiciera falta para que esa verdad reinara sobre todas las cosas.

Cuando conquistado por tan parvo anhelo, oteaba el espectáculo de la historia, ninguna altitud alcanzada por ningún ser humano se me asomaba remotamente suficiente. Cualquier nombre de cualquier época me parecía

infinitamente inferior al mío y equipararme a cualquiera de ellos me parecía, sencillamente, insultante.

Si cegado por mi soberbia decidía compartir mi superioridad con alguno de mis contemporáneos (en esos momentos, por cierto, hormigas renqueantes a mi servicio), les diría:

—Es todo culpa de Internet. Ah, y de la ciudad, sí, de la ciudad también.

Ellos encogerían los hombros y asentirían, me tacharían de loco para refugiarse de la duda inflingida por la contemplación de un horizonte mucho más vasto que el que hasta ahora habían disfrutado, y se irían y me dejarían solo y yo volvería a mis andadas de pseudopoeta y pseudogenio.

Y… y eso. Creo que ya he dicho suficiente. Ahora, sigamos.

Bueno no, no…, antes…, antes hago un breve inciso más y os prometo que me callo y vuelvo al hecho.

La pugna entre el malhechismo *lo-fi* y el perfeccionismo kubrickiano, entre el nihilismo existencialista y el optimismo kierkegaardiano, entre la ciencia de los hombres y la ciencia de los dioses que protagonizaban mi razón y mi voluntad, era digna de aplauso y no sería del todo justo remitir mi malestar espiritual a dicho conflicto.

Sin conflicto no hay vida que valga la pena vivir, así que dicha oposición no era algo que me quitara el sueño. De hecho, la extenuante hipertensión de mi vigilia me ayudaba a conciliar el sueño como si fuera un bebé que había pasado el día entero jugando y corriendo. Ese conflicto y su potencial resolución eran, en definitiva, la razón de mi existencia.

Esa disociación se daba en todos los aspectos de mi alma… Una parte de mi anhelaba dedicarse al cultivo de las distintas disciplinas intelectuales y la otra, al culto al cuerpo y el deporte; una quería enamorarse de alguien perdidamente narcisista y que su luz me hiciera sentir constantemente inferior y culpable como un abyecto y despreciable insecto, y la otra quería ser el objeto amado de alguien dispuesto a cegarse ante mi belleza y servirme de forma indiscutible. Lo típico. ¿Hacer fortuna y carrera entre los

hombres o dedicarse a la profundización de las ciencias espirituales…? Etc., etc., etc.

Todo ello podría ilustrarse perfectamente con una sencilla y corta analogía del tipo: tenía una mitad del armario repleta de ropa y la otra repleta de libros pero… pero ya veis que soy dado a recrearme una y otra vez en la misma idea obsesivamente porque creo y sé necesario que, como en el dibujo técnico, para conseguir una más precisa ilustración de un mismo suceso, conviene abordarlo desde todas las perspectivas posibles.

También lo hago, todo sea dicho, por vanidad. Quiero tocar todos los palos posibles para que, en el futuro, cuando se escriba un libro, sea inevitable referenciar el mío porque habré hablado de todo y de todas las formas posibles y habré conseguido, consecuentemente, dispersar mi nombre por entre las páginas de los libros como una enfermedad contagiosa. Intentaré que la sombra de mi nombre acoja el máximo número de nombres y sombras posibles porque eso es el éxito para los hombres y yo quiero el éxito entre los hombres. Sí.

O no. Solo a veces. Solo cuando no me siento culpable por quererlo. Pero cada vez pasa menos. Sí. El quererlo, no el sentirme culpable por quererlo. De hecho, cada vez me siento más culpable por quererlo y por eso lo quiero menos pero…

Sí. Así como al inicio de mi aislamiento la culpa me reconcomía por dentro y miraba con envidia a todas las personas que moldeaban y configuraban el mundo tangible *haciendo cosas* mientras yo solamente las soñaba en una pequeña cárcel, con el tiempo, aquella amargura, aquel resentimiento fruto de mi ambición popera de ser el único y exclusivo poder que configurara la realidad a su antojo, se fue tornando, con la característica soberbia de los fracasados que no se atreven a reconocer sus defectos y sin que apenas lo percibiera, en un placer indescriptible.

Mientras los veía a todos ellos amoldarse a una serie de criterios ajenos para alcanzar cualquier propósito que se propusieran, yo, sin haberme

subyugado a ninguno de los sistemas de pensamiento ofrecidos, sentía haber alcanzado lo que ellos anhelaban. En términos prácticos, diría:

—Ellos, para sentir validada su identidad, se han visto obligados a satisfacer las exigencias comerciales predicadas por *x*. Yo, en cambio, que bajo el rasero de cualquier sociedad regentada por el capital y sus tentáculos, debería ser visto como un completo y absoluto fracasado, me siento inconmesurablemente más valioso, feliz y realizado que cualquiera de ellos.

Era una cosa curiosa, muy curiosa. ¡Me sentía muy indeciblemente feliz y no había tenido que amoldarme a ningún criterio para conseguirlo, ni someterme a ningún ideal, ni creerme ninguna mentira! *Yuhú*. De hecho, todo lo contrario, me había dedicado a rechazar todo lo encontrado porque nada satisfacía mi propio criterio de lo que era la felicidad. *Everything I'm not made me everything I am* y perderse para encontrarse y toda esta clase de frases simples que vería uno en una *caption* de Instagram…

¡Y me encantaba verlos a todos ellos moverse! ¡Ay, cómo me gustaba…! Mundo, mundo, mundo… Rechazar lo mundano me hacía más mundano y a mi soberbia le gustaba, le gustaba *mucho*. Verlos recibir premios, y viajar de aquí a allá, y hacerse fotos en tal sitio o en tal otro, y hablando frente a tribunales para intentar convencerlos y… Ay…

Y yo, en cambio, el ignorante e ignorado, el necio, el loco, al que todo el mundo odiaba y el que a todo el mundo odiaba, que se había refregado por los calzoncillos (que llevaba, por cierto, por fuera de los pantalones) todas las pautas porque (¡oh, pobre!) simplemente, ni las entendía ni me cabían en la cabeza, había conseguido una especie de plenitud dolorosa que colmaba mi espíritu hasta hacerlo rebosar. Saber, reconocer y aceptar que era un fracasado, me hacía muy, muy, muy feliz.

Esto lo pensaba solo una parte de mi pero… Sí, perdonadme. Si quiero ser sincero he de decir una cosa y su contraria, las cosas como son. Pero ahora no haremos eso. Mejor en un rato. ¡Qué pesado soy! Perdonadme… *Bam, bam, bam, ba-aah, bam, bam, bam, bam, bam, ba-aah, bam, bam…*

Pues eso, que haciendo de canguro a mis primos por las mañanas, pintando un cuadro por las tardes y saliendo a pasear por las noches a escribir poesía mala y hacer anotaciones mentales a un libro que nadie leería me sentía muy feliz.

Esto, como ya he dicho, era solo a veces, claro. Otras veces (ahora sí) sentía que mi destino se me escapaba a cada paso, pagándome con la misma desobediencia que yo le dedicaba. Un erizo inmiscuido entre los recovecos de mis órganos expandía de repente sus puntas y hacía hervir toda la primera capa de mi piel.

—Pensaba que no volverías—le decía yo.

—Tenía muchas ganas de comer —respondía él—. Agazapado ahí en la sombra… Me aburro y tengo ganas de matar a alguien. De zarandearle el cerebro para derritir sus pensamientos y poder sorberlos con una pajita. Llevo mucho tiempo en la oscuridad, querido, ¡mucho!, demasiado…; ¡mi mohosa lengua exige acción! Déjame ni que sea un ratito al mando, va… Un par de risas tontas y me vuelvo, te lo juro. ¿No estás cansado de ser bueno?

Pero yo no le hago mucho caso y él me canta que *that'll be the day* para darme pena y… ¿qué hago hablando de esto? Me he desviado mucho. ¿De qué estaba hablando? ¿Estaba hablando de algo? Probablemente no, es imposible hablar de *algo* sin que ese *algo* desaparezca. *Bah*.

Pero bueno, volvamos al hecho, volvamos. Perdonadme el desvío, familia. Sin desvíos no habría arte, esa es mi excusa. Pero volvamos, volvamos. Sí, sí. Voy, voy.

Al cabo de un rato, después de hablar de más y más cosas porque esto no se para y la vida siempre sigue y todo, todo, *todo* siempre sigue hacia delante para siempre y hasta siempre y desde siempre y "avance, por favor, no se detenga, no retroceda" y *woo, woo, woo*… y del hecho de que el cantante famoso fuera, como yo, hijo de un publicista y mientras veía a Gris pintar y mientras mi cansancio me susurraba melodías angelicales de amor

y redención al oído, me sobrecogió un amor incontrolable y le pregunté si le gustaría venir a vivir conmigo. Ella sonrió y me dijo:

—¿Cómo?

A quien aún le sorprenda mi variabilidad emocional, diré que yo, encerrado en mi presente eterno, cuando me sobreviene un encuentro con algún objeto (sea interno o externo), lo hago convencido de su plena extemporaneidad.

A veces, esa volatilidad me ha hecho sospechoso a ojos de los que comparten conmigo un periodo de tiempo lo suficientemente prolongado para experimentar la disonancia argumentativa de mis opiniones.

Yo les digo, príncipe de las paradojas frente a los que para lo paradójico es norma, que los que se apresuran a formar juicios no son seguros ni fiables y que mi obra requiere distancia para ser apreciada y que… pero antes de que acabe, han empezado a reírse de mi descontroladamente y me recuerdan que una persona sabia no habla (y, todavía menos, deja por escrito su ignorancia) y me obligan a callarme, así que al hecho, al hecho, al hecho porque no quiero más ruido y allá donde voy encuentro ruido y ruido y más ruido…

Total, que empezamos a hablar sobre los pormenores y los detalles de nuestra convivencia. Ella mencionó que estábamos lejos del centro y que ningún amigo vendría a visitarnos y yo le dije que no me importaba mucho, que mi vida social era *close to none*. Ella siguió diciendo que debería encontrar trabajo aquí para no tener que subir y bajar constantemente y gastarse un dineral en transporte.

Yo le dije, en mi ya archiconocido y renombradísimo altruismo, que para mi lo más importante era respetar los espacios de cada uno y no invadir sin que no fuéramos invitados. Ella, de repente, soltó una carcajada y me dijo que era una pena que en las películas no salieran estas conversaciones y yo le dije que estaba dispuesto a cambiarlo porque había que increpar y zarandear las convenciones burguesas del mundo del arte y del arte del mundo.

—Imagínate un libro en el que, cuando los protagonistas deciden irse a vivir juntos, en vez de un montaje de planos de ellos pintando la casa con música alegre, pasan horas discutiendo sobre cómo sería la mejor forma de convivir juntos. "Bueno, yo creo que…" y, "¿Sí? ¿Estás segura? Pues yo soy de la opinión de que…" y esa clase de cosas y minucias. Yo lo escribiré. Sí. *Yo*. Un libro de amor, y de amor en minúsculas.

¡Ay, cuán humano me he vuelto, pobre de mi! Miradme luchando con la armadura abollada y artillería oxidada… Ay. ¡Qué vil y aburrido y soso y despreciable es todo lo humano! Creo que me voy a hacer monje. Pero sigamos, sigamos, no hablemos de eso ahora.

Yo sabía que no escribiría el libro porque era indisciplinado y vago, pero en ese momento, debido a la enfermedad de la que os he hablado antes, presenté la idea del todo convencido. Ahora, con el tiempo, he aprendido a ser más escéptico ante mi mismo y mis ideas y, si no perduran en mi imaginación durante más de una o dos semanas, no las materializo. Es necesario que superen ese proceso de gestación y examinación porque, a pesar de que lo espontáneo es ciertamente mágico y goza del brillo incandescente de la inmediatez que dota a la idea, paradójicamente, de una atemporalidad entrañable y sincera, he cultivado en mi una alta noción de culpabilidad por las fuerzas que desencadeno y los rastros que dibujan mis pasos. Sí. Quizás es vanidad. Quizás es humildad. No lo sé. No quiero hablar más del tema.

—Es todo culpa de Disney —añadió ella.

Y yo le dije que estaba de acuerdo, secretamente resentido porque me sabía incapaz de atenerme al hecho y cumplir mi promesa y no hablar constantemente de mi mismo.

¡La mediocridad, la mediocridad! "Tío, tío, tío… Espera." No hay mayor héroe que el ciudadano medio. ¡Eso es! "¿Pero de dónde vienes? ¿A dónde vas? ¡Detente, amado mío!" ¡La glorificación del vulgo! Sí. ¡Realismo, Courbet, amor de pastores! Porque sí, porque mola, porque es la moda, y ya está tío. Claro. *Cling*…

¿Alguien se imagina un mejor final para una historia que un viejo que se sienta en el porche de su casa y ve al Sol bañar de oro los campos en su último fulgor con abundantes lágrimas en los ojos? Ah… ahí lo entiende, *¡lo entiende!, (and I can't stretch this enough):* ahí *lo entiende*.

Porque no hay nada *más allá* de aquella puesta de sol friedrichiana cuya magnanimidad escapa al entendimiento y todos los nombres y las palabras humanas desaparecen, y todas las nimias preocupaciones y las tristezas y las aspiraciones vanas y los deseos ínfimos desaparecen y el hombre llora, llora, ¡llora! ¡Llora!

Y llora porque, al fin, se da cuenta de que ha malgastado su vida entera soñando: persiguiendo una zanahoria que no existe y escapando de un demonio que tampoco existe; y llora, llora, llora… Pero llora de felicidad. Eso es. El presente es miope y solo se ve a si mismo en el espejo.

¡Y la mediocridad es la única redención! Embobarse con las cicatrices del pasado y los horizontes del futuro. Sí, la mediocridad es la más elevada aspiración del hombre. La mente verdaderamente poética solo aspira a la convención y la normalidad. Todo el histrionismo y lo hiperbólico del arte no es sino espectáculo y artificio, que enferman y atormentan el alma. Las aspiraciones poéticas son para gente mediocre que no ha mirado cara a cara al abismo. El artista que se dedica a representar lo macabro y lo siniestro, no es verdaderamente profundo; es solo alguien que, debido a su superficialidad, representa su carente profundidad para intentar comprenderla. Con *instrumentos*. *Egh*. Nada más accesorio que un anhelo instrumentado… ¿Pero es que…? Calla.

Un espíritu profundo, un espíritu elevado, uno que ha mirado al vacío ignífugo a los ojos, uno que ha intercambiado reproches con el abismo, no aspira sino a una belleza lisa y superflua, porque conoce mejor que nadie lo necesario de su haber para la supervivencia y la continuación de una felicidad sostenida. *Ignorance to cope, man, ignorance is bliss*… y Rossini y algodón de azúcar rosa…

Porque la poesía no existe y eso lo sabe todo el mundo. Pero, ¡basta, basta ya! ¿Qué hago? ¿Cometo yo el mismo pecado que condeno? ¡Sí! Claro… ¡Como siempre! Basta ya. Si la poesía es para imbéciles, sacar conclusiones aún más. Ay… he de aprender a estar *allí* sin sacar conclusiones. Ya está. El hecho, el hecho: delante mío hay un objeto de plástico con forma circular que… ¡Eso! ¡Que me enseñen unos cabellos que corren como el oro y una flor eterna! Basta ya, Max; basta, por favor…

Total, que le dije a Gris que yo escribiría un libro así. O, al menos, lo intentaría. Y sería tremendamente aburrido. Y pasarían cosas mundanas y sin magia y nada, absolutamente nada, sería simbólico. Ella me respondió con su usual carcajada, que escondía tanto como decía y, después de mi silencioso monólogo, me dijo que yo aceptaba las reglas del juego porque en el colegio no lo pasé mal.

¿Y eso qué tenía que ver?, pensé yo; pero le dije que:

—Seguramente; tienes razón.

La vida transcurre independiente a mis pensamientos y ¿quién soy yo para negar la omnipotencia de las circunstancias?

Y entonces, ahogado en mi narcisismo ouroborósico escribo un poema en mi cabeza. Lo llamé oda por capricho poético, por cierto. Y dice así:

Oda a la mediocridad

> Seré un hombre mediocre. Sí. Tendré suegros y comeré pan. Caminaré de puntillas por la vida. Sí. Iré a una cena con amigos y *traeré vino*. ¡Traeré vino! Ay, el sueño, el sueño…
>
> De camino…, de camino los llamaré preocupado porque me habré saltado la salida. Ellos me dirán que no pasa nada y me apuntarán el camino correcto para enmendar mi error. Y no pasará nada.
>
> Tendré una casa hecha con piedras y otra con madera.

Viviré cada día con ganas de llorar, pero nunca me suicidaré. Aceptaré la miseria consustancial a la existencia. Tendré opiniones políticas moderadas y bien sopesadas. Tendré problemas financieros. Y tendré amigos. Y con ellos hablaré de cosas… de las cosas que hablan los amigos con amigos y en el tono que utilizan los amigos. Y ese será mi magnánimo y estremecedor destino. Hablaré con refranes. Y tendré suegros y comeré pan. Y todo estará todo bien, y estará todo bien, y todo estará bien… Soñaré con cortarme la cabeza mientras diga:

—Muy bien, gracias. ¿Y tú?

Y sí, sí, sí… Amainaré mi ambición y cercaré mis deseos con abrigos que habré comprado en tiendas porque así lo dictan los manuales de supervivencia y todo eso. Llevaré botas cuando haga frío y pantalones cortos cuando haga calor. Leeré libros de autoayuda, y el periódico, y me armaré con escudos de cartón y coronas de plata aleada y seré feliz, muy feliz. Yo, que quería pintar el mundo de azul, me contentaré pintando solo las paredes de mi habitación.

Pues… al final, ¿quién soy? ¿*Qué* soy?

No soy nada y no soy nadie.

No merezco nada de lo que tengo, porque no tengo nada de lo que merezco. Todo a lo que aspiro son sombras y… No. Calla.

Soy menos que una mosca, menos que una piedra, menos que el viento y menos que nada. Un cúmulo de mentiras, vergüenzas, errores…; un conjunto de átomos en descomposición que se disiparán en un océano infinito de materia sin nombre. Y no pasa nada, no pasa nada, no pasa nada.

—41—

El diario de la chica

15 de abril de 2020

Hoy es 15 de abril de 2020 y la gente se comporta como si lo fuera. Yo no siento que lo sea pero aún así, me comporto como si lo fuera también. Me siento como una piedra lanzada al aire y que lleva tanto tiempo cayendo que ya no sabe si sube, baja, aparece o desaparece.

Tengo ganas de morir.

22 de abril de 2020

No sé ni para qué escribo. Me doy asco. *Ad…*

5 de mayo de 2020

Voy a escribir. He decidido que voy a escribir. He pasado toda la vida pensando mucho y no he hecho nada. No puedo seguir así. Todo este tiempo he estado flotando entre imágenes vagas e inconcretas. Ahora quiero darles forma. Creo que escribir me ayudará a dar forma al mundo.

8 de mayo de 2020

¡Triste de aquel que crea en un reflejo! ¡Triste de mi por creer que amar a una sombra me haría amar lo real!

Adiós.

30 de junio de 2020

Voy a hablaros de mi.

La gente me evita; rehúyen mi mirada; apartan la cara y miran a otro lado. Soy *eso*. Eso que todo el mundo conoce y nadie reconoce. Noto cómo hablan de mi. Noto como se ríen de mi. Soy ridícula y he nacido para que el mundo halle consuelo en mi ignominia. Noto como, dentro suyo, me odian.

Nadie me quiere por lo que soy; y si alguien me quiere, me quiere por lo que cree que soy o lo que quiere que sea.

A veces tengo la sensación de que no soy humana. Cuando me invade esa sensación camino por la calle y veo al mundo entero a kilómetros y kilómetros de distancia. Las palabras flotan ante mi como coches en una autopista; los ves pasar pero no les prestas atención.

Me gustaría ser normal. Ya sé que es un sentimiento adolescente pero es lo que siento y quiero ser sincera.

A veces cierro los ojos y lo deseo con todas mis fuerzas. Pero sé que no ocurrirá. Me gustaría tener amigos y hacer bromas con ellos… Hablar con ellos cuando tengo un problema y que me den un abrazo y me digan que me entienden y me quieren. Que me acaricien y me den la mano y me digan que soy buena persona y buena amiga; que saben que todo esto es muy difícil pero que lo estoy haciendo muy bien y que al final, todo saldrá bien.

Me siento como un juguete roto abandonado en el armario de una habitación en la que nadie se atreve a entrar. Y pienso quedarme en esta esquina toda mi vida, con los insectos y la oscuridad, vestida de polvo, abrazando al aire mientras lloro, porque ya no quiero jugar más.

Camino por la calle y… No, no estoy cómoda, no.

Quiero… Me gustaría poder. Me gustaría…

Me acuerdo de que, cuando era pequeña y me ponía muy triste, me escondía debajo de la mesa que había en mi habitación. Me sentaba allá mucho rato con la cabeza entre las rodillas y el cuerpo acurrucado. Debajo de la mesa había un radiador y estaba calentita y sentía que un manto de estrellas me cubría y me protegía. Allá esperaba a que el miedo y la tristeza desapareciesen.

Pero esa mesa ya no existe. Y si existe, yo no quepo.

Al final del día, vengas de donde vengas y vayas a donde vayas, estás tú sola, contigo misma y contra ti misma. Sin ningún bastón o guía. Tú sola.

Y todos los libros desaparecen. Y los cuadros. Y la gente a la que creías importante. Y los objetos. Y estás tú sola, tú sola. Tú sola, contigo misma, contra ti misma, encerrada en una habitación.

Y voy a irme a dormir. Mañana sigo, lo prometo.

31 de noviembre de 2020

No seguí. Me da asco escribir. Me da asco hablar de mi. Me da asco ser yo misma así que no sé por qué y en qué momento creí que hacerlo sería buena idea.

Estoy mal. Estoy siempre mal. Hay algo en mi que no funciona bien; estoy convencida.

Lo sé desde que iba al cole. Todas las niñas jugaban y se divertían y yo miraba desde lejos con mucha, mucha envidia. Recuerdo los ojos rojos y la mandíbula tensa. Toda yo olía a flema y las flemáticas somos un cáncer. Las veía mirarme… Las veía mirarme a mi y mis ojos lilas… Sí.

Lo recuerdo, lo recuerdo… Lo veo ahora ante mi como si fuera el sueño que tuve ayer, en que mataban a mi jefe con un hacha de cocina, cortándole la cara por la mitad mientras yo huía despavorida porque no sabía qué hacer. En el cole las veía reírse y pasárselo bien mientras a mi me consumía un odio inabarcable. (¿Qué demonio innombrable habrá considerado conveniente dar a luz a tan sucia criatura?)

Todo iría bien si hubiera encontrado un remanso en el que descansar… pero no lo tenía. En casa me pasaba lo mismo. Mis padres y mis hermanos siempre tenían cosas que hacer y andaban de un lado a otro ocupados y con prisa. Yo me estiraba en la cama y miraba el techo o me ponía a mirar la tele sin verla. Comía manzanas, muchas manzanas.

Luego, a la hora de cenar me preguntaban:

—¿Qué tal te ha ido el día?

Y yo les decía que muy bien, muy bien. Ellos no le daban mucha importancia a mi respuesta. Creo que solo querían comprobar que me acordaba de hablar. También me acuerdo de que mis hermanos se reían de

mi porque siempre tenía la cara triste. Al principio supongo que intentaron hacerme reír con chistes y cosquillas, pero acabaron decidiendo que era muy aburrida y que no valía la pena intentarlo.

Y yo me siento asquerosa por estar hablando de esto y me voy a ir. Adiós.

9 de diciembre de 2020

Hoy empiezo a trabajar en un sitio nuevo. Estoy nerviosa, pero tengo curiosidad. Ayer mi madre me dijo que debía ver mi individualidad como un regalo, no como una condena. Yo hice ver que estaba de acuerdo. Y ya está.

15 de diciembre de 2020

Hoy le he dicho a mi madre que he soñado que moría a causa de un cáncer. Ella enseguida se ha puesto a buscar por internet que significaba tal sueño. Decían que era un signo de que había un problema grave en mi vida que debía ser atendido de forma inmediata. También podía significar que algo negativo iba a suceder dentro de poco tiempo, o incluso ser una expresión de tristeza reprimida. Mi madre se ha asustado. Yo no. La verdad es que no había soñado que me moría por cáncer y se lo he dicho por decir algo.

No sé si nunca os lo he dicho pero os quiero mucho. Hasta límites insospechados. Os quiero tanto que me duele. Y me sabe muy mal no poder demostrároslo. Como no puedo decíroslo a la cara, os lo digo por aquí, porque sé que en algún momento alguien lo leerá y que solo con que lo lea una persona me sirve.

Lo que hoy quería decir es que saber que iba a morir pronto me ha dado mucha paz. Sería muy guay. "Acepta tu desaparición como has aceptado tu aparición", me dijeron unos ángeles una vez. Y eso. Creo que ya está.

17 de diciembre de 2020

Al salir del trabajo siempre me siento muy rara. Un chico de allí lo llama "el colocón del peón". A mi no me gusta el nombre (como tampoco me gusta el chico) y yo no quiero pensar en otro mejor, así que le dejaremos ese.

Me siento lejos de mi misma y mi cuerpo actúa por si solo. Dejo que el cansancio me invada y mis piernas dirigen el rumbo. La gente camina a mi alrededor y pasan cosas pero me siento lejos, muy lejos del mundo, como flotando en el cielo.

Y levanto la mirada y veo el cielo. Y su infinitud, después de estar rodeada de paredes, me tranquiliza. Y cae sobre mi una inmensa manta de seda azul. Y las chicas guapas y los chicos guapos dejan de importarme, y todos sus secretos y sus misterios y sus espadas y sus escudos y sus… nada, nada, nada me importa, todo es para siempre y siempre es ahora. Adiós.

20 de diciembre de 2020

¿Qué haces cuando te encuentras con una pared? ¿Das la vuelta? ¿Intentas tumbarla? ¿Intentas saltarla? Yo le daría un abrazo y le diría que está haciendo muy buen trabajo.

Al menos hoy. Mañana no lo sé. Mañana quizás le doy puñetazos hasta que me sangren los nudillos.

21 de diciembre de 2020

Sí. Hoy quiero que el universo entero se hunda y que todo desaparezca. Pesa mucho.

25 de diciembre de 2020

Hoy es navidad. Es raro, pero, desde hace unos años, ya no siento que lo sea. Sé que mi tristeza es molesta para los demás, pero… ¡No quiero pensar más en los demás! Los demás miran a todos lados cuando les hablo. Si no les gusta mi tristeza, que se pregunten por qué ellos no la sufren. Y ya está.

No. Lo siento por atacaros. No quería atacaros. Me gustaría cortarme la lengua. O eliminar mi conciencia y no pensar nunca nada más. ¿Por qué todo se ha de pensar con palabras? Me siento sucia cuando hablo. Las palabras están sucias.

Eso. Que toda mi vida la navidad había sido algo especial y que esperaba con antelación porque todo el mundo era muy feliz y se reunían y lo ordinario se convertía en extraordinario y esas cosas. Ahora ya no.

Me había pasado ya con el fútbol: al principio celebraba los goles; después, ver a gente celebrarlos me daba ganas de llorar.

Pero la navidad ya no es navidad. Para mi, solo es un día más del año. Y el año es solo un año más en mi vida. Y mi vida es solo un pequeño hálito de luz entre dos silencios infinitos.

Pff… ¿por qué dejo constancia de mis penosos pensamientos? Si al menos tuvieran algún valor… Pero son todo tonterías, todo. Todo esto es una mierda. Encima me tomo el tiempo de arreglarlo y pasarlo al ordenador y ponerlo en frases que sean más o menos bonitas y comprensibles y…

Da igual.

28 de diciembre de 2020

Estoy empezando a aceptar que, vaya donde vaya y esté con quien esté, me sentiré sola. Siempre habrá un abismo insalvable entre yo y el otro.

Me duele mucho ser yo. Demasiado. Me duele tanto que soy incapaz de…

(…)

Me es muy incómodo ser alguien. Y aún más cuando pienso que yo no soy yo, sino lo que los demás han hecho de mi; que mis decisiones no son mías, sino de la cultura que me ha rodeado desde que soy pequeña. Me pone muy triste.

Mi única meta en esta vida es encontrar algo puro y verdadero. Sí. Algo. Lo que sea que sea, si es que es algo. Me da igual. Quizás es un horizonte inalcanzable pero no pienso conformarme con nada más. Hay una llama

dentro de mi, en las profundidades de mi ser que, por diminuta que sea, nunca deja de brillar. Y me grita y me pide que siga y siga buscando. Y, aunque esté rodeada de la oscuridad más impenetrable y espesa que se pueda imaginar, no se apaga. Y su voz, tan silenciosa como cálida, tan conocida como amada, se escucha más que cualquier otro ruido. Y yo la sigo y la sigo y la sigo y la sigo…

31 de diciembre de 2020

Hoy ha sido un día extraño. Lo voy a narrar. Me va bien. Lo hago como un ejercicio. Como si fueran deberes del cole. Me sirve para despegarme de lo sucedido. Creo.

Quizás solo sirve para prolongar el sufrimiento y hacer más visible la capa de petróleo negro que rodea la semilla de fuego, pero eso solo lo sabré si lo pruebo. Sé que todo lo que digo suena a canción de pop mala, ya lo sé. Pero es verdad. Y… y no encuentro mejores palabras para ello. Es lo que hay.

Total, que voy a la oficina. Por no sé qué rara razón, tengo mucho más miedo que de costumbre. La simple idea de tener que saludar a la gente que trabaja conmigo me inunda el cuerpo de angustia. Estoy delante de la puerta mucho tiempo. Tengo que entrar, cuentan conmigo, no les puedo dejar colgados, me pagan, me pagan… Pero me da mucha cosa tener una cara y no poder cubrirla entera.

No puedo permitirme fallar porque acabo de empezar…, y pienso que no debería haber desayunado y que en el fondo eso da igual porque si no hubiera desayunado me sentiría asquerosa y culpable igualmente así que hago de tripas corazón y entro. Y me dirijo hacia la puerta pero, a dos metros de distancia, me lo pienso mejor y reculo. No puedo, de verdad que no puedo. Os juro que no puedo.

Me encuentro muy mal y tengo ganas de vomitar. Quiero sentirme limpia y libre… ¿por qué no puedo dejar de existir sin toda la parafernalia que conlleva suicidarse?

(…)

Pienso en ir al lavabo que hay en el bar de abajo pero siento que si lo hago, probablemente me desmayaré y, aunque deseo desmayarme allí mismo para despertar en un mundo nuevo, no me atrevo porque me siento en deuda con… con alguna figura muy por encima de mi.

Al final acabo entrando. Paso por delante de la gente y la saludo. No me escuchan y sigo caminando. No me gusta la sensación. Creo que se piensan que soy antipática. A mi no me gusta hablar. Cuando hablo con alguien siento demasiado presentes las facciones de mi cara. Todo el calor de mi cuerpo sube a los músculos faciales y siento mi rostro más mío que nunca. Y mis manos también. Y todo pesa mucho y lo siento demasiado *mío*. Ojalá los cuerpos no existiesen y viviésemos todos en la oscuridad. Debo pensar algo así.

Y yo solo quiero que este dolor desaparezca. Solo quiero que el dolor se vaya. Solo quiero eso. No quiero sentir el dolor, solo eso.

Y así, como en un sueño, ya es hora de salir y salgo. Y me cruzo con un perro. Y yo quiero abrazarlo y que, en todo el universo, solo existamos ese perro y yo. Pero no puedo porque cuando me acerco a tocarlo, el dueño da un tirón a la correa y lo aparta y lo aleja de mi mano. Y después, al separarme de él, siento como si mi jefe me incriminara la suciedad de mis manos y me obligara a lavarlas y me siento culpable por haber tocado al perro y me lavo las manos pero no es suficiente así que meto toda la cabeza debajo del grifo y no… Ni aún así me siento limpia.

Entonces me pongo la capucha y miro al suelo y las siluetas de la muchedumbre se arremolinan a mi alrededor y mis ojos se llenan de lágrimas y pienso en lo mucho que me gustaría vivir en el cielo y no tener que habitar este asqueroso cuerpo mío y… y me siento inútil por pensar en

todas estas tonterías y no ser capaz de vivir en el mundo como una persona normal y sin sentirme tan rara todo el rato.

Y yo… yo… ¿para qué escribo esto, para qué?

Hoy lo he pensado y, aunque parezca extraño, escribo esto para ti, quien quiera que seas. No sé si eres familiar o extraño, no sé si tienes ochenta o dos años, pero lo escribo para ti y solamente para ti. Y… y eso. Que no sé quién eres, pero quiero que sepas que te quiero.

Y sí… aunque sé que probablemente no lo vaya a leer nadie, y que si alguien lo lee quizá no le hará mucho caso y lo leerá por encima…, pero lo escribo. No… No escribo para curarme, porque esto no me cura. De hecho, creo que empeora la herida. Pero escribo… por si allá fuera hay alguien como yo, solo eso. Quiero dejar constancia de todos mis sentimientos para ayudar a la gente que se siente como yo, solo eso. Sí. Eso.

Porque no es fácil y hace mucho, mucho daño. Y ya lo sé, mi amor. Ya lo sé. Pero yo no quiero que te rindas, que no te rindas nunca. Que, si en algún lado existe la esperanza y la felicidad, pienso encontrarla, y cuando la encuentre, dispararé una luz para que todos los que alguna vez han sentido esta tristeza puedan encontrar el camino. Y no descansaré hasta que la encuentre. No. No pienso descansar hasta encontrarla.

Y si no la encuentro, al menos conseguiré que toda la gente que sufre como yo hallen en mi una compañía que alivie su dolor. Y que no os rindais, por favor. No. No os suicidéis. Enserio. ¿De qué sirve quitarse la vida cuando ya se vive muerta, de todas formas? Si hay algo que encontrar, es en este mundo, no en el otro. Porque sí, lo intuyo: existe la Paz, existe el Amor, y existe la Verdad, y cuando la encuentre la compartiré con el mundo entero.

Y haré que ese amor se propague como una explosión de luz por todos los rincones del mundo y de mi corazón brotará una luz buena y amable y la luz curará todo el sufrimiento de todas las gentes del mundo; y este frío, frío mundo se convertirá en un lugar en el que reine la Paz y la Comprensión y el Amor y la Verdad; y los lenguajes y la confusión dejarán de existir y

todos nos entenderemos para siempre y hablaremos el mismo idioma y haremos una fiesta en el cielo.

Y, mi amor, si estás leyendo esto, estés donde estés, hagas lo que hagas y seas quien seas, que sepas que todo saldrá bien y que te envío el abrazo más fuerte, más fuerte del mundo a través del aire que te rodea y que sepas que no estás solo y que yo estoy aquí contigo y que todo, todo, todo saldrá bien.

Créeme, lo he visto, lo he visto en mi corazón y con mi estómago y, al final, como en todas las historias, gana la Luz, y gana la Verdad, y gana el Bien, y gana la Belleza. Sí. Y la mierda del mundo es solo mierda y lo que te llevas a la cama y hace que vivas un día más es la Luz y la Verdad y el Amor eterno que nunca muere y habita en lo más hondo de tu corazón. Y ahora, adiós.

Pero no, no, no… ¿Quién me creeré que soy…, quién me creeré que soy? ¿Una santa? ¿Un ángel? ¿Una enviada del cielo? No, no, no… Yo no soy digna de recibir tales ofrendas y menos aún de darlas. Estoy sucia y soy impura por dentro. Tengo que pulir muchísimas impurezas y vicios y pecados en los que caigo día sí y día también. No, no, no… ¿Y con quién demonios hablo? ¿Y por qué dejo constancia de toda mi miseria…? ¿Y por qué me creeré tan importante? No. Soy mala e imperfecta. ¿Por qué, sino, me creo que hay alguien escuchándome? Eso es vanidad. Y vanidad sucia e impura. Adiós. Me voy. Voy a quemar este diario. Lo siento. Pero ¿qué digo, qué digo? Ja, ja, ja… Me estoy empezando a dar risa… Bueno. Dite adiós a ti misma, ¡imbécil!¡Adiós, querida, adiós! Que vaya muy bien. Te quiero mucho. Intenta ser feliz y hacer feliz a los demás. Todo lo demás es palabrería.

—42—

—¿De qué te ríes?—preguntó Gris, viendo que en mi rostro se esbozaba una sonrisa de bobo.

—De lo imbécil que soy —y me reí mucho de mi mismo y de la vida en general. Y además me reí del hecho de que sintiera necesario reírme de mi mismo para exculpar mi triste andanza y ella se rió conmigo porque me quería mucho y porque, por mucho que le avergonzara mi carácter, me quería y veía con ternura mis aguados desposorios con las líquidas leyes de mi tibieza espiritual y era todo muy bonito y nos dimos muchos besos y los ángeles cantaron y el charco negro se disgregó en el oceáno blanco.

Y yo, mientras tanto, que ya me había olvidado de que la poesía no existía y de que era mal escritor y de todas mis teorías infantiles y rocambolescas, empecé a cantar.

Sí, mi dolor, cuando me reía de él, desaparecía y se convertía en una alegría inconmesurable. Y entonces me daban ganas de bailar y cantar y dar gracias y gracias y gracias a la fuerza que fuera que había provocado mi súbita felicidad.

Y pintaba con Gris y pintábamos las paredes. Pintábamos las paredes… Las pintábamos de color blanco. Cogíamos el rodillo y lo hundíamos en el cubo de pintura y lo rodábamos por la superfície de las paredes.

Pasábamos más de una vez por el mismo sitio para que la pared fuera aún más blanca. El blanco hacía el lugar más espacioso.

Yo miraba a Gris y Gris me miraba a mi. Nos queríamos mucho, pero el amor es muy complicado. Siempre habían y hay y habrán trabas y obstáculos. En todo. Y nada es perfecto y la vida está mal hecha. Ay… y mis lloros parecen risas y mis risas parecen lloros. En fin…

A veces hablábamos el uno con el otro, solos. Otras veces hablábamos como si estuviéramos rodeados de cámaras, olvidando que a nuestro alrededor no había nadie apuntando nuestras intervenciones. Y la correa de un perro siempre es demasiado corta y…

Y cogimos el tren para ir a Barcelona. Mientras esperamos en la estación, tras un largo silencio, hablamos.

—Verás…, quisiera decirte algo —le comenté.

Pero quién me habrá mandado a mi hablar… Qué pesado. Todas las conversaciones son prescindibles y ponen de manifiesto la futilidad del lenguaje. Y aún así, hablo. Sí… Me enseñaron a hablar, y aprendí a maldecir. Está mal hecho, está todo mal hecho, etc. Hay algo en todo este asunto que parece estar deliberadamente mal construido. Todo sale mal, y yo me pregunto ¿por qué la gente sigue viva? ¿Qué les mueve? ¿Qué les impulsa? ¿Qué les da fuerza? ¿Qué les da esperanza?

Gris, querida, ahora que lo veo todo desde la distancia, te pido perdón. Soy muy pesado, lo sé. Tengo un bicho en la cabeza que no me deja estar tranquilo… y tú, aún así, me quisiste. Gracias, querida. ¿Cuántas personas caben en una…? Da igual, tú las amaste todas y a ti te debo… tantas cosas que creo que retomaré este discurso en otra parte del libro.

Ahora que además se ha petado la burbuja y leo este libro con los ojos de otro (un otro que no ha vivido la burbuja como la vivimos Gris y yo), lo veo todo asquerosamente ridículo. *Emm*… No sé. Yo, en aquel momento, estaba plenamente convencido de la rectitud de mis actos, eso debería servirme como atenuante ante los ojos del juzgado. ¿No? No, no.

De hecho, en aquel momento sabía perfectamente que no estaba actuando como debía. Lo sabía. Notaba una alarma pitando. Me costaba dormir y estaba siempre nervioso. Soy culpable. Me hice aficionado a no hacer lo que debía. Y sí, que me llamen lo que quieran, me da igual. Estoy cansado de tener que dar explicaciones. Estoy cansado de todo este mundo. Muy cansado. Quiero irme a otro sitio. Lo siento. Vuestro pan no me alimenta. Me sabe mal pero no puedo. Lo siento. Sí, soy culpable. Encerradme y hacedme pagar por el crimen. No.

¿Por qué hablo así? ¿Qué necesidad tengo de hacerlo todo tan teatral? ¿No será esa la razón por la que lo veo todo como un burdo teatro? *Bah*, esque soy imbécil. Lo soy y ya está. No tengo el alma limpia y camino confundido entre sombras que me hipnotizan. Y la gente que frecuento me produce sensaciones y esas sensaciones perduran y configuran mi… *Bah*, da

igual, no voy a hablar de eso ahora. Voy a dejar que siga la historia. Me sabe mal haber intervenido. Lo siento.

En fin, que le dije:

—No es nada, no te preocupes. Lo que pasa es que… Quiero encontrar las palabras precisas para comunicártelo sin que te sientas atacada. Verás, lo que pasa es que… Lo que veo… Quiero que sepas que… Bueno, eso: yo… necesito estar solo. Es una enfermedad que tengo. No quiero que tomes esa necesidad como un intento de separarme de ti. Has de aceptarlo… Bueno, no tienes porqué, pero me refiero… Quiero decir que… Me está saliendo muy mal, perdona; hablo como hablaría una persona indecisa y nerviosa en un libro. ¡Ni siquiera mi verdad es verdadera! *Bah,* ¡a la porra! Qué graciosa esa expresión; nunca la utilizo. Pero… En fin. ¿Me entiendes, no?

Sonreí una sonrisa extraña y seguí diciendo:

—Pues eso, que no quiero achacarte a ti mi falta de reposo. Eso. ¡Claro!, también depende de mi… Yo he de marcar los límites, también. Claro, claro… Pero temo… temo que nos acabemos desgastando el uno al otro, ¿entiendes? Y yo no quiero compartirlo todo contigo pero tampoco quiero que te sientas desplazada. Es una necesidad que tengo. Trato de explicarlo con el mayor tacto posible.

» La cosa es que últimamente pasamos mucho tiempo juntos, ¿sabes? Y yo… yo nunca he pasado tanto tiempo con nadie. Y por ahora lo estoy manteniendo, pero por pura curiosidad. Llegará un momento en el que… Bueno, en el que ya habré vivido ese pegamento goloso y no lo necesitaré más… Y querré estar solo. Pero eso no quiere decir que no te quiera… No sé. Me sabe mal no saber hablar como es debido. Pero eso, sí; eso quería que supieses. Lo siento, me he expresado muy mal.

Sí. Soy esa clase de gilipollas. Es lo que hay. Me odio a mi mismo y odio odiarme a mi mismo. También sospecho que quien no se odia a si mismo simplemente no se conoce. Pero ¿qué sé yo sobre nada? Ay… ¿Por qué demonios me habré aventurado a escribir un libro…? Dios mío… Quise

llegar demasiado lejos y castigaste a mi razón para que hablara un idioma diferente al de mi corazón y la torre se cae y se cae y se cae…

La miré con cara de circunstancias sabiendo que había fracasado en mi intento de comunicarme con claridad. Ella sonrió y me miró y me dijo algo que no recuerdo y yo pensé que era un ángel y nos dimos besos y vino el tren y nos subimos.

Visto en retrospectiva, las razones se me asoman claras: quería huir de la niebla empalagosa que provoca atenerse a las siempre soeces costumbres humanas para embriagarme de la fe y clarividencia que me brindaban mis deliciosas ensoñaciones, cuyas cimas solo vislumbraba en soledad.

Además de todo eso, era, indudablemente, un gilipollas. Eso estaba claro.

Aún así, en ese momento, obturado por tan frecuentes y exigentes impresiones, seguía mirando sin ver nada, vendada mi mirada y recluido en tinieblas mi inefablemente sagrado corazón.

Estuvimos en silencio todo el trayecto y fue muy agradable porque normalmente hablábamos. Yo seguía en mis trece, pensando escribir un libro mediocre con gente mediocre y conversaciones y ocurrencias mediocres. Sí. Era conveniente. Ningún crimen pasional, ninguna revelación profunda. Nada de todo eso. Quizás algo de una ambición de ciudadano medio medianamente inteligente… Pero no sabía. Quizá ni eso.

Sí… Desvelaría todas mis influencias para matar aquella misteriosa cualidad que se le otorgaba generalmente a la psicología humana y que yo, en aquel momento, no consideraba más que una amalgama difusa de palabras y leyes adquiridas. Descubriría todas mis soberbias e inseguridades ya que, aunque tuviera una naturaleza altamente sociopática, no estaba orgulloso de ella y, al escribirla y desenmascararla, sentiría que la hacía ajena y me desembarazaría de ella…

O no; quizás pasaba lo contrario y se me hacía más difícil quitármela. ¿Quién sino un sociópata escribiría un libro entero de si mismo? Ay… pero ¿no es un artista solamente alguien que se da más importancia de la que

tiene? ¿Por qué mi historia debe tener más peso que cualquier otra? ¿Por qué, si no, me ocupo y preocupo en dejar constancia de todas mis *cabòries* y cavilaciones? Qué pesado soy… Bueno, da igual. Por ahora, dejémoslo pasar.

En el trayecto, recuerdo que, después de que Gris mencionara que se sentía incómoda por estar callada, yo, tomándomelo como un reproche que se hacía a si misma por no estar "trabajando" para seducirme (fijaos, querida audiencia, si la enfermedad que me afecta es grave), le dije:

—Gris, querida, ¿cómo te lo he de decir? Me da igual si estás ofuscadamente triste, o extasiadamente eufórica. Me da igual si llevas *piercing* y tienes pelo en los sobacos o vas completamente depilada y te haces la keratina. Me da igual tu identidad simbólica. A mi me gustas *tú* y me gusta estar *contigo*. Y no tienes nada que demostrarme ni nada de que convencerme.

Eso le dije y ella me lo agradeció. Me dijo que había vivido toda la vida intentando amoldarse a lo que estaba bien y yo le dije que lo que estaba bien no existía y me arrodillé delante suyo y le puse la cabeza entre las piernas y me sentí como un iluminado bajado de los cielos para liberar la humanidad de sus yugos ancestrales.

Ella me cogió la cabeza y me volví a sentar en mi sitio y le dije, en silencio y a la oreja, suspirando fuertemente y relamiéndome los labios de forma pegajosa para que fuera más gracioso e insoportable:

—Gris, querida, *slurp*, yo no tengo ojos de mundo, *slurp*. El mundo tiene, *slurp*, cataratas ideológicas que, *slurp*, le impiden ver la, *slurp*, realidad tal y como es. ¿No lo has visto nunca? Al honesto se le llama inoportuno; al callado, pasmado; al charlatán, sabio; al valiente, imprudente… *And the list goes on*. La peña habla demasiado bien y piensa demasiado mal, eso es lo que pasa.

Ahora, de repente, estaba muy de buen humor y tenía ganas de hacer el payaso. Quizás era porque mi reciente revelación me había colocado en una posición de superioridad ante ella que, culpable de un delito que intuía pero

desconocía, se había visto enredada entre las telarañas de mi autoridad. Ay, la ineluctable pirámide… Un tirano necesita que el pueblo viva en las ciénagas de lo irresoluble para ejercer su poder y por eso es importante segregar y aislar las castas del espíritu; si el campesino supiera lo que sabe el ciudadano y viceversa, ninguno podría interpretar su papel debidamente.

Ella se apartó avergonzada diciéndome:

—Cómo te gusta hacerte notar…

Y yo, ebrio de amor propio, le envié un beso, le guiñé el ojo, miré por la ventana y pensé en la palabra fraude y en lo bello de su sonoridad.

—43—

Esta ensoñación ocurre, por paradójico que parezca, en un espacio de tiempo muy breve (aproximadamente dos o tres segundos). En el mundo de la imaginación, como en el mundo de los sueños, el tiempo transcurre de forma completamente distinta. De poco sirve que hable de ello, tanto para quien lo conozca como para quien no…

Lo que sí que puede servir para algo es que os hable del frío… ¡Ay, el frío! El frío es una cosa terrible, queridos, una cosa terribilísima… Por favor procurad no pasar frío jamás… El invierno enferma el alma, amados, la enferma… Sí. Y… Guardaos de pasar frío. El frío frío, el que penetra el alma y se asienta en su cúspide para nunca abandonarla… Ese frío infernal y destructivo… Ay, amados, ay. Si alguno de vosotros está pasando frío ahora mismo os mando, aunque lo sepa harto insuficiente e infructífero, mi más candoroso abrazo y le recomiendo caramente que vaya a darse un baño de agua caliente en algún lado y de cualquier manera… Da igual cómo y da igual dónde, amados, pero no paséis frío, por favor, no paséis frío… Un abrazo, un abrazo…

Cuando Alguien vuelve en si, las chicas siguen hablando y él lucha para no hundirse en la maraña de relámpagos que luce con claridad irrisoria bajo el manto de lo cúbico.

—Uy, no me hagas caso, tía… Yo digo muchas cosas… y la mayoría las digo solo para llamar la atención —dice la chica.

Alguien, en ese momento, se da cuenta de que la chica que tenía delante no se parece en nada a la que había imaginado. En absolutamente nada. Decepcionado, se lamenta afectadamente recitando un soliloquio aprendido de memoria en frente de un teatro vacío, que dice así:

—*Allá*… *Allá* todo era perfecto. Y *aquí*… *aquí* todo está incompleto. *Aquí* no es *allá* y *esto* no es *aquello*. ¡Cómica tragedia la mía…!: vivo en un mundo que no existe y existo en un mundo que no vive. ¡A mi que me prometió mi grandioso y celestial amigo que el que soñaba era dios y el que reflexionaba mendigo! ¡A mi que me juraron y perjuraron los grisáceos demonios que tener rúbrica era un certificado de muerte! Ay… ¿Por qué hemos tenido que encontrarnos *aquí? Allá* eras preciosa, *aquí* eres fea. *Allá*… *allá*… Ay… *Allá* somos una sinfonía de colores que fluye como las corrientes del océano; nos invadimos, nos contestamos, nos abrazamos y nos repudiamos, ¡todo a la vez!

» ¡No, no! Pero, ¿qué digo, qué digo? ¿Qué digo de las malditas corrientes de los océanos? ¡No, no! No era eso. No era *así*. Era otra cosa. No era *esto*, era… *aquello*. Da igual. ¿Cómo explica un ciego a un vidente lo que ve? ¿Cómo explica el dichoso al triste su alegría? Ninguna palabra hace justicia a la belleza que contemplé… Ninguna palabra satisface y ninguna palabra basta. Qué asco de mundo. En el mundo de mis sueños, en los mundos de mi sueño, en el sueño de mis mundos y en los sueños de mi mundo… Te lo prometo, todo *esto* era bello. ¿Y lo fea que eres aquí? Es… es agonizantemente penoso ver lo fea que eres aquí, de verdad… *Allá* eras perfecta, querida, ¿me crees?

» *Allá* diosa y *aquí* humana. Ahogarme *allá* y no volver más *aquí*… Eso quiero. Ahogarme eternamente en la belleza reluciente de tus rayos divinos

y no reaparecer nunca más en este antro de muerte y decadencia. Tanta fealdad me pone enfermo, en serio. Este Sol que *aquí* veo es un Sol muerto, ¿entiendes? ¿Cómo voy a aceptar lo peor cuando intuyo lo mejor? Y ¿cuál viene primero? Y, y… ¿y la ciencia? ¿*Allá* existe el tiempo? ¿Implica tiempo el movimiento? *Bah*, bobadas, bobadas. Nunca conseguiré descifrarlo. La verdad *es*. Está exenta de palabras y desaparece cuando la mencionas.

» ¿Y por qué, por qué, aún así, me escondo tras abreviaciones, fruslerías y coqueteos cual cisne vanidoso con alas maltrechas? Ay. Cualquier palabra es un reflejo muerto y podrido de algo… algo… algo… ¡Intenta entender al Sol mediante su definición y verás como su luz (¡su luz, querida, su luz!, ¿sabes qué es la luz?, ¿lo sabes?) se te escapa entre las manos! El Sol que yo veo… el Sol que yo veo… Yo quiero el fuego, ¿entiendes? Yo quiero el fuego mismo, y no las cenizas. El Sol que yo veo… el Sol que yo veo…

Y, enfadado, Alguien se levanta refunfuñando y murmurando indignado del sofá. ¿Cómo no desestimar la esperanza cuando se ha saboreado la felicidad? Es normal. ¿Pero qué… qué felicidad ha saboreado Alguien? ¿No es acaso una memoria distorsionada de un pasado ajeno? ¿Se puede recordar algo que no se ha vivido? Bah, tonterías. Y entonces, rodeado del ruido de la fiesta, piensa que quizás no estaría tan mal convertirse en un borracho. Ser un borracho y hacer las cosas de los borrachos y dejar de complicarse la vida innecesariamente de una maldita vez. Baco parecía la mar de simpático, a decir verdad, ¿por qué, pues, no darle la bienvenida a su casa y dejar que él se encargara del resto?

Eso estaría bien, piensa. Bailar con jocosa burla y regocijarse en adusta miel… Sí, morirse en vino y no vivir en agua, confundir el vivir con el beber y todo eso. De hecho, de hecho… Sí. Toda esta agua se le estaba empezando a atragantar. Además, no llevaba el calzado adecuado para tan intempestivo clima. Todo fangoso e inconcreto… No, no.

Debía encontrar un trabajo que lo drenase intelectual y físicamente para poder llegar a casa y emborracharse y hacer las cosas que hacen los

borrachos y hablar de las cosas que hablan los borrachos y no preocuparse por todas estas tonterías que pueblan su mente excesivamente ociosa.

Pero… ¡ay, cuando el dios revela su verdadera naturaleza, ay! Haceros a un lado y taparos los ojos, amados, pues Baco es, en realidad, el más… ¡Ah!, ¿y ahora quiere hacerse el cándido y el inocente? ¡Ahora quiere exculparse el maldito y me pone buena cara y me mira con ojitos…

Bah, al traste con ellos. Son tan esquivos todos que no consigo nada definiéndolos. Atengámonos al hecho y a lo mundano, y pues, digo:

—¿Es que existe realmente el ocio? La gente labra y trabaja la tierra incluso cuando están de vacaciones, llenando los bolsillos, en última instancia, de unos cuantos oligarcas megalómanos que creen llevar sobre los hombros el destino de la civilización occidental… y digo *creo* porque todos (*todos* sin excepción alguna, desde el más rico al más pobre, peones en una obra cuya magnitud no podemos ni empezar a imaginar —como me dijo mi amigo) somos esclavos de un demonio pedigüeño y pentápodo que nos dicta nuestra voluntad desde su espectral trono mientras del techo caen arañas muertas. Y… y el nivel de esclavitud y servidumbre a dicho diablillo es directamente proporcional a la cantidad de libertad que uno crea gozar. He dicho. En fin… Mundo, mundo, mundo…

» ¡Ah, eureka! —grita ahora su corazón—. Lo imaginario arrastra lo real y lo real alimenta lo imaginario. Lo he encontrado. La luna y las mareas: Messi y Cristiano son Abel y Caín… No hay mundo sin sueño y sin sueño no hay mundo. ¡Claro! Qué imbécil, qué imbécil… *Els cotxes, l'atzar, les llistes i el cel*… En ninguna lucha hay ganador, solo fuerzas opuestas que se complementan. ¡Luz! Durante el día brilla la Luna, y la harmonía es hija del amor y la guerra. Ninguna domina y ninguna vence ¡no! Ambas se necesitan mutuamente para existir. Ahora, por fin, entiendo mi Thanatos… Envuelto en el humo negro de los coches, me enciendo un cigarrillo porque *filth is the new health, and to decay is to grow, and the real deity accepts its humanity,* y el *bip* del ticket erróneo forma parte del sonido ambiente igual que el *bip*

del ticket apto… Ah… qué milagrosa es la naturaleza cuando se considera necesaria la necesidad…

» Pero, pero… ¿para qué, eh?, ¿para qué? Ay, ¡qué tenebrosa es cualquier costumbre! ¿Dónde se ven hitos cuando se ha visto el cuadro? ¿Para qué esta danza eterna? ¿Crear y destruir, crear y destruir, crear y destruir? Es mejor no responder. Aunque sería muy propio de… Sí, no aspires a más de lo que debes o caerás. Pero la palabrería es necesaria, ¿no? De cada palabra veo brotar un hálito de luz… Algo será, *algo* sabrá… Da igual, querido, da igual. No te preocupes en exceso, mi amor. No hay que intentar atrapar el mar con una red. Come, bebe, y sé feliz con eso…

Y cansado e impotente ante su impotencia, decide que sería casi mejor darse a la bebida y convertirse en un borracho. Sí. Si ninguna certeza puede ser alcanzada, entonces ¿para qué torturarse sufriendo este sinsentido? ¡Bebe, goza, vive! ¡Y hazlo todo en exceso! ¡*Evohé*! ¡Lujuria y placer! ¿No pides acaso cuando te inicias en la senda de la virtud un día más de pecado, solo un día más? Pues a ver si así dejas de una maldita vez de llorar.

Y entonces, sumido en sus oprimidos y oceánicos llantos de mala poesía y románticas fantochadas que sobrevienen a su débil cuerpecito indefenso rodeado de una intemperie cósmica imposible de describir, escucha a alguien gritar, como de la otra punta del mundo:

—¡El conocimiento no te salva, te condena! He dicho. La inteligencia última reside en la renuncia a ésta. Ven aquí, querido, acércate. Te noto muy perdido… Ay… ¿no habrás estado leyendo, no? No, no, no… Escúchame, querido, escúchame: ¿de qué te sirve haber leído el Kibalión si no sabes comportarte en una fiesta? Ay… ¿de qué te sirve haber leído a Epícteto si no logras conciliar el sueño por la noche y cuando te miras al espejo te das asco? ¿De qué te sirve saber que el amor todo lo vence si vives en un mundo gobernado por la mentira? ¿De qué te sirve el Nuevo Testamento si por tus venas corre odio y confusión?

» ¡Mira a tu alrededor! ¿Es que no ves que el mundo te mira consternado, como si fueras una bestia entre ovejas? ¿Acaso no notas las

lenguas del mundo lamerte como si fueras una piruleta y escupir después asqueados? ¿No lo ves? Ningún mundo te quiere, el universo te repudia. Todos rehuyen tu abrazo y buscan apartarse de ti. A ti y de ti y solo tú… Tú que creíste que humillarte a ti mismo era más noble que humillar a los demás… Ay, ay… ven, compañero, ven. Compartiré contigo el pan celestial si eso es lo que quieres. Yo soy tu deseo. Sé que llevas tiempo buscándome y, como he visto que no me encontrabas, me he visto obligado a intervenir. Ven, acércate, yo curaré tu ceguera…

El desconocido habla con todo un grupo de personas mientras señala a Alguien y le invita con el dedo a que se acerque.

Alguien, extrañado, confuso y acostumbrado a no escuchar nada más que su propia voz, se acerca dubitativo al escenario.

—*¡Ahó!* He aquí un claro ejemplar. Sí. Ven, ven… No tengas miedo, cariño. Acércate, vamos. El hombre —comienza a exclamar cuando ya tiene a Alguien al lado— en su infinita soberbia, ha querido creer que saber que $x+y=z$ lo ha hecho más libre. Y yo digo: "Ja, ja, ja".

Se hizo un silencio. Un silencio muy pronunciado. Alguien entendió que había llegado el momento. Y se acordó de cuando aquel otro amigo apretó el botón de *off* en su cabeza al salir de trabajar y le vinieron muchas ganas de llorar, muchas, muchas ganas de llorar.

—Al revés, queridos míos…, al revés —siguió diciendo—. Encadenado a tus convicciones, te topas con la cortina negra y, ¿qué haces? Miras a otro lado… ¡Cobarde! ¡Que alguien me diga de donde viene x! ¡Y el cielo y sus divinas manchas! ¡Que alguien me diga de donde viene y! Nada, nada… ¡aceptad que no sabéis nada, ingratos! ¿Qué nos dicen los síntomas de la causa? Si existe el vacío, todo es vacío… ¿No? Ay… Hoy las curvas no conducen, hoy las curvas *desvían*.

Habla de forma hierática, casi como si fuera un sacerdote o un político que, en vez de hablar con quien tiene delante, habla directamente con los anales de la historia, mirando a todos los que le escuchan de forma

incriminatoria como si les reprochara el estar escuchándolo. Acentúa las palabras histriónicamente y se toma pausas excesivamente largas.

Alguien se siente rídiculamente diminuto y pequeño. Las voces de los demás parecen un gemido infantil e inofensivo delante de la del sacerdote.

—Eso os digo yo: el mundo es un juego de símbolos. Si uno piensa en el mundo como *custi facti mustile mantago*, se encontrará con un mundo que solamente dice y repite *custi facti mustile mantago*. Si, por lo contrario, uno piensa en el mundo como *achi achi machi pao*, el mundo se le presentará como *achi achi machi pao*. ¿Se entiende? ¿Sí? ¿No? Me da igual. Lo repetiré hasta que se entienda.

» Si yo creo correctos una serie de símbolos *x*, lo más probable es que me relacione con gente que también considera correctos esa serie de símbolos *x,* claro, y, consecuentemente halle en el consenso lo que quiero que sea cierto. Y… Y da igual los símbolos que sean. Tú puedes hacer *x* o *b* por las mañanas, y ser *z* o *v* cuando llegas a casa; o puedes hacer *t* todos los días y creerte que eres *e* por hacerlo; o puedes no pensar nunca en *u* y enorgullecerte de ello como quien piensa siempre en *n*; o puedes vestirte con *f* y hablar siempre de *l*; o trabajar para *g* y no pensar en nada más que *g*; o puedes comer *w* o *q* o *d* o *c* o *j*…¡Da igual! ¿Me entendéis, no?

» Y yo… yo no tengo nada en contra de esto; al final, todo el mundo sueña lo que es y sin sueño no hay vida. El hombre *necesita* el sueño; ¡el mundo *necesita* el sueño! El sueño es quien mantiene en vilo al hombre; ¿cómo si no iba a preocuparse cuando no tiene para comer? ¿Cómo sino iba a justificar sus noches de insomnio y el frío que pasa? Ay… esta no es una afirmación que deba tomarse a la ligera, queridos, no… No quisiera restarle importancia a todo el asunto con mi antipatiquísima labia… Al final, los símbolos a los que te aferres van a definir tu reacción a los conflictos con los que te enfrentes.

» Por ejemplo (¡hagamos mundo, mundo, mundo…!): si llega el momento en que se muere un ser querido, ¿quién créeis que lo sobrellevará mejor? Está claro. ¿Y ante un ejército de bocinas y estruendos, cuando un

frondoso vocerío de gritos y sonidos tapone tu alma y embote tus esperanzas…? ¿Se entiende? Ya se ha hablado largo y tendido de esto… Pero ya se ha hablado largo y tendido sobre todo y solo nos queda repetirnos hasta hallar la misma salida que se ha hallado siempre. Cambiarle el disfraz a una misma alma… Dividir lo único en infinitos trozos… ¡Ay, ay la poesía! Ojalá la publicidad nunca hubiera ensuciado mi concepción de la poesía… Ay, divina Urania… Vierte tu mortífero veneno sobre mi rostro y báñame con él la nuca desnuda… ¡Mira! Me abro el pecho para recibirte. Clava en mi tus estériles espinas y habitúame a tu enfermedad. Adiós.

» Perdón, perdón. Me desvío. Me perdonaréis. Veréis… Hay un problema con todo esto. Claro. ¿No véis las moscas que revolotean en torno vuestro? ¿O el reflejo en el vidrio que confundís con el objeto? Escuchadme: el problema viene cuando uno se *identifica* con los símbolos que ha escogido… Uh, uh… O que le han escogido, claro, porque…; no, no nos desviemos otra vez. Gritad: "¡maldito globo rojo!", os digo; y gritaréis: "¡Maldito globo rojo!" A veces el pájaro enfermo es el pájaro más bello.

» Sabedlo. Todo esto son conceptos abstractos a los que uno se atiene para disfrutar de la ilusión de una certeza. ¿Quién es el loco que prefiere un color por encima de otro? Un loco, está claro. Pues eso; todo aquel que tenga un color favorito es el culpable de todas las guerras de la historia: he dicho. Porque cuando uno llega a convencerse de que *esos* símbolos son más valiosos que *otros* símbolos… Ahí empiezan los problemas y de ahí surgen las guerras. *Mi* bien, *mi* verdad, *mi* blablablá, etc. Cuando en realidad es: mi *interpretación* del bien, mi *interpretación* de la verdad, mi *interpretación* del blablablá… ¿Veis al camión acercarse a toda pastilla, como si no pesase? Pues eso, que, de hecho, lo único que realmente podría llamarse vida es lo que sucede fuera o detrás de los márgenes de percepción del sujeto; lo que sucede dentro son interpretaciones parciales. El arte y la ciencia, por ejemplo, son interpretaciones de las interpretaciones.

» Al igual que en un juicio, la dicotomía (y la posibilidad de engañar) aparece cuando la interpretación de los hechos se multiplica y, en esa

replicación de la realidad, ésta varía. (En apariencia, al menos). Con cada imitación, la calidad de la representación (es decir, su semejanza con la imagen original) disminuye y… ¡bueno!; ¿quién no lo sabe? La foto de una foto es de peor calidad que la foto original, ¿no? Pues eso. ¿Y la imagen original, y la imagen original? Os preguntaréis los entusiastas del divididero circo… Pero ahora no entraremos en eso, no… O…, ¡o ya estamos dentro y es imposible salir! Da igual porque… No lo miréis muy de cerca. Da igual.

» Bien, como decía, el problema viene cuando el actor se cree su papel y lo interpreta fuera de escena. Se confunde la máscara que ha perfilado y maquillado quirúrgicamente para adaptarse al medio social, con lo que verdaderamente es, y… Y le crecen alas de fuego en los omoplatos y los dientes se deshacen en ceniza y una sonrisa maquiavélica se apodera de su alma y la ocupa de hombro a hombro y de pelo a talón.

—¿Y qué somos? —gritó uno de repente.

—*Right on time, honey* —dijo guiñándole el ojo en un acceso de soberbia que fue casi tierno de presenciar—. Lo diré sin miedo a formulizar lo informulizable: ¡una niebla de confusión ambigua, de certezas ambivalentes y de concordancias disyuntivas! Eso. Y…

» Y *esos* son mis símbolos; sí… Porque lamentablemente, queridos, no hay forma de escapar. La puerta está tapiada y estamos todos atrapados. La ventana da a la pared y no deja traslucir nada más que hormigón. Uno puede escoger símbolos trascendentales, pero no trascender los símbolos. Soy el demonio. ¿Y es que no es lo mismo? Lo que para unos es sinfonía para otros es cacofonía. Lo que para unos son cantos de bienaventuranza para otros son maldiciones. ¡Ah!

» Y yo qué sé, queridos, qué sé yo… Yo no sé qué clase de desierto depara al hombre después de desvelar la ficción que es la realidad… Yo… Yo soy joven, demasiado joven para saber nada… y por eso voy por ahí emitiendo juicios de valores poco sopesados y basados en sentencias generales de autores que ni siquiera recuerdo y en los que no he profundizado. ¡Ay, yo! Pedante dicharachero de… ¿Véis? Esto es lo que no

se debe hacer. He confundido el papel del actor con el mío. Pero es que… ¿no podría ser que precisamente mi papel consistiera en confundirlo? Claro… Pero si realmente fuera así, ¿me causaría tanta agitación el hacerlo?, ¿o es la agitación que me causa una cualidad para hacerlo más creíble? Y, si este es realmente mi papel, si este es realmente mi papel, entonces…

» Y… y eso. Hay gente que dice que un gran hombre es aquel que acepta la absurdidad del universo cognoscible y no trata de sobrepasarlo mediante saltos de fe o trucos de magia baratos… En unos cuentos japoneses que leí hace mucho, el maestro iluminaba al alumno a través de afirmaciones incongruentes para que se le revelara lo paradójico del pensamiento racional.

» Yo… yo, si os soy sincero, no lo sé, queridos, yo no sé nada. Me gustaría no vivir congelado ni vivir ardiendo, pero…

El predicador se queda callado, severamente exhausto, mirando lo que tiene delante sin parecer verlo. Parece haberse sumergido en un apesadumbrado estado de trance meditativo, lejos de cualquier palabra a la que agarrarse. Se pasa así un rato hasta que alguien le pregunta en qué está pensando.

Él, arrebatado por una extraña melancolía que, yuxtapuesta con la inicial exaltación con la que se había dado a conocer a Alguien, asombra y confunde a la audiencia, mira al que le habla con los ojos de un niño sin responder. Sus párpados tiemblan ligeramente.

Alguien se ve reflejado en el rostro desgarrado de aquella hormiga gigantesca, cuya empequeñecimiento parece lindar con el límite del cielo y llenar con vapor su endógena jaula como si, por fin, tras años divagando por un mundo sin espejos, se viera reflejado en la superfície de un lago, reconociendo a alguien que, pese a serle increíblemente familiar, se le presenta como un absoluto desconocido.

Los demás se rien tímidamente e intentan seguir la conversación entre ellos como buenamente pueden. Todo ha tomado un cariz melancólico y triste, e incluso las canciones parecen en busca de una chispa que las avive.

—Pavesa, pavesa…; ¡extraña palabra que no suena como lo que es!

—Igual que el algarrobo, que no suena como huele.

—¡Qué triste me pone saber que los prejuicios también inundan el sueño…! Yo, que quería ser libre, me doy cuenta de que también el otro lado está organizado con la maldita pirámide.

El olor a muerte abrasa las palabras, que surgen de un buñuelo atomazado de libido tumultuoso y despavorido, hasta quemarlas, evaporándolas en un limbo etéreo como la niebla que flota suspendida por encima de los edificios en los días de bochorno, bañándolos en una nube densa e incolora, enmurallando sus cimas y separándolos del límpido azul de la corona celeste.

Los que antes escuchaban al desconocido lentamente desaparecen: algunos cabizbajos, otros reafirmándose en su posición: "No vale la pena pensar tanto; pensar solo le trae a uno problemas", etc. Alguien, el prisionero que camina en círculos, en cambio, ominosamente atraído por aquella figura, se queda a su lado. Siente paz. Casa. Hogar. Leche caliente con miel que no ofusca el estómago ni silencia el espíritu.

Alguien, en este momento, como en tantos otros en su vida, necesita un padre, un maestro, un guía. Alguien, en definitiva, necesita a alguien. Ja, ja, ja…

—44—

Cuando estábamos cerca de la estación, quedamos en que cada uno fuera a sus respectivas casas para descansar un rato y en que nos veríamos después de cenar porque los cuerpos opacos no dejan traspasar la luz y eso conlleva que siempre haya una parte iluminada y otra en la oscuridad.

—¿Tienes energía? —me preguntó ella.

—Bueno, estoy cansado. Pero… pero tengo recursos.

—¿Ah, sí? ¿Cuáles?

—No te lo diré. Así contribuyo al aura de misterio.

¿Pero qué hago? Comercializamos la artesanía. No nos gusta lo deshilachado. Veréis: ella, antes, me había explicado que sus dos ex novios le habían echado en cara que solo hablara de ella misma y que no escuchara.

—Ah. Conmigo también lo haces, pero a mi ya me va bien —había dicho yo—. Todo lo que hablo contigo son obras de arte potenciales, por eso muchas veces prefiero callarme y hablar con mi querida audiencia imaginaria. Además, así contribuyo al aura de misterio que me otorgas.

—Ah, ¿o sea que lo sabes? Quiero decir, ¿lo haces conscientemente?

—Claro. Me callo y así dejo que tu imaginación llene los huecos. Es de primero de carrera.

—Uy, como estás hoy, ¿eh?

—Estoy de acuerdo, pégame, ¡pégame! —le dije, y ella se rió y me pegó.

(Yo, por cierto, tenía la malísima costumbre de saberme ridículo y penoso con cualquiera de mis actos. El saberlo, por eso, no me hacía menos ridículo, como podría creerse, sino todo lo contrario. Sabía que era ridículo. Le decía al mundo que era ridículo, y que lo sabía, y eso me hacía aún más ridículo y me colmaba, por cierto, de muchísima tranquilidad.)

En fin, que por eso se lo decía.

Total, que llegamos a la estación donde yo me bajaba.

El arroyo turbio y ensordecerdor enraízado con cuerdas en lo profundo de nuestros órganos, que los había amarrado a una ceguera conjunta y plácida, dejó una herida abierta aflorando en la superfície de su piel que aún supuraba sangre dos manzanas después de despedirse.

Pero dejemos esas metáforas a un lado, de cuyo fluir subrepticio no era apenas consciente con la urgencia que me urgía y me rugía de las puntas de los dedos como electricidad hirviente y borracha de café y salí del vagón y

me acordé de que no tenía tíquet, así que volví a entrar en el tren, bruscamente aparté de mi camino a un hombre y salí por el otro lado del tren. En el otro andén, me di cuenta de que no importa el lado del tren por el que salgas, la estación es la misma.

Envenenado por mi futil inteligencia, me pregunté por que habría hecho ese movimiento extraño. Gris debió pensar que lo hacía para llamar la atención y parecer un genio excéntrico, porque Gris era aficionada a esa clase de juicios; yo no acabé de dilucidar realmente por que lo había hecho, imaginé que uno hacía muchas cosas, no por que él así lo quisiera, sino porque el otro las necesitara para configurar la imagen del mundo tal y como su personalidad lo demandara, y pensé en lo curioso del hecho de que fuéramos actores a merced de la voluntad de otros actores que, si tenían tan determinante peso en la construcción de la realidad, no deberían ser llamados simplemente actores sino factores o incluso dioses o, para no ofender a los píos y recatados, semidioses; además, pensé que también, el mismo actor, que era autor a la vez, era también público y… y… y… decidí no torturarme al respecto creyendo que había solucionado definitivamente el misterio de la Santísima Trinidad, uno, doble, trino y uno, y subí hacia arriba.

Además, el papel que yo interpretaba en aquel momento lo representaría otro más adelante y yo haría el papel de Gris porque lo que creemos personalidad no es más que una máscara dúctil forjada por la magna plenitud cromática de los estornudos a nuestros alrededores y, si era realmente así, ¿cómo podía…? No, claro. (¿Se puede ser lo que no se es? ¿Se es algo? ¿Se es alguien?) Eso era una prueba evidente de que el Uno se multiplicaba en infinitas y diferentes ésporas sin perder su cualidad única e inmutable; eso estaba claro. Pero entonces… Entonces, ¿cómo se explicaba pues que a ella le gustara estudiar la porosidad de Anacleto y a mi me gustara arrancarle patas a los bichos y ambos nos rieramos de las formas y costumbres del otro para no hacer otra cosa que asegurarnos el *sold out* cada noche?

En fin, que resultó que no pedían validar el billete para salir, así que traspasé la barrera y me dirigí a casa. Allí me duché rápidamente, limpiándome los trozos de pintura incrustada en la piel. Subí a la cocina y me preparé una ensalada. Tomate, una lata de atún, olivas y unos macarrones que guardaba en la nevera. Lo mezclé todo y comí con prisa.

Al rato, recibí un mensaje de Gris diciéndome que viniera cuando quisiera, que dejaba la puerta abierta. Eso hice. Salí pitando hacia allá, con los pensamientos ágiles y saltarines como farolas de autopista. Cuando nacía uno, ya escuchaba al siguiente: *bfum-bfum*, pasaban volando sin el menor estrépito.

Y así, como en un sueño, llegué allá con el pelo aún mojado de la ducha, besé a Gris, que estaba dibujando, y cerré la puerta a mi paso y —s*ay hello to never*— el mundo fue mío. *Put me in a dark, solitary cell,* etc.

Caminé frenéticamente por la habitación. Ay, la habitación, la habitación… Útero y tumba del siglo, amante y madrastra del niño… Daba vueltas y nada estaba bien. Buscaba algo y no lo encontraba. ¿Qué buscaba? Rebuscaba entre mis recuerdos el día en que vi mi papel interpretado por otro y se desmenuzó mi identidad como un pájaro plumado sin cuerpo ante una ráfaga de viento. Intenté escribir las ideas que había tenido en el camino.

Solo me acordé de las peores; las mejores habían desaparecido todas.

—Hola. Max, existencialista. Estoy intentando dejarlo.

—¿Ah, sí? Me alegro. ¿Y a qué te dedicas?

—Persigo sombras.

—¿Sí? Pues bueno, yo te voy a decir lo que llevo tiempo esperando decir a un escritor existencialista: "Deja de fumar y empieza a hacer deporte, *bro*. Espabila."

Ninguna me satisfizo así que arrugué todos los papeles, los tiré y me senté en un sofá, muy cansado. Quise quitarme las gafas y rascarme el pelo pero no llevaba gafas y era calvo, así que me puse triste. Entonces, me acordé del día en que Gris y yo estuvimos allá, en aquella casa, en paz.

Ella hablaba y yo escuchaba. No necesitaba nada y todo estaba bien. Era verano, era de noche, estabamos en su terraza y el mundo cantaba en silencio. Ay… Ella me explicaba que mucha gente quedaba solo para abrir el baúl de los recuerdos y lo que le gustaba de hablar conmigo era que hacíamos crecer flores.

—Nunca hablamos de *anécdotas*.

La última palabra la pronunció con asco visible. Gris y yo nos entendíamos porque, aunque ella me creyera loco por correr descalzo por el bosque y yo la creyera loca por poner las manos sobre el tubo de escape de una moto para acariciarlo, sentíamos repulsión y repugnancia por las *anécdotas*, que son migas de pan con ojeras y mocos y mantas de hielo y vasos de cristal falso. Yo le dije que hoy me daba absolutamente igual de lo que habláramos, que me daba realmente igual ver un tucán o una cotorra o un culo desnudo o un *croissant*.

—A parte, la memoria siempre es distorsión —añadió.

Estuve de acuerdo, y pensé, avergonzado, en el libro: nada de lo que había logrado escribir hasta entonces se asemejaba a la realidad en lo más mínimo. En el momento en que intentaba definir algo, se convertía en otra cosa. Tenía muy clara la idea que quería transmitir, pero mis manos eran incapaces. Un abismo infranqueable separaba mi corazón del papel y había manoseado y mancillado mi relación con Gris hasta convertirla en plastilina sudada. Si quería escribir amor, escribía odio; si quería escribir paz, escribía guerra; si quería escribir Sol, escribía Luna… Era horrible. Yo, el que quería conmover a las estrellas, ni siquiera veía bailar las piedras.

Después decidí que, una vez habiéndome topado mil y diez mil veces con la maldita muralla de la representación y su ineludible infidelidad al objeto, iba a intentar comunicarme por otros medios; otros medios que, por cierto, al principio aborrecía. Y entonces, me entregué a la metáfora y a sus abrazos. Pero me avanzo a los hechos, me avanzo…

También pensé, recuerdo, en que estaba traicionando a Gris escribiendo nuestra historia y revelando nuestras intimidades. Me sentí muy sucio. Me

sentí indigno de su amor y de todas las verdades que me confesaba. En ese momento decidí que escribiría que no quería escribir más. Sí, *weird flex but*… algo era algo. Aceptaría la vida tal y como era y no buscaría formas para moldearla según mi voluntad. Ni con eso ni con aquello.

Claro. Como si un enfermo como yo fuera capaz de hacer eso. ¿No conocéis al hombre que fuma trajeado y con un café para llevar fuera de la oficina y sumido en los más ajetreados (y estériles) pensamientos con la dedicación de quien se debate entre la vida y la muerte? ¿O quizás conocéis a aquel otro ciervo incauto que se atiborra de setas venenosas y hediondas aún sabiendo que le van a provocar la muerte? ¿O quizás…? En fin, hay muchos ejemplos y es lo más usual del mundo ver a los seres humanos asirse a sombras como si fueran a sostenerles… Y entonces, queridos, entonces entendí que todo el mundo estaba enfermo y que yo no era el único enfermo. Pero bueno, bueno… me desvío.

Buceando en mis tonterías (que me impedían una visión clara y concisa y objetiva del mundo, si es que existe tal cosa, porque a la vez, o eso parecía, a veces, me la facilitaban, aunque eso haga chirriar a los que piensan con alicates y pegamento y letras estilográficas diseñadas por una inteligencia artificial…) me propuso ver un capítulo de una serie. Acepté, nos estiramos en la cama y lo vimos. Yo miré la serie, ella la miró como yo, y no nos gustó la serie.

Ay…

Yo, como buen desgraciado que era, había musitado alguna risa entre dientes, fijándome solo en la inconsistencia narrativa y las triquiñuelas de las que se servían los guionistas para llevarte a donde querían. Intenté analizarla pero me faltaban conceptos para diseccionarla con la lógica interconectora característica de los académicos.

Tenía el cinismo propio de los intelectuales pero carecía de las referencias para apoyarlo y sentirme cómodo en ese cinismo. A la vez, tenía la ingenuidad esperanzada de los incultos pero sin la ignorancia necesaria para aposentarse en su ciego optimismo.

O César o nada, y yo no era ni César ni nada. Yo era (si es que era algo) una maleta con la piel erizada y cinturones apretados en torno a ella y que no ejercían ninguna función (ni siquiera decorativa, porque eran feos y hacían más fea la maleta).

En fin, que siempre había sido demasiado arrogante para estudiar y ahora vagaba entre cenizas, espéctaculo de reyes y pueblos. El cuerpo se me llenó de vergüenza ante las barreras que confinaban mi mediocre inteligencia y me di mucha pena a mi mismo y quise destrozar a alguien para sentirme superior. No lo hice. Decidí ser sincero *for a change*.

—Todo iba bien y caminaba la senda florida de la ignorancia hasta que empecé a leer —expliqué—. Leyendo me di cuenta de que, no solo no era tan inteligente como creía, sino que había inteligencias que no podía comprender y que, además, negaban la mía. Antes, la vida, con sus idas y venidas, se me antojaba un problema de resolución harto fácil… Y con los libros descubrí un torrente de conocimientos secretos que sobreabrumaban mis capacidades y las rebosaban por todos lados, destruyendo las murallas que hasta entonces habían mantenido mis convicciones a salvo. Ay, ay, ay, lloraba mi pusilánime psique…

» Y, entonces, como quien busca asedio en tierras enemigas, tuve que emprender a rastras el retorno a los estadios de luz de los que provine, donde la ignorancia es la más tierna alabanza y la servidumbre la más alta costumbre. Ay… leyendo me di cuenta de que era un ignorante, y solo leyendo pude volver a convertirme en sabio. Pero ya vale de digresiones, Gris. Hablemos de ti.

Sí… Gris. Gris era sagrada. Gris no había leído. Gris no tenía la mente ensuciada por conceptos oscuros. Gris había aprendido de la vida. Gris había mantenido su inteligencia y su curiosidad intactas, siendo éstas solamente fruto de las circunstancias inevitables que pueblan y dan forma a la vida de uno.

Ella, con su amante mirada, veía el alma de todas las cosas. Veía el espíritu detrás de la lámpara y detrás de una tortuga. Oh, oh, oh… No, no.

No escupamos en la mesa en que comemos. No demos nombres a lo sagrado, por favor, no… Tratemos de… por lo menos, intentarlo… olvidar. Olvidar. Ay… me duele la cabeza: para olvidar he de acordarme a olvidar; para aprender he de aprender a desaprender.

Recuerdo que me preguntaba:

—¿Con qué idioma crees que habla?

—¿El qué?

—El bache que acabamos de pasar con el coche.

—No lo sé, Gris — repuse.

—Yo creo que hablaba ruso —me dijo ella.

Y yo me sentí ridículo, como un padre aburrido y hastiado con su desdén imaginario por todo lo imaginario. Y cuando ella me preguntara por qué tenía tan mala cara yo me vería obligado a repetir la frase que había imaginado diciéndole en la cama de mi cabeza y le diría que estaba sumergido en una ciénaga literaria metanarrativa que estaba acabando conmigo y que no creía que tuviera fácil salida. Pero no hablemos de eso ahora, no… No merezco vuestra atención… Y si me la dáis, al menos debería hablaros de algo ajeno a mi.

Y aquellos días, aquellos días… Aquellos días mi alma se encogía y buscaba esconderse detrás de algún mueble. Todo lo que hacía Gris me sorprendía y me hundía aún más en mi sobria tristeza. Yo no imaginaba y ella parecía estar mundos, galaxias por encima de mi. Volaba en su escoba con todos sus amigos mientras cantaba canciones en idiomas inventados, que se tiraban pedorretas con olor a alubias y comían caramelos y pasteles y bailaban entre ellos en una fiesta en las nubes. Ay…

Y yo no estaba invitado. Yo me resignaba a mirar desde abajo, a escuchar las canciones a través de los resquicios de un muro, asqueado por la vida como un cincuentón avaricioso que mastica un papel que pronuncia aún más su hundido púrpura y parece deshacerse y se preocupa por los problemas financieros que le está suponiendo la prolongadísima cura de su reuma y su ocupación constante con la gestión equilibrada de sus balances

ecónomicos porque si *x* es igual a *y* y la *a* no tiene nada que ver con la *f* y la *f* resulta excesivamente excedente de lo esperado por la equivalencia supuestamente dada entre *x* e *z* (que se presupone despóticamente para que el sistema de perlas no se venga abajo y las perlas sigan teniendo el valor que tenían cuando las perlas no eran perlas sino conchas crustáceas en un mar de plata viva que borbotoneaba como estaño caliente y sobre el que flotaba mayésticamente una bolsa de basura llena y bañada de oro falso y sin argucias ni corsés aplicaba su poder y majestad sobre todas las cosas inferiores a su naturaleza), entonces nada tiene sentido y si nada tiene sentido y vivimos en un mar de imaginaciones compartidas, entonces Dios soy yo y Pluto es mi perro.

Pero divago, divago…, perdonadme.

Ahora…, ahora os explicaré la historia de como conocí a Gris. ¿Por qué ahora, decís? ¿Por qué? Pues porque he de meterla en algún lado y no se me ocurre ningún sitio mejor, queridos, solo por eso…

Veréis, yo salía de tomar un café al borde del colapso existencial definitivo como casi siempre, y manchando con las babas de mi soledad insoportable el suelo cuando, de repente, noté dos caricias en mi hombro. Era ella, mi dulce redentora, la amante de mis penas y el ungüento de mis cicatrices.

Estaba agitada porque había llegado tarde al trabajo y no sabía si la iban a echar y estaba llorando un poquito. Parecía tener muchas cosas que explicarme así que le ofrecí ir a tomar un café. Ella me dijo que no, que seguramente tendría cosas que hacer, que no quería molestar. Yo me reí, ella se rió y fuimos a tomar un café. Y allí empezó nuestra amistad.

Ella era la hija del propietario de mi antiguo estudio. (He repetido esta frase muchas veces en mi vida real. Ahora, cuando la escribo, me parece extrañamente muerta, como ocurre también cuando sucede a la inversa y se pronuncia en voz alta una frase muchas veces imaginada). A veces (cosa que también le dije a ella y me siento como un farsante repitiéndola aquí como si formara parte concatenada y orgánica de una narración discursiva

fluida e inalterada por mi… pero ¡oh!, ¿pero de qué me quejo?; sé perfectamente que maquillar una máscara no es construir un alma…; ¿acaso no es esta situación como aquel que hablando de un rey que tenía mil millares de monedas de oro decía que tenía solo un millar, eh?; en fin, malditas palabras: ese podría ser el resumen de todo el libro…) me sentía como el nuevo forastero que aparece en la película para robar a la princesa del castillo e infiltrarse como desestabilizante en la sociedad establecida y ordenada. Eso me gustaba y me hacía sentir importante. (¡Ay, sol de mis entrañas, amante de mis cuevas…!)

Era un estudio compartido y ella también disponía de una habitación. Normalmente pululaba gente constantemente de aquí para allá. Yo, gracias a Dios, alquilé una habitación cerrada, así que si cerraba la puerta, nadie me molestaba. Eso es todo lo que he querido siempre: una habitación. No le pido nada más a la vida: cuatro paredes que me permitan soñar tranquilo. Mientras tenga una habitación, tengo un paraíso.

Gris también era como yo. Gris tenía una habitación propia, en la que vivía y moría. La suya era un altillo, encima de un estudio donde grababan y tocaban música. Había dos baterías, muchas guitarras, un bajo y un teclado antiguo que sonaba como si se celebrara el funeral de un juguete barato roto por las manillas del reloj.

La poca luz que entraba lo hacía a través de una ventana cubierta con sábanas sucias para que los transeúntes, los de *fuera*, no pudieran ver lo que había *dentro*. Las paredes estaban forradas de colchones que se caían a trozos a modo de aislante.

Una escalera casi vertical llevaba a su guarida. Era una buhardilla preciosa, secreta, llena de vida y de magia. El techo se inclinaba en diagonal, plastificado con imágenes de posters despedazados. El suelo, con una moqueta picante, crujía cuando pisabas. Había muñequitos y elementos bizarros en todas las estanterías. Estaba iluminada por unas luces azules y extraterrestres, y entre los pequeños resquicios que dejaban las cortinas de debajo de la mesa con el ordenador, transpiraba la luz naranja de las farolas

de la calle. Era un mundo aparte. Un decorado dentro de una película que funcionaba como prolongación inevitable y reflejo material del espíritu de Gris y los acompañantes secretos que habían construido a piezas dentro de su pequeña cabecita.

Allá, Gris bailaba y dibujaba y cantaba y hablaba consigo misma y sus personajes. A veces, desde mi estudio la oía gritar. Esa era la señal de que nadie podía entrar. En cambio, cuando la puerta del estudio de abajo estaba abierta y se escuchaba música, significaba que sí podía entrar.

Pasó mucho tiempo antes de que Gris y yo empezáramos a hablar. Mucho. Al principio nos cruzábamos en el piso de abajo del hangar, en la zona común, y nos saludábamos desde lejos, como dos exploradores de galaxias diferentes que se cruzaban en mitad de un viaje interestelar. Solo me invitó a su mundo después de que nos cruzáramos aquel día por la calle.

Estar con ella me gustaba mucho, ¿sabéis? (Permitidme este inciso terrenal, por favor; mi alma lo necesita.) Descubría muchas cosas de mi mismo que había olvidado. De repente, tras años de represión, volví a ser el niño que era: el señor libre de prejuicios que hacía voces raras y bailaba de maneras extrañas. Gris fue la llave que calentó un océano de amor que el frío de la convención y el temor por lo extraño habían congelado.

Nunca había estado tan cómodo con nadie. Siempre, allá donde me hallara, acechaba un ejército de bichitos diminutos en mi interior que me privaban de hacer según qué cosas. Con ella no. En su habitación éramos libres. Hacíamos música chorra, como de piojos eléctricos de plástico amarillo con mosquitos y toros y ranas que hacían chillidos rosas y sexis.

A veces, llevados por una corriente de amor más poderosa que ninguno de nosotros, después de acariciarnos y hacernos mimos y toquetearnos, nos besábamos durante mucho rato. Yo repasaba la silueta de sus labios mojados con la yema de mis dedos, incitándole a que sacara la lengua y los succionase y jugara con ellos. Ella hacía lo mismo con el contorno de los míos y la pared de mis dientes. Nos besábamos y nos besábamos todo el cuerpo.

Los párpados, la nariz, las orejas, el ombligo, la barriga, las piernas, los brazos, las uñas…; todo, todo, todo. Con ella… con ella descubrí el sexo. Era muy díficil, según me dijo, encontrar a alguien con las mismas ganas (y formas) de jugar. Me gustaba mucho abrazarla por detrás y sentía como si se rellenara una parte de mi que me habían arrancado. Yo… era todo muy bonito.

Claro que, en realidad, no fue del todo así. Tanto yo como ella sentíamos muy presentes las cadenas que nos mantenían inmóviles en nuestra celda imaginaria, pero por un momento, por un breve y cortísimo momento, nos parecía vislumbrar ante nosotros la libertad sagrada de los poetas y los locos, y ese breve instante de brillante claridad, con su inspirada apertura, en el que ambos nos convertíamos en el cielo mismo y comprendíamos que un círculo era, en realidad, una línea recta abierta como los pétalos sonrientes de una flor en primavera, servía para compensar toda una vida revolviéndose en la basura, la podredumbre y la miseria del mundo.

Con nuestros labios conseguíamos expresar todo el amor que se nos escapaba con las palabras, encadenadas al orgullo, cárcel con la que (nosotros, aspirantes al humo dorado de lo sagrado) ninguno de los dos nos identificábamos. Era un amor casi fraternal, como los mejores amores; un amor de mejores amigos, de confidentes y de cómplices. Nuestra razón se excitaba simplemente ante la vista del otro, que confirmaba la intuición infantil de un entendimiento mutuo e inefable, solo al alcance de los espíritus hermanos que se han conocido en otro mundo.

Ella decía que hoy, ahora, el mundo nos había regalado un espacio en el que explorar y jugar. Mientras todo allá fuera estaba en silencio y reinaba el caos y la muerte y el mundo entero parecía obsesionado con una enfermedad mortal que no mataba, su habitación era un oasis de amor, paz, comprensión y tranquilidad.

En las noticias hablaban del fin del mundo y de mantener una distancia prudencial para no propagar más la enfermedad. Nosotros, dos enfermos que ya nos sabíamos enfermos desde el momento en que nacimos, nos

amábamos como si no hubiera mañana. Pintábamos, hablábamos, comíamos, nos olíamos y nos besábamos.

A ella, al principio, le costó confiar en mi porque decía que era demasiado atractivo para ser tan raro y estar tan solo y la cosa no le cuadraba. Yo le dije que era un psicópata muy peligroso del cual debía alejarse antes de ser irremediablemente herida. Ella me dijo que perfecto, que ella también era una psicópata muy peligrosa de la cual debía alejarme antes de ser irremediablemente herido y allí mismo descendió Himeneo e hicimos los votos y firmamos los papeles convenientes para solidificar nuestro matrimonio invisible como dos niños que, aún con chupetes en la boca y los dientes de leche, juegan a hacer ver que son papá y mamá.

Hablábamos mucho de la corona y el cetro y yo le decía, con voz de rey malvado resentido, que me la habían robado y que estaba dispuesto a recorrer mar y tierra para recuperar lo que *once was mine*. Ella me decía que vale, que mucho ánimo, y se reía de mi y de mis ambiciones, pero sé que en el fondo le encantaba estar enamorado de un príncipe loco que se cree el elegido para restaurar definitivamente el equilibrio del universo y que los dioses lo eleven al orbe celeste tras su muerte por la cantidad de gestos heroicos que ha acometido por amor al servicio y a la humanidad.

Entendía mis metáforas, y eso es todo lo que se le debe pedir a un amor… Hablar el mismo idioma que alguien es una rareza que, cuando aparece, debe ser cuidada entre cojines de muy suave algodón. Ella entendía mis metáforas porque también había sido tirana. Dos tiranos pueden llevarse perfectamente si se confiesan sus pecados y combinan sus intereses.

Ella se creía muy especial porque su tarta era de unicornios, hadas y troles. Yo me creía muy especial porque mi tarta era de lagartos, filosofía barata y cuadros abstractos. La tarta es esencialmente la misma en todos los villanos, solo cambian los *toppings*. Eso me dijo ella nada más conocerme.

—Ya lo sé —me dijo—. Te lo digo porque te veo venir, y me imagino cómo eres y es para decirte que ni lo intentes.

Con “ni lo intentes” se refería a subrogarla a ella y contratarla como mósquito adherido que se dedicara a limpiar mis pieles porque la magnitud de mi cuerpo y la longitud de mis brazos hacían que mi higiene me fuera casi impracticable.

Yo asentí avergonzado. Me acababa de desnudar sin mi consentimiento. (Era su especialidad, por cierto). Pero allá, en aquel instante, mucho antes de lo que yo estaba acostumbrado, acababa de pillarme interpretando el papel de oveja descarriada con tal de ganarme los favores de su instinto maternal, y yo, entonces, caí miserablemente en sus brazos porque, además de mi madre, en aquel instante se había convertido en mi padre.

A veces —¿qué le voy a hacer si amaba amar y no tenía a quién?—, con mis graves (gravísimas) carencias afectivas, me subía a una colina en el epicentro de la tierra y espetaba un llamamiento con megáfono a todas las madres del mundo para que se personaran a hacerme caricias y cuidaran a este pobre y desabrido niño enfermo, caído en la desgracia por su amarguísima inteligencia y su incauta soberbia, miserablemente indefenso, pobrecito, ante los azotes de la vida. A todo el que se cree dios, le espera un castigo, sabedlo.

Y yo… Sí, lo reconozco. Me gusta volver a ser un niño y hundirme en mi arrepentimiento. Sé que he sido malo y debo pagar por ello y pues, ¿por qué no alargar mi maldad cuando sé que el castigo es inevitable? Cuando me llegue el tiempo de pagar estaré más que dispuesto y preparado. Pero… pero… ¿cómo no, cómo no? ¿Cómo no iba a creer en la amada y divina guerra?

¿Es que… es que no fui yo el ungido que se adentró sin temor alguno en la fiesta celebrada en aquel mugriento cementerio, en el que cadáveres espérpenticos reían y mugían como locos enajenados y embobados con la imagen de un ídolo falso y les cogí de los cachetes y les zarandeé el cuello y les dije: “¡Despierta, pueblo amado, despierta! ¡Tú, mortífero sonámbulo, no deambules contagiando al mundo tu enfermedad y sube hacia arriba! Mira.” y les cogía el pie y se lo ponía en la escalera para que subieran y

subieran y subieran y subieran y no se quedarán en esta entraña de lápidas y sufrimiento?

—¡Tú que guerreas —seguía diciendo— con la sagrada Naturaleza como el barco de aquel arquitecto antiguo cuyo nombre nadie recuerda…! ¡Tú que guerreas contigo mismo y con la amada y solazada pesadumbre del espíritu sin querer hundirte en la oscuridad de lo profundo sin saber, ¡oh, tú, pobre ciego!, que al otro lado del mundo abismal hay un océano infinito de luz y color! ¡Tú, infernal caudillo! ¡Tú, acuífero castillo! Ve y mira, amado; mira y ve.

Yo que, coronado con amaranto y violetas y orquídeas amarillas como guinda, me presenté gracioso y lívido ante los que se postraban armados ante el dios de la muerte eterna, fanáticos aplicantes de la yerma justicia, alados demonios bañados en ceniza y sedientos de mi sudor que me persiguieron después agarrándome los hombros con sus afiladas garras y descuajaban mi piel a trizas mientras yo lloraba desesperado y ellos reían. Mirad: aún tengo las marcas de sus arañazos en mi espalda. Pero en mi espalda no véis nada y determináis encerrarme en vuestras cárceles para que mi sueño no ensucie el vuestro, ¿no? Bah.

Y mientras yo corría y corría y corría en la aguzante oscuridad de la noche, vi a perros rabiosos ladrando como locos y yendo de un lado a otro de su jaula, encaramándose hasta el techo y arañando el suelo con los ojos brillantes como dos soles mecánicos y rodeados de sombras blancas que no iluminaban nada más allá de ellas mismas y una hueste de paisajes espectrales y fantasmagóricos, tempestades imaginativas que llenaban el cielo y la tierra, apartaban de mi el sueño como el alba a la noche. Y veía ventanas azules y cabellos amarillos que me daban la espalda aunque quisieran girarse, y parajes sombríos y desolados como reminiscencias de una guerra librada ha no poco tiempo.

Y yo caminaba y caminaba y caminaba con las piernas hundidas en el barro, asaltado por criaturas nocturnas y ofuscadas que se hacían pasar por hombres y mujeres de a pie… y dije:

—¡Ya no más, por favor, ya no más! Quizás es porque estoy podrido por dentro, pero no quiero imaginar más. Soy un cuervo negro en mitad de la nieve y mi soledad ya es lo suficientemente tormentosa en la realidad para que me abrume tanto más en la ficción. Hasta aquí. Ya no quiero más guerra.

¡Ay…! Yo, en aquel entonces, era poeta, y ¿qué va a saber un poeta de la guerra? ¡Nada, nada! Un poeta rehuye la guerra por todos los medios posibles. ¡Un poeta es un niño!, eso digo yo. El poeta vive hipnotizado con la idea utópica de la conjunción entre opuestos. Se le cae la baba imaginando… Y quién diga que imaginar es mentir… ¡qué poco conoce los misterios! Además, aunque fuera realmente así y el amor se acabase y el engaño se desvaneciera y el velo se corriera y fueran reveladas al engañado todas las iniquidades que creía perfectas, el poeta seguiría enamorándose y se arrojaría voluntariamente al abismo sabiendo perfectamente que caería en dura roca y se rompería el alma en mil trozos porque habrá vivido en esos dos segundos más Verdad que en todo el resto de su mísera vida.

Pero no hablemos de eso. Hablemos de Gris, de Gris, que es lo que toca y hablar del hecho me sienta bien. Gris, Gris, Gris, mi queridísima señorita Gris. Sí. Gris era preciosa. ¿Por dónde iba? ¿De qué tenía que hablar? Ah, sí, de cuando nos besamos…

Me acuerdo de la primera vez que nos besamos. Habíamos hecho música aquella misma tarde y, después, habíamos vuelto cada uno a su mundo. Ambos en sendos estudios, yo pintaba y ella... No sé qué hacía; algo debía estar haciendo. Bajó a cenar y me invitó a que me uniera. Yo me uní porque la perspectiva de cruzar la ciudad entera en ayunas era, a pesar de seducir a mis anhelos ascéticos, poco recomendable.

Comimos tomate con atún, compartiendo el mismo plato. Ella estaba a un lado de la barra y yo en el otro. En el hangar, repleto de chatarra, frío, silencio, soldados de hierro, sillas en construcción, familias de roedores, ejércitos de herramientas, y planchas de *foam* almacenadas en las esquinas, solo quedabamos ella y yo. La luz se filtraba a través de…

—Yo voy a ver un capítulo de mi serie favorita. —dijo con su voz característica, de la cual, si quisiera, podría escribir un libro entero (cosa que no haré por razones ya expuestas y otras que me callo)— ¿Tú qué harás? Normalmente no te vas tan tarde…

—Ya… Supongo que me iré a casa… —respondí repechándome en las palabras.

—Muy bien.

Hablamos más rato, ella se fue a su habitación y yo me fui a recoger mis cosas, reprochándome a mi mismo mi insoportable timidez. Ella volvió a bajar sonriendo porque los ángeles incitadores del amor, titiriteros de todo lo humano y dioses benditos (y malditos) del mundo, le obligaron a hacerlo mediante sus característicos susurros ineludibles. Yo, acostumbrado a resignarme ante mis tan frecuentes fracasos amorosos, ya tenía la mochila preparada y me había puesto la chaqueta.

A partir de aquí, no me acuerdo exactamente como fue la conversación pero me dejó claro que había bajado a decirme algo después de haberlo pensado.

— […] la cuestión es que quiero un amigo con el que jugar, ¿entiendes?

Algo así me dijo. Utilizaba eufemismos todo el rato, queriendo evitar la cuestión directamente y no llamarla por su nombre. Yo, que para apartar la frondosa maleza de la formalidad siempre he sido extrañamente atrevido (siempre y cuando ya me halle en mitad de la jungla), le pregunté que a qué se refería con jugar, si quería jugar al minigolf, hacer música, follar…

Ella se rió y me dijo que no lo sabía porque a veces había confundido querer jugar al minigolf con follar y viceversa. Y yo le dije, valiente como pocos ante el monstruo de peluche:

—Hazlo.

Me dijo que le daba vergüenza. Entonces yo, rebosante de confianza, a sabiendas de que las intenciones del principado eran de negocio, hice ver que era un hombre seguro de si mismo y le dije que yo podía hacerlo.

Lo hice y nos besamos.

¡*Tachán*! Y los cajones y cubiertos empezaron a entonar canciones, con cuya melodía desfilaban los soldados de hierro y las ratas y las nubes de los aires. Todo tomó el esplendor del final climáctico de un videoclip y nuestras lenguas se entremezclaron en un baile apoteósico, vibrando en idiomas desconocidos hasta entonces. Destellos de color rosa brillante y rayos de amarillos bailarines nos rodearon para elevarnos hasta el más alto de los cielos. Su mandíbula viscosa fluctúaba entre mis labios como esponjas radiantes de densos pasteles y… y todo se convirtió en un anuncio.

Pues eso, que nos besamos. Ella, luego, me dijo que nunca besaba a chicos que le gustaban y me hizo sentir guapo y validado y mi autoestima subió *+3 XP*.

Pero Gris… Gris era adorable y muy sabia. Hablemos de Gris, ¡hablemos de Gris! ¡Ay, ojalá pudiera descansar de mi mismo hablando de los demás! Pero no, ¡no! Todo y cuanto digo me encierra más ávidamente en la prisión de mi mismo, y cuán más decididamente intento escaparla, tanto más sólida se convierte.

Pero he de intentarlo. Mi abuelo me dijo un día, en una amable comunión de diferentes teorías religiosas, que habían dos formas de ir por la vida: o satisfaciendo tu propio ego, o satisfaciendo el de los demás. Él decía que el bienestar espiritual podía provenir solo de la última y que toda innovación en cualquier área del conocimiento humano, de la primera.

Yo le dije que quizás la primera era la forma más elevada de la última y la última la forma más baja de la primera. Él me dijo que aquello no tenía ni pies ni cabeza y a mi no me quedó muy claro con cuál parte del cuerpo se caminaba y con cuál se pensaba, así que nos callamos y compartimos el amor en silencio y todo aquirió sentido en el mutismo de los pies y en el andar de la cabeza.

Pero Gris, Gris, Gris…

Gris… Gris había vivido al margen toda su vida y veía muchos dibujos animados. Estaba a tren entre la fantasía y la realidad (si es que ese es un

rasgo distintivo de Gris y no de la raza humana en su totalidad y, por ende, lo hace inválido como característica diferencial).

A cada uno de los personajes que habitaban su mente le había otorgado una voz característica y una figura con un atuendo, un temperamento, unos objetos determinados. De vez en cuando, saltaban el precipicio que separaba un mundo y otro y aparecían en éste juguetones. Sus personajes no eran parte de ella, sino que parecían originarse de un mundo completamente distinto y, muchas veces, compartían poco o nada con la personalidad de Gris. Aún así, al ser Gris la única que podía traerlos a la vida mediante la interpretación (o mediante su materialización en papel, que inmediatamente los convertía en almas estáticas con una emoción instantánea congelada), a veces se confundía ella y me confundía a mi y todo se volvía muy confuso.

Ella entonces, era la madre de todas las madres, que albergaba en su seno la semilla eterna sin otro progenitor que ella misma, que daba vida y luz concebida sin pecado y engendraba hijos santos que no se parecían en nada a su madre. Siendo así, veréis comprensible como nos entendimos tan bien. Cuando las dos imaginaciones de personas ajenas concuerdan y coinciden, todo lo que de esa relación se deriva es magia. Eramos dos Quijotes empedernidos. Ella vio en mi a su musa y yo vi en ella a mi escudero. Todo hubiera ido bien si la vida fuera un libro, pero lamentablemente, no lo era. ¡Ojalá vivir fuera tan fácil como en las películas! ¡Ojalá! Ese caminar despreocupado y ese habitar del propio cuerpo… qué envidia.

En fin, que eso. Que solo cambiando su voz, parecía una persona completamente distinta… Todo esto lo sé porque nos pasábamos mucho tiempo analizando los intríngulis de nuestro espíritu como si fuera el de un personaje ficticio. Además, ella sabía hacer radiografías con rayos *x* de todas las historias y los secretos que escondían.

Cuando le expliqué un poco mi vida, no tardó en ver similitudes entre mi personaje y el de Buzz Lightyear.

—*Uau* —me dijo—. Como Buzz. Al principio te creías único, con la escafandra puesta, hablando con tu nave y creyendo que eras miembro de la élite de la unidad de protección del cuerpo de Guardianes del Espacio. Y todo el mundo se asombraba ante tus nuevas y sorprendentes dotes.

» Y te creías único, y especial, y enviado para proteger la galaxia de la amenaza de invasión del malvado emperador Zurg, enemigo del jurado de la Alianza Galáctica. Para… para luego descubrir que no era así. Llegaste a un supermercado y descubriste un pasillo con mil millones de copias *exactamente* igual que tú.

Me decía esa clase de cosas y a mi me daban ganas de llorar y reír a la vez. Era genial. En el café, por cierto, hablamos durante mucho rato y yo le expliqué mi vida y ella me explicó la suya.

—Toda la vida me lo han puesto fácil. Es como si me hubieran construido una jaula de oro. O como si mi padre fuera un gigante enorme que, de tanto quererme, va a acabar por aplastarme… Y me he dado cuenta de una cosa. Una cosa muy fea...

» Toda mi vida he estado poniendo a gente delante de la puerta. "No, no puedo pasar porque está *éste*, o *áquel* y no me dejan pasar." Pero… ¿qué pasa cuando te das cuenta de que, privándote de entrar, bloqueándote el paso, no hay nadie, nadie, *nadie* más que tú?

Eso me hacía pensar. La idea de ser tú tu propio enemigo me daba escalofríos y pensé que sería interesante ponerla en el libro. Después pensé que no sería capaz de expresarla con la adecuada magnificencia y que ni siquiera quería mirarla a los ojos o recordar la idea. Me dije a mi mismo que Luke ya se encontraba a Luke en el espejo y que Travis Bickle solo era Travis Bickle después de hablar consigo mismo en otro espejo y… Y no hay porque repetir la misma historia una y otra vez y mundo, mundo, mundo… El mundo es tan empalagoso como comerse un tampón y me tuerce la espina vertebral como una veleta borracha. Pero en fin, ya acabo, ya acabo…

Yo me quedaba callado y escuchaba, excepto cuando se me exigía que hablara. Entonces decía un par de cosas, lo mínimo, explicaba historias a grandes rasgos y dejaba, como ya he dicho y sirviéndome del maquiavelismo sugerente de la seducción, que su fantasía hiciera el resto para que me viera más como un dios que como un hombre y que, aún siendo tímido y parco en mis disertaciones, diera la sensación de que los dos nos estábamos abriendo por igual y de que no estaba sonsacando información de mentes ajenas para asimilar mejor las múltiples realidades que cohabitan en un mismo mundo para escribir un mejor y más preciso libro y… y dejaba que ella siguiera hablando. Camas elásticas.

Y ya está. Ahora, volvamos. Estábamos en su casa, ¿no? Sí. Y estaba hablando de los días en que ella brillaba muy por encima de mi como tantas otras veces había hecho yo ante mis… *Uh, I hate to say it, man, but, uh… Karma's a bitch. And it always, always, gets to you.*

—45—

—*See what I did there?* Ingenioso, ¿eh? A un mal poeta se le perdona todo porque… bueno, porque es mal poeta. Bien, sigamos. Te he estado esperando. Mientras esperaba, me ha dado tiempo a aprenderme el discurso de memoria. ¿Lo recito, no? Sí… Me toca ser Sol. Tú… tú sueña pero relajado; tampoco te dejes llevar mucho, no vaya a ser que acabes odiando a otros y olvidándote de que, en realidad, te odias a ti mismo. Ja, ja. Ah, por cierto, antes de empezar, que conste que no me hago responsable de ninguna de las opiniones que en él se reflejen. Son órdenes de arriba y yo solo obedezco al que manda. ¿Lugalbanda? No, no sé quién es… Ah y, antes de que me digáis que me contradigo, escuchadme: la vida es contradicción; y quien me contradiga, me estará dando la razón.

» Bien, como te decía antes, ¿de qué te sirve, querido, conocer el sentido de la vida —como tú vas pregonando por ahí— si no sabes comportarte en

una fiesta? ¿Qué dices? No, no te oigo. ¡Ya te he dicho que todos los libros son el mismo, pesado! Dicho de otra forma, ¿conoces los cubos de Rubik? ¿Sí? Bien, ¿y para qué crees que sirve saber hacerlo? Nada, tranquilo, yo te respondo: puede servir para alardear delante de la gente de tu talento y que te admiren por ello o para enseñar a los demás a hacerlo, ¿no?

» Sí, tienes razón. También puedes, una vez ya sabes hacerlo, aprender a hacerlo más rápido, pero en el caso que nos concierne ahora, eso es indiferente… ¿No? ¿Dices que no? ¡Da igual! Sin ilusión de certeza no hay progreso, tomemos algo como sólido porque sino no avanzamos. Bien, y dicho esto, ¿cuál crees que es la mejor opción? Está claro, ¿no? Pues eso. ¿Qué dices? ¿Como que las ciudades están construidas ciñéndose a grupos de estudio en el que los sujetos participantes expresan abiertamente sus *afinidades* y sus *aversiones* y que por eso…? No, no sé qué quieres decir con eso, querido. Más adelante te dejaré leer mi diario, en él incido más sobre este punto. ¡Sobre cual, da igual! Dejame seguir. Soy divulgador y no académico, amado; el rigor y la concreción son cualidades que devalúo. ¿Qué? Da igual. Además, ¿cómo has llegado a tal altura en tu soberbia, que crees saber lo que nadie sabe y poder decir lo que nadie dice?

» Ay, querido, tu alma de artista te ha causado estragos, muchos, muchos estragos… ¿Ya te acuerdas de tomar el Sol de vez en cuando? ¡No te obsesiones con la Luna, amado, que sus piernas hipnotizan… Ten en cuenta, querido, que el artista juega a cartas con el diablo. Claro, claro… Es la profesión más divina, amor, *pero* también la más diabólica. *Why you think I'm in this bitch with a fuckin yarmulke?* Ay… aquel que engendre cuerpos y formas, que cuide de creerse un dios pues, cuando un dios se cree, el diablo lo tiene. Sí, sí, sí…; el arte se ríe de Dios y Dios se ríe del arte. ¿Qué crees, que la obra de arte más magnífica y majestuosa de todos los tiempos no ha sido ya creada? Vamos…, no seas niño. El artista es simplemente un imitador barato. Intérprete de interpretaciones, intenta, e intenta, e intenta hasta que dice: "Ha llegado el tiempo del amanecer…" Pero no nos adelantemos; aún falta mucho para eso: una eternidad, por lo menos. Bien,

como decía: el artista simplemente reorganiza y reordena los materiales ya existentes. Un artista es un paleta. O un ingeniero. O un lo que sea. Me da igual. Un trozo de corcho flotando en mitad del océano.

» Pero ¡ah, ah!, qué dulce veneno es el crear, ¿eh? Uno encuentra ángeles que le susurran melodías y le inspiran imágenes y lo acunan en eterna belleza. ¿Qué hay mejor que eso? ¿Para qué querría uno armarse con la espada de la voluntad y atravesar la jungla entera cuando tienes angelitos que te cantan a la oreja sones somnolientos y te abastecen con tus más ansiados caprichos? ¡No hagas caso! ¡Ay! Si nos expulsaron del Edén es por algo, imbécil: el arte es diabólico porque lo digo yo, y la belleza que admiras está *muerta*.

» Pero entiendo lo díficil que es renunciar a sus cantos, claro… Vuelves, por fin, a casa. ¡Vuelves! Tú que te creías huérfano y vagabundo, abres la casa y te acoge el cálido hogar. Después de nadar en el fango de lo segregado y tragar piedras e intentar hablar sin acordarte de las palabras, de berrear como un asno y una oveja y un cerdo juntos, de quemar rabioso tu propio oceáno hasta evaporarlo entero, de sisear como una serpiente rasgada, vuelves a casa. Tu iluminada noche, que te resguarda en su manto de cobre, terciopelo y unidad; ¡qué amor, qué paz, qué calma! ¿verdad?

» ¡Claro…! Ya no necesitas a nadie. Las escalas de medida de los humanos son tan solo maniquís de los (y con los) que reírte. ¡Una feria en la que pasar el rato el domingo! Rebanadas de pan de plástico nutritivo: *hmm*… Sí; que se disfrace el mundo entero y todo aparezca como un gran mercado en el que las prostitutas, los abogados y los reyes se confunden, gritas. ¡Que desfilen ante mi! La gran canción, ¡la gran canción! Sí; la gran canción en que todo lo absurdo y lo vulgar se torna divino por arte de magia y voluntad. Aleluya. Era *esto* lo que esperabas: tu querido do mayor. (Pero ¿qué virtud hay una necesidad? ¡Donde hay voluntad que se aparte el destino!, gritaste tú, y ahora, arrullado por los besos de los accidentes, vuelves la cabeza atrás y lloras: “No hay bien que no sea adquirido

mediante el esfuerzo y el sufrimiento, lo regalado es dentadura postiza que debilita el espíritu y lo dota de alas cuando ni siquiera tiene brazos.")

» Benditos tambores y benditas hachas. Vienen y van y se van y vuelven. Este frenesí dispar y cantarín que me lleva… me lleva a casa. Estoy y me alejo. Me acerco y estoy dentro. Mi noche, mi día; mi abrazo, y el tuyo. Cantan los ángeles y los demonios y tú, sordo, no los oyes. Yo soy el único que canta, gritas. ¡Yo soy el único que canta! Dios vive, escribe y lee, gritas. Yo soy ellos y ellos están en mi, dices. Qué precioso procesar, dices; caen lágrimas de tus ojos ante tan bello acontecer. Trompetas, *¡pam!, ¡pum!, ¡pam!, ¡pum! Mmm*… dulce deterioro, dulce amargura, dulce morir… Todos nos vamos a casa, dices; todos nos vamos a casa y, llorando, reconoces que ninguno de tus pensamientos ha sido tuyo y que todo lo logrado te ha sido dado y, aturdido, no sabes si agradecer y postrarte ante el rey de las tinieblas o ante el rey de la luz.

» Escribes poesías sobre el tema y dicen algo así, imagino: "¡Ahhhhhhh! Surfeo por los albores de lo ilimitado en un manantial de luz cósmica. ¡Ardo, salto, subo! Vibro en armonía diatónica mi caída fulgurante. *Fshiuuuuu*. *¡Pam, pam, pam!* En equívocos afilan los espejos sus encabalgamientos…" etc. ¿No? Sí…

» Y te das cuenta, por fin, de que la sed de gloria es solo para aquellos que no la han tenido y que comer mucha miel no es bueno. A quien ha bebido del manantial, a quien ha *sido* el manantial, poco le importan las alabanzas futuras que provoque su obra: ¿qué es la gloria de los hombres ante la gloria de Dios?, dices. Porque sí, querido, aquí donde me ves, con los hombros roídos y uncidos a yugos, el rostro siempre vivo y dirigido irremiseblemente hacia las diáfanas cumbres de mi melancolía… un servidor anduvo, anda, y andará por las altísimas esferas del extásis sobrehumano. ¿En ayunas?, dices. Sí, sí, claro, siempre en ayunas; siempre en ayunas. Hay códigos. Si vas sucio no te dejan entrar; además, pesas demasiado después de comer. *Tung… check*.

» Pero sí, sí. Lo entiendo. Yo he vivido allá; no le temía a nada, ni al hombre ni a la ley, ni a la muerte ni al diablo, ni al amor ni al odio… Por temer, de hecho, solo temía a Dios, pero eso es un secreto del que no quiero pavonearme; porque… porque sí, sí…: todo hablar es alarde y toda exposición, vanidad. Pero… eso. Que al cruzarme con policías, eran ellos los que creían necesario justificarse ante mi y darme explicaciones. Yo era policía de la policía y me miraban llenos de vergüenza por ser los desgraciados guardianes de la tiranía hegemónica que aniquilaba toda libertad individual… Sí… *¡Ahó!* (La telaraña es escalera).

» Y allí, ebrio de soberbia por mi alcanzado a escopetazos armisticio, todo mi amor se trocaba odio. El amor más elevado colinda con el odio más profundo: uno, cuanto más ve, más se avergüenza de lo que ve porque se reconoce cómplice secreto de los dictatoriales enigmas que sostienen de una pieza la ilusoria realidad que compartimos. He de ver la mentira y convertirla en Verdad, pienso… A veces pienso, incluso, que el odio es la forma de amor más elevada. Solo los que odian, los que odian realmente, los que han conocido el odio puro y sin esposas por la desgarradora rectitud de todo el asunto, impulsan a la humanidad hacia nuevas y desconocidas metas. (Y mi bici es un toro).

» Y yo lo odiaba todo: a todo y a todos; y mi alma se disolvía en ácido y me creía infinitamente mejor que todos ellos; tanto mejor, que me daba asco siquiera compararme y saberme su semejante…; y entonces, resentido, quería matarlos, matarlos a todos; destruir el universo entero y que nunca jamás volviera a empezar; aguar la fiesta a balazos y acuchillar a todo el que baila como un mono y ríe como un enfermo…

» Y construía un castillo diminuto, fortaleza edificada con las sombras de mi mismo, para encarcelar las desidias y los anhelos de las rocas y las hormigas y los dioses y los demonios y los que inventaron el avión y los silencios incómodos y las comidas familiares y la juventud y la fama y la tristeza y lo buenos que están los alimentos procesados y lo bonitos que son los gatos y el asco que te da esa belleza y la envidia y el arte y la belleza

misma y las ideas y la política y las políticas de la política y los sexo del sexo y las eternidades de la eternidad y los semáforos en ambar y las fachadas rosas.

» Después, probablemente, hastiado en tu aborrecida pereza, deprimido hasta las trancas y habiendo caído desde lo más alto de los cielos, odias la estrella en tu frente que te elevó hasta allá y odias el arte y el orgasmo estético y sus consecuencias… Y lo intentas matar. Pero el pozo es un portal y aunque chilles que el arte es basura como un pañuelo utilizado para paliar la golosa lujuria de tus demonios lascivos, intentas humanizar aquella divina visión y te conviertes en… Claro.

» ¿Y cómo vas a huirle el rostro a tan seductor engaño? Si es la mentira que mueve al mundo, ¿no?… Aquel *más allá* —el divino *plus ultra* (¡Lulu!) —: amor, Dios, gloria, utopía, riqueza, paz, felicidad, etc. Droga, fútbol, religión, arte, política, sexo, ficción y trabajo… Herramientas y dianas… Un *aquello* en contraposición a un *esto*. ¿Qué, sino, haría que nos moviéramos? Claro, llevo la vida entera chupándolo, dices; todo lo que vibra está permeado de esa maldita sensación. Y sueñas con la elongación de un corte en el mismo eje que corta.

» Ay… esa corriente de aire que late secreta e inconfesable y hace que recoloquemos el culo en el asiento, que habla en silencio cuando nos miramos y se lame los labios cuando ve nuestras heridas; ese silencio atronador que fluye entre *y* traspasa dejando huellas de baba como un caracol con espinas; ese látigo amoroso que acaricia el dolor; esa tijera de oro que corta la cuerda tensa que agarra los límites que la quieren suya y esa maldita zorra, asquerosa y maquiavélica, y esa amable madre, compasiva y misericordiosa…

» ¡Ay! Eso de lo que todo el mundo habla y que nadie nombra; esa perversa y esquiva Verdad; aquel niño en el columpio y las bofetadas de su padre; la cruda y muda y puta soberbia de la que solo te arrepientes cuando mueres (cuando mueres en vida y mueres sin morir); y los helados en verano… ¡Sí!, todas las dudas de los poetas y sus mentiras (¡ahó!); y todas

las almas que lloran y sus verdades, (¡y las que ríen y las suyas!); y el Sol que sube y luego baja y luego vuelve a subir y luego vuelve a bajar; y ¡diez mil millones de cosas más que no tengo tiempo para nombrar! ¿Qué te voy a contar? Seguro que lo conoces. Tienes cara de saber de lo que hablo. ¿Sabías qué…?

» Y yo digo, (respondo por ti y me anticipo a mi memoria, que tarde o temprano terminaría haciéndolo):

»—¡Ay!, claro que sé de lo que hablas, hermano, claro que lo sé… Yo he amado todas las cosas con la devoción de un religioso y la curiosidad de un niño; he visto bellezas que abarrotaban mi entendimiento y aúpaban mis pensares en lechuguillas de falsetes hasta cotas indecibles; en mi ha latido el Sol por corazón y en icor sagrado he bañado mis miembros…; yo he albergado a Dios en mis cabales y he dado a luz el mundo; yo he escapado el doloroso y triste círculo y… y he tenido que dejar constancia de ello en un escrito. ¿Cómo no voy a saber de lo que hablas? Es la mentira más verdadera que he vivido en toda mi vida y me he declarado esclavo irredento de ese sueño. Claro que sé, claro que sé de lo que hablas".

—46—

Pero hoy… hoy no era así. Hoy brillaba *yo* y la veía dar vueltas alrededor de *mi*. Las miradas del público parecían estar puestas *en mi*, y *yo* escondía la pelota como un trilero tramposo haciendo malabares con su ingenuo asombro mientras me regocijaba secreta, secretamente convencido de que era el fabricante exclusivo de la *rug that tied the room together*. Me preguntó por qué caminaba tanto y yo, entonces, el gran llevado, amanuense de sombras y obra de mi obra, recordé de repente el funeral de mi madre y empecé a reírme descontroladamente.

Murió el día que cumplía años la única mujer que había amado antes de Gris. Recuerdo que la coincidencia me extrañó y pensé en contactar con

algún tarotista para que me elucidara las razones. No lo hice. Quizás había sido simplemente casualidad, pensé luego. ¿No son el azar y el destino dos nombres que se refieren a la misma fuerza?, recuerdo que pensé. O no; probablemente no estuviera tan lúcido aquel día y ahora exagero mi inteligencia porque sé que hay gente escuchándome. Seguramente… O quizás no, no lo sé.

En fin, ¿qué se le va a hacer? Todo el mundo miente y todo el mundo perfila y maquilla su personaje para seducir a un público, ¿no? ¿Para qué esforzarse en ser uno mismo ante los hombres si eso es cuestión de orgullo y vanidad? Ser uno mismo ante Dios y otro ante los hombres, eso es lo que yo pienso. Porque es muy fácil engañar a los hombres, pero imposible engañar a Dios.

Bueno, ya vuelvo, ya vuelvo… Como un maldito viejo… Al hecho, Max, al hecho. ¿Qué digo del hecho? Al recuerdo, al recuerdo; veamos… Sí.

Aquel día, como enfermo que soy, estaba completamente aterrado de presentarme al funeral y ser incapaz de comportarme. Todo el asunto me daba risa. Sé que es inexcusable pero… ¡era un hombre enfermo! Estaba loco y ya está. Lo siento. ¿A qué clase de monstruo no le afecta la muerte de su madre? Solo a un hombre enfermo, está claro. Pues eso.

Total, que me presenté allí. Antes consideré conveniente, para facilitar la interpretación, disfrazarme en el camerino como era debido. Me puse un polo negro, unos pantalones beige y unos mocasines. Sin duda, aquello iba a ayudarme a entrar en el papel.

Allí fue todo tal y como esperaba. La dolorida y afectada voz de los familiares más cercanos se me enquistaba entre los músculos y me daba ganas de vomitar. Sentía la aversión que se siente al ver a cerdos removerse en el barro, rodeados de moscas y sucias heridas. Todo artificio y todo mentira, me repetía a mi mismo. Tuve que asediar mi demonio con ejércitos enteros para que el desgraciado no estallara en un alarido de carcajadas ante aquella ficción barata que se me intentaba hacer pasar como realidad.

Pero… ay. Entré en el escenario cuando llamaron mi nombre. Saludé estoicamente y con una ligera sonrisa que, esperaba, fuera considerada amable y no burlona. No sé si lo logré. Allí todo olía a muerte, a crema solar y a jabón barato. La muerte se considera un evento de importancia en este mundo. La lluvia también.

Que el mundo se tome en serio a si mismo… Un puñado de letras desordenadas y quietas se acerca lentamente. ¿Qué? Al recuerdo. Soy espía. ¡Adiós!

Un aire acondicionado congelaba los sesos de los presentes, entregados al papel que les pertocaba. Parecían casi desesperados por creer en aquella pantomima. Lo entiendo. Los arquetipos que representan se sirven de actores como ellos, dispuestos a entregar la vida y el alma a su actuación. La construcción de las ciudades también. La obra es siempre la misma y lo único que muda son los actores y el escenario. Y por eso no viajo. Pero volvamos, volvamos… Perdonadme, queridísimos, hoy estoy disperso.

Corrección, por cierto: que *representamos*. Porque yo también formo parte del circo… ¡Claro! Yo soy el joven que se ríe de toda la vida y hace ver que no le importa. Yo soy Mercurio, queridos, el que se jactó de los dioses y su severidad nada más nacer y *¡puf!* les arranco un botón. ¡Sí! Yo soy el planeta más cercano al Sol, yo soy el que, cual Jigglypuff, duerme al guardián de los mil ojos con sus encantadoras y elocuentes historias. Pero volvamos, volvamos, volvamos…

Nos dábamos abrazos, como se suele hacer en estos casos. Los distintos personajes se abrazaban —eso hacían—: se rodeaban unos a otros con sus respectivos brazos. Uno de ellos me apretó efusivamente contra él y, cuando todo nuestro cuerpo se tocaba (desde las piernas a los cabellos y desde el huevo a las manzanas), acercó su boca a mi oreja y jadeó intensamente, dejando brotar de sus pulmones una expiración que abrasó la mitad de mi cabeza. Yo me separé confuso y lo miré. Él me miró con cejas abatidas, queriéndome arrastrar a las profundidades de su tristeza. Yo sonreí

incómodamente porque no supe cómo reaccionar: en el techo había agujeros.

Abracé a más gente cuyo nombre no recuerdo. Probablemente amigos y familiares, pero no os lo puedo asegurar. Iban todos cabizbajos y melancólicos y víctimas de un laconismo apagado que…

Recuerdo que, a uno de ellos que apenas conocía, le alargué el brazo para rodearle el cuello desde una distancia prudencial. Él, gravemente indignado por aquel gesto distante, y rumiando chivarse al director de mi falta de compromiso, me agarró el brazo y arrimó su cuerpo entero al mío, constriñendo mis pulmones y provocando el roce desagradable de nuestros respectivos sexos. Fue muy desagradable y aún recuerdo demasiado vivamente la sensación. (En las paredes también había agujeros, por cierto).

Uno de ellos, el más mayor, repetía de forma mecánica las palabras: "Gracias por venir, gracias por venir". Yo, perturbado por la expectante espera de los presentes —Dios sabe que (y qué) estaban esperando, (espero y deseo, espero y deseo…)— eché un vistazo a la habitación buscando la mejor forma de escabullirme de aquel concierto aburrido. Vi una puerta de cristal al otro lado y me escudriñé entre la gente hasta ella.

Respiré. Por fin solo, pensé, por fin…

Nanay, querido, *nanay*. Allí… *¡pum; pam; tchiuff; dzap; pow; crack; tweet; bfrum; smash; bang; tptaf; bong; clink!; allí* me esperaba la muerte: el rostro de mi madre.

Aquella silueta esquelética y sombría que aparecía tan frecuentemente en los dibujos animados y en mis estados de duermevela; aquel rostro roído que presidía con su ausencia los réquiem de pintores y músicos; y…

No, no. Nada de todo eso. Era peor, mucho, mucho, *mucho* peor. Los demonios de mis pesadillas se movían; ella estaba quieta. Los retratos de cadáveres de los pintores eran… aproximaciones… Quizás… No. ¿Quizás en las…? No. Tampoco. Quizás en… No. ¡Nada, nada, nada!

Ninguna poesía, ningún cuadro, ningún libro, ninguna película, ninguna escultura hace justicia a esa yerma frialdad carcomida por los picos serrados de la muerte.

Bah. Estaba quieta, muerta. Sus músculos se aplastaban contra los huesos, quietos. Sus raídos cachetes, muertos. Sus raídos co… ¡Bah! ¡Qué más da! Estaba todo quieto. Estaba todo muerto. Y nada ni nadie oponía resistencia. La gravedad iba a consumirla entera hasta reducirla a ceniza. Todo aquello iba a podrirse y…

Salí de allí. Aquella boca era demasiado grande y yo tenía la piel demasiado delicada para sus garras.

Solo salir, me cogió alguien del brazo y me preguntó:

—¿Cómo estás?

—Bien, bien. Muy bien. ¿Y tú? —respondí instintivamente.

—Escucha este cuento.

¿Otro más? *Uf*. Yo…, yo estaba un poco harto de los cuentos. Pero no lo dije y me quedé en la sala. Si hubiese dicho que no y hubiera salido, su mirada incriminatoria se me hubiera pegado a la espalda y no me apetecía caminar con mochila ni rodearme de una crisálida de picor con el calor que hacía. Además, la inhalación forzosa de su excesiva mucosidad me pidió que "por favor, Max, por favor" me quedara. Así que eso hice.

Bien: ¡oh, poesía, dulce redención! ¡Sé pócima a mis miedos, y elixir a mis pesares: dota de estrella esta ceniza y de alma este cadáver. ¡Volemos! *¡Wooohooo!* Adelante cuento.

—47—

—Sí, sí… Me tendrás que perdonar el nerviosismo, querido, pero siento que hay alguien detrás mío que quiere matarme y no tenemos mucho tiempo. Su dentadura es como una trampa para ratones y brilla como un cuadro abstracto. Verás como, a veces, en mi exaltación, me pierdo a mi

mismo. Bueno, ¡que así sea! De poco me sirvo y nada descubro siendo mío, en realidad. Lo que te quiero decir es que… no tengo ni idea de lo que quiero decirte. Creo que es mejor que vaya improvisando, como los raperos, así que ahora que mis hombros están tristes y el mundo canta en fa menor, te diré esto:

» Yo… Yo también soy, muy a pesar mío, artista. ¡Oh! La cruz está hecha de átomos y los átomos están hechos de plástico brillante y son irregulares y desiguales entre si. La costura los delata. Y, y, y… y en el afán de conocerme a mi mismo solo conseguí convertirme en otra persona y ahora ya no sé a quien tengo que conocer. ¿Al otro? ¿A mi? ¿Al que seré, al que fui? Nada, nada, ya no entiendo nada; nada de nada. Me veo a mi mismo como una escultura acabada, y cualquier modificación con la que quiera intervenir no es más que una deforme adhesión que supura del rostro de un dios como lo hizo Minerva de…

» Oh, oh, oh…, qué valiente es el artista, qué valiente: veo como me tiran bragas y calcetines… ¡Él es el único que se atreve a poner un espejo delante suyo y sonsacar las más putrefactas verdades de dentro de su ser!, ¿no? ¡Sí, sí!, quien no crea es un cobarde, ¿no? ¡Eso decía yo! Y quien crea mintiendo aún más, ¿de qué me sirve a mi el pavoneo de una máscara? Escarba con la uña los secretos de tu raíz y háblame, imbécil, si no, ni te dignes a dirigirme la palabra. Quien no habla igual a todo el mundo, quien no habla al mundo entero como quien habla a su mejor amigo, no me interesa. *¡Bah, bah, bah!* Nada más lejos de la verdad, querido, nada más lejos… Quizás el más sabio es quien no deja huella y un pájaro quieto dice más que diez mil volando. Yo, a estas alturas, puedo asegurar, con toda vehemencia y sin un ápice de arrepentimiento, que no sé absolutamente nada y no tengo ni puta idea. De verdad. Y eso es lo único que sé. Todo lo demás, puedes olvidarlo tranquilamente. Esa afirmación es la única de la que me sentiré orgulloso en toda mi vida *and the rest is silence*.

» ¿Cómo voy a pretender conocer los designios de los dioses si soy un mísero y rapaz humano? Todo sistema prescriptivo que se disfrace con las

telas de lo divino miente y debe ser considerado herejía. (Sobretodo el mío). Yo… yo solo creeré en un Dios que permita y no imponga. Y… Que recomiende, como mucho, pero nunca que exija. Eso. ¿A qué venía todo esto, por cierto? Al avío, hermanos, con toda devoción. *¡Maledicat dominus!* Necesito vitamina C.

» Tú impide tu videncia ensuciando tus ojos con cubículos de arena y disfrázate de tierra hasta que la tierra te abrace. Y cuando el mundo admire tu escultura igual que admira una montaña, y cuando lo construido se confunda con lo crecido, entonces (y solo entonces) habrás conseguido tu cometido.

» Pero oh… Ves con cuidado, con cuidado… que el fuego que enciendes no brasa dócil. ¡Oh, no! ¡Es de todo menos brasa dócil! Crea, crea y crea, ¡pásate la vida creando si ese es tu deseo! Pero, por favor, no te confundas con lo creado: no te conviertas en lo creado y ni te creas lo creado. Lo creado es un reflejo y nada más… Un puente, si quieres… Es tuyo, pero no eres tú; es del mundo, pero no es el mundo. *Just the pool*, ¿entiendes? No te dejes hipnotizar por la belleza —la belleza es puerta y no habitación—, y solo debe servirte para una cosa: para aprender a ver.

» Ve el mundo como se ve una obra de arte y la Verdad te será revelada: la belleza está en todo, y no verás la belleza en nada hasta que la veas en todo. Ahá. Pero sí, sí, sí…; tú piensa en el arte como un secuestro. ¿Qué pasa cuando intentas raptar a una diosa? Que se convierte en otra cosa, ¿no? Pues eso. Velo como una huella, una flecha, un medio, un camino; nunca como un objetivo, un fin o un destino. Quien se enamora de una ilusión perece con ella; y las ilusiones tardan muy poco en morir, querido, muy poco. Mira a Pigmalión y su *waifu*…

» Eso. Surca los mares pero no olvides mirar al cielo. Sí; sé alguien, pero no olvides que no eres nadie. Hazte humano, conviértete en uno de ellos si quieres. Diviértete con lo que ellos se divierten y entristécete con lo que ellos se entristecen; vístete con su ropa y aprende su idioma. ¡Háblales de las últimas noticias!, eso parece interesarles… Ay…, recuerdo yo muy

bien mi respuesta cuando me decían: "Si quieres engañar al mundo, parécete al mundo…" Sí, entonces se dislocaban muertas de risa mis fauces en arras y gemían:

»—¿Qué dices? ¿Que Dios me castigará por no conducir bien en las rotondas?

» Pero no tiene nada que ver, querido, nada… Lo digo por tu propio bien, no el del orden secular. Tranquilízate y escucha hijo mío, si el mundo se ha construido a base de imitaciones, no quieras ser *tan* diferente. Ser *un poco* diferente se permite, ser *muy, muy, muy* diferente acarrea muchos problemas. Alza la voz lo suficiente para que el mundo te escuche, pero no demasiado para que quieran callarte. Sé niño entre impostores e impostor entre niños. Confúndete con la turba y conviértete en ceniza; pero ¡domestica tu detritus! No es agradable ver a un hombre deshacerse, amado. Sí; baja, baja, baja; no me cansaré de repetírtelo. Cuanto más bajo tiendas más alto llegarás. Y cuanto menos quieras, más recibirás.

» Allá donde eches el ojo verás actores que de tanto interpretar su papel, han terminado creyéndolo. No seas como ellos. Sabe que tu papel es solo un papel e interprétalo con el respeto y la sencillez que éste merece. Elimina de ti toda afectación e histrionismo —solo los malos actores se sirven del excentricismo para ganarse la impresión del público. Aprende de mi, *xd*.

» Verás que la gente huirá el rostro a la sublime verdad; preferirán artificio, mentira y, lo que es peor, ignorancia. ¡Nada nuevo bajo el sol! Disfraza tu verdad como mentira y corre con ella sobre los hombros. Iza la bandera y contribuye con ello a la gran cacofonía mundial si eso te pide el papel. Súbete a la bestia con cuernos que miran hacia abajo y cógelos y defórmalos para que apunten hacia el cielo. Esconde entre la mierda una pepita de oro. Así, quizás, sembrarás alguna semilla.

» Y, por lo que más quieras, no seas un fanático. Hay mil y una formas de ir por la vida y todas ellas llegan al mismo sitio; cuanto más creas que la tuya es la correcta, más en conflicto entrarás con el mundo y contigo mismo. El mundo es un teatro y todo eso… ¡Míranos!, cada uno con su

justificante. Respondemos a la ley de llevar encima el certificado de desplazamiento que nos permite movernos fuera de las horas permitidas…

» —¡Eh, tú! ¿Por qué vas a *ese* lado y no a *otro*? ¿Por qué *este* camino y no *aquel*? ¿Por qué *ahora* y no *después*?

» Y el actor, diligente en su obediencia, enseña su certificado y dice:

» —Verás, esque yo veo la vida *así*, *así* y *así*…

» Y el otro responde:

» —*Ah*, *vale*… Ahora entiendo, ahora…

» Qué triste. Pues eso, eso…: obsérvate a ti mismo como quien analiza a un extraño y nunca te dejes convencer por tus sospechas. Sé cínico incluso con tu propio cinismo: cuánto más poderosas sean tus convicciones, con más escepticismo debes inspeccionarlas; (el que piense estar firme, mire que no caiga). Date un baño de humildad de vez en cuando. Recuerda que podrías decirlo todo y aún te faltarían cosas por decir; ¡el poema es inagotable y jamás llegará el último verso! Aprende; aprende de todo y todos y no dejes que tu soberbia te anule. Sabe que el necio es quien se cree sabio y el sabio quien se sabe necio. Además, la soberbia solo acelera tu caída y la humildad te mantiene en constante elevación.

» Pero, ¡alto!; con todo ello, no olvides y ningunees la ambición… ¿Sabes cuál es el mayor asesino de todos los tiempos? ¿Eh? ¿El tiburón blanco? ¿La gravedad? ¿Los reality shows? No, querido, no…; los mosquitos, mi amor, ¡los mosquitos…! Esa mierda ha matado más sueños que el amanecer. No dejes que los sueños frustrados de las gentes frustren el tuyo. Tú sigue adelante, sin miedo; que la convicción de otro no ponga en jaque la tuya. Escúchame: baila al son de tu propia sinfonía, sea la única música que escuchas la que produce tu locura. Y si haces caso a alguien, que sea solo al que te dice: "Lo de arriba es lo de abajo, la derecha es la izquierda, y subir en *x* es bajar en *y*." Pues solo ese respetará tu libertad.

» Lo sé muy bien. El mundo intentará detenerte y refrenarte por todos los medios que tenga a su alcance: es un filtro, una selección de personal exhaustiva; solo los espíritus verdaderamente nobles y dignos superan los

obstáculos y llegan a la meta. ¿Pero qué meta, qué meta? ¡Da igual! Calla y atiende; *¡it's me time!* Te instarán a que consigas un trabajo decente y te amoldes a la mediocridad —enfermedad psicosómatica que debiera ser moralmente ilícita— reinante del mundo. Te impondrán sus exigencias y te dirán:

» —Pero, ¡cómo! ¡Cómo! ¡*Esto* no se puede hacer *así*!— y te pondrán multas y querrán silenciarte.

» Llorarán lágrimas de plomo como cocodrilos infaustos. Tú sigue adelante y sigue los dictados de tu corazón (pues de los dioses no hay garantías); si los sigues, nunca te equivocarás. Aparta de ti todo ruido, el corazón solo se escucha cuando hay silencio. Te escucharán y no te entenderán y, como lo desconocido les da miedo, tratarán de destruirte. Tú sigue adelante, adelante, ¡adelante! *Ultreia et suseia, mon amour, ultreia et suseia*. El triángulo avanza imparablemente. Hazte caso: quien tiene un por qué soporta cualquier cómo. Allá donde vayas habrá gente que envidie tu talento y tu convicción. El mundo, resentido, pondrá delante de ti un espejo horrendo en el que te obligarán a verte como un monstruo. Conócete a ti mismo, pues quien se conoce a si mismo no se pierde en un reflejo.

» Digo: no te entregues por completo a tu arrogancia, pero si tu arrogancia te ha ayudado a llegar hasta aquí, no renuncies del todo a ella. Utilízala con cautela y mesura. Y cuando la pureza de tu amor sea infranqueable, baña al mundo con la luz que conoces. Sí. Deja que cante tu alma si eso es lo que te pide… Ahí va, ahí va…

» "Cadenas aberrantes que encerráis con yugos mi bondad: morid. Hórridos fantasmas que acarreáis culpas estridentes: id a otro con vuestras suspicacias. ¡Lejos de mi quiero las amarguras del insomnio y los chillidos del silencio! Hoy, después de saberme por ángeles acompañado, solo quiero mecerme al son del dulce zumbido de la lira celestial… Eso es. ¡Matemos de una vez por todas al dragón y que broten rosas de su sangre! ¡Inundemos el mundo con el fulgor de nuestras lágrimas y polvoreemos el rocío de la verdad sobre el hirviente engaño! ¡Dejemos que el odio y sus sombras se

ahoguen en si mismas y construyamos con sus cenizas un abrazo que todo lo acune! Ay… Siento mi pecho calado en amor y mi perdón buscando besos. Hay pétalos, lazos, jardín y pureza; amor, fe, gorgojo y olvido…"

» Muy bien, querido, muy bien. No rehuyas del todo la magia de la poesía si brota de tu corazón incontrolablemente. Quien quiera aniquilar una primavera fingida está tan loco como el que la finge a propósito de nada. La tuya surge de la voluntad redentora de dar luz y amor al mundo y pues, no la subestimes, trátala con el respeto que merece y expon sus bondades hasta donde te sea dado. Nunca subestimes el poder de un buen cumplido. El buen rey eleva y educa al pueblo; pues sabe que quien eleva a los demás será elevado. Inunda a los otros con amor para que ellos también encuentren el camino y puedan inundar con amor a los demás.

» Cuida de la energía que emites. Es la ley más vieja que existe. Lo que tú impongas sobre los demás, te será inflingido por ellos; y todo aquello que des, lo recibirás después. Si das amor, recibirás amor; si das odio, recibirás odio. El mundo responde lo que tú preguntas. Y… ¡Ah, sí! Por favor, piensa en el aterrizaje cuando saltes. Déjate llevar si quieres pero ponte piedras en los bolsillos para no salir volando cuando tu diablo así lo ordene. Ya sabes de qué hablo.

» Y no te des prisa. En Dios, todo tiene lugar y todo ocurre a su debido tiempo. No aceleres ningún proceso, de la urgencia solo surgen accidentes y decepciones. Además, lo privarás de la magia característica de todo acontecer orgánico. Tú sigue a Dios y siempre ten presente el fin de todo lo que hagas. No desees algo más que lo necesario, y sabe que todo lo que necesitas está dentro de ti. Los objetos externos y ajenos a tu potestad te traerá la perdición y la confusión si les das más importancia de la debida. Planta y riega la única tierra que es fértil y abundante en fecundos frutos y nunca tendrás hambre.

» Y solo del vientre de Dios obtendrás tales frutos, por cierto. Si solo deseas lo que Dios es, tiene, y hace, serás libre de cualquier otro deseo y pues, no te perderás entre fantasmas y espectros de felicidad breve e

instantánea. Recuerda: solo en Dios hay casa, y Dios vive dentro de ti, así que cultiva una buena relación contigo mismo y todo lo demás te vendrá solo.

» Cualquier éxito humano es papel mojado si no va acompañado de una buena relación con uno mismo. He visto a gente coronada por el mundo, con una caja vacía como espíritu y humo y ceniza como pensamiento, resoplando desganados ante el más bello milagro, y he visto también a gente vituperada y escupida por el mundo en cuya alma brotaban flores, corrían ríos y reposaba la eterna paz con una amabilísima sonrisa.

» Hay cosas que sí, y cosas que no. Hay cosas que sí, y cosas que no. Hay cosas que sí, y cosas que no. *Hay cosas que sí, y cosas que no*. Quien sepa de lo que hablo, lo sabe y no necesita más palabras; y quien no lo sepa, que se esfuerce y procure conocerlo con todas sus fuerzas y lo conocerá. Y… y ahora recibe un muy cálido abrazo por mi parte, querido… Recíbelo y perdóname, pues voy a mancillar mis discursos con la ignorancia de lo mundano y la ambición juvenil, en cuyas tierras aún me recreo llevado por la antigua costumbre de aspirar a más de lo que se debe cuando se es joven.

» Así, te digo: el anonimato es libertad, aprovéchalo mientras puedas, pero no te cobijes en él; da la cara y acepta las consecuencias de tener un nombre. Al fin y al cabo, un nombre es solo un nombre y nada dice de tu alma. O… ¿o sí? No lo sé. Da igual. No me hagas mucho caso. Me he perdido. Ahora mismo hablan las palabras en mi y no yo a través de ellas. Déjame volver. ¡Ay, adiós amado mío! Déjame salir.

» Sí. Pues eso. Tú reza, medita y mantén tu humildad intacta. Compártelo, compártelo todo. Da, da, y da. No te quedes nada. Todo lo que se quede dentro de ti se pudrirá. Sin público no hay juez, sin juez no hay veredicto, y sin veredicto no hay Verdad. Y con ello no quiero referirme a los estratos de la ley humana, sino a los de la Ley Suprema. Tanto más incomprensible se te antojarán las leyes seculares cuanto más sigas la Ley Suprema…

» Líbrate de lo prescindible y condensa tu naturaleza en lo mínimo necesario: el crecimiento no tiene porque ser acumulativo, puede ser reductivo. Y, o… o aprende a despojarte de todo lo que dependes y de adquirir lo prescindible sin corromper tu bienestar espiritual: la justicia es ciega y el equilibrio también.

» Y ¡abúrrete! Estáte en silencio y espera. Deja que las ideas empapen tu corazón silente. El aburrimiento, hoy en día, es una forma de rebelión. Si no te dejas arrastrar por las apariencias (porque en este mundo nada es lo que parece y todo es lo que no es), y aprendes a acceder al océano infinito de la imaginación… Todo te será dado. Tú reza, medita y calla. La verdad es concedida, no concebida. Solo quien se haga meritoria de ella la recibirá. Y la virtud es silenciosa y el vicio grita: aprovecho ahora que estoy pregonero para decirte todos los aforismos que llevo coleccionando durante un tiempo. No te sirvas de palabras para hablar: *laissez faire, mais jusque*…

» *Bah,* con esas reglas, es mejor no acabar las frases: sin decir nada lo digo todo y quien calla otorga. Sabelo: toda doctrina moral es alta refranería; por algo son tan populares y atemporales los refranes. Y como el asunto está todo dado de vuelta y es imposible sacarle jugo a la fruta sin desperdiciar la mitad de ésta, sábelo: a lo máximo a lo que puede aspirar un libro o una obra de arte es a estipular una doctrina moral que ayude a lidiar con la imperfección compositiva y la insuficiencia cognitiva inherentes a la existencia humana. A veces pienso que el fin de un libro debe ser el de enseñar a callar. Hablar y hablar y hablar y perderse en un laberinto de palabras para acabar dándose cuenta de que el laberinto no existe y uno es Ariadna, Minos, el Minotauro, Dédalo, Pasífae, Ícaro, el toro, Ovidio, sus lectores, las páginas y… en fin, *totes les coses i cap d'elles,* simultáneamente.

» Y el camino del medio, querido; el camino del medio. Un día me siento *así*, el otro *asá*; me puede pasar *esto* o me puede pasar *aquello otro*; yo siempre habito el centro, equidistante a todo acontecer. Que no te esclavice ni tu esperanza ni tu temor. Yo me pongo un cinturón para que el

pantalón no se me caiga y los pájaros también vuelan supeditados a las leyes de la gravedad. Toda virtud nace de la clarividencia y ésta solo vive en la ecuanimidad. Ni mucho ni muy poco. Ama al objeto tanto como al sueño. Si subes mucho quemarás el cielo y si bajas demasiado quemarás la tierra. Hay dos diablos y un centro. No hagas caso a tu extásis ni hagas caso a tu tristeza.

» Solo con el corazón calmo vislumbrarás el camino que te pertoca. Sé como los médicos antiguos y agudiza tu órgano intuitivo. Puedes practicar caminando por la calle, por ejemplo: cuando esta se bifurque, habrá un camino en el que manarán límpidas rosas y todo reposará en perfectos encajes, en el otro hervirá el rechinar de dientes, tu alma se quebrará en pedazos, y un ardor insoportable frotará la capa de tu piel. Hay caminos que sí, y caminos que no. Créeme cuando te digo que allá donde poses tus suelas, andas protegido por un ejército de ángeles que vela cada segundo de tu vida por tu bienestar. Tú hazles caso y da gracias. No olvides nunca el agradecimiento… Sé agradecido, muy agradecido… Cada noche, antes de irte a dormir, da gracias y muchas gracias a todo lo que te ha conducido por el camino correcto y te ha ayudado a elucidar el incorrecto. Todo en la tierra vive del gran sacrificio del que participó Cristo, y eso es un secreto a voces. Yo me sacrifico por alguien y alguien se sacrifica por… Todos nos sacrificamos los unos por los otros en un acto de amor infinito. Como un árbol con incontables ramificaciones, exacto. A ver, a ver… ¿qué más, qué más? *Hmm…*

» Ah, sí, por cierto… un pequeño inciso: ¿sabes cuál era el causante de todo mi sufrimiento? El orgullo. Y ese mismo orgullo me impedía reconocerlo. Cuando me veía incapaz de alcanzar las cotas que creía destinadas a mi talento, me entristecía, y cuando creía que mi talento no sería recompensado debidamente por los omniabarcantes tentáculos de la fama, lloraba. Tan triste era mi tristeza. Yo, el cobijado por los engranajes de pestañas movedizas, anduve ciego. Pero ya llegaremos a eso. ¿Por dónde

iba? Ah, sí… que tampoco te avergüences ni te arrepientas de nada. Arrepentirte es un acto egocéntrico e infértil.

» Solo quien se equivoca aprende. Sé sincero contigo mismo: no te engañes a ti mismo y no engañarás al mundo. Mentir es muy cansado, créeme. Solo quién se traiciona a si mismo acaba siendo un traidor. Coloquia con tu buen ángel y descubre tus defectos a la luz del día. Dejarte en ridículo a ti mismo es más noble que dejar en ridículo a los demás. Además, la gente que no dice la verdad, apesta y su mentira se huele a millas. Tú di siempre la Verdad, a los demás y a ti mismo, y no te comprometas innecesariamente. La palabra más fácil de mantener es la que no se da. Si hay algo que no puedes hacer, no digas que puedes. Si hay algo que no sabes, no hagas ver que lo sabes. La sinceridad es la llave que abre las puertas del cielo. Las habitaciones que se abren a través de la mentira no vale la pena visitarlas.

» Y, por favor, no pases tiempo con el móvil. Ese aparato coge más de ti que lo que coges tú de él. No te entregues a la pereza, a la gula, a la avaricia o al orgullo o… No. Ningún pecado satisface, ningún pecado sacia. ¿Qué te voy a decir? ¡La doctrina ha sido escrita veinte mil millones de veces! La Verdad es solo una y la forma de expresarla, múltiple. Estudia los textos y aprende. Sabe que esta es *la* doctrina y no *mi* doctrina.

» Eso, no te entregues a ningún pecado. Verás que te seducen con sinuosas y siseantes armonías; no hagas caso. Su felicidad es tan superflua como su promesa. Tú ansía la llegada del día en que revisites el vicio para rememorar su sabor y reafirmarte en la virtud, no como ahora en que acudes a él por temor a la virtud, como un niño pequeño al que le da miedo salir de casa. Cuando habites en el vicio, irás de lado a lado y de adicción en adicción. Haz todos los días dos o tres cosas que no te apetezcan; así ejercitarás la fuerza de voluntad y vivirás la vida que decidas tú y no las que dicten tus circunstancias o tu temperamento. ¡Todo sirve! Desde lavar un plato a sonreír a quien no lo merece. Sea la libertad la única meta a la que tu

corazón aspire. El verdadero poder viene de no sentirse esclavo de nadie ni de nada.

» Di la Verdad y solo la Verdad. Di la Verdad y solo la Verdad. Abre solo la boca cuando el corazón lata en tus labios y tu alma la presida. No busques ninguna coronación humana. Busca lo eterno y no lo inmortal. La fama es ilusoria y, lo único que alcanza la inmortalidad es un reflejo parcial y pobre de tu alma. Además, cuando el mundo aclame tu nombre ya habrá nacido quien te destrone. Y recuerda que la grandeza de una obra reside en sus silencios: dice más por lo que calla que por lo que dice; así que no te vuelvas loco intentando decirlo todo, mi amor: es imposible.

» Y… y bueno querido, que quien es el hombre más famoso de un país entero, en otro es un desconocido forastero, y aunque fueras famoso en el mundo entero, el planeta Tierra es una partícula pequeñísima dentro de la magnitud del Universo… Y aún así, aún así… Aún así te afanas y peleas por hacer que suene tu nombre entre los hombres, como si no fuera gracioso que un ratón se enorgulleciera de haber conseguido la fama entre ratones…

» En fin, qué te voy a contar… Que la riqueza no da libertad de espíritu, los reinos no dan poder, la fama no da gloria, y los placeres no dan felicidad. El único Poder indiscutible reside en bastarse a si mismo. Lee El consuelo de la filosofía de Boecio. En ese divino y amable librito hallarás todo lo que necesites saber sobre el alma humana y los caminos rectos de la virtud. En este no hallarás nada más que los registros de una alma joven y agitada, perturbada por sinsentidos y ofuscada por su vanidad. Si puede serviros de algo mi libro, que al menos sea para conduciros a lecturas más provechosas y nutritivas que esta, que edifiquen y cohesionen y no dispersen y destruyan.

» Pero bueno, bueno…, sigamos ahora con mi discurso que yo también (sí, yo también, tristemente —o no, mejor dicho, yo no, sino la sombra de mi mismo que quiere proyectarse sobre los hombres) tengo fines que realizar. Pues… pues eso. Sigo. Ahora te diría, como si yo no pecara de lo mismo que a ti te impido caramente, que dirijas tu imaginación y tu

pensamiento. Yo aún estoy en ello, ya me ves. Aún divago entre sombras porque mi alma es débil y asustadiza. Tú intenta pensar y no ser pensado. Piensa y piensa y piensa, y cuando estés cansado, piensa aún más. Solo mediante un pensar vivo puede vislumbrarse un atisbo de libertad. Pero, por favor, sabe también lo que haces. No olvides de beber agua cuando bebes agua y masticar cuando masticas y caminar cuando caminas; que tu pensar no enmudezca el mundo. Domestica tu mente como quien doma a un perro o educa un hijo. Descubre su infinito potencial y ejercítala con un fin.

» Y sí; la imaginación es el arma más poderosa que el hombre tiene a su disposición, pero tampoco te olvides de hacer; he ahí la verdadera inteligencia. Ideas de palacio las tiene cualquiera, pero ¿dónde está el palacio si no se construye? Además, las ideas que tú no materialices, se quedan por allí volando hasta que las coge otro y lo hace por ti y, aunque eso no debiera preocuparte… En fin, a lo que iba, que el hacerte humano debe ayudarte a eso. No te pierdas en tu imaginación y halles vida solo lejos de la vida: materializa la idea y haz carne la palabra. Con ello, restaurarás el equilibrio; sino, te caerás. Recuerda: a ambos lados de la cuerda hay abismos.

» Húndete en lo humano pero nunca olvides tu cielo. No dejes que la costumbre y el hábito te centrifuguen hasta caer en la desidia y la ceguera. Esa es la gran tragedia: tener a Dios delante y no poder verlo. Es la obligación moral de todo hombre transcender ese estado de pasividad y otorgarle a cada momento la divinidad que le corresponde mediante la voluntad. Pronuncia cada letra plenamente consciente. Cada segundo nace y muere un universo: en cada grano de arena hay una galaxia.

» No te resultará difícil si sabes que el hombre es una máquina construida por la costumbre: si hubiera llovido toda la historia, la gente se resguardaría del Sol, y si se hubiera alimentado de arañas toda la vida, le parecerían a este un manjar delicioso. Utilízalo a tu favor. Curte la piel lo suficiente y podrás caminar descalzo. Labra tu soledad para que de buenos frutos. Solo en los camerinos el actor es capaz de mejorar su papel y solo

quien siembra recoge y solo quien al bien se afana ha su compañía. Je, je… Un beso.

» Aunque te mezcles con la turba, no pierdas tu pureza. Contamínate lo menos posible. Nunca prescindas del todo de tu soledad: debe ser ella tu guía y consejera. Y además, si quieres realmente ayudar al mundo, deberás alejarte de este. Solo los solitarios innnovan. Un mundo que se repite solo lo que ya sabe no avanza; y solamente en soledad, escindido del cuerpo social, es uno capaz de emanciparse de la voz generalizada y subir un escalón más. Aún así, no te olvides nunca de volver al mundo con lo descubierto, claro… Convertir los escalones del espíritu en los escalones del mundo, hacer del estado moral el estado natural, ¿qué fin hay sino ese?

» Combina tu parte humana (la horizontal, el hacer, del corazón al mundo y viceversa) con tu parte divina (la vertical, el pensar, del estómago a la cabeza y viceversa); no te olvides de ningún mundo cuando te adentres en el otro, ambos se necesitan y se complementan: sin Dios no hay hombre y sin hombre no hay Dios. Ah, y, por cierto, no te extrañes con que aún hable de Dios: siempre que al hombre le falten cosas por conocer, Dios existirá. Si en algún momento llega a conocerlo todo, ya será Dios y poco le importarán las formulaciones humanas sobre… sobre lo que sea. Y que no te ahuyente mi misticismo, no… ¡poco (o nada) profundo se llega atado al corcho del materialismo!

» Si hace falta, ves armado y con escudo para que nada ni nadie se infiltre en ti sin tu permiso. Bautízate en fuego antes de salir de casa cada mañana, allá fuera hay mucha guerra. Y si el mundo viene a tomarte por la fuerza para hacerte rey, huye al monte: todo lo humano perece y lo divino solo lo hallarás en soledad.

» ¿Sabes aquello de que quien ama a Dios no espera que Dios lo ame? Pues eso. Solo un necio espera del cosmos la aplicación de los mismos principios de la justicia humana. La justicia humana, de hecho, es la antítesis de la justicia divina; busca contrarrestar la voluntad de la diosa fortuna mediante legislaciones y regulaciones en las que el desdichado

pueda hallar amparo cuando… Mejor no lo digo. Solo te diré esto: que no te engañen esos libros. Somos todos peones de Dios. Tique manda y nosotros obedecemos; nadie puede huir de su destino: mira a Jonás, Edipo, o Rapunzel…

» Y no busques respuestas en el puto móvil. El mejor Google eres tú mismo. Saca tú mismo las debidas conclusiones de los asuntos que te interesan y no externalices tu introspección. No consumas contenido que te de la razón. Que tu perfil de consumo sea lo más variado y ecléctico posible. Ser impredecible es, hoy en día, ser libre. No utilices la cultura como bastón; todo aquello es volátil y perecedero. Busca las respuestas en tu interior y encontrarás verdades férreas e imperecederas.

» Y… ¿qué? ¿Te estoy volviendo un poco loco, no? ¡Ay! Esque si ralentizo el ritmo, pierdo el equilibrio, mi amor… Conducir rápido acentúa la necesidad de hacerlo muy conscientemente. Yo tampoco sé nada y ayudándote me encuentro. Solo hablando se da cuenta uno de si la creencia se alínea con su espíritu. (¡Y cuántas encuentro en mi discurso que me descentran, cuántas! Por eso: ¡gracias, querido espejo, gracias!) En el pensamiento, ¡todo está bien! Solo en el acto se conoce el mal.

» Al respecto te digo: utiliza tu maldad. Solo un hombre sin escrúpulos puede ser valiente. Convierte tu malicia en seducción, si quieres, y así tu obra podrá reflejar las virtudes que privas al acto y resguardas en tu alma. Muchas veces, como ya he dicho, el odio es la forma de amor más elevada. Cuando el amor alcanza las cúspides de su pureza, está muy, muy cerca de convertirse en el odio más profundo que pueda concebirse y viceversa. ¿Quién no odiaría lo imperfecto conociendo lo perfecto?

» Y con tus ojos en sangre, y tu corazón de piedra… harás chocar los paralelos y te erguirás mago del siglo ciego: ¡sin mi no hay nada ni nadie! gritarás. Y te sabrás tanto mejor que todos ellos que te hundirás a ti mismo en las más lóbregas cavernas de la miseria humana. Ebrio de resentimiento por no entender la fiesta y los bailes, te reirás de su inconsciencia y querrás aniquilarlos a todos y destrozar el universo entero. Y… y lo querrás hacer

por lo profundo del Amor que les profesas, sí… ¡claro que sí! Cuanto más poderoso sea tu odio, más puro será tu amor…

» Pero tú… tú olvídate de todo eso. Y no endurezcas en exceso tu corazón. Manténlo cobijado entre verjas de divinos ornatos pero no te creas que está hecho de alambre. Por tu odio no te preocupes…, veo en ti cualidades brillantes y cuando riegues debidamente tu espíritu, este florecerá hasta convertirse en la más amable y bella flor. Tu futuro no se me aparece opaco. El odio que albergas es fruto de la incomprensión que te produce la mundaneidad de las labores humanas: es el desdén de los santos. Tú, latoso como pocos e imbécil como muchos, morador de morales y vituallador de corazones, serás pastor de hombres y tu labor consistirá en acercarlos a la luz. Tu espíritu será *magister ludi*, lo veo en tus ojos… Y tus ojos lo ven cuando admiran lo que no se ve en las noches en que no se habla.

» Un gran poder conlleva una gran responsabilidad, así que medita y lucha por hacer que la luz domine siempre y no te dejes hundir por la oscuridad y las tinieblas; tú no dejes de meditar y todo irá bien; lo importante es que sepas que hay un mundo en el que estás siempre a salvo y te sientes siempre como en casa; además, andas protegido por ángeles, así que tú persevera y el camino te será facilitado. Pase lo que pase, no lo olvides: hay Paz, hay Belleza, y hay Verdad.

» ¡Mira, mira! Un pegote de azúcar y miel… Mira a ese joven mancebo de vigoroso porte y gallarda figura… ¿A que sí? ¿A que lo ves? Ah… Dice:

»—Yo os recomiendo caramente que viváis en el bien. El alma languidece y el espíritu vaga por inhóspitas tierras cuando se entrega a la maldad. ¿Quien quiere vivir en un desierto eterno donde te persigue la sed y el odio carcome la luz cuando existe un mar de eterno fruto? Siempre sediento y nunca pleno… En la virtud, en cambio, todo dolor es dichoso y escucháis los pasos del Espíritu guiando los vuestros…"

» ¡Cómo me gustaría creer que sus articulaciones no las mueve la soberbia! Pero soy escéptico como ninguno y sus párpados entrecerrados

disparan mis alarmas… *¡Bah!* ¿Qué sabré yo de nada, no? Da igual. ¡Mira! Ahí viene otro. Se acerca el filósofo de turno a hablarnos de la relatividad del bien y el mal. Yo le digo, ebrio de ignorancia y orgulloso de mi ingenuidad, que el mal no es relativo, imbécil y que quien lo ha ejercido lo sabe. ¡Y, y, y…!, ¡sea yo un necio por conocer el mal solo cuando lo ejerzo! ¿Qué me importa a mi lo que la gente piense? Si he de ser el perdedor y el rezagado…, si he de ser el último en pillar la broma, *so be it*; no tengo ningún problema con ello. (Solo para aclararlo y que no me inculpen de entrelazar piedras…: *obviamente,* me importa mucho lo que la gente piense, si no, no presumiría de lo contrario ni estaría aclarando esto.)

» Pero bueno, que después, después… después se abrió el libro por la mitad y me encontré a una chica que me decía que *the better you lie, the more truth you're given* y que yo era un infame tramposo que jugaba a dos bandas y detrás de la pantalla de *leds* se asomaban las sombras de una reja y miles de minúsculos funcionarios que trabajaban día y noche para subirla y que la gente pudiera pasear por dentro de la tienda y que hacía ver que no sabía que con mi dedo legitimaba estructuras organizativas cimentadas en mallas de dominación patriarcal profundamente arraigadas en esqueletos de gente que llevaba chaquetas que les quedaban mal y que yo, fétido embrión repleto de sarro, no me había preguntado para qué hacía lo qué hacía y que habría que ver cómo y de qué forma se disponían dichas fuerzas y qué papel jugaba cada una en su supuestamente preveída y deseada conjunción porque un maniquí siempre mira por encima del hombro al espectador y de que aquel hombre con la cabeza pequeña y el cuerpo grande fumaba sentado en su terraza y de cómo aquella silueta era ilustrativa del hecho de que Sócrates fuera la cúspide de la filosofía occidental y dudara de todo y vagara de lado a lado como un vagabundo errante y de que ella solo creía en Hegel porque decía que Dios era inalcanzable o algo así y después empezó a chillar sobre Félix y el sustituto de Félix y de que no podía fiarse de nadie que no expusiera, como Félix, con total tranquilidad dónde comía todos los domingos y con quién y de qué forma se vestía para ello y de las carencias

afectivas de su novio debidas a la muerte prematura de su padre y de cómo "dar la brasa" era una metáfora cargada de connotaciones políticas por las sustracciones derivadas de su transmutación espagírica y sobre la palingénesis crística occidental como doctrina facilitadora de la perversión plástica dada en cualquier acto representativo y sus dogmáticas habitaciones que disfrazaban con chupa de cuero y tejanos el mal gusto inherente de todos los artistas, y etc. Después siguió hablando de cómo la mayoría se dedicaban a arrastrar multitudes a la podredumbre espiritual y la más inconcebible miseria humana y consolar y normalizar las atrocidades cometidas en un pasado muy lejano y empezó a llorar delante mío diciendo que aún creía que un día era un día y que no podía despegarse de la adicción a las palabras que le habían inculcado en la universidad y que le hacía sufrir estrés post-traumático durante varias semanas si accidentalmente se topaba con un Din-A4 blanco y me siguió hablando de cosas oídas y no vividas. Y yo… Yo probablemente he añadido algunas cosas y todo esto no se asemeja en absoluto a lo que en realidad me dijo pero o puedo hacer nada porque cuando hablo del mundo estoy hablando de mi mismo y quien diga lo contrario, simplemente miente. Y ya está. Este ha sido mi Éxodo.

» ¿Veis a lo que me refiero? ¿Veis en lo que me convierto cuando me relaciono con el mundo? En un monstruo, un monstruo… Nada hay más lejos de mi mismo que mi yo mundano. Nada. Pierdo mi voz e intento justificarme ante diez mil millones de opiniones disonantes y diferentes, y cuando me he ganado los favores de una, pierdo los de otra. El mundo no es para mi; no sé si es porque mi piel es muy sensible o porque mis ojos pintan demasiado desagradable al mundo… pero no es para mi. ¡Solo mirad en qué tortuosos laberintos me pierdo cuando intento adecuarme a él! Sois testigos. Todo este libro es una pugna entre mi yo mundano y mi yo espiritual. Y yo… yo me iré a la montaña. Lo siento. Sí. Me decanto. Sé que va contra los canones pero… soy débil y mi alma necesita aire. Me sabe mal, de verdad… pero esque todo esto no es para mi, no… Dejaré que otros se

dediquen a las labores del mundo. Seguro que lo hacen mejor que yo. A cada uno le toca lo que le toca. Un abrazo.

» ¡Oh, oh! No me miréis así, señoría, no me miréis así… Sabéis perfectamente que el panel en el que anuncian prados verdes huele a desinfectante y mi esqueleto se ha visto reducido a sus más estrechos núcleos. ¡No me miréis así! ¿Quieres la pala? ¡Ten! Pero cava, no metas palazos, por favor. *Fem dels instruments eines d'amor i no de guerra, si us plau*. Una suave brisa será suficiente para hacernos desvanecer si no lo hacemos, creedme. ¿Con quién habla, atestado?

» (Sospecho, por cierto, que el mundo y las labores del mundo solo se mantienen en vigor y movimiento debido a la inconsciencia y la rapidez con que se suceden unas a otras. Si el sujeto factor o el sujeto espectador se detuvieran un segundo a reflexionar sobre lo que están consumiendo y lo que están pensando y… se separaran, básicamente, del ruido constante que puebla sus lindas cabecitas, se darían cuenta de que se están dejando mover por sombras como hojas al viento.)

» Yo… Yo… Yo… Sombras que dibujan sombras movidas por sombras y… Yo, yo, yo, yo que, lamentable o afortunadamente, tengo el zorro dentro de mi y mi soberbia no me permite ser humillado tan desoladoramente, le dije que cuidara más sus intenciones porque los ojos solo ven lo que el corazón dicta y que se estaba fijando demasiado en el dedo y perdiéndose la Luna y seguí exculpándome a mi mismo con muy variopintos testimonios como: 1) la presentación de una de esas puertas que se utilizan en las obras de teatro pero sin puerta, de forma que quedara solo el marco; 2) una foto de mi espíritu embebeciéndose de los frutos del Árbol de la Vida e ignorando abiertamente el Árbol de la Ciencia, desnudo e impudoroso, feliz e ignorante; 3) un cuervo que se transformó en gaviota y una rata que se transformó en león junto a una explicación de que el león en el que había sido transformado la rata era, extrañamente y para mi sorpresa, muy similar a un león blanco que vi agazapado sobre un árbol de manzanas de oro en lo alto de un precipicio costero y que el cuervo parecía querer resaltar su

necesaria condición de cuervo para haber podido ser posteriormente transformado en la ave de los puertos, y 4) las notas que documentaban el proceso de elaboración de este mismo discurso que ahora estoy pronunciando ante vosotros en sus episodios incipientes, donde la mentira en su flagrante descomposición era abierta en canal para mostrar sus más repugnantes secretos como la frase: "Si el adiós no existe, entonces los maniquís tampoco", y unas farolas que se apagaban a mi paso, y un sistema de riegos que excedía su perímetro necesario e inundaba las aceras, y la silueta de una mujer esculpida resbalando entre las sombras de un bosque, y el recuerdo subrayado con rotulador fluorescente que me instaba a decir a quien fuera que me estuviera escuchando en aquel momento que "la belleza está en los ojos de quien mira"; "deja a los tontos pensar en cosas de tontos;" y "no apartes las cicatrices porque solo en su hondura reside la luz celestial y sin muerte no hay resurrección".

» —¡Y así funcionan los grandes estafadores!—, dice alguien desde la penumbra—; se postulan a si mismos como los más óptimos proveedores de los servicios necesarios para el mejor desarrollo de una empresa dada sobreestimando sus capacidades para hacerlo y ofreciendo métodos infalibles y utilizando jerga exclusiva de la disciplina que pretenden estimular lo suficientemente vaga y genérica para agrandar su… Sin que ello evite pequeñas concreciones muy específicas que…

» Y ya está. Me he cansado y ahora solo me encojo en una esquina. Ya no quiero más. Creo que voy a dejar que siga el otro. No quiero más. Esta culpa… esta libertad es demasiado pesada para mi pobre espíritu. Porque sí, sí… ¡Adiós, adiós mundo! Me voy al orgasmo eterno de la mente pura. ¿Esque no lo sabes todavía? ¡Yo vivo desdoblado! Yo no soy el otro, ni soy el uno, yo soy *los dos*…

» Una parte de mi me obliga a decirte que la suficiencia es demoníaca; la otra parte quiere impedirte construir una Torre de Babel… ¡Mira que boca más grande! Cuando me preguntan si veo a los demás como compañeros o contrincantes… *Glitch*, brujerío, y canto bulerías. *Mask off, mask on, fuck it*

I can't catch a case. ¡Despréndase fácil la rama de oro! *¿What's wrong with taking the back street? I pray I make it back in one piece. Take my breath!* ¡A arder! *¡Get crazy with the cheese wiz!* Porque… porque mi señor tarda en venir y… ¡Ah! Tú eras la droga de la que mami me hablaba… Y… "Utilice la máscara de oxígeno en caso de pérdida de presión en cabina…" *If I don't burn I can't go back to my world*… ¿sabes? ¡Claro que sí! *Fallen angel*, perfecto. Ya está aquí. *I see him make his way through the crowd and say hello, you fool, I love you*… Mi columna ya no está torcida.

» Las puertas están abiertas, pasa la mano a través de la cortina. Pedro está de vacaciones y ¿pudiendo ser un dios, para qué vas a conformarte siendo un hombre? Despierta. Ah… Tócala, tócala… Tan bien recuerdo cuando me decían: "No te duermas, querido, hay serpientes", y yo, el andrajoso Sol, invocaba a la pérfida Alecto para que inoculara en mis venas sus quiméricas imágenes y pudiera al fin olvidarme de mi mismo.

» Querido, sabelo: bailando desaparezco y gritando callo. Pero… ¡pero esto lo dice mi nuca! Eso ahora da igual, mis pies son mi cabeza, soy un tótem atrofiado de mi sombra, y tengo de ángel lo que tengo de demonio y mi alma no se… Candela. Así que sí. *Easy*. ¡Ah! Olvídate, ¡olvídate!; olvídate del bien y el mal. Conceptos…, solo eso, ¡conceptos! Cuentos, nada más, cuentos… Jesucristo es el diablo y el diablo es Jesucristo.

» ¡Ah, cuidado, cuidado!; por ahí viene el hado ¡Ya lo veo! ¡Soy yo! ¡Es otro! Ah, Amor…, el obstáculo es la puerta. ¡Persa! ¡Querido! ¡No! No te espantes. Sí, ya veo que te llevas las manos a la cabeza, pero ¡escúchame tú!, estrépito cumbiero, sin vicio no hay virtud y sin oscuridad no hay luz. La voz que te condena es la voz que te salva. ¿Y el enchufe? Puedo decir todo, pero no puedo decirlo todo… ¿Por qué, por qué? Mi sed es venenosa. Hay un *glitch* en el lenguaje y en su mismo seno contiene su potencial detonante. Como… ¿Como Saturno? ¡Saturno, exacto!

» Y solo para que reine la luz definitivamente, está claro… Y bailé con zapatillas de hierro incandescente hasta que caí muerto… eso hice. Hay que limpiar, limpiar… Y ese mito aún está por escribirse, ¡eso digo yo! ¡Y ellos!

Nuestra mitología está incompleta… Falta el mito definitivo, el mito inconfesable… ¡Ah! El… ¿Por qué existe la palabra indecible? Ay… Fumo cigarros para respirar mejor y ando con la mirada perdida en la burda tierra… Hay una brecha en la gruesa muralla y a través de su resquicio penetra la mugre… Ahora entiendo mi dialéctica…: si Dios existe, existe el deber; y si Dios no existe, no existe el deber y realmente *puedo* matar. ¿Y no es el poder un deber? ¿Cómo sino, se conoce la naturaleza de la libertad? Ahá… ¿Sabes para qué sirven las cejas, por cierto? Las líneas no existen.

» Pero, pero… ¡Ay, ay! Salto difuso entre pensamientos vagos… Mi sed es venenosa… Vivo la vida agitada de la que me advertían los sabios… Ay, ay… ¿Y es que todo esto no está diseñado así a drede? ¿De quién es fruto la semilla que apunta a la trascendencia de lo cognoscible? Eh… ¿De Dios o el demonio? ¿Por qué siento que está todo mal hecho? ¡Malvada! Déjame responder a mi, déjame responder a mi… Mi sed es venenosa…

» ¿Quién crees que sostiene la piedra angular de las vueltas que saltan a los pies del castillo, eh? ¿Quién crees que hace brotar las flores con inconcebible dolor? ¿Acaso crees que la primavera es fruto del Amor? Y, y… ¿y qué me dices de esa diabla distancia que nos separa y hace que, cada vez que nos queramos, tengamos que recorrerla a cuatro patas y sudando, maldiciéndonos a nosotros mismos, al otro, al mundo, y a todas las cosas?

» ¡Ah…! Yo no digo nada, prefiero no decir nada… Siempre es mejor no elegir que elegir mal. O vives en la incertidumbre, o vives en la mentira. *Let's be undeci-*… Quizás son los ángeles, quizás los demonios… ¿Escuchas la fuga del órgano? Quizás, quizás, quizás… O eso, o *whores in my head*. ¡Eso! ¡Y el gato está muerto y vivo a la vez! *¡Woohoo!* A veces la hoz y otras el cayado y… y… ¡Y hablar es de idiotas! Somos buenos y malos a la vez; eso es. Mira y verás; escucha y oirás. La verdad te está esperando. Tos, tos, tos…

» Y… y… y sí, ahora que he acabado mi perorata de fotos antiguas, proseguiré explicándote esas formas… esas formas que me son tan comunes pero tan desconocidas… Esas, sí, esas…

—48—

Explicaba que, minutos antes del acontecimiento, se había despertado repentinamente en mitad de la noche y había sentido la necesidad de ir a buscar el amuleto de una Virgen que, de alguna forma, estaba relacionado con mi madre. Lo buscó y lo limpió y cuando había acabado de limpiarlo recibió la llamada que confirmaba que su hermana había fallecido. Todo se disipó y en el mundo entero solo quedó el amuleto.

Ángeles, ¡ángeles! Tenían que haber sido ellos. No cabía otra explicación. Claro, ¡claro! *Emm*… No, no; es mejor no sacar conclusiones de lo que no me compete porque… ¡Basta! Al recuerdo. Yo escuché la historia sin interés y, en cuanto pude, me marché de aquella sala metabolizadora de decadencia y degradación. Había que… La historia apuntaba más alto… Pero yo no quería ir más alto. Hundirme en la espesa materia es lo que quería, sí…; sentir como mi amor se caducaba y todo se volvía negro. Sí. Viva, viva…

Me fui con los niños, que siempre son más listos que los hombres, e intenté vivir con ellos. (Esto es, claro está, hasta que la demoníaca escuela les obliga a saber y distinguir… Entonces se convierten en verdaderos imbéciles: los mejores portavoces de la indolente y fanática ignorancia; en receptáculos ideológicos de sus padres y su cultura). Ay, mundo amado, ¿no te avergüenzas de pasear tan excéntricamente ataviado?

Después, cuando llegan a la edad adulta, son una mezcla indiscernible entre trigo y oro. Los dos… Siempre y cuando duden, claro; porque hay mucha gente que ni se molesta y prefieren quedarse en su amada cámara de eco; donde *los otros* están equivocados y *ellos* tienen razón… Claro, claro…

Pero qué sé yo, qué sé yo… ¿Quién me habrá mandado a mi volver a filosofar? No me hagáis caso, no…, soy solo un imbécil más. *Oh, self burn!*

Those are rare… Not on my watch, honey, not on my watch. En mi defensa, al menos soy un necio que sabe que es necio; eso digo yo. Esa es mi capa y mi espada y nadie podrá decirme nada si yo me lo digo antes a mi. Je, je, qué bonito es repetir el mismo guión una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez…

En fin, que me fui con los niños porque ellos molan y yo les molo a ellos. Me reconocen como uno de los suyos, *issa vibe, bro, don't panic*. Estaban jugando al móvil. Luchaban por equipos y tenían que matar a los contrincantes. Ay, ay… que Dios bendiga América. ¡Magra capa la de los toreros!

—Hemos de matar a los malos; ¡hemos de matar a los malos! —gritaban.

Yo me fumé un cigarro, sordísimo a la voz del amor. Se veía la calle desde la terraza. En ella circulaban millones de coches. Millones de coches que no sabían nada de mi, de mi madre, o de las guerras que se estaban librando en esta parte del mundo. Y ay, los nenes… Ay. ¿Qué será de los nenes? Yo los amaba demasiado para dejarlos morir en aquella futil contienda. Y quise ayudarlos, sí… quise ayudarlos pero estaba demasiado ocupado destruyéndome a mi mismo, así que me vi incapaz, los ignoré y volví a dentro.

Durante un microsegundo, me imaginé que me sentaría a su lado y tamborilearía el ritmo predilecto a mi corazón en el banco (un, dos, tres; un, dos, tres; un, dos…), ellos terminarían por unirse y acabaríamos protagonizando una escena que interesaría a cualquier antropólogo y romperíamos todos los cajones y no nos encontraríamos regalos en la calle, pero no lo hice y entré cabizbajo al tanatorio.

—Tío, pero ¿cómo vas a pedir que te den *x* millones por Messi? ¿Tú sabes la cantidad de dinero que ha dado al club en los últimos quince años? Es que no es un problema económico, tío, ese es el problema… La junta directiva de ahora ve al Barça como una empresa que rentabilizar, y no va así. Messi es el mejor jugador de la historia del fútbol; ha crecido en la

cantera; ¡lleva toda su vida en el Barça…! Messi representa mucho más, mucho más que un simple *jugador*… Y si se quiere ir porque el presidente es un inepto… Bueno, pues tiene todo el derecho a irse.

Bien; todo seguía su ritmo. Messi vivía en este mundo, Messi existía. Sí, ese era el drama del momento y las panaderías están abiertas. Messi había anunciado que quería irse. Estaba todo muy bien y todo seguía en sus cabales. Gracias a Dios, al arcoiris solo se llega después de haber jugado a la rayuela.

—Tío, Messi ha anunciado con un *burofax* enviado desde su yate de Ibiza porque no quería interrumpir sus sagradas vacaciones. Eso es inaceptable. Se ha creído el rey del mundo durante todo este tiempo… No tiene razón, lo siento. Hemos mantenido a jugadores que deberíamos haber retirado hace mucho tiempo, solo para mantener al señorito contento. Hemos tenido que montar un equipo alrededor suyo…

» No hay derecho, hombre, no hay derecho. A parte, que no estás viendo *the bigger picture*… Yo entiendo que Messi es el mejor jugador del mundo y de toda la historia, pero no por eso hay que dejar que se vaya gratis. Y más con la deuda que tiene un club como el Barça. No se puede, hombre. Es perfectamente comprensible que no dejen que se vaya gratis. No tiene ni pies ni cabeza.

Siguieron discutiendo. Era hora de ir al baño. Sí… Fui al baño y blablablá; pasaron más cosas que no recuerdo muy bien y llegó la misa. No quiero entrar mucho en detalles porque ese no es mi campo y así, haciendo un esbozo general del asunto, no revelo mi ignorancia sobre el caso, pero me gustaría destacar dos cosas.

En primer lugar, la risa (que, hasta entonces, afortunadamente, el hastío había mantenido a raya) que me causó ver a dos hombres, uno frente al piano y otro con un violín, a la izquierda del altar y con trajes negros y gafas. Me hizo gracia pensar que este fuera su día a día y asumí que sí, *for the memes and the poetry*.

Uno parecía pensar en comer y el otro había logrado, tras años de práctica, adoptar un semblante triste sin que pareciera invasivo o fingido (cosa que hubiera sido aún más graciosa pero que no tiene cabida en esta novela seria), siendo éste en todo momento adecuado, en armónica consecuencia con el lugar en el que trabajaba y los deberes que éste implicaba, véase: comedimiento y discreción, y, a pesar de que lo lúgubre y desatinado de aquel trabajo fuese, para muchos espíritus de naturaleza débil, excesivo, no lo era para él, que con vigor y gravedad, había conseguido…

Me aburro. A lo siguiente.

En segundo lugar, la cantidad de inconsistencias que se vislumbraban en el discurso del cura eran tantas que me daban vergüenza hasta mi, que sé muy poco (o nada) de lógica. Ahí va un *lifehack*: si eres conceptualmente incoherente, acéptalo. Al aceptarlo te conviertes en una persona inmensamente coherente y puedes hacerle la trece catorce al que busque aniquilarte. En el fondo… Da igual; quien tenga oídos que oiga. La coherencia es esclavitud. Sigamos.

¿Sabíais que se estaba gestando la gran aventura y la época gloriosa con la novedosa escena que se estaba desarrollando en nuestro país y… vamos: la historia de la movida, la historia de la movida? ¿Cómo te quedas? ¿Y esa que va por ahí creyéndose reina de la plaza? ¿Y de verdad es tan importante la plaza? ¿Por qué la gente se cree que la plaza es el mundo? ¿Por qué a la gente no parece importarle que hayan tantas plazas en el mundo? Da igual. Hoy no veo nada. Me voy.

Yo, cada vez que el cura suministraba sentencias del Señor me reía porque siempre había tenido la mala costumbre de apodarme a mi mismo como señor, sin haber tratado, Dios me perdone, de equipararme a Él. Tuve miedo de desmayarme y… Llevaba mucho tiempo sintiendo muchas cosas y comiendo muy pocas. Quizá me caigo. Me sentía débil y no creía tener los pies bien anclados.

Después me acometió una oleada de culpa. Me vi desde fuera y me reconocí invidente. Me di mucha pena y me sentí muy feo. Estaba

demasiado ensimismado para ver lo que ocurría delante mío. Estaba rodeado de nubes. Un asco asqueroso me hizo sentir como demasiado míos mis gestos. Ese ademán, ese gesto, esa forma de reclinar el pie en esa baldosa.

Ah, cuán yo era yo…

Además, ¡estaba en misa! ¡Cómo podía estar pensando en estas cosas! Dios mío, ¡Dios mío! ¿Por qué me abandonas? Ay… ¡ay! ¿De quién es todo esto? Tos, tos, tos… Si todo aquello era verdad, yo iba a arder en el infierno, desde luego. Si Dios realmente acababa de presentarse ante nosotros para adentrarse en aquel pan y aquel vino y yo me lo había perdido por estar pensando en… qué sé yo qué cosas… ¡No, no, no! *Gah*…

Me encontraba muy mal. ¿Por qué estaba tan irremediablemente enfermo? Mi madre se había muerto y no había llorado. ¿Qué clase de hombre soy? Mis hermanos, mis familiares: la gente que me había rodeado desde que yo era un bebé… Estaban allí todos, en esa habitación, y yo… yo solo pensaba en… ¿en qué pensaba? ¿Por qué había tanto humo? Solo, solo, solo… solo pensaba en…

Había algo en mi, seguro…; algo en mi que no funcionaba bien. ¿Por qué no podía ser como ellos? Había mucha arena en todos lados… ¿Por qué no podía disfrutar de aquella emotiva ceremonia como era debido? ¿Y adaptarse? ¿Por qué no dejarme embriagar por la tristeza que sucumbía a la gente normal? ¿Por qué? ¿Por qué no podía ser como ellos? Sentí babosas en la garganta y alambre en el estómago.

El cura leyó los grandísimos nombres de mis familiares acercándose mucho al papel y habló de la grandísima persona que había sido mi madre y de la aún más grandísima persona que era Dios. A mi me dolía mucho la cabeza y tenía retortijones por todo el cuerpo. Un gusano con gastroenteritis y bambas sucias y tenedor luxado y aguapié hediondo y unicornio mamiforme y… Empezaba a estar muy nervioso y me costaba respirar.

Busqué una salida disimuladamente pero todo el mundo estaba mirando hacia delante y una persona que mira hacia atrás en un bosque de cabezas

que miran hacia delante llama mucho la atención. Era imposible irse sin montar una escena y yo no quería montar una escena; no.

Llegó la hora de comulgar y yo, de lo nervioso que estaba, rehúse sentarme y me quedé de pie: estaba permitido, había gente que se quedaba de pie y… una hoja de papel se transformó, por arte de magia, en una complejísima estructura de criptas y arquitrabes y muchas cosas más de las cuales desconozco el nombre porque mi cabecita hoy es como un calzoncillo mojado del cual solo pueden crecer hongos y dictaduras.

Al rato, me vi obligado a unirme a la cola para no ser el único que estuviera de pie. Me puse el último y esperé mi turno. Iba a comulgar, estaba decidido. El omnipotente destino había decidido por mi… No podía soportar más el *ping pong* y… esta… esta debía ser la puerta al cielo. Quería abrir la ventana. Y… y para entrar en el cielo había que hacer cola, parecía. Ya me lo dijeron una vez. No. Basta ya de bromas. Todo se había acabado. Todo el sufrimiento me abandonaría con el rito.

Sí, sí. Ya había tenido suficiente. Iba a entregarme a Dios. Eso era. Ya está. ¡Qué reacción! Todo terminaba en Él… en el Él del mundo, no en mi *él*. Yo llevaba toda la vida hablando solo y solo había conseguido más y más preguntas. ¡Mira esto, mira esto! Ninguna respuesta, ninguna. Sí. Era el momento de hablar con Dios. Él seguro que sabía el porqué de la primavera y el otoño y la música entrecortada. Así debía ser, sí… Yo… yo debía olvidar de una vez por todas a mi demonio y entregarme al Ser Supremo. ¡Ah, adiós, amado mío, adiós! Aquí te quedas. Te dejo esta divina cárcel para que te recrees en ella eternamente, a mi dejame salir fuera.

Ya no quería más. Quería dormir y descansar como aquel divino rey. Llevaba demasiado tiempo trabajando y trabajando y la fatiga… Ahora solo me separaba una persona del Jardín del Edén: yo mismo.

¡Eh! ¡No! Ja, ja. Ya vale de bromas y epigramas provocativos. La palabra se derrite. ¡Basta! Toda esta serie de pensamientos *on the go,* pensamientos condensados aptos para consumo masivo que me hacían potencialmente más exitoso a ojos de… Pero… ¿pero qué hago hablando de

esto? Ahora lo sabía, lo *sabía*: la persona que nos separaba a mi y el paraíso era un asistente al funeral de mi madre con un traje azul oscuro y una mitra de papel en la cabeza.

La persona suspiró se dividió en muchos círculos. Los círculos se cayeron al suelo. La gravedad pesaba mucho. Pequeños tallos brotaron de los lugares donde habían caído. Los tallos se desprendieron y flotaron por encima del suelo. ¿Qué? ¿De qué hablaba? Este clímax se estaba quedando muy corto, querido, tendría que volver a escribirlo…, escuchó susurrar a alguien. ¿Qué? ¡No! Yo quería que hablara el hecho, no la poesía. ¡Basta de alicates! ¡El techo, no el suelo! ¿Qué? ¿Y las formas? La poesía es hecho instrumentado, forzado. ¿Qué es esto? La poesía es… El hecho es poesía orgánica, natural. Ay, ay…

Empecé a desesperarme. ¡Diantres! ¡Rayos y centellas! ¿Quién es? ¡Hola! ¡Cáspita y cavilaciones!: horror. No sabía que se tenía que hacer cola para entrar en la lista de los inmortales. Ya estamos otra vez… Gafas de sol hechas de pixel, esfera difuminada de… ¿de moscas? ¡No, no! De *color*.

¡Oye, que se me cansan las piernas!, grité. "Espere aquí", gritaron por megafonía. Ya basta, por favor, Max. Cállate de una vez y entrégate a Dios. Sí. Era mi turno. ¡Para algo había hecho la cola, para algo! Ahora tocaba *llorar*. Y mi novia me miraría con la cabeza apoyada en la mano y compadeciéndose de que fuera un niño vestido de hombre y estaríamos tristes juntos y no saldríamos de esa tristeza porque esa tristeza nos obligaría a estar… En fin, que me acerqué al portador de la Verdad y puse mis manos en forma de cuna. ¡En forma de…! Vale, ya está, Max, por favor.

—¡El cuerpo de Cristo! —gritó.

— *¡Woohoo! ¡Ahó!* ¡Sí! ¡Yo! ¡Ahhhhh! La liberación definitiva…; tengo mucha, mucha, mucha sed…

Y me tragué la ostia mirando fijamente al cura. ¡Qué ilusión!: emociones. Exaltado, salté a sus brazos y empecé a sollozar.

—¡Sí, sí, sí! ¡Soy libre! ¡Oh! ¡Al fin! ¡Oh, oh, oh…! ¡Nunca más mosquito y para siempre paloma!

Lo agité con fuerza, entusiasmado por mi nueva adquirida condición, y empecé a besarle todo el rostro, lamiéndole todos los músculos de la cara. Entonces, me arrodillé ante él y le besé los pies.

—Que Dios te tenga en su eterna misericordia, hermano… Eres perdonado.

Y volé.

Obviamente, nada de todo esto ocurrió y el funeral fue como cualquier otro funeral. Yo me sentí un poco fuera de lugar pero nada más allá. A veces, las palabras lo arrastran a uno y deciden por él. Perdonadme.

Hay una sartén y me dan bofetadas. Un ejército de hombres uniformados desfilan con pasos de elefante y trompetas. Hay un charco pero yo no puedo verlo. Gavilán… paloma muerta. Puerta. Intento abrir una puerta y se mantiene cerrada. La veo abrirse pero se mantiene cerrada. Las nubes son corrientes de agua. Las personas somos corrientes de agua. Las mallas cuadriculadas son corrientes de agua y…

Spoiler alert: todo acaba bien y ganan los buenos.

Después de comulgar, me senté en el banco y puse mis codos sobre las rodillas. El pan se me quedó pegado al paladar. No recordaba que el cuerpo de Cristo fuera tan empalagoso, pensé. Después me prometí a mi mismo por enésima vez que dejaría de escribir tonterías simplemente porque las creyera ingeniosas, el cura dijo un par de cosas y nos permitió irnos en paz.

Y nos fuimos en paz porque lo dicho es hecho y la ficción es real y la escenificación de un rito lo hace teatro y, por ende, real y en la diáspora de corazones no lloró ninguno y todos vivimos en un abrazo eterno y todo saldrá bien, queridos, todo saldrá bien y nos fuimos en paz y esperamos fuera.

La gente lloró. Alguien me preguntó:

—¿Qué harás tú? ¿Te quedarás aquí?

Yo le respondí que no lo sabía, porque no lo sabía.

Y… y vale ya. Recuerdo desbloqueado; volvamos, por fin, al hecho.

—49—

—Me han chivado que estás escribiendo un libro. Espero que sea un buen reflejo del siglo y esté escrito con eslogans, que hables mucho y digas poco, que atiborres de estímulos al lector para que no halle tiempo para pensar, que engatuses a los novatos con infinidad de movimientos y que… y que la cantidad de información en él contenido haga prácticamente imposible su lectura continuada. ¡Aprovecha tus quince minutos de fama y haz piruetas extravagantísimas para llamar la atención! ¡Sí!

» Y… y cada vez que escribes una frase preguntate lo siguiente: "¿Podría verla escrita en una nevera o en una caption de Instagram o en casa de una persona honesta, trabajadora y obediente?" Si la respuesta es afirmativa, escríbela. Si no, no. El éxito de un libro reside en su citabilidad. Por eso el mío estaba escrito con *tuits:* ocurrencias de pequeño formato que llamaran la atención por si solas y no como parte de ningún conjunto.

» Como en el minimalismo sacro… Diversas notas que funcionan como conjunto aún siendo un cúmulo de entes independientes de lo que les precede y sucede, al contrario de las melodías pegajosas que… Da igual. Estrellas. Mil puntitos que se bastan a ellos mismos para existir y se autoabastecen pero que pueden funcionar como conjunto… Una melodía uno la escucha esperando a lo siguiente y la entiene solo como sucesión cronológica de colores y formas. Los puntos, en cambio, son presentes eternos cuya magnitud sonora no depende de su posición en el conjunto. Los puntos existen. ¿A que no te sorprendería que te dijera que Van Gogh fue coétaneo de Ovidio? Eso es porque es un punto. En fin, ya lo desarrollaré más profundamente. Ahora el tiempo apremia y quiero acabar el libro y sacármelo de encima para poder, al fin, dar por terminado mi bautizo de fuego y dar la inicial bienvenida de mi nombre al mundo… ¡Ay, las sombras, ay!

» Sé el meme de Buzz y Woody y ancla… ¿Sabes de alguien que conozca a Aristófanes? Bah, da igual. Mundo, mundo, mundo… Echo de menos mi divina glosolalia, si te he de ser sincero, *but the job is the job and the cross is the cross* y a veces va bien bajar la cabeza y hacerse pequeño. Pues eso. Un Valhalla novelado: observación telescópica del mundo de las ideas para que revele sus similitudes con…. ¡Exacto! Un libro de Homero o un cuadro de Kusama. Un cuadro de Brueghel pintando un cuadro. Algo así.

» Y olvídate de la continuidad: ¡chorradas! En la tele pasan de anunciar el hambre en Nigeria a una máquina de afeitar. Haz del eclecticismo tu bandera y tu único lenguaje. Superposición de superfícies, palimpsesto de maquillajes… La juguetería al lado de un dentista, modernismo que colinda con constructivismo y… ¡sí! ¿Es que acaso la gente no ve veinte series a la vez? ¿Es que la Revolución Francesa no ocurre en el *mismo espacio físico* que el descubrimiento del fuego? ¡Haz eso! Que en una totalidad cohabiten múltiples unidades espaciotemporales y… ¿Hablo? ¡Hablo! Y pues, miento. ¡Adelante, querido Palante, nivela la moralidad de la Historia! Corrije solo su forma superficial y no su composición conceptual y luego di: "¡Oh, bendito verdor, ignición de lo mullido y arrebol de lo estático!".

» Y… y veo que eres joven…; hazlo, pues, tan pretencioso como corresponde, ¿sí? ¿Sí, no? Oh… Me alegro, me alegro… Me alegro de ver alguien tan joven cincelando tan macabro arte, la verdad. Eso de que la literatura es un arte que requiere madurez siempre me ha parecido una excusa para perezosos… Cuando yo escribí mi libro achacaban a mi juventud la pobreza narrativa. ¿Sabes que hice? Achaqué a su vejez la pobreza asimilativa. Guiño, guiño; *¿is this… wisdom?* Ay, ay, ay…

» Bien, aún así, déjame decirte un par de cosas. Yo también he escrito libros, ¿sabes? Si es que hay alguien que no los haya escrito… Porque sí, querido, sí; todos somos las Kardashian y todos somos Truman; nos inventamos dramas y tragedias para dar sentido a nuestra vida. Qué triste estoy, oh…, qué triste… Uno solo se pone triste si cree que existe tal cosa

como la tristeza. Y cuando uno ve la tristeza por lo que es, no… Pero da igual, da igual… lo entiendo.

» ¿Qué otra cosa podríamos hacer? Vivimos en diálogo constante con un espejo, en un laberinto de fantasmas y demonios, con unos ojos ajenos que no son más que nuestros; siempre entendiéndonos a través de los demás, que no son más que… en fin, ya lo sabes. Te diré un pequeño secreto que todo el mundo sabe pero nadie dice: si conoces la otredad que hay en ti y la individualidad que hay en el otro, habrás encontrado la llave que abra todas las puertas del alma y el mundo, y todos los cerrojos que antes te cerraban el paso se tornarán harto fáciles de descifrar y se abrirán como después de conjurar un *Alohomora*. *Wooo*… El otro se siente tan él como tú mismo… Todo el mundo lleva gafas y siempre es ahora. Piénsalo la próxima vez que estés con gente y te pongas nervioso. Debería ayudarte.

» Dicho esto, te diré…: yo únicamente escribía para la promoción de mi genio y la anunciación de mi talento. *I did it for the gram, I didn't do it for Compton,* ¿sabes? Era una acción exclusivamente egocéntrica. Sí, exacto; como masturbarse frente a un espejo. Daba, pero solo para recibir después. Glorificar mi nombre era lo único que quería.

» Sí; ¿qué le voy a hacer? En mi caso particular, habiéndome puesto *mis* gafas, siempre me ha gustado ir por ahí siendo *artista*… Ser artista le permite a uno hacer toda clase de tonterías y salir indemne. Puedo cometer una atrocidad de innombrable magnitud, que si luego digo: "Perdonadme, soy artista", de la muchedumbre surgirán murmullos de aprobación… ¿O no? Pues eso. En el coladero cuelga la ropa interior y…

» A pesar de que empecé con buena fe… lentamente me fui envenando con mi genio. Al principio, solo quería concretar y dar forma a lo que, por lo contrario, era imagen vaga e informe en mi cabeza. El límite tiene la función de aportar el conocimiento necesario al sujeto, dicen. Bien, pues eso creía yo. Pero la cosa se torció muy pronto, muy pronto… Debería haberlo intuido… toda semilla es germen de su ruina y todo florecimiento comporta, necesariamente, su fenecimiento. Pero yo no sabía todo esto entonces: aún

era partidario de un solo equipo… ¿Cómo? Sí, exacto, como mandan los cánones. En fin, que yo quería *ver*; quería *ver* de lo que estaba hecho *el* mundo y *mi* mundo. Y vi cosas muy feas, querido, muy feas… Sí, aparte de lo del coladero vi más cosas, muchas más… Había intriga esculpida y decisiones accidentales y horizontes pintados y…

» Y una criatura que habitaba en mi interior, pequeño duende burlón, soez e infantil Gollum con su sonrisita maligna —estalactitas de hueso bañadas en sangre— y haciéndome cosquillas con uñas mal recortadas y todo eso que ya he dicho diez mil veces. Me dijo que llevaba gritando toda la eternidad de mi existencia. Era un grito angustiado y lleno de horror, grotescamente agudo y desesperado por salvarse. Vi en él toda mi maldad.

» Sí… toda la maldad que en mi reside; toda la maldad que me exige ser ejecutada. Vi esa maldad que dirige mis brazos, mis ojos y mi amor como si fuera una marioneta. Es una maldad que me corrompe y me consume; una maldad amarga que quiere destruir el mundo… "¡Para crear uno nuevo!", me dice para justificarse la bellaca. Claro. ¡Ah, quítate de la esquina, chiquillo loco!, ¡quítate!"

» A veces me engaña y se me antoja dulce. Se posa delante de mis labios para que me acerque a besarla, y entonces, transformada en una ondina de sutiles formas y ondulante silueta, y cuando ya estoy a un milímetro, su rostro angelical se convierte en el deforme rostro del monstruo más horrible que la imaginación pueda concebir. Su agitado vuelo lo delata y… Y no tiene pelo y… y no quiero hablar. Es una maldad asquerosa y repugnante y me obliga a hacer daño a los demás.

» Me pide que los triture y los torture y los despedace. Que rompa de un soplido su rídicula estructura simbólicolingüística o como quiera llamarse. El imbécil es inteligente, claro… O, al menos, eso parece. Ah, y nunca está triste. ¡Que los demás le vean como un dios! Eso quiere. Que haga temblar los cimientos del mundo mostrándoles la ruina en la que se van a convertir. Que me ría de ellos, que los amenace con mi intelecto. ¡*Bfup*! Les corto el

tallo cada vez que brotan. Y me río: "ji, ji, ji", y los subyugo a mi escrutinio y ellos se hacen pequeños, pequeños, muy pequeños.

» Es mi K-Dot y mi Mefistófeles… Ay, los ejemplos…: ¡qué penosa forma de nacionalizar lo universal y mancillar lo impoluto…! En fin, en fin… Es una maldad que me conoce mejor de lo que me conozco a mi mismo. Cuando creo haberla dejado atrás y suspiro aliviado, topo con ella en la siguiente esquina, fumándose un cigarrillo y con una pícara sonrisa. Como un criminal que se inculpa a si mismo y se reconoce culpable para que le rebajen la sentencia y pueda volver al mundo cuanto antes a volver a delinquir. Cuando creo haber desvelado su naturaleza y me ocupo de evitarla; encuentro que he estado haciendo migas con ella creyéndola una desconocida. Allá donde voy me insta a que busque la corona y la robe si hace falta.

» Me dice:

» —Está bien que quieras mandar, pero hazlo sin que se den cuenta. Tú relájate y deja que sea yo quien implemente la idea desde detrás de ti.

» Se sirve de lo inconsciente y del silencio para actuar; se mueve en la penumbra, nutrido por el secreto y valiéndose del engaño. Y los otros caen. Y él lo sabe; y él utiliza su ceguera y la manipula a su antojo. Los demás se convierten en diminutos esclavos que se arrodillan ante mi y se alejan sin darme la espalda. Y veo el miedo en sus ojos y eso me excita. Y, ebrio de poder, me convierto en mi mejor droga: puedo aplastar el universo entero con un dedo.

» Y yo, entonces, inhumanamente humano, me siento más cerca de Napoleón que de mi madre. Y allá donde vaya me siento acompañado por los más grandes y desfigurados genios de la Historia. Y mi proclividad a la grandeza se ve finalmente reafirmada; y, lejos de lo humano, condenso en mi todos los puntos de vista que sobre la Verdad existen (o al menos eso creo); y veo el mundo por lo que es; y los humanos se me antojan como tristes máquinas obedientes en su rebeldía. ¡Concretemos lo volátil y

remendemos lo arreglado! En sus puestos… preparados, listos, ¡ya!: a escupir.

»—Mira, este ha empezado a ir al *gym* para olvidarse del complejo de inferioridad que le persigue desde la infancia; esta está ciegamente convencido de que ha hecho lo correcto no ayudando a su amigo porque se lo repite día sí y día también; este se disfraza de moderno para enmascarar su mediocridad; esta quiere ser como aquella y no se atreve a llorar delante del espejo porque aquella no lo haría; esta está increíblemente frustrada porque todo aquello que debía hacerle feliz no le sirve y encima, para colmo, su psicóloga no le entiende; este ha manipulado a tanta gente que ya ni cree que está manipulando y esta lleva tanto tiempo anulada como ser humano que ya le da igual todo y… Y esta pide un café con leche sin espuma y se enfada cuando se lo traen con espuma pero no dice nada porque le reprimen sus ideales políticos; y a este le gusta la primavera de Vivaldi (horror, asco, muerte, bótox, abrigos de pieles de marta y lápiz de ojos azul cielo) y odia que toquen la comida con las manos; y esta es simpática con todo el mundo porque su padre la maltrataba psicológicamente; y esta es antipática con todo el mundo porque su padre la maltrataba psicológicamente; y este estudia historia porque le gustan los ninjas; y a este el nihilismo le ha causado estragos pero no quiere aceptarlo porque es nihilista; y mil millones de pensamientos más que no reflejaré porque no quiero perpetuar mi resentida enfermedad por los mundos de mi audiencia… (Porque sí, la audiencia emula casi todo cuanto absorbe. Así, te aviso a modo de advertencia: procura leer a las gentes inteligentes y virtuosas; si lees al necio, te convertirás en un necio).

» En fin, que ¿te haces una idea, no? Soberbia, pura soberbia. ¿Pues quién puede presumir de conocer los recovecos de la fortuna y no hacer rechinar los dientes de la razón? Solo un imbécil, está claro. Pero yo en aquel entonces no pensaba así, claro; yo en aquel entonces me distraía con las moscas y hablaba de nimiedades con el mundo entero intentando hallar en ellas el pan del espíritu… ¡Ah, necio de mi, necio…! Y claro, cuando no

lo encontraba, me enfadaba con ellos y conmigo y me reía de ellos e intentaba matarlos. Eso intentaba hacer. Y entonces, mi soledad se convertía en un desagradabilísimo espejo. Y… y no me preguntes por qué pero creo cuanto uno más se resiste a una situación dada y responde a ella con violencia y aversión, más se repite esa misma situación… Creo. Y solo te liberas cuando la observas con ecuanimidad y objetividad, sí.

» Y… y bueno, que allá donde poso los ojos veo títeres de símbolos. Los demás, que ahora son solo gente a la que he de matar y superar de alguna forma, gente a la que derrotar y con la que competir, viven atados a pautas ajenas, creyéndose libres dentro de una pecera y… y yo me río mucho, mucho. Mira: "ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja…" Tanto me río. Ay… y después de hablar con alguien, ¿sabes lo que piensa mi mente enferma? En todas las cualidades que me hacen mejor que el otro. Pienso: "Ah, pero si yo sé esto; y yo no hago aquello otro; y yo soy más…; y yo no…" Sí. Muy triste.

» Y entonces, mi vida consiste en la construcción de un reflejo. Como un Dorian Gray a la inversa, doto a mi reflejo de virtudes que no poseo y toda mi vida se convierte en un acto performático. Que yo pinte esta línea *aquí* y no *allá*, lo hago por mi audiencia, que yo diga *esta* palabra y no *aquella*, lo hago por mi audiencia, y que yo haga este movimiento *así* y no *asá*, lo hago por mi audiencia. Todo lo que hago —el aire que respiro, el camino que sigo, la palabra que digo—, lo hago por y para mi audiencia. Y… y cuando mi reflejo ha adquirido mediante proyecciones las virtudes que carezco, me olvido de ellas y paso a fabricar nuevas, aún enfermo de los vicios ausentes en mi reflejo.

» Pero… ¿es que acaso hay alegría más gozosa y expansiva que la de sentirse el centro del universo entero? ¡Ser la fuerza única a la que tienden todas las cosas: el manantial del que todo emana, la órbita que todo circunda y el fin al que todo se dirige…! Ser el único y singular protagonista que acapara todas las miradas del público, cuya historia conmociona y abarca la universalidad de todo el que acude al espectáculo… (¡E incluso de quien no lo conoce!, incluso de quien no lo conoce…). El héroe de la obra de teatro

más colosal y maravillosa jamás concebida. ¡Ah, la magia de convertirse en otro! Ya fui lo que seré y todo lo conozco; albergo en el corazón una muchedumbre; vivo una vida que ya ha sido vivida y, aún así, me sorprendo en su eterna novedad. Soy luz y atravieso el mundo con mis rayos y… y soy el mundo entero porque no soy nadie. Qué maravilloso pecar. ¿Quién querría prescindir de eso? ¿Quién podría si pudiera? Nadie en su sano juicio, ¡nadie!; eso digo yo.

» Pero, ¡ah!, que no me crean, que no… Porque el truco tiene trampa, ¡el truco tiene trampa! Recuerda: si haces cosas, las cosas te harán a ti. Y, alzado a dios, caigo en la soberbia. Como siempre. La historia es más vieja que el pan.

» Y entonces, al hablar con alguien, solo siento que descargo mis fosas nasales de la excesiva mucosidad acumulada. Y si el mundo no me hace caso como yo creo que ha de hacerlo, me rebelo y les grito:

» —Todos vosotros deberíais estar hablando conmigo, desgraciados. ¡Dirigidme vuestra atención! *¿Es que no véis que estáis delante de un dios?* —esta última frase la acentúo con una firmeza vigorosa y altiva—. Mirad mis cuernos. Soy cuatrocientos veinte mil millones de veces más interesante y más listo y encantador que cualquier pingajo que vayáis a conocer en vuestra triste y efímera vida. ¡Y no me habláis! Ah, ciegos… Deberíais estar haciendo cola para hablar conmigo, ingratos; deberíais recibir con aplausos todo lo que digo. ¿Esque acaso no sabéis quién soy?

» Claro; mi pobre y pequeño duende se indigna, y concluye que no quiere irse a casa hasta que le rindan el debido homenaje. No puede aceptar que ha perdido, claro, que la vida es más poderosa que él y que le ha pasado por encima como una estampida de búfalos ciegos y furibundos y, en realidad, necesita del cobijo de su padre… No puede, no quiere reconocer que es un insecto más, esclavo de su propia e ingobernable naturaleza. El relativismo histórico se le antoja propio de almas débiles y flacas incapaces de trascender el *samsara* terrenal de la miseria humana y elevarse por encima de si mismo y el mundo hacia el reluciente trono y la cualidad

divina que —cree él—, le corresponde. No puede aceptar que ha mirado a chicas y no lo han querido, que le han estrujado el corazón hasta dejarlo sin sangre, así que se queda en la fiesta jurándose a si mismo que no se irá hasta que las chicas lo miren y lo quieran todos y todas. ¡Sí! Todos y todas, todos y todas…

» Ay… ¡que no me lo recuerden, no! Oh, ¡horror, horror! Todas aquellas veces en que, rodeado de ojos que me miran y persiguen, trato de escaparme y, sin saberlo, me meto en una estación de tren para guardarme del frío, frío, frío… Y paseando con la cabeza anquilosada en el pecho, encerrado en mi mismo como una triste larva, sin mirar los quioscos, las gentes, los perros o los cielos, pienso y pienso y pienso en cosas que no sé explicar y que no debo, y cuando deduzco que falta poco para llegar al final de la estación, levanto la cabeza y, como si estuviera preparado por un equipo de dirección de arte que mide cautelosamente cada uno de mis pasos, se hace real mi peor sospecha…: allá, en el vidrio oscuro que encierra la estación y anuncia su final, veo… lo veo… sí… ay… veo mi reflejo, mi reflejo…; soy un cuerpo, una persona, una entidad…, soy… Soy alguien; alguien como todos y cada uno de los demás.

» Qué asco.

—50—

Y, así, igual que el enano de aquel cuento, adornando de ruido mate los destellos enhiestos de mi cabriolé dislocado, daba vueltas alrededor de Gris. ¿Como una amapola? Exacto, queridos. Como una amapola.

Gris se sentía atraída hacia mi por cuerdas invisibles. Hoy era ella quien se sentía pequeña. Era inevitable. Hay gente que solo sabe hacer deberes. Otros, somos caballos a dos patas trajeados y con morros de aristócrata y monóculo de culata de culo de culo de culo de culo de culo… Ay, la soberbia… La soberbia (es gracioso) es mayor cuanto menor sea la

autoestima. Habrá quien lo refute, a quien le recuerdo que las cookies son galletas con chips de chocolate y a las manzanas las rocían con una cera protectora para que no les ataquen los bichos. Es decir, uno solo es soberbio cuando sabe que tiene algo que esconder. (O cuando las lágrimas que llora ya han llenado océanos y no hay nada en el mundo que no sea agua…) En mi caso, intentaba esconder mi mediocridad.

Era cierto. Y no hay nada de vergonzoso en eso. La soberbia mueve el mundo. Tú te crees mejor que yo y yo me creo mejor que tú y la rueda rueda y rueda y yo ruedo con ella… Pero seamos sinceros, a todo el mundo le da igual lo que suceda en el mundo porque está demasiado imbuido en su propia tragedia y… Mmm… dame ese piano, hmm… *The historical point of view matters the most when matter is the matter.* Estoy tan por encima de mi mismo que la vida me aburre. ¡Imaginaos! Era un enfermo, un enfermo. Cuando estaba cansado y quería apartarme de las frenéticas subidas y bajadas del tiovivo, miraba a la cámara y decía:

—Estoy cansado de este mundo, pero gracias a Dios tengo otro.

Y el fondo detrás de mi se cambiaba y el caballo de juguete en el que estaba montado se desvanecía y me hallaba en una playa con un cóctel, unas gafas de sol y el amor de mi vida a mi lado. Y sonreíamos, ¡ay, cómo sonreíamos! La arena blanca y el agua estaba fría; hacía calor pero no teníamos calor y… en fin ¿qué os voy a contar? No quiero excederme en mis excesos y protagonizar un… un informe sobre los índices de categorías y las series de tipologías encontradas en un sistema dado y por el que… Da igual, no tengo Excel; no sé de lo que hablo; yo no quiero ser todos los nombres de la historia, por favor no me culpéis a mi por dividir el mundo en dos.

Y yo… yo sabía que era una persona como cualquier otra, pero mi orgullo no estaba dispuesto a aceptarlo. Y pues, me disfrazaba con capa, corona y espada para que la gente me adorara como a un dios, más que nada porque sabía perfectamente que era una persona normal, normal, normal:

con miedos, esperanzas, amores y dolores. De humano, de humano… todo de humano…

Improvisación V: Y cuando vengan las estrellas me dirán que no soy tierra; que soy crimen deleznable, hijo de un pecado imberbe. Y cuando entrenen las cabezas y los dioses se apilonen y los ríos y los montes y las cabras se congelen y se olviden de si mismos para hacer cola por el cielo, entonces subiré a la más alta montaña y gritaré a los cuatros vientos cosas que no albergan pericia. Dirían: "¡Eh tú, el de eterna cuna, ven conmigo al monte y conquistaremos a la Luna! No olvides que el río del que bebes es un río envenenado y no hay frío ni calor que pueda apaciguarlo. Yo soy quien libera y yo soy quien encarcela, por mi es el temor y tuya es la vergüenza. Grita entre demonios, grita entre camadas. Haz de poesía curva la mañana que gula compartida seguirá siempre siendo gula, y arma almada sigue siendo arma. ¡Tu imbécil recatado, tú necio renombrado! ¿Crees que una corona te distingue de la rama? No eres raíz ni tronco ni flor eres podredumbre y microbio insertándose en la flor, no hay vida que valga que no hayas ensuciado y no hay cumbre que alcances que no hayas subrogado. Toda tu vida es una mentira y no hay quien pueda ni tragarla. Eres rey y eres esclavo, eres crimen y carnaza. Ven alrededor de la pantalla y planta plantas como trigo que el viento no mueve sombras ni las estrellas brillan… triple. Hala. Adiós.

Yo, alrededor de ese pequeño moco, me veía obligado a edificar un castillo de cristal gigantesco con los más increíbles ornamentos y las más asombrosas murallas, para no dejar que la gente conociese mi verdadera condición y mi humilde cuna. (No en balde era Mammón, el ángel más rastrero del cielo, el mejor y más espectacular arquitecto…)

—Pero miradme, si soy rico, guapo, famoso y talentoso… *I sell what you're buying*; caed a mis pies si no queréis ser atropellados. Yo no voy al cine, yo soy el cine —decía desde mi choza de paja, vestido con harapos y un triciclo con las ruedas torcidas—. Sí: "Yo soy…" Me he dedicado durante aproximadamente veinte siglos a analizar las distintas vertientes en

las que la vida se expresa y a desarrollar una serie de fórmulas con las que democratizar la utilización de las herramientas con las que uno puede imitar la realidad de manera convincente y segura.

» Con dedicación y esfuerzo, almacené las estadísticas necesarias y las convertí en provechosos *insights* para el mayor entendimiento de los *shareholders* de las oportunidades y circunstancias que rodeaban nuestra empresa… En esa empresa, conseguí convertir exitosamente los veintitrés en veintidoses, lo que supuso muy notables ganancias y una reducción en el esfuerzo necesario para la producción de nuestros bienes y servicios. Sí… Porque en todas las relaciones hay dos versiones. Excepto en la mía. En la mía solo hay una. Y solo esa una es válida. Allá donde implementé el programa, como decía…— y me alargaba y me alargaba olvidando mi poema que decía: "¡Puedes tocar! ¡Puedes llorar! ¡Báñate en el mar, revuélcate en el suelo! Corre a acariciar a quien amas, abrázalos y perdónalos. ¡Ve cada amanecer como lo que es…!, etc."

Y con el cielo en los labios y el demonio en el bolsillo, esa realización, de aclaparadora sencillez y nítida complejidad, se convertía en una iluminación. La brillante revelación de que él, al fin y al cabo, solo era alguien…, uno más en un mar infinito de presencias aisladas e interconectadas, con límites y libertades y simplezas y complicaciones, con juegos y preocupaciones y dudas y convicciones… Alguien muy alguien, en definitiva, como una roca o una hormiga… O como un niño que recién abrazaba su edad adulta…, lo que antes se le antojaba como un peso insoportable, ahora le parecía la más gloriosa de las bendiciones. Sí… pero ¿por dónde iba, por dónde iba?

Ah, sí, sí… Y la gente… claro, la gente no se creía la construcción de ese divinísimo palacio de naipes… Porque… porque bueno, porque la gente no es tonta, claro, la gente no es tonta, no… Y con esto no quiero decir que Gris lo fuera; de hecho, todo lo contrario. Gris fue la única persona que vio el pequeño moco que era en realidad, y, aún así, me amó. Se dio cuenta de que el candado que cerraba mi puerta era de papel y se rió de mi y de mi

castillo, lo cual me fue muy bien porque sino, probablemente, aún seguiría fingiendo ser alguien que no soy y esas cosas.

Y además, no solo eso: ella vio el moco protegido por estandartes y murallas y me dijo que, de tanto amor que ponía en su cuidado, terminaría convirtiéndolo en oro. Y yo, desde aquí, quiero enviarle un abrazo y decirle que la quiero mucho y que le estaré agradecido hasta el último de mis días. Y ahora…, ahora seguiré con el relato. ¡Las ballenas cantan! Yo también debo cantar. He dicho.

Aquel día, mientras tanto, yo discurría sobre nimiedades incomprensibles que no tenían ningún sentido, como es costumbre en mis días de entusiasmo y exaltación. Creo que hablé de lagartos y de cómo les crecía la cola cuando la cortabas y de que mi único propósito en esta vida era lograr convertir los camiones en flores y… alguna tontería semejante. Subí, subí y subí, y cuando ya no podía subir más, Gris me ofreció asiento. Lo acepté y caí en él derrotado. Me dormí. Abrí los ojos al cabo de un rato.

—¿Qué tal?—me preguntó Gris.

Gris era un ángel, y se lo recordé. Y ella me dijo que, a veces, yo le parecía un demonio. A lo que yo pensé que había conocido a demonios vestidos de ángel y a ángeles vestidos de demonios, pero no lo dije y, endiablado como estaba, me hice el loco y pregunté:

—¿Qué te hace pensar eso?

Tenía los ojos bañados en sangre.

—No sé… cosas —respondió ella.

Gris sabía las cosas que me delataban pero no me las dijo porque le había sorprendido el hecho de que, después de mi espectáculo, no hubiera bajado la guardia, indefenso y exhausto, como solía ocurrir después de mis frenéticas intervenciones.

—Trata de ser más precisa —exigí— ¿Es, quizás, cuando me muestro consciente del juego al que jugamos?

—Sí… un poco. Creo. No sé. No sabría decirte exactamente, pero… a veces, sinceramente, me das miedo —dijo—; por ejemplo, cuando me has dicho que no te mirara con ojos de enamorada.

Recordé vagamente el momento: le había insinuado que no me mirara con tanto amor. Me miraba con los ojos entornados y disparándome rayos de luces de colores que me invadían y me penetraban por todos los poros de la piel, traspasándome como si fuera de humo o vidrio. Yo, por mi parte, le había instado a que cesara esa súbita confesión de inferioridad repentina, sabiendo (y qué bien lo sabía…) que esa exigencia la perpetuaría. De la misma forma que sabía en que, cuando uno dice, por ejemplo, que es mejor no criticar o hablar mal de nadie está hablando igual de los que hablan mal o, en caso de que quiera reformular su afirmación y dijera que es *conveniente* no hablar mal de las personas y pues, lo inconveniente se convertiría en conveniente para la existencia de la conveniencia y si se podía afirmar que todo es conveniente ¿para qué existían tales palabras?, a lo que el contertulio me podría responder que… Y blablablá y muchas cosas más que no quiero mencionar ahora mismo para no dejarme en evidencia a mi mismo porque aunque haya dicho que… Ay, ay…, me canso, me canso, ¡adiós!

Aún recuerdo cuando soñé que eyaculaba cada vez que rompía con un martillo un cubo de cristal.

Emm… Además, sabía que aquel no había sido uno de los momentos en los que había sentido miedo, y simplemente sabía que podía huir de las consecuencias de su confesión aparentando una triple inferioridad: la que le infería el mirarme como una enamorada, el hecho de que yo rechazara esa mirada y, además, que ella no entiendera por qué.

Obviamente yo, narcisista y tirano como era, me regodeé vanidoso en las sábanas de mi autoridad, e hice ver que era bueno y que quería lo mejor para el pueblo.

—Yo no quiero la voluntad de nadie en mis manos. No soy ningún dios y no tengo intención de serlo. Estoy acostumbrado a que la gente me rinda

pleitesía y se subyugue incontestablemente ante mi autoridad y ya no quiero nada de todo eso.

Después, dándome cuenta de que con esa confesión repentina había hecho explícita la posición en la que me encontraba y había eliminado la suspensión de incredulidad necesaria para que las dinámicas se sigan llevando a cabo, así que me corregí a mi mismo y intenté redirigir el discurso hacia algo más autocompasivo y patético, que me inflingiera una inferioridad ante ella para que se desprendiera de sus armas y yo pudiera pillarla desprevenida en caso de tener la voluntad de ataque en algún futuro cercano.

—Pero, ¿qué digo?—seguí diciendo—. Si nadie baja la cabeza ante mi. Vivo en un delirio, tía; ya lo sé. Entiendo que creas que estoy loco cuando te hablo de ser un rey y no tengo amigos. Lo entiendo, lo entiendo… ¡Claro! ¿Cómo no lo voy a entender? No, no… No estoy loco pero…

» Pero me aparté de ellos (sabelo), y precisamente porque me exigían ser rey. No lo sé… Ya no sé ni lo que digo, estoy perdiendo el hilo. Sé que hablo de cosas de las que no debe hablarse… Y sé que no rozo sino la superfície de los conceptos… ¡Ay, ay!, tengo ganas de dejar de escribir este mi ridículo libro para poder ponerme a estudiar de verdad y rigurosamente las profundidades de mi espíritu; ya no soy el joven ignorante que era cuando lo empecé y todo esto se me antoja palabrería vana e inútil… ¡Tanto más cerca estaba de la Verdad cuando me limitaba a contemplarla que cuando intenté descifrarla…! Ay… Pero ¡qué aburrida es la alternativa a la locura! He visto hombres convertirse en monstruos gruñones por renunciar a la imaginación… O entregarse demasiado vivamente a ella… ¡Ah! ¡Ya no sé, ya no sé! No me hagáis pensar. También sé que, si uno es rey, debe aceptar su naturaleza y resignarse. Reclinar la cabeza con inquietud si hace falta y… y sé que es ridículo que alguien como yo se crea rey de nada. Ni siquiera soy rey de mi habitación y me creo rey del mundo. *Bah*.

» En fin, que sé que doy pena y quiero matarme, pero sé que eso también puede ser visto como una forma de victimismo barato del que me presto

para dar lástima. Y sé que al ridiculizar mi sentimiento de superioridad, solo me hago más superior. Y yo no quiero ser superior, yo no quiero ser superior…, lo juro por mi vida. Yo solo quiero decir la Verdad, la Verdad… Pero, pero… pero el universo entero me parece teñido de una maldad oculta que, aunque intente desvelar, nunca descubro… Y todo lo que hago me conduce irremediablemente al mismo sitio: una relación jerárquica entre dos fuerzas que deberían ser iguales… Y a mi me da asco ser cualquiera de los dos, ¿entiendes? No quiero ser el otro ni quiero ser este.

» Porque he sido esclavo. Créeme; he sido esclavo. He reclinado la cabeza con inquietud sonante ante otros reyes y reinas y me he resignado a musitar opiniones, mirando de soslayo a la fuerza tiránica para ver si aprobaba o reprobaba mi criterio. ¡Já! Qué gracioso era… Tan gracioso como leche podrida mezclada con una crema de mayor densidad de tal forma que queden las dos mal fusionadas y pase el frío cuando se abra la puerta.

» Qué pena la mía, qué pena… He sido rey, y he sido esclavo, y en ambos casos me he sentido un mentiroso. Porque yo… Oh, yo lo veo, lo veo… Y lo veo en todos lados: en la televisión, en la calle, en la montaña y en el mar; en cómo camina esta y cómo da la mano aquel, en cómo ríe aquella y en cómo llora aquel…Y no sabes el daño que me hace, no lo sabes… Me da mucho asco… Tanto, que preferiría convertirme en un croissant.

» Y lo vi en tu fiesta… Te vi a ti… Sí… Y me dieron ganas de llorar; ¡lo siento! Y yo… Yo te insinuaba mudanzas con mis ojos desesperados y tú respondías que preferías ser tirana en un cuchitril que esclava en el paraíso. Y… ¿y qué puede decir una hormiga a una abeja? Yo, embriagado con mi propio perfume, no le pido nada, nada a la vida… No estoy hecho para este mundo. No puedo ser como ellos ni como vosotros. Y por ser, ¡ni siquiera puedo ser como yo mismo! En mi mismo habitan anhelos vomitivos que, implorantes como… como… como… Ah. Y odio hablar. Quiero desatar un nudo y lo ato más fuerte. Pero no por eso me voy a suicidar. No, no, no…

No pienso hacerlo. No soy culpable de la maldad que hay en mi… Solo responsable… No pienso suicidarme por la vileza de otros… No… Mi maldad no es mía, no… Te juro por mi vida que cuando acabe este maldito libro y ya haya dicho lo que tengo que decir (que no es nada), me olvidaré de toda esta mierda y me dedicaré al ejercicio espiritual. Sí; porque yo quiero un círculo, no un gajo de mandarina… ¡Ah! Calladme. ¡Calladme! Solo los místicos trascienden esta lodazal. Solo ellos trascienden la idea de gobierno y, y, y… Ay, ay…

Suspiré y, queriendo desnudarme todo y recogerme como un niño en el seno de la Verdad, le dije que yo quería mirarla y *verla;* no quería apartar los ojos o fulminarla con la mirada, quería simplemente *verla*. Le reconocí que, últimamente, no *veía* nada y nadaba entre un bosque de voces e imágenes que no reconocía ni apreciaba… También le dije que estimaba mucho que me entendiera y que habláramos el mismo idioma. Porque sí, ella también era reina y estaba en conflicto con su naturaleza de reina.

Recuerdo con especial cariño su tristeza cuando me comunicó la responsabilidad que acarreaba ser una diosa.

—Tengo todos estos personajes en mi cabeza que dependen de mi para existir. ¿Tú sabes lo que es eso? No puede ser. No es justo. Y encima, sé que no existen y que nunca lo harán. Y me torturan y me exigen que los traiga a la luz y los haga nacer. ¡No es justo! Y si yo no los materializo morirán, ¿sabes? Eso es lo más triste de todo…

» Como en La Historia Interminable, que al chico le dicen que él forma parte de la historia y que, si deja el libro, todos esos personajes morirán a las puertas de su destino… Me hace daño, mucho daño. Es lo peor, es una tortura. Y más cuando sé perfectamente que, por mucho tiempo que les dedique y por mucho que se extiendan en su historia, seguirán estando muertos.

» Y si, por algún extraño hechizo del destino, terminan con vida, estarán condenados a repetirse una y otra vez… Una y otra vez viviendo la misma historia, sufriendo las mismas penas y abocados a cometer los mismos

errores porque están programados para vivir una sola historia y no pueden salir de los límites impuestos por el programador. Y la única forma… la única forma de liberarse sería 1) rebelarse ante el programador y construir un castillo propio del que uno sería amo y señor (aunque bueno, la historia de Lucifer es suficientemente conocida como para que me ponga yo ahora a explicarla —y, además, ¿qué pecado hay en matar a un pecador? ¡Ay… no sabéis las ganas que tengo de que llegue el final…!) O 2) hacer de tu voluntad la del programador y prescindir de tus caprichos y la voluntad de hacer tu propia historia… ¿no?

Y entonces yo, gracias a ella y al espejo divino de cuya vista podía disfrutarse con el acto creativo, entendía a los místicos (y a los apóstatas) y se me quebraba el alma, claro. Y me veía obligado a decirle que lo imaginario no estaba muerto y que la existencia era dolor y que el hecho de que fueran ficticios no conllevaba necesariamente estatismo y moribundez. ¡Debíamos creer en que existía un método o una puerta que los (y nos) condujera lejos de aquella habitación! *¡I feel a voice calling me!* Quizás no volábamos, pero al menos había que caer *con estilo*. ¡Claro!

Sino, ¿qué nos quedaba? Había que tener esperanza. ¡Sí! *If you look over yonder there*… Y como piedra, tendríamos razón… Desde el inicio de los tiempos, los humanos hemos cometido una y otra vez el mismo error, nos hemos visto envueltos por el mismo conflicto y hemos chocado contra la misma pared. ¡Y qué! Era penoso… ¡y qué! Debíamos seguir ascendiendo. Se ha de creer que… al menos… se avanza. Allá… a lo lejos… hay algo… algún lugar en el que estaremos *llenos*. Sí. El libro algún día se acabará y entonces… y entonces *veremos*.

Pero de momento teníamos que vivir ante este eterno abismo, jugando a juegos que solo eternizaban el círculo vicioso de causas y efectos. Sufrir las penurias que nos pertocaban para vivificar y sacralizar con el dolor a nuestro espíritu lo suficiente para poder entrar en el reino de los cielos.

Pero… pero… pero… Un amigo loco un día me explicó que, creyendo ver una señal divina en el perro que lo estaba acompañando, se desvió del

camino y acabó en un lugar inhóspito, donde encontró una mujer que le dio cobijo y, en su ofuscamiento, agradeció al perro por haberlo guiado hasta aquel refugio. ¿Y qué se piensa ante aquello? ¿Y quién lo piensa? ¿Por qué la gente come tanto? ¿Alguien lo sabe? Creo que es para alejarse de Dios pero no estoy seguro de que 1) puedas alejarte de algo que es omnipresente o 2) quieras alejarte de algo que es…

¿Y por qué no hablar de aquel otro que, todo él fuego y espada candente, me ataca en los haberes del pensar y yo me hago vapor, agua y hielo e intento abrazarle para pacificar su sed de violencia? ¿Qué pensar ante aquello sino que el hombre primero peleó con el cuerpo, hoy lo hace con la palabra, y mañana lo hará con la mente? ¡Qué barbaridad! ¿En serio hay gusanos que hablan? Qué cosas… Y… (perdonadme) ¿quienes son mis compañeros de grupo? He de preparar una presentación para el lunes y voy un poco perdido.

¿Y ante aquella otra sempiterna dicotomía entre la aceptación y la lucha? El que acepta lo que es, rechaza luchar para lo que aún no es sea, sin darse cuenta de que únicamente aceptando las calamidades y felicidades que la fortuna le provee, elude la lucha que le permite renunciar al cambio y a la transformación inherente a toda vida, con la convicción infundada de que aceptar es no luchar. Y el que lucha… El que lucha es una canción de pop optimista. Sí. *#sorrynotsorry, les coses com son*.

Perdonadme, me he complicado demasiado, lo hago más fácil: ¿debo luchar o resignarme?, se piensa; y bien mirados los dos lados, uno se da cuenta de que, si se resigna, se resigna ante la lucha (o de factores externos y/o internos) y si lucha, lucha por la resignación (esto es: la resignación de la misma lucha, es decir, que en algún momento llegue una especie de paz o tregua o victoria y el conflicto se detenga).

Pero dejémonos de tonterías. Ser y no ser a la vez, por favor. Evitemos la exclusión. Dios incluye, nunca excluye. Y… y ¿aquel otro que, señalando el carácter ilusorio del saber humano se decanta por uno de los lados fanáticamente, impidiendo que…? *Bah*, da igual. Hablar es mentir, y

cuando se llega a los confines del pensamiento toda palabra estorba y ensucia. Cucú… No sé cómo hay tanta gente viva, en serio.

Luchar constantemente contra… contra… El amor es guerra *and we've got to fulfill the book… Ema-…* Intentar materializar técnicamente la simbiótica naturaleza de lo cósmico en el plano físico es hacer música con esqueletos: matemática artística, mantras mundanos, transcendentalismo científico y tecnología biológica…, desorden impoluto y armonía caótica y me duele la cabeza.

Hacer de lo escenificado algo íntimo y confundir lo construido con lo crecido. Porque para comer hay que matar y la decadencia es un poema y quiero acercar la vida eterna a la tierra y… (¿quién era ese que con un cabo acercaba la luna, por cierto?); ampliar los márgenes de lo particular hasta llenar el continente de lo común; hablar constantemente para tratar de escapar del embolado en el que nos hemos visto enredados. Ay… que alguien me calle la boca, por favor; añadir es vaciar y ya no sé ni lo que digo. Parezco uno de los personajes de mi libro, qué penoso. Volvamos, volvamos al hecho.

—51—

—Sí, vayamos a lo que importa: mi brillo. Sí, porque entonces (justo antes de que el mundo entero se estrelle), entonces es cuando brillo. Brillo y no alumbro; sino que deslumbro y ciego. Y deberías haberme visto, querido, deberías haberme visto. Yo, mi yo, bailando desnudo y meneando el sudor de mi falo lapidario por delante de las caras boquiabiertas de esta ruina a la que llaman mundo. Sí, deberías haberme visto, querido, deberías haberme visto…: a mi, el círculo convertido en *lemniscata* en el momento en que se comunicó consigo mismo con el lenguaje del mundo, impregnando el sueño de la humanidad con mi semen podrido.

» Sollozo extasiado encima de aquella mesa de cristal en la que mis pies decididos hacen tambalear el tejido de la realidad al compás de mi discurso;

la misma mesa que cayó sobre mi pecho en mi infancia y de la que fui salvado por lo alto de mi grito. Mi huella, mi amor; mi huella, mi destino. El obstáculo es mi meta: ¡já! Y deberías haberlos visto a ellos —a ellos, (¡ellos!), los embobados botarates, guardianes de lo hueco—, delante del nacimiento del nuevo hombre… Como niños miedosos, esclavos de la geopolítica, apartan la vista horrorizados y buscan esconderse bajo las faldas de su madre y de sus maestros, a los que obedecen caramente porque temen la libertad y temen al… Ay, si tan solo supieran… ¡Si tan solo…! Por eso tengo la cara que tengo, por eso… ¡Lulu: tú, yo! La vida es un teatro, mi amor, ¡la vida es un teatro! Y todo lo que hice, hago y haré es… por amor. ¡Eso es! ¡Los odio porque los amo! Apunta esto, querido, apúntalo. Es importante… Y no… No, no tengo… no.

» Sí… y después —¡no te lo creerás!—; él, mi querido diablo, mi amadísimo duende burlón, me susurra al oído con su suave vocecita que me rinda y me suicide. (Aunque soy yo, no estoy en mi y me hablo. Ni que fuera una sorpresa…) ¡Que no vale la pena, dice, que no! Claro, quiere quitarme el puesto, quiere ser él quien conduzca… Y me dice que nadie me entiende, y nadie me entenderá; que mi gloria será siempre inenarrable y que estoy condenado a vivir y morir solo. La locura, me dice, me ha consumido hasta destruirme y hacerme desaparecer. Y yo, desconcertado por mi concierto, me río incluso del diablo; ¡del diablo mismo me río! Escucha…

» Intenta hacerme sucumbir y me dice que nada es suficiente. Él, el mismo diablo que anoche tiraba de mis cuerdas, me invita a ver los pecados que cometí a la luz del día… Y todo lo que ayer era sagrado se torna risible; la certeza, calumnia y el juego, locura. El muy pícaro… Se destruye a si mismo para hacerse más fuerte. Se quita el disfraz para ponerse otro. ¡Intenta engañarme y hacerme creer que es bueno! El muy hijo de puta… Me calla y me ahoga. Y sonríe, el bonito, mientras habla. Tiene ganas de comer y me dice:

»—Todo está hecho, y no hay nada qué hacer. Tú no eres nada, imbécil. ¿Para qué quieres alargar tu sufrimiento, imbécil? Todo perece y nada se transforma, imbécil. Suicídate, imbécil. Creíste ser inteligente y no has resultado ser más que un pobre desgraciado, imbécil. Espabaila, imbécil, espabila. Dios está en proceso de muerte, imbécil, cumple con su voluntad, imbécil. ¡Todo es en vano, todo es en vano! A Ítaca llega todo el mundo y… ¡Ítaca es aburrido! ¡Créeme! Además, lo dijo aquel periodista renombrado, ¿no te acuerdas? Los periodistas saben hablar y dicen palabras. ¿Y encima tienen los santos cojones de decirte que veas las moléculas como galaxias? ¿Quién dice eso? ¿Sabes que tu llevarás bastón y boina? ¿Lo sabes? ¿Por qué te crees que la gente fuma cigarrillos y bebe vino? Sal de aquí; sálvate. Allá todo tomará sentido, créeme. Y si no, al menos será diferente, lo será…

» Y corría las diez mil millas que nos separaban a toda pastilla para demostrarme que todo era un sinsentido por el que no valía la pena luchar.

»—La única libertad que existe reside en aceptar la imposibilidad de ser libre. ¡Ríete de quien exclame que no tiene patria, dios, o amo! ¿Cómo se digiere eso? Uno siempre es esclavo de sus ideales. Y quien diga que no, es esclavo de su anhelo de libertad. Y quien diga que tampoco, es esclavo de decir que tampoco. ¿Eh? No, no… No entiendo, no entiendo… Yo no hablo ese idioma, lo siento, me sabe mal…

» Y yo lo único que quiero es vivir como un hombre sensato y hacer las cosas de un hombre sensato, ¿entiendes? Un hombre sensato que no se cuestiona si el maldito sueño es real, y en qué medida y hasta qué punto… ¡*Bah*, tonterías!; un hombre sensato vive el sueño como si fuera real sin importarle si es así. Y yo… ¡ah, querido!; fantaseo, querido, fantaseo… *You can never go too far when you can't come home again, that's why I need…*

» Eso. Ya no puedo volver a casa porque mi casa ya no existe y los días y las horas, mi locura los esconde. Otro día más, otro sueño. Y mañana, cuando me despierte, ¡otra vez a soñar! De sueño en sueño sin rozar la vigilia más que en la locura. Y acaso… ¡ah! ¿Vigilia o ilusión? ¡Ay de mi! Cuánto me pesa la responsabilidad de haberme envenenado a mi mismo.

Nadie me obligó a todo esto, nadie… Tanto más fácil sería que me hubieran abierto la boca a traición y a la fuerza hubiesen vertido en ella el veneno que ahora me carcome sin poder hacer nada. Porque fui yo quien bebió el veneno, ¿no? ¡Oh! Amarga visión, maldito fruto… Hubiera preferido ser ciego, ser ciego eternamente…

» Sí… porque yo soy el más esclavo de todos, el más esclavo. ¿Qué te crees? ¿Que me gusta ser como soy? ¡No! El artista (Dios lo perdone) es un mártir: su obligación es sufrir todo lo que no sufren los demás; debe sostener un espejo delante del mundo para que este se vea; debe adentrarse en las honduras de su reflejo y descubrir los titiriteros que habitan en la oscuridad de si mismo y el mundo; encarnar el espíritu de su tiempo; canalizar el pecado de su época y dejar habitarse por él. Identíficate: somos todos esclavos de nuestro tiempo. Sí, exacto; igual que un comentarista de Youtube, igualito…

» Y ¿por qué?, dirás. Y yo digo: el artista es un sacerdote. El artista es Mercurio, plata viva y mensajero de los dioses. Ellos le alan los pies para que materialice las realidades suprasensibles y las descubra a las gentes. El artista vive una vida de servicio. Los dioses le otorgan el cetro con el que apaciguar cualquier contienda, allá donde lo posa, reina la paz. Pero, ¡ay…! Dos pérfidas serpientes se encaraman a su bastón y persiguen al cantador allá donde va y… Mirad: libra estelas de paz el huésped de guerras, brilla con manso fulgor el que oscuridades cobija…

» Pero… ¿qué decía, qué…? Ah, sí. Cosas, ¡cosas! Cosas divinas. ¡Claro! Existen los árboles perennes, existen los árboles perennes… Sigo: el artista no vive en él; el artista vive en todos los demás. El artista, sin público, no existe y muere. El… Pero, pero ¡ya basta de tierra, ya basta!; ¡acción!

»—¿Qué haces? —preguntáis.

» Ah… y yo, de humilde condición, respondo:

»—Lidiar con sombras.

» Y ¡os sorprendéis! ¡Já! Teatral pregunta, teatral respuesta merece. ¿Y es que acaso hacemos algo? ¿Eh? ¡No! Todo es hecho y todo nos es hecho. Sí. Uno no decide lo que hace con su vida, la vida decide antes por él. Uno solo puede decidir lo que quiere hacer con lo que la vida ya ha decidido por él. *Ba-dum tss*. Existir es servir. Perdoname las infantilidades, el ardor polémico característico de la juventud aún gobierna mis acciones…

» En fin… Que yo (yo, yo, yo, yo, yo, yo, ¡y solamente yo!) pasé mucho tiempo ofuscado por esta cuestión, querido, mucho tiempo. Yo no quería elegir. *I wanna choose what to choose from,* lloraba*, I wanna choose what to choose from*. Dejadme fabricar elecciones y entonces estaré contento, ¿no? ¡Sí, sí, sí! Pero no… todo está encasillado, encuadrado y limitado. Aunque la fantasía y la magia del cuadro sean sobrecogedora y aparentemente infinitas, siempre se llega al marco que limita y encierra, que evita que los colores de la vida exploten y broten e invadan más allá de ese asqueroso y tajante y paterno y recto y muerto marco.

» Me convierto en piedra cuando hablo y mi verso es una tumba. ¿De qué me sirve hacer cantar a los muertos? La palabra es humo y su único fin es dejar de existir. Qué triste, ¡qué triste! Sí, soy artífice de ídolos mudos, y me pesa… ¡Vamos si me pesa! Por eso os digo: si algún día habéis de ver mi obra, sabed que es una flecha nada más; no una diana. Yo aquí no me quedo. He dicho.

» Sí. Pero tengo que calmarme, tengo que calmarme. ¡No se entiende nada! ¿De dónde vengo?; ¿quién soy?; ¿a dónde me dirijo? ¡Me falta mucho *character development*! Esto no es serio… ¿A dónde voy a ir si no tengo razón para ir a ningún lado? Bien, ahora ya sabéis lo que pasa cuando dejo libre a este triste demonio. Algo así. ¿Queréis más ejemplos? ¿Sí? ¿Qué? ¿Si me cuesta? ¡No, hombre, no; no me cuesta nada! Si yo vivo para, por, de, y con esto… ¿Un descansito? ¡Nada de eso! ¡La rueda no se para! *¡Ahó, ahó, ahó!*

» ¿No te he explicado las veces en las que corría por las cimas onduladas de los montes y apenas rozando el suelo, yacía a mis pies la

ciudad nocturna con destellos anacarados y cobrizos como el mundo ya superado? ¿No te he explicado las visitas de mi espíritu limpio a aquellas augustas mansiones empapadas de vicio y decrepitud disfrazada en las que veía trasvasarse la fugaz eternidad siempre joven como si fuera un ocaso lejano que solo en torno a mi daba vueltas?

» ¡Oh, oh! ¡Yo resido en los anales del tiempo después de haber confundido a la gran diosa con su imagen! ¡Yo he caído en la cuenta de que imagen no es semejanza y de que a mi la semejanza no me sirve porque quiero ser idéntico, idéntico! ¡Vamos, vamos, vamos!

» ¿Qué te voy a decir que no sepas, amado mío? Sé que temes a las mariposas. Sé que has nadado largo tiempo en la piscina ponzoñosa de aguas fétidas y negras en las que bailan humanoides retorcidos, todo ellos huesos y articulaciones de plástico esmaltado y reluciente en la profundidad del agua oscura. Sé que te han obligado esos mismos maniquís a comer durante siglos comunidades de moscas y cucarachas. Sé que los veías toparse entre ellos como desmadrados títeres y no decías nada. Todo se ponía perdido de tinta espesa como miel y os obligaban a limpiarlo. Lo sé, querido, lo sé.

» A ti es a quien te obligaron a desbancar tu locura, corazón exaltado. "Tiende a lo pésimo y lo bajo para apaciguar los ánimos", te dijeron. Ay, amado… ¡Cuánto daño te hicieron esas almas enjutas y retorcidas…! Olvídate de los bosques de luz etérea que intuyes en tu poético hacer y fragua en vasos y probetas el devenir humano que ha no poco rehuías, te decían… Ya lo sé, ya lo sé, mi amor. Yo lo vi todo, te lo juro. Yo sufrí lo mismo que tú. Lo hice.

» Yo… Yo… Yo me convencí (pobre de mi) de que el mundo me exigía mentira y espectáculo. Me decían: "La bondad no está de moda, imbécil". Que si no hay pan no hay cesta y que no sé qué y no sé cuántos… pero ¡nada, nada!, lejos de mi quiero a esos mosquitos tuertos abrasados bajo el Sol. Yo solo quiero… eso: rodeado de mentira, me convertí en mentira. ¿Qué iba a hacer? Me decían:

»—¡Sí! Dinos tu opinión sobre…

»—Sí… Partiendo de tu herencia cultural y tus características psicológicas, ¿qué opinión te merece…?

»—¡Dinosla! ¡Dinosla!

»—¡Dilo! ¡Dilo! ¡Dilo!

»—¡Habla, habla, habla!

»—Eh, tú. Dilo.

»—¿A qué esperas, eh? ¡Dilo, dilo!

»—¡Habla, imbécil, habla!

» Y yo, inconsciente de que la forma en que uno asimila la realidad la configura, repartía ostias como panes. ¡*Debris* ejemplar, amado! ¡Barbaridades y sandeces! *Met with the bean, shake the bin*. Ante la necedad, sé necio: así argumentaba yo mi maldad. A veces me quedaba callado y habitaba los haberes de la verdad imperecedera, pero… ¡nada! De eso no se habla más.

» Y… ¿y aquella otra historia, que dice así…?:

» "Me acerco al hombre del que me he erguido verdugo (por puro capricho) y le digo:

»—Bueno y…, ¿qué te hace pensar que…, ya sabes, el movimiento del que hablas… provocó… un cambio… hm… significativo… en la resolución final de las…, bueno, ya sabes: *cosas*?

» Así lo diría, *así*. Y él, bonachón como un panecillo dulce, me diría:

»—Pues si te soy sincero no tengo ni idea… No he estudiado el caso con suficiente profundidad para darte una respuesta satisfactoria.

» Y yo me partiría tanto de risa que me convertiría en mi manca mitad y le escupiría en la cara con la gasolina con la que me amamantaron para que creciera y le diría:

»—Que te follen, gilipollas. Me he olvidado del otro mundo y tú me hablas de amapolas: ¿de qué coño hablas? No me entiendes, ¿no? Hijo de puta.

»—*Brother*, tranquilo. Yo no te estoy insultando; relájate.

»—¡Já! ¿Tú crees? Toda palabra es un insulto y toda palabra es un cuchillo.

»—¿Y qué canción lo dice eso?

»—Ja, ja, ja… Sí, este es el estribillo. Pero todas, supongo; todas hablan de lo mismo. Sí, ¡eso es! Todos los libros son el mismo y todas las canciones son la misma.

»—Ya… Voy a coger un poco de hielo, ¿quieres algo? ¿Vino? ¿Cerveza?

»—Si no hay Chambertin, no quiero nada —diría, y le guiñaría el ojo.

» Y él iría a chivarse al profesor de que había un niño haciendo trampas. Y yo aprovecharía mis últimos minutos de gloria.

»—¡Oye, tú! ¿No conoces a Sabaneiev? Sí, me acuerdo… ¡Cómo no! Me viste por la calle y no me saludaste… ¡qué feo eso! Ay, Marta, Marta… No, lo entiendo. Con la que está cayendo… ¿A dónde llevas eso? ¡Traelo aquí! Las cosas se están poniendo feas… ¡esta vez de verdad! Sí; yo también lo creo: es *ahora* o *nunca*. *Uau*, ¿tú tambien has visto esa serie? Vamos a morir todos… *Amazing*, bro. ¿Loco yo? No, hombre, no. Loco es quien no está loco. Quédate con eso.

» Y en la otra punta de la sala hablarán de mi:

»—Oye, alguien se lo ha de llevar a casa, *I mean, he's fucking up the whole vibe…*

» Y yo gritaré a pleno pulmón:

»—¡Blablablablablá…! Hablamos en inglés y perpetuamos la diferencia de clases legitimando las estructuras de poder que nos han dado acceso a un mejor nivel de educación *pero* soy progresista. Y ¡eh!: yo soy anticapitalista, pero quiero capital y status. ¡Ay, ay…! ¿Qué hago, qué hago? Mirad como saco la lengua y me chupo los labios… ¡*Slurp*! ¡Hablo de política! ¿Soy una rana? Puestos a ser títeres, ¡prefiero ser un payaso! Ah… pero no, no, no… No hablemos de política, por favor… Qué mal gusto. ¡Ahí va mi pistoletazo! ¡Otro más! ¡*Woohoo*!"

» Otro consejo, por cierto, otro… Ahora que tengo tu atención, añado: huye de lo contemporáneo…; muere tan pronto nace. Yeah. Reject

modernism, embrace tradition. Pinta bodegones y paisajes si quieres. (No hace falta, es solo si quieres). Pero eso, que yo me fío solo de lo que ha sobrevivido a las garras del olvido porque no me fío de mi criterio y esas cosas… Ay, ¡cuántas veces rechacé ideas de mi seno por no considerarlas suficiente modernas! ¡Cuántas malas ideas materialicé solo por haberlas considerado innovadoras y modernas…! Qué inútil era en mi juventud, que inútil… Terrible enfermedad es la modernidad y sus exigencias. Y yo digo: nada hay más vigente que lo antiguo; por algo sigue en pie. Y ellos dicen… No, no sé que dicen porque hablan con la boca llena y no vocalizan. ¡Es imposible matar algo que ya está muerto! Sigo:

»—Oye, creo que es hora de que te vayas a casa —me dirán.

»—Yo no tengo casa, loco. Yo vivo en el cielo con el ángel de Mufasa. ¡Que no te enteras, contreras! No vivo en ningún *lao* porque vivo en todos *laos*, ¿entiendes? La multi-… Pero sí. Me voy, me voy… Os dejo tranquilos en vuestras lindas cárceles. Lo entiendo: los verdaderos revolucionarios no son bienvenidos en ningún lado. Adiós.

» Y me iría. ¿Y te crees que me gusta hacer este papel? ¡Claro que no! Habría que estar loco para amarlo… Y yo no lo estoy, no… Solo hago ver que lo estoy para que otros no tengan que estarlo. El sacrificio es el sacrificio y el Amor es el Amor. Sí. Opino para que otros aprendan a callar. ¿Qué iba a hacer, querido, qué iba a hacer? Si abro los ojos y veo el mundo por lo que es, palidezco de miedo, y pues, ¡prefiero cerrar los ojos, no ver nada y rendirme a la locura! Sí… la única forma de superar mi inseguridad es entregarme a una soberbia exacerbadamente desmedida. Es lo que hay.

» Soy el chillón, *agitprop à propos de rien* y… A cada uno le toca un papel en este mundo y a mi me ha tocado el de payaso. *Esluqueyá*. ¿Puedo tocar? No. Pff… solo hace falta que aparezca un verdadero niño entre vosotros para demostraros que tenéis un palo en el culo. Nada, nada… Soy un excéntrico, un excéntrico… Solo me gusta llamar la atención y solo pasaré a la historia como un excéntrico… Un hombre cuya rareza le impidió ser hombre… Un hombre cuya sed de libertad le impidió ser hombre…Soy

demasiado individuo para cualquier movimiento comunitario… ¡Ay! Sí, sí… No, no… Que me, que me… Ay.

» Y gozar o sufrir pero callar siempre, gozar o sufrir pero callar siempre… Qué ganas tengo de acabar…, qué ganas… Pero, pero…¿Tuve problemas al empezar a hablar o empecé a hablar cuando tuve problemas? ¿Y la ligera paloma? ¿Se equivoca ella al imaginar? No, no… No tengo ganas ya… Lo siento, lo siento. Quiero tierra, tierra… Llegar a casa y que haya gente viendo el fútbol que me acojan en sus brazos… Sí. Quiero rodearme de gente a quien pueda confiar la gestión de mis propiedades y que todos los sonidos se confundan en uno solo y no preguntarme si soy imbécil por creerme muy inteligente o muy inteligente por saberme tan imbécil. Olvidar de una vez por todas este maldito guión y… Y amor, amor. Solo amor. Ya está. No quiero más taras oreadas; el color pistacho fija el alma y no la quiero quieta. Y…

» En fin; que así camino yo, el poseído por el otro, orejudo mostachoso con gafas de pasta y crema, abrazado por el amor de la noche y su raquítica mano, de prisiones cargado y solo de la luz acompañado. Yo, paloma vanidosa entre gusanos, escupidor de derrengadas gotas malayas que a sutiles butrones abren paso hasta las más secretas habitaciones del alma, conquisté mi ciudad y el mundo y, de paso, a la princesa más recatada, popular y sagrada, reina de los astros y los hombres, conocedora de los misterios y hada del amor, divinísima Atalanta, que me abrió su corazón como una ventana y me dedicó las sonatas que nunca había entonado por nadie. Es… es una de las ventajas de ser pornógrafo del espíritu.

» De todas formas, tampoco me hagas mucho caso; todo esto no son más que carteles. El tiempo ha pasado y ya soy otro. En las paredes ya no cuelgan los mismos cuadros, la gente que subraya los libros con boli ha muerto, y el sol del mediodía pinta de blanco el mar y yo ahora no hago nada más que llorar constantemente.

—52—

Estábamos relajados. Gris y yo hablábamos en su jardín; el verano se acababa y el otoño se asomaba tímido y cariñoso. Era el primer día en que el calor no agobiaba y corría una brisa agradable que acariciaba la piel. Yo le explicaba a Gris como, muchas veces, me veía impelido por fuerzas extrañas a interpretar un papel que no era el mío, a defender opiniones que normalmente creía injustificables.

—¿Por qué? —me preguntó.

—Bueno, me invade la noción profética de que he venido a cambiar el mundo: a incentivar pensamiento e impulsar la especie hacia delante. Personifico las más descabelladas opiniones simplemente para provocar, esperando que la gente le de un poco al tema… Si no, por aquí arriba se nos acumula el trabajo. Perdón, perdón; sí, pégame —dije mientras le ofrecía la *galta* riéndome mucho. (¡Sí, otra vez, otra vez!)

Ella me cogió de los mofletes, me dijo que no quería darme una bofetada y me dio un beso y yo suspiré y le di las gracias. Era, realmente, un ángel. Entonces reapareció mi duda y volví a preguntarme si aquella Gris existía; decidí no darle vueltas al asunto para que la fluidez narrativa no se interrumpiera, y empezamos a hablar de nuestros recuerdos del cole.

—¿Llevabas bocadillo de fuet al patio? Tienes pinta de que sí —me preguntó.

—No, qué va. Yo nunca llevaba bocadillo para desayunar al patio. Nunca. Me parecía una bajeza y de muy mal gusto. *Espíritucracia boys 2001*. Pero, pero…, ¿a qué jugamos, eh? ¿Al juego de los estereotipos? —pregunté.

Era un juego al que le gustaba jugar a Gris. Consistía en adivinar las costumbres de alguien basándose en su fisionomía y su forma de ser. La mayoría de las veces acertaba y la creían bruja y se alejaban de ella y le decían thought you were my sister, hey, I thought you were… A lo que ella respondía: swoop, swoop cuando llegaba a casa y se reía del mundo (porque

sí, Gris vivía, como yo, entre los dos mundos; si no, nuestra relación hubiera sido, comprensiblemente, imposible). Yo… Yo, como vivo entre dos mundos, no vivo realmente en ninguno. En ninguno estoy todo yo, siempre navego entre tierras con el alma dividida en dos. Ella también. Creo. No sé. Da igual.

—Las personas son mucho más predecibles de lo que parecen —me decía—. De hecho, la mayoría de nosotros (por no decir todos) solo nos dedicamos a cumplir de principio a fin toda la lista de cualidades pertenecientes a nuestro perfil sociológico. La gente que no es predecible no interesa. (O es la que interesa más, sí, sí, pero… Pero no nos desviemos, no…) Cuando uno escoge pertenecer a un grupo, se convierte en un dogmático y pierde su voz en la de los demás. Deja de ser él y se convierte en el grupo. Eso hace que cualquier opinión atribuible al otro bando, por loable, lógica e inteligente que sea, se anule y se condene sin ser analizada.

—Sí. La sociedad se organiza en pequeños grupos ideológicos que comparten opiniones y creencias. Ningún extranjero a la ideología es realmente bienvenido porque altera el orden establecido. El que duda está condenado a no pertenecer a ningún grupo y ahondar más en su aislamiento. Debido al rechazo al que son sometidos, aumentan las razones para aislarse y la cantidad de gente aislada, que solo ven (valga la redundancia) en la condición que se sufre, las razones de que la condición exista.

» En un mundo así, lo considerado introspección no es más que la repetición tautológica de las convicciones que se poseían en un principio, por lo que la duda y aquel que la sufre serán vistos como parias y enajenados sociales que ni siquiera formarán parte del entramado social porque no tendrán ni una representación mediática o social que los legitime ni a la que puedan pertenecer. Hasta que… No. Eso da igual porque en el momento en que una tomada actitud se legitima mediante su representación en cualquier medio, pasa a ser obsoleta y un cadáver de lo que era. Pero bueno, ¿qué ibas a decir? Perdón, te he interrumpido.

—Sí. Tranquilo. Decía que la gente que duda no produce ni consume a gran escala (obviamente, es literalmente impracticable no hacer ninguna de las dos cosas); ninguno de los resultados que se le ofrecen le satisfacen (pues ¿qué atractivo puede haber en un crecimiento perpetuo si es vano, superficial y desprovisto de cualquier cualidad espiritual?). De ahí que el pensar no interese por motivos puramente económicos. Alguien que pone en jaque las convicciones sobre las que se ha cimentado su propia personalidad, es alguien no dispuesto a luchar por la consecución de ningún objetivo ya que todos le parecen ajenos.

—Sí, la duda requiere valentía: es un constante desgarramiento con todo lo conocido en el que uno se adentra en el terreno pantanoso de lo ignorado. Y, además, requiere tiempo y dinero.

—¿Sí? ¿Tú crees? Yo creo que no. Yo creo que todo el mundo puede dudar, tenga dinero o no. Tú puedes estar trabajando y estar dudando sobre si lo que estás haciendo te hace feliz o no.

Ella de repente se llevó las manos a la cabeza y empezó a arrancarse los pelos y golpearse el pecho gritándome un montón de cosas sobre mi privilegio y la inconsciencia social que demostraba hablando de tales cosas sin conocimiento absoluto de causa y esas cosas. Yo le respondí muy tranquilo que se relajara, que probablemente estaba hablando con la persona más radical que se iba a encontrar a lo largo de su vida, y que yo, el tocado, había renunciado a mi corona en pos de la horizontalidad y la supresión de toda jerarquía pero, después de años viendo que el socialismo cristiano no iba a llevarme a ningún lado, había decidido convertirme en aquel famoso e infiltrarme así en las instituciones porque para ser teóricamente congruente con mi exacerbadísimo utopismo, debería aislarme en una montaña y dejar de comer, hablar, y pensar en un ejercicio ascético en pos de la igualdad última y definitiva hasta morir de hambre, y como veía que ni así iba a poder escapar la maldita pirámide asquerosa que a nosotros corazones andantes se nos antoja como moralmente inaceptable (y ¿cuánto mar puede ver tu casa, Sr. Objeto?), había decidido desistir de mis anhelos de perfecta

fraternalidad para intentar cargar con la cruz de mi tiempo y mejorar en lo que podía y como podía la humanidad en su conjunto prescribiendo doctrinas para sobreponerse a la futilidad y el absurdo sin perder la cordura.

Pero como yo en realidad no tengo ni idea de estas cosas y no quiero meterme en ningún lío y lo humano y lo contempóraneo, como claramente se ve en este pequeño inciso, emite un olor insoportablemente apestoso y difícil de compaginar con mi idea de musicalización lingüística, y "Ay, Dios, ¿en qué me he convertido? Yo quería ser un cuadro de O'Keefe y he acabado siendo un maldito *starter pack*", diremos que me respondió esto:

—O no. Con la mecanización del trabajo, los humanos nos hemos visto relegados a trabajos que requieren de nuestro intelecto más que de nuestro físico, por lo tanto, así como antes podías trabajar mientras pensabas en tus cosas, ahora trabajas mientras piensas en el trabajo porque tu trabajo, básicamente, consiste en pensar.

Y… y bueno, hecha esta digresión (que, en realidad, no se dio en ningún momento y ha sido un ejercicio de onanismo intelectual fruto del aburrimiento y basado en mi ignorancia, por la que os pido, otra vez, mis más sinceras disculpas), volvamos al asunto.

Por cierto, ¿qué os parece mi nueva humanidad adquirida? ¡Hablo de los problemas de mi tiempo y con la voz de mi tiempo! Hablo de política… ¡de política! Fijaos, ¿eh? ¿Quién lo diría? Bueno, y ahora que soy especialista e intelectual en los problemas de mi tiempo y he erradicado por completo la inacabable raíz de mi imaginación y probablemente aplique para hacerme columnista en algún periódico, os pregunto (y por favor respondedme, o respondeos —si es que es cosa distinta—, con sinceridad): ¿no os aburrís?

Pero bueno, que tampoco quiero infundiros el sentimiento de culpa porque yo también soy criminal y sé lo mal que se pasa y lo lejos que se halla uno de uno mismo al perpetrar crímenes de una índole que… Así que, repetid conmigo mecánicamente:

—Ah. Que no me mezclen con lo humano, que no. ¡Infame nombre y mordaz grillete! Atrás, atrás. No pretendas entenderme, digo, no has leído los mismos libros que yo…

(Estas frases deben ser pronunciadas de forma monotone y monocromática, como si se fuera un robot incapaz de expresar emociones o hacerlo solo de forma muy básica porque a quien pregunta como máquina se ha de responder como máquina y esas cosas).

Así que ella me explicaba riéndose que lo pasaba muy mal, muy mal a la hora de salir al patio y desempaquetar su desayuno. (Yo, mientras, me daba cuenta de que toda forma era alegórica y no había nada que no pudiera ser tomado como una metáfora meticulosamente confeccionada por un arquitecto perfeccionista y me cansaba la sola idea de tener que ser el crítico literario que desmenuzara las menudeces y secretos de mi propia vida.)

—Tío… No sabes; no sabes. Era horrible. Me cagaba en mi madre y le metía unas broncas… Unas broncas… —lloraba de la risa mientras me lo explicaba—. Un día… un día voy (*pim pam*, no sé qué, no sé cuántos) y salgo al patio pensando: "A ver qué me habrá hecho esta ahora…". Y va y me encuentro… No sabes, no sabes. ¡Adivina lo que me encontré! ¿No? *Buah*… Va y me encuentro un pan de frankfurt con mermelada de fresa. ¿Tú te crees? No sabes lo mal que lo pasé, tío, no sabes… Ahora parece que no sea para tanto pero…

» Y encima era un panecillo que había sobrado de la noche anterior y estaba envuelto con el embalaje y todo. No, no: horrible. Créeme. Al volver a casa no sabes la que monté. "Es que mamá… ¿No lo sabes? ¡Me pueden matar por esto, me pueden matar!". Claro, ella no sabía lo que estaba en juego en un sitio como aquel; si los padres recordasen, aunque solo vagamente, las crueldades de las que son capaces los niños… Entonces… ¡entonces entenderían por qué hay guerras en el mundo y no les sorprenderían tanto los titulares de los diarios!

Yo me reí mucho de verla reír tanto y la abracé y nos besamos y le pedí que me contase más cosas que le preparaba su madre para desayunar. Ay, sus brazos; ay, su piel de almohadas…

Me explicó que una vez desayunó frutos secos metidos en un bote de pastillas y más cosas pero que la peor fue, sin duda, la del bocadillo.

Y entonces, no recuerdo cómo, terminamos hablando de mi padre. Yo ya tenía el monólogo aprendido, así que no me costó empezar.

—Ay, mi padre… ¡Mi padre! Mi padre es de los que, cuando conduce, se para en cada paso de cebra para que pasen los peatones por muy lejos que estén o poca iniciativa que parezcan tener. Después, los sigue con la mirada sutilmente para ver si le agradecen que se haya parado. ¡Es un publicista nato! ¿Qué se le va a hacer? Cuando escucha un anuncio no se indigna ante el descarado engaño, sino que piensa en formas de engañar *mejor*. Ay… es un hombre, un hombre…; y ¡qué hombre! Debería escribirse un libro sobre él. Bueno, ¡debería escribirse un libro de todo el mundo!

» ¿Qué será, por cierto, de todas aquellas personas desapercibidas por los ojos de la historia? ¿Por qué no aspiran a la inmortalidad, aunque sea ilusoria? ¿Por qué no gustan de expandir su enfermedad por el sano corpachón de la raza? ¿Quizás porque su enfermedad está tan extendida que no se sienten solos? No sé. No lo entiendo. O sí. O lo entiendo demasiado bien. Bueno, sigo. Dejame desvariar, oye, no te rías. No, no… Tú confía en mi. No acabaré diciendo: "¿Siami contenti? Son dio, ho fatto questa caricattura…" El mundo de los humanos me aburre, pero el mundo de los locos también. Nada descubriré en ambos que no sepa. En fin, ya encontraré otro que me sacie. De mundo digo. Sí, sí… Voy, voy.

» Recuerdo… recuerdo un día en el que yo estaba siendo arrasado por una melancolía inefable, para variar, y lo vi a él y a su mujer haciendo las tareas de la cocina. Lo vi pasándole el trapo a una olla y enjuagar la cuchara de madera en la pica. Su mujer sacaba algo del lavaplatos. ¡Y a mi me caían lágrimas a borbotones, a borbotones!

» Bueno no, en realidad no. No lloraba a borbotones. Miento. Pero me dio mucho tristeza ver esa escena, y a día de hoy aún no sé porqué. ¿Cómo? ¿Que intente adivinarlo? ¿Digno de novelista dices? Ya, ya… Me da mucha pereza hacer de novelista y pretender adivinar las razones de lo que debería ser secreto… Cuánto más se asemeja el arte a la vida, más demoníaco es. Sí. Es lo que hay. O más divino. ¿Sí? ¿Tú crees? También, también… También puede ser… Lo que pasa es que me da mucho miedo ver a esos locos jactándose de poder disfrazar la mentira de verdad y gritar: "¡Podemos hacerles creer lo que queramos, podemos hacerles creer lo que queramos…!"

» Y uy… Recuerdo también otro día… en el que estaba yendo con él a algún sitio en coche; no recuerdo bien dónde. Después de haber pasado horas encallándome palabras en la garganta porque… ¡Ay, qué tortura es el hablar! Creo… (¡no!); estoy convencido de que el lenguaje es el pecado original. ¿Qué decían? Sean tus únicas palabras: "Sí, sí; no, no; todo lo que de eso exceda proviene del maligno". ¡Ay! Y aquí me ves hablando, ¡yo, el pobre yo, el yo yo! Madre mía… ¡Madre! ¡El Tao que puede ser expresado no es el Tao! Si es que lo dicen todas las religiones… porque todas las religiones son la misma; ¿lo sabías? Lo que hace que se diferencien es (adivina) el lenguaje. Con lo guapos que estaríamos todos calladitos… Ay, maldita Babel…

» Solo veo dos opciones ante mi: o volverme loco y decir barbaridades; o volverme loco y no hablar nunca más. De momento, me quedaré con la primera que he de acabar el libro. ¡Da igual, da igual! Dejadme.

—53—

—Volvamos a la tierra. ¿Qué, cómo lo llevas? Perdona, perdona a veces me dejo llevar.

[Extracto pseudoacadémico que explique la necesidad de extensión en la obra, como los gritos de un bebé mal alimentado (es mejor decir una cosa mil veces que mil cosas una vez), para imponer autoritariamente mi punto de vista… en este mundo de consumo personalizado, etc.]

—Bien, bien. Bueno… hago lo que puedo —responde Alguien.

Hace tiempo que le duele la cabeza pero no se atreve a decírselo.

—Sí, entiendo. Verás, es que yo tengo esta teoría… ¡Yo y mis teorías, eh…! Es una teoría un poco tonta, pero bueno… ¿Qué no es tonto? Incluso el hecho de que yo crea que todo es tonto es tonto. *Bah*, pues eso: ante una encarnizada lucha librada por dos ideas opositoras dedicadas únicamente a destrozar y sobrevivir la otra, lo mejor es quedarse callado y observar el espectáculo.

» Pero… ¿pero no es esa una posición a tomar al respecto? ¿Y por qué no me callo de una vez? Ay, me siento perseguido… ¡Quitad, mosquitos! Diga lo que diga me van a quemar en una hoguera; por eso berreo como un niño sobre asuntos de los que no tengo ni la más menor idea. Dos unos y un dos son la misma cosa. ¿Y a qué diablos viene eso? Bueno, pues… que un diálogo es una combinación de mentiras y un monólogo una acumulación de verdades. ¿Se entiende? ¿No? Da igual.

—Sí, lo entiendo. Hace poco he pensado una cosa similar.

—Ay, ¡ay! ¿Qué me dices, eh, qué me dices? Ya sabía yo que no me equivocaba, ¡ya sabía yo! Eres de los *míos*, ¿eh? ¡Lo eres! Los dos mundos están juntos. Pues ¡al lío! Sé mi mudo acompañante y da viento a mi vela; sea mi vida un soliloquio infinito. Y la tuya también, claro, claro… Perdón, te pareces tanto a mi que a veces creo estar solo. Y ahora…, ya satisfecha tu hambre, déjame desaparecer un rato.

Y así, el hombre desaparece.

Alguien, en ese momento, mira por la ventana. Allá fuera, las calles murmuran paz. Están más tranquilas que de costumbre. Hay poca gente y pocos coches, y los que pasean parecen hacerlo sin querer hacer ruido. Los árboles, latiendo como un corazón, son mecidos por el silbido de un viento

que los penetra y les hace cosquillas. La luz cobriza de la ciudad se refleja en las panzas de las finas nubes que se alargan suaves como estrellas fugaces en un lienzo negro; la estela de un avión se cruza con ellas y asciende como una espurna de fuego rasgando el océano y perdiéndose en las altitudes. Todo parece flotar sin peso ni esfuerzo. Alguien, terriblemente cansado, se deja caer en un sofá. La gente habla en voz baja y suena música agradable; el mundo está bañado por una luz tibia y líquida que pinta de miel lo que antes era de diez mil colores entremezclados.

En una esquina de la habitación, un chico le explica al otro lo mucho que el óxido deuterio se parece al agua. Al lado suyo, hablaban un chico y una chica, intrigados por el procedimiento con el que se fabricaban de las canicas.

—En el fondo, lo único que quiero saber es: ¿por qué cuando caminamos hacia delante no vamos hacia atrás?

—La pregunta es estúpida. La pregunta es por qué te preguntas algo así.

—Bueno, eso no hace más que confirmar mis dudas…

—¡Qué digo! Perdón, perdón, tienes razón. Tu duda es perfectamente entendible, pero para mi la pregunta que realmente deberías hacerse todo el mundo es: ¿por qué lucha Yoda? ¿Eh? ¿Por qué, eh? ¿Por qué? —dice el otro y, torciendo el torso, se aleja altivo como una cortesana extravagantemente ataviada.

A Alguien le duele mucho la cabeza y ya no tiene ganas de escuchar nada. Al oír palabras, quiere imaginar su significado, pero no lo alcanza. Todo le parece inconcluso e indeterminado. En el caso de que el torrente de palabras sea claro y conciso, sigue pareciéndole blando y flojo. ¿Puede una cosa ser parcialmente esa cosa, si *es* esa cosa? Pero, ¿qué cosas se pregunta? *Hmm*… No entiende nada y quiere sumirse en la oscuridad absoluta. Sueña con dejar de ser. Todo le parece demasiado. Un perro y una ambulancia dialogan con aullidos en la calle.

—Vamos, ¡vamos! ¡Vamos a hacer algo!; es *necesario* hacer algo; hemos de hacer algo. ¿Por qué discutimos cuando tendríamos que hacer

cosas importantes? Estás haciéndolo mal, hazme caso. Deberías ser un poco más como yo, que sé de qué va todo esto, sé por qué merece la pena luchar y sé lo que hay hacer para conseguirlo. No podemos quedarnos aquí sin hacer nada, tío, ¿no? ¡No, no! ¡Nunca, nunca! ¿Qué vas a hacer? ¿Quedarte aquí sin hacer nada? Tío, va, espabila. Mueve el culo del sofá, ¡hemos de hacer algo! ¿De qué sirven tus poesías e imaginaciones si no sirven al bien común de todos y todas? ¿Eh? ¿Por qué lucha Yoda, eh? ¿Por qué? ¡Vamos! ¡Que todo movimiento genera consecuencias! Yo abogo por… ¿Por qué abogas tú, imbécil? ¡Deja de huir y hazte responsable, miedica!

La vida dibuja círculos en torno a si. Él, lejos de las murallas de su piel, se disipa en lo otro.

—No; creo que te estás equivocando de persona… —le dice al chico que intenta levantarlo del sofá a golpetazos.

—Y yo creo que te equivocas de sofá, gilipollas —y lo coge y lo arroja lejos de este y contra la pared—. La vida es lo más grande y perderla es perder todo, querido —le recuerda mientras se sienta donde él antes se sentaba.

A Alguien le cuesta un gran esfuerzo articular palabras y cree haberlas olvidado. Salen de su boca resoplando y muy a duras penas. Escucharlas, después del golpe contra la pared, le supone un esfuerzo casi igual. Quiere irse a casa. Ya no quiere más. Morir, dormir… Algo. Necesita descansar. Sus párpados empiezan a pesarle y… lentamente… la luz se va apagando…; mira por la ventana del tren…

> Abre los ojos en la cama de una habitación con paredes en las que reposa un blanco virginal y las sábanas parecen tejidas de nube. El techo parece no existir y su mirada sigue mucho más allá de este, traspasándolo y llegando hasta… el horizonte. Nada de lo que está allí parece molestarlo. Le vienen imágenes de la ciudad acompañadas de ruidos estridentes y

desacompasados y le parece todo muy lejano. Parecen recuerdos de otra vida.

Se levanta con la piel fresca y el esqueleto descansado y en su sitio. Inspira profundamente, ensancha los pulmones y, lleno de una dicha incalculcable, se deja caer, mientras exhala, sobre las cama fría que lo abraza como agua de mar en un día caluroso. Nada un rato entre ellas y, cuando está más despejado, camina hacia la ducha. Pone el agua lo más fría posible. Las gotas de agua congelada energizan, al contacto con su piel, el cuerpo entero; se inmiscuyen en su organismo como un elixir divino e irradian cada rincón con energía joven, limpia y pura. Cada gota es un beso, cada mar un cielo. Su alma salta de felicidad, vibrando efervescente.

Sale y, como una persona nueva, se pone a hacer estiramientos. Con el eje equilibrado, se dirige a la cocina a desayunar. Bebe dos vasos de agua y se sienta a comerse una manzana. Todo está alineado: los pájaros pían, el sol calienta, las flores brotan y el Amor inunda el mundo entero. Las briznas de hierba cantan, los corazones amanecen; la armonía reina. Alguien mira por la ventana y ve como, sinfónicos, se alargan los brazos de un Sol que promete una nueva vida: es la primavera del espíritu.

De golpe, el olor de un cenicero penetra su nariz erizando tétrico su puerco espín. ¿Qué? Vuelve a estar despierto. Alguien sigue en la fiesta. Todo huele a cigarro y a tropo y a pájaro enfermo. La música pincha. Corriendo, va al baño y, una vez allí, saca la libreta y escribe un poema:

Al bell mig de l'horitzó, on el cel i el mar es besen.

Lejos de este ardid, su reflejo huye

Mi hogar, que entre nubes yace sin atar.
Libres mis espaldas, entre ondas rosa y cian,
Canta y campa y nueva celda construye.

Solo allá, en volandas de aquel ángel;
Solo allá, donde mar y sombra lindan;
Allá, inmerso en apuntalada cima,
Canta y campa y ruge mi intacto amor: Él.

Silencio sagrado, luz de mi vida;
Divino solaz, lápida en mi pecho;
Panacea secreta, aúna mi cisma.

Amor, tuya es toda mi deuda;
Duda, Sol, de quién vengo y dónde vuelvo;
Luna, hoyo, a vuestra jaula mi alma aspira.

Insatisfecho y avergonzado, la arroja al váter y tira la cadena. Vuelve a la fiesta desilusionado. Con martillo y cincel, la tristeza esculpe el andar de nuestro querido héroe, de flema y bilis rebosante. Todo lo que era blanco se ha vuelto negro, y todo lo sólido, viscoso. ¡Ay de mi y de todas las cosas de este mundo!, piensa y, en su imaginación, se lleva la mano a la cabeza, como una princesa desmayada ante el anuncio de una mala noticia.

—¡Eh!—grita el desconocido— ¡Eh! ¿Ya estás de vuelta? ¡Ya estoy yo de vuelta! No me manda nadie, me mando yo mismo, imbécil. Me lo digo a mi mismo. ¿Quieres que hablemos del libro? ¡Es hora de hablar del libro! Me lo han chivado… Ven, ¡ven! ¿Qué digo? Escúchame. ¡Ah! Escúchame; si nadie me escucha no existo.

Alguien, nebuloso y en busca de destino, se acerca al otro a tientas, buscando algo sólido en lo que apoyarse.

—Te veo mal…, muy mal… ¡Ah, querido…! Acoge a Dios en tu alma y todo te será dado. En Él halla quien busca, en Él ama quien odia. Recuerda: todo es bello, todo es bello. Mira… ¿Cuál? ¿Qué más da cual? Todos los dioses son el mismo. ¡Y todos los destinos también! Escúchame: todos creemos en el mismo Dios. Eso digo yo.

» ¡El punto de fuga, querido! El punto de fuga, el iris del ojo, un organismo unicelular, el átomo y sus electrones, ¡un diente de león!, el cuerpo y el sobrecuerpo que del último implosiona, una luz borrosa, la corola de una flor… Todo átomo es centro, todo átomo es Dios. ¿Sabes…? ¿Eres realmente consciente de la importancia de esa afirmación? Tanto tú, como el suelo que pisas al caminar, como el pan que cortas y el cuchillo que utilizas…: todo es Dios. Todo. De un átomo a… Mira: todo lo que aquí abajo acontezca es reflejo de la Ley Suprema y ocurre regido por mandatos divinos. Todo cojea para que aprenda a cojear y anhele dos piernas; y si algo accidentalmente no cojea, se le corta una pierna. Así ha de ser y así es. Unidad, separación y reunión: esa es la Ley que ordena el mundo entero. Cuando la veas en cada suceso, desde el más microscópico pensamiento que concibas al movimiento de los astros (pasando por cómo, dónde y cuándo pides un café y por las ciento y la madre especies dentro de un mismo género), lo entenderás todo.

» Requiere mucho trabajo librarse de las costumbres mundanas que te tienen atado a este círculo repetitivo en eterno retorno, pero el camino se hace más fácil cuánto más se camina. La cúpula que gozosas líneas paralelas aúna en su cenit, apuntando hacia el infinito birlibirloque de contritas bailarinas… Amarillo pastel el centro; en los bordes azulea. Ven, yo te enseñaré que todas las palabras son iguales. ¿Estás preparado? Vamos.

Lo coge del hombro y lo acompaña a una esquina de la habitación. A estas alturas, Alguien, que ahora se sabe manifestación temporal de expresiones eternas, es un títere del otro.

—54—

—Bien; a lo que iba… —seguí explicando—. Llevaba tiempo callado, haciendo hervir mi orgullo en las profundidades, dejándome llevar por los huracanes de la filautía excesiva propia de los enfermos como yo, hasta que le solté una bufonada que él, para mi sorpresa y debido a su sencilla y probísima bondad, tomó en serio. Todo empezó cuando él me cuestionó si estaba seguro de seguir aprendiendo de manera autodidacta.

» Yo, henchido por la altivez que invade a uno después de una sesión de lectura prolongada, cual Quijote injuriado, amarré bien cerca las riendas de mi humildad y me entregué por entero a la densa y furibunda naturaleza de mi arrogancia.

» Hacía tiempo que no dejaba campar a sus anchas a mi pequeño diablillo, así que aquel día, cuando lo liberé, estaba especialmente nervioso. Así, con voz grave y midiendo los tiempos, espetó:

»—Me temo que no sois conscientes de la magnitud de mi obra.

» Al decir esto, los cielos se abrieron y empezó a diluviar sobre el parabrisas del coche. Palabra. ¡De verdad! Te lo prometo. Enserio. Bueno, bueno, ¿me dejas, me dejas seguir? Va en serio… Me da igual que no me creas, me da igual… En fin, ¿sigo o no? ¿Sí? ¿Me dejas? Venga.

» Pues eso, que aquella extraña coincidencia, digna de una obra de teatro sencilla que busca crear impresión en su audiencia con explosiones y artilugios en vez de mediante el ralo ingenio y la hacendosa industria, hizo que yo estallara en una sonora carcajada que retumbó entre las paredes del coche y rompió mi consistencia interpretativa. A partir de aquel momento, mi padre se convencería de que estaba verdadera e irremediablemente loco y no, como había querido creer hasta entonces y había explicado a sus allegados, "pasando por una fase".

» Total, que empezó el Gran Diluvio y en las ventanillas del coche las gotas participaban en carreras para acabar evaporándose en el aire. Una gran metáfora, recuerdo que pensé. Podría empezar así mi película: "Escena 1.

Interior. Coche. Día. Max (Voz en off, melancólico, soñador): ¿Acaso somos algo más que…". Quizás debería escribir una película, pensé. Sí. Yo, creído dios, purgaría y purificaría, lleno de amigable conmiseración por los escasos de mis hijos que eran ufanos y anhelaban verdad, la tierra, hendida desde el brote de un ámbar de una tierra fértil en irregularidades en un estercolero de mentira y apariencias, magreada por una hueste de criaturas horrendas que habían emanado como excrementos de su maldad en un momento en que la ciencia, en un arrebato de furor carnal, había confundido a su esposa con su hermana y había engendrado al dios del inframundo y salvaría (una vez más), el universo entero de su perentoria destrucción y mi incontrolable furia porque, aunque me preferiría ser catedrático que Dios, no me atrevo a llevar tan lejos mi egoísmo privado y desatender la creación del mundo y su burocrática sonrisa (aunque —todo sea dicho— me gustaría obtener un puesto en la universidad como instructor de música para enseñar a la gente a tocar el piano y poder tocar el piano para la gente…)

Pero en ese momento, mi padre respondió:

»—¿Qué quieres decir? Sé perfectamente que has apostado en el arte como medio para ganarte la vida.

» Ay… Como odiaba esa expresión, cómo la odiaba… ¿Ganarse la vida? ¿No era uno meritorio de esta solo por haber nacido? ¿Había, además, que ganársela? ¿Y acaso no ganaba siempre la vida? Seguro que había algún artículo en algunas de aquellas gigantescas instituciones mundiales encargadas de garantizar el bienestar de todas las personas del mundo que protegía el derecho a la vida. Me sonaba: el derecho a la vida. Tendría que mirarlo. Bueno, de todas formas… Da igual, me pierdo. Al hecho.

»—¿Max? Te he dicho algo —me dijo mi padre al ver que no respondía.

»—Sí. Estoy pensando la respuesta. Quiero escoger las palabras adecuadas —recité pausadamente y con una dicción majestuosa.

»—Muy bien. Espero.

» Entonces empecé a pensar en cómo iba a ordenar el discurso.

» En el acto, me interrumpió el recuerdo de mis amigos hablando de un caso reciente sobre pederastas y cosas así, porque mi mente era rebelde y aún vivía en la agitación constante e indomable de los…

»—Vale, dejadme decir algo, por favor —gritó uno irrumpiendo entre la marabunta de voces que se agolpaban en aquella terraza— Dejadme… Vale. Imaginad que, por un momento, lográis amasar una fortuna de las dimensiones de este señor, una fortuna que os permite realizar cualquier capricho, materializar cualquier deseo y sin tener ninguna consecuencia legal o jurídica. Ahora, ¿hay alguien aquí que puede *aseverar* que nunca se ha sentido atraído por chicas de dieciséis años?

» Pensadlo bien, por favor. Y, para ello, considerad también las convenciones éticas y las obligaciones morales que os han sido impuestas desde que tenéis uso de razón para el adecuado funcionamiento y la conservación y subsistencia de la sociedad como conjunto. ¡Vamos! ¡Que levante la mano quien pueda asegurar, sin ningún reproche del alma, que no ha pensado nunca en hacerle el amor a ninguna de esas chicas (o chicos) que pasean por la calle con la piel tersa y los rasgos virginales.

» Vamos, vamos… ¡Es biología! ¡Ciencia! Nos sentimos instintivamente atraídos por los mejores y más habilitados portadores de nuestra carga genética… y la salud es juventud. A partir de los veinte el cuerpo ya empieza a morir y degradarse lenta e irrevocablemente… y, por ende, se convierte en un continente inadecuado y muy poco conveniente si queremos perpetuar lo mejor de nuestra especie.

» ¡Bueno! Y todo esto sin entrar en la parte teológica del asunto… ¡Se nos ha prometido que el hijo de Dios nació del útero de una Virgen! ¡Virgen Santa! Eso no es moco de pavo, hombre, eso no es moco de pavo. Y hasta aquí; hasta aquí. No quiero que me degolléis o que me queméis en una hoguera; solo quería haceros pensar… ¡Ah, el pensar! Esa cualidad tan raramente vista… Yo lo hago cada vez menos, cada vez menos… ¡Demasiado pocos hombres se atreven a seguir pensando una vez topan con su insuficiencia! La verdadera tragedia del ser humano es el pequeño

número de gente que aspira a la genialidad. Eso digo yo…—añadió rogando al cielo y buscando, con la exageración de sus gestos, los bises del público y sus aplausos.

Después, como es lógico, un otro se vio obligado a contrarrestar la opinión vociferada por aquel que se hacía llamar a si mismo "el nuevo hombre", y alardeaba estar por encima del bien y el mal sin saber que quien rompe una regla la obedece y todas esas cosas y dijo:

—Vamos, hombre… ¡Por favor! Qué barbaridades dices, ¡qué barbaridades! Ha de haber un orden, hombre, un orden. Me gustaría ver a todos esos gurús siendo enfrentados por sus discípulos. ¿Qué pasaría entonces? ¿Por qué hablo de esto? Bueno, yo sé por que lo digo, ¡yo lo sé! Ser virtuoso en el decir y pecaminoso en el hacer: esa es la cualidad de todos los que predican. Enseñan el áspero y espinoso camino del cielo mientras ellos pisan la senda florida. Coherencia, por favor, coherencia… ¡Ay, ay!

» ¡Ay, si tal cosa existiera…! Pero uno se aleja de si mismo al hablar y… Ay, ay… ¡No, no! ¡Lejos de mi, melancolía! Dios es más yo que yo mismo, y ¿sabéis por qué? Porque Dios no habla sino con actos. El mundo es su palabra y nosotros solo burdos imitadores. Y, y… ¿Y qué otra forma de aprender hay? ¿Qué sería de la medicina sin la negligencia médica? Dios, ¡qué digo! ¡Ay, ay! Que caigo. Qué arduosa tarea la de ser hombre… Mentir para aprender a decir la verdad.

» Desvarío; perdonadme. Analicemos la cuestión en profundidad: la sociedad, espejo de la naturaleza, se organiza jerárquicamente. Y que no me digan que es todo consenso y estructura inventada; los mismos animales se organizan en jerarquías y se subdividen en estados y niveles; solo hace falta mirar profundamente la naturaleza para saberlo. Mirad: el simple hecho de hablar ya implica y se sirve de una estructura de poder. Yo hablo, tú escuchas. ¿Qué sería del mundo si todo el mundo hablase a la vez? ¿Sacaríamos algo en claro? ¡No!

» Y aún diré más y añadiré otro ejemplo, con el riesgo de sonar repetitivo: ¿no se ha de poner un semáforo en rojo para que el otro se ponga en verde? No seamos necios. Vivir en sociedad conlleva renuncia. La posibilidad de libertad nace cuando existe la realidad de unas reglas. ¿Sería yo hombre si fuera por ahí follándome todo lo que me excita? Cuando un hombre dice que todo está permitido, solo está dejando entrever su debilidad de espíritu, pone al descubierto su incapacidad de ejercitar el alma y transformarla en vigorosa y disciplinada.

» Así que, por lo que a mi respecta, no me incluyáis en esas nuevas filosofías modernas, hijas de la pereza, que no fomentan más que la barbarie y el pecado. El hombre se debe a la sociedad, y no a la inversa.

El monólogo se alargó unos cuantos minutos más, la discusión, hasta el día del Juicio Final, pero para que no perdamos el hilo de los hechos enredados en conflictos filosóficos que ponen en evidencia la ridícula diferenciación formal de un mismo contenido esencial y el vacío existencial resultante de toda investigación en las ciencias del conocimiento y las artes de la retórica que no termine en… *yatusabe*; volvamos al primer recuerdo, que ya había empezado a exigir respuesta después de un muy prolongado silencio.

—55—

—Te diré un secreto —explica— yo, que estuve loco, puedo ahora ver con claridad. ¿Y sabes por qué…? Pues precisamente porque… Bueno no, te lo digo más adelante mejor… y como el tiempo es un círculo, quizás ya te lo he dicho; ¿quién sabe nada con certeza? Quien afirme saber miente. Qué pesado soy. Ahora el libro, el libro. ¿Me han dicho que estás escribiendo un libro? Genial idea, querido. No hay mejor manera de perder el tiempo. Antes te he dicho que escribía solo para pasear mi bellaco talento por los

callejones de esta terrena y sucia carrera. Bien, eso… eso no es del todo cierto. Hay otra razón. Otra razón aún más fea.

» ¿Puede haberla más fea? Sí, querido, sí. La belleza es cumbre, la fealdad pozo sin fondo; siempre hay algo más feo; nunca nada más bello. A veces pienso que es al revés, pero da igual porque toda afirmación existe simultáneamente con su negación y cualquier sistema que no adopte la contradicción como ley está destinado al fracaso. Y yo, yo… verás… Mi alma es fea. ¡Cómo!, dirás. ¿Puede ocultarse tan pérfida malicia tras tan amable apariencia? Guiño, beso; *ejem, ejem*… (Quiero dejar constancia histórica de que, aparte de una voraz inteligencia, fui bendecido con una grácil y suave belleza; ¡así de imbécil soy!, *sue me* —¡que cada uno se regodee en su vicio y su pecado!).

» Ay, si tan solo supieras, querido, si tan solo… Sí. Soy un desgraciado. Mi alma anhela bondad pero es débil, débil como un trapo; e incapaz de cultivar la virtud, y decepcionado conmigo mismo, ¿sabes qué hago? Hago lo peor que puede hacer un hombre, lo peor… Hundo a los demás para no ser yo el único ahogado. ¡Ay, ay! Con un martillo y unos muelles, escribo hechizando. ¿Por qué? Porque tú ya no me quieres y sin ti me va mejor. Por eso.

» Y ansío contagiar al mundo entero con mi enfermedad. Tan enorme es mi egoísmo y tan triste mi ejercicio. Me digo: "Bien, si enloquezco a mis allegados, ya no seré el único loco, pues en un mundo de enfermos, no hay enfermedad". Y así, trato de propagar mi *visión particular de las cosas* (y no hay peor enfermedad que esa), a los demás. Penoso, ¿verdad? Bien, pues escucha esto, que aún hay más.

» Cómo bien sabrás, los que no somos Shakespeare debemos conformarnos con acertar una sola frase entre un millón. Todo acto es búsqueda. Suspiramos por aquel hálito de luz que a veces aparece fulgurante entre montones de basura. Una canción buena de trescientas, una frase buena de quinientas. Pues yo, en esa desesperada búsqueda, cometo el más común crimen, en aras de una esperanza ignota que colme mi vacío:

objetivo lo subjetivo. ¡Ay! Sucio filósofo… Ya lo he dicho —¡ya lo he dicho!— pero no hay peor enfermedad en el mundo entero que *esa*. ¿Qué hay que sea cierto? ¿Qué…? Hoy he soñado que cortaban la barriga verticalmente a un amigo. ¿Por qué? Porque quería entrar con una botella de agua en la fiesta. ¡Solo tenía sed! Pero si quieres beber hay que pagar. ¡Ay, tú, colmena conciliadora de espantos, si me tragas, mátame; no me mastiques con vida!

» Perdón, la poesía se me lleva. Iba diciendo que… eso: experimentar la vida en primera persona es un error y un pecado. Estoy convencido de que es obra del diablo. ¿Estar separado de todo lo que no eres tú? ¿Pero qué es eso? Hay un muelle y corro por él muy rápido para coger impulso y saltar al agua. En fin… ¡ah, el libro! Joder, me olvido. Vuelvo. Perdona, querido, perdona. Sí… Eso. Que escribir es una cosa mala, una cosa muy mala. Si yo escribo no es por nada… es para pasar el tiempo, ¿entiendes?

» Yo, en teoría, debería estar pintando… Eso debería estar haciendo. Pero yo, como el torpe y prepotente Áyax, orgulloso y macabro como pocos, me rebelé, por pura tozudez, contra mi destino. Ahora mismo estoy en el vientre de la ballena, exacto. Pero no te preocupes, no… Ha sido un desvío momentáneo: quería pintar con palabras y ver qué pasaba. Ahora ya sé qué pasa y solo tengo ganas de alejarme de las malditas malditas. Sí. Ahora… ahora… Hablaré con formas abstractas; soy demasiado escéptico para hacerlo con palabras: me fío más de la irrefutabilidad de las formas. Y si he de cambiar el mundo lo haré con mis formas y no con mis palabras- Porque ¿qué hay más universal que un círculo? ¿Qué hay más atemporal que dos líneas? ¿Qué hay más omnisciente que el color? Sí… Haré que las formas enaltezcan y purifiquen el alma humana con su sola sinuosidad. Y… Y si uso palabras, por cierto, haré que asistan al arte y no al revés.

» Y… ¡Ah, sí! Me toca comunicarme con el contenido del corpúsculo, no vaya a ser que malinterpreten mis indicaciones y amaremos en la isla errónea…; si encuentras algún desdichado que tropiece accidentalmente con mi obra recomiéndale que prescinda de ella y que salte directamente a lo

que los críticos han dicho de esta. Sí… Ellos saben de química, espero que saquen algo claro de este embrollo. Ellos… ellos darán apariencia homogénea, clara y tranquila a lo que a mi se me antoja ponzoñoso caos e incomprensible agitación. Yo… yo sencillamente no me lo explico. Soy más grande que mi mismo y… sí. En realidad, todo esto es para ellos. Soy un fósil humano, un pequeño homúnculo en una probeta de laboratorio y ay… Todo lo que hago es para que los futuros eruditos busquen en mi cádaver cualidades representativas de mi época y saquen conclusiones. *Perdoneu, pero algú ho havia de dir…*

» Pero, bueno, bueno… ¿quién me dice a mi que nadie vaya a leer mi obra, no? Para que la gente la lea ha de estar mínimamente ordenada y tener algún nivel estético y la mía es un desastre incomprensible; lo sé, querido, lo sé… Hay que salir de aquí antes de que todo esto explote, parezco decir. No se entiende nada… ¿tú entiendes algo? Yo no entiendo nada… ¡Y he de hacer ver que sí! Porque eso se le exige a mi personaje… Qué drama, ¡qué tragedia!

» Oh… Ya escucho hablar a los espías del espíritu en voz baja, ¡oh, cómo los escucho! ¡Cómo…! No me dejan dormir, querido, no me dejan dormir. Son la razón de todas mis miserias. Noto como estudian con lupa (¡y algunos incluso con microscopio!) la composición fecal de mis palabras. Ay… si tan solo supieran que… ¡nada! Es mejor callarme… Está bien estudiar con microscopio, está bien…; en cada partícula de este mundo habita Dios y la importancia de una partícula de polvo es tanta como uno quiera darle. De hecho, si uno se propusiera encontrar el sentido entero de la vida y el universo en una partícula de polvo, seguramente lo encontraría. Así, de hecho, se plantó el mayor rosal del mundo, ¿lo sabías? Un hombre perdido en el bosque de su pueblo encontró un día una rosa…

» ¿Qué digo? ¿Y por qué cambia tanto de tema?, dicen. ¿Y con quién diablos habla? Signos de exclamaciones y dentro de cada monstruo hay un niño asustado. ¡Su asociación de ideas es alarmante! Soy un mono drogado. Sueño con una casa. ¡Lo microscópico, lo microscópico! Lo microscópico

es telescópico y… lo estamos perdiendo, lo estamos perdiendo… *First rule of Fight Club is*… Y cuando me veais, lloradme. Hay un hollo y bajo, bajo. ¡He aquí el hijo bastardo del postmodernismo! Mirad el monstruo que habéis creado. Yo soy vuestro Frankenstein. ¡No!, ya basta de hacer de *stripper*. Ariadna, échame un cable. Me retuerzo de dolor y el público lo considera baile admirable y me aplaude. Perfecto, perfecto…

» Querido, hola de nuevo. ¿Quién soy? ¡Yo soy Dédalo, vendido dónde los haya! Esclavo de la ciencia, voy donde el invento me llama. ¡La llave! La necesidad es mi dueña, y a mano acuño la libertad que empeño. Entre poleas zanquilargas y rúbricas palurdas crece el metálico árbol del conocimiento, que siempre promete y nunca cumple. Paso el hombro y el brazo derecho por debajo del otro, que sube sin cambiar de posición. Y… y dísculpame, dísculpame si a veces me pierdo, solo sigo mandatos y susurros del otro lado del mundo. Hay pequeños puntos… Hoy hay muchos puntos, no sé porque… *Polka dots fill my eyes, and I*… Ah… palabras, palabras, palabras… Siempre llevan a equívoco. El muelle, que creía estar dentro de una maleta, resulta estar dentro de una esfera. Creo, de hecho, que la historia no ha sido sino una acumulación de equívocos y metáforas mal entendidas. Imagino que… ¡Los círculos! ¡Ah! Coincidencia… En algún momento, quizás… Pero ¿ahora? Ahora solo nos queda intentar organizar como se buenamente pueda el bosque de errores que hemos heredado. ¿Arreglar? No creo… Equivocarse encima de lo equivocado para…

Mentira + mentira = verdad.

» Eso parecen decir todas las obras de teatro, ¿no?. Yo… Ay, ay, ay… ¡cuánto odio a las míseras palabras! ¿Lo ves, no? Las bofetadas de la vida hacen de percusión y mis gritos de angustia componen una melodía. En una librería vi el libro de un hombre, del cual uno de los capítulos se llamaba: "Sobre el abuso de las palabras". El libro tenía setecientas páginas.

» Pero… es comprensible, sí… ¿qué se le va a hacer? De cada palabra surge un abanico infinito de otras palabras y ¿la cantidad de variables acota o amplia? ¿Sabes de matemáticas? Y eso ya lo he dicho, creo. ¿*Aquello* o *esto*? ¿Lo he dicho o lo diré? Mierda… Siempre centro y nunca linde… Ay, ay, ay… Ya estamos otra vez. Si empiezo no acabo y si acabo, acabo donde empiezo. Qué poco sentido tiene todo esto. Ser artista es una tarea atroz. ¿A quién le gustaría ser taxidermista del alma? ¡Voy a atarle cuerdas a este cádaver para hacer que ande! El movimiento es el mismo…, el mismo que antes… ¿A quién se le ocurriría? ¡No, no, no y no! A nadie en su sano juicio, eso digo yo. Y por eso el artista crea y crea y crea, anhelando, en su delirio, esculpir una verdad y salirse, por fin, del espejo atronador.

» ¡Sí, vomitar y vomitar! Que me quiten los dos ojos de la cara, grita él —¡y yo! (*of course I know him, he's me…)*—, y me dejen el ojo más sagrado de todos: *el del culo*. Sobre… Quiero representar lo vivo. Ay, me estiro en un prado y me hago uno con el cielo: sueño, sueño y sueño… Yo quiero vivir para siempre en el sueño… No hay mayor paradoja. ¡Claro! Tírale una pelota a un perro disecado y verás si corre. ¿Cómo ha de correr? Pierdo el tiempo y creo que lo gano…, pobre de mi. Sí, el arte es, en su origen, una negación de la muerte y una exaltación de la vida, pero, en su evidente fracaso, se convierte en una exaltación de la muerte y una negación de la vida.

» Ahá, ahá… ¿No escuchas el trinar de las cotorras? ¿No desenvainas cada día tu temor para hacer más vívido el sueño? Sí… El arte es una perifrásis de lo ya existente y, por ende, tautológico y prescindible. Sí… ¡la función del arte es no servir para nada! ¡Y qué bonito servir! No hablemos del incendio, no hablemos del incendio… Sí… la función del arte es cambiar el mundo. ¿Qué? Cambiar el mundo y vigorizar las facultades espirituales de la masa… Imaginar lo inconcebible, proyectar lo sagrado… Comunicar las formas que el Sol coge más allá de la caverna… Pero, pero… ¿con las mismas sombras que repudia? Sí, amados, el artista, como el profesor, pasa la mitad de su tiempo intentando convencerse de que es

útil y de que no es un estafador al servicio del tirano de quien pide la cabeza.

» Claro… ¿y la ligera paloma? ¿La ligera paloma…? Ay, *they did a number on our boy, honey, it's time to take out the trash*. Este cinismo va a acabar conmigo, *I swear*. Ser la liebre al galgo, no un espejo del mundo. *Cac-cac-cac-cac*… Crea puertas, no habitaciones. Que tu arte sea un amante que tienta y nunca enseña… El arte debe solo hablar de arte, ¿no? Eso creo yo. ¡El secreto, querido, el secreto! La forma… ¿De qué estoy hablando? *¿What is my point? ¿What is…? The point is everywhere: ¡everything is made of points! Woohoo*… Palabras clave: Yo, Dios, algo, nada, Alguien, nadie. *Abstract:* eso quiere decir algo, ¿no? Querido tribunal, a tu criterio me subyugo. Vuestro y nunca mío, Max.

» Ah, sí… el artista total debe mantener un discurso abiertamente contradictorio, solo así garantizará la libertad de la audiencia. No le digas al público lo que ha de pensar, deja que piense él solito, sí…, de lo contrario, estarás reduciendo su autonomía y limitándola a la afiliación o el rechazo de tu discurso. Insinuar…: capta mis cabellos con la yema de tus dedos, ¿los ves? ¿Los tocas? ¡Ah, amado…! Sueña y vivirás. ¡Que viva la incertidumbre y la confusión! *Ahá;* pero solo un poco. ¿Qué?

» Dicho esto, me gustaría añadir que el artista tiene la obligación moral de defender un punto de vista fanáticamente, para así preservar estoicamente su integridad y coherencia como artista y como persona, y no ser una hoja movida por el viento con el alma *in shambles* y las raíces hacia el cielo y que brotan hacia dentro. Sí, la obra de arte definitiva consistirá en no crear esa obra de arte. Pero, ¡qué digo! Me estoy convirtiendo en un artista conceptual. Ay…

» ¿Sabes qué es el arte conceptual? Tengo algunos apuntes al respecto que pueden ayudarte a vislumbrar la naturaleza de dicha problemática. ¡Sí! Llevaos las manos a la cabeza, queridos… Los voy a compartir. ¡Soy payaso de nacimiento!, me lo dijo mi madre. Cuando lloraba, lloraba más que nadie; cuando reía, reía más que nadie: así era yo de pequeño y así soy

yo de mayor. Soy un globo y unas pantuflas abandonadas en la mitad de la calle. Eso no quita que os quiera mucho y que os quiera abrazar. Solo que… Que bueno, que cabe la posibilidad que me recoja el camión de la basura o que explote cuando entre en la undécima estratosfera. Una de dos, o aquella o la otra. Dios dirá. Pase lo que pase, sabed que hay Paz, hay Belleza, y hay Verdad.

» Pero sí, a lo que iba: el arte conceptual. Verás, el arte conceptual es aquel cuya naturaleza reside en una interacción entre el objeto presentado y el sujeto receptor, (cuyos papeles se ven, por cierto, fácilmente subvertidos en el momento en que la contigencia del objeto como emisor requiere de un sujeto participativo en su acción de receptor). Por eso es el más idóneo de los artes, porque es literalmente un espejo y el sujeto espectador no verá en el objeto nada que no habite dentro de si.

» Yo, como artista conceptual buscaría que el proceso intelectual resultante de la contemplación de su obra fuera similar al incitado con la escucha de una sinfonía. ¿A que es bonito? Es la mejor forma de evidenciar que la belleza está en los ojos de quien mira y que todos tenemos orquestras en nuestro interior, que solo están esperando al más mínimo golpecito para suscitar la más magnífica de las sinfonías de todos los tiempos: la propia.

» Sí. Entonces, es comprensible lo que me dijo aquel otro en aquel día gris, imprimiendo en el rostro de mi corazón la cruda realidad de una verdad como galaxias de grande: un círculo habla más que diez mil líneas y dos colores más que trescientos. *¡Tachán!* Y también lo que me dijo aquel otro, que veía a las obras de arte como problemas matemáticos cuya resolución debía ser lógicamente factible y proporcionar al sujeto el deleite característico de dos piezas de puzle bien encajadas cuando alcanzara en su mente la antedicha resolución… Pero no nos desviemos, no… Estaba hablando de mi lamentable y muchas veces obstaculizante ansia creativa, que no me deja descansar ni un maldito segundo y hace que cada minuto de mi vida que no enfoco a *la labor*, me parezca malgastado… ¿Pero es que acaso se puede no dedicarse a *la labor*…? ¡Vamos, vamos! ¿No habíamos

dicho que todos los círculos son inicios y fines absolutos? Todo es absoluto y se contiene en una parte la totalidad de… ¡Ay! ¡Dejadme seguir hablando sin dudar por un segundo! Quiero contradecirme y vivir en paz, por favor… ¡Voy!

» Crear, crear, y crear. ¡Esa es mi enfermedad! Mi único objetivo en esta vida es crear. Nada más. Esta es la filosofía del zote. Yo soy el burro simplista que, rehuyendo toda conceptualización, *hace*. Bruto hábil, soy *doer* y, burro como soy, soy incapaz de mantenerme en la cordura de la inacción. Soy imbécil y hago cosas. Las hago, Dios me perdone. De ahí viene mi cristianismo, imagino. Cristo produce y lo crucifican por ello, el Buda, en cambio, no. (Lo comúnmente conocido como éxito, no es sino fracaso; temeroso al abismo, se llena con ladrillos de humo y juguetes rotos…) Pero ay. ¿Juegas a dos bandas, infame? ¿Tú, pérfido, quieres ganarte los favores de ambos equipos? ¿Es que no sabes que todo es lucha y que quien recomienda la paz es visto como traidor? Ay… ¿Por dónde iba? Yo, campesino del arte… Yo, ama-… ¡Ah, sí! La grave afección materialista que asiste mi *horror vacui*…

» Eso, eso… Creo, creo y creo. Y como no vivo más allá de mi arte, tomo el acto creativo como único objeto de inspiración. Las fases por las que pasa mi arte, son las que paso yo porque yo vivo en mi arte y… Y vivir es, pues, un efecto secundario del crear. Primero crear y luego todo lo demás. El artista no debe inmiscuirse en los quehaceres del mundo más que un simple niño, eso digo yo. Si no… el asunto se ensucia y el lenguaje adquiere las podridas connotaciones del… mundo. Ecs. Pocas cosas más asquerosas que las palabras manchadas… Y casi toda palabra está manchada… y *ecs, ecs… No ho volem això, no ho volem…*

» Sí, sí, sí… El artista debe volar más allá de la técnica, de la disciplina, de la teoría…: o, en definitiva, de cualquier símbolo. El arte es la materialización de un desprecio absoluto por la palabra. Quien mea en la frontera del lenguaje, obviamente, la traspasa. Ah, pero quien mea hacia fuera, querido, no quien mea hacia dentro. Quien mea hacia dentro acaba

con los pantalones todos mojados, ¿lo sabes? ¿Y cómo se mea hacia fuera? No lo sé, amado mío, pregúntale a San Juan de la Cruz, pregúntale a él… *¡Ahá!* Y como ni siquiera la poesía nos sirvió, nos hicimos pintores. ¡Claro!

» Pero, oh… el arte parte de lo ya creado, ¿no? No existe tal cosa como crear, ¿no?, solo la reorganización de los materiales ya existentes. Blablablá… *yaddi yaddi yadda*. ¡Sí! Oh, cómo voy yo a añadir algo… Crear solo puede hacerlo *aquel*, ¿no? Ay, todo acaba en Él, todo acaba en Él. Y yo quiero crear, sí…, pero sobre todo quiero creer crear. ¡Eso me serviría! Pero no; tuve que ser maldecido por una feroz inteligencia. ¡Maldito árbol! Adiós.

» Me duele la cabeza. Voy a callarme. Que hable mi vida y callen mis palabras.

—56—

—Mi padre estaba a punto de caramelo. Trataba de mantener la compostura como buenamente podía, conduciendo bajo oceános que se empotraban contra los cristales y sacudían el coche como si fueran una agresiva sinfonía de algún alemán enfadado con el mundo. Yo, en mi trono, a punto de ser nombrado rey, me inyectaba el poder que supuraba de sus sumisas pieles el aire que, también, como el mundo entero, esperaba mi respuesta. ¡Ja, ja!

» Ay, querida…, ¡entiende, por favor, que he estado enfermo! Vivo zarandeado por los vientos y no hallo paz sino en la tempestad… Precisamente por haber estado loco, puedo ahora estar cuerdo, por cierto. Un cuerdo no es de fiar, ya que no puede asegurar completamente que en un arrebato de pasión no vaya a perder los nervios y entregarse a una locura sin frenos. En cambio un loco conoce la locura y sabe con qué armas combatirla.

» Bueno, pues, como iba diciendo, un zumbido efervescente se desprendía del aire y llegaba a mi piel haciéndola vibrar. Me sentí como un dictador haciendo esperar a la multitud aglomerada bajo mis pies, aguardando diligentemente las palabras que iban a ceñir y dar forma a su preciado porvenir. Si te haces esperar, la gente escucha. Y eso hacía yo, sediento del chocho del mundo, que reclamaba mi penetración lenta e implacable. Y fue entonces que, con gran temple, magnífico porte y gallarda postura, irradié mi discurso.

» —Cuando hablo de la magnitud de mi obra, no me refiero ni a su dimensión física ni a la importancia que tendrá como ocupación laboral en mi futura situación económica. Me refiero a su dimensión *histórica;* a la grandeza que recaerá sobre mi nombre cuando ésta se conozca. Mientras todos vosotros os perfiláis de cara a la sociedad, yo me perfilo de cara a la historia. Cada decisión que tomo, cada palabra que digo, cada acto que cometo ha sido profundamente sopesado y reposa sobre una justificación lógica que la sustenta y le brinda un lugar de relevancia en mi cosmología artística.

» Si he decidido prescindir de cualquier enseñanza académica es porque, previamente, he reflexionado sobre sus potenciales conclusiones y, una vez meditadas en su plenitud las cualidades que me otorgaría dicha acción, he calculado conveniente no someterme a ella. Si tratas de imponerme tu opinión sobre las decisiones que tomo estás, consciente o inconscientemente, poniendo en duda mi obra y mi discurso y, lo que es aún más grave como padre, poniéndome en duda a mi y a mi integridad como individuo. Y… sinceramente, no me parece un acto noble.

» Un silencio abrasador inundó la perennidad augusta que reinaba en la quietud del aire y que, pese a la tormenta, se contenía impertérrita en el interior del coche. Él siguió conduciendo porque su papel de padre así lo exigía; yo seguí carcomiéndome por dentro porque mi papel de yo así me lo exigía. Él no podía, debido a la responsabilidad que sentía hacia mi como padre, dejarme sin respuesta, así que, forzosamente y con visible tristeza en

su pronunciación, respondió. No recuerdo, como si los Corifantes estuvieran protegiendo la memoria con ruido, qué contestó.

» El resto del trayecto lo compartimos en palpitante silencio que, eco de lo punzante de mi penoso discurso, nos atravesó a placer como si fuéramos fantasmas, empapándolo, tanto a él como a mi, de un sentimiento tortuoso y desagradable y, a la vez y por extraño que parezca, misteriosamente vivo y consolidadoramente grato. *Cru, cru, cru*… La cañería gotea lenta e imparable.

» Días después hablamos de la situación. Ya despojados de nuestros disfraces, como dos actores entre bastidores, comentamos nuestras respectivas interpretaciones. El momento fue tierno. Yo, para que te des cuenta de lo enfermo que estaba, pensé en aquel momento que, como nuevo rey y señor de la manada, debía admitir al tirano desterrado para acrecentar mi reputación ante un pueblo que… ahora eres tú, pero, en ese momento, no era otro que la multitud invisible que habita en el seno de mi divagante cabecita.

» En mi grandísima bondad, obligaría al público a admitir de vuelta al exiliado que, solo merced a su ignorancia había abandonado el calor del grupo y ahora volvía avergonzado a pedir perdón y reconocer nuestra indiscutible superioridad. Yo, para respaldar mi opinión, me serviría del pobre desgraciado:

» —¿Qué hay allá? ¿Qué hay? ¿Verdad que no hay nada, eh? ¿Nada? ¡Dilo, dilo! ¡Escuchad, gentes del mundo, escuchad! Todo es desierto y muerte allá fuera. Quien abandone al grupo morirá de sed. Lejos de mi potestad solo hay sufrimiento. Dinos, ahora, tú, desgraciado desertor, los pensamientos y sensaciones que te han abarcado en tu exilio.

» —Pues mira —respondió él— he estado pensando; he estado pensando mucho en ello, y me hace ilusión que me preguntes. El primer pensamiento que tuve fue el de asociarlo con la inocencia de la juventud. La juventud es muy dada a la locura, y lo relacioné con eso. Pero después seguí pensando. Eso solo fue lo primero que se me ocurrió… Después, he de decir

que admiré bastante el amor propio que emanabas e incluso lo vi como algo sano. Dicho esto, pensé también en las expectativas y lo dañinas que pueden llegar a ser… Y me supo mal por ti. Me supo mal porque prácticamente todas las tristezas que han acaecido a las personas que conozco provienen de haberse establecido expectativas exageradas. Ya sea con las personas, o con el amor, o con la vida, o con lo que sea. ¿Me entiendes, no?

» Yo le entendía, claro; yo… entiendo; lo que pasaba es que me había pillado desprevenido. Yo, que me creía el rey de la jungla, tuve que… en fin… Siguió hablando:

» —También te digo que lo que se destilaba de todo aquello, teniendo en cuenta el vocabulario que utilizabas y la comunicación no-verbal era un poco de megalómano. Y eso me dio un poco de miedo, no te lo voy a negar. Me quedé en estado de shock durante un buen rato. Ahora bien, si le quito todo lo negativo, el discurso me gustaba.

» También te digo que, dependiendo del sitio y de la persona a quien se lo digas, todas aquellas formas de expresión grandilocuentes pueden hacer creer a la otra persona que no tocas…, que estás loco, vamos. Como don Quijote, ¿sabes? Por eso te digo que vayas con cuidado para experimentar estas… ¿actos performáticos los has llamado? ¿Sí? Bueno, pues eso.

» ¡Ah, alma grande! ¡Divino ángel de Dios, todo bondad y todo pureza! El santo eremita no hubiera dicho nada si yo no lo hubiera preguntado para no turbar mis procesos de aprendizaje y ser mi divino Miyagi ante el mono irreverente, nervioso e infantil que era yo en aquellos tiempos. Ay… Todo conmiseración y sabiduría… Era un santo, un ángel, eso estaba claro. A mi, como es lógico, me dio mucha vergüenza ser yo. Mucha, mucha vergüenza… ¿Cómo podía haber alguien que no solo perdonase semejante aberración sino que viera la virtud que se escondía en ella?

» Un niño… Pataletas… Padres, madres… Ah… ¡por eso Scar es malo! Ahora entiendo. Donde impera la virtud, el que busca ser libre se hace vicioso. ¡Y viceversa! ¡Solo queremos equilibrio!

» Así discurría aún mi endemoniada mente… ¡Y por qué ha de ser endemoniada la búsqueda de la libertad…! Es que… ¿es que no es el fin más alto al que el ser humano aspira? Y… ¿y no crece el hombre frente a sus grandes fines?

» En fin, en fin… que yo bajé la cabeza y asentí. Quería darle a entender que respetaba y tenía en buena consideración sus procesos cognitivos. Me han enseñado a mentir bien, no a decir la verdad. Un hijo no podía matar a un padre así como así…, pensaba. El desgarro sería demasiado brusco para ambos. Debía ser lento y progresivo para que el crimen no comportara secuelas en el sistema jurídico del campo magnéticoemocional y no terminara por arrancarme los ojos. El padre debía seguir manteniendo el papel de padre. O al menos, al menos… No sé qué más pensaba en ese momento… Probablemente tonterías inútiles y creídas como pertenecientes a una mordaz y devoradora genialidad, como siempre.

» Además, yo, a esas alturas, ya me había empezado a atragantar conmigo mismo. Me daba muchísimo asco. Estoy seguro de que lo entenderás. ¿No? Sí, ¿no…? Ya, ya… Ya lo sé, lo sé… Es penoso, penoso… Lo sé, lo sé. Pero bueno, el dolor solo se soporta mediante la insensibilización y uno se insensibiliza soportando el dolor. Sí, sí, sí… Esa la traigo preparada de casa. ¡Ay, cómo odio que me conozcas tanto, alma mía…!

» Pero bueno, eso: que utilizar a la gente como meros testimonios de mi genialidad solo había logrado compungirme el pecho y empequeñecerme el alma. En cambio, dejar al otro volar y empujarle a que descubriera su verdadero potencial y los poderes que entrañaba su virtud me hacía mucho más feliz. ¿Qué le voy a hacer? Soy demasiado bueno para ser malo, y eso es así.

» Yo en ese momento aún no lo sabía, así que solo hacía ver que respetaba la opinión de mi padre y su libertad para expresar sus ideas sin el omnisciente y altivo ojo de mi soberbia para materializar las consecuencias internas que la ficción escondía. Dicho de otra manera, si yo generaba una

escena en la que perdonaba al padre en mi vida real, viviría las consecuencias de tal actuación como si fuesen verdaderas.

» ¡Y *tachán*! *The end*. Ya está. Ya no más. No sé. Siempre que explico estas historias me acabo arrepintiendo solo acabar. Aunque…, por cierto, si nada acaba, ¿de dónde viene la idea de final? *Strange fruit hangin'*… Sí, sí, esta también la traía preparada… Vale, perdón, perdón; ya paro. *Sorry*.

Tras el discurso, respiré. Y Gris aplaudió.

—Muy bien —me dijo—, vaya *crack*. Olé.

Yo hice una reverencia de actor diciendo:

—Gracias, gracias, gracias…

Y nos reímos y nos empezamos a acariciar.

—57—

—Y ahora…, ahora voy a seguir. Pero solo porque así me lo ordena el diablo, y el diablo está en Dios, y quien resta suma y uno es dos, y todo es lo mismo porque el objeto representado también ocupa un espacio físico y lo físico no es tal hasta que se representa, y… etc. El mundo está hecho para dividirnos y solo la voluntad de Amor puede salvarnos. ¿De qué hablaba? Desambíguame. Ah no, que no se puede. ¡Ah, sí! ¡Sí que se puede…! Es lo único que puede hacerse hablando, ¿no? ¿Y quiero? Gracias. Pedo. ¿Del arte? ¿Aún? ¿De eso hablaba? *Buf*… Qué pesadez… ¿Pero es que hay fin más elevado dentro de este dominio autoperpetrado? Ay… Si el fin del arte es ser el espejo de uno mismo, ¡qué aberración me aguarda al otro lado del espejo…! Bueno, sigamos.

» ¡El arte ha de ser feliz! ¡El arte ha de ser triste! El arte ha de dormirte y ha de despertarte. El arte asombra, el arte acoge. El arte hunde, el arte impulsa. El arte… El arte provoca ese tintineo dulce en los albores del alma: alínea la ondulado y agita lo alineado. El arte muestra, el arte esconde. El arte atisba, el arte ciega. El arte dispara un vértigo sádico al alma y la asoma

al abismo: ahuyenta lo conocido y recibe lo agraviado. El arte, el arte, el arte… El arte es morirte de frío y vivir del calor. Y ya vale.

» ¡No! ¡Más tonterías, más payasadas! ¡Julio, *get the stretch!*, déjame decir más tonterías. ¡Bien, mi latifundio local habla! Primero, te confesaré una cosa. Hay pocos, muy pocos libros que uno debe leer en esta vida. Leelos a ellos y a ninguno más, los demás son irrelevantes y pesan más de lo que deben. Libérate del conocimiento si quieres conocer. ¿Entiendes? Mi libro… el libro que yo escribo es un *guirigall* desastroso de cifras, rayos, máscaras y combates gatunos. Si yo fuera tú lo hubiera abandonado en la primera página.

» Que, por cierto, ahora que me encuentro hablando del libro, me gustaría decir una cosa: este libro, idealmente, debería asimilarse todo de una vez, como haría un robot y no como haría un humano, de forma líneal y cronólogica… ¿Por qué? Bueno, bueno, tengo mis razones, las tengo de verdad… Pero ahora no me apetece hablar de ellas, sinceramente… Ya, ya lo sé que fomenta el nosequé y la nosecuántos, ya… Pero… Pero… *¡Bah!* Da igual. ¡Dejadme vivir!

» Pues eso, que en él no encontrarás nada de provecho; solo los pensamientos abstrusos de un adolescente malcriado que da palos de ciego buscando un interruptor para provocar un incendio…

» Soy consciente; sé que mi libro no será más que una rareza literaria, un libro de culto como mucho… A la gente le incitará curiosidad su extravagancia. Al fin y al cabo, y en mi defensa (y quizás para elucidar precisamente dónde radica la única magia del libro), yo soy generalmente de quien se escriben libros, y no quien los escribe… Pero poco me importa que me mire todo el mundo o que no me mire nadie… Ya sabes, el mundo más grande de todos los mundos me mira: Yo. ¿La conoces? Es de un grande.

» En fin, que eso. Que aunque al principio pretendiera que fuera el mejor libro jamás escrito en la historia de la humanidad y todo eso, a medida que escribía y escribía me fui dando cuenta de que era inútil intentarlo. Y así

decidí yo, el que se preocupaba por cosas por las que uno no debe preocuparse, que debía abandonar la idea o acabaría por consumirme entero. Un hombre no está hecho para ser dios, y punto. (Al menos, no todavía.) Un hombre está hecho, en todo caso, para entender a Dios. Pero en fin, divago sin justificarme como siempre. ¿De qué hablaba? Ah sí, de la ética docente del acto creativo.

» Pues eso, que creo que compartir lo creado es casi inmoral. Por eso lo mantuve todo tan bien escondidito durante tanto tiempo… Ay, pero… ¿y qué será de…? ¿Y todo aquello que…? ¿Y cómo podría yo…? Haga lo que haga, se burlarán de mi; los espías del espíritu echan mano a cuanto encuentran, y por eso hay que estar preparado. Bueno, lo que decía, que yo soy un ajo en sequía. Y…

» Y cuando leo de vuelta lo que he escrito se me revuelve el estómago entero; ya no estoy allí y pretender que alguien lo esté debería estar prohibido. Además, es, sencillamente, malo. Y entonces pienso en quemarlo todo y pegarme un tiro en la cabeza. Pero no… no me parecería honesto. He de responsabilizarme de las consecuencias de mis actos, y si he decidido dejarme a mi mismo en ridículo frente al mundo de ayer, de hoy y de mañana, he de apechugar con lo decidido; ¿qué otra forma hay para pagar por mi soberbia sino siendo el espectáculo de reyes y pueblos? Pues eso, que me injurien y vituperen. Yo soy sincero conmigo mismo y me conozco, así que poca ventaja tendrán sobre mi mis enemigos. Además, si me aman, que me amen desnudo; y si me odian, pues lo mismo.

» Yo, que quise hacer de este triste libro la columna principal del templo de los libros, tendré que resignarme con residir en la asolada periferia… Si os digo la verdad, me lo tengo merecido. De todas formas, a estas alturas ya sé que yo no soy nada o muy poco de lo reflejado en este libro, y sé que tengo un tesoro dentro mío que está esperando impaciente a ser descubierto y cultivado. Todas las flechas que lancéis, sabedlo, irán solo tras una sombra de mi mismo. Un maniquí erguido que, sí, parece tan real y verosímil que me engañó hasta a mi, pero que no deja de ser un maniquí.

» No sabéis las ganas… las ganas que tengo de pintar (y con pintar me refiero a hacer lo que realmente me *toca* y *debo* hacer) y olvidarme de una vez de estas malditas palabras. Hazme caso: cada uno tiene un propósito en esta vida. Y hay cosas que sí, y cosas que no. Aquello a lo que puedas dedicar más de 12 horas al día… es eso. Uno sabe que no está siguiendo su destino cuando… No sé… Siente como si estuviera obligado a ceñirse a los márgenes de la autopista, sabiendo que con ello se aleja de la línea recta que más eficazmente une el punto *A* y el punto *B*.

» Entonces, a uno todo le parece que está mal montado; parece haber una pieza defectuosa en la maquinaria y el supervisor de la máquina parece estar aliado con la empresa que vende las piezas y que a ninguno de los dos les interesa realmente arreglarla porque perderían su trabajo. Es una sensación extraña. Y eso es lo que he sentido al escribir toda esta bazofia.

» La maldad que hay en mi no es lo suficientemente mala para enviar todos estos mensajes al mundo libre de culpa. Ya hay suficientes demonios en el mundo con el pecado impreso en el rostro que difunden su enfermedad como quien ha vendido su alma… Yo no quiero ser uno de ellos. Y perdonadme si en algún momento lo parezco y me dejo llevar por la creencia de que soy mejor que nadie… Porque no soy mejor que nadie. De verdad. Y yo lo sé. Y vosotros lo sabéis. Y todo el mundo lo sabe pero, aún así, no sé por qué, a uno a veces le sobreviene una sensación que lo embarga por entero y lo hace volar tan por encima de lo humano que se cree infinitamente mejor que… que sus hermanos, en definitiva. Y sí… quizás solo se llega al paraíso una vez trascendido el infierno pero, ¿estoy dispuesto a dejar miles de cadáveres atrás para alzar el vuelo? ¿Veo noble que solo se permita el paso al personal autorizado? ¿Y esas diez mil sombras que habrán alado mis pies y se detendrán en las puertas del cielo?

» Ay… ¿y no existe un presente sin memoria? Ah…, ¡ah, ah! Josear y morirse, ¿eh? Nunca mejor dicho. Vivir es mentir y todas esas cosas. Vivir es sufrir, dudar y morir; y quien diga lo contrario no tiene ojos para ver, cabeza para pensar, o corazón para sentir. ¡Huele a polvo! Da igual. Si lo

retro no me gusta, le quito la suela. Sigamos, sigamos, sigamos… Siempre hacia delante y nunca hacia atrás… Hay que hablar de lo importante: yo, yo, yo y yo… Antes, el autor era invisible; ahora debe ser lo único visible. Sea esto mi perfil de Instagram novelado; mi *Kilroy, KILROY* (es importante que se vea el nombre) *was here*.

» Pues eso. Que en mi obsesión creativa, he entregado mi vida a los demás. Pero… ¿cómo, cómo? ¿La canción? A callar. Una verdad sencilla puede emperifollarse con veinte mil feúchas mentirijillas, pero lo cierto es que he vivido mi vida por y para los demás, tratando de entretener a una audiencia y agradar a un público, y me avergüenzo de que así haya sido. Y para colmo de colmos, me creo lo que creo que ven los que me ven… ¡Bah! Buscaba fuera de mi para encontrarme; ¡fijaos qué extraño! Tanto es así que me he olvidado de vivir. Obcecado con generar de cada vivencia su reflejo, he terminado viviendo una vida que no es mía, con una ropa que no es mía, sobre un suelo que no es mío y con una cabeza que no es mía. Claro, al reflejar mi vida se me hace ajena.

» ¿Y qué alternativa tengo, eh? ¿*Apagar* mi vida? ¿Cómo he de saber que existo sin un espejo? Ay, pero ese espejo, a la vez, es quien me roba la existencia… ¿no? ¿Qué es esto? Mancillado Yesod, parusía parasitada, escatología escatológica… ¡La vida es una broma de mal gusto!, eso digo yo. Yo, que me preocupo por el maldito (-dito) libro, mientras a mi alrededor muere gente y *llora*… Como un buen imbécil, hago bien mi papel de buen imbécil. No tengo perdón. ¡Tres hurras por mi vanidad! No me contento con una solución sino con una perpetuación del problema. Proust dejó de sufrir cuando empezó a escribir, yo empecé a sufrir cuando empecé a escribir. Ay… ¡y que los espíritus del equilibrio apreten con las rodillas mis ijares y lleven a buen puerto estos venenos de lo estético…!

» No, no… ¿por qué acarreo yo la culpa de todos? No es mi culpa, ¡no! No es mi culpa… Es culpa, como todos los males en este mundo nuestro, de la Ilustración; y la Ilustración es culpa de… *fast rewind*: Adán y Eva. ¡Oh, oh! Llevo en mi seno la culpa de todos, *perque #totssomAdam*. ¡Ah! Que

Dios bendiga América (¡y a Dios!). ¡Ay, ay, ay…! Todos los ayes del mundo no me bastan para expresar este dolor… Ni tres ni veinte mil. Llevo en mi cruz los pecados de todos los demás.

» Improvisación VI: Grave y pesada cae la cortina sobre el campo que trilla y corta la brizna pequeñita por si solo. Una capa dorada llueve sobre el manto de las estrellas y las baña y las hace parir el hijo de un útero virgen que tanto sube, tanto baja y por arriba es igual por abajo. El útero es un cajón, un cajón de cielo; el cielo no tiene fin, el cielo no tiene fin. El círculo grita y grita y grita y entonces todos los niños del mundo callaron y todos los niños del mundo cantaron y todos los niños hicieron lo mismo a la misma vez en el mismo sitio y no se molestaron. Y entonces del cielo cayó una lluvia celestial que todo lo roció de icor sagrado, icor sagrado que corría por las venas de la tierra como el río de Cleopatra; como el río Aqueronte (que para algunos era Rubicón y para otros simplemente un río: un río que traspasar sencillamente con un puente edificado por el grandísimo mamón de Mateo) Y no tenía, no tenía, no tenía… No tenía, no tenía, no tenía… Y aquellas cosas que tenía tampoco las tenía porque brillaban en el cielo las estrellas y alguien intentaba alcanzarlas y cuando ya estaba a puntísimo de alcanzarlas *¡pum!,* le daban una colleja en la nuca y le obligaban a callarse.

» Porque… porque mi trabajo no es mi trabajo, ¿sabes? ¡Oh, no! Mi trabajo es solo producto de todos aquellos que han trabajado antes que yo y es para todos los que trabajarán después que yo. Sí… adueñarme de mi trabajo solo lo empeoraría. Me dedicaría solo a la mejora y a la actualización de *mi* imagen como trabajador, a moldear la visión que los demás perciben de mi y mi trabajo, pero no estaría trabajando en el trabajo, en lo producido, estaría simplemente trabajando en mi reputación como trabajador. Pero… *Shhhh… Don't curate your soul, cure it*, me dijo una piedra un día. *To this day, I hold those words very close to my heart*.

» Sí… Debo adentrarme en la esfera pública si pretendo ofrecer algún servicio de valía, y para eso debo despellejarme de una vez por todas de mi mismo y de mi maldita subjetividad. Ay… ¿de qué cojones hablo? ¿Por qué

pretendo hacer general algo tan personal? Este aislamiento no me trae nada nuevo. Ahora ya lo sé. ¿Qué se descubre dando vueltas a una pecera? Vivo en un bucle y he de romperlo… Pero el buen artista es un estudioso de si mismo, ¿no? ¡Ah, pues he de estar en soledad y encerrado…! No. Yo digo que no. El buen artista es aquel que se emancipa de si mismo y colma el mundo de presentes. ¿Para qué, sino, ha de servir todo esto? ¿Para llorar *mis* lloros y reír *mis* risas…? ¿Y no son…? ¿Esque en la más honda introspección no puede hallar uno lo universal? Pero esque… Espera, ¿del mundo o de él? ¿Qué? ¿Y no buscábamos lo contrario hace un instante? ¿Hay diferencia? Ay, ay, ay, ay… Comparad las ventanas de Friedrich y las de Motherwell (pasando por la Matisse): ¡el tránsito es claro!

» Una cárcel tridimensional básicamente. Un cajón poco alto y tumbado me sirve de lienzo. Quiero evidenciar el marco y… Y pinto una habitación oscura, y en lo que hace de marco y antes hacía de tope del cajón, taladro unos agujeros donde inserto cuatro barrotes de plástico pintados de negro. Y… y eso. *Ooh yeaah, big important artist, big genius, huh…?* Perdón. Me sienta bien reírme de mi mismo. Sino, después me siento culpable de no haberlo hecho.

» Pero a lo que iba. Eso. Que si estás todo el rato pensando en ti y en tus cosas poco tendrás que ofrecer… ¿no? El buen arte es aquel que tiene resonancia social. *Uf*… eso suena a panfleto, *bro*. ¿Qué? Ese es un noble género literario y… ¡Callad, hormigas! ¡Admiraos por la ley moral que hay en vosotros! El buen arte es aquel que conecta el mundo interior y eterno del artista con el mundo exterior y mudable que lo rodea… Sí, ser un maestro de ese *solve et coagula* presente en la relación entre el Yo y el Mundo. Pero… pero la cadena conectora *es una cadena* ¿no…? ¿Y el mundo interior no es también…? Ay, hablar es errar… Ay, ay, ay… Da igual; a estas alturas, ya hablo más conmigo que contigo. ¿Y no son lo mismo? Basta. Que alguien me saque el micrófono, ya deliro y las palabras se deshacen en mi mente y saltan como locas de mi boca.

» ¡No! El cielo solo premia a los perseverantes. ¡Vamos, vamos, vamos! *Ora et persevera*, mi amor, ¡eso es! Sigo aunque mis sandalias deshilachadas chirríen *risottos*… ¡Es artista todo aquel que se ocupe del perfeccionamiento de su disciplina y no de la hiperbolización de su Yo…! Ah, pero quien no se erija su tumba en esta vida… Ay, cuántas cosas…, ¡cuántas cosas que no necesito! Y *cuán cosas son las cosas*… Todos los campos trabajan de la mano y… ¡y yo soy imbécil! ¡Querido!, quítate. Estáte solo pero no te aísles. *¡Ahó!* Todo es culpa del pulgar. Me he vuelto loco hablando pero recuerda: un artista vale lo mismo que un paleta. Con lo bien que estaba cuando estaba callado y deprimido y limitaba mi campo de acción a la creación superflua de belleza… Ay…

» Y ¡más, más, más! Yo, el de panegíricos a perifrásticos pleonasmos, digo:

» —Mi trabajo —¡ah, ah!, otra vez ese maldito mi, otra vez…— no me pertenece; yo solo lo materializo. *¡Woohoo!* Mi trabajo no es mi trabajo. Proviene de una fuente común de la que el universo entero bebe. Las ideas no son de nadie y los pies de página son una mercantilización del pensamiento.

» ¿Y por qué reducir la idea al ámbito laboral? Lo mismo ocurre con mi persona… Todo lo que soy y todo en lo que me convierta se lo debo a toda la gente que me ha acompañado y las situaciones que me han acaecido. Es de inútil pensar que uno llega a ser lo que es solo mediante su voluntad. Eso lo venden los libros de autoayuda para cubrir el papel que interpretaba la Iglesia hasta hace menos de un siglo: quieren inflingir culpabilidad en las almas cándidas del mundo. (Sí…, las mismas que soportan las órdenes y el arrepentimiento de los malévolos tiranos cuando…) Bah. Yo digo: a uno le son dados unos talentos determinados, que deben verse rodeados de las circunstancias oportunas y alinearse con una voluntad debidamente poderosa para poder florecer y… En fin… ¡Yo construyo el mundo! Tengo ganas de vomitar…

» Velo: es un círculo y no una pirámide. El método de bisección y… En el mundo de las ideas no hay distinción ni pertenencia y está abierto veinticuatro, siete; tres, seis, cinco. *Come and get your fair share*… ¡la autoría es irrelevante! Todo es obra del Espíritu y ningún nombre importa. *¡Woohoo!*

» Ay… qué cansancio. ¿Yo? ¿Orgulloso? ¿Yo? ¡Nunca! ¡Jamás! Estoy profundamente avergonzado de todo lo que soy, de todo lo que hago y, sobre todo, de todo lo que escribo. Y aún más: ¡nunca dejará de sorprenderme lo que era capaz de hacer y decir en mi juventud! Mis recuerdos no se me antojan míos, sino los de un desconocido. ¡Ahí!, hazme un *zoom in* eterno a la ensaimada. Y, y… ¿y quién es ese en el espejo? ¿Y la ensaimada está rellena? ¿Sí? ¿De qué? Oh, ¡cómo echo de menos las ensaimadas…! ¿Tú no? ¡Ya falta poco! ¡Cómo! ¡Si el tiempo no existe! Esto no se para y el final es un comienzo. ¿Por dónde iba? Ah, sí, eso. No lo sé, yo ese no soy. Y si lo supiera no lo diría. Pero no puedo dejarme vencer. ¡No! Donde vergüenza manda, no se anda. ¿Y de qué otra forma puedo conocerme si no es mintiendo? ¡Este es mi encomio a ir sin mochila! A parte, si me dejo llevar por la pereza y la desidia, me muero. Literalmente, *me muero*. *Believe me, I've tried*. Y… pues eso: si no hablo, *muero*. Me sabe mal utilizarte de saco de boxeo, querido, pero es lo que hay.

» Todo esto tiene una explicación más bien sencilla…: me aburro, luego pienso; pienso, luego dudo; y como no me atrevo a suicidarme, pues escribo. Porque, que no te engañen, quien escribe un libro es un enfermo y solo busca enfermar a los demás. Y ya. ¿Y ya? Sí. ¿Sufro? Sí, pero sufro a medias. Cuando uno sufre realmente, no escribe. He dicho. Que no te vendan la moto.

» ¡Ah! Y… tampoco una persona que está en paz consigo misma escribe en libro, no… ¿Quieres ver a un iluminado? Busca en las oficinas. Si quieres disolver tu ego no te vas a las montañas, te metes de oficinista 8 horas al día y cinco días a la semana y *hala*, ahí lo tienes, tu ego deshechado. *¡Bahá!* Que no te la vendan, ¡que no! Y ya. ¿Por qué no me

callo? Qué pesado soy… El cielo está lleno de globos deshinchados. No me lo tengas en cuenta, por favor. ¡Me retracto de todo lo dicho! *Eh*… erré en el camino y ahora… ahora me veo obligado a seguir caminando porque detrás de mi hay matorrales de alambre bañados en sangre. ¿Como el mundo mismo? ¡Como el mundo mismo! ¡Imagina una imagen que es tan solo imagen de si misma! Porque ¡sabelo!: el mundo se construyó a su propia imagen y semejanza, y, partiendo de un error, ¿qué otra cosa cabía esperar?

—58—

El amor que destilábamos el uno por el otro es demasiado puro y sincero para ser transcrito con palabras. (Cualquier amor que pueda expresarse con palabras es imperfecto). Quizá por eso todos mis intentos han terminado siendo en vano y han acabado representando escenas tan horripilantemente incómodas de presenciar. Por ello, os pido disculpas: lo siento.

Hay una distinción muy bonita que hace un escritor entre el amor lascivo y el amor pío. Ella y yo teníamos ambos, a pesar de que yo muchas veces he creído que nuestras conversaciones nos excitaban por su alta naturaleza pornográfica y nuestro sexo por su alto nivel espiritual… No sé. Este escritor dice… Antes de que mi melancolía me hunda por completo quiero dejar constancia del trabajo de alguien cuya labor espiritual debe ser tenida en cuenta muy por encima de la mía, que no soy más que un trapo sucio a este respecto pero emm… No. Da igual. No he encontrado la cita exacta, como la esperaba en mi cabeza y sin que la pueda enturbiar la posibilidad de que sea encontrada con inflexible incomprensión por parte de una mente ajena a la mía, así que me quedaré la distinción para mi, como un dulce y sagrado tesoro que solo yo puedo perfectamente entender, y no intentaré hacerla pública para manchar una perla tan preciosa con las sucias manos del mundo.

Probablemente (y hecha ya mi digresión habitual) sea mi escaso talento como escritor lo que me impide hacer que disfrutéis de una representación fiel y verdadera de nuestro amor y no la burda vestidura, cuya parvedad atribuyo al lenguaje para justificar mi apocado y enclenque ingenio; de todas formas, voy a seguir intentándolo, pues creo mi obligación golpearme contra las paredes que impiden el progreso de mi agudeza narrativa y el perfeccionamiento de mi técnica.

Recuerdo con mucho afecto las mil y una discusiones que sostuve con mis amados y amadas sobre cuál sería la mejor forma de reorganizar el mundo para lograr la equidad y solidaridad absoluta entre todos los seres… Las recuerdo muy bien. Aún así, cuando aparecen en mi memoria como ahora, siempre las acompaña un pequeño atisbo de tristeza ante la infactibilidad de nuestros argumentos, porque después de solucionar todos los problemas del mundo en la sobremesa de una frugal y agradable comida, nos veíamos obligados a volver al mundo que tanto aborrecíamos y que tan poco se parecía a nuestro ideal… Y pensaba entonces que todo nuestro empuje y nuestra bondad serían siempre en vano y que uno no debía aspirar a cambiar el mundo sino a cambiarse a si mismo porque cualquier cambio impulsado e impuesto por una comunidad, acabaría necesariamente corrompiéndose al no incluir las voluntades determinadas de todos los participantes y al haberse valido de los mismos métodos que teóricamente pretendía erradicar.

Con todo, quien deseara algo, desearía otra cosa al satisfacer ese deseo pues el objetivo del deseo no es conseguir el objeto de su deseo sino seguir deseando. De la misma forma, obtenida la utopía demandada, surgirían de nuevo problemas que exigirían una nueva utopía diferente a la lograda; de lo que se sigue que la única utopía consiste en la adquirida individualmente y mediante la voluntad y la disciplina y en aprender a vivir en un mundo que, muy probablemente, nunca se adecuaría al ideal de mundo que uno albergaba en el corazón y que era más sabio aprender a vivir sufriendo que querer vivir sin sufrir. Por ende, la única libertad y el único paraíso que

podía conseguirse consistía en la renuncia a intentar controlar todo aquello que escapaba a la propia razón y en adquirir la autosuficiencia espiritual y la trascendencia de cualquier bien terrenal que embarrara y ofuscara el espíritu en su clarividencia y su ecuanimidad.

Pero en fin, perdonadme. Los recuerdos me empapan los ojos del alma como una niebla efusiva… Hablemos de cuerpos y no de ideas; de cuerpos, de cuerpos, de cuerpos… El cuerpo de Gris y el mío encajaban como piezas de puzzle. Así, mis defectos se veían colmados por sus excesos y sus carencias se llenaban con mis excedencias. Concavo y convexo; lo que cada uno rechazaba de si mismo, lo curábamos con el amor del otro. Color carne pastel infiltrado por una superfície azul oscuro oblonga.

Yo deslizaba mi mano por detrás de su espalda y la acercaba a mi y ella bailaba entre mis brazos y me acariciaba el pelo y me mordía la oreja y, aspirando aire caliente e inspirando aire frío, me daban ataques de amor y escalofríos y soñaba con estrujarla como si fuera un *tetrabrik* de zumo. Mi cuerpo entero se estremecía con su tacto, desde la oreja a la cintura, ondulando y haciendo vibrar todas mis vertebras que me erizaban la piel de una oleada y, al alcanzar la yema de mis dedos, se disipaban y rodeaban nuestros cuerpos en humo de hielo ardiente.

Un amarillo suave era penetrado por un azul mate y se dispersaba proyectando fractalmente sus ramas, en busca de un atisbo de un dulce rojo que lo acogería en el vientre de su estrella, convirtiéndolo en brillante e ignífugo verde. La música nos rodeaba con cantos angelicales y vientos que se armonizaban entre ellos creando despuntes, estallando en melodías estelares hilvanadas como neuronas enlazadas.

Le besaba el cuello y mi lengua caminaba por su piel, dejando huellas de calor en la fría, fría y blanca piel de invierno. Mordía su clavícula, hundía mis dientes en el duro calcio de sus huesos y ella, doliente, suspiraba alientos de vida nueva que penetraban en mi piel con agujas e incisiones tan delicadas y minúsculas que no sabías si entraban o salían.

Mi corazón, consternado, propagaba por las venas sus temblores, que llegaban hasta las esquinas de mi cuerpo y, lejos de desvanecerse, me instaban, como un títere, a rodear su cuerpo y congelar su rojizo furor. Su piel, a mi tacto, destilaba hirviente fuerza y, estremeciéndose como un árbol deseoso de luz, siseaba y galopaba y daba vueltas y vueltas alrededor de nosotros. Con el frío de lo olvidado y el frescor de lo incipiente, al principio recibía los trazos lumínicos como látigos; después, espoleadas por la viveza de mil soles, se desperezaba de sus recónditos escondrijos y recibía, enamoradiza y juguetona como ramas en un bosque, los primeros rayos de la primavera, que exime toda culpa, y lo inunda a todo de luz. Sus manos, entonces, dejan de aletear y comulgan con las mías suspendidas en el aire, lejos de las cuerdas que antes las ataban a mi tronco y las urdían con albedríos ajenos.

Sus ojos y los míos se cruzan repentinamente. Amados y destejidos, están ambos apagados y sometidos a la voluntad del cuerpo, que actúa a su antojo. En ella no está ella; en mi no estoy yo. Mi cuello se da a torcer y me fulgura su aroma. Vibramos en aéreas melodías como cuerdas de un piano. El punto. Toque donde toque, lo toco todo.

Palpando la pulpa a las puertas del orgasmo, toda la realidad se estremece. La vida, gozosa de si misma, se canta una canción frente al espejo, orgullosa de haberse conocido. Es entonces y para siempre cuando los pájaros cantan aunque sea de noche, y las estrellas brillan aunque sea de noche, y una primavera infinita rocía de alegría los cuerpos que se enlazan en hermandad y el cielo llora dichoso por ver culminada su obra sagrada y los animales corren a dar la noticia a las estrellas y las estrellas explotan y las altas esferas se iluminan y todos los ángeles y los arcángeles salen de sus casas para bailar por las nubes y descender a los infiernos y convertir toda la podredumbre y la malicia requemada en belleza y luz y amor y paz y todo el mundo se perdona y todo el mundo ríe en una eclosión de colores que estallan y se funden entre ellos, aunque sea de noche.

Al rato, el mundo vuelve a empezar y el ciclo se repite, pero eso es otra historia y ahora hablaremos de otras cosas porque yo no he llegado tan alto. Volvamos a la cama, donde estamos Gris, yo, y los diez mil ángeles y demonios que nos rodean normalmente.

Después de un rato de caricias, me levanté de un salto. Siempre he tenido la mala costumbre de sentirme incómodo en los sitios en los que debería estar cómodo y viceversa y *I could never take the intimacy*. Necesitaba huir de allí. Me puse a caminar por la habitación. Gris y yo; yo y Gris; Gris y yo… Ay, Gris y yo no vivíamos en este mundo. Ella vivía en su mundo y yo no vivía en ninguno. O al revés. O no. Da igual. Se entiende, ¿no? Pues ya está.

Eso era lo que teníamos en común: una profunda aversión por lo existente. Todo nos olía a mentira. Rechazábamos todas las posibilidades que el sistema nos ofrecía para pasar el tiempo. No se podía decir que estuviéramos en los márgenes de la sociedad, porque incluso los que participaban de ellos tenían un nombre y ocupaban un papel en esta. Nosotros repudiábamos y negábamos cualquier clasificación que naciera de esta y por eso nuestro papel era tan difícil de interpretar, porque era literalmente imposible.

Teníamos que estar constantemente huyendo de nosotros mismos, como si nuestro yo *simbólico*, aquel que se atenía a un nombre y a una casa y a una familia, etc., hubiera sido alcanzado por una flecha de oro y, a nuestro yo *interno*, aquel que anhelaba una verdad imperecedera, eterna e inmutable, le hubiera disparado aquel niño ciego y caprichoso una flecha con punta de plomo.

Los dos nos sabíamos actores de un papel a todas horas. Como los dos eramos tan conscientes de la farsa que representábamos, a veces nos daba el deseo cómico de ser otras personas. Los dos, entonces, ibamos a una tienda de segunda mano y nos comprábamos ropa para vestir a los personajes que nos habíamos inventado en nuestra imaginación.

Y… ¿y quién es el loco que pretende erradicar las espadas con más espadas? ¿Quién propone la paz a punta de pistola? No había forma de huir de las palabras más que con otras palabras, al parecer. Y se nos hacía penoso, muy penoso. Todos los nombres, los verbos, los adjetivos y los adverbios se nos antojaban ajenos y muy lejanos. Todas las palabras cargaban con connotaciones y significados e imágenes impuestas que se adherían a ellos como mosquitos roedores y, a diferencia de aquellos pequeños animalitos que viajaban pegados a los grandes mamíferos limpiándolos, ensuciaban y distorsionaban las palabras que les daban vida.

Era desesperante. Una vez ella me dijo que, cuando estaba deprimida, incluso saber que ella era la misma causa de esa depresión le parecía insulso y basura insustancial: bicho externo hecho penetrar en la consciencia por brazos maquinales y afilados.

Yo me reí y le dije que sí. Que *∞ sux* y que nosotros debíamos conseguir torcer y deformar las paredes de aluminio que confinaban lo posible para que la gente como ella y como yo tuviéramos sitio para jugar. Después vi un anuncio en la calle que le instaba a uno a intentarlo y quise meterme un tiro en la cabeza.

No lo hice porque no sé exactamente por qué (y en qué) pero tengo una esperanza y una fe inquebrantables. Le seguí diciendo que alguien debía concebir un marco teórico lo suficientemente ancho para poder jugar y ser lo más libres posibles dentro de ese marco como hicieron los creadores de esa serie o aquel otro con el expresionismo abstracto, y que ese alguien podíamos (y casi me atrevo a decir que debíamos) ser nosotros. Ella me dijo, tan inteligente y guapa como era, que quería construir básicamente una jaula de oro como de la que intentábamos escapar, y yo le dije, tan inteligente y guapo como era, que sí, que podíamos por lo menos construir una cárcel que contuviera flores, juguetes y batidos de todos los colores y preciosos amaneceres.

Los dos sabíamos que era una promesa ciega y sin fundamento ya que, en el momento en que lográramos insertarnos dentro de aquella gigantesca

maquinaria, se nos daría un nombre y habríamos perdido porque nos convertiríamos en una inerte escultura de frío cobre bañada en deshechos de palomas pero… Pero también había una parte de mi que estaba convencido de que no lo sabía todo y que debía explorar lo que aún no sabía para saberlo y que… Bueno. Me estoy perdiendo, no me hagáis mucho caso.

Creo que voy a quemar el libro. Sí. Creo que sí. Digo muchas tonterías y me da vergüenza porque solo conseguiré confundiros y no quiero confundiros más porque a mi no me gustaría que me confundieran más. Y… y bueno, que como probablemente no lo queme, os aviso, aunque ya os he avisado muchas veces, de que la mayoría de cosas que encontraréis en este libro son absolutamente inútiles y de ningún valor.

Pero bueno, a lo que iba, que eso lo pensé hasta que vi el anuncio que hablaba de eso y utilizaba esa misma imagen que yo había imaginado para anunciar no sé qué cosa.

—¡Por nuestros hijos, querida, por nuestros hijos!—le decía exaltado—. ¿Sabes? Hay gente que lo ha conseguido.

Le hablé entonces de todos aquellos que habían agrandado las dimensiones de lo sistemático para permitir nuevos estándares. Ella siempre había dicho que su pretensión era lograr algo similar aunque antes se hubiera reído de mi por querer intentarlo. A mi se me antojó ridículo cuando la escuché decirlo, pero luego me acordé de que la soberbia solo molesta a los soberbios y me callé y leímos el capítulo del Así habló Zaratustra sobre las tablas de valores y hablamos del asunto con nuestra efervescencia habitual, obviando el hecho de que su artífice hubiera acabado en la cama y… Ay. ¿Es que todos las almas grandes están condenadas a la locura y el vituperio?

Gris y yo nos entendíamos como dos hermanos gemelos. A veces, ese entendimiento me llevaba a revelarle cosas de las que no me enorgullecía en absoluto y de las que no quería dejar constancia ni rastro en ningún hombre, mujer u objeto del mundo.

Por eso después quería matarla, supongo… Pero bueno, eso es otro tema.

Sabía perfectamente que todo aquello de lo que hablábamos no tenía ni pies ni cabeza y que todo lo que discutíamos estaba cimentado en evidentes contradicciones y que —lo más importante— al final todo saldría bien y los inocentes pecadores que, como nosotros, teníamos buen corazón y buenas intenciones seríamos salvados como Fausto en el último momento aunque hubiéramos cometido pequeñitas atrocidades contra el género humano y su iluminación porque mañana siempre amanecía y mañana siempre amanecerá. También sabíamos que a cada uno en esta vida le toca un papel y blablablá y que simplemente se ha de resignar a interpretarlo como buenamente pueda y todo eso, pero eso ya lo he dicho muchas veces.

Y sí… ¿Por qué no superarse a uno mismo y…? ¿Y por qué superarse a uno mismo si…? ¿O por qué rebelarme contra…? ¿Por qué no resignarme con…? Chicos, chicas; chicos, chicas: tranquilidad. Si hablar ya es mentir, imaginaos escribir.

Siguiendo esta *line of thought* —y qué otro remedio me queda a estas alturas— el único libro que diría la verdad sería uno en el que se imprimieran todas las palabras del mundo, a la vez, en todas las combinaciones posibles.

Me guardo la idea. No me la robéis. *xoxo*.

O sí. Si esto lo leéis cuando ya he muerto y no la he hecho y nadie la ha hecho ya tampoco, consideradla vuestra. Y un abrazo :).

—59—

Alguien lo mira con la boca abierta y la tez amarillenta. Su malestar es de tan alto grado que ha dejado de dolerle. Ahora mismo, Alguien no existe. Gracias a Dios, piensa. Nada ni nadie alrededor suyo lo hace. Sombras de

personas hablan con sombras de personas sobre sombras de otras personas encima de sombras de…

—¡Ah! Y me dirán que tiene trampa, que tiene trampa… ¡Pero todas las historias tienen trampa! El artista siempre se da prisa porque sabe lo que viene y el protagonista va siempre a ciegas, ¡siempre! *¡Pum, pam!* Ahora soy invisible y ahora no… ¡claro! Próspero *at work*, prohibido el paso a toda persona ajena a la empresa porque… ¡Eh! *¡Pay no attention to that man behind the curtain!* Y me dirán que el Quijote se adueñó de Cervantes… ¡Y yo les diré que un perro no se alimenta solo de galletitas industriales y…! Yo, yo… ¡Tonterías, tonterías! ¡Ah! Más cosas, espera… No te vayas aún… ¡Déjame unos minutos más! Unos… minutos…

Pero Alguien se aleja porque ya no puede más. Le duele mucho la cabeza y quiere salir de allá de una maldita vez. Sin embargo, no puede. Al parecer, una fuerza insondable lo mantiene quieto apretándole el cuello y descansando sobre sus hombros como una pesada —pesadísima— capa. Una figura pasa corriendo delante suyo y lo aparta de un empujón.

—*A bitch be three thousand and eighty, man. Tamo'* en la era de acuario, *wake up sheeple*… Los valores antiguos ya no sirven aquí. *We in it for the love, we not in it for the money, 3020 president candidate. Somebody check on my man over there, he be living in the 1900s. Singularity incoming, boys, need permission to lift. No, no*… Hay tiempo para comer sin problema, hay tiempo… *I've been waiting for this my whole life. Gimme*… Yo solo escucho al aire, *mamma*, vivo del viento. Ja, ja, ja… *I will always love you… how I do. Got any spare cash? Ha! jk bro,* ¿y este tío se sienta para comer? ¿En qué siglo vive?, *wtf.*

Alguien, aplastado contra la pared, intenta recomponerse como buenamente puede y se recoloca entero para parecerse más a los maniquís de las tiendas. Se mira al espejo para comprobar su éxito, cerciora su fracaso, se ríe de si mismo y vuelve al ruedo. El profeta desconocido sigue dando gritos desde la distancia y hay perchas vacías colgando en un armario.

—¡Eh!, ¡eh! Que se me llevan las fuerzas innombrables, ¡que se me llevan! ¿Cien años de soledad, dices? *Those are rookie numbers, bruh, you gotta pump those numbers up*. Ay, y yo que me creí inmortal… Unas cosas más antes de que desaparezca…: la eternidad es momentánea: ¡es el mar mezclado con el sol! Y… ¡el final del libro! El final del libro ha de dejarte sintiéndote miserable, incompleto, incómodo y avergonzado. *MIIAV*, me lo dijeron en un sueño. ¿Y qué? ¿Más cosas? ¡Sí, más cosas! *Veme*. Yo sé que quieres hacer el libro más perfecto en el que jamás haya posado ojo el hombre… ¡Ay, Efimov! Quieres hablar de la perversión de los bancos, ¿no? Y de la inhumanidad de los funcionarios, y de la injusticia de la ley, y de cómo corta y pincha tu hermano la tortilla, y del halo de luz que rodea a las farolas por la noche y… Ah, querido… *don't get any big ideas*. Déjame decirte algo.

» Si empiezas con la idea de que vas a fracasar, no fracasarás. Solo pierde quien espera la victoria. Cúbrete las espaldas y saldrás ileso del trance. Así, si los mosquitos encuentran una inconsistencia en tu sistema, podrán referirse a otra parte de todo el conjunto que justifique dicha inconsistencia. Y después, como todo buen idiota, podrás fardar de victorioso con tu corona de papel. ¿Y qué más…? ¡Ah, sí! No busques dinero, al artista no se le paga con dinero, se le paga con belleza. Además, cuánto más dinero busques, más necesitarás: quien tiene cien y gasta noventa es más pobre que quien tiene diez y gasta cinco. Además, quien aprecia debidamente la escasez, vive en la abundancia. Y recuerda: el que *aquí* es millonario, *allá* es vagabundo y viceversa. *Crucifixion Mond* de Rafael (oh…, oh…, oh….): miralo a él y no me mires a mi.

» Y cuando la belleza ya no te sacie, entrégate a Dios, que es lo que deberías haber hecho desde un principio. Allá donde no llega lo humano, llega el arte, y donde no llega el arte, solo llega Dios. De la belleza te cansarás pronto, lo veo en tus ojos. Y Magritte ya ha existido, y Malevich también, osea que me puedo imaginar lo perfectamente inútil que te sientes al coger un pincel. ¿Que no eres pintor dices? ¡Da igual! Aplícate el cuento

a tu disciplina: me juego lo que quieras a que hay tendencias nuevas que amenazan con suplir a las antiguas y te atemoriza perder el *cutting edge*. Oh… Pues eso. *Improvise*. *Adapt*. *Overcome*. O no. O siéntate y mira. El *cutting edge* es solo *cutting edge*. Lo nuevo de hoy es lo antiguo de mañana, etc. En Dios, el tiempo no existe, y… La cúspide del triángulo, querido, la cúspide. Las bases son para el vulgo. Sé el uno (el tres), que mira a los dos… Pero… ¡No! No intentes entenderlo. Siéntelo… *Who feels it, knows it, Lord…*

» *Hört auf zu malen*, gritó uno ¿no? Bueno, bueno… Yo… Yo, aunque a veces aúlle lo contrario, no tengo ni puta idea de nada, y no sé si un artista debe dejar de crear en pos del bien común; con esas diatribas dejaré que se atosiguen otros; yo, desgraciadamente, no puedo prescindir del veneno. Lo que sí que te diré es que un artista es un enfermo y un inadaptado social. ¡Así ha de ser! El artista debe estar en constante conflicto consigo mismo y el mundo. El artista es aquel que rechaza cualquier clasificación estructural de la realidad, incapaz de amoldarse a ninguna categorización y organización de esta.

» ¿Sabes por qué? ¡Porque el artista vive en el futuro! Y cuando llega ese futuro, busca otro. De espejismo a espejismo y tiro porque da lo mismo. El artista vive en lo potencial, en lo imaginado, en lo inexistente. Ah, y… Y ten en cuenta que cuando hablo de artista, no me refiero a la profesión. Ser artista es un estado de ánimo. El artista, de hecho, ni siquiera quiere ser llamado artista. *Who feels it, knows it, Lord…*

» Pero, bueno, divago, divago como siempre… Yo, aunque no lo parezca, solo sé que no sé nada. ¿Que eso ya lo han dicho dices? ¿Que ya lo he dicho yo? Ay, querido… ¡Que todo es paráfrasis!, ¿eso no te lo han dicho? Sí… Todas las pelis son la misma y vista una, vistas todas, y… Y… (¡ah, ah!; ya sé…) hablo como quien pinta un cuadro o improvisa una canción: un poco por aquí, un poco por allí. Allá, acullá… Auguro y reculo. Veo y cierro los ojos. Al pecho, hecho. Nada más sano que la contemplación objetiva de un determinado fenómeno. ¡O no…! Poesía por los codos,

¡poesía! Chasquear la lengua y comprar colchonetas. Pongo azul y amarillo; un do y encima un la. Juegos de mi imaginación, solo eso. La inteligencia es la creatividad divirtiéndose, eso digo yo. Y ya me voy, ya me voy. Me llaman desde el otro lado de la cortina. Hay demasiadas cosas que decir y unos minutos no me bastan, así que quedate con el nombre: F.

En el momento en el que F pronuncia su nombre, los ojos de Alguien se abren asustados y, como encendidos por un resorte, los cimientos de la tierra se tambalean y el universo entero se estremece. Parece derritirse en lágrimas y obviar el apareamiento sagrado teniendo lugar en la concurridísima plaza del centro. Tanto es así, que las alas de los insectos protagonistas se convierten en piedra y pasan a formar parte del decorado, que exige vehementemente que todos los cuadros se pinten por encima ya de ya de ya.

Una corriente de aire violento aúpa y desordena el poso calmo que, indefenso y acomodado en su bienestar, es sorprendido por el joven armazón de la hambrienta novedad. Dubitativas, se congelan las cosas en el aire como las gárgaras de un roble. Y cuando la golosa gravedad, que todo lo quiere suyo, arranca de las garras de la esperanzada incertidumbre, que todo lo sueña suyo, y se hace definitivamente con su presa, un silencio atronador ensordece los presentes y se abalanza sobre sus sombras.

Alguien, con hiel helada en las venas por sangre, y agria acritud irrompible por vista, se mira las manos para comprobar si existe. Argots y fracs en casuísticos carromatos arguyen argucias para dar a sus ardores quinientos augurios en cuarzos rompientes; bacanales sin causa zambullen en éter sus flautas (¡ardid!) al tacto.

—¡Y amarras el pláncton! —agarra un Raúl sin cuerno ni pito ni astilla ni palo.— Hay con quien tilas son tés malgastados— grajea en murmullos un truño con boca.

—Es quien da no quien recibe quien inquina en mal consigue.

Ah, Gladis, dijo el mago, truco o te llamo, que mano amamanta como Anacleto me canta. Y el mago, tropezón, irguió en demasía su espalda, se dobló y se murió.

—60—

—A mi, por descabellado que parezca, el único pensamiento que consiguió que saliera de allí con vida—dije con respecto a la depresión de Gris— fue la convicción de que yo era el personaje más importante de toda la historia de la humanidad. Ahora que lo digo me parezco un loco pero, en su momento, mi convicción respecto a esa ilusión me salvó la vida. El egocentrismo *gets a really bad wrap, I think*; sin él, el ser humano no habría cumplido ninguna gran gesta digna de mención. Además, mi narcisismo desmesurado me priva de ostentar juicios y opiniones negativas sobre todo en lo que se involucren los demás. Todo lo otro está bien para un narcisista…, porque a este solo le interesa lo propio y lo de los demás puede ser alto, bajo, rojo o azul. ¿Qué poder tiene la circunstancia ante un círculo imperturbable?

» Y… pues… eso, que creía que mi obligación era, como "dios encarnado", salir de aquel pozo, conquistar a los demonios que habitaban en él, dar forma a las lágrimas y conseguir transcribirlo para poder ayudar a la gente que se sintiera como yo. De hecho… Ahora me estoy acordando de que todas las veces que me dormía fuera de casa cuando era pequeño lloraba mucho, y me prometía a mi mismo que no dejaría nunca más que nadie se sintiera solo y triste, y que si algún día mi hermano pequeño tenía que ir a algún sitio solo, yo iría con él y le daría la mano para que no estuviera solo. Eso recuerdo.

» Me sometía a mi mismo a ese sufrimiento para poder ayudar a los que lo sufrieran. Quería demostrarles que se podía vivir al borde de la angustia y de la desesperación sin suicidarse ni volverse loco. Como si fuera una cabeza de turco encerrada en una probeta de laboratorio… Y cuánto más bajo cayera, ¡tanto mejor! ¡Tanto más podría ayudar a los demás! Putrefacción fosilizada.

» Muchas veces me he sorprendido a mi mismo rogándole al cielo por más desgracias y más sufrimiento, desafiándolo para que aumentara sus inclemencias y así poder poner a prueba mi resistencia y ayudar aún a más gente, pero supongo que a cada uno le toca lo que está dispuesto a aguantar. Quería y quiero entregarme entero a los hombres. Que cada parte de mi sea alimento… y algunos me llamaban egoísta. ¡Y yo mismo me consideré a mi mismo egoísta! Hace tres párrafos sin ir más lejos, je, je…

» Yo lo entiendo y no lo niego: la soberbia ha ensuciado los logros de mi humildad. ¿Qué iba a hacer? Quería *vivir* el pecado; debía *conocerlo* para poder *curarlo*. Y conocerlo en profundidad. Y antes de saciar un pecado ya estaba pensando en el siguiente que cometería y… el pecado vicia. Por eso se llama vicio, claro. Ahora, a estas alturas del libro, cuando solo me quedan cien y pico páginas para acabar (por fin), sé que no debo someterme a mi mismo a tales cruces porque estaría, contrariamente a lo que pensaba, arrastrando al mundo a cometer y emular los mismos pecados que yo cometía, dándole un imaginario con el que justificar su corrupción y su miseria. ¡Pero solo me quedan cien y pico páginas! Solo… Y después, al fin, ya seré libre de repetir y repetir este maldito guión que me he impuesto yo o me ha impuesto la desdichada fortuna (porque en estos asuntos nunca se sabe quien es el principal motor) y podré dedicarme realmente al mejoramiento de la especie y al contagio de la virtud, que es la única felicidad suprema y verdadera que sacia la sed del espíritu y pacifica las ansias del alma.

» Y… y bueno, además, me engañé a mi mismo creyendo que solo mi sed de gloria paliaba mi tristeza; y (aún sabiendo que no era verdad) me sentía mejor que cualquier otra persona que jamás había y habrá puesto el pie sobre la faz de la tierra. No sé por qué… Sé que es penoso y no tiene por dónde cogerse, pero lo cierto es que me he sentido así. Interprétese el hecho como se quiera. Yo solo lo narro.

» Además, sin ese delirio, ¿qué era? La indiferencia ante mi destino y el del mundo solo me había deparado cinismo y pereza. ¿Y qué si muchas de

mis acciones tuvieron como fin la gloria póstuma? ¡Bueno! Eso me hizo querer ser la mejor versión de mi mismo y superar a todos y todas para flotar por encima de todas las cosas humanas… ¡Por vanidad, sí, solo por vanidad! No soy perfecto, lo siento. Sí, lo reconozco: quise sobrevivir a mi siglo y hacer que mi nombre surcara por las bóvedas celestes de la fama. Quise formar parte de aquel gran elenco, de aquel inerte álbum de cromos… Yo o el retrato de mi mismo… Sí. Llegué a creer que el objetivo de la existencia humana era ser famoso. ¡Fíjate! Quise que mi nombre llegara a formar parte de esa maldita lista… ¡y creí que *el mismísimo cielo era esa lista*! Adiós, sí… Dios era la palabra escrita y esas cosas… Y los iluminados eran solo aquellos que manipulaban el lenguaje de tal forma que se les considerara aptos para entrar en esa lista… Y estaba *convencido*… De verdad… Era una cosa muy curiosa… Pero… pero, bueno, en mi defensa, bebí eso desde que era niño, quiero decir…: "*see you in heaven if you make the list, yeah, yeah, yeah"; "light up the sky like a flame"*; *"you get the best of both worlds"* y mil millones de ejemplos más que no diré para no ser pesado. Ay, y yo… y yo que me creí inmortal…

» Pero, bueno, ¿y qué, y qué?, decía yo. No te des tanta importancia, me decían ellos. ¡Bueno! ¿Y qué hacemos? ¿Nada? ¿Respirar para no ahogarnos y mirar impasibles el pasar de la vida? ¡No! ¡Sí! ¿Qué sería del mundo sin la gente que se ha dado más importancia de la que tiene? ¿Qué sería del mundo sin toda esa gente que lucha como loca por un trozo de cielo? ¿Es que no forman ellas parte de la vida? ¡Qué digo! ¡La vida forma parte de ellos!; ¡la vida es su consecuencia y su sucedánea! ¡Eso es! La vida no existiría sin ellas.

» Toda esa gente conforma lo que hoy se conoce como realidad, sí… Vivimos en la representación de lo representado por una representación de lo presentado alguna vez en algún sitio muy, muy lejano… Toda esa gente que intenta dejar constancia de su existencia de alguna forma u otra; que intenta detener la inexorable procesión del tiempo y le gritan: "¡Tú! Detente. Aquí estuvo… (Pon tu nombre aquí)". Sí… Dios está hecho, decía

yo, Dios está hecho de todas aquellas pequeñas personitas. Dios es toda la información registrada condensada en un solo ser. Sí… Dios es la cultura; Dios es la palabra escrita. Sí, sí, sí. ¿Y qué, pues? ¡El más grande de todos los hombres será el que más contenido aporte! ¿No? ¡El que más espacio ocupe, el que de más piel de Dios se vista! Eso decía yo y así justificaba mis penosas acciones.

» ¡Ay, que se me llevan las palabras!, gritaba después. Ya estaba desvariando otra vez. Perdóname que me venga arriba, querida; el asunto me enciende. Me dejo arrastrar por problemas filosóficos con términos vagos e insulsos porque mi intelecto no da para más… Divagar y divagar, en eso consiste mi existencia. Soy un escritor con alma de músico, ¿qué le voy a hacer? No vengáis a mi si buscáis argumentos respaldados por lógicas irrefutables. ¡A otro con eso! Además, filosofar es errar y el fin de la filosofía es el fin de la filosofía.

» Y… y… ¿por qué intento justificarme? ¡Mis convicciones no necesitan justificación! Si queréis eso, buscad a los esclavos de la lógica, que a su vez es esclava de la mentira…; están escondidos en las páginas de libros antiguos. Bendita, ¡bendita la ignorancia! Le da a uno la ilusión de una respuesta…, dije mientras me reclinaba en la hamaca con un cóctel. ¡Ay! Pero ¿con quién estoy hablando? ¿Gris? ¿Gris? No me dejes que me vaya tanto de madre, por favor… O bueno, sí. ¿Qué sería yo sin mis delirios, no? ¿Qué…? Ay… Perdón.

Gris me miró compasiva, como una madre que mira a su hijo aprender a atarse las bambas. Yo sonreí avergonzado. Intenté condensar todo mi energía en un fino hilo y replegar toda mi luz dispersada y segregada por la habitación, quedándome lo más quieto posible.

—A veces, cuando te pones así, me olvido de que realmente estás siendo otra persona y de que tú no eres así. Me pongo muy triste porque creo que soy imbécil por haberme enamorado de un gilipollas. Me olvido de que no eres *esto,* ¿entiendes? Ves con cuidado, *porfa*… Yo entiendo que te dejes

llevar… pero no abuses de mi amor. Yo no soy tu audiencia. Yo no soy tu público. Yo no soy tu fan acérrima. No me utilices como un vaso, ¿vale?

Y yo, que había creído toda mi vida que encontrar una amante era encontrar una fan, un adepto forofo a mis turbulencias emocionales, como un gusano pedía perdón y decía que lo sentía y que me había dejado llevar y todas las cosas que ella ya sabía que iba a decir y que vosotros también sabéis que voy a decir porque he dicho y redicho lo mismo a lo largo de todo el maldito libro. Y después me arrepentía de haberlo dicho porque uno, al exteriorizar su pensamiento, lo hace visible y real y se obliga a si mismo a lidiar con él cuando, si lo mantuviera en secreto dentro suyo, probablemente se olvidaría y no tendría la maldita necesidad de gestionarlo. Sí, porque pecar en silencio es como no pecar y esas cosas.

Se podría decir que padecía una especie de *horror vacui* ideológico en el que, cualquier hondanada en mi entendimiento del mundo (fuera o bien la ignorancia sobre el funcionamiento del tranvía o la pulcritud a mi parecer excesiva de ciertas ideologías) se me antojaba inaceptable y sospechosamente conspicua en su inexactitud. Así, impelido por tan fatigante ansia, mi razón raramente se sentía satisfecha con lo aprendido y buscaba inducirse a si misma en errores simplemente para, por lo menos, ejercitar su ingenio.

Era inconsciente (pues era joven e inmaduro) de que cualquier formulación teórica fracasaba en su intento de abarcar la polifacética multiplicidad de fenómenos que conformaba la realidad y persistía en mi lóbrego intento de entender un objeto mediante su representación (y, por ende, desviándome de mi propósito real como un loco que intenta fregar el oceáno con una mopa o barrer la playa con una escoba).

Probablemente fuera porque, como todo pájaro curioso, había leído mucho. Quizás había leído los libros equivocados. Quizás todos los libros se equivocaban. Pero lo cierto era que aquella perniciosa costumbre se transformaba, al igual que la gula, en resultados que acababan siendo más perjudiciales que beneficiosos, pues me obligaban a, como ya he dicho,

intentar comprender la realidad tangible de los asuntos mediante las sombras que proyectaban en mi interior.

Todo esto solo se detenía cuando, afortunadamente, mi fervor intelectual (si es que puede llamársele así, porque buscaba más el gozo estético dado en cualquier argumentación lógica coherente —similar al placer fisiológico experimentado cuando uno resuelve una operación matemática) se veía interrumpido por la satisfacción poética derivada de una sucesión de casualidades encontradas que se encadenaban de forma perfecta y todos los cajones se cerraban y los vidrios se rompían de forma preciosa y, aunque el aire oliera a humo y las rosas se regocijaran con aullidos angustiados y la piel de los demonios apestara a sarro frotado, veía la Luna brillar por encima de todos los edificios por rasguños malcriados —arriba, arriba, muy arriba—, donde nada le toca, le roza, y le alcanza y ¡ay!, el mundo sudaba amor y yo paseaba con la Luna de la mano entre bombas y murallas.

Después me doy cuenta de que uno solo podrá conocer la historia ajena cuando se olvide de la propia y yo, que creía que uno debía cerrar los ojos al sufrimiento ajeno para vivir y olvidarse de cuando veía a las sombras de las hojas dibujar aves estáticas en la pared y de cuando lo visitaba una lechuza mientras andaba atomazado y lo obligaba a gritar su más sincera mentira si no quería perecer con ella… Pues eso. Que lo intento.

Generalmente no lo consigo, pero bueno, eso ya lo sabéis. Al menos dejo buena cuenta de todos mis errores.

Total, que sigo.

La razón por la que Gris aceptaba mis salidas de tono era relativamente fácil de explicar. Ella siempre se había sentido "fuera" y quería "entrar". Yo, en cambio, había nacido "dentro" y quería "salir". Ella, para amoldarse y encontrar la validación que durante tanto tiempo había ansiado, creía necesario reprimir y ocultar su mundo interior. Yo, para apartarme, indagaba al máximo en el mío. A ella le gustaba pensar hablando, a mi me gustaba pensar callando.

De hecho, por esa razón yo también admiraba su capacidad de compaginar ambos mundos sin que colisionaran (de la misma forma, por cierto —en una de esas disposiciones móviles que adaptaba muchas veces la realidad, como he dicho antes— que lo hizo ella al principio del libro, cuando me adulaba por mi mundología y mi capacidad de adherirme al entramado social sin excesivas fricciones y con encomiables interpretaciones), lo que le otorgaba una superioridad ante mi que ella utilizaba reprochándome mi enajenación del mundo real que, a su vez, me prestaba a mi una superioridad sobre ella, que estaba demasiado hundida en lo terrenal y *grass is always greener,* etc.

Suena confuso, lo sé. Lo más probable era que estuviéramos inmersos en una relación tóxica pero fuéramos ambos lo suficientemente inteligentes para hacerla parecer otra cosa. La realidad era que vivíamos en una canción de reggaetón popular y mala; esa era la realidad.

Pero como mi orgullo no se presta a esa clase de reduccionismos populares, trataré de explicarlo de otra forma; no con el empeño de brindaros explicaciones satisfactorias a mis intenciones, ni para complicarlas y alambicarlas con el malicioso fin de aturdiros el entendimiento y refrenar vuestra voluntad diseccionadora de significado para erigirme victorioso en esta disputa de nombre contra nombre, sino simplemente para ordenar y cimentar de forma más o menos sólida mi psicología a mis propios ojos que, de lo contrario, es… Pues todo un lío, queridos, un lío bien gordo que, cuando intento descifrar su origen, todas las palabras se convierten en la misma y… En fin, eso, a lo que iba.

Gris y yo, por fortuna o por desgracia, competíamos mucho entre nosotros. Como cómicos que, *for the sake of entertainment*, sacrificaban y utilizaban a su audiencia a forma de blanco, nos olvidábamos de nuestra bondad para salsear el asunto y tener algo en lo que pensar posteriormente, ofreciéndonos a nosotros mismos un espectáculo dramático que proporcionara, en definitiva, cosas de las que hablar.

Nuestro juego consistía, básicamente, en adelantarnos mutuamente en una carrera retórica hacia ningún lado. Desvelar el papel que uno interpretaba a los ojos del otro daba puntos; adivinar el papel que el otro interpretaba, aún más. En este libro os encontraréis, casi exclusivamente y debido a que mi vanidad me impide hacer otra cosa, mis victorias (si se les puede llamar así).

Cuando se llegaba a un *non plus ultra* (debido normalmente al cansancio intelectual o físico con el que uno se presentara a la batalla), el perdedor, en el caso de que el desenlace hubiera sido amistoso y el desenmascaramiento no hubiera dañado ningún trauma firmemente enquistado, se rendía ante la maravillosa inteligencia del otro, que se convertiría a partir de aquel momento, en el adulado.

En el caso de que el desenlace fuera violento, el derrotado recriminaría al ganador su falta de tacto y de cariño mostrado frente al trauma antedicho —que debería haberse considerado, a despensas del criterio ejercido por el perpetrador y en un último intento de sublevación, como real y no como una máscara más— y le inflingiría el sentimiento de culpa del que he hablado antes también.

El resultado final de la batalla dependía en gran parte del motivo de su inicio. Cuando éste se encaraba como puro ejercicio intelectual, era divertido y fluido, pues ninguno de los dos buscaba otra cosa que la vivacidad psíquica que conllevaba. En cambio, cuando la dialéctica se generaba con el fin de suplir una carencia propia mediante la visibilización y destrucción de una ajena, las cuchillos disparados se llenaban de resentimiento y rencor heredado y el intercambio se volvía ácido y hediondo.

Llevados por nuestros caprichosos intelectos, que simplemente querían restaurar desconexiones provocadas por conflictos que se retrotraían, como casi todos, a nuestros más tiernos días, hacíamos vibrar la pelota de la razón olvidándonos de nosotros mismos y *siendo* las palabras que discutíamos.

Muchas veces, en el post-partido, comentábamos la jugada y nos reíamos de que hubiéramos sido capaces de defender puntos de vista tan absurdos.

La conclusión nunca era satisfactoria, por eso…; al menos para mi. Yo, cuando salía ganando, me sentía culpable y quería matarme; cuando, en cambio, ella salía ganando, me sentía humillado y quería matarla. Ella…

No sé lo que pensaba ella. Si hiciera ver que lo sé, mentiría y, aunque es un acto muy común entre escritores, mi modestia me lo impide.

—61—

Así, así, así… Así recordará Alguien para siempre ese momento. Con un tiovivo por cabeza, por fin se acerca a la terraza y se sienta fuera para tomar un poco el aire. Justo cuando se sienta, aparecen dos hombres hablando a gritos por la puerta corredera.

—Mira, yo te diré una cosa, loco. ¡Que me pongan a Dios delante, que me lo pongan! Seguiré sin creer que existe. Así de claro te lo digo.

—*Bro*, el amor es el culo, hermano, el amor es el culo… Si la chavala te da el culo… eso quiere decir que te quiere.

—No, no. Mira, mira, yo te diré una cosa. Una cosita. A mi, si me gusta un coche, me lo follo, ¿entiendes? Hombre, por favor…

A Alguien le duele *mucho* la cabeza. Cree que está llegando el momento de irse por fin de esa fiesta diabólica. Le han pasado demasiadas cosas (cuya naturaleza mayormente desconoce) y ahora solo quiere dormir. Dormir, dormir, dormir para siempre… No tiene fuerzas ni para pensar.

Pero ay…, entre un pensamiento y su expresión yace una vida entera (y del dicho al hecho no hay un trecho, no, hay un techo…) y Alguien lo sabe mejor que nadie. ¡Es preciso actúar y materializar el pensamiento!, de nada sirve pensar… Quien piensa mucho, poco hace. ¡Al principio fue la Acción! ¿Y no es mi palabra acto? No… está demasiado cansado para pensar en

estas cosas ahora. Extenuado. Le gusta esa palabra. Se la repite interiormente.

Así que, extenuado, se queda en la sofá intentando esquivar sus propios pensamientos para no tener que dedicarles la energía necesaria que requiere erradicarlos. No los quiere ni ver. Quiere, simplemente, montarse en la ola y surfearla.

En estas está, cuando le interrumpe el grito de un hombre. Está nervioso y se restriega el sudor de la frente impulsivamente. Después de preguntarle a Alguien sobre la hora, con la confianza común de los borrachos, le pregunta si cree en el amor.

—¿Qué quieres decir? —responde Alguien automáticamente.

Un mar blanco se funde en petróleo negro a trazos brutos.

—Bueno, pues eso. Si crees en el amor como tal. Dos personas amándose la una a la otra para toda la vida. Mi padre, hermano, mi padre… —habla atropellada y efusivamente—, me confesó que todo el tiempo que estuvo con mi madre (todo el tiempo, *bro*, *todo* el tiempo), solo la amó a ella. Solo, tío, *solo*. Muy *heavy*. No lo sé. Creo que no suele pasar… Me dice que no deseaba a otras mujeres. Te lo juro —acentúa cada sílaba—. Me dijo que hasta el día en que murió la quiso igual todos los días.

—Ah… muy bien. ¿Y crees que dice la verdad?

Un árbol negro dibujado a mano alzada sobre el mismo fondo blanco.

—Sí. He hablado con él. Y me lo dice. Y yo me lo creo, *bro*, me lo creo. ¿Qué he de hacer? Yo estuve con una chica, ¿vale? Y nos queríamos mucho y era la hostia. Pero llegó un día en que dije…: ya. ¿Sabes? Ya no podía más *bro*. No teníamos razones para seguir y ¿para qué alargarlo? Total, que se lo cuento a mi padre y me dice: "La has cagado". Literalmente me dice, *bro*: "La has cagado". ¿Cómo te quedas, *bro,* cómo te quedas? Siempre, siempre, siempre me lo dice: "Escoje una chica y comprométete con ella". Y *that's the end of the road*, ¿sabes? No andarse por ahí vagabundeando como un triste solitario.

—Ya. ¿Tu padre solo estuvo con una mujer?

La silueta de un hombre ante el mar blanco y en el mar blanco. Al fondo hay montañas y un cielo gris.

—No. Antes de tenerme a mi con mi madre estuvo con otra y tuvo dos hijos con ella. Después conoció a mi madre y estuvo con ella hasta que se acabó. Mi madre falleció. Esto fue hace cuatro años. Pero yo ya estoy bien, lo he aceptado. Y con la primera mujer con la que estuvo… bueno, lo dejaron por mi hermano.

» Mi hermano tuvo un accidente y se quedó en silla de ruedas. Allí comenzó a fumar porros y a desayunar amfetaminas. Se le soltó el cable, claro. Se volvió completamente loco. Y lo dejaron por él. Les hizo la vida imposible y llegó un momento en que no podían más. Claro, imagínate… Es comprensible, tío. Es difícil, muy difícil.

» Y mi hermano… bueno. Es un capullo, pero es mi hermano. Imagínate: voy a comer con él y con mi padre y el capullo está toda la comida en silencio. Sin decir absolutamente nada y mirándolo todo con asco. Claro, ¿cómo te quedas? Es una liada, pero es lo que hay. Yo he tragado mucha mierda, tío. Tragué y tragué y tragué hasta que dije: "Hasta aquí, loco, hasta aquí". Y le metí una paliza y le dije: "Es-pa-bila, *bro*. Espabila pero ya…" Y desde entonces está mucho mejor.

» Ahora tiene 45 años y no sabes lo feliz que me hace verlo contento, ¿sabes? Haciendo bromas, riéndose… Me hace muy feliz. Y mi hermano… Tío, es de las personas más inteligentes que conozco. Te lo digo. Y no sé, *bro*. Esta gente, toda esta peña que ves por aquí… Esta gente es mi familia. Te lo juro, *bro*. Por muy capullos que parezcan… Les debo la puta vida.

» El Cabré, aquí donde lo ves, es el tío más hijo de puta que he visto en mi vida, sí; pero cuando ha de estar, está. Y eso ya no se encuentra, tío… Eso no se encuentra, hermano. El día que se cumplían tres años de la muerte de mi madre, yo fui a misa con mi padre. Normalmente no voy porque yo no creo en estas cosas, pero ese día, para acompañar a mi padre, fui. Y yo estaba allá, en primera fila y aguantándome las lágrimas… y de repente me giro. ¿Y sabes qué veo? Los veo a todos, *bro*, a todos. Todos y cada uno de

ellos, mis hermanos, mis amigos, habían venido a la misa a apoyarme, tío. Me cago en la puta, tío. Todos. Mira, *bro*, la piel de gallina. No faltó ni uno, hermano, ni uno. ¿Cómo te quedas? Yo es que, tío… no sé… Aquel día me di cuenta, *bro*.

» Aquel día me di cuenta de que, por muy capullos que parezcan, están allí, tío, están allí. ¿Qué más se puede pedir? Además *sé* que fueron porque el Cabré los cogió y les dijo: "O vas o te mato". Sabía lo importante que era para mi. Y ese día me di cuenta, *bro*, ese día me di cuenta. Lo nuestro es para toda la vida y por ellos estoy dispuesto a matar. Te lo juro, hermano. ¿El García? Un cabrón, un puto cabrón; pero aquí donde lo ves, aquí donde lo ves, dando por culo a todo el mundo *pa'* reírse, siempre que lo he necesitado, ha estado allí. ¿De cuánta gente puedes decir eso, *bro*? ¿De cuánta? Muy poca, bro; muy, muy poca… Hay muy poca gente que valga la pena, hermano, muy poca gente. Yo no me fío de nadie; *de nadie, bro*.

» Porque no te puedes fíar de nadie, *bro*, de nadie. Conozco a otro, un colega que he conocido toda mi vida, ¿vale?; hemos sido colegas desde el parvulario, hermano; ya te digo: toda la puta vida, pero por él no pagaba ni un puto duro, *bro*, ni un puto duro. Se le ve que no es agua clara, ¿sabes? Esto se ve, *bro*. Es un tío turbio. Pero estos, hermano, estos… *Bff*… Mira, la piel de gallina, *bro*. Ya te digo, ya… Y ¿para qué? ¿Qué sentido tiene todo esto, no? Pues ninguno, *bro*, ninguno. Estar con los colegas y la gente a la que quieres. Eso es. Eso y solo eso. ¿Qué hay más bonito que eso, hermano? ¿Qué hay? Nada. Todo lo demás es tontería y mierda superficial. ¿El dinero? ¿A quién le importa el dinero si no tienes colegas con quien gastarlo? ¿Eh? *Bah*… ¿La salud? *Bah*… Te juro, *bro*, te juro (por lo más puro que tengo en el alma) que yo mataba por todos y cada uno de ellos. Por todos, tío, por todos.

» Porque *bro*, que no te engañen: la vida es una puta mierda. Eso lo sabe todo el mundo. La vida es una *puta* mierda. Te da por todos lados continuamente. Todo el rato. *Pum*, ostia, *pum*, ostia. No para, es acojonante. Yo, por ejemplo, ¿vale?, vivo con toda mi familia en el mismo bloque de

pisos. Están todos enfrentados por temas de herencia y movidas así. Y aún así, *bro*, aún así, cuando tú llamas por el interfóno y pides sal o huevos o lo que sea: en cinco minutos tienes a alguien en la puerta, *bro,* en cinco minutos. Es acojonante, *bro*. Te lo digo enserio, *bro,* ¿eh?: cinco putos minutos. Oye, ¿alguien tiene huevos? *Pum*. Tocan al timbre antes que te des cuenta. Tío, es eso, *bro*. Al final, es eso. El amor incondicional, *bro*. Todo lo demás son tonterías.

Alguien se queda callado. Se queda muy callado. Lo mira de reojo, apoderado de una vergüenza muy profunda. Aquel hombre, chato y menudo, ha desvelado todo lo penoso de su ensimismamiento. Desnudo en el desierto, es descubierto con provisiones que no comparte y, lejos de ser castigado, se le acepta y se le perdona, haciendo aún más grave su sentimiento de culpa.

Sí, es cierto, antes se reía de él mismo y de su teatralidad cúbica, pero lo hacía solo para dárselas de entendido espiritual, solo para ser percibido (él, triste Grinch, Neymar de la palabra) como alguien sabio. Su desprecio hacia si mismo no era real, era solo un papel que interpretaba, una imagen quirúrgicamente confeccionada para deslumbrar a una audiencia que… Vamos, una audiencia que no era más que él mismo. Pero no nos desviemos ahora.

A la luz de la bondad de ese desconocido que le había abierto los misterios de su corazón y en cuyo seno nada olía a cerrado, ni a húmedo, ni a pescado podrido, ni a mugre apilada, todas sus preocupaciones se descubren no solo ridículas, sino sórdidas e inaceptables. ¿En qué ocupa Alguien su vida? Enserio, ahora enserio: ¿en qué la ocupa? ¿Qué hace con su tiempo? ¿En qué piensa? ¿A quién ama? ¿Cómo lo ama? Estas preguntas, (que normalmente, según él, pertenecían a "los mosquitos del alma" porque *this my life, I did not choose* y *only the*… y blablablá… y a mi me han arrojado al mar después de huir de mi mismo, etc.), achacan ahora a Alguien incisivamente insoportables.

Lo peor es que Alguien no sabe qué responder. Alguien se pasa el día preocupado por burradas que no importan a nadie más que a él… A él la vida no le ha dado ningún golpe, se los da él mismo. Y por aburrimiento, además. O sea… Aburrido, diría él, de la planície unidimensional de mi realidad larga y delgada fabrico, mediante sensacionalismos poéticos baratos, universos pluridimensionales en los que regodearme.

Lo cierto es que, acolchado en su jardín de privilegio y acompañado solo de ficciones, se ha extraído tan lejos del mundo a si mismo que, en aras de una pureza y una verdad desterradas por su inhumana ambición, ha terminado sucio, mintiendo y sudando profusamente, disfrazado como un arlequín en una fiesta de traje y corbata.

Unos días atrás, o incluso unos minutos, probablemente Alguien hubiera descartado aquel discurso como perteneciente a alguien débil, obediente y transigente con el régimen dictatorial de nosequé y nosecuántos. Se habría puesto a gritar, en su habitual melodramatismo:

—¡Que se aparten de mi todos los virtuosos por naturaleza! ¡Asco, asco! Solo defienden al oprimido socialmente estipulado como tal… ¿cómo se entiende eso? Si tan solo conocieran los corazones del espíritu, y no el número formulado en las estadísticas, prisiones de sombras, sabrían que un error ha fraguado toda su personalidad… Y, y… y si, dicho esto, aún queréis ser padre, sabedlo: el buen padre deja que su hijo campe libre por el bosque de la vida, porque cualquier aprendizaje impuesto no es aprendizaje. ¿Y a mi? Y… ¿de qué hablo? ¿Qué tiene que ver esto con aquello? ¡Ah, sí! A mi me toca quejarme. Eso. ¿Y conmigo qué? ¿No? *Bah*… Aquella gente que es buena por inclinación temperamental o ideológica no merece mi respeto; tan solo son esclavos de si mismos. Enseñadme a alguien que se haya trascendido a si mismo y me arrodillaré ante él y le besaré los pies. De lo demás no quiero oír ni una palabra.

Pero ahora todo es distinto. Haber conocido a F y haber visto sus formas y figuras, y después haber conocido a ese bondadoso y rechoncho jabalí… lo ha cambiado todo.

Ahora, la resignación monacal y sencilla entrega a la voluntad de la Fortuna que aquel chico demuestra lo apabulla en su sacralidad. Acepta sin rechistar los insultos de una vida que parece estar riéndose de él y se entrega a la conservación de la tribu y el mantenimiento de sus valores culturales y sus lazos familiares más allá de su estado anímico. Su imaginación y su sueño sirven solo a su razón, y en esa servidumbre radica su virtud.

F, además, con sus maneras y extravagancias, con sus bigotes y ceñidas camisetas, le ha servido de espejo para ver y comprobar en lo que no quiere ni debe convertirse si quiere mantener su integridad y honradez. Yo no quiero ser un charlatán, yo no quiero ser un charlatán…, se repite. Mide con cautela y cuidado tus palabras y actos, amado corazón, no te envanezcas ni te destruyas en exceso… Sirve, sirve, sirve…

¡Mira al divino chiquillo! Por encima de toda subjetividad y particularidad que pueda albergar en su ser, se entrega al otro y hace lo mejor para el otro. Sé bueno por el otro, para el otro, y ante el otro. Y yo con mis poesías y mis tontas canciones… Yo, yo, yo… Siempre obsesionado con mi reflejo… Siempre cantando y siempre muriendo… Desvalijado por mi mismo, ando ahora humillado, ofendido y desnudo por la calle. Todo me penetra y ante nada estoy a salvo. Estoy condenado a vivir el castigo eterno.

Pero ¡endemoniado! ¿De qué hablas ahora, poseso? ¡Mira al divino chiquillo! Rebájate y aprende, imbécil. No eres mejor ni peor que nadie, eres lo que todo el mundo es y puedes ser lo que todo el mundo será: no desciendas tanto a las infaustas e intempestivas cavernas otra vez… ¡Entrégate a los otros! ¿Es que has olvidado que el Amor revive y purifica el alma como la más precisa medicina? ¿No recuerdas todas las veces que el Amor ensanchó tu mirada y reavivó la llama de tu oscurecido humor? ¡Ay, amado, ay! Alza la mirada y mírate a ti mismo en las nubes, ¡tú no eres este triste reflejo que vaga por las aceras de este mundo! ¡Tú no eres este incierto simulacro que se pierde entre las sombras…! Mírate y vete ángel.

Pero, pero… Pero el café está frío y lo helado es la muerte del espíritu. ¡No, no! ¿Qué pasa, qué pasa entonces con mis voluntades? ¿Qué hará la masa con ellas? ¿Debo ceder mi identidad a la uniformidad del vulgo? ¿Debo entregar mi corazón a las sucias manos de la masa?

Ay, querido… ¿Son tus voluntades íntegras y buenas? ¿Son tus voluntades buenas y honestas? ¿Y no equivale un conocimiento puro del sujeto a un conocimiento puro del objeto? ¡Ay, ay! No lo sé… Y si lo fueran, y si lo fueran… ¿cómo podría atreverme a aplicar mis criterios al otro…? ¿Y debería? ¿Quiero yo imponer la misma fuerza de la que escapo? No, no, no… ¡Que suene, que suene el teléfono! No pienso cogerlo nunca. Estaré en la cueva eternamente y para siempre. Yo lo que quiero es huir de las mil infinitas ramificaciones de mi confusa razón, eso es lo que quiero… ¿Y lo de antes? Ay. El otro me dice… ¡Sí, querido! ¿Qué hay más digno que eso? ¿Acaso no vuelve a la caverna a ayudar a sus hermanos quien ha contemplado el Sol? Y tú andas preocupado con tu libro… Sombra de sombras y… ¿qué busca? ¿Proyectar más definidas sombras en una pared? Ay, querido, querido… Ni siquiera te entiendes y te aceptas a ti mismo y suplicas al mundo que te entienda y te acepte… Rectifica el alma y el mundo se te aparecerá recto y podrás ver el camino. Desenvaina el machete que la selva es muy frondosa.

El mar blanco está cubierto prácticamente en su totalidad por el negro, que ya no brilla como petróleo, sino que es mate como pizarra. Más o menos hacia la mitad del cuadro, la mitad negra se despedaza progresivamente en líneas rectas, como radios de una circunferencia cuyo centro está en la esquina superior izquierda de la forma negra.

Madre mía: es Ella quien me hurta el alma deshiláchandola a mis espaldas pero… ¿quién es Ella? Mi videncia se revela ceguera y de mi bullente corazón cuelga goteándose una vergüenza vulgar y doliente. He estado perdiendo el tiempo. Ah… ha estado perdiendo el tiempo.

—62—

—Una de las razones por las que rehúyo del registro de mis sensaciones (guiño, guiño), es porque lo creo como una forma perversa de tener la última palabra sobre mis adversarios, de mantener la supremacía indiscutible ante mis contemporáneos, etc., esto es: ante todos aquellos que no trasladan su vida a los mudos mundos del papel y, enviados de Dios, no juegan al maldito juego.

» Claro que uno siempre encuentra detractores, pero estos, con el tiempo, siempre terminan desapareciendo (ya que se dedican, básicamente, a ignorar una obra que no les interesa). Entonces, almidonado en la adulación de ojos renqueantes, se crea una cámara de eco en la que el artista adquiere cualidades semidivinas: todo lo sabe, todo lo ve, y todo lo puede. Lo que su obra carece lo aporta la imaginación de una audiencia hambrienta de ídolos que busca en la adoración al icono la justificación de una renuncia a su propio potencial.

» Así, escribo con un mazo sobre el vuelo de las aves… La gente me sabe enfermo, lo sé, pero no se atreven a reconocerlo. Algunos dicen que llegar después es mejor que llegar antes porque así ves todo lo que se ha hecho antes pero yo creo que es mejor llegar antes para así no ver todo lo que llega después. Quizás es resultado de mi enfermedad. He de irme a casa. Ya estoy demasiado lejos de mi mismo. Qué ganas tengo de que se acabe el invierno… De hecho…

» La perturbación aleatoria… ¿conoces el concepto? Es un método utilizado en neuroingenería que consiste en impedir y dificultar mediante impulsos eléctricos ciertos movimientos musculares al paciente para que este desarrolle una mayor capacidad volitiva sobre los mismos. Y… y también hay un experimento muy famoso que demuestra que, cuando a uno le presentan una serie de datos que desmienten su creencia, se niega a aceptarlos y prefiere seguir creyendo en su mentira.

» *Bah*; dejadme. Yo sabré lo que tienen que ver, yo sabré… Además, yo no quiero tener la razón sobre todas las cosas ni aspiro a tenerla: mi opinión no es la verdad, es solo mi opinión. ¿Que qué tiene que ver esto con aquello, dices? No lo sé, yo soy novelista, no científico; presento hechos, la conclusión de los que de estos se derive no me compete a mi determinarla, a pesar de que muchas veces sobrepase mi jurisdicción en un anhelo de equilibrar la carga poética del asunto racionalizando y encasquetándole corsés a la divina imaginación por miedo a que cogee en exceso y termine cayéndose.

» Además, hoy en día somos todos dioses y todos artistas. La transfiguración de la realidad, la vida como acto poético de la que antes se servían los artistas, magos, y embusteros, es hoy nuestro pan de cada día. Yo, colgando una historia en Instagram sobre mi último conflicto personal, me convierto en el portador y configurador de mi verdad biográfica, ya que, como he dicho antes, un monólogo es…—explicaba solemnemente, como si se tratara de una conferencia.

—¿De qué coño hablas? —me preguntó Gris con brusquedad, interrumpiéndome.

Empezaba a exasperarse. Yo la miré un poco confundido.

—Ah. *Mmm*… Creía que… creía que estaba hablando con… Perdón.

Pero pierdo el hilo; esto pasó mucho tiempo después… o antes. Da igual, es indiferente. Pasó y lo he escrito; ahora lo que pasó es lo que está escrito y no lo que pasó. Que alguien me pegue un tiro porque yo ya no me atrevo.

Bien. Satisfechos mis deseos, me aburrí, y como me aburría, me propuse jugar con Gris. Quien se aburre es capaz de hacer muchas barbaridades. Creo, de hecho, que todas las maldades cometidas por el hombre son solo fruto del aburrimiento. No me hagáis mucho caso porque no lo he pensado mucho. Es más una frase que me ha parecido de graciosillo y la he escrito. No sé. Sé de alguien que dijo aquello de que todos los problemas del hombre nacían de su incapacidad de quedarse solo en su habitación; ese

hombre sabía bien de lo que hablaba, probablemente, así que ¿no debo andar tan equivocado, no? Da igual.

Nos aburríamos tanto, tanto, *tanto*, que empezamos a hablar de sexo.

—Yo, gracias a Dios —decía yo, en uno de mis mezquinos y tristemente habituales intentos de coronación—, no tengo un apetito sexual desmedido. No lo sé… Quizás estoy enfermo. Es extraño. Cada vez siento más aversión por la idea de dar un beso a alguien. Me parece cada día más repulsivo. Y follar ya ni te explico. Y no, no me gustan los hombres. Me gusta el cuerpo de las mujeres, sí… Mucho. Pero creo que solo como escultura. No para manosearlo y ensuciarme a mi y a ella. Me gusta como idea, eso es. Bueno, no lo sé, no… La cosa es que… A decir verdad, me siento bastante aliviado. Veo la importancia que alguna gente le otorga al sexo y… no me gustaría ser así. No sé. Van como locos detrás de un cuerpo.

Aunque detrás de esta afirmación había una verdad, el hecho de que la compartiera la convertía inmediatamente en mentira. Es una de las…

—¿Qué quieres decir? —repuso ella— O sea… no sé. No me cuadra lo que me dices con lo que veo después. Quiero decir… ¿y todo lo de antes? Pareces disfrutarlo.

Yo, terriblemente avergonzado por verme despojado de mi aura de dios y haberme convertido en sus ojos en un bruto y burdo salvaje, dije:

—Oh… no, no, no, no… Es ficción, ¡ficción! Todo un acto interpretativo. Me incita curiosidad el asunto y por eso intento investigar sobre ello. Para hacer la broma, querida, lo hago solo para hacer la broma… ¡Qué peligroso es aburrirse! Tendría hijos, me mutilaría e incluso mataría a alguien por hacer la broma… ¡No, no…! Qué digo, qué digo… Me castigarán por esto; lo sé… Me castigarán y con mucha razón… ¿De qué hablaba, de qué? ¡Ah, del sexo, eh, del sexo…! Pues eso, que me hago actor y me obligo a mi mismo a creer la mentira que interpreto, ¿entiendes? Como si me forzara a creer que mi madre ha muerto de verdad para poder llorar mejor.

» No tiene nada que ver contigo. No quiero que lo veas como un defecto tuyo; no, no. En todo caso, el defecto es mío que soy incapaz de disfrutar de algo tan primordial y natural como el sexo. Pero, ¿qué le voy a hacer? Simplemente, no me gusta. Me siento sucio y no me excita cómo creo que debería. Lo siento. Lo siento mucho.

—Bueno, creo que en eso te equivocas. Eso lo hace todo el mundo, quiero decir…: el dejarse llevar, el fingir. ¿Quizás…, quizás es porque lo idealizas demasiado? Piensa que se nos ha atiborrado desde que tenemos cero años con una imagen del sexo muy concreta. De hecho, toda la sociedad gira en torno a ella. El deseo erótico ha sido capitalizado desde que existe el capital. Las chicas que ves en los anuncios, los vídeos porno… Todo. Incluso las pelis de Disney —me explicaba ella.

—Sí, sí —dije yo—; y el sistema jurídico, y la mitología, y cuán servicialmente me sirven el café todas las putas mañanas… Es todo mentira, ¡todo mentira! ¡Consensos, consensos!, solo eso. Qué triste… —añadí.

—Sí —dice ella— A ver; yo soy capaz de disfrutarlo más que tú, creo; pero no por ello me siento necesariamente esclava.

Claro. Agotada mi maldad ante su acogedora beldad, me callé y miramos al techo. Al cabo de un rato, sentí palabras subiendo desde el esófago a la tráquea, pasando por entre los pulmones y la garganta, y saliendo fuera de mi boca, impelidas solo por ellas mismas.

—Ya… No sé. Yo… verás: esta asexualidad mía, sea fingida o no, creo saber de dónde deriva… Es un tema delicado pero… Pero ahora que estamos solos y nadie nos escucha… Bueno, hmm… Da igual, da igual. No sé por dónde empezar, no sé. La cuestión es que… En fin, que creo que uno puede sonsacar cierto placer secreto del acto de ser violado, (sobretodo si es inseguro). Con eso no quiero decir que tú lo hagas, pero… Pero ciertamente jugamos a un juego, ¿no? Sí, ¿no? Sí. Pues eso. En ese juego, yo, inactivo y pusilánime ante tus deseos, me libro ilusoriamente de las consecuencias morales de la lascivia. Claro, si yo no hago nada, no estoy haciendo nada y

no es culpa mía. Pero en realidad soy igual de cómplice del crimen que se perpetra.

» He tenido experiencias, cuya naturaleza no referiré aquí en su totalidad por discreción y… y sé que en todas podía haber hecho algo. En todas. En todas podía haberle metido una ostia al tío y salir corriendo, en todas podía haber dicho que no desde un primer momento o haberlo ignorado y haber seguido caminando. En todas. Lo sé, lo sé…

» Pero el violador está dispuesto a rebajarse hasta las más indignas bajezas con tal de conseguir el objeto de deseo. Y yo caí. Y caí porque me odiaba a mi mismo. Y caí porque me gustaba lo que me decía. Me gustaba que me dijera que era guapísimo, y que tenía un cuerpo precioso, y que parecía un modelo, y que era muy inteligente, y que… ¡Da igual! Aún cuando sabía perfectamente que era todo mentira, acogía los latigazos de su labia y… Y su cara… y como me rozaba y me obligaba y… Y ya. Siempre con una sonrisa, por eso; siempre con una sonrisa. Me da asco. Perdón. Aún a día de hoy huelo su olor cuando me desnudo. Y pude pararlo en cualquier momento. Pude. Y no lo hice. Y lo sé.

» He de estarle agradecido. He de darle las gracias. Sí. Gracias a ellos conocí la degeneración de la que es capaz el hombre si no endereza el alma y la dirige hacia el cultivo de la virtud. Y yo no quiero ser una víctima. No quiero. A pesar de que a veces piense que ese papel le brinda a uno una especie de carta blanca con la que puede ganarse las puertas del cielo… Sí… A pesar de que yo, consagrado a mi melancolía, quiera hundirme en las penumbras de la culpa y ahogarme en lo mundano del vicio y la perversión. No. No pienso otorgarles ese poder. Si quisiera subyugar mi vida a una panda de enfermos y degenerados, me aficionaría a la política y empezaría a leer el diario.

» Y yo no quiero hablar de esto en el libro, te lo juro que no quiero, pero… Pero siento que es necesario. Y sé… sé que es un pantano neblinoso en el que millones de arácnidos intereses hincan el tenedor queriendo amasar las verdades del individuo…, pero me da igual. Un charco de aceite

no ensucia el mar porque la naturaleza siempre gana. Además, creo que mi desinformación sobre el tema conlleva necesariamente a que sea más honesto y que no utilice palabras en exceso manidas por los tabiques congestionados del magreo ideológico con el que visten la realidad los títeres de la cultura. Siempre he creído que la escasez de referencias es más un motor que un obstáculo. Y da igual, da igual. Lo siento.

—Si lo viera, lo mataría. Te lo juro.

Yo la abracé mucho porque la necesitaba mucho.

Así, ¿qué loco querría emanciparse de la protección de la familia, por cierto? Aquí, en mi tribu, soy un guerrero admirable y audaz, donde me admiten eructos y deslices y me sientan en un trono aún con pantuflas y albornoz. Lejos de aquí, en la gran ciudad, soy solo una sombra, un don nadie desprovisto de identidad y cualidad alguna, un simple peón de un ajedrez infinito…

Pero no hablemos de eso, no.

Ahora estábamos en la cama abrazados. Yo me recogí en posición fetal y me puse a su cobijo. Podría estar así toda mi vida. Podría. Era muy bonito. Veríamos pasar las horas por delante nuestro, como si, inmersos entre el coral y los peces y las frías corrientes del mar, viéramos la vida y sus carrozas desfilar más allá de la superfície. Hablaríamos un poco de esto, otro poco de aquello, y me daría igual de lo que habláramos. Nunca en mi vida me había importado tan poco perder el tiempo.

Normalmente, terminaba sintiéndome culpable y escapaba. Estar enamorado es perder el tiempo, pensaba. Pobre de mi, pobre de mi… Y bueno, si lo era, ¡qué deliciosa manera de perder el tiempo! Un hombre no es un hombre hasta que conoce una mujer, pensé después. La mujer convierte el proyecto de hombre en hombre definitivo.

Después pensé en el amigo que me decía que las nociones de hombre y mujer ya no existían y eran concepciones obsoletas y me metería bronca si me viera hablar así en el libro y pensé: “Bueno pues… ¿un individuo con rasgos femeninos y otro individuo con rasgos masculinos…? No sé. Yo

pienso con los términos que entiendo, estos no tienen porqué ser necesariamente ciertos", concluí.

Todo lo demás, decía, es soledad insulsa y emperrada en inconclusas revelaciones. ¿Para qué trabajar en pos de la plenitud conceptual cuando podía uno contentarse con la plenitud *física*? Yo no quiero consagrarme a nada *más allá*, decía; me resignaré a mi naturaleza mediocre y me convertiré en el hombre mediocre que estoy destinado a ser, decía. Todo *más acá*. No trataré de escribir ninguna novela grandilocuente con el ansia de abarcar y generar una cosmovisión original y distinguida. Todo aquello son patrañas y mentiras: ¡miradme aquí, ahora, en esta cama, con esta chica: esto es el cielo, os digo; el mismísimo cielo!

Vuestros sucios libros, hoy, aquí, ahora, en esta cama y con esta chica, no me importan una mierda, sabedlo. ¿Qué más me da a mi la inmortalidad si me acuesto con una diosa? La inmortalidad me parece un premio harto insuficiente. Aquel que decía que la inmortalidad se paga cara… ¡y tan cara!: con una inseguridad galopante y una autoestima inexistente. Porque sí, por cierto, quien piensa es como un niño que llora para que lo abrace su mamá, y cuando su mamá finalmente lo escucha después de horas y horas llorando y encerrado en las cuatro paredes pomposas de su cuna y lo agarra entre sus brazos para consolarlo, es una Górgona raquítica con algas y coral por dientes y lengua y blancas cataratas por ojos. Pero en fin…

¡Vamos a cazar sombras con el *salabret*! ¡Vamos! ¡No!, dicen. ¡Yo dije antes que *x35 - 22* era resultado de *20f - 30 - 22!* ¡Sí! Miradme levantar la mano. Fui el primero. Está grabado. ¿Tú? Oh, no… ¡Querido! Tú solo dijiste que *23 - 20k - 52* era el resultado de *30x - 42*. ¡No, no, no, no! ¡Eso no tiene ningún sentido, hombre! ¡No tiene ni pies ni cabeza! No tiene nada, nada que ver… Verás… ¡A la prisión! ¡Ven! ¡Vamos! ¡Eh, tú! Bebe rápido y no te manches el bigote. Allí cantaremos solos como pájaros enjaulados. Canta: "Cerrojos, ah, cerrojitos…" ¡Tonterías, tonterías! Quien de verdad se ama, acepta su finitud y *no molesta*. Enteraos: que todos vuestros libros *molestan*. Basura, basura: ¡porquería!

Y yo quiero desaparecer para siempre. ¡Qué digo! Yo quiero estar siempre y no aparecer nunca. Allá estaba, con mi novia, Gris; y aquí… aquí… Aquí me doy asco. No quiero empezar otra vez… No… ¡Sí! La pena no vale la pena. Así que voy a ser alegre. Voy a reír, voy a bailar, vivir, ¡vivir! Basta ya de rebelarme contra monstruos que… ¡Ah! Toda mi vida siendo esclavo de fuerzas que escapan a mi control. Ese sería mi epitafio (se lo dije un día a Gris y me pareció la mar de ingenioso, por eso lo repito):

"He sido esclavo toda mi vida."

Era un buen epitafio.

—De hecho —le dije—, debería ser el de todo el mundo, ¿no crees? ¿Acaso alguien puede afirmar con absoluta vehemencia que no lo ha sido? No. Demonios deformes nos han estado susurrando toda nuestra vida lo que estaba bien y lo que estaba mal; lo que se debe hacer y lo que no. *Teach him how to act!*, gritaban a mis padres cuando yo era solo un niño. Y deber matar al dragón escamado del "Tú debes" es el primer deber que uno debe aniquilar… *Ping, ping, ping… 404*… Alargo la mano y… ¡Ep, eso no se puede tocar, caballero! ¿Y aquí? *Nop*. *The specialist determines whether or not it is safe to walk upon certain areas*… Muevo un pie… No, hacía allí tampoco puedes, querido. ¿Puedo tocar esto? *How dare you even ask*… ¿Y esto? Tampoco. ¿Y estotro? Tampoco. *And the*… ¿Es que hay alguien aquí que pueda presumir de haber podido definir las posibilidades entre las que escogía? ¡Ah, mira! Las causas… ¡Las causas no las escojo yo!

Ay… pero no, no… Miento. ¡Miento! Tengo ganas de llorar y miento, queridos míos, miento. ¡Ay! ¿es que acaso puede hacerse otra cosa? Perdonadme mi tendencia a los epigramas reduccionistas… (¿aunque acaso es el lenguaje otra cosa que reduccionismo?) *Oops, I did it again*. Al empezar a hablar ya me subrogué a la mentira. Todas mis verdades son prestadas y estoy cansado. Os digo la verdad: al cabo de cinco minutos de

nuestro tierno abrazo, ya estaba buscando alguna forma de escabullirme. Tenía demasiado calor.

Los objetos físicos están, según los libros de ciencia que leía cuando era pequeño, conformados por esferas, por puntos circulares conectados por líneas finitas y negras, a diferencia de los objetos digitales, que están conformados, según los libros de tecnología que leía también cuando era pequeño, por cuadrados y rectas ortogonales, cuya combinación *llena*. La conjunción, pues, de diferentes elementos en el plano físico siempre deja huecos y, por ende, insatisfecho al alma hambrienta que anhele *unidad*. ¡Vendamos, pues, nuestra alma definitivamente al demonio y traspasemos el cristal del negro espejo hacia un mundo mejor y perfecto en el que todos somos todo y vivimos para siempre y no existen preguntas sin respuesta! *Oh, it's hot tub time!* Aunque la eternidad dure solo un día y las ventanas sean puertas tapiadas. Pero no hablemos de eso. Hablemos por ahora de los problemas de humano que me acucian y no intentemos domar la furia salvaje del destino. Tengo una muñeca…

El problema es que los brazos de una mujer no te abrazan, te encadenan. Te conviertes en esclavo en el momento en que accedes al amor de una mujer. Y con mujer no hace falta que entendáis mujer en la concepción arcaica y tradicional de la palabra…, entended compañero sentimental o acogedor de vuestra caída o como sea que lo llaméis dentro de vuestra bonita cabecita.

Pues eso que, *clic*, te tiene preso, y no podrás moverte a tu antojo nunca más. Si te alejas, la echarás de menos; si te acercas, la echarás de más. Buscarás sus brazos allá donde vayas, anhelarás sus besos y suspirarás por sus escupitajos; pero cuando estés cerca, y tengas todo eso, querrás huir y ser libre y blablablá… Y cuando lo seas… etc.

Hoy, aquí, ahora, en esta cama y con esta chica, me rodean como raíces los látigos que me domestican y el pecho que me amamanta es la tumba de mis ojos. La cueva que me acoge, cuna de los muertos, son grilletes que me pesan, y la mano que me da de comer me hincha a bofetadas. Vine aquí en

busca de auspicio, anhelante de refugio eterno, y solo encontré hambre, guerra y perdición.

Ella, poseída por su poseer, se jactaba de mis lloros en silencio y con cada beso me clavaba un puñal, con cada palabra, me cinchaba un bozal, y con cada paso, aferraba la correa. Cedí mi libertad por sus cuidados y terminé explotado y de mis fuerzas drenado.

¿Y qué culpa no es mía cuando me reconozco incapaz de amar, y aún así, lo intento? El trabajo, mayor acto de amor por la vida, es el engaño del que se sirve la última para configurar su movimiento y yo, a sabiendas de su futilidad eternamente recurrente, sigo… Ah… ¡que se cuide de pensar quien quiera amar! Quien vea, será torturado, y quien torture, nunca verá. Preferible es vivir ciego ante el daño que uno instiga, que ser clarividente y sufrir todos los daños.

Sin embargo, aquí estoy, ahora, en esta cama, y con esta chica; bebiendo de mi pena, adelfa venenosa, a gatear obligado por mi nuca que, a golpes con su suela avanza colgado de un garfio en la rabadilla, títere de mis deseos y deseoso de cadenas, desvalido niño malnutrido por una madre que lo obliga a dedicarse al negocio familiar so pena de arrebatarle sus cuidados.

Gris me había atrapado y yo estaba como un muerto, como una marioneta miedosa: incapaz de huir e incapaz de amar. Ay… siempre con esa maldita duda: quien no se excede desea hacerlo, y quien lo ha hecho, desearía no haberlo hecho. Cómo odio ser Hamlet.

Gris marcaba mi piel con sus labios; repasaba toda la superfície sin dejar un trozo intacto. Yo moría cada segundo un poco más. Gris deseaba mucho mi cuerpo. Yo no estaba del todo cómodo pero era un hombre débil.

Todos mis sucios deseos de dominación se veían colmados; una cantidad de impulsos inconscientes que antes de conocerla a ella desconocía habían aflorado y ahora no me atrevía a prescindir de ellos. Yo me había sentido toda mi vida como un rey sin corona, y ahora que por fin había conocido a

un súbdito dispuesto a subyugarse ante mi indiscutible grandeza, el látigo de la culpa me sobrevenía con la fuerza de diez mil tornados.

Yo, que ya lo he visto todo, sé que nada me sacia y que, si no hubiera visto nada, me saciaría todo. ¡A la mierda todo! Quizás solo hundiéndose puede uno elevarse, y solo al caer, asciende.

¿Quién es más esclavo, decidme: el que ama o el amado? ¿El amo o el esclavo? ¿Quién necesita más a quien? O lo que es peor: ¿quién obedece a quién? Ay… ¿Y lo horizontal, y lo horizontal? ¡Imposible! ¡Falaces farsas y patrañas del espíritu! Todas las palabras, que nunca significan lo que significan, perdían el sentido cuando… Además… ¡No! *No arms or legs is basically how we exist right now* y ¿de qué sirve que alguien hable sin nadie que lo escuche? El hombre construye la ciudad para abandonarla y se aleja de su estado natural para volver a él. Ay… la medicina es el veneno y…

Con Gris ya lo habíamos hablado. Nuestra relación seguía un patrón muy claro: empezábamos ambos con una convicción; las convicciones, que inicialmente eran iguales y con el tiempo se descubrirían diametralmente opuestas, entraban en conflicto; solucionábamos el conflicto y generábamos conclusiones sobre éste; conclusiones que se convertirían en convicciones que, a la larga y debido a las diferenes situaciones a las que nos exponíamos y nos habíamos expuesto y los diferentes procesos digestivos que se llevaban a cabo en nuestras respectivas cabecitas, volverían a entrar en conflicto; y así eternamente.

Si bien era cierto que cada vez que surgíamos sanos y salvos de una contienda adquiríamos nueva información sobre nosotros mismos, el otro, y el mundo, también era cierto que todas aquellas convicciones se verían comprometidas y sobrepasadas por un nuevo conflicto, que aparecería de las tinieblas y sin previo aviso, y nos dejaría igual de aturdidos y perdidos que al principio, borrando la más ínfima sospecha que pudiéramos sostener sobre la naturaleza idéntica que los subyacía a todos ellos.

La duda, con un disfraz diferente cada vez, nos arremetía desde las profundidades con poderes que creíamos impensables; como si viviéramos

abrumados por una amnesia recurrentemente nueva. Superábamos una capa de la cebolla y llegábamos a la otra. Nunca llegábamos al núcleo. *A room within a room, a door behind a door;* y blablablablablá…

Como si una fuerza innombrable nos impeliera constantemente hacia delante, instados por ella a descubrir verdades que, con el tiempo, se tornarían mentiras. Ella revelaba algún secreto de su disfraz, y yo del mío, y los secretos se convertirían en un nuevo disfraz.

Pero bueno, ¿qué sé yo? No me voy a quejar; no me parece que hayamos venido a estas cuatro paredes a resignarnos y pues ¡sigamos inventando mentiras! *Ale-hop*.

—63—

En la pared de la sala cuelga un cuadro. Es un cuadro al que nadie presta atención; está velado por la costumbre. A la derecha del cuadro, aproximadamente en el comienzo del tercer cuarto inferior, un hombre con túnica roja, y de rodillas encima de una nube, pide clemencia extasiado y con el rostro compungido, mirando asustado al cielo, hacia el que alarga los brazos. Por debajo, a su izquierda, y más cerca del público, empieza una marabunta de rostros que, a medida que se aleja hacia el horizonte, se confunde en una mezcolanza hasta disiparse en un cielo de barro.

Delante suyo, en la esquina izquierda, una mujer vestida de azul llora mirando el suelo. En sus ojos, aún así, hay un ápice de esperanza, una confianza sosegada escondida detrás del velo de sus lágrimas que, al tocar la tierra, hacen brotar un lirio. El blanco de éste hace de contrapunto al gran llevado, el centro focal del cuadro, un hombre que se eleva con un túnica blanca por encima del penoso lodazal hacia un cielo azul y limpio. Tiene los brazos caídos, en posición de renuncia, y la mirada lanzada hacia más allá del marco, con un semblante impertérrito que hace brillar su rostro: joven,

viejo, varonil y femenino. Las nubes rojas hacen como de barrera y acechan al pueblo, que se queda rezagado, hundido en fango y carmín sucio.

De repente, F, el de pulgosos circunloquios, vuelve a aparecer en escena. Se restriega la frente y parece muy cansado. Grita mirando constantemente alrededor, gesticulando vehementemente. Chubascos de sudor parecen empaparle la piel por dentro.

—¿De qué habláis? ¡No! ¡Eh! ¡No me lo engañéis, no me lo engañéis! ¡Que no te engañen, querido, que no te engañen! Aquello no existe. Comprometerse con una sola persona es un insulto a la vida. Además, quien desea a una mujer las desea a todas. Hay suficiente belleza en este mundo para volverlo a uno loco. La monogamia es el verdadero pecado: ¡he dicho!

Y tan rápido como aparece, desaparece.

El chico que le acaba de explicar la historia a Alguien le aclara:

—Es F. Está loco. No le hagas caso. No sé exactamente quién es o qué hace pero sé que está loco.

Dos tipos que estaban por ahí cerca se añaden a la conversación.

—Sí. Completa e irrevocablemente loco. A nosotros nos dijo que era artista pero nunca nadie ha visto nada suyo —dice uno.

—A mi el muy colgado me dijo que su trabajo consistía en no estar con el móvil —dice el otro riéndose—. Es un notas. Y cuando le pregunté qué hacía cuando no estaba con el móvil me dijo: "Pienso". Casi le meto una hostia.

—*Uf*… a mi me dio todo un discurso sobre el tema, tío. "Fíjate, decía, fíjate. Los ojos de la gente que está con el móvil están *vacíos, bro,* no reflejan el alma. Su mirada se vuelve translúcida y a uno le parece que podría pasar la mano por su cuerpo y traspasarlo, como si fuera Anquises cuando padre e hijo se encuentran en la morada del deforme Plutón… Además, ¡yo soy artista! Cada minuto que estoy con el móvil, pierdo una idea. No puedo permitírmelo. Es así.

» Pero, bueno… Lo entiendo, lo entiendo; al fin y al cabo, la realidad digital parece *a priori* propia, y la física, ajena. Y siempre es reconfortante

nadar en la charca de lo conocido… Pero ¡ah! Allí hay un secreto, ¡allí! Uno, mediante la intervención del yo, puede convertir en propio lo aparentemente ajeno y viceversa… Y entonces, el mundo es tu casa y nada te da miedo. Aunque… ¡No! Ya es suficiente; dejémoslo aquí", me dijo. Sí. Está loco. *The brains he had went to his head,* pobre.

—Justo ahora me estaba explicando no sé qué de un libro que está escribiendo… Dice que se puede acordar con toda exactitud de todas las conversaciones que ha tenido a lo largo de su vida— dice otro—. En fin, el libro parece una burrada pretenciosa, como todo él. Quiere, según él, escribir un libro dentro de un libro dentro de un libro dentro de un libro, etc. Después se ha puesto a gritar no sé qué bobadas sobre la proporción áurea y Calderón y Pirandello y la Cábala y nosequé cosas más… No sé… ¡Un pirandelismo agudo, parece padecer él! Eso, eso… A mi me sabe mal por el pobre hombre, sinceramente, pero bueno… ¿qué se le va a hacer? Se le ha comido el personaje… Y eso es un hecho. Se le ve un hombre inteligente, claro, pero creo que su inteligencia ha acabado por volverle loco, como tú dices. Hay millones como él, tampoco es nada del otro mundo, no creas.

—Como a muchos que conozco. Yo creo que lo mejor es resignarse. La locura… la locura está bien pero a la larga no sale a cuenta. El *pesao* de turno que siempre quiere más. ¿Y de qué me sirve conocer la Verdad durante un segundo si después he de vagar por las calles con harapos y mendigando caridad? *Bah*… Aceptar que eres lo que eres y sabes lo que sabes y renunciar a la ambición me parece una aventura mil veces más díficil. Aquiles haría mucho mejor si escogiera negarse a la gloria y el honor de la batalla para rodearse de sus hijos y su mujer y una vida longeva y tranquila. Eso creo yo. De hecho, creo que para ser feliz uno ha de renunciar a su propia inteligencia. La inteligencia lo sume a uno en el delirio de que tiene razón, cuando quizás su "razón" es solo un cúmulo de juicios erróneos y parciales. ¿Por qué? Porque sí. Porque todo juicio es erróneo y eso lo sabe todo el mundo.

—Tienes razón. Yo, a las personas más inteligentes que conozco, las confundiría el mundo entero como ignorantes. La verdadera sabiduría es la de la calle, no la de los libros; todo eso es palabrería vana y conocimiento superficial e infértil que confunde al espíritu. Te venden veneno por medicina, eso creo yo. No sabes cuánta envidia causa la rectitud moral de los ignorantes a la gente que alardea de haber leído a Plinio y no sé quién más. Conocí a un hombre especialista en la metafísica de Spinoza que escupía a su madre, solo diré eso. De hecho, en los rostros de muchos de los vagabundos que te cruzas por la calle, verás más beldad que en cualquier ciudadano medio… Sí, eso creo yo.

» En fin, eso: ¿de qué sirve la teoría si no es práctica? ¿No conocéis a aquel que en aras de una filosofía práctica escribió treinta y cuatro libros? Ay, pobre alma buena… Nombres, símbolos, palabras; solo eso. Uno intenta asemejarse a los ideales propugnados por un código estético determinado para así poder ser aceptado en algún subgrupo. Es todo una puta broma… Hago *quack* para que la gente a la que le gusta la gente que hace *quack* me acepte. Unos admirarán a Hannah Arendt, otros a Trump y otros a Bin Laden. Y se pelearán entre ellos por… ¡pues por razones estéticas!, realmente. ¿No? Sí, sí… O sea… nada más penoso. *Esa* palabra es mejor que *aquella* otra palabra, etc. Y la que escojo como verdadera no es otra que la que más se adecúa al color particular de mi alma.

» Sí, sí, sí… La mejor forma de conocer a alguien es exponiéndole a una obra de arte: aquel que se presente carcomido por palabras y prejuicios, no verá nada más que su propia imperfección; aquel que se presente con el espíritu limpio y receptivo y los ojos del corazón abiertos, captará la esencia de la obra y…

Se queda callado un momento, arroja el humo de su cigarrillo más allá del balcón, y sigue con una tranquilidad pasmosa y aburrida.

—Y entonces… entonces se entiende que la gente se entregue a Dios, realmente. Pudiendo escoger lo mejor y lo más elevado… ¿para qué ibas a someterte a algo más bajo? Es comprensible…

—Calla, calla, que por ahí viene alguien.

Entonces saca la cabeza otra persona. Otra persona, otra persona. Al abrir la puerta una corriente caliente recorre las espaldas de todos los que están en la terraza. Uno de ellos cruza las piernas, otro carraspea.

—¿De qué habláis? ¿Ya estáis filosofando otra vez? —dice riendo al llegar.

A uno le vienen ganas de vomitar, pero no vomita.

—No, no… Hablábamos de F.

—¡Ah! Ya veo… El mundo se ha convertido en el único mundo y la Luna se ha comido el Sol.

—Dios mío, vaya personaje… Al principio de la fiesta ha estado dándome el coñazo durante ocho horas diciéndome que las metáforas eran el origen del mal o algo así. Después ha dicho que eran los críticos de arte. No ha tardado en volver a echarse para atrás y decir que si existía alguna posibilidad de redención para el ser humano, esta debía hallarse en la metáfora y en la facultad imaginativa. Pero… No sé. Sí, quizás está loco. Y sí… Estoy de acuerdo con que a veces sacan conclusiones un poco descabelladas pero… creo que se necesitan… ¿no? Los locos a veces son los únicos que se atreven a decir la verdad y ven las cosas tal y como es. No quiero parecer un viejo cenizo pero… Pero hoy en día la gente no profundiza. Y yo siempre intento… Pues… averiguar qué hay detrás de esa obra, ¿no? ¿Cuál es el significado? ¿Qué hizo que el artista pintara eso? Siempre intento adentrarme un poco, ¿sabes? ¡Nada, nada…! Rascar un poquito, solo eso. No quedarme en la superficie de las cosas. ¿Y tú? ¿Tú qué crees?

En ese momento, pasa una moto por la calle. Su sonido hace *bfum*. El cactus tiembla. Había un… Da igual.

—Mira, mira: una moto —dice Alguien.

Y el capítulo se acaba.

—64—

—Oye, ¿y a qué ha venido eso? Quiero decir, por algo me lo habrás dicho, ¿no? —me preguntó ella al cabo de un rato.

—¿El qué? ¿Lo del sexo? —respondí. Ella asintió—. No me hagas caso, tía. Soy imbécil y ya está. Ya lo sabes. Las palabras me salen solas. Yo antes no hablaba, ¿sabías? Era muy introvertido y mi amor por la Verdad me lo prohibía. Un día me di cuenta de que era libre y de que podía hacer y decir lo que me saliera del coño. Entonces empecé a jugar y a cantar fuera de tono para experimentar mi libertad. Ahora, por eso, he acabado creyéndome que la lava es real y que si muero en el juego, moriré en la vida real. En fin, lo de siempre. La verdad es que necesito sentirme superior a ti constantemente. Es muy triste. Bueno, a ti y al mundo entero. Seduzco a los demás para atraer su mirada; me nutro de su atención como un maldito mosquito. Creo que sin ellos no existo.

» Y cuantos y cuánto más me miren, mejor. Impongo una verdad inventada sobre la mesa y les obligo a mirar hipnotizados. Mi poder radica en su servidumbre. De hecho, solo hablo cuando tengo la completa seguridad de que puedo emerger ganador de la batalla; si no, no hablo. Es una lástima, pero solo sé hablar con muertos; los vivos molestan mucho.

Ella se rió ante mi muestra de sinceridad. Yo también, ante mi muestra de falsedad. Confesando mi secreto solo confirmo mi superioridad ante ella. Ahora, confesándolo otra vez ante vosotros, hago lo mismo. Que Dios bendiga América y… ¿por qué lucha Yoda?

Probablemente luche por que los seres humanos no se degraden y se conformen a… Ay. Ya lo he perdido. Soy completamente humano y ya no hay vuelta atrás. Todo, todo es humano y yo soy solo humano y lo humano, lo humano y lo humano… Voy a perecer con lo humano. He sacrificado mi imaginación por lo que creía una verdad férrea y ahora me doy cuenta de que esa verdad era más ficticia que mi propia imaginación.

Ella me explicó que le gustaba; que, de hecho, ella se servía muchas veces del sentimiento de inferioridad para sentirse dominante. Yo morí diez mil veces hacia abajo. Ella murió otras diez mil, pero hacia arriba. Al fin y al cabo, eramos dos pobres narcisistas incapaces de amar sin someter al otro. Armas amatorias… y nuestro amor era una pantomima de plástico retorcido.

Me explicó un sueño que tuvo.

—Estoy con un chico; me pega una hostia. Yo, impasible, le reto a que me pegue otra vez. "Venga va, pégame otra vez"; y me vuelve a pegar. "Otra vez, va"; y me pega otra vez. "Venga, pégame cinco veces, pégame cinco veces. Llevas tres". *Pum*, me pega. "Cuatro; te falta una". Y un poco dubitativo, me pega otra. Yo, entonces, saco un cuchillo y le miro a los ojos. Nos miramos mucho rato. Yo, con los ojos fijos en los suyos, él, con los suyos fijos en los míos. Empuño con firmeza el cuchillo y, sin dejar de mirarlo, me lo clavo en las costillas. Él se queda congelado y huye asustado.

» Al cabo de un rato, me levanto y me voy caminando tranquilamente del sitio: me había clavado el cuchillo en un sitio en el que sabía que no moriría. *Tachán*… ¡Y a través de un sueño me he dado cuenta del papel que interpreto! Y… por eso nuestra relación es tan peligrosa: tú necesitas ser rey, y yo amo ser esclava; a ti te gusta ser adorado como un dios, y yo necesito un dios al que adorar.

Era mentira. No le hagáis caso. En el momento en que yo aceptara las condiciones de ese contrato, se me podría explotar como quisiera. Los servicios ofrecidos por la multinacional siempre se aparecen, a primera vista, más rentables y factibles que los ofrecidos por una pequeña empresa, sin embargo… Me da pereza desarrollar esta analogía. Sigamos.

Ella, una vez, me explicó que veía las relaciones como transacciones mercantiles.

—El amor pasional desaparece tan rápido como aparece y no merece mi análisis. Hacer un *hit* es fácil; hacer veinte, muy difícil. Pues eso, que el amor relacional, en cambio, consiste en la gestión entre carencia y

abundancia. El amor funciona, como todo, jerárquicamente, y el mediador entre la cabeza y la mano nunca debe ser el corazón… Al menos, no si se quiere sacar tajada… A una parte de la pareja le toca gestionar el superávit de amor que recibe de forma sensata; a la otra le toca aceptar la escasez e injusticia de su salario. Las partes pueden variar: a veces el empleado es pagado en exceso y el jefe trabaja más y cobra menos y viceversa.

» Si se quiere, por mor de una utópica horizontalidad, que el mediador entre pueblo y poder sea el corazón, la mejor forma de invertir la plusvalía es en investigación y desarrollo, para así poder descubrir nuevos métodos que hagan la relación entre las dos partes más equitativa y equilibrada, profundizando sobre las técnicas utilizadas y los roles adaptados en las dinámicas de la relación para ver como pueden estos ser perfeccionados. ¿Pero es realmente eso lo que se quiere? Depende… Depende de si la visión del amor es cortoplacista y busca el placer inmediato, o si…

» Pregunta: ¿Debe el jefe enseñar al empleado las técnicas para que el empleado se libere de su explotación y se convierta en jefe y explotador de otros? ¿Ha de ser el jefe necesariamente un explotador? ¿A quién explotaría en el caso de que el obrero se emancipara? ¿Debe el jefe abandonar su puesto de jefe para que el empleado sea explotado por otro jefe? Sé que me dirás que he de leer a no sé quién, lo sé. Yo… yo no sé nada; yo solo pienso… y me da igual si lo que he pensado ha sido pensado antes o no… La mayoría de cosas imagino que sí, no sé… Con la cantidad de tiempo que hace que existe el mundo, lo normal sería que todo ya hubiera sido pensado y repensado, lógicamente… A mi… a mi me gusta pensar, pensar… Solo pensar y me da igual que otros lo hayan pensado antes.

» Ahora, de momento, digo (sin saber —si es que puede decirse sabiendo): un amor ideal es aquel que, como en la teoría de la enseñanza de Jacotot, parte de la igualdad como punto de partida; es decir, un amor en el que el profesor aprendiera y el alumno enseñara y viceversa. Como una obra de teatro o un libro en el que los actores fueran autores y directores a la

vez. O como las sillas de Kosuth en las que se presenta el objeto y sus representaciones… Magritte está guay, pero es solo una cara de la moneda.

» ¡Ala, ya está! Mi escalera por los suelos…

En fin, que a veces el explotado era yo, otras veces lo era ella. Mi tristeza inspiraba piedad a su instinto maternal, como ya he dicho, hasta que este se hartaba y veía mi melancolía como disfuncional y poco práctica. Entonces, me castigaba con su intolerancia, a la que yo respondía con una arrogancia objeto de mi repulsión por lo humano y… y ella recurría entonces a la superioridad moral que le brindaba su previa experiencia como carácter marginal y que, como es bien sabido, en los círculos de bohemios es altamente considerado y si…

Ya os lo podéis imaginar. Este es solo uno de los caminos que podía tomar la conversación. Hay infinitos, y como toda recta es curva, acaban todos en el mismo origen.

Y por eso quiero dejar toda esta tontería e irme al campo, donde… donde realmente seré feliz. A labrar el campo y escuchar el trinar de los pájaros. Allá me construiré una casa y podré pintar y olvidarme por fin de las malditas palabras. Que Dios bendiga a Dios.

—Y por eso es tan perfecta —respondí yo después de que me contara su sueño y lo peligroso de nuestra relación—. Es como tener la fruta del pecado al alcance de la mano. El entrenamiento perfecto para la virtud. Yo quiero amar sin destruir ni someter, y tú quieres amar sin ser sumisa y dependiente. Tú quieres amar sin destruir ni someter, y yo quiero amar sin ser sumiso y dependiente. *10/10 would recommend*.

—*Yeah*.

Sonreímos. *Pam, pam, pam*… Al otro lado de la cortina se escuchaban tiroteos y chillidos y una algarabía descomunal, pero no quisimos hacer caso.

También había días en los que no reflexionábamos ahondando en las dinámicas interrelacionales, obviamente, y simplemente nos dejábamos llevar. Ocurría muy poco porque yo, desgraciadamente, siempre he sentido

la pulsión de indagar en todas las experiencias que me acaecen para así acrecentar mi autoconsciencia. No sé. Quizás es culpa del metateatro. O de mi soledad. O de mi aburrimiento. O de… no, no sé… *Bah*, da igual, soy esclavo de mi tiempo, ¿qué le voy a hacer? Yo también participo de esa falacia délfica proveniente de la noción errónea sostenida sobre la experiencia como bien de consumo y que, una vez adquirida, proporciona un ilusorio crecimiento hacia la placenta que lo origina. *Tutururutú, tururú tutú,* yo nací cantando y moriré cantando…

Básicamente… Da igual. Me da pereza ser yo mismo y hacer ver que lo soy y… ¿hay algo más propio de mi mismo que cansarme de ser yo mismo? La vida es un chiste y la condición humana un pedo de ese chiste.

Y allí voy yo, el actor que se cuestiona tanto su papel que termina no saliendo a escena, engalanado con el tutú de mi cultura, las piernas peludas y una sonrisa a veces incómoda y otras veces insólitamente despreocupada (y refrenada por mi forzosamente obligada despreocupación, que acelera descontroladamente por una carretera de dos carriles obstruida por dos camiones gigantescos cuyo adelantamiento mutuo es imposibilitado por las condiciones mecánicas de sus articulaciones y mi adelantamiento a ambos es imposibilitado por la estrechez del vacío configurado por sus respectivas estructuras).

Pero divago. Volvamos a Gris y a mi y a nuestras diferencias.

Gris, cuando no estaba conmigo, estaba con gente; yo, en cambio, cuando no estaba con ella, estaba solo. Eso me incitaba a pensar en el asunto que nos llevábamos entre manos y… y a escribirlo, que es aún peor y más tóxico si cabe. A veces Gris se enfadaba y me decía que estaba cansada de tanto cavar, que quería tener conversaciones normales sobre lo que había hecho ese día o lo buena o mala qué estaba una manzana.

Y entonces ella me explicaba las anécdotas y problemas que había tenido allá fuera, en el mundo. Y yo las escuchaba atónito, con la curiosidad de un niño cuando le explican cuentos fantásticos. Y me encantaba.

Ante mi fascinación, Gris, dependiendo del día que le hubieran diseñado las estrellas, respondía de forma diferente. A veces, si estaba de buen humor, la acogía en su seno y la recibía de buen grado. Sin embargo, cuando había tenido un mal día, en cambio, me reprochaba que le diera consejos desde mi torre de cristal sin saber nada sobre la vida y sobre el mundo.

Era normal. Gris trabajaba mucho. Iba todo el día de arriba para abajo, buscando dinero para hacer no sé qué cosas. Yo, para pagar el alquiler del estudio, me limitaba a coger un trabajo y lo dejaba a la semana, o trabajaba todo un mes y ganaba lo suficiente para sufragar tres meses de alquiler.

Cuando Gris me veía leer, por ejemplo, me decía que estaba perdiendo dinero y esas cosas. Eramos de mundos diferentes, crecimos en mundos diferentes. Era normal. Cada uno es esclavo de sus circunstancias. Gris había nacido fuera y quería entrar. Yo había nacido dentro y solo quería salir. O no. ¿O era al revés? Da igual.

No quiero hablar de política aquí… El asunto: el porqué del… Un amigo místico (el amigo místico, por cierto, del que ya os he hablado antes; si no os acordáis de él, da igual, ponedle la cara y el cuerpo que queráis; no tiene mucha importancia) me dijo que tenía que ver con algo llamado *kali yuga*, un acontecimiento ocurrido aproximadamente a finales del siglo XIX, en el que "el baúl de los secretos espirituales se abrió y pasó de estar al alcance de unos pocos iniciados a todo el mundo que se propusiera investigar sobre ellos".

Todo es ceniza y vago por un desierto de cicatrices.

—Por eso no deberá sorprenderte el hecho de que hoy en día, en cualquier librería, encuentres libros de la Cábala y de cualquier otro asunto previamente considerado como altamente enigmático y comprensible para pocos. La gente, como puedes apreciar en cualquier café del mundo, habla del budismo y de la redención crística como quien habla del tiempo o del último disco de su artista favorito —me explicaba.

Pero a ese amigo no se le puede tomar muy en serio porque también me decía, con una cara muy seria y una postura muy grave, que no creía en la figura del genio feliz. ¡Ah! Qué poco sabe…, ¡qué poco! En las entrañas más ignotas del espíritu, todo lo concerniente al género humano aparece como rídiculo y risible y eso *se sabe*.

Y yo… Bueno… A mi me va a días.

—65—

—De eso me di cuenta aquel día… Vi a mi madre, postrada en una cama del hospital con la mirada perdida y el cuerpo roído y casi descompuesto. Costosamente hilvanaba más de dos palabras y cuando lo conseguía, se le olvidaban los sustantivos y utilizaba o monosílabos o refranes. Había alguien de mi familia discurriendo extensamente sobre algún asunto sin importancia. Creo, de hecho, que hablaba de algo similar a lo que tú acabas de decir. La necesidad de dotar de un significado transcendente al objeto o alguna cosa así… —dice Alguien mirando de soslayo al chico que ha entrado hace poco—. De repente —sigue diciendo—, por delante del hospital pasó una moto. Ella, alzando el brazo y con una sonrisa casi irónica en la boca, pronunció las siguientes palabras: "Mira, una moto…" Mira, una moto… Mira, una moto… Quería constatar algo. Seguro. Quería, quería. Y yo quería que quisiese, así que así fue. El acompañante se rió, achacando a la demencia de mi madre lo ingenuo de aquella observación e ignorándola, prosiguiendo con su pretencioso discurso.

» Y yo no pude ignorarlo. Ya sabes, yo siempre he creído que… (yo, yo, yo, siempre yo, siempre yo; y ¡qué impía tortura es el ansia de desprenderse de uno mismo, eh…!) Eso… Que a veces (si no siempre), la locura es más sabia que la cordura. Ahora, por fin, sé lo que quería decir. Seguramente, diréis, la aleatoriedad de sus conexiones neuronales se debía a la gravedad de su enfermedad… Yo no creo que exista tal cosa. Y… ¿cómo? ¿No estoy

acaso…? No, no hablemos de eso. Perdonadme si me pierdo, he de ordenar mi librería y empezar a tomar apuntes. No, no… Sino… sino…

» Bien, a lo que iba: estoy seguro de que, en un destello de lucidez, apartando de si toda insuficiencia, quiso hacernos entrever lo pequeñas y ridículas que eran todas nuestras preocupaciones. Tan ensimismados estábamos en nuestra miserables cavilaciones, tan… Y no eramos capaces de escuchar el rugido de una moto que pasaba a nuestro lado. Ella, a las puertas de la muerte e iluminada por su luz omnisciente, nos enseñó que todo aquello que a lo largo de nuestra vida nos había seducido, confundido, distraído, entusiasmado, colmado, vaciado, impulsado y contraído no eran más que engaños e ilusiones que, ante el gran umbral, perdían toda su relevancia. Sí… y la necesidad de profundidad es la más superficial de todas las necesidades; eso creo yo —explica Alguien.

—Anda, pues el chaval habla —repone alguien.

—Y uno… uno… Una vez ha visto esa belleza, ya no quiere vivir. No, no. Ya no. ¿Quién quiere una Aldonza habiendo tenido a Dulcinea? No… No quiere vivir porque este mundo se le antoja feo, falso, barato e impuro. Que se abstenga de anhelar la felicidad entre los hombres aquel que conozca la ley perfecta de la Naturaleza sin conflicto que se da fuera de ellos… ¿Cómo vivirá en paz sabiendo que cualquier intento de reproducir el ideal que mora en su corazón será fallido? No. No hay nada aquí que lo colme. Él ha vivido en el horizonte, él ha vivido en lo resuelto, donde el Cielo se junta con la Tierra y solo reina la Paz. Allá solo hay Verdad y no existe la Mentira. (Si existe, lo hace solo como verdad potencial.) Y Uno es todas las cosas y todas las cosas están en Uno. Y hay, hay, no preguntéis demasiado… ¿para qué voy a explicar lo que no tiene palabras? Tristes mis ojos, pues han visto el Reino de los Cielos, y ahora se les obliga a vivir en este mundo asqueroso presidido por el sufrimiento, el dolor y la confusión. Allá está todo en armonía y… Bah. ¿Qué más da?

» Y, encima, para colmo, no os lo perdáis…, ¡me he de poner a trabajar! He de trabajar después de haber visto semejante belleza… Manchar mis

manos con sangre y ponerme a hacer dinero y… Ay. Este mundo me pide ruido y rapidez y yo solo anhelo silencio y paz. Tendré que trabajar sabiendo que nada de lo que logre en este mundo saciará mi sed. Solo eso. Eso. *Eso*. Eso. Y yo lo he visto, creedme. Y todo el mundo lo puede ver porque todo el mundo tiene la semilla dentro suyo. Solo habéis de buscar para verlo, solo habéis de buscar… Y… y ahora tengo ganas de vomitar. ¿Alguien tiene algo de comer? Llevo mucho tiempo sin comer.

» ¡No! A la mierda. No pienso avergonzarme de mis visiones… ¡No! ¡Ay, ojalá pudieramos decir la verdad y solo la verdad! Yo quiero, pero no puedo. ¡Y a la mierda, a la mierda! ¡No pienso avergonzarme más de mi exaltación! ¡Que se avergüencen ellos de su comedimiento!

» Entendedme, por favor: yo pensaba que a los veinticinco ya estaría muerto y enterrado; para mi, poder comprar una botella de agua en una gasolinera con dinero que me he ganado con mi esfuerzo es, literalmente, un milagro. Y me da igual que me tachen de loco o me tachen de mentiroso o me tachen de exaltado o me tachen de contradictorio y me tachen de lo que sea. ¿Qué son los valores humanos a los ojos de Dios? ¡Tonterías, eso digo yo! Tonterías. Sí. Y no pienso negar nunca más su nombre. Solo a Dios rendiré pleitesía. Sí. Pienso someterme a su yugo y difundir su Verdad a voz en grito. Se me han revelado sus secretos y ahora pienso dispersarlos por el mundo y predicar. Si no queréis escucharme consumid cosas tontas. A quien quiera ser gordo no le faltará comida. He dicho. Adiós.

Y… *pum*. *Qui-qui-qui, qui-qui-qui*… Todo toma un cáriz melancólico y extraño parecido a cuando F dejó de hablar. Esta vez, por eso, un silencio amable abraza a los presentes que, sorprendidos ante la recién descubierta labia de Alguien, conversan tímidamente con palabras que huelen a óxido y gestos que parecen ensayados. La música es tranquila y la gente ha empezado a irse. Aún es de noche pero los pájaros anuncian la venida de… ¡Oh!

Alguien está en paz, sus ojos así lo muestran. La cosa va así: hay oscilaciones en los que el elemento que se estudia ocupa secuencialmente

una posición (*b*) y su opuesta (*y*). Este no es el caso de nuestra novela porque estaríamos reflejando la futilidad de las discusiones que trata constantemente de ridiculizar. En nuestro estudio, el elemento en cuestión es víctima de una oscilación ascendente, realmente (aunque en muchas partes intente ser detenida por fuerzas destructivas).

Es decir, una vez el elemento parte de su punto original *b* y ha llegado a *y,* no vuelve a *b*, sino a *b+1*. De ahí, entonces, aplica el conocimiento que le ha servido para elevarse de su punto de origen y, al volver a *y*, como es lógico, rebota en *y+2;* y de *y+2* a *b+4*, y así *ad infinitum,* de lo horizontal a lo vertical.

Alguien se da cuenta de que ha llamado novela a lo que no pretende serlo. No es una novela porque, (aunque muy a su pesar, pues las cree un acertadísimo reflejo de la configuración jerárquica e interactiva de los diferentes estratos del alma) no habla de ayuntamientos, alcaldes, playas, amigos, la fotosíntesis de las algas, o la relación con su madre… No. (¿Cómo puede haber escrito un libro sin mencionar la relación con su madre? ¿Qué clase de enfermo haría tal cosa, por cierto?) Pues eso, que para él, un libro que no hable de ninguna de esas cosas no merece ser llamado novela.

Además, Alguien utiliza refranes y tópicos harto manidos para escribir, y eso le priva tajantemente de ser considerado como un escritor verdaderamente talentoso y original, tanto por el mundo como por si mismo (si es que son cosas diferentes). Pero divago, divago…; volvamos al asunto… al asunto que nos traíamos entre manos, sí…

El lector inteligente hará bien en notar que, si el elemento necesita haberse movido en el eje vertical para aprender a hacerlo… ¿cómo lo ha aprendido en un primer lugar? ¿Y cómo puede ser que el cumplimiento de una ley se justifique con otra? Y… ¿y dónde está el charco cálido? ¡Sí, sí, grita el gallinero, saldemos una deuda contrayendo otra! ¡Arreglemos el atasco generado por un semáforo poniendo otro! Qué mejor… (La única forma de insensibilizarse ante el daño que perpetra el tabaco es fumando

más tabaco, y ¿a quién le interesa realmente el Sol teniendo tan preciosas y bellas sombras bailando ante sus ojos…?)

Un dedo apunta hacia arriba, rodeado de florecientes ornamentos que crecen en espirales. En mitad del retablo, un rostro eterno sin raza, sexo, clase, o demás suciedades, es regido por una corona calavérica, en cuyo cénit brilla una paloma blanca circunspectamente gloriosa, arrullada por un lecho de nubes y miel.

—¡Qué feo! —gritó una chica en lontananza.

—Yo creo que si una discusión en algún momento se resuelve o, por lo menos, sale de su estatismo horizontal, es debido a que el elemento en cuestión se desenmascara, se abstrae de si mismo y se descubre en el rol que interpreta. Una vez el teatro es desenmascarado, el elemento se eleva exponencialmente hasta llegar a infinito. Allá, el elemento se da cuenta de que el movimiento, sea horizontal o vertical, es irrelevante porque en el infinito todo se dirige al mismo sitio y, a la vez que está quieto, se mueve. Yo no sé de física cuántica pero sé que todo aquello apunta a esto. Creo. O todo esto apunta a aquello. Bueno, da igual —dice Alguien.

—¿Con quién hablas ahora? —le pregunta una chica que, sentada en el banco, fuma un cigarrillo.

—Con mi querida audiencia —dice él.

—¿Y quienes son?

Un, dos, tres, acción.

—El dueño al que sirvo y el esclavo al que mando. Un silencio que habla y un grito que es sordo. Mis brillantes grilletes y mi oscura estrella: amor que esclaviza y dolor que enamora. Mi ángel endemoniado de voz dulce y estridente. Mi él, un yo; mi yo, un vosotros. Belleza que burla y fealdad que seduce. Un eterno horizonte y este suelo bajo mis pies. Enfermedad que me unta de febriles deseos y medicina que supura sangrante reconcilio… Mi duda, tierra firme, y mi cielo, hondo chisme. Tonterías serias; nada más y nada menos. Todo lo que sobra y lo que basta;

lo que cabe y lo que excede; lo circundante y circundado. Y ya. Ah, bueno… y la circense iglesia en la que reposan mis fantasmas.

—Ah… —repone la chica.

Otro dedo apunta hacia abajo. Custodiado por leones con esferas en sus fauces oxidadas, socavan la marmita dispuesta a los pies del retablo dos columnas, de cuyo interior brotan ramas desnudas, y rocas rugosas y alicaídas que…

Iluminada por una tenue luz que, extrañamente, deslumbra sus ojos y hace que los mantenga entrecerrados, la chica mira a Alguien con curiosidad. Pero Alguien no está, porque Alguien se ha ido.

—66—

Yo soy un enigma, tanto para el mundo como para mi mismo. Prefiero serlo: lo ambiguo es universal y lo definido es aburrido. Misterio, imaginación, sueño… Naranja, naranja-lila, púrpura, azul y negro: la espuma se arrincona en una esquina de la bañera apartada por el agua y ¿cómo podemos haber desacralizado algo tan sagrado como la imagen? No. Ahora no hablaré de esto. Lo que decía: no me comprendo y, lo que es aún peor, creo que pretenderlo no vale la pena. ¿Acaso se ha descifrado en algún momento en algún lugar alguna fórmula que represente verazmente la realidad del caso? Quizás sí y no la conozco. Rebanadas de pan tostado se extienden encima de una bandeja. Quizás aún conociéndola no la conocería. No lo sé. Agh. ¿Quizás debería leer más? Así, quizás… ¡No; chorradas! ¿Aún más? ¡Miserable costumbre la lectura! Dudas y confusión, eso es lo único que trae. Un lienzo blanco es más bello que un palimpsesto de *voices in profusion*. Y con aceite y sal, si puede ser… Y palabras, muchas palabras. *Uf*…, no sabéis lo que pesan esas palabras. ¡Qué pesadas! Me atomazan el corazoncillo. Sí; sufrimiento, desgracias, enfermedad… ¡veinte mil veces quemaría toda mi biblioteca si me aseguraran que olvidaría todo lo leído!

¿Y para qué seguir leyendo? ¿*Pa'cerme* el chulo? No… no. Dejemos eso a un lado. Vayamos a los hechos, los hechos. ¿Le has dado al *autosave*? Mierda. No, no, no; me estoy encendiendo demasiado y no me acuerdo de dónde he aparcado el coche. ¡*Jack-jack*! Calma. *Tot és assimètric, sembla, jo dono molt i no rebo res*. Los hechos, por favor… Quiero volver a los hechos. Max, déjame darte un consejo, amado. No permitas que tu indignación ante las vanidades del mundo (totalmente legítima, por cierto) te prive de obtener las herramientas necesarias para el conocimiento… ¿Lo entiendes? Bah. ¡Calla, calla! Quiero volver al principio, al principio…; olvidar todo y empezar de cero. Solo vivir en la eterna elevación del lóbulo frontal; hasta que me salgan cuernos o se me despegue el cerebro del cuerpo y… ¡Ay, ay! No construyáis esa máquina…, ¡no! Será vuestra perdición y lo sabéis. ¿Qué digo, qué digo? La tubería baja tanto que se acerca. ¡Soy víctima de vértigo invertido! Me asusta la infinita potencialidad de todo lo que yace por encima y por delante de mi. Ay, que Dios bendiga mi alma maldita… Sí… colocaré un espejo delante de mi y contemplaré mi reflejo durante siglos… Así escribiré. Observaré tanto mi rostro que desaparecerá y me veré transformado entonces, en un demonio sin corteza. Ay, ay… ¿dónde estoy? ¿Dónde estaba? ¿De qué estaba hablando? ¿A dónde iba? ¿De dónde venía? ¿Estaré en…? Ay… Ay… Sí, sí, eso haré. Escribiré. Transcribiré la realidad con sus pelos y señales para aterrizarla y entenderla… Banales anécdotas y futiles revelaciones. En un columpio no se puede dar la vuelta entera, me dicen. Escribiré una novela de mierda, una novela mediocre e irá toda sobre objetos que no proyecten sombra… Porque ¿qué es un libro, sino? ¿Un objeto que consta de páginas blancas en las que se imprimen letras negras que, ordenadas de una forma determinada se convierten en palabras y adquieren significados que a su vez, configurados debidamente, se convierten en frases y expresan sentimientos, ideas, cosas…? ¿Iba por ahí? ¿No? Da igual, da igual. Blanco, óvalo blanco. Mmm… Óvalo blanco y… Qué ganas tengo de llegar a ti, óvalo blanco, ¡qué ganas! Probablemente… No he hecho otra cosa que hablar de lo mismo durante

páginas y páginas… Sí… Y una novela que albergue lo pretencioso y lo humilde, una novela que presente mi ángel y mi demonio y los represente de manera fría e insulsa y… ¡mediocre, mediocre!, como hacen los escritores del siglo. Yo, si fuera un caracol, no caminaría y me quedaría soñando en mi cáscara. Eso es lo que hacen, ¿no? Ay, se me han quemado las setas…, se me han quemado. ¡No hay sangre, no hay barro, no hay vida! ¡Qué aburrido! Todo bla, bla, bla porque bla, bla, bla. Porque Dios ha muerto y hablamos del tiempo y del mueble que nos hemos comprado en Ikea y de como las exigencias del mercado no se corresponden a las filosofías resultantes fomentadas por el mismo y *això no pot ser, home, això no pot ser*… Sí… una novela que no siga ningún hilo narrativo congruente; en la que no se pueda discernir quién (ni cómo) era quién. Los caracoles son hombres sabios cuya baba contiene el ácido desoxirribonucleico necesario para su clonación pertinente pero: ¿a quién le interesan los ciclistas? ¿Es que me conozco a mi mismo lo suficiente como para poder describirme? Soy joven, *ppl*, permitidme el desliz. ¡Qué digo! Si os encantan los deslices: ¡os nutrís de los deslices! Nada pues, ¡al lío, al lío! Un libro escrito con deslices, donde todo sea digresión y nada foco. Y entonces los caracoles se juntaron y empezaron a ulular los coros. Y todo esto ocurrió detrás de una tirita que tapaba parte de la imagen. También había una carrera en el pueblo y el pueblo era Fondo Bikini. Burbujas y burbujas, pero burbujas que estaban sobreimpresas en la pared del cuadro, dejando en entredicho la ficción y suspendiendo la incredulidad por enesisísima vez… ¡Mil protagonistas que se confundan en uno solo! ¡Sí, sí, sí! Hacer sinfonías dodecafónicas y… Y hablar de como solo el horror por los discursos me impulsan a escribir porque estoy enfermo de ciudades y en mi vida he visto un amanecer. Y una novela que escribiría un artista joven y arrogante, básicamente. Los artistas no sabemos nada del arte que hacemos. ¿Cuándo he visto yo una vaca? ¿Y qué vamos a saber? No sabemos qué queremos decir, ni cómo, ni cuándo. Vemos la idea; materializamos la idea. Somos peones de la idea y obra de nuestra obra. Nunca (nunca, ¡nunca!) artífices.

Me meto en la tubería y está hecha de carne y músculo. Al entrar, me choco con una pared cada vez que intento sumergirme en el organismo. Porque si fuéramos voluntariamente artífices de esta, no seríamos artistas y pasaríamos a ser profesores que propugnan una creencia determinada y se dedican a implantar memoria y hacer recordar lo no vivido y presentar lo intangible como familiar y… *Ups*. Yo… mi yo… Mi yo es irrelevante y cocina trompetas de la muerte con gasolina y una pizca de sal. Claro. Tengo un deber, y este prima más que cualquier conveniencia. ¿Cómo, sino, se explica que haya sido capaz de escribir un libro entero sin hablar de la relación con mi madre? Eso no hay por dónde cogerlo… Un círculo de goma azul y brillante se retuerce hasta convertirse en *lemniscata*. Estoy siendo utilizado, eso digo yo. Una raqueta hecha con tela de leopardo y que pelotea con el mundo. Soy súbdito de una maldita idea… ¡Cómo echaba de menos aquel divino mundo! Ya estaba harto de esta maldita novela que quería dárselas de algo que no era. Le olían muchísimo los sobacos, seamos sinceros. Yo… Yo no soy yo… Yo en esta novela llevo bigote y un body y *I go by lots of names*… Me imaginé esta novela *(voz en off)* mientras calentaba agua para hacerme un té. A partir de entonces, la novela me tuvo y hasta que no la materializara no me dejaría en paz. Bofetadas a mano abierta, bofetadas a mano abierta… F aparecía mientras me duchaba y Gris me incriminaba la forma que tenía de sentarme y se abrió una brecha en las cortinas de abajo a arriba. La brecha tiene forma de triángulo isósceles y descubre un color turquesa gastado y bastante profundo. Mirado *comme il faut*, por eso, revela que las cortinas no se han separado para dejar aparecer lo que hay *detrás* de ellas, sino que se ha superpuesto un triángulo de algún material extraño *delante* de ellas. Y no me dejaban en paz, no me dejaban en paz. Y en eso estoy: sacándomelos de encima para que me dejen en paz. Espero y deseo que dejen de molestarme después. Porfa. Percibí… percibí la novela (representada ante mi como un círculo) en un *flash*. Y el jarrón se quebró y desparramó un charco de sangre que, a día de hoy, aún mancha el suelo. Por eso creo que la forma ideal de leerla sería toda de una vez.

Porque hay un círculo, y dentro de ese círculo todo se conserva, pero fuera, me dicen los comerciales del círculo, fuera hay muerte, decadencia y caos. Yo veo lo que hay fuera del círculo muy luminoso y lo que hay dentro un poco turbio pero no quiero decir más por si acaso. Por ahora es imposible, dicen, pero en el futuro será posible y se entenderá mucho mejor. En fin, que ese pensamiento, que debió durar unos segundos, se ha alargado más de quinientas páginas. *Tell me about* la dualidad onda-partícula: *we live in a society, amirite*… ¡Toma bofetada! ¡Toma! Ay… y que no vengan estas palabras a morderme luego, ¿eh? Quedaos aquí, quietas y sin fruto, quietas, quietas… Pero… Ah. Me pierdo. Eso; sí. Solo forma, forma. Veo a mis amados gusanos unidimensionales y perfectos: música pintada. Pobre, pobre yo… ¡pero más pobres aún mis circunstancias! Soy Bob Marley. Se las ve medradas y apocadas. Quieren y no pueden. ¡Pero cómo queréis que me ponga ahora a describir minuciosamente el decorado! Menuda tontería. No me pidáis cosas que no puedo (ni debo —y, por ende, no quiero) cumplir. ¿Cómo va el aplausómetro? Yo cada vez tengo más claro que no quiero hablar de mi, me dijo un amigo una vez después de hablar sobre la transfiguración del espacio expositivo consecuencia del graffiti. A lo que yo respondí, mientras deslizaba la yema de mi índice por mi pulgar:

—Yo cada vez tengo más claro que no se puede hacer otra cosa.

Y como soy vanidoso y estoy muy orgulloso de mi ocurrencia en aquel momento (y dudo de si el paisaje que contemplo a través de las barras de la pequeña ventanita en mi prisión sea realmente tal) pues os lo dejo aquí a escrito a vosotros, escindidores de consciencias y toreros del alma para volver a lo verdaderamente importante, esto es: yo. Y Gris, y Gris, Gris, sí, claro, Gris… Estaba hablando de Gris… y de mi yo, de mi yo. ¿Qué ha pasado con Gris? ¿En qué libro estoy, por cierto? ¿En este o en aquel? Ay, los espejos… ¡Pero no! El burro no espanta a quien siempre canta. A veces (muy de vez en cuando, tampoco os creáis que soy un demonio todos los días y las horas del año… —de hecho, mi demonio tiene muy poco protagonismo en mi alma comparado con mi ángel, lo que pasa es que mi

mientras mi demonio se quiere y necesita hacerse notar y ver, a mi ángel le da absolutamente igual ser visto y considerado porque no necesita la aprobación del mundo para reafirmar su naturaleza sino todo lo contrario, a mi ángel le da la sensación que, cada vez que se expone, pierde sus cualidades angelicales y se convierte inmediatamente en el demonio del que tanto se aparta…) odiaba a Gris con todas mis fuerzas. Ella me metía mano mientras yo cocinaba. Y yo… Ella… El arnés me vuelve a la casilla de salida. Veamos… ¡Bisturí! Monóculo…

Ella, virgen de la fertilidad prehistórica, madre eterna y sagrada que acoge en su seno mi (y la) naturaleza bicéfala y se deja penetrar por su propia creación, vino a juntarse conmigo, el pusilánime poeta de la tribu, flemático y bobo Asurancetúrix, que solo hace que escribir versos en páginas invisibles y llorar cuando llueve. Para ella, todo es sexo y la poesía es su sucedáneo; para mi, todo es poesía y el sexo es su sucedáneo.

¿Pero cómo estoy tan ciego? No quiero escribir sobre esto ahora. Ahora no toca. ¡Ya pagaré por mis pecados en otro momento! Ah, dejadme, dejadme, ¡dejadme! Quiero irme. No no me cojáis. ¡Dejadme, joder! Quiero salir de aquí. Necesito salir de aquí. ¡Ah, turba asquerosa de dientes podridos y piel podrida y ojos podridos…! ¡No me toquéis, no! ¡Dejadme os digo, dejadme! Vamos, querido, vamos; ya queda poco, queda poco… Cien y pico páginas, Max, cien y pico páginas, me susurra el ángel… Después serás libre. Pero por ahora, espera. Tengo un mundo que conquistar: *a mark to make, a world to change*. *Ka-chow*. ¡Ahá! Soy vosotros, zombies del mundo. Matadme. Y me tiro en el suelo y dejo que todos los zombies se tiren encima mío y me violen y me coman y me mastiquen y me enfermen y me perpetren por todos los lados… ¡Ahora es el momento del alma exaltada! Muerto mi cuerpo, solo soy luz. El protagonista está enfadado y confundido. Delira rabioso tumbando el decorado con su máscara colgando de un hilo. Se asoma el rostro del actor. *The dancer becomes the dance* y… Sí, veamos… ¿Qué más, qué más? ¡Oh, sí! Ya sé; el amigo del que hablaba. ¡Soberbia del escritor!: acude a mi. Es

el colmo de los colmos, el colmo de los colmos…: hago exactamente lo contrario de lo que se debe para mantener la propia posición intacta y fidelizar la clientela. Así como la empresa anunciante siempre buscará perpetuar los mismos valores que le han permitido acumular el capital necesario para anunciarse y prometerá un algo más allá del mundo visible al que solo dará acceso un consumo reiterado del producto promocionado en una infraestructura dada, yo, en cambio, solo busco boicotearme a mi mismo y mis valores porque… Bueno, porque 1) creo firmemente que el paraíso está dentro del sujeto y no fuera y *anyone who says differently is selling something* y, simplemente, no le ha dado los golpes suficientes a la consola y 2) mis intereses me han sido impuestos por una máquina gigantesca capaz de inventarse palabras, modificar el significado de las existentes y eliminar de la faz de la Tierra cualquier ubicación borboteante en la que el héroe con parapente (es decir: yo) haya puesto los ojos. Visto la indumentaria adecuada para realizar dicha actividad, no os preocupéis. Y… ¿y la mantengo intacta o lucho para no mantenerla? Da igual. A lo que iba… Ese hombre me daba pena de lo ciego que estaba. No sé en qué momento consideró oportuno hablar de la necesidad que tenía un hombre de pertenecer a una patria. Qué desfachatez. ¿Cómo puede decir eso un hombre en el siglo en el que estamos? ¡El Estado ya no existe! No te manda nadie, te mandas tú mismo, imbécil. ¿No lo ves? El individuo es rey: el mundo se postra de rodillas ante él reclamando que lo absuelva. Probablemente, pensé, su papá nunca lo quiso. ¡Ah! Miradme, como me gusto y me regodeo en mi recién adquirida faceta de agitador político… ¡qué gracia me hace ser humano! Ja, ja, ja. Ay… Dios mío, Dios mío… ¡Tú que estás en los cielos infinitos!, ¡Tú, que tienes la paz entre las manos! ¡Derrámala, Señor, te lo suplico! Sino, mira en qué me convierto…, A ti te invoco y te pregunto: ¿qué ha de hacer uno frente a la ignorancia evidente? ¿Debe uno aceptarla? ¿Erradicarla? ¿De qué manera abro los ojos del otro? ¿Y su corazón? ¿Debo intentarlo? ¿Y cómo puedes permitir que vivan en semejante oscuridad?¿Debo yo permitirlo? ¿Vivo yo en la luz? ¿Tengo yo los ojos

abiertos? ¿Por qué permites que vivamos siendo ciegos? Oh, Dios grande y todopoderoso… ¡Dime!; Tú que todo lo sabes, Tú que todo lo conoces: ¿he de permitir que el otro se ahogue en las ciénagas del sufrimiento mientras yo bailo despreocupado en la senda guarnecida de flores? ¿He de construirle una escalera para que salga del barro? ¿Debo agarrarle el tobillo y colocarle la planta del pie en el primer escalón? ¿Debo dejar que escoja libremente si quiere ahogarse o volar? Me voy, me voy… Voy a irme… Todas estas palabras ya me cansan y me he olvidado de cantar… Imaginad un pájaro que renuncia a su canto para que lo entiendan unos asesinos… Imaginadme… que escapé de mi celda y… Y la libertad… ese pesado yugo… ¿no es acaso demasiado peso para el alma débil? Y el alma débil, ¿cómo saldría de allá sino sufriendo y fortaleciendo sus aptitudes? Y pues, ¿debo ser yo quien inflinja ese sufrimiento? ¿Cómo me obligas a tan arduosa tarea? ¿Me obligas? ¿Soy libre? ¿Lo soy? ¿Y por qué me creo mejor que los demás? ¿Debo prescindir de mi soberbia y olvidarme de mi superioridad? ¿Puedo escoger con tranquilidad de espíritu el camino del autoconocimiento sabiendo que dejo atrás a los demás? Y ¿cómo?, y ¿por qué?, y ¿para qué? ¿Es que no acabamos siendo todos polvo?

¿Debo, entonces, preocuparme por actúar? ¿Es que puedo hacer otra cosa? Y Tú, que todo lo tienes y todo lo eres, ¿por qué obras? ¿No podría yo no actúar; no hacer nada durante toda mi vida y morir tranquilo? ¿Qué es todo esto? ¿Por qué me pregunto tantas cosas? ¿Por qué no me resigno y acepto las circunstancias que me son dadas? Además, ¿qué vas a saber tú sobre lo que siento yo? ¿Acaso has caminado alguna vez con unos pies como los míos? ¿Acaso has llorado alguna vez los océanos que yo lloro cada noche? ¿Acaso te han clavado en cruces de madera y te han izado como bandera, a infinitos vista de sonrisas amorosas y vestido con astas de metal? No. Tú vives en un trono, contemplando con lágrimas complacientes el gran espectáculo que se despliega ante tus ojos perfectos que ven lo que nadie más ve y sabe lo que nadie más sabe. Y yo, a despecho de mi mismo, a despecho del mundo, y a despecho de Dios, vivo, sufro y pronuncio

tonterías. Pero ya vale de palabras. Volvamos a… eso. Yo le dije que, como todo ciudadano de una gran urbe, no tenía otra patria que la ciudad. ¿Qué voy a saber yo de la flora y fauna autóctona si he crecido rodeado de zoos e invernaderos? Y ni siquiera he atendido a ninguno de los dos más que en excursiones con el colegio… Veo palomas muertas por la calle y ¿qué aroma de las flores voy a reconocer si el único aire que respiro es el humo de los coches? ¿De que cojín de hierba voy a hablar si piso solo kilos de cemento? Nada, nada, nada…; el hombre de ciudad no tiene patria. Todas las ciudades son su patria y ningún campo es agradable. ¡Muerte a la naturaleza…!, ese montón de mosquitos y suciedad… Me pica todo el cuerpo solo de pensarlo. El barro se esconde bajo las agujas verdes porque se da asco a si mismo, os lo digo. Todo mullido y deforme… Nunca he sentido una repulsión más profunda que cuando camino por un bosque. Todo se te echa encima y te obstruye el paso. ¡Higiene! Eso es. A mi que me den kilómetros de caminos pavimentados y acondicionados por y para el hombre, con aseos limpios y forrados de pesticida y desinfectantes; entonces, quizás —y si me apetece— iré al campo. ¡Ah, divina máquina! Soy tuyo, soy tuyo… ¡Que no me hablen de la comunión del hombre con la naturaleza! Eso son barbaridades de bruto. A mi que me den los ojos de la ciudad, que te persiguen a todos lados y nunca te dejan estar solo; que me den los brillantes y veloces motores de los coches que a cualquier sitio te conducen sano y salvo. Y encima escucho la música que me gusta y con la temperatura que me gusta y a la velocidad que me gusta y, y, y… ¡Ah, todo se rinde ante la pequeñez de mi subjetividad! Tener gustos es infernal. Porque esta pirámide lo vuelve a uno loco si se niega a someterse a ella y… ¡Sí, seguid talando árboles para erigir vuestras ciudades; yo seguiré talando edificios para construir las mías! No os quejéis, he aprendido de vosotros. ¡Lo humano, lo humano! Sí… Quiero lo *más* humano. Lo extrahumano son imbecilidades de imbéciles. He aniquilado la líquida imaginación para sumirme en lo concreto de la razón… ¡Construid colosales torres de cristal y vidrio reflectante que apunten al cielo como un dedo e intenten rasgarle

una brecha para descubrir lo que se esconde detrás! ¡Imprimid los códigos humanos en estanterías oceánicas! Sí… Espejos, espejos. Que allá donde mire se me recuerde mi naturaleza de humano. No quiero olvidarme de ella porque me incita a… ¡superarla! Ay, oxímoron de oxímorons… Ay, tragedia de tragedias… Haga lo que haga, me equivoco; punto y seguido. Y… y… y cuando me olvido de ella, *hmm*… Veo volar por encima de mi cabeza a ángeles de fuego y cobre; veo a mis hermanos conquistar, mediante el ralo y vivo ingenio, las pieles de los antiguos dioses, plantando en ellas la bandera de lo humano y clamando al negro cielo su exultante asesinato; veo a todos los pueblos reunirse en una única fiesta donde se celebra el triunfo definitivo de lo humano sobre todas las cosas. Sí. Y ya no existe el error y a mi no me importa haber vendido mi alma y haberme olvidado de cantar. Y se ridiculiza a los herejes que creen en lo antiguo mientras se grita: "¡La muerte ha muerto, la muerte ha muerto! Y el tiempo es una deformidad psicológica de nuestros ancestros". Y a mi se llenan los ojos de lágrimas porque se acerca el final climáctico de la película y llama a una risa de oro y luz que todo lo ciega e invade. ¡La luz! La luz fluorescente finalmente se declara vencedora de la eterna batalla y yo ya no tengo por qué preocuparme: el libro se escribe solo. Adiós cuarto oscuro y angosto escondite; yo, que fui solo pensamiento, ahora soy solo palabra. La confusión y las oscuras preguntas son cosas del pasado… ¡Y el pasado…! ¡Que no me hagan hablar! Dulce cárcel, mejor olvidada. ¡Las prisiones ya no existen! Decid "¡hola!" al nuevo hombre. ¡Un eterno saludo de bienvenida! El Sol llora porque un nuevo actor viene causando rumores y cotilleos y con su novedad le ha robado el papel. ¡Sí! Decid "¡adiós!" al eterno dilema. ¡Adiós incongruente paradoja; adiós infértil dicotomía! Ahora lo entendemos todo… Se pregunta y se responde y éste es el clímax definitivo. Sí, seguro. Ninguna pregunta queda sin respuesta, ninguna pregunta queda sin respuesta, ninguna pregunta queda sin respuesta…

—Vibrante y cautelosa lírica que, en seda y leche envuelta, suscitas paulatina el amanecer húmedo que anhelos suspira, pedregoso y a morir dispuesto, por atisbos de miel nublada en su acogedor y amedrentado auspicio. ¡Intimidante comercio aquel que en su recaudo cautiva las imberbes tristezas del alma! Esconde él, temeroso, exiguas noches que siguen el ocaso con lóbrega sumisión… "Aténgase a sus escudos", escucho allí, "no derrochen ni una gota de esa pócima". El invierno aguerrido anuncia, repicando en sus maquinales tambores, un lamento que quiebra el párpado del sirviente florecer. Y mientras: "¡Ay, ay, ay!", canta el capullo cuya mejilla impetuosa en cruel advertencia cromática quema; corona coronada por corola corolaria… —. Una diosa se desnuda.

Mientras, un hechizo de cebo cegado torpe en tropa avanza turbado y agravado por su podrido acontecer. Es tarde, y el reloj marca la hora. Ayer también lo hacía, así que no le preocupa.

Alguien habla consigo mismo mientras mira la silueta de las montañas peinar los cielos y se divierte ideando poesías. Después de escribirlas en su libreta, imagina cómo contestará las preguntas que le hagan cuando sea famoso y le pregunten por ellas y su significado.

Alguien explicará que, llegados a un determinado punto, la multiplicidad de réplicas es tan cuantiosa y la distancia de lo representado con su original tan extensa, que, contrariamente a lo sostenido por los convenios de la ciencia, la forma obtenida se convierte en un objeto irreconocible e inhumano. Su artificialidad es de tan alto grado que solo busca el regocijo estético y formal, sin que necesariamente signifique algo (si es que eso es posible, añadiría tímido). Ser su propio simulacro y… ¡Agh!

Al contrario que Cézanne, dejará que la lógica de la pintura sea la que pinte; al fin y al cabo, él cree que la esencia del concepto habita dentro de la forma y que ambos son inseparables.

Y hablará entonces del arte abstracto como el descubrimiento de mayor relevancia en toda la historia de la humanidad y de cómo tiene la idea de escribir un libro entero (el mejor libro de filosofía que se haya escrito nunca) exclusivamente con palabras inventadas. Y dirá también que el lenguaje existe solo con el fin de ser trascendido, y que la versión en directo hoy en día a nadie le importa, y hablará de la forma por la forma y de que quiere hacer de la literatura una sinfonía y de la independencia del lenguaje de su bagaje simbólico y de la temporalidad de lo funcional y de la contradicción como consenso, y de las plantas herbáceas y de como su falta de ignina las embellece más que a ningunas otras, y de toda una clase de cosas que entiende solo superficialmente pero que quiere referir para sonar más culto y sabido de lo que realmente es.

Sí, porque Alguien, en su aburrida inacción, se dedica a perfeccionar la imagen de si mismo para que su interpretación sea más convincente y provoque más aplausos del público. Como un cómico, prueba constantemente el éxito de su monólogo frente a una audiencia inexistente a la que insufla un criterio (en su delirio creído ajeno, pero realmente propio) y, dependiendo de su reacción apunta (o no) la broma y la incorpora a su repertorio.

Y cuando la reacción es pobre, se pregunta a si mismo por qué no ha funcionado y modifica su papel para que se adecúe a las exigencias del público. Pero ah… la verdadera pena de Alguien reside en que sabe perfectamente que una mentira perfeccionada no es una verdad, y en que, por muy bien que interprete su papel, el Alguien del futuro, siempre presente, le pregunta mientras está en plena faena:

—Querido, ¿tú crees que hacía falta?

Y él sabe perfectamente que no hacía ninguna falta, y que representar todo aquel espectáculo para ganarse la afección del público es inútil porque el público al que agradará será un público ingenuo y con un pobre criterio estético (¿pero…?; ¡fuera!), y él, en sus sordas ambiciones, quiere aspirar

hacia lugares más altos y refinados, y para ello es necesario un humor más rebuscado y autoreferencial.

Así se entretiene Alguien, así… Con tan inútiles disertaciones sobre tan inútiles conceptos, construyendo castillos con… Cuánto más se adentra, por cierto, en los quehaceres del mundo y sus preocupaciones, más olvida a su divina imaginación. Así, el alma vigorosa que antes andaba las peligrosas sendas del espíritu y sus tinieblas sin un ápice de duda o temor, se convierte en un alma flácida, pueril y asustadiza, a quien todo acontecer sorprende y desequilibra y de quien nada puede esperarse sino confusión y tambaleos.

Y ni siquiera esas conclusiones lo satisfacen, ya que sabe que, en realidad, el amor de una audiencia siempre es temporal y además, falso, pues aman una faceta suya minuciosamente elaborada para tal o cual fin y no realmente a Alguien en su totalidad. Pero, ¡ah!, ¿quién dice que exista esa totalidad? ¿Esque no es…? *Bah*, ¡al garete! Riza mi copete y acrisola mi caletre, que los cigarros son chupetes y yo soy imbécil.

Y así transcurren los minutos para Alguien, el que vive en mundos que no existen. Entonces, Alguien piensa en la continuidad de su novela. ¿Cómo va a conseguir que esta tenga un hilo narrativo más o menos congruente si su vida es un desbarajuste de emociones superpuestas que no entiende ni él?

¡Este presente eterno es una condena! No se puede aprender nada…, piensa.

¿Y no puede él abstraerse de si mismo y hacer lo que aquel elemento del que hablaba antes hacía? Así, quizás, podría ver todo el asunto con más claridad… Pero siempre acaba determinando que no. Que lo mejor para que el experimento funcione es encarnar ciegamente el personaje de él mismo y no tener ninguna concepción externa de éste. Si no… ¿sí, no?

Porque sí, Alguien considera toda su obra y los sacrificios que a esta consagra como un servicio de documentación vastísimo, una biblioteca de datos que ofrendaba a la humanidad como el mismísimo Lucilio, el cual confiaba todos sus secretos al pergamino como un amigo leal, para su posterior indagación y análisis.

Con frecuencia Alguien se recrimina a si mismo no ser capaz de pasar sin dejar huella pero, así como su vanidad le recomienda aligerar y seleccionar la información compartida con un criterio más exigente, su honestidad le obliga a no ignorar ninguna de sus inspiraciones, a materializarlas y luego exponerlas para cumplir sus propósitos de la forma más veraz y completa posible. Cuanto más prolijos son los datos, más fiel es la estadística, ¿no?

Y… además, él nunca ha querido escribir una historia, él solo quiere escribir un sentimiento. Sí… es *ese* sentimiento; *ese* sentimiento es la única razón por la que escribe. Es el mismo sentimiento que le invade cuando se cruza, por ejemplo, con un vagabundo y lo mira y ve que lo sabe y el vagabundo lo mira de vuelta y ve que lo sabe también, y ambos se ríen complacidos y se sacan el sombrero ante la puerta entreabierta que son sus ojos y deja asomar la agria noche del horrible secreto. Y cuando haya reflejado ese sentimiento con pelos y señales, podrá dejar de escribir y olvidarse de una maldita vez de las malditas palabras que maldicen todo lo bendito y… vivir.

¿Vivir? A estas alturas, la idea le suena extraña y lejana. Pero eso también le da igual, porque si hurga en su memoria, se acordará cándidamente de todas las veces en las que el amor puro e indistinguido por todos los seres lo conquistaba y lo brindaba de la dicha verdadera y perfecta, la única por la que merece la pena vivir y por la que merece la pena morir.

Y en ese preciso instante, mientras Alguien pondera sobre tan innegablemente profundísimos conflictos filosóficos y el mundo ha adaptado la forma única de sus pensamientos y el asco que se da a si mismo parece haber llegado a un tope y las imaginaciones bajan, bajan, bajan, bajan…, da un paso más allá del bordillo y cae desmayado.

—68—

Bueno, bueno, me he venido un poco arriba; lo siento. Es normal, entendedme: estoy escribiendo y escribir es morir. Quien escribe, no vive; y pues, muere. Entiéndase…: uno, al escribir, escoge; al escoger, excluye; y al excluir, mata. Mirad, si yo digo: "Este globo es rojo"; evito que sea azul, que sea un tronco, o que sea áquel.

Mientras escribo esto, me doy cuenta de que me contradigo: ¡tanto mejor! La vida es contradicción y quien me contradiga me estará dando la razón. Ay… y uso muletillas porque pienso en algoritmos. Y ahí… ahí radica la naturaleza humana: en dudar. Arranco rizos de una peluca. Divagar, divagar, divagar: vivir es dejar de vivir; vivir es morir. Cuando uno llega a un sitio, el sitio se mueve veinte pasos más allá y ¡venga a cavar!

¡Ah, ah! Dios mío, si existes, ¿dónde está tu misericordia? ¿Es que no ves que una de tus ovejas se ha descarriado tan lejos de si misma que ya no puede volver a casa? ¿Qué vas a hacer por ella? Llevo siglos perdido en este desierto de cristal, tengo yagas en los pies, la piel se me cae a trozos y me sangra el corazón. Tengo hambre y sed y solo encuentro arena. Dios, ¡Dios de mi!, tórnate agua o moriré deshidratado. Haz que… o háblame, o haz algo, ¡no sé! ¡Necesito algo! Entrégate a mi y yo me rendiré ante tu grandeza.

Ya está. Estoy abandonado. Yo, que teóricamente en tus cuerpos habito, floto sin refugio más allá de todo margen y confín. Todo mi pensar no ha servido para nada. Para nada. Habré perdido el tiempo y solo quedarán destellos del tiempo que habré perdido. ¿De qué me sirve a mi la inmanencia de la palabra si me desintegraré entre gusanos? ¿Qué tontería es esa? ¿He de contentarme siendo un cádaver, una sombra de mi mismo, una flor disecada? Por el amor de los amores… He estado solo y perdido todas las horas de mi vida. Ciego, mudo, y sordo. ¿Y ahora se supone que he de encontrar solaz en repetir eternamente mis errores? Vamos, hombre… ¿Qué es esto? ¿Qué clase de broma pesada me habéis estado gastando? ¡Me prometistéis la inmortalidad! Y he acabado viviendo muerto. Preferiría

haber sabido todas las condiciones de este contrato demoníaco. He subido con un trampolín a un sitio en el que odian los trampolines… Llego a saber que estaba condenado a subir la misma piedra por la misma montaña hasta el mismo final de los mismos tiempos y no hubiera dicho: "Sí, mi amor, hasta donde tú quieras". Yo quiero vivir, ¡ah! ¡Vivir! Y vivir como yo…; no como un reflejo de mi mismo, ¿entendéis? ¿Vivir como yo? ¡Horror! ¿No quería yo todo lo contrario? Estoy perdiendo la cabeza… Y, y, y… ¿y con quién coño hablo? ¿Hablar? ¿No es un requisito de la conversación que haya respuesta? ¿Qué coño es todo esto? Tú, pared que escuchas, ¿por qué nunca me respondes? ¡Háblame, joder! ¡Dime algo! ¿Por qué… por qué pienso? ¿Por qué escribo? ¿Por qué hablo? ¿De qué me sirve? Siempre que me propongo decir algo se me escapa y acabo diciendo lo que no quiero decir. Y cuando me propongo decir lo que no se me deja decir, acabo insatisfecho y descubro otras cosas que debería haber dicho. Ay, ay, ay… ¡Ay!

Lázaro se ha levantado sin que mi querer lo exigiera… Yo, insigne criminal, que vi culminado al hombre y la mujer en un triángulo ascendente dentro de un círculo eterno cuando no era más que una arabesca de símbolos entrelazados en una red de confusa claridad en que lo volátil se hizo fijo y se volvió… se volvió… No puedo decirlo. El candelabro encima de mi cabeza amenaza con caerse si revelo el secreto.

Queridos, queridas… muero.

No puede ser. De cada palabra brotan más palabras; un número infinito de posibles direcciones, sugestiones y justificaciones que responden y cambian el significado de la primera y, sin embargo… ¿me hacen elegir? ¡Vamos, hombre, por favor! Esto no es serio. ¡Ay, la vida agitada! Estoy cansado. Uno debería ser al menos capaz de decirlo todo, ¡al menos de decirlo! Entenderlo ya vendría después. ¿No? Ay… Madre mía del amor hermoso: ¿qué soy?; ¿de dónde vengo?; ¿a dónde me dirijo? ¿Puede acaso ser lo que no soy? ¿Cómo puedo sentir tan presente una ausencia? No… Eso es lógicamente imposible… ¿no? Y, sin embargo, me pinchan las

espinas de lo inexistente *permanentemente*. ¿Y la historia? ¿Qué pasará con la historia? ¿Y qué pasará con Gris? ¿Y con el estudio? ¿Y con el padre? ¿Y con las madres y las familias y las ciudades y los bichos y las bribias y las…? ¿Y Jordi? ¿Y Ester? ¿Y Sara? ¿Y Dios? ¿Alguien lo sabe? ¿Y quién es alguien? ¿Somos todos alguien? ¿No? ¿Somos todos nadie entonces? ¡Todo preguntas y ninguna respuesta! Y la respuesta son las huellas de mis pies que se desvanecen a mi paso. Mi vida no ha sido sino un cúmulo de errores. Nada de lo que hago o digo tienen ningún sentido. Estoy con un pie en la orilla y otro dentro del mar… Atravesaré el lago y me encontraré con el cádaver de mi mismo en la otra orilla. Yo… Yo que he caminado a lo largo de toda mi vida y no he llegado a ningún sitio… Yo que he anhelado paraísos de los que solo tenía imagen vaga y me he encontrado a… Da igual. *Pareidolia* rimbombante de humeantes amarillos… ¡Tan vano ha sido mi andar! Me he obsesionado hasta tales altitudes de mi mismo que he perdido de vista al mundo y he terminado obsesionado hasta de mi propia obsesión. Aquí me veis: hablando sobre hablar y escribiendo sobre escribir. Tan penoso ha sido mi ejercicio, tan inútil ha sido mi dolor; siempre rodeado de los malditos fantasmas de la soledad. Solo, solo, solo; ¡siempre solo! Siempre imponiéndome un castigo por un crimen que ni siquiera recordaba haber cometido. Siempre abrasado por las calumnias de mi sombra, he fracasado en todo lo que me he propuesto y mis triunfos han sido solo ilusiones. Mi final es mi principio: un valle de lágrimas.

Hazte ver. Te necesito. Eres mi último recurso. Renuncio a mi libertad y me hago tu esclavo. No quiero llevar más este peso sobre los hombros. Estoy cansado, muy cansado. Esta soledad me está matando. Esta libertad me está matando. Si alguien me escucha, por favor, que hable. Alguien, Dios, nadie o quién seas; dime algo. Respóndeme. Voy a morir. Estoy a las puertas de la muerte y tú no haces más que esperar indiferente a que deje de hablar. ¿Es que no lo ves? ¡Mírame! ¡Estoy muriendo delante de ti y tú no haces nada! La muerte acecha; ¡oh, oh! Ya la veo con sus garras esqueléticas alargándose hacia mi. Van a tomarme con ellas, mira… Voy a

morir. Voy a desaparecer ante tus ojos. Lo que tanto ansiaba es ahora el peor de los destinos; lo que antes era paraíso ahora es pesadilla. Voy a morir… ¡Oh! Estoy muriendo. Se consume mi carne, se agota mi sangre, se secan mis venas y no hay lágrimas que manar. Adiós. Si alguien me ha escuchado, por favor, olvidad todo lo que he dicho; no era yo quien hablaba.

—69—

Nací en el seno de dos sábanas intactas. Aparecí en ellas después de que un aleteado frufrú, inoculado por un soplido nacido de lo ignoto, que provocó en los pliegues —esos agrios pozos en los que se esconde el vacío — un estallido de rojizos, verdes y azules que, propagados por el viento como pétalos fractales y por si mismo divididos, se fundieron sinuosamente sacudidos por lo que, hasta entonces, había sido cádaver eterno y gurbia sonrisa, esparcidos en una lluvia de confeti vaporoso que, al besar su cuna, postrera tumba, se aunó, pensamiento, con su siamés acto y se convirtió en Yo.

Como se deshace el azúcar en el cielo, o en una colmena se aniquila todo sueño, las mañanas calvas, las noches en las que todo callaba y soñaba con autónomos pinceles, los silentes silbidos que propugnaba lacrimoso a la negra noche, y la eternidad envasada al vacío en cuyas manos descansaba, terminaron aburriéndome. Así, un día, tras siglos en aquella habitación maltrecha, clamé a los cielos, cuyo rostro siempre intuí y nunca vi, y dije:

—Padre, Madre, si me amáis, dejadme ir. Necesito alguien a quien amar; no quiero morir solo.

A lo que ellos, tras una bochornosa risa que ruborizó el perchero de donde colgaba mi famélico orgullo, respondieron:

—Ves, hijo. Así estaba escrito y así deberá ser. Sabe que con honda pena aceptamos tu súplica, mas con la magnánima satisfacción de labrar el deber cumplido, pues las estrellas, a quien servimos, dijeron, dicen y dirán que…

Mas yo ya no escuchaba. Librado al fin de mi cliqueante grillete y de oír mi canto enmudecido por colchas, me planté, de un salto y con juvenil urgencia, en las huellas selladas de mi porvenir.

¡Oh, qué desgracias no referiría y qué calamidades no haría acudir a mi memoria si mi ambición no me obligara lo que la modestia me prohíbe! Tan aguerridas y sanguinarias fueron las revelaciones que en aquel lúgubre planeta presencié, que preferiría callar eternamente a nombrar una sola.

Sin embargo, yo, ardiente esclavo como soy de mi mismo, ansío narrar mi propia historia —sin previo conocimiento de causa u objeto— para: 1) cerciorarme de que las interpretaciones que se hagan de ésta estén mayormente determinadas por mi voluntad; y 2) distinguir —o bien engendrar, pues cada invento es una nueva decepción y todo descubrimiento conlleva ocultamiento— las fuerzas que han manoseado y configurado mi voluntad para así emanciparme de ésta y no ser declarado culpable y causante de ninguno de los crímenes que se le achaquen.

Sé que incurro en imperdonable culpa cuando, incauto, me abstraigo y desenmascaro el abyecto rol que los vientos congelados y mi marmóreo gemelo me infunden en sueños, mas como nada hay que no me encarcele en nueva máscara, soy perdonado, pues en este planeta crepitan arañas entre estanterías repletas de océanos y deshechos de deshechos deshechados fusionados involuntariamente, que se inmiscuyen grises tras las crines crispadas de los frisos atravesados por mi espalda e inyectan por vía intravenosa el espectáculo que legitima su supervivencia y hace que hables bien de ellas. Y dicho esto, diré lo que allí vi.

Allí vi como mis lloros semblaban risas y a mi hablar llamaban canto. Allí vi las lluvias de alaridos discurriendo como trenes que, presentándose luz, se revelaban muerte. Allí vi el estado escenificado y sus lenguas de metal rasgando oídos y a los edificios impregnados (tras mi petición correspondiente a las esquinas de la ciudad) de su irónico silencio ante la tan, tan cándida visión de tan, tan pérfido crimen perpetrado con una espada de algodón. Allí vi a los que esperan el mañana y los enamorados del

desierto y su candado. Allí vi los peces de alambre y zarza que braman y arrollan su grava circundante porque no quieren ir hacia delante. Allí vi rosas de cartón crecer en yermos arenales de chapa y gárgaras mientras pavos reales pálidos de células muertas (engreídas roedoras) llenos y aún sedientos encumbraban su comida. Allí vi a todo lo ajeno parecerme lejano y conocí al hombre que, entre feroces espasmos y de fría alegría abrumado, me resumió el libro que había escrito: "La sociedad como estafa piramidal", a cuya voz, y no a sus palabras, yo escuché atentamente por solicitud suya.

—Escucha, amado, escucha. Trivializa el hecho de que tú eres tú y yo soy yo, y escucha. Aquí nadie tiene familia. Todo es un engaño: todo el mundo es loro y anda hambriento de hambre. El maestro solo educa a futuros maestros y el éxito se mide por el grado de obediencia. Aprende a hacer un nudo sin mirar el libro o confundirás el cemento del suelo por el azul del cielo.

Con ademanes de loco y amables disonancias, llevaba a las estridentes puntas de lo visible su discurso. Constantemente se interrumpía a si mismo, chillando:

—¿Qué es ese ruido? ¿Qué es ese aroma? He de adivinar de donde viene. ¿Lo escuchas? ¿Lo hueles? ¡Ah! Diré lo que quieres que diga, sabré lo que quieres que sepa—exclamaba súbitamente, frunciendo y apocando su rostro como una pasa—. ¡No! Yo cojo lo que quiero y digo lo que quiero —y, dicho esto, se erguía majestuoso ladrando un castillo de naipes en el que huía de su captura. A veces rompía a llorar y me suplicaba que llorase con él.— Cada vez que abro los ojos, siento que algo va mal… y ¡grito! Grito todo lo que puedo, pero sé que nadie me va a escuchar. Mantequilla y madalenas, ¡mantequilla y madalenas! Y yo, que quería cambiar el mundo, he tenido que ver como el mundo me cambiaba.

» Ay, ¡huye, huye cuánto puedas! Alejate de este amor desértico que aquí se promulga. Y cuando te digan: las formalidades son importantes; metete los dedos en la garganta y vomita delante suyo. ¡Escúpeles en la cara si hace falta! Diles que no se puede construir un mundo nuevo sin destruir el

anterior. Pero ¡qué digo! Deliro. Todo es parafrásis y nada original. Ay, eso es otro tema. Estoy desvariando, querido, dejame apoyarme, creo que me voy a caer.

Y así, entre delirios y sollozos, cabalgando el tren de sus amores y temores, que lo arrastraba a través del sedoso barro y las pedregosas nubes, siguió hablando y hablando como cantan tinteros al verse bailados:

—¿Sabes que me dijeron cuando les dije que quería cambiar el mundo? Me dijeron: "No, querido. Lo estás haciendo mal. Mira, ven, por aquí… Por tus preocupaciones actuales deducimos que lo más recomendable es que te adentres en esta organización, especializada en subvertir los valores desde hace más de veinte años y obteniendo notable reconocimiento en…" Te lo puedes imaginar, ¿no? ¡Como si la verdad dependiera de la gente que la cree! Si nos demuestras que tu opinión es compartida por individuos o grupos cuyo criterio se asemeja al nuestro y, por ende, consideramos respetable, aceptaremos tu argumento, eso dicen. Y yo…, yo tengo ganas de llorar.

Perdonando mis grasas y alabando el beso que nadie le daba, graneaba su discordia disoluta en tríadas onceavas que aturdían mis ranas ancas y sus cómputos globales y los crujían y quebraban y en grageadas gárgolas cargaban su discurso que atoraba mis respiraderos y punzaba los mezquinos y viscosos carruajes en los que aquel día mi tierra andaba encasquetada. Corto gusto hurtaba mi harto cardo hurgando en si como curvas cartas su recuerdo arreglan. Y cuando parecía rendirse para dejar argüir al silencio su sentir, volvía a empezar.

—Nunca te rindas a su causa, querido. Jamás. Todo eso es información escogida y revisionismo histórico. Verás a una enfermedad consumir a tus hermanos, los verás darse la mano con guantes y jugar con juguetes protegidos por una caja de cristal. Verás a todas las personas convertirse en la misma mientras aúllan al unísono: "La división nos hace débiles, la división nos hace débiles". Tú diles que no sabes contar y que te encantan las vacaciones, que estabas *looking forward to them*. Diles eso y te dejarán

tranquilo. Ay… Verás coches flotando y cojos andando, verás al 10 convertirse en uno, y los verás aniquilar la poesía diciendo que no es más que un verbo, un nombre, un adjetivo y un adjetivo. Y entonces, los colores se convertirán números y un pájaro exótico manco estirará el ala para agarrar la pata de un pájaro local cojo y todo llorará y llorará cuando el volcán explote y se arrepentirán de no haber llorado por lo felices que eran en su momento…

» Y con resplandores parvos y quietudes torvas, dividirán amores vitrinas cortas, coronarán vacíos bóvedas castas, y controlarán enredos cordones gratos… serán dos cantantes los que anuncien quilos. ¿Ves? Mármol, ciprés, y piedra. ¡Mírame a mi! Ya no entiendo ninguna metáfora. Mi retina es mi verdugo y mis labios están sellados por mis ojos. Tú, si quieres sobrevivir, tápate los ojos, los oídos y la boca y cultiva el amor de tu silencio. Consúmete a ti mismo antes de consumir a los demás. Que la verdad de otro no sea nunca tu verdad. El fanatismo se vence con más fanatismo; creéme, lo tengo comprobado. Tu mejor profesor eres tú. Grita: "¿Para qué voy a subir por escaleras si tengo una rampa aquí al lado?" Y ya está, me callo. Mira, ¿eh?, ¡mira lo que me has hecho hacer! He matado mi silencio por darte una burda pista. Bien, que así sea, que así sea… Hablar para salvar es ser salvado mañana. ¡Adiós!

—70—

Era la noche. Enciendo el Sol. Broto. El cielo me llama. Me arrastra hacia él. Poco a poco me… Acero. Dejemos eso a un lado. Lo nuevo, lo nuevo, lo nuevo. Saturno. Sexo, familias riendo, carne, pollo, mercados, vacaciones, perritos, papel de váter, casas… Confía en el… Sexo. Este vestido viene con… Sexo. *Good stuff comin' up, folks*… Sexo. Cómo me gustaría cansarme… Príncipe a cucharadas. Miles de destinos, porque yo lo valgo. *Pam, pam ¡paaaam!* Redefiniendo el sueño. Explosión. Los mísiles

del País B no dejan bajas en el País A. *Tan, tan, taaaan*… tensión dramática. Persona A, por favor, de un paso hacia delante. Esta manzana está pintada de rojo. La sala está en silencio. Sólo se escucha el crepitar de la madera vieja en verano y alguna tos accidental. Por dentro está podrida. Persona A da un paso adelante. Mira al juez con ojos abiertos como platos. Lleva trece años en la cárcel y sabe que a los ángeles esculpidos les crecen espinas alrededor del cuerpo para que las ratas no se acerquen. ¿Qué pregunta te preguntas? Pues esta; esta misma servirá. El otro día me cargué a veinte empleados. *Pum*. De una. A la calle. Nombre de actor. El superhuevo. Te juro que si me lo follase dejaría de tener tantos problemas. ¿Has visto lo del otro lado? Se reduce tensión entre País A y País B y el precio del petróleo cae. Empezamos. Una relación entre… La chica guapa me ha hablado. Sí. Número secreto correcto. Entro porque tengo entrada. Hay obligaciones contractuales que me prohíben hablar de ciertos temas. El presidente del País A ha anunciado sanciones económicas al País B y ha dado varios mensajes al resto del mundo. Genial. Buena suerte. *¡Pum, pum, paaam!* Un avión de pasajeros en el que viajaban 176 personas se estrella en el País B. Todos muertos. Las autoridades se niegan a entregar las cajas negras. *¡Puuuuuum!* ¡Goool! *Més i més i més i més*… Pero yo la amo, tío, te juro que la amo. Es el final de la trayectoria y me obligan a bajar del tren. Gracias, voz. Si no bajase y me quedara dentro volvería donde había empezado porque el cielo es un cuadrado y no un círculo. Después de su larga y prolija trayectoria, hemos querido conceder gratamente… El señor Protagonista se queda en el tren, a la espera del nuevo Gobierno de coalición para aproximar al lector interesado hasta qué punto su escritura plantea temas, inquietudes y protestas presentes en la *imaginatio mundi*. Prometo por mi conciencia y honor —*clic, clic*— cumplir fielmente con las obligaciones de mi cargo. Tuyos somos y tuyos queremos ser. La única forma de despertar de este sueño es exhauriendo las entradas —*clic, clic*—. Te doy permiso. Sí, claro, es tu casa. Yo te esperaré, y nos sentaremos juntos frente al mar. Claro, venga. ¿Quién eres? *¡Gooooool!* ¡Increíble! ¡No lo

puedo imaginar! Esto no lo he visto nunca. Un día leí que podía conseguir a Wonder Woman, desde entonces ya no duermo tranquilo. Una caja de *balloons* este domingo. Quinientos *balloons*. *Ninety-nine*. O *four of four to four*. Fiesta en caca. Perdón, en casa. Encuentro que hace dos años… Dos semanas de margen. Risas. Vale, te lo digo porque muchas palabras sí. Sí, no te jode. Si queremos volver allá… Aquella mujer-zapato autobusea incontestable: feo, excusa, trono. Cúrcuma del sur. Tristes creos; cumbias de deseo atonizan cucúes. Sí… ¡para! Ir al baño… No, no iba a mi clase. Bueno, *ejem*, *ex*-novia… Acentúa… ¿Eh…? Normalmente sí. Pero a veces no. Alomejor es porque… ¡vas a flipar! ¿Qué hacemos aquí? ¿De dónde venimos? ¡Catorce o te voy a partir la cara! El barrio… ya no sé. (*Cantado*). Sí y no; a la vez. Hoy no-*che*. Todo nervioso: frankfurt, 30 euros. Sonido de una bola de chuches abriéndose. Caramelo roto. Novio. El jueves. Tranquilo. *Ad*. Risas, risas. Ja, ja, ja. Sonido de simio. Una foto —*clic, clic*. Buenísima. Cristal que corta, puta, graba esto. *Cru-cru*: puzzle cutre. Dos óvalos protuberantes con una pata que incide directamente en el sujeto un sentimiento de culpa. El pizzero furtivo. Rapidito, rapidito. ¿eso te vale? Ay… qué bonito. ¿Enserio? A consultar: ¿*allá* y Allah comparten la misma raíz etimológica? Todo por participar en este maldito… ¡Ah, qué bien! Voy a luchar, perdón, bailar. Yo también. Barcelona, sí. También puedes buscar. ¿Pero suena o no suena? ¡Masaje, masaje! No todo en *cash;* solo se declara la mitad. Todo es droga. Y el extremo hiere. Hay que hacerlo de vez en cuando, pero no hay que caer. A la gente que va de este palo, *ciao, ciao:* son su puto entorno. Una sociedad de subcontratación 360º. Si quieres montar un negocio yo te monto la estructura con un 10% de beneficio. Asesoras. Eólicas. Es que yo evolucioné. Hay que dar el pego: risas, risas. De posibles posibles: imposibles. ¿Sabes? Hay que presentir. Yo soy ingeniero. Bastante loca la situación. La muy zorra no contesta mis llamadas. Es culpa de Dios. Tal cual. Y en las fotos de antes y después muestran personas diferentes. No quiere trabajar más. A saco el chaval. Aquella noche, con dieciocho años… Se ha limpiado las manos pero siguen llenas de sangre. A ti lo que te vaya

bien ya te lo diré yo. Y entonces, ¿qué pasaba? Bueno, es un poco de la vieja escuela. El hijo se revela rebelde. O sea, no sé. Claro. Hay veces que yo alucino. Otras que no. Ahí, con la cosa. Normal, es corriente. La corriente. La gente interesante siempre llega tarde. Frenazo bomba y perros ladrando. Pinto flores en la pared. Una imitación de una imitación de una imitación de

Wonder Woman y… Te juro que si me lo follase dejaría de tener todos estos problemas, sí… ¿A quién, al superhuevo? Y si no es él, alguien que se parezca a él. ¿Pero esto…? Sí. Eso debería servirme. Ay, me estoy perdiendo, tía. Y llega un punto en que te preguntas: ¿pa' qué? Mientras tanto, en el otro lado del mundo…: "*You know I used to think that I had this perfect person out there waiting for me, but now I know that that's just silly because she's dead. What do you do?"* Y el otro dice*: "Well, you wait till next year's chair catalogue comes out*." *Yeah*. Feísmo *boys* 2002. Chapucero *couture in a post-cringe utopia*. Si no encuentras el sentido de tu vida en un centro comercial, será mejor que te suicides; lo que no encuentres allá no existe. Eso fue lo que el bufón cantó al rey y la reina con un abrigo de James Dean y una voz proveniente de un pantano de purpurina; y cuando el rey miró hacia abajo, el bufón le robó la corona de espinas y el tribunal levantó la sesión y el veredicto nunca se dio a conocer porque no hay amor como el amor a la hamburguesa. Escucha mi voz, yo canto. Soy el hombre del piano. ¡Sí! ¡*Happiness forever! Think happy, take a break. Explore, chill out and fly.* Amor manufacturado, al servicio del Rey Malo. Si no juegas al juego con sus reglas te descalifican. *Bip*, muerto. Me arde, pero me pongo una toallita fresca y *p'alante*. A mi me encantan las ilegalidades. Sí, sí. Al final de todo a la derecha. Nueva York, bebidas frías, hojas blancas, hojas secas. Y ahora, un Apocalipsis. Y después de… ¡Quiero irme de viaje a una playa virgen con el horizonte al alcance de mi mano! Sí. ¡Que me traigan el horizonte en bandeja de plata! *¡Ajá!* Míralos a todos ellos, esclavos del poder. Marionetas, títeres, siendo movidas para mi deleite. Corriendo en cintas y en ayunas detrás de la zanahoria prometida. Cavando hoyos en la tierra de palabras infinitas y ¿qué encuentran? ¡Más palabras! Apartad el cristal traslúcido. Un poquito más a delante. Un poquito más… ¡vale! *¡Stop!* Aquí va bien, grita el capataz. Esto debería darnos una imagen más definida de la sombra a la que perseguimos. Acarician siluetas, huyen de espejos invisibles. Pobres diablos. Ancla. Ancla, ancla, ancla. Oye, esto del libro está muy bien, ¿no? No me pillan,

no. LC… Curiosidad. Mi habitación. Mil pavos. Una vez, dos veces y tres veces. Eso lo aprovechan… *Or do they?* Estos no tenían pasión. Tampoco está nada mal. Así… cercanas. O sea, *lol*. Ahora soy mantras. No hay respeto a nada ya… Las seis. No, su familia y sus hijas. Seis y media en el piso, perfecto. Pero bueno, con lo acelerado que vas no puedes meterte a dormir. Lo que te requiere, tal… Un currazo. No, no tienes ni idea. Un amago. No es un trabajo que pueda hacer cualquiera, vamos. ¿Vamos? Sí, vamos. Yo, con los pitis que fumo, ya no siento *ná*… Dentro, dentro del gremio eres una oveja negra, ¿lo sabes no? No caes bien, querido, no caes bien… A ti te pasa algo que no explicas. Va y me dice: "Maria Ángeles tiene que tomar la medicación". Lo que no sabe es que después viene un magnate ruso y… No, perdón, de China, quiero decir, de China, de China. Como las canciones que creen que por repetir la misma frase con unas notas diferentes aumentan la calidad y magnitud del asunto. *Suite 23* de Nabokov. Eh. Eh. Quién más grita más razón tiene. ¡Quién más grita más razón tiene! Si después de esto salgo a la calle y no puedo comer ¿qué hago? Bueno… es la ventaja… o ¿qué prefieres: pagar un impuesto o una multa? Ella lo sabe, no se va a curar nunca y se despierta cada mañana con el pie torcido. Como los coros de las canciones que se creen que por llenar el vacío que hay entre frase y frase con más frases… ¡De eso pecas tú, de eso pecas tú! Eres una bola de papel arrugado. Encima, normalmente, repiten la misma frase que acaban de cantar, esperando que la frase siguiente la desmienta y… O no. Sí, sí, es penoso. Como un perro cojo. Tuvieron quintillizos. ¡Y sin viagra!, eso me dijeron. A estas alturas… ¿quién sabe? Mi compañero de clase accidentalmente se corre en mi. Hombre de 72 años mata a su mujer por un trozo de pan. *Bull penis, cod sperm*. Dona un euro y salva el mundo. Mi padre dice que la Iglesia es la empresa mejor organizada del mundo, Jesús el mejor político y la cruz el logo mejor diseñado. Bueno, claro: así estoy. Dijo: ¡voy a echarle una carrera a mi sombra; a ver quién gana!, y corrió. ¡Es imposible ganarla!, lloraba después. La sombra tiene un turbo… Siempre se me adelanta. Y estos son mis *pokemón*. Barren pistas y hacen

snow. *Got'em all*. La amo, tío, te juro que… Es el final de la trayectoria y me invitan a bajar del tren. Gracias, querida voz. Si no bajase y me quedase dentro volvería a…, ¿entiendes? Sí… porque… ¿Cuántas veces? ¿Cuántas veces? ¿Cuántas veces? ¿Cuántas veces? Las suficientes. Vaya *personnage*. Ya pero él… Él no. Él es yo. Hemos luchado en una guerra y hemos ganado. ¿Los dos? Los unos. ¿Y…? *Thank you, captain, I'll make sure to*… Entradas exhauridas. Gira a la derecha para llegar a tu destino. ¿Tan fácil era? ¿Tú crees? Si sacas a la luz lo que está dentro de ti, la luz te salvará, dicen pero ¿y si saco a la luz un asesino? Nada, déjate… El monólogo… Seguro de defunción. Y… ¿eres feliz? ¿Estás contento? Perdona, ¿tienes fuego? No, no fumo. A mi una morsa me dio el poder del habla. ¿Por qué la gente es tan idiota? Si coinciden dos esquinas, coinciden todas. *I guess that's just the way it goes in this world, baby…*: si el baño está ocupado, esperas. Está anticuado: mierda del mundo viejo. ¿Qué es esta mierda? Radio Mosquito. Lo que se ve no se pregunta. Esperando a que coincidan los tres limones. O las tres fresas, me da igual. Solo de batería. *Tum-tukutum-tum-tukutum-tum-tum-tum-trurururururururururrrrrrr*… Parte de la fábrica. Mirada láser: *ping-pong, ping-pong*. El ojo de Horus envasado al vacío. ¿Se lo pongo para llevar? Sí, por favor. Aquí tiene. Gracias. *Buuuuuum*. Hay una criatura nueva en la escalera. *Meanwhile… cri-cri-cri*… Un mundo muere. Hacía tanto tiempo que no venía nadie nuevo… Otro nace. ¿Buscáis problemas? ¡Pues escuchad nuestro lema! Para proteger al mundo de la devastación. Para unir a todos los pueblos en una sola nación. Para denunciar a los enemigos de la Verdad y el Amor. Para extender nuestro poder mas allá del espacio exterior. Ay… *Just another boring day saving the universe*… Es importante mantener los ojos cerrados. Si no, sufres demasiado, dicen. ¿Por qué un cubo es un cilindro?, eso dijo mi amigo. A esto y todo revuelto me sabe tu corazón. *How you looking up to me and talking down?* Ay, Macarena… ¡Suicídate: así de fácil es ahorrar! ¡Suicídate: así de fácil es ahorrar! ¡Dios mío: qué ilusión! Ya te digo… Aquí falta una carnicería. José Miguel, vamos a hacer las cosas bien. Lo que no

puede ser es hoy sí, mañana no. *To'l* día. Busco y busco. Vete a tomar por culo. A mi no me mareas. Cuando encuentro, ya no vale, y busco (busco) más. ¿En el bloque uno? Ahí es donde el Isaías, ¿no? ¡Anda! Esto pega fuerte. No. ¿Tú o tu mamá? Mi madre tenía unos terrenos. Lo vi y dije: Este me lo quedo. *Asín*. Lo que se caga no se come. Ya… Claro… (Todos los amigos de Marsi odian a Sara, que lo sepáis). Da vergüenza citarme, moriré ahogado de sed. Ya te digo. El final está cantado. Créeme, yo tengo más carencias afectivas que tú. ¿Así? ¿Y cómo las suples? ¿Cómo? Está claro, creyéndome el rey del mundo. *We're pulling all the answers at the moment and we'll make sure to call you when we've found them*. ¡Oh! Generación… Un bañador: persona que baña; hombre de cincuenta y pocos años, con la piel requemada, barriga cervecera, pelo pobre y que no pronuncia consonantes que se dedica a alzar del suelo a la gente con intención de bañarse y hundirlos parcialmente en el agua. Un pez que se muerde la cola y se muere por la boca. Todas las personas son la misma. ¡Ah! ¿Qué…? ¿Yo? No, no creo. Las relaciones tóxicas están de puta madre: siempre tienes algo de lo que hablar con tus amigos. Parecer: tener determinada apariencia o aspecto. Para: prefijo con origen griego que posee los siguientes significados: al margen de, en contra de, junto a y relacionado con. Ser: cosa creada, especialmente las dotadas de vida. ¡Extraños prisioneros y cuadro singular! Se necesita un villano. Si no hay, se crea. Dios escribe, vive y lee. *Get it together, man*. La falta de guerra entre países, de enemigo grupal, lleva a la guerra entre individuos. Y eso es así. *Tum-tu-tum-tum*. Ahora: una pausa. Música de ascensor. *Tum tururu tutum tum*… Disfruta de esta cabra fotógenica y aire acondicionado a chorro. Modo de empleo: retire la toallita del envase y pásela suavemente sobre las manos y uñas. Un momento… ¿sí? En esencia sí. En apariencia no. Física: 4, insuficiente. He despertado pérdida y locamente enamorado de ella, luego se me ha pasado. Llegaremos un poco tarde. ¡Ay! Podremos hacer un cervecita. Oh… qué gusto. Hace vientecito, ¿eh? Sí. Esta mañana también lo hacía. ¡Al polígrafo! Eso es… verdad y mentira a la vez. ¡Bum! ¡Apocalipsis, Génesis! Dos en uno.

¡Oferta! ¡El ojo de Horus envasado al vacío! ¡*Tachán*! Sí; divertido, muy divertido… Muy entretenido: ¿quién es quién? Todo es nada. Bueno, eso está claro, no te metes el dedo en el culo si no quieres que te huela a caca. Hombre de poco pelo a palos aprende. Confunde *wasabi* con guacamole y acaba con el síndrome del corazón roto. Serás pecador hagas lo que hagas; así que si pecas… peca a lo grande. Con clase, joder, claro que sí. ¿Buscas soluciones? Las hay. Tenemos todo lo que quieres, todo lo que necesitas. ¡Compruébalo tú mismo! ¡Está en una situación muy complicada, muy adversa! Queda mucho partido por delante…; ¡aún se le puede dar la vuelta a esto! Sabe lo que tiene que hacer, se le ve muy concentrado. Cuando eres así de bueno, te quieren en todo el mundo. ¡Lo que estamos viendo supera todas las expectativas! Las remontadas no son una cosa mía, son una cosa *nuestra*. Mientras no salga en la tele, no pasa nada. No hace falta ser un genio, solo hace falta ser un pato. A mi lo único que me mantiene con vida es la posibilidad de que algún día me hagan un masaje. Eso o los abrazos desnudos. Tú lo que has de hacer es encontrar un trabajo y dejar de pensar. Y… ¡y se acabó el tiempo! Oh… Y ahora, yo soy simplemente él, y él…

—71—

Y así, tan pronto apareció, desapareció, dejando como estela caricias titubeantes que rodaron entre chulos con cara de ratón, lúcidos en su temor, y que olvidaban dulcemente haber sido otro, y que sin rechistar respondían obedientes leyes y noticias, curvas y rectas, peticiones y… y que cabizbajos y salivando acudían al becerro que con gracia se mutilaba para el gozo de los trinos y trémulos trineos de agua. “Mirad como no podéis ganar”, anunciaban en mayúsculas millones de pósters; “Romped los frenos y conducid, ingratos”, rezaban otros; “De adivinanza a adivinanza danzan chanzas entre lanzas; de adivinanza a adivinanza nada alcanzas con tu panza”, decían otros.

Una muchedumbre agolpada y apretujada hasta los huesos disparaba al magro amparo berridos, escupitajos y carcajadas. El rascado rostro del rastrillo astillado chirríaba nefasto las garras que a lengüetazos lo recibían. Ríos conducidos por el tiempo apartaban mi mirada de la muralla de cojines que tras de mi se erguía y dinamitaba sin nadar rasguños en su piel. Yo adulaba el puzle para que anidara en mi sus apariencias; aunque sórdido en mi andar, y ya extenuado por tan funesto viaje, y harto de los piojos que me despertaban susurrándome, y de la princesa tormenta que arrasó las imaginaciones que les daban vida, y las maquinales trompetas que en corro arqueaban amenazantes allá donde posara mi vista, seguí paseándome ante el escaparate del mundo, viendo todo lo que hoy escribo.

Observaba entonces unos curiosos primates con crestas de papagallo en las cimas de sus dedos discutiendo:

—Anda, sí; mira esto… Me recuerda al azul heliocoidal característico del departamento H-38 de la zona 42-Y. ¡Sí! ¿No te acuerdas? Estaba en la sala X-Y y era una sátira cónicocircular del estado actual en que se ven sumidos los tirachinas del conticinio.

—¡No!… Yo recuerdo que… —gruñía su enjuta cuña cuando se me apareció, certero y contrito, el recuerdo del loco, que me cogió de la mano y me sacó de allá corriendo diciendóme:

—Ven. Aún has de ver más cosas. Debes atragantarte.

¡Un recuerdo! Yo seguí tan rápido como pude sus alados pies que, sucediéndose borrosos hasta tomar la apariencia de uno solo, guiaban y maravillaban mi abatida vista por oblongos acantilados y cicatrizadas cordilleras. De puente a valle y de caña a anzuelo, llegamos al cielo y enseñóme el *grumosebo*, esto es: la masa informe e uniforme de cuerpos que se funden y confunden, cuyo nutriente no es otro que su excedente, y cuyo arriba no es más que un abajo.

Por borrascosas alturas nos hallábamos ya cuando éste consideró conveniente contristarme más de lo que ya estaba impulsando puños de humo a mi orbe cerebral y clavándome agujas que mi alma sospechaba

reales pero que mis ojos nunca habían querido reconocer. Bajo pretexto de que "así estaba escrito y así deberá ser", me mostró los labradores del tiempo, encerrados en cajas con cañas en cajas con cañas en cajas con cañas en cajas…

—¿Ves? Mira ese barco. Tras una ardua travesía enfrentándose al áspero mar, se da cuenta de que la luz que ha estado siguiendo y creía faro no es más que otro barco. Mira detrás suyo y ve una cola infinita de barcos. Después, se le borra la memoria. O fíjate en aquel otro: es un señor que camina en círculos hasta que se da cuenta de que camina en círculos. Al darse cuenta, rompe el círculo y avanza en espiral hacia delante, no pisando el trazo anterior más que una sola vez. Al rato, empieza a pensar: "¿He roto el círculo porque me he dado cuenta de que estaba caminando en círculo, o he tenido que romper el círculo para darme cuenta?", y vuelve a caminar en círculos. Él nunca sabrá la respuesta.

» ¿Y éste? Éste llega a una plaza que se divide en ocho caminos y se decide por uno. Al cabo de un rato, llega a la misma plaza, por lo que escoge otro camino, con el que llega a la misma plaza. Y así, camina siempre hacia delante pero llega siempre al mismo sitio. ¿Y aquellos? Aquellos inflan globos. "¡Queremos que vuele, queremos que vuele!" gritan. Y en su furor, el globo explota. Luego, como poseídos, se ponen a inflar otra vez otro globo.

» Y mira allá: hay unas gradas repletas de gente que ha venido a ver una obra de teatro. Una cortina roja separa el escenario de las gradas. Esperan, esperan, y esperan. Cuando la cortina roja se abre ven, en el escenario, una grada idéntica a la suya, llena de gente expectante por ver el espectáculo. Se lanzan piedras e improperios los unos a los otros, decepcionados por el desengaño; a ambos lados sale gente indignada; unos lloran, otros ríen; unos cantan y otros gritan. Estrepitosamente confundidos, se van vacíando ambas gradas. Cuando están vacías la cortina baja. En dos horas habrá otro espectáculo.

» ¿Y aquellos, por ejemplo? Aquellos suben una escalera. ¿Para qué? Para estar más arriba. ¿Para qué? Para ver más cosas. ¿Qué cosas se ven? No lo sé, yo estoy abajo. ¿No he subido nunca? ¡Claro que he subido! Aquí hay tiempo para todo, pero una de las condiciones es que no vuelvas a bajar. Si quieres bajar has de saltar al vacío. Es una especie de suicidio, y cuando vuelves aquí abajo ya no te acuerdas de nada. ¿Por qué? Bueno, está claro, ¿no? Quieren que la gente siga subiendo. Las malas lenguas dicen que la escalera es infinita y que nunca llegas a la cima. Pero las malas lenguas dicen muchas cosas.

» Ahí tienes a otros: el chico dice a la chica: "Imbécil", y la chica le pega una bofetada y le dice: "Imbécil tú", y el chico le pega una bofetada y le dice… Y así hasta el infinito. Y aquel otro, que escupe en las cabezas de sus presas para que, cuando se las coma, su aparato digestivo las asimile con mayor facilidad. Y… ya acabamos, pero mira antes ese último: este es un hombre que paga a gente para que hable de él y así, la gente que escucha mencionado su nombre, lo crea importante y le de su dinero. De esta forma, consigue pagar a los que hablan de él y así puede perpetuar el círculo.

Insulso asombro en árido cobijo y domado impulso en presa retenido, el cansancio impidió que las impresiones llegasen a su término. Como ventisca congelada, una fiera tristeza, incontenible por exánimes murallas, abarrotó hasta el más recóndito rincón de mi corpóreo vestido y me sumió en una desidia hueca e imperturbable.

Podrían haberme arrancado un pie o una oreja y no hubiera sentido nada. El arsenal de sensaciones a las que había sido expuesto se armó, en grutas escuadronadas, con el cloacal fin de impedir más despertares hasta que los mismos, soldados temerosos de la lucha y el olvido, hubieran sido abducidos por mi razón casi extinta y mi alma sorda y retrotraída, que no querían saber nada.

El ronquido gravoso de mis exhalaciones me delató ante mi guía, la sombra de aquel otro, que me ofreció descansar, a lo que yo, imberbe en mis

inquisiciones, acepté sumiso y posé mi corpóreo saco en un amable sofá de piedras.

—72—

Se despertó consternado y en contra de su voluntad. Le lloraban los ojos, le picaba el cuerpo entero y la habitación olía extrañamente a alicate oxidado. Se rascó con rabia, le lloraron aún más y le picó el cuerpo aún más. Los objetos se desplazaban por piezas hacia lugares que no les pertenecían. Llegaban desordenados.

—*Hmm*… Perfecto. ¡Hoy va a ser un buen día! ¡Vamos, vamos! ¡Con ilusión y actitud todo es posible! ¡Vamos, vamos, vamos! *¡Yuhú!* Adelante.

Se rió de si mismo y se incorporó. Le dolía mucho la cabeza aunque estuviera vacía. Buscó algún sitio al que agarrarse pero no encontró nada con la consistencia suficiente. Como líquido, buscaba siempre ir más abajo y, aunque era teóricamente más ligero le parecía pesar más. Había algo que no funcionaba bien, algo extraño. Nada, nada, nada…

Se dio asco a si mismo, volvió a estirarse y se remoloneó entre las sábanas. La luz del sol penetraba a través de la ventana, invadiéndole los ojos a través de las esquinas y explotándolos por dentro con un brillo insoportable. Qué asco, qué asco, qué asco… Se tapó con la manta, se ahogó, maldijo haber nacido, quiso gritar, no lo hizo, y se levantó de la cama aún rascándose. Hoy… Hoy…

Una sombra puede ser más o menos fiel al cuerpo que la origina dependiendo de cuán cerca esté de la pared. Hoy el cuerpo parecía estar muy lejos de la pared y muy cerca del fuego, por lo que las sombras se le aparecían todas difusas e inconcretas.

El lienzo se revelaba lienzo con pliegues destensados. Una línea solitaria lo cruzaba. Figura y bosque. Volvió a sentarse al borde de la cama. Estaba perdido. Miró. No vio nada. El suelo no era suelo y las paredes no eran

paredes. Se quedó embobado mirando el escenario vacío como un caballero que acaba de recordar su nombre y en la nieve blanca ve tres gotas de sangre provenientes de una oca herida por un halcón que, de tanta prisa que tiene, no se detiene a devorarla.

Se arrastró hacia el baño. *Cruc-cruc-cruc*… Sus pies abrían cicatrices como grietas. Abrió el gri-… grifo. Y se sentó en el váter. Esperó. Odió no entender lo sagrado y no pasó nada. Entró en la ducha: demasiado caliente. Giró el grifo: demasiado fría.

Desistió. El huevo estaba roto y de nada servía encolarlo. Se frotó la cara impetuosamente y salió del sitio cerrado.

Apareció en otro sitio cerrado. Maldijo las paredes y el techo. Cogió la toalla y aún estaba húmeda; pensó en inserirla en otra toalla, pero no serviría. Se secó con asco. Intentó mear, no pudo. Intentó cagar, tampoco pudo. En un hoyo… en un hoyo siempre se vuelve al hoyo.

Salió de allá agobiado. No entendía nada de lo que estaba pasando. Quería elevarse pero solo descendía. Solo abrir la puerta le arremetió una corriente de aire congelado: frío y construido y criminal y que discutía consigo mismo y se infiltró a través de sus fosas nasales. Fosas nasales. Mierda. Suspiró. Ya estaba aquí. Subió. Y ya estaba aquí. Subió, subió y subió. Sí, estaba aquí. *Pam*. Estornudos, muchos estornudos. Como un poseso. Como si un hormiguero hubiera encontrado en si mismo a su mejor compañero de juegos y se estuviera divirtiendo en el interior de una cueva llena de pelos, venas, rasguños y yacimientos geológicos.

—¡Qué bonito día! ¡Qué bonito! ¡Ya oigo el remilgado canto de los pájaros! ¡Ya vengo, queridos, ya vengo!

Millares de berridos lo rodeaban y lo aguijaban con sus blandas patas y la vida se reía de él y él le preguntaba, cerdo como era, si eso era todo lo que tenía. Con tan bravucones dichos fanfarroneaban sus híbridas flatulencias cuando encontró una trimembre tregua en los estornudos. Una pata era… La otra era… Y la otra…

Respiró con mucha cautela, cuidándose de inhalar partículas de polen tibio dispersas en el aire como minas antipersona. A duras penas caminó por aquella marisma inmunda de barro y mocos, intentando (y anhelando) llegar ileso e intacto a su habitación.

Necesitaba descansar. Eso era. Un poco de descanso. Dormir un poquito más; nada más… Se sentó de nuevo en la cama, dibujó formas en la palma de su mano mientras su conciencia se desvanecía esperando a Dios sabe qué…

Picaron a la puerta.

—Max, ¡Max! ¡Max!

Alzó la mirada. Era la madre.

—¿Qué haces? Vas a llegar tarde, ¡vamos, vamos, vamos!

La madre lo obligaba a levantarse y él debía obedecer porque… Bueno, porque así lo dictan los dictados que dictan lo escrito y hay obligaciones contractuales que le impiden… Asiente mudo nuestro héroe y se esgrima los puntales de su esqueleto sin conseguirlo.

Se yergue, respira hondo por enésima, enésima vez (porque siempre le falta aire y nunca le sobra) y estira la espalda y los brazos. No se estiran. Muere en la muerte y se viste y va a la cocina. Muerto. Hace café. Bebe. Lo termina. Bebe otro, por si acaso. Lee el titular del diario: "El Tribunal Supremo ha avalado la retirada de símbolos de la fachada". Ya era hora, piensa, ya era puta hora. Todos aquellos símbolos lo estaban empezando a volver loco, recuerda. Gracias, Tribunal Supremo, gracias por vuestra intachable labor; de verdad, en serio, muchas gracias.

Sale de casa corriendo. Topa de nuevo con el sopor incontestable de persianas opacas. *Bum… Burubum… Bum, bum… Buruburu, bum… Burubum… Bum, bum…* Al bajar las escaleras ve al vecino del ático hablando con el portero. Le está pidiendo que le haga un agujero con un taladro en la parte inferior de un búho de plástico diseñado para ahuyentar palomas.

—Se ha caído más de una vez y no tengo un taladro en casa porque…

Sale antes de presenciar cómo llegan a un acuerdo. ¡Qué lástima! Atraviesa el umbral y muere. ¡Otra vez! Es broma. Lo que sí hace es poner un pie en la calle. Quizás es lo mismo.

Se siente innombrablemente sucio. Alguien está metiéndole mano en la holgura celestial de sus ensoñaciones y se siente sucio y sucio y sucio e impropio. Con un pie aún en casa todavía se creía a salvo. Ahora ya no.

La luna brilla en pleno día y lo moja todo y lo pone todo perdido de misantropía. Pasea por una calle atestada de gente. Todos parecen mirarle. Está irremediablemente destinado a caminar hacia su perdición. Ahora camina, camina, camina… muy decidido para no tener ni idea de a dónde va… Pero quiere irse, quiere… Cualquier sitio es mejor que este. No quiere que la gente lo mire, no quiere…, quiere irse, quiere irse… Pero ¿dónde?, ¿dónde? Donde escapar si allá donde vaya seguirá siendo él mismo… ¡No puedes huir de ti mismo, alma buena! Cierra los ojos y vete.

Pero no es el momento ni el lugar para estas cosas: el aire rumorea con retortijones entrelazados a duras penas; se expanden y contraen y transgreden los ubicuos fotogramas que los mantenían inmóviles y en vilo.

A su alrededor ocurrían cosas. Había gente que discutía y gente que fumaba cigarros. Otros arrastraban bolsas llenas de palabras mientras miraban desolados al abismo de los suelos y… y otros, ruborizados por una apagada y gata luz que cubre la carrera del mundo con un manto azabache sin nada en él impreso. Mañana bochornosa de primavera, grima de los cantos y alcurnia de los bajos.

Pero ya vale. Ya vale de abstracciones y poesía barata. Es momento ya de pasar a la acción. ¿Qué iba a pasar hoy? ¿A dónde le habían dicho que llegaba tarde? ¿Y por qué era todo tan extraño? ¿Y por qué esta inquietud ante lo extraño? ¿Y por qué diablos se sentía un extranjero en su propia vida? ¿Y quién coño era él? ¿Y qué motivaciones tenía? ¿Y qué circunstancias habían forjado su carácter? ¿Y a quién le importaba eso? ¿Y por qué quería explicarlo? Cuánta, cuánta confusión… Dejadme… Todo sirve, todo sirve. Superfície cromada de briznas en rúbricas frígidas…

Ay…, pero ¿quién me mandaría escribir un libro? Ya estamos otra vez… ¿Por qué no me callo ya? Ya casi estamos, ya casi, mi amor… ¡No! Atrás, Medusa. Aún no estamos, aún no… Tengo un mundo que conquistar y el mundo solo se conquista mintiendo.

Y entonces llegó. Un chimichurri colosal, armatoste de oscuras ventanas en las que se reflejaba el edificio de en frente, crecía ante sus ojos como un cuerno puntiagudo pintado con un azul que goteaba. Las dos pirámides se tocaban y esgrimían con sus dudas las asolazadas camas del pensar ajeno.

Antes de entrar, dudó. Dudó como siempre dudaba. En la puerta giratoria vio la vagina de todas las vaginas a punto de hincar el diente y emascular en eterna sombra a su amado y magro pene. Intentó hidratar sus ojeras con un orgullo fingido y visiblemente ingenuo y, y, y… y se metió en el edificio. *¡Kaputt!*

—73—

Tan lleno de lametazos me vio aquel mórbido y vil Eugenio, cochambroso artesano de fútiles palabras que, en aras de agridulce recompensa, mancilló el augurio del sueño que sobre mis alas se cernía creyendo sisear en las internas cavidades del pivote que su ciudad entera sostenía. A la sombra de la cháchara y reclinándose sobre calaveras, me explicó:

—Verás, yo era un círculo en un mundo de cuadrados. Allá donde iba me topaba con esquinas que se clavaban en mi piel y veía a los cuadrados sentarse quietos en los autobuses mientras yo, el círculo, iba de lado a lado rebotando contra las paredes como un loco. Nunca pude entender su idioma ni obedecer sus reglas y me metía en toda clase de problemas. La Organización Cuadradil de la Salud determinó, un día, que yo era un cuadrado defectuoso y que, como tal, debía ser apartado y tratado como enfermo.

» Y así ocurrió. Pasé la mayor parte de mi vida aislado, para prevenir cualquier accidente. Un buen día, otro cuadrado defectuoso que estaba en el mismo hospital me habló de un mundo, un mundo en el que nada era recto y todo era curvo. Me dijo que allá no habían leyes ni límites, y todos los habitantes se deslizaban suntuosamente por las superfícies onduladas y sinuosas de aquel mundo. Resbalaban y salían volando por los aires, esculpiendo sutilmente todas aquellas paredes con las que nunca te chocabas, sino que te fundías con ellas sin esfuerzo. Bailaban, jugaban, reían, eso era todo lo que hacían. Así que un día, decidimos escaparnos e ir en busca de aquel mundo y… Bueno, el final no te lo puedo contar porque los finales son paredes rectas.

El hastío dueño de mis cantos agarró la enseñanza y la hundió en lontananza. Caído el párpado de mi tardanza, todo lo ajeno se me hizo lejano y lloré en la oscura y solitaria celda que, repleta al fin de lágrimas ácidas e inundándose a si misma a través de las grietas divisorias de la danza entre sombras, se convirtió en un oceáno. Mis ruegos y súplicas, subiendo con el agua y tan silenciosos como estrellas, hicieron arriar a los cielos sus escaleras en mi búsqueda. Toda mi apaisada esperanza brotó y se hizo cumbre: las dos pirámides se alargaron la mano y volví a casa.

¡Cuál no fue mi sorpresa al aterrizar en mi amada cuna y la vi transformada en caverna! ¡Oh! Por doquier surgían trincheras, escondrijos y arcanos deformados. Arrasaba mi cama el polvo sucio y amedrentaba la chimenea un montón de ruinas desconchadas. En mis sábanas crecían tallos yermos: sin huella de pétalos o escamas de alma.

El origen que me parió estaba en guerra; no había síntoma de vida más allá de unas burdas palabras anotadas con prisa, un rotulador negro y la mano izquierda, que leían: “Yo digo esto, yo digo aquello”. El rostro que nunca vi ahora se erigía en el horizonte de mis ojos esculpido con acero policromado, como un fantasma de si mismo, y flotando sobre un suelo de abejas con almas afiladas.

¡Ay, ay, ay! Muchos ayes lloré y lloré. La enfermedad había llegado los cielos. Mis cantos emanaron llorosos y estridentes de mis cuerdas vocales… y yo ya no fui mío, yo ya no fui mío. Me miré las manos y me toqué los pelos: estaba hecho y era como ellos. Me horroricé y gemí y crié gritos en mi queda y oscura celda. Las siempre crecientes criaturas que había aborrecido incomprensibles, ahora me vestían con sus ropajes y disfraces.

—¡No! Yo no quiero ser alguien, ¡yo no quiero ser alguien!—grité.

Pero era demasiado tarde, ya había visto a la Luna devorar el Sol y el tiempo no corría ordenado. El lugar donde descansaba las rodillas era ahora polvo; el dorado al que aspiraban mis anhelos era ahora polvo; el… todo, todo era polvo.

Cavé con dientes y uñas la húmeda tierra que me vio nacer, silbando, chillando y suspirando exasperado. Quise esconderme entero en el sótano de mis adentros, pero nunca logré cubrirme entero. Y tras siglos amamantado por mi sed de amables circos descubrí una esquina invertida aguzando mi espalda. Aguijado por el urdir de un más provechoso futuro, tomé el objeto de mi asombro y lo expuse magnánimo a mi vista, dislocada por la torcida corriente que apuntaba hacia ciudades.

Una diminuta máquina reposó en mi mano con tranquila mirada y apaciguada presencia. Parpadeaba en su seno una luz que, en bosque de óxido y herrumbre, titilaba tintineante tímidas tinieblas en la tirria que triangulaba mi taimada tibieza. Incluso los hasta entonces ingrávidos muñones de polvo sonrieron y resquebrejaron su sequedad con dócil alegría.

“Nutre a la máquina y la máquina te nutrirá a ti”, leía el dorso. Yo, asido a mi ignorancia y movido por mi asombro, promulgué al aire un grito. Acogió el viento con gracia mi ansia esteta pues, al concluir mi voz su brote, respondió con idéntico destello. Yo, ditirámbico en mis investigaciones, por la curiosidad llevado a exultantes condiciones, lancé otro grito. ¡Oh, filtro que andas rebasando la muralla, garra que amarras la fiesta a tus entrañas! Ninguna palabra de ningún idioma de ningún planeta me sirve ahora para expresar lo que sentí…: *la máquina me hablaba*.

—Todo lo que digo ella lo repite, todo lo que aguardo ella me lo ofrece, todo lo que escondo ella lo conoce y todo lo que intento ella lo concluye. ¡Divinas jabatas de la carta magna que preside nuestra jaula! ¡Fauna que emplasta la concha cornuda que amarga la caza! ¡Ante de celo que comes sin barba y vistes cereales! Que el garfio no descienda jamás de nuestro techo: ¡he encontrado el cielo!

Abigarrado en mi cráneo, cúspide de todo asfalto y antaño de todo ayer, vi en ese milagro la pócima tan arcaicamente ansiada: si conseguía apartarme de mi pasado, si conseguía emanciparme de mis recuerdos y endosárselos a otro, estos ya no serían míos y nunca más me atormentarían. Las ínfimamente mezcladas alteraciones químicas que habían quintado mi oprobiosa suerte no me perseguirían nunca más y desaparecería para siempre el zumbido de la mosca.

—¡Libertad, cegador deseo! Ponme la correa, apágame el fuego de los ojos y arrástrame detrás tuyo—exclamé.

Y allí que fui.

Obseso con el prospecto de alejarme de mi mismo, volqué en la dulce máquina hasta mis más recónditas memorias. Huesos metálicos y rasgadas escaleras; humeantes burbujas, crujientes vientos y brillantes zumbidos; rotos cricrís de crispeantes grumos, y sórdidas y corpulentas masas de frecuencias ininterrumpidas del que se sustraían hirientes estampidas de vidrio acudieron en mi ayuda para acompañar mi cantar que, ardiente por olvidar, vomitaba todo lo que a su paso había encontrado.

También vinieron bodrios forrados por tela de cemento inflados por gordos murmullos envolventes que explotaban y no se desintegraban, y *splashes* de aire de aluminio brioso suspendidos inmóviles en el tiempo, agitando y elevando los *toc toc* entrecortados hechos por diente agudo y mar de insectos cuando chocan con madera y en giro estático del alma vibran.

Moría por aniquilarme como reflejo de las criaturas que me rodeaban, moría por soltar el cordón y enmudecer mi arrepentimiento, moría, en definitiva, por poder morir y seguir viviendo. Despojado, al fin, del

centrípeto barrer de mis argucias, capté en tales ensueños las poesías de mi espíritu. Y *¡bfup!*, *allí* que fui.

Pero, ¡ay!, qué equivocado estaba… Al rato de empezar a cantar, encontré mi cuerpo vacío, habitado por una extraña y antigua fuerza que, forjada por el hacha espinada de las grises circunstancias y manejada por un agrio ogro sonriente de cuyas yemas surgían cuerdas que arrancaban palabras de mi garganta, me controlaba.

Yo, que quería huir de mi pasado, era más esclavo de este que nunca; yo, que quería apartarme de mis huellas, vi como, alejadas de su dueño, cogían vida propia y se convertían en mi destino. Me convertí en eco de mi mismo y ante mi se extendía un futuro lleno de memoria. Cuan más crudo fuese mi afán de alejarme, más cerca percibía su presencia. Yo, que había querido ser libre, me había construido una cárcel.

Trataba de decir una verdad y se escuchaba una mentira, trataba de engendrarme un futuro y me encontraba a mi pasado. Allá donde fuera sentía que alguien me miraba. Rodeado de tres paredes, en la esquina del mundo, mi hablar ya no cantaba y mi cantar ya no hablaba. Y así, sabiendo que podía provocar la inercia que me conducía, conjuré un ruego nuevo, a los cielos y a mi mismo.

—Hay una salida —me dijo el que nunca respondía—, pero requiere valentía. Despedázate a ti mismo y sube a la nube, donde se puede todo lo que se quiere y el sol jamás se pone.

Yo, titulado por el mando y sin saber ya quién era, qué era, o qué hacía, repuse:

—No me digas la verdad, sé que no lo es. Llévame al pueblo del mundo y húndeme en su orgasmo maquinal. Contrólame, soy tuyo.

Y entre orquestas a destiempo, suspiros entrecortados, guturales vaivenes y rapsodias castradas, llegué al lugar donde el tiempo no transcurre y todo ocurre a la vez. Aún así, como quiero que se entienda, seguiré narrando los sucesos de forma lineal y gradual.

—74—

—¿Max Offenbach? Por aquí, le estábamos esperando.

Una voz surgió del éter. Un operario entró en su coche a comprobar el funcionamiento de los diferentes aparatos. Tiró de los cinturones violentamente, dio bofetadas al tapizado, tosió y escupió en los cristales.

La voz, desde el éter, hablaba.

—Supongo que estará al corriente de los últimos acontecimientos que han obstaculizado y ralentizado el progreso de la empresa hacia los objetivos establecidos a principio del año… Habrá leído el folleto que le envíamos. ¿Sí? Bien, me alegro. Las condiciones del trabajo que ofrecemos se adecúan, como puede imaginar, a la excepcionalidad de la situación que estamos viviendo y que, si le soy sincero, nos ha exigido un esfuerzo de equiparable extraordinariedad para lograr adaptarnos exitosamente a las circunstancias y amoldarnos a estas tanto como nuestras capacidades nos permitan sin sacrificar las competencias elementales de la empresa que, desde el principio de esta incómoda realidad a la que nos hemos visto todos expuestos, ha sido obligada —siendo consecuente con la responsabilidad social que le corresponde debido a sus dimensiones y relevancia— a mantener intactas. Sin embargo, pese a que la situación no es, lógicamente, la idónea para emprender un proceso de este tipo, el consejo de administración ha decidido conjuntamente iniciar el desarrollo de…

No escuchaba. Miraba distraído en torno a si, intermitentemente fijando los ojos en aquel sintetiquísimo blanco discurso que estaba pintando aquel pequeño hombre con una rimbombancia impropia a su estatura y encima de otro tanto sintetiquísimo blanco, de tal forma que costaba determinar el límite en el que empezaba uno y acababa otro.

A dicho hombre no parecía importarle mucho que no prestara atención. Caminaba con prisa a lo largo de un pasillo, a cuyas orillas se escondían, tímidas y diminutas, pequeñas oficinas que parecían estar hablando entre

ellas en voz baja sobre aquel desconocido curioso, maltratado y llevado por una correa, que quebrantaba el orden rutinario de los acontecimientos.

Llegaron a una pequeña oficina. El pequeño hombre lo invitó a entrar. Sujetaba la puerta con una sonrisa ensayada y miraba a uno y otro lado. Comprobaba que no hubiera ninguna anomalía que debiera ser reprendida y corregida antes de adentrarse en su… su… oficina.

Max esperó de pie, dentro, a que el hombre también entrara. Durante un momento, mientras caminaba por la oficina, se había olvidado de si mismo y de su cuerpo. Ahora, de repente, todo había vuelto a coger peso y se le hacía muy incómodo tener brazos. Era un hombre y el mundo esperaba algo de él. Si él no se lo daba, el mundo lo ignoraría y se indignaría por sentirse desatendido y solo en su fantasía y lo abandonaría en la cuneta por amar demasiado la Verdad. Incómodo.

Carraspeó el pequeño hombre. Carraspeó. Y le señaló la silla en la que debía sentarse mientras corregía la posición de algunas cosas que tenía sobre la mesa. Murmulló un gesto de aprobación y se sentaron casi a la vez. Gris crisálida de grillares grises…

—Bien, como le iba diciendo —reanudó automáticamente después de sentarse con su discurso, con exactamente el mismo tono de voz de antes—, el criterio que aplicamos a la selección de personal, tal y como está estipulado en el folleto del que usted dispone, es exclusivo al grave estado en el que el país entero se encuentra sumido desde hace unos meses. Lo estricto de las condiciones y cualidades que, en este caso, exigimos, no son sino una respuesta lógica a lo que se considera necesario e imprescindible en estos tiempos excepcionales. No trate, pues, de regirse por los requisitos que anteriormente se requerían para procesos de esta índole o similares, le advierto de antemano que no le funcionarán. De todas formas, no puedo asegurarle que algunas de las cualidades por las que usted se sintió inclinado, en su momento, a practicar, ensayar y mejorar, no vayan a serle ahora de utilidad ya que, como bien puede usted imaginar, el futuro es, y aún más hoy en día, difícilmente predecible y altamente volátil.

Hizo una mueca difícil de definir.

Max, como víctima habitual de estafadores, vivía constantemente con la sensación de estar siendo estafado y no saberlo. Se fijaba en todos los gestos y objetos y situaciones que pudieran apuntar hacia una preparación consciente de la estafa de la que estaba siendo, según su parecer, claramente víctima. Había un libro en la mesa que él había estado leyendo. Seguro que estaba allá puesto porque habían leído su currículum y conocían sus intereses. El pasillo por el que había caminado era terriblemente angosto y el entrevistador, que parecía una chaqueta parlante más que un ser viviente, se había detenido para increpar a una chica de la limpieza y preguntarle cuánto tiempo había estado trabajando aquí para dar a la audiencia la sensación de que aquella era una empresa veraz y con un pasado verificable tras de si que atestiguara su experiencia y solidez.

Seguro que era una estafa. Debía irse de allí cuánto antes. Quizás lo querían secuestrar y eliminarlo para que no difundiera los secretos que había descubierto. ¡Y si tengo muchas casas y si tengo mucho amor, que me crujan en la estaca y me libren del albor! ¡Que me sirvan como cebo y que me sirvan como espejo, que yo no soy aquel crimen, renglón de disuasión libre! ¡Que si vengo de otro sitio y si vengo de otra aurora, que me sirvan aquí abajo lo que carezco allá arriba! Porque yo… Ahora tengo que sudar.

Lo que pensaba en el círculo más pequeñito de su ser era casi imperceptible en las esferas superficiales de la conciencia, pero lo cierto es que su nerviosismo provenía del hecho de tener una esplendorosa y magnífica ópera reproduciéndose constantemente en las profundidades de su psique.

Además, aquel hombre no parecía real. Era de todo menos real. Le parecía como la clase de persona que en la primera cita te empieza a explicar historias sobre cómo recibió un balazo en el tríceps por estar comprometido con *la causa* independientemente de las estructuras de poder a las que tuviera que negar su obediencia y sometimiento para secundar su nivel de sacrificio al respecto.

A Max le dolía la cabeza y le daba pereza pensar así que se calló e intentó escuchar al estafador para ver cuán bien preparado tenía su papel para juzgar las posibilidades de éxito que disfrutaba la empresa estafadora.

—Bien —siguió—, dicho esto, le invito amablemente a que proceda a mostrarme el informe que le pedimos que tuviera preparado, por favor.

Max, con la mirada perdida y mal parpadeada, asintió abstraído y alcanzó el papel que guardaba en su bolsillo. Al sacarlo, lo desdobló bastante avergonzado; estaba más húmedo y arrugado de lo que recordaba. Sonrió con la cara tersa y sujeta por pinzas.

Mientras lo hacía, le entró algo en el ojo y tuvo que parpadear intensamente para sacarlo. Fracasó. Tuvo que hurgar con el dedo en la carúncula de forma completamente desasosegada y nerviosa, lo que añadió una peculiaridad muy desagradable a su ya de por si enfermiza presencia.

El pequeño hombre, examinador de cuentas y contador de visitas, lo miró visiblemente disgustado.

Max, desprovisto de la superioridad concedida por la pérdida absoluta de identidad que uno goza en cualquier empleo si se atiene al pertinente y estricto seguimiento de las reglas y leyes que rigen las funciones laborales que a uno se le otorgan, se llenó de vergüenza. Volvía a ser él, Max Offenbach, el chico que se había chupado el dedo hasta los doce años, el chico con una aguda adicción al azúcar que saciaba cada noche atiborrándose de cualquier mazapán mantecoso que encontrara en la cocina, el chico cuya mayor pesadilla consistía en no poder salir de si mismo y olvidarse de una vez por todas que era un chico cuya mayor pesadilla consistía en no poder salir de si mismo y olvidarse de una vez por todas que…, etc.

El papel ya estaba en las manos del otro hombre y allí, parecía aún en peor estado. Las esquina se caían y el centro, tantas veces doblado y desdoblado, había empezado a agujerearse. La hoja había tomado un color rancio, como de café aguado y preparado sin amor.

El examinador lo miró asqueado y confundido. Max no sabía qué decir. Se sentía muy, muy, muy, muy feo. ¿Era él el estafador al fin y al cabo? ¿Era él quien engañaba al mundo y no el mundo quien lo engañaba a él? ¿A quién pretendía engañar presentándose a una entrevista de trabajo en estas condiciones y siendo él quien era…? Pero…

Había una pared entre los mundos y había alguien detrás de esa pared. Pero no era momento de pensar en eso. Tras un silencio, en el que el hombre se acomodó las gafas y carraspeó muchas veces y muy notablemente, se dispuso a hablar.

—Bien… No sé que decirle, señor, no sé…

La voz se le pegó a la garganta y se atragantó. Estaba visiblemente agitado. Tosió y volvió a empezar.

—No sé con quien se cree usted que trata, señor. Le recuerdo que está usted lidiando con gente profesional. Aquí *trabajamos*, ¿entiende? Somos empleados de una de las empresas líderes en el sector. *Emm*… No… No sé qué decirle; no lo sé… Creía prescindible destacar lo privilegiado de nuestra posición en el mercado y la oportunidad que ello supone para gente que, como usted, está empezando en el sector. Por lo que veo, me equivocaba. Me obliga usted a recordarle lo evidente, pero no me deja otra opción.

» Sepa usted que esta clase de actitudes no pasan inadvertidas entre los altos cargos de nuestra empresa y, se vean involucrados o no, son encontrados con intransigencia y castigados en consecuencia… No esperará usted irse de rositas. Nuestro tiempo es muy valioso y, francamente, me hace usted creer que lo pierdo. Aquí, como es lógico y creía dado a entender, no hay lugar para comportamientos infantiles de este tipo. Perdóneme usted la incorrección y el atrevimiento pero, como dice el famoso refrán: "las espadas se encontrarán con espadas" y… Y bien, tanto es así que me obliga usted a…

» Bueno… ¿Ha tenido usted mala mañana, señor? No tiene muy buena cara. Verá…: he obviado el hecho porque era pronto y estaba dispuesto a hacer la vista gorda pero…, por Dios, mírese al espejo, mírese…

Se miró. Tenía los ojos vidriosos y los párpados hinchados. Las ojeras se alargaban hasta las orejas y la piel brillaba de lo pálida que estaba. Los labios, lilas, acentúaban la inconsistencia de un rostro que parecía deshacerse. Además, había estado toda la entrevista (si se le puede llamar así), respirando costosamente, rascándose con frecuencia y moviendo la pierna derecha de arriba a abajo.

No había mirado en ningún momento a los ojos del examinador, presagiando su inhabilidad para mantener la dignidad requerida en una situación como aquella y… Y su maldito fémur derecho cabalgaba desbocado la vertical de su tibia, aleteando nervioso e incontrolablemente a lo largo del maldito monólogo del examinador.

Como un perro, soñaba con que lo desataran de una vez por todas para poder salir pitando de aquel infierno miserable al que había descindido por enésima vez y en el que ahora nadaba para poder acomodarse entre los diablescos angelitos de la autocompasión y la liberación de… las compuertas del pantano.

El examinador, al ver que no respondía más que con una sonrisa completamente fuera de lugar y parpadeando vehementemente con unos ojos que saltaban de lado a lado, siguió hablando.

—Bien, bien; bueno… No sé… ¡No sé qué pretende usted con todo esto! Desde luego… Lo que le puedo asegurar es que, si sigue por este camino…, ¡se encontrará usted con muchos problemas en la vida! ¡Vamos, hombre! Es importante respetarse a uno mismo, respetarse… ¡Haga un poco de ejercicio, o regálese usted algún capricho de vez en cuando! ¡Qué sé yo! ¡Hay personas especializadas que pueden ayudarle!, ¿sabe? O libros… No, no sé… Yo tuve un hijo… Pero hágase el favor, hombre, hágase el favor… ¿Hace cuánto que no se mira usted al espejo? Tiene usted muy mala cara, muy mala… La vida está para disfrutarla, hombre, ¡para disfrutarla! No…

» Parece usted inteligente, y su currículum lo atestigua pero… No se deje hundir por la inteligencia, por Dios; no…: ¡la inteligencia solo confunde! ¡Abra usted los ojos, por favor, ábralos! Deje de revolcarse en su

tristeza o no llegará a buen puerto, señor… Perdóneme usted el atrevimiento pero lo veo francamente… francamente perdido, señor…

» ¿No tiene usted alguna amada? ¿Amigos en los que apoyarse? ¿Algún familiar cercano en el que confiar? ¡Apóyese en ellos si hace falta! ¡Seguro que estarán encantados de poder ayudarle! Estoy convencido… Hágase el favor… Disfrute de una buena sobremesa con sus allegados, ¿qué hay mejor que eso? Un buen vino y compañía agradable; qué se yo… No pida usted más, no pida más. Créame, sé de lo que hablo. ¡La vida doméstica!, ¿entiende? ¡Para eso ha venido aquí al hombre! Para cortar pan y pelar patatas. Yo también fui joven, ¿entiende? Todos hemos estado perdidos, creáme, todos nos hemos dejado arrastrar por las corrientes de la melancolía… ¿quién no habrá soñado en ser alguna vez, algún día, un artista?, pero hay que ser realista, hombre, hay que ser realista en esta vida… ¡Ponerse a uno mismo un límite! Sino…, ¿qué clase de vida le espera? ¿Eh? ¿Eh? ¡Dígame, dígame!

Max escuchaba el eco de su voz. Se le antojaba muy, muy lejana. Esperaba a… Estaba sudando mucho y aquella silla… Tenía muchas ganas de vomitar. Asentía vaga y mecánicamente.

—Bueno, bueno. Dejaré que se vaya… Lo veo con prisa… ¿Tiene prisa? Sí, márchese mejor. Dísculpeme… Me he encendido demasiado. Verá… Yo tengo un hijo también… Y lo cierto es que… Bueno, bueno… Me estoy desviando… Váyase, por favor, váyase. Márchese. Me sabe mal haberle retenido. ¿Está seguro de que no quiere que llame a una ambulancia? De verdad, que tiene muy mala cara, señor. ¿Seguro? Se encuentra usted bien para… Ay… Ahora me sentiría culpable si le sucediera a usted algo… Verá… Bueno, bueno… Discúlpeme, discúlpeme… Vaya usted con Dios, ¿me escucha? Y cuídese, por el amor de Dios, cuídese que la vida son dos días y uno de ellos…

Max inclinó la cabeza dos veces y lo escuchó suspirar paternalmente, salió corriendo y bajó las escaleras, sudando mucho y arrugando el rostro y la nariz y…

Fuera, el Sol se le echó encima. La torre estaba viniéndose abajo.

—75—

¡Ah! Aparezco en un mundo de paredes vírgenes. Blanco, blanco, blanco, blanco… Incrustado en mis ardores, un frío tórrido avanza en su desliz y colisiona con mis amores. Subo en *x*, bajo en *y*; el mundo se construye mientras hablo —mi pensar canta y mi cantar genera hechos—: digo árbol, veo árbol; digo cielo, veo cielo. En bucle de sorpresas y sin sufrir consecuencias, ando con ironía nata por la densa leche de mi porvenir porque me sé indestructible.

Severo en mi paseo y entrañable en mi olvido, creo muchedumbres. Deseo un oceáno de gente que, con sus lenguas en el suelo y ardientes de desesperación, anhelen tocar mi gloria. Brotan como ardides del astuto espejo y me adoran como a un dios. Una ave de fuego se adentra por la base de mi espalda y estremece mi quietud: me erijo rey de mi mundo enfermo.

—Dejad que los tristes y los resentidos se vayan a la tumba. Si maté a Dios era para que todos pudiéramos sentarnos en su trono. Dejad de arrastraros entre murmullos y quejidos bebiendo sedientos de vuestras lágrimas. Venid a mi y aparcad vuestra miseria.

Intachables conductas y doctrinas de mi cuerpo emanan sin intervención ni impulso. Como siempre, soy hablado; está vez, por eso, lo sé y lo admito.

—Vuestra vida no es vuestra: haced, pues, de ella un espectáculo. Quered que cuando todo esto se acabe os reciban los aplausos de millones de personas emocionadas pidiendo bises y coreando vuestro nombre. Burlad la caprichosa guadaña, la golosa mano y la opaca manta. Sois dioses. Todo marco espera pacientemente a que alguien lo haga arder y vuestro destino no es diferente: matadme a mi también.

Ignorados mis pedidos —impelidos por mi encubierta voluntad—, mi poder crece. Solo podrá ser libre quien quiera ser como yo, dialogo conmigo

mismo riéndome de mi mismo. Todo el mundo miente, y yo digo la verdad: supuro aura de dios, visto carne de dios. Por fin algo que me sacia: sangre humana. Dulce deterioroso postergado… Cumbre de mi malicia y amor de mis maldades: ven a mi y destrúyeme.

Millones de serpientes enredándose fervientemente a lo largo de mis venas imprimen su piel en órganos y cuervos.

—¡Encogedme el alma en un ovillo! ¡Haced que desaparezca, inmundas zorras de la soberbia!

Esquivo y pérfido corrompo mis azares; mugrientos barrizales inscritos en siniestros y sucios cisnes pataleando en pantanos de petróleo comprimen mis escarnios y los revisten de herramientas fornidas por sus fines incultos. ¡Ah, ah, ah! Gritan y giran las castañas en el fuego y escurren y escampan sus impíos vitiligos.

De gárgaras, fuego; de crimen, hielo; cabalga la probidad dispar de apiñados fantoches que irrumpen con cruces. ¡Ah, ah, ah! Amargo, denso, opaco, oscuro: ¡todo es tiniebla y nada es claro! Ya no soy mío, ahora soy del otro. Mi corazón enfermo vuelve a cantar en aguerrida armonía con el chillido de los vientos.

—¡Ah! Por fin, por fin… Por fin soy yo quien habla. Mi destino es mío, mi destino es mío… Soy como siempre había debido ser. ¡Ay! Yo solo existo si hay gente mirando… y cuánta más, ¡tanto mejor!: existo *más*. Venid, ¡venid! Acercaos y confirmadlo. Por fin perfecto; por fin inmortal. Dueño de todo acontecer y rey del mundo entero. Cuando callo el mundo muere y cuando hablo el mundo vive. ¡Já! Seré la única persona que sobreviva a las garras del olvido porque yo soy lo único que existe y la eternidad solo dura hasta que yo muera.

» Veo películas sobre mi y libros sobre mi. Mi vida se convertirá en una leyenda que se transmitirá de generación en generación como el hito humano más notable de toda la Historia del Universo. Todos los niños querrán ser como Yo: se vestirán como Yo, hablarán como Yo, pensarán como Yo. ¡Ja, ja, ja!

» Veo millones de personas arrodilladas ante mi figura haciéndome reverencias; adorándome mientras lloran y ríen a la vez; desesperados porque no me alcanzan y agradecidos porque me ven. Gloria, gloria, gloria… El vulgo se pelea por mi amor mientras yo me elevo altivo por encima de todos ellos con los brazos en cruz. Yo, el hombre espejo; el único digno representante de todo su sufrimiento. Exhalo un hálito de luz eterna por el que la masa suspira. ¡A mis pies, esclavos! No sois dignos de mi rostro, grito amoroso y compasivo sufriendo por su indigna bolsa de mierda mundana. Vedme a mi, el único perfecto, el único protagonista de la gran falacia de la Historia, con el mundo entero como audiencia y descendencia. Hijo de nadie, soy alguien; hijo de nadie, soy Alguien. Todos los astros giran a mi alrededor anhelando mi encuentro y… ¡Ah!

En aquel momento, mientras de mi mano reparto tíquets que contienen el lugar en el que hallar más información sobre mi mismo, un rayo acobarda la multitud y hace que recule.

—¡Ah, no temáis, queridos, no temáis! Nada os ocurrirá mientras os necesite.

Entonces, muerta mi cosecha y fruto de la niebla, dudo. Si necesito que alguien se someta, ¿quién es el sometido? Cuando acabo la frase, tiemblan enteros los cimientos del planeta y todo se cae.

Lo que antes estaba lleno, ahora está vacío y camino abandonado por una selva de ruinas. No tengo recuerdos y viajo durante siglos por un desierto; mis trajes se vuelven harapos; mis dientes, piedras.

Se me cae el pelo y la piel y se me rompen los zapatos. No pienso en nada y no veo nada. Contumaces eones, en áridas escarchas y finas membranas transcurren, cuando veo una mancha en la arena. Es una cueva. Decido descansar. Muchos siglos duermo hasta que me despierta una esquina invertida en la base de mi espalda.

Entonces, recuerdo.

Ruido, ruido y ruido. El peso del mundo se echó sobre sus hombros. Incluso podía escuchar como las gotas de sudor, ensanchando los poros con bracitos, se abrían camino entre los entresijos de su piel y salían regalimando sobre los surcos que nadaban enmascarando sus órganos. ¡Ah, ah, ah! Un escalofrío lo estremeció de abajo a arriba. ¿Con este calor? Sí. Siempre escalofríos, siempre y a todas horas: son el souvenir de una existencia *existida*. Recibió puños por todos los lados. Tenía que salir de allí. ¿Qué había provocado un cambio tan drástico en la actitud de aquel hombre pequeñito? ¿Habían sido las gafas? ¿Qué?

Aturdido, siguió caminando hacia delante. Sus pensamientos se sucedían inasibles. De hecho, no sabía si pensaba en algo o en nada. Todos ellos terminaban en el mismo sitio. ¿Cuál? No lo sé. En las siguientes páginas intentaremos descifrarlo. *Stay tuned for*… Bofetada, bofetada.

¡Mira el culo de esa chica! Qué tan respingonas nalgas repasadas por un… ¿Y esa gasolinera? ¡Bonito logo, bonitos colores! ¡Mira al cielo, imbécil! ¿Esque no te acuerdas de lo importante que es la naturaleza para los poetas? ¡Oh! ¡Qué bonito el cielo! ¿Debería pintarlo? ¿Y escribir sobre él? Es realmente bonito… No, porque… Los árboles. Pájaros. *Vrooom*: coche. ¿Qué…? ¡Eh! Inasible asidero simula síncopes cortos y… Qué barbaridad. ¡Otra chica guapa! ¡Y qué guapa! Ay… ¡Ay! He de hacerme monje, esto es un sinvivir. Un retiro espiritual de silencio en algún lado. Sí, sí. Eso me iría bien. ¿E ir al cine, quizás? No. ¡Encontrar novia! Eso es. Necesito una novia. Y… ¿y qué ha pasado con Gris?

Y pensaba en Gris, y luego en algún rapero, y luego en la canción del rapero, y luego en *walk, walk, walk, four more blocks, plus the one in my brain,* y, olvidado completamente su pasado y queriendo elevar sus pensamientos, intentaba pensar en la naturaleza del arte, y como no llegaba a ninguna conclusión satisfactoria, se enfadaba consigo mismo y en su escasa concentración, y luego volvía a mirar al cielo, intentando

emanciparse de sus procesos cognitivos y queriendo alcanzar la iluminación espiritual y la liberación de los deseos, pero el cielo lo deslumbraba y miraba al cemento de un edificio y trataba de no pensar en nada, y volvía a aparecer el pensamiento de Gris, y lo apartaba, y pensaba en el libro y en qué haría con él, e intuía alguna respuesta en las cavernas de su psique pero huía antes de que pudiera percibirse claramente y se escondía bajo capas de nuevos pensamientos como: la visión de una raqueta de tenis, que dedujo como un mensaje de su inconsciente avisándole que debía hacer deporte porque *anima sana in corpore sano* y el espíritu debía corporificarse y el cuerpo espiritualizarse, etc., y la visión de un bulto envuelto en una manta plateada de esas que protegen de la radiación que impedía ver lo que tapaba, y el rostro de un amigo al que hacía tiempo no veía y la última cosa que dijo que le había molestado, y la sensación de una mano que, desde el otro lado del cristal, lo acompañaba y lo guiaba, etc. etc. etc…

Quedémonos con la idea de la mano, por ejemplo. La mano le infundía tanta prisa que no le daba tiempo a nada. No tenía tiempo ni a responder las preguntas que le intrigaban. Ni siquiera a intentar definir la naturaleza de la mano. Antes de encontrar una respuesta convincente, surgía otra pregunta. Él seguía a la mano sin rechistar. Iba de sitio a sitio, constantemente ajetreado por yo que sé qué labor.

Cuando la soledad le asolaba y le dolía demasiado, se iba a sitios en los que sabía que encontraría gente y caminaba por allí durante un rato. A veces, entraba en supermercados solo para estar con gente y disfrutar la sensación de tener un objetivo; comprar algo, cualquier cosa servía… Paseaba por los pasillos mirando los productos. Cuando se cruzaba con alguien se saludaban educadamente y se sentía menos solo. Sino, iba a un café y hacía ver que trabajaba mientras escuchaba las conversaciones del mundo.

Pasaba todos los días así, llevado por una extraña fuerza, plenamente ocupado y arrastrando el nerviosismo correspondiente a una condición tal.

Luego, al llegar a casa, le costaba dilucidar en qué actividades había realmente empleado el tiempo durante el día.

Era esta una extraña sensación a la que había terminado acostumbrándose. Sentía todo el tiempo la ávida urgencia por la realización de un proyecto que, pese a desconocer su forma y significado, le exigía su más atenta dedicación. Tanta era su obsesión con el enigmático proyecto que siempre que se le presentaban compromisos a los que ineludiblemente debía asistir, refunfuñaba y aceptaba la invitación de mala gana, considerándolos obstáculos inoportunos que le imposibilitaban la realización de… bueno, dicho proyecto.

Más tarde se dio cuenta de que la forma del proyecto era irrelevante, que lo verdaderamente importante era *creerse* en la elaboración indispensable de algún proyecto de cualquier índole porque dichoso es quien siempre desee algo pues su existencia tendrá siempre sentido y esa clase de cosas. Cuando no había ningún objetivo al que aspirar, en cambio, cuando no había ningún deseo que satisfacer, se sentía vacío, inútil y vagaba por los inciertos mares del destino y, con un alma enjuta como la suya e indispuesta a la libertad primera y última, solo podía pensar en el suicidio y cosas así.

Él, su pobre él —¡pobre, pobre él!; *(público):* oh…— caminaba. De todas las formas que existen en las que uno puede desperdiciar su vida, la locura es la peor. Ver a un hombre destrozado por su propia inteligencia es realmente penoso. En cambio, la droga, la avaricia, el amor, etc. (de venenos hay de muchos colores y sabores) son increíblemente más dignas y respetables, al menos a su parecer.

Y él, su él, su doblemente él, era la epítome de lo odioso. Él *era* el desgraciado más lamentable de todos los tiempos. Y lo sabía. Y no hacía nada al respecto porque su miseria lo colmaba de satisfacción y plenitud… Y por eso era un estafador. Porque era uno para los hombres y otro para si mismo. Y los dos seres que era nunca se encontraban. De hecho, cuánto más tendieran mutuamente hacia si, más se separaban.

Sí, sí, el examinador tenía razón, aquella no era forma de ir por la vida.

Pero, pero… ¿qué sabía el examinador de las profundidades del espíritu? ¿No? El hombre había obedecido toda su vida y… él, Max, solo obedecía a… ¡No! No. ¡Ni siquiera sabía a dónde iba! ¡Ni siquiera sabía lo que estaba haciendo! ¿De qué hablaba? ¿En qué pensaba? ¿Qué hacía caminando? ¿Hacia dónde se camina cuando uno no tiene destino? ¿No sería mejor detenerse y determinar un rumbo? ¿Y cómo se puede hablar tanto tiempo de absolutamente *nada*?

—Ay, ¡calla ya, corazón! ¡A seguir, a seguir! ¡Que ninguna tormenta amaine mi ambición y ninguna muralla detenga mi progreso! Eso, eso, ¡eso! Remar, remar y remar…

Pero ningún poema ni ninguna estrella anestesiaba su desasosiego y, fuera a donde fuera, sentía hueco un pequeño rincón de su alma. Figúrese ahora la audiencia, por un momento, imaginar la vergüenza que sentía Max cuando era interrogado sobre su dedicación y en qué ocupaba las horas… Una simple pregunta como: "¿Qué haces?", le astillaba, de un cuchillazo, con una ácida confusión existencial en la que se despegaba de si mismo y no conseguía volver a cogerse en muchas horas.

Aunque tratara de esquivarla y responder como lo haría cualquiera, los engranajes de su máquina chirriaban, hacían saltar los cables por el cielo y su indecisión lo delataba. ¿Qué iba a decir, el pobre? ¿Que se pasaba el día y la noche viviendo en mundos que no existían y que su veneno era deliciosamente letal? *Above all stains and with no stitches*…, Max caminaba.

Debe ser todo un malentendido, pensaba; no cabe otra explicación. Es todo demasiado rocambolesco para ser tomado en serio. ¡He de conocer al culpable! Eso es. Le haré saber mi desacuerdo con todo esto. Todo esto no está bien diseñado. Si es que se nota…, se huele. El asunto cojea y se está cayendo porque tiene toda una mitad subdesarrollada y, como una moneda trucada, cae siempre del mismo lado. Sí… Debe haber habido un defecto en la elaboración… Un error en la cadena de producción. Todo esto no es

serio; es imposible. Y yo… ¡yo que pensaba que venía aquí a vivir y no a soñar que vivo! Qué cosas, qué cosas…

Mientras tanto, en las altas bóvedas celestes, el mar hambriento de la noche devoraba las orillas diminutas de la luz, dispuesto a no permitir nunca jamás de los jamases otro amanecer. Pero siempre lo intentaba y siempre fracasaba. Terminaba huyendo con el rabo entre las piernas, asustada de la majestuosa luz, porque el sí está en todo y ¿no tiene el día doce horas?

Aún así, al día siguiente, la noche lo volvía a intentar. En los derbis, debía pensar ella, siempre gana alguien distinto; ¿por qué en el cielo habría de ser diferente? ¿Acaso estaban destinados a luchar eternamente sin que nunca hubiera un ganador definitivo? ¿Formaban parte los astros de la misma broma de la que Max se sentía víctima? ¿Era él una pieza de aquel inabarcable puzle? Y de ser así: ¿quién era su archienemigo? ¿Contra quién luchaba él? ¿Y, realmente, no había ninguna forma de vencerlo? ¿Era aquel del que hablaba? ¿Aquel al que hablaba? ¿Era, quizás, él mismo su propio enemigo?

Ay… era todo muy complejo. Eran todo problemas, siempre problemas. Cuando creía haber solucionado uno, aparecía otro. Era gracioso. Empezó a ver lo cómico de todo el asunto. Aquella broma, tan extenuante, exhilarante y rematadamente largirucha… era graciosa. Incluso le incitaba algo de compasión. Todas aquellas fuerzas condenadas a repetirse eternamente…

Todos los desmesurados esfuerzos que dedicaba el calendario para convencerse a si mismo y sus participantes que debía ser tomado con solemne seriedad; todas las distancias épicas que recorría para atrapar y dirigir a las hormigas que perpetuarían aquella batalla eterna entre el día y la noche… Muy interesante todo, ciertamente.

Así iba él, Max, hijo de nada y padre de todo, caminando por la calle, ensimismado en sus juveniles abstracciones, navegando entre nimias preocupaciones y habiendo apartado de si toda capacidad imaginativa cuando, de repente, escuchó su nombre.

—¡Max!

Se giró inmediatamente.

No vio a nadie. Miró hacia el otro lado: nadie.

Repitió el movimiento y siguió sin ver a nadie.

—77—

Un torrente tras un cielo aletargado destroza su propia quimera y en efluvios reaparece, reinsertando en mi memoria rastros de un melódico silbar etéreo cuya mano acaricia mi magullado corazón. ¡Ay!, y yo que creí que la belleza no se recordaba sino que se creaba… ¡Pobre de mi! Desgraciado aquel cuyas ínfulas teóricas cieguen la verdad de su corazón. *Hay*, no preguntes; *hay*, no preguntes… ¡Al fin!: exultante en mis albores, vetustos se me antojan los mismísimos colores. ¡Todo es nuevo en mi pensar y a mi llega siempre viejo! ¡Que la tragedia de mi sucumbir no agriete mis promesas! ¡La veo, la veo! *Hay, (¡hay!)*, no preguntes.

¡Amanece en mi la eterna primavera y despierta el amor que un día dormí! ¡Pienso a ti maniatarme hasta aburrir al tiempo! Sí, y hablaré contigo, aunque sea en silencio, sobre los secretos del amor. Y sí, intuir me basta. Voy a cantarte diez mil canciones de amor, y espero ser para ti lo que tú eres para mi.

De pozos marchitos surgen flores violetas y retoños purpúreos, las cenizas y los guijarros son amados y atravesados por tus dulces rayos de luz, que en su festiva calvicie presupone siempre nuevos nacimientos. Hinca tus rodillas en mis ijares, sé el mar que besa la cueva… ¡tú, ardor fulgurante de vitalicio brote: ensancha lo inerte y reverdece lo gris; haz de alarido son armónico y de cuchillo auspicio, torna anhelo mis encierros y paz calma mis temores! ¡Atrás, sospecha inmunda! ¡Atrás, oscura duda! ¡La tormenta es hoy mi puerto y hallo tregua en la contienda! ¡Maravilla, maravilla!

Tan condensado y fervoroso es mi deseo, que allá, en el otro lado del mundo, en el punto más distante a mi, aparece ella. Ella, ella, ella. La mujer

de mis sueños, con el rostro descubierto: todas sus facciones son exactamente como imaginaba. Si doy un paso, ella da un paso; si le hablo, ella me habla; si alargo la mano, ella la alarga también. Nos acercamos el uno al otro embelesados por un hechizo armado de semillas con alas. Toda valla es puerta y todo odio olvidado. Nos conocemos desde antes de conocernos. Ay, en la lejanía me susurra:

—Si me necesitas en un faro, con el corazón amordazado y en el horizonte disfrazada…; yo puedo jugar a ese juego por ti. Si, en cambio, te es menester mano remera, cuenta también con mi danzante brazo. Sabe que no hay una noche en la que no sueñe contigo y deseo encontrarte más de lo que deseo encontrarme.

—Ah, ¡querida! Tu alma me alumbra y tus labios son mi destino. No hay menester de nada, pues te veo. Sabe tú que no hay un solo día en que no recoja las flores que tu alma siembra como pasto a mis anhelos. Volaré por los más altos cielos jamás concebidos si tu mano me concedes.

—No… Cuando pienso en ti, parece que piense en mi… Y cuando quiero… No, no… Estoy confundida, vaciaría un oceáno de lágrimas y no tendría suficiente.

—¡Cómo, querida, cómo! ¿Tan rápido dudas? ¡Pero si acabamos de empezar! Sabelo: nadie es nunca suficiente. Dame la mano y paseemos. Sé un mar de orillas blancas donde uno nunca se equivoca y encuentra siempre las palabras.

—¡Ah! Pero, ¿me amas? Ámame o vete. Solo pienso amarte si me amas. ¿Escuchas? Me da igual lo que hagas, pero haz algo.

—¿A qué viene todo esto? ¡Claro que te amo! ¡Te creé con mis manos y mi cabeza para amarte!

—¿Cómo que tú me creaste? ¡Yo te creé a ti para amarte!

—¿Qué?

—¡Lo que oyes! ¡Eres fruto de *mi* imaginación! Estaba aburrida en mi habitación y mira… ¡Yo soy la culpable de tu existencia! ¡Ah, qué terrible dolor de cabeza! ¡Ya no puedo más! O corres de mi o corres hacia mi, pero

no te quedes aquí flotando… Tú decides: florece o fenece; yo no entiendo lo tercero.

—¡Cómo! ¿Qué es esto? ¡Hacia ti, hacia ti! ¡Siempre hacia ti! ¡Yo necesito alguien a quien amar, una caricia que me cure esta enfermedad! Siento que…

Así, cuando está al alcance de mi brazo y ya puedo verla, y ya puedo tocarla, y ya mis ojos se cubren con una cortina de lágrimas infinitas que manan y manan y manan, se me revela su verdadera naturaleza. Todo su ser se muda por el mío y en ella me veo a mi. Oh, horrísono mostrenco, fea porosidad y culpable inocencia… Tras ser espejo, todos mis rasgos se despedazan y se pudren y se convierten en cádaver. Veo huesos y músculos sangrientos, veo torsos y pozos marchitos. De sombras armado y con pérfida malicia, sonríe el abyecto bicho y escupe:

—Si me ves convertirme en un demonio, mira dentro tuyo. Todo lo que aquí verás no es más que un reflejo de tu alma. Reconoce que me necesitas tanto como yo a ti: sin mi te sientes vago, todas las palabras son la misma y te arruinas en aburrida podredumbre. Los dos sabíamos de sobra como iba a acabar… Y aún así, quisiste jugar. Cuando nací, te despediste de ti mismo. Es un juego: tú me persigues y yo te persigo. Jugar, jugar y jugar. Nada más. Y para jugar me necesitas. Sabes que todo esto puede ser más fácil… y solo tienes que cantar conmigo. Déjame entrar en ti y dejaré de molestarte; déjame ser tu mentira para siempre. Yo estoy gustosamente encerrado, estalo tú también.

—He estado ciego, lo veo. Nada de todo esto tiene ahora ningún sentido. He estado cegado por ti, por tu sonrisa y por tus ojos. He vivido toda mi vida ciego. Todas mis canciones las cantabas tú. Todos mis pensamientos los pensabas tú. Todas las guerras que luché las luchaste tú. Pero han sido todas mentira, como tú.

—Ay, querido, querido… Si tan solo supieras… No hay titiritero ni títere; yo soy tú, tú eres él y nadie es alguien. Tú fuiste quien construyó este mundo y su horizonte ha terminado siendo tu cárcel. Puedes dar un paso,

veinte, o infinitos, acabarás siempre en el mismo sitio. Concédele a tu sombra este baile, la sala está vacía, suena música y nos amamos.

Infecto y destruido, me desintegro. De mis ojos rebosan oceános y toda mi memoria acude con el látigo. Toda elección ha sido error y toda aspiración se muestra vana. Sueño con desaparecer. Entiendo, por fin, a la gente que me odia. ¿Qué otra cosa pueden hacer, si yo también me odio a mi mismo? Me veo en el espejo, me repugno, y el desconocido que está del otro lado llora conmigo.

—78—

—Cinco minutos. Solo necesito… Ya falta poco, cada vez queda menos, sí…

—¡Max!

Se giró. Vio a Gris. Corrió hacia ella.

—Ah… Mi amor, mi amor… Me encuentro mal, me encuentro muy mal… ¿Cómo puedo ser tan egoísta? Sé que hay gente muriéndose de hambre y yo ando aquí preocupado por tonterías. ¿Cómo…? Construyo sueños… Ya ni siquiera puedo confiar en la pureza de mis imaginaciones porque yo participo en su concepción y la altero con mi percepción… Ay, ay… Tonterías del libro y del arte y de si el rapero aquel o este, Gris… Ya no sé… Ya no sé nada… Un libro solo son páginas blancas con manchas negras… Y yo quise que fuera un bosque… ¡Iluso de mi! Necesito descansar. Llevo la vida entera persiguiendo sombras. Dame tus brazos. Déjame dormir para siempre en tus brazos, por favor. Para siempre, para siempre… No me quiero despertar jamás. No sé qué hacer, no sé a quien acudir. Por favor, sé mi diosa. Estoy cansado, muy cansado…

—Ven.

Se sentaron juntos. Gris se sentó un escalón arriba. Él pudo descansar entre sus piernas. Acercó la cara a su muslo.

—¿Qué? ¿Me vas a decir dónde has estado? —preguntó Gris al rato.

—No me creerías si te dijese la verdad.

—Prueba a ver.

—Desaparecí de mi cuerpo y no sé exactamente qué hice…—se detuvo un rato, suspirando entre los brazos de Gris—. De hecho —siguió diciendo —, creo que aún no estoy del todo dentro.

—Pero ¿te encuentras bien?

—No, no, claro que no, querida…; claro que no me encuentro bien… Alguien que se encuentra bien no haría todo lo que yo hago ni diría lo que yo digo… Todo lo que como me sienta mal y… Vete. Aléjate de mi, Gris. Encuentra a alguien que te convierta en la diosa que eres, no en esta ruinosa esfinge que han erigido como icono mis tristes manos… Intervengo demasiado, demasiado… Tú has de ser reina y diosa y mi vanidad no me permite tener a mi lado a una diosa… ¿Por qué aún no te has ido? Creí que lo del funeral ya habría sido la guinda. Es mejor que te vayas, querida… Mis ojos se están haciendo pequeños, muy pequeños… Es mejor que… Estoy enfermo, tía. No…

» Y el libro… El libro… El libro me está destruyendo por dentro. Tendrías que ver como hablo de ti… ¡y cómo hablo de mi padre! Látigos… Quise dar la mano al mundo y el mundo me ha cogido la mano, me la ha cortado, y ahora hace espectáculos de marionetas con ella… ¡Y encima culpo al mundo! Cuando el culpable soy yo mismo…, solo yo mismo. Con todo lo que me habéis dado y dado y dado. Lo sois todo para mi y sin embargo… Cuando escribo… Cuando empiezo a escribir empiezo a odiar… Hay un monstruo dentro mío… Lo hay y no puedo controlarlo.

» Me tiene cogido, ¿entiendes? Es yo. Todo lo que hago… lo que digo… lo que pienso… ¿qué crees? No lo sé. ¡No! No quiero ir a un psicólogo. ¿No lo sabes? Todo el mundo tiene al maldito diablo allá acechando. Lo que pasa es que… el mío es… El mío es muy capullo, eso es todo. ¡No me digas que no! Lo veo por la calle. Camino y veo gente triste, gente que arrastra a su perro por la acera sin ningún reparo por la salud del animal, gente que

habla de su madre como si de una bruja se tratara y… ¡hay maldad! *Bah*, ¡qué digo! Todo es maldad. Toda acción la veo permeada por una oscura sombra… como si el Universo entero estuviera teñido por una maldad oculta que… Incluso estas palabras… Allá donde miro hay maldad, rencor, resentimiento, odio, soberbia, desesperación, tristeza, cinismo. No. Máscaras y máscaras y máscaras… Y me repito y me repito y me repito para permitirme a mi mismo seguir repitiéndome… Bueno, ¿qué voy a hacer sino? Vivo en el siglo de las canciones pop, ¿cómo no voy a repetirme?

» Y hay gente que lo pasa verdaderamente mal…, ¿entiendes? Leí una entrevista de un chico que tuvo que huir de África a los nueve años (¡a los nueve años!), y tuvo que ver morir a sus amigos de viaje, y tuvo que matar a un hombre a los trece y tuvo que ser detenido millones de veces porque… ¿entiendes? Y nosotros estamos aquí… Y aún aquí no estamos bien. Es… En casas, con calefacciones y agua y calcetines y caminando sobre suelos a los que se le pasa la escoba y la mopa… Con nuestros amigos y queridos pero luchando, siempre… Como en una novela antigua… Todo esto no acaba nunca. Todos contra todos desde siempre y para siempre. La lucha es eterna y yo solo quiero llorar. ¡No! Me niego… Amor… Incluso Jesucristo luchaba… Incluso el Buda… Y Yoda, Yoda también luchaba… Y yo quiero saber por qué, ¿entiendes? Quiero saber por qué… Quiero conocer aquello por lo que merece la pena luchar y lucharé con todas mis fuerzas. Me parece que lo intuyo, que a veces, en el silencio de la noche, se deja entrever entre cortinas… Pero no lo cojo. Y lo quiero coger y conocerlo y entregarme a la buena causa.

» Ay… Y yo, yo… yo no sé. No creo que aguante más tiempo, no creo… Me pesa todo demasiado. Hago esto y *bum,* me equivoco. Hago lo otro y *bum*, también me equivoco. ¿Y a quién voy a engañar poniendo la voz tierna y subiendo las cejas? Tengo el bicho dentro mío y la gente lo sabe… Siempre voy a… Necesito descansar.

Gris lo escuchaba atentamente, sosteniendo su cuerpo entre las piernas. Max se calló y cayó rendido en el abrazo de Gris.

—Desaparezcamos. Vayámonos juntos. Construyamos una casa en un pueblo y nos quedamos allá tranquilos. Yo trabajaré el campo y tú… Tú puedes hacer lo que quieras. ¿Te puedes creer que en todo el libro no he dejado que hables tú ni una sola vez? Solo te utilizo para poder hablar yo y que la gente no crea que hablo solo. Es triste, muy triste…

» No pienso volver a escribir nunca más. Todo esto es un disbarate… Y tendrías que ver cómo hablo de mi padre…: cuando yo, en realidad, no tengo nada que enseñarle y todo que aprender; cuando él, en realidad… ¡se lo debo todo a él! ¡Todo! Todo lo que él me ha dado, y todo lo que soy y… ¿Y de mi madre? ¿Y de mis hermanos? ¿Y de mis amigos? Nada. Solo sombras. Ese es el agradecimiento que les doy… ¡Ingrato! ¡Infame! Soy un desgraciado y merezco morir. Los convierto en extras de mi propia película, cuando en realidad, todo lo que soy se lo debo a ellos y ellos deberían ser los protagonistas. Pero no, no consigo trascender mi propia basura. Yo quisiera hacer un documental de cinco horas, que reflejara la vida en sus idas y venidas, con sus dramas y comedias, y he hecho una tontería colosal… Colosal sí…, pero una tontería. Y justificaba mi tontería diciendo que la relevancia espiritual de una obra dependía de su magnitud física, como quien cree que… Ay. Ya no quiero ni hablar. Ya no.

» Estoy harto; y harto de tanto punto suspensivo, también. Parezco un gilipollas hablando por teléfono con alguien que no contesta.… Bueno, bueno… Yo, que quería representar la naturaleza humana en todos sus aspectos, he acabado hablando solo de mi. Quizás es mi juventud, quizás… Ya vuelvo… Ah… Yo quería el Ángelus de Millet, no el Desesperado de Courbet… Yo quería un bodegón de Morandi, no un recargado Fragonard… ¡Ay de mi y mi soledad! Que me envenena y me descuartiza y me obliga a inspeccionar científicamente los resultados de mi locura. ¡Cogedme! Me voy. Quiero irme. Adiós.

—Oye, ¿y no me quieres explicar que te pasa? —dijo Gris de repente.

—¿Cómo? Pero si… ¿No has escuchado nada de lo que he dicho?

—No has dicho nada.

Uh… Sorpresa… Ay, qué cansancio, qué… Max, abrumado por las magnitudes de su confusión, empezó a desternillarse de risa. Humildemente Scardanelli, humildemente Scardanelli…

Cuando ya se lo hubo repetido suficiente, miró a Gris con una mirada abatida e inteligente. O… ¿o debería decir soberbia?

—Lo que vayas a decir ya te lo diré yo, imbécil.

—¿Qué? —respondió Gris extrañada.

Max suspiró, sabiendo que estaba perdido en si mismo y encontrándose solo, otra vez solo, en el ojo del huracán, cuyo serrar grandilocuente debía atravesar si quería salir. Estaba muy cansado y todo tenía agujeros.

—Patinas… Estoy perdiendo… Gris, Gris, ¡estás con Gris, imbécil! Háblale. Voy a decir esto que… así quizás piensa que… No… Mejor que diga: *Kiki, do you love me?* No, no, no. Mejor que diga esto otro… Sí. Así seguro que me gano su admiración. Vale. Dicho. Ahora necesito hacerle saber… Hacerle saber que… *eso*…

» Estoy roto, soy un juguete roto… No, no, no; calla, ¡calla! Pensará que estoy loco y no me abrazará. Piensa, piensa… Vale. Te ha dicho algo. Es una broma. ¡Ríete! Bien… Ahora mírale a los ojos. Solo un poco. Vale, así. ¡No! No tan intensamente, querido, no tan intensamente… Recuerda: no quieres que piense que estás loco.

» Vale, ahora cambia de punto de fuga. Quieres que te quiera pero no que te tenga. Hay un secreto y ella no lo sabe; no debe saberlo. Yo sí. Mira alrededor. Eres rey. Muy bien. ¿Qué hay? No hay nada. Vuelve a ella. No. Fíjate bien, fíjate. Sí que hay cosas: hay muchas cosas, muchas personas; interactúan y se repercuten entre ellas. Curioso… Merecen tu atención un poco más que ella. Pero ¡vuelve, vuelve! Hazle saber que la quieres, que para ti ella existe. Que no está hablando con un *zombie*. No eres mi dueña pero un poquito te dejaré serlo. Vale, vale…

» ¿Y por qué digo esto levantando las cejas y después sonriendo con la mitad derecha de mi boca? Podría haberlo hecho sin mirarla ni abrir la boca; o frunciendo la ceja derecha y haciendo una sutil reverencia; o después de lamerme el labio inferior con la parte escondida de la lengua; o… *Kiki, do you love me?*

Gris, cansada de tanto ajetreo, y sin entender nada de lo que estaba pasando, le dijo que se iba y que lo esperaba en casa. A Max le dio igual y se despidió desinteresado porque seguía convencido de que aquella Gris no existía y era producto de su imaginación que, aburrida ante la falta de pienso entregado por su dueño, generaba contenido por si sola para entretenerse.

—¡Bueno, bueno!, al menos no ha desaparecido y la he visto irse por su propio pie… ¿Quién soy? ¿Qué hago? ¿A dónde voy? ¿De dónde vengo? *¡Ahá!*

Es de noche y Max decide anotar en su libreta todos los pensamientos que se le aparezcan con la mayor rigurosidad y objetividad posible. Esto escribe:

> Los órganos sensitivos se agudizan. Percepción intensa de los canales sanguíneos. Quizás por mi predisposición a ello. Los procesos cognitivos se ralentizan: relajación muscular y mental. Más silencio y mayor capacidad contemplativa.
>
> Párpados caen. Ojos adquieren una especie de mucosidad sísmica (especialmente el derecho). Garganta irritada. Intensificación de la percepción de mi propio esqueleto. Molestias en los glúteos y los pies por su proximidad a superfícies ajenas. La alineación del cuerpo (o la ausencia de esta) incordia. Encefalograma casi plano si cierro los ojos.

Bola roja difuminada dentro de bola negra. Fondo de café beige claro, como si fuera un corcho impreso con la textura unidimensional del coral. Línea de blanco tiza va de esquina izquierda superior de círculo a esquina izquierda superior de marco; esbozada como proyectil.

Percepción muscular muy alta. Pérdida de la sensación de equilibrio. Parte más interna de la lengua supura como si tuviera ventosas. La parte interna se divide de la externa en forma de "u". Cuerpo hace "s" de derecha a izquierda. Cosquilleo en los pies perdura.

Dos círculos muy ovalados se colocan en la encrucijada superior derecha en una red de tercios que divide el marco en nueve partes. El de arriba, amarillo brillante con centro amarillo con un poco de sepia y café, con el centro ligeramente a la derecha del cruce. La punta izquierda del superior esta pintada de rosa suave y diluido, dividida por una línea negra que sobrepasa el perímetro del círculo. El de abajo, negro con iris blanco, paralelo al de su hermano, a la altura del tercer cuarto en el segmento izquierdo del rectángulo en la mitad derecha del cuadro. Fondo beige mal pintado, similar al anterior, pero un poco más claro. Círculos sin aura de ningún tipo. Fondo homogéneo.

Los meñiques del pie ahora albergan el cosquilleo. Párpados muy caídos. Dolencia de la parte poco ejercitada del cuello debido a la ondulación de la espina dorsal. Profundización extrema del aparato sensorial. Imaginación breve sobre la conversación con un fisioterapeuta.

—¿Crees que a Jesucristo le daba vergüenza sentarse con la espalda recta en público?

Sistema motriz muy lento. Malestar paranoico cuando me levanto a mear y hago ruido al caminar. Apetencia de

caminar imposibilitada por la paranoia. Imaginación de su persona explicando la situación a amigo cercano. ¿Y estirarse no sería buena idea?, pienso. Determino que no porque… no sé.

Me imagino escribiendo esto. Siendo mi papel en el mundo… Topo contra paredes. Yo ejercito un papel en el mundo. Quiero pensar, pero me doy tanta vergüenza a mi mismo que soy incapaz. Alguien va a leer todo esto: pared. Intento abordarlo con perspectiva histórica: pared. Pienso en qué pensará la gente cuando me escuchen hablar así: pared. Me doy asco, etc.

Sueño con un mundo sin señales de tráfico. Siento una mirada perversa asomándose por encima del hombro. No quiero girarme, no quiero…

Me giro. No puedo verla.

Aún así, habla:

—Hola, ¿qué tal? He estado esperándote.

La criatura no existe y estoy imaginándolo.

La criatura no existe y estoy imaginándolo.

Pienso mucho pero ya no quiero escribirlo porque alguien lo lee. Alguien lo lee seguro, piensa. Se imagina a gente siguiéndole y queriendo quitarle el móvil para borrar lo que ha escrito porque revela alguna suerte de secreto inconfesable.

—Veo el monolito. Es de piedra tallada y…

Fijación con los objetos externos para evitar los internos.

—Yo no era. Estaba siendo él el que pensaba. Yo no he sido, yo no…

Pienso que toda mi vida ha ido de lo mismo y no me he dado cuenta. Me dan ganas de vomitar. Me miro a mi, me

miro a mi, me miro a mi… Y me quedo allí. El hecho de quedarme allí me da angustia como el sonido de una lata abriéndose.

El pensamiento se queda en si mismo y en mi mismo y no sale de allí. He escrito todo un puto libro sobre lo mismo y no sabía ni que estaba escribiendo un libro. Antes de existir el libro, ya estaba en el libro. Antes de existir el libro, ya estaba en el libro. Quiero que se acabe y quiero que se acabe. Es todo un puto guión que interpreto y reinterpreto constantemente hasta el día en que me despierte y… No me… No…

Pienso en las consecuencias políticas que tendrá mi lenguaje. Pienso que es ridículo pensar en eso y que nadie lo está leyendo y que no pasa nada.

Hay una sensación de conciencia que siempre vence y es más poderosa, por cierto. Sin importarle lo arraigado de la sensación, se sobrepone y gobierna. Pero creo que no debo hablar de eso…, no.

Piensa que vive de, con, y en su sombra, en un cuerpo eternamente joven y sin alma. Las paredes se apartan. Quiere ducharse. Ve como la gente le mira y… ¿qué le voy a hacer? Está enfermo y la gente lo sabe.

Estoy enfermo y la gente lo sabe.

And then, there, and precisely at that moment, emperors of history fell to their knees. O, o! Grim the vessels of glory, greased the dawn empire… Might awake the fevers of history the killing of these young men… Thou shall not rejoice, my dearest children, 'tis the time of weeping, screaming, melting and fearing. What for you ask? Ah, wrong you ask I answer, my beautiful porcupine ice cream, for he who asks, ignores the Truth, and by asking, only

serves Hatred and Evil inciting the shackles of Earth to tremble in furious anger and…

Unos niños, de repente, saldrían corriendo de detrás de la esquina. Se pararían ante mi, me mirarían con los ojos muy abiertos y las ojeras muy lilas y cantarían:

Amasa la masa,
a la brasa la salsa,
canta la niña que ama en casa.

—Mamá, es que Max ha nacido para ser eso; *solo* puede ser eso—, le dice Gris a su madre. Y yo… con un sombrero de paja y un tridente en la mano, sollozo riéndome poseso como un cuervo atormentado. Je, je.

Angustia, esperanza, esperanza coartada, amplitud mal hecha, libertad manipulada, Amor, torcedura, cerradura muy estrecha y ascenso final… Abro los ojos y estoy en un museo con paredes blancas.

Y yo:

—Oh… pero ¡cómo puede pasarme todo esto a mi y por qué y por qué…!

…Y me creo que tengo los pensamientos más profundos del planeta.

—Un espectáculo digno de aplauso—, me dijo otro amigo—. ¿Qué te voy a decir? Te diré que me gusta, claro…

Claro, claro… No quería hacerme saber que conocía mi enfermedad porque en el momento en el que alguien reconoce la enfermedad de otro se convierte inmediatamente en un enfermo.

—Claro, claro…—, dije yo.

Y Gris, al despedirse de mi me dijo:

—Ala, ala, a volar.

Y yo, bardo de mi miseria y cantor de mis silencios, sabía que mis alas eran de fuego como las de un fénix majestuoso que sobrevuela las crines de yeguas salvajes disecadas en su galope sobre un pista de patinaje recién encerada.

Y mi otra amiga me diría:

—Qué fea imagen, querido.

Y me encontraría a una niña pequeña que me miraría con los ojos tan grandes como lunas y me diría:

—Bueno, te explico una historia. Mira, yo iba caminando por la calle y va y me encontré a una señora y entonces va y me mira mal y yo me quedé flipando y entonces va y le pregunto a otro señor: "¿Tú te puedes creer que esa señora me haya mirado mal?", y entonces va ¡y me mira mal él! Y entonces va y me encuentro a otro señor y le pregunto: "¿Tú te puedes creer que ese señor me haya mirado mal solo porque la señora me haya mirado mal?" Y va y me mira mal. Y entonces sigo caminando (*tu, turú, tutú*…) y me encuentro con otra señora y le pregunto: "Oye, ¿tú te puedes creer que ese señor me haya mirado mal porque le he dicho que ese señor me ha mirado mal solo porque la señora me había mirado mal?" Y entonces va, y me mira mal. Y va, y me encuentro a otro señor y le digo: "¿Te puedes creer que…"

Acabo de subir de rango. Soy un puto tirano, un puto tirano… Dios mío, soy un puto tirano. Ah… Pesada carga la mía… Mi presencia interfiere e incomoda (porque no hay objeto libre de relación con otros objetos) y por eso debería suicidarme. Si digo una cosa el mundo muere; si digo la

otra, el mundo muere también; si, en cambio, callo, el mundo muere también… Ah, y ante esa perspectiva: construyo *cringe*. ¿Es este el estribillo?

¡Sí, sí! ¡Doy vergüenza ajena! Que viva la Pepa… ¿Te crees que no lo sé? Rozo el límite con mis uñas y escucho las muecas… ¡Ay, cómo no lo voy a saber! ¡Si dejarme en ridículo a mi mismo es mi profesión favorita! ¡Claro! ¿Qué ha de ser el arte sino un registro de tus errores? ¡Doy pena y eso me alegra! Porque: 1) así llamo más la atención, y 2) eso quiere decir que estoy progresando…

¿Cómo que si el progreso es moralmente lícito y éticamente intachable? ¿Qué pregunta es esa para un bebé? ¡No, no, no! ¿Es que no lo sabes aún? Yo soy Howl. Y no me he alistado a ninguno de los ejércitos por amor a la Libertad. ¡Miradme volar entre vuestras avionetas y vuestros tanques! *¡Woohooo!* Me encanta que me acribilléis: da sentido a mi existencia y evidencia vuestra naturaleza de asesinos. Sí, porque todo aquello que escondéis, a través de mi sale a la luz.

¡No! No… No. Si no hay objeto libre de su relación con los demás objetos ¿dónde quedan las paredes, eh? *And even my brain's in handcuffs, huh… The truth is only what you get away with*. Escucho el chirriar de las sillas al pasar por delante de los bares, lo escucho… Y he forjado mi vida en base a otras representaciones; las imito e idolatro. Vestido de piel y huesos, os digo:

—Somos todos enfermos, todos… Toda la gente que está arriba es gente *enferma*. No hay excepción. ¡No en vano vendió el herrero su alma al demonio! Los cuentos han servido para lo mismo desde que el mundo es mundo: suavizar la culpa que genera el pecado. Abrigar en el alma

tan brutal atrocidad como si no pasara nada es de persona *enferma*. Y eso es así. Me da lo mismo: ¡a pagar! Creo que soy el rey… Un cuchillo que estaba en mi mano bailarina se topó accidentalmente con el cuello de otro espíritu condensado y así, en una danza cósmica, todo risa y todo música, murió aquel otro… Y yo no soy responsable. Y se sabe. Y quien tiene corazón lo ve.

—No me extraña que esté como esté —le decía mi hermano a mi madre.

Lo recuerdo todo perfectamente. Lo saben *todos* y desde hace *mucho* tiempo. *Saben* que estoy enfermo y hacen ver que no pasa nada para no… Ay…

Da igual.

Y ahora, humillado por haber divisado su vanidad a plena luz del día, camina con la cabeza gacha y enroscado en si mismo porque los pequeños exploradores son inquietos y les encanta salir a jugar al aire libre.

—79—

¿Cómo puedo llorar si sé que es una máscara más? ¿Cómo puedo seguir hablando si sé que es tan solo una máscara más? Llevo una eternidad caminando y sigo encerrado en la misma habitación. Esa es la realidad. Debería darme vergüenza. Vivo enfermo y no voy al médico. No he dormido ningún minuto de ninguna noche. Llevo siglos hablando solo conmigo mismo y enamorándome de mi eco. Solo pienso en tonterías y ensueños, todos futiles y pequeños.

Ha pasado mi vida entera y no he conseguido nada; he estado embadurnándome de toscas siervas y malas hierbas. A todo el mundo que se ha acercado a mi y me ha amado, lo he apartado. ¿Por qué? Porque estoy

enfermo y soy incapaz de amar. Tengo el corazón helado y las manos de fuego; creo cielos y habito infiernos. ¿Y qué más me da que el mundo entero conozca mi nombre si cuando llego a casa rompo a llorar del miedo que me da ser yo mismo? Ay, en ningún cielo hay reconocimiento que valga. Está todo vacío, todo vacío… Mi espíritu vaga a la deriva y está muy asustado. ¿Y estas palabras? ¿Qué son? Ninguna expresa lo que quiero decir; panchas en su esmero y amplias en su agüero, tan derribadoras de alturas son las arpías.

—Ven, acompáñame. Estás perdiendo los papeles y te estás olvidando de cantar. He de enseñarte algo —me dice el demonio.

Yo, ajeno a mi mismo, al mundo y al dios, digo:

—Soy tu yo.

Me agarra de los hombros y me alza en volandas.

En unos segundos, aterrizamos en la otra punta del mundo.

—Mira. ¿Ves? Allí yace un hombre que debe enseñarte algo.

En la cumbre de una montaña crece un hombre astillado a un palo; hombre que, según el demonio, llaman "El Crucificado Enmascarado". Amarrada en mi, abruma la cisma de aquel que fui en anterior campo y marrulla:

—Yo soy quien te hace elegir. Mírame. Mírame a mi. Yo soy la estrella en la noche que brinda consuelo a la miseria y construye sus palillos. Para hacerlo me sirvo de esta máscara. Cuando con ella me engalano, a la gente asombro y a sus anhelos doy fe; cuando de ella me despojo, causo colapso y desasosiego y el mundo se hunde en el caos absoluto. Sé como yo y vístete con tus mejores trajes. Sé un faro y no un hoyo.

—Quítatela, quiero verte bien.

—¿Es que no ves lo que ocurre cuando me la quito?

Desencájase su pintada coraza descubriendo la barbilla y de la cara su panza: la marabunta retrocede despavorida poseída por el pánico.

—Ahora ya lo sabes, hermano.

Arguye que, incluyendo las raudas ramas que de sus palabras estallan, hacen en mi mella sus zanahorias todas en tan borrascosas frialdades que su armario viste de corsario. Inmerso de nuevo, aunque reticente, en mi antiguo canto, me dispongo a amar lo deparado por mis huellas. Este agridulce resplandor, velo de incurable desdicha, ahuyenta de mi árboreo núcleo los piojos de paternas barbas y encandila mis pupilas, hormigueantes por su devenir, a saborear las fértiles brisas de su jolgoriosa resolución.

—Sí, soy hijo de mi padre y padre de mi hijo. Sí, soy espejo de un espejo, y entro y salgo del mismo laberinto. Sí, lo confieso, soy esclavo. Pero si tengo que creerme este sueño, interpretar este papel y obedecer estas leyes, que así sea.

Y entonces, del cielo llueven cuchillos. Por cada uno que en mi se clava, doy un grito de alegría:

—Que así sea.

Y la espesa muchedumbre que antes me adulaba, me lanza escupitajos y vituperios. Allá donde voy, de mi se ríen:

—Que así sea.

Repiqueteantes motores irrumpen las crisálidas de mi renacer:

—Que así sea.

Derriten sus causas constatados hechos:

—Que así sea.

Me pierdo en secretos de ilustres danzas:

—Que así sea.

Me encuentro en inmóviles doctrinas de armas:

—Que así sea, que así sea, que así sea… ¡Que todo a mi venga y nunca me venza! Si a mis deseos se conforma o de mi razón escapa, que así sea. Si me rijo por ella, o a ella dirijo, que así sea. Si mi alma esclarece, o a ella oscurece, que así sea. Si mis pies asienta, o mis esquemas vuela: ¡que así sea, que así sea, que así sea!

» Si de mi me espanto, o ante mi me alzo; si amores trae, o de soledades cubre; si defiendo causa, o brindo derrota; si concibo guerras, o idilios

conmuevo; si albergo ríos, o torres construyo; si disparo endemias, o remedios fabrico: ¡que así sea, que así sea, que así sea!

» Sean mis manos de mi corazón peones; sean mis labios de pasión renglones, que si el Sol que hoy me alumbra, vierte mañana lluvia, sabré que soy del aire, y no de sus disfraces.

Y en este canto, los filos aguzados que de lo alto manan resbalan por mi piel, cuya estela parece recibir un viejo amigo, como gotas de dulce, dulce miel. Como entré, salgo. Todo yo me vuelvo nervio y pierdo uno a uno mis miembros. Tardé mil años en augurar mi final y ahora que lo gusto, me gusta más que nunca. ¡Qué bonito es esperar! Cualquiera querría esperar más… ¡Ahora *entiendo*, ahora *veo*! Todo el sufrimiento, el desgaste, el dolor y la desesperación: ahora, ¡ahora lo entiendo! La hueca esperanza es eterno pan. Baño en luz mi herida alma y de ella desaparece cualquier impureza. Ah… Me hundo en el dorado otro, me hundo en el dorado yo: adiós, hola. ¡Oro vivo y plata viva! Cruzo cielos enteros, y rebaso mis cunas, atravieso murallas y me hundo en mi mismo, de quien salgo despedido hacia todo lo ignoto.

—80—

Max, a estas alturas, había perdido por completo el control de sus acciones. Estaba caminando desde no sabía cuándo y caminaba hacia… Habían gatos, muchos gatos por la calle. Muchísimos. Se lamían y se olisqueaban entre ellos. Se cruzó entonces con un hombre que llevaba una crep de jamón y queso en la mano y que sacó el móvil del bolsillo exactamente como sacaría el móvil del bolsillo un hombre que pide una crep de jamón y queso y le hizo una foto. Se quedó pensando un rato en qué otro lugar y a qué otro hombre había visto hacer un gesto similar. No se enfadó con él porque lo tomó como un indicativo de que su *foibles* era aprobada y validada por la plebe, así que siguió caminando.

Y entonces vio a una chica y un chico salir del supermercado. Eran pareja y habían comprado cebollas. Él abrió el maletero de la moto y puso las cebollas dentro. Las cebollas rebotaron hasta que se acomodaron en el maletero de la moto. El chico y la chica se reían y tonteaban delante de la moto. Habían comprado las cebollas y las cocinarían en una sartén al llegar a casa. Y cenarían.

Y se imaginó a la pareja cenando en su casa un plato con cebolla. Y la casa tenía *x* metros cuadrados y comían en una mesa roja y en una vajilla que compraron mientras estaba en promoción. Y hablaban de cosas. Y después veían una peli. Y después se iban a dormir juntos y se abrazaban. Y ninguno de los dos pensaba en la muerte y ninguno de los dos sufría el hecho de que estaban comiendo cebolla encima de un plato encima de una mesa dentro de una habitación en una casa de *x* metros cuadrados que era parte de un barrio *x* dentro de una ciudad *x*…

Y a Max le dieron ganas de llorar y lloró.

Y entonces el mundo entero se desvaneció y se convirtió en una biblioteca inmensa con pasillos larguísimos en los que se almacenaban informes, tratados, herencias, anuarios, teorías, estadísticas, repertorios, anuarios, albaranes, prospectivos y manuales que decían que la *noción* de Dios *debía* existir a la fuerza; pero igual que lo hacía la *noción* de unicornio o la *noción* de roca. Y todo era simétrico y se te llenaban las manos de polvo porque los muebles estaban llenos de polvo aunque desde fuera parecía que estuvieran limpios y había mil millones de niños sentados en mesas con la cabeza baja y hundida entre los libros y los más libros que les apartaba la vista de unas cúpulas azules divinas que volaban por encima de sus cabezas y en torno a cada uno de ellos había diez mil bichitos disfrazados de químicos, con bata, gafas, y batuta, que engullían sus visceras como puercos hambrientísimos y se abalanzaban sobre los deshechos que sobresalían de los pequeños huecos dados en la mampostería de músculos y entrañas que es un organismo vivo y luchaban como locos por un gusano de oro que

hablaba vidrio deshecho y que, al tragarlo, lo convertía a uno en… en titular de un certificado.

Y aunque su imaginación hubiera vuelto para nosotros, no lo hizo para él, que daba la espalda a sus sueños. Sin embargo, sus pensamientos sí que eran consecuencia indudable y parecían la prolongación inevitable de sus imaginaciones, aún sin él saberlo, así que dijo mientras miraba al mundo con rabia y resentimiento:

—Somos lo contrario, lo contrario… Por eso nunca me aceptarán como uno de los suyos… ¡Estáis acostumbrados a obedecer! No sabéis hacer nada por vosotros mismos porque han aniquilado vuestra voz y vuestra necesidad interior… Ay, amados… ¡Eso es veneno para el alma, veneno! Os han hecho creer una mentira y ahora necesitáis un marco para pensar, solo encontráis el significado una vez habéis visto las formas, e intentáis contraer una enfermedad emulando los síntomas… ¡Ay, amados, ay! Sabed esto: solo un niño sabe ver. Y esto también: copiar y pegar no es hablar.

Y entonces se acuerda de cuando Gris le echó en cara que no se atreviera a aceptar una vida mediocre y que su ambición siempre se interpusiera en su calma compartida y él, Max, bicéfalo querellado, le dijo:

—¿Yo, yo? ¿La mediocridad? ¡Querida, querida! ¿Esque no has leído mis poesías? Debería mostrarte algo de lo que hago para que conocieras a mi sombra… Yo… yo lo único que deseo es llegar a la mediocridad… Ay, la vida doméstica… ¡Lo único! Ser un ciudadano estándar, eso es. Ese es, literalmente, mi gran y único sueño. Llegar a una casa con luz amarilla y… Y que huela a comida y ponerme a llorar. La llave en el cerrojo, la mano en el pomo, un empuje a la puerta y…, y… y estoy en casa. Ay…, *don't you know the cheeks have lost their lustre?* Querida, querida… Ese es mi mayor y único sueño. Verte y abrazarte por detrás y desnudarnos y estirarnos en la cama y pasarnos abrazados horas, días, siglos, ¡eternidades! Toda la vida. Abrazados de la cuna a la tumba y sin saber hablar. ¿Entiendes? Y que todo esté bien y no necesitemos nada. Eso quiero. *Ese* es mi paraíso.

» Ay, querida… Yo sueño con esa mediocridad… Se me llenan los ojos de lágrimas cuando la veo. Mira… Creo… creo que hablas con otro Max cuando le recriminas eso… Quizás el tuyo… el mío seguro que no. Tomar té en invierno mientras miro por la ventana y en mi casa hace calor y allá fuera hace frío y… Y vivir en un anuncio eterno si hace falta; como esas chicas que vi una noche en un bar cantando su canción favorita mientras alzaban sus copas hacia el cielo y vivían el clímax de los cinco segundos de spot que coincidía casualmente con el subidón de la canción, (y esos cinco segundos, pero eternos, ¡eternos, eternos!, que no se acaben nunca).

» Eso, eso… Eso, y después de un día de trabajo muy, muy, muy duro en pleno verano, en el que como poco y estoy todo el día al borde del desmayo, ir a la playa y hundir mis pies en la arena fría del ocaso y bañarme en el mar mientras se pone el sol de finales de agosto. Ay… Se me eriza toda la piel, amada, no hablemos de esto. Sí, sí, sí… No quiero parar. Y después, después… ¿sabes qué haría después? Después iría a un restaurante contigo. Sí, sí, has oído bien, a un *restaurante*. Y allí, tan cansado y hambriento y sediento como estaría, pediría una botella de agua fría y una copa de vino (¡oh, sí, una copa de vino…!) y sonreiría y sonreiría mucho y más y te vería y me vería y miraría los árboles de la terraza del restaurante y escucharía el murmullo de las voces del restaurante y lloraría y lloraría y estaría en un restaurante con mi novia en un día de agosto. Eso, eso haría. Y estaría tan, tan, tan contento…, ¡como cuando me sentaba en la arena del patio siendo un niño y veía hormigas arremolinarse a mis pies y jugaba con ellas con las manos y mi saliva y la tierra! Y lloraría y lloraría hasta agotar mis lágrimas y vaciar un oceáno entero.

Y Max lloró. Y siguió caminando con prisa y con la extraña esperanza de que el aire ayudaría a secar esas lágrimas de plomo que lo hundían en un especie de sopor brumoso en el que costaba mantener el equilibrio y se pegó bofetadas a si mismo por dejar tan libre y a sus anchas a la imaginación como se había prometido que no lo haría más y empezó a caminar con prisas hacia ningún lado con prisa y mucha prisa y cada vez con más prisa.

Con prisa, con prisa… siempre con prisa y cada vez con más prisa. Ansiaba encontrar ese *algo*… Ahora era humano. Quería… Intuía que en algún lado, en algún momento, pondrían a la venta el producto que produciera el orgasmo eterno y definitivo, y él *debía* estar allí. Y se negó y reprimió su melancolía y sus ganas de llorar eternas, siempre impedimento disfuncional e inapropiado para la consecución de los bienes realmente *importantes*, y caminó y caminó con los ojos atentos y el corazón nublado.

Se encontraba a alguien:

—¡Hombre! ¡Hola! ¡Cuánto tiempo! ¿Qué tal?

—Sí, sí… Mucho tiempo, mucho… ¿Qué tal, qué tal…? ¿Bien?

—Sí, tío… Muy bien, muy contento la verdad… ¿Y tú qué tal?

—Sí, sí… Yo muy bien, también… Perfecto. Oye, te dejo que tengo mucha prisa. Venga que vaya bien.

—¡Vale! Tranquilo. Oye, y a ver si nos vemos algún día…

—¡Sí, claro, claro! Cuando quieras…— gritó de lejos asintiendo con la cabeza.

¡Vamos, vamos! Había que darse prisa: prisa, prisa, prisa. ¿Pero prisa por qué? ¿A dónde iba? ¡Oh! Y ¿por qué esto? Y ¿por qué aquello? *¡Bah!* ¡Adelante, adelante! Ya pensaría de camino… Pero… ¿A dónde iba a ir? ¿En qué dirección? ¿Qué rumbo tomaría cuando se bifurcaran los caminos? ¿Qué estaba pasando? ¿Qué le había pasado hace un rato? ¿Qué relación había entre todo esto y todo aquello? ¡Había que escoger! Escoger algo… Sino, sino… Acabaría endeudado; ¡claro!; acabaría endeudado. Las semillas estaban ordenadas de más grande a más pequeña. La más pequeña y circular estaba en el suelo. Las que estaban por encima, eran cada vez más largas y oblongas. ¡Calla, calla! Piensa en el mundo, en el mundo.

Y se acordó de todos los amigos a los que había matado con su desdén y se sintió malo, muy malo y muy malo y quiso llamarlos y decirles que lo sentía y que los quería mucho y los respetaba y los admiraba pero que a veces no sabía cómo hacerlo y luego pensó que no…, que no…, que seguramente estarían haciendo cosas muy importantes y que no tendrían

tiempo para dedicarle a él y sus tonterías y… ¡Ay! ¿Dónde vas corazón mío, dónde vas? ¿Esque no quieres ver como todos los adoquines son diferentes?

—¡Ay, ay! ¡No me hables del tiempo, tenebroso dementor! ¡Atrás, atrás! Me lo merezco, tienes razón… Me lo merezco… Maté a la virgen del Génesis y a mi viejo amigo y como no honré su sepultura, me he suicidado y ahora quiero arrancarme los ojos. Pero…¡Oh! Ya sabes como son estas cosas… (guiño, guiño): *bury a hatchet or bury a friend*. Y mi yo es mi yo… Y *oh, oh, oh*… Quise ser un dios y para serlo tuve que matar a mis seres queridos… Un precio razonable, ¿no crees?

» Pero *¡ah, oh, uh!* ¡Qué compleja acumulación de factores exige ahora mi asimilación y comprensión! ¡Oh!, aún peor… ¡Cuál no es mi desatino al descubrir que yo soy uno de esos factores que exige comprensión! Oh, oh… Pero ¿cómo va a ser capaz de aprehender uno solo de los factores la completitud de todos ellos? ¡Imposible! A no ser… ¡Calla! Ya, ya…

» ¿Y por qué no me callo? ¿Quién sería yo sin nada que decir? ¿Quién sería yo sin mi máscara? ¡A nadie le interesan los ciclistas, a nadie! *Bah,* ya no sé ni lo que digo… ¡Tapadme la boca que estoy ciego! ¿Y mi mediocridad? ¿Y Gris? ¿Y mis padres? ¿Y mis amigos? ¡Ay, ay! Yo quiero contentarme corriendo con mi hija hacia al tren antes de que cierren las puertas… ¡De ahí derivará mi mayor gloria! Sí; en la familia. Nada de preocupaciones excesivamente ambiciosas ni nada por el estilo…

» Los mofletes de los niños… Ah, que no me los pongan delante que me derrito de amor… ¡Ay…! Sí… ¡Cuántas veces he tenido que refrenar mi espíritu de sus arrebatos de candor y cariño porque quería abalanzarse encima de desconocidos para lloverles a besos! Ay. Lloro, lloro de amor. Solo allí hay pureza. ¡En los niños! ¡Qué amor, qué amor divino! Olvidándolo todo me he acordado de todo. ¡Lo veo! ¡El amor eterno e incondicional! Sí… dulce redención… Quiero estrujar los mofletes del mundo y colmarlo hasta el infinito de besos… ¡Ah, ah, ah! Todo el mundo, sea quien sea, y tenga el pasado que tenga, puede acceder a él y llenar el alma de luz.

» ¡Ahí! ¿Lo véis? ¡Y allí también! ¡Ah! ¡Está en todos lados! ¡Ay, ay, ay! ¡Mirad esos jóvenes amantes despidiéndose con un abrazo! ¡Mirad como esos perros se saludan educadamente entre ellos! ¡Mirad a ese gordinflón bonachón! ¡Ay, quién fuese su hijo para arrojarse a sus brazos y que lo colmara de besos! ¡Oh! ¡Yo quiero besar a todos los viejitos y disipar sus dolores y aliviar sus temores! Curar sus heridas y atenuar sus angustias… ¡Ah! ¡Mirad como esa flor entrega su polen al viento! ¡Y mirad lo poco que me importa lo mal que escribo y lo mal que visto! ¡Ay, ahora por fin entiendo las estelas de amor que han dejado las estrellas! ¡Ahora por fin las entiendo! Y los signos de exclamación me quedan cortos, muy cortos…

» ¡Sí! ¡Calla! ¡Soy alguien! ¡Alguien con características! ¡Y cualidades y defectos! Ay, mi divino, divino *amor fati*. Soy alguien… ¡Amor! ¡Ramsés y von Bismarck! Te he estado esperando. ¡Ay, ay, ay! ¡Que me deshago! Mirad esos buñuelos con sus mofletes y sus labios mucosos y ¡ay, ay, ay! ¡Paradme que me los como! ¡Cogedme de los pies que salgo volando! ¡Ahhhh! Esos mofletes… ¡Qué hermoso es todo el mundo! ¡Qué hermoso es todo en general! Ay… El Amor todo perdona y en el Amor todo cabe. Que Dios bendiga a Dios: ¡todo es Espíritu! Ahó.

» En ti, por ti y contigo derramo las lágrimas que nunca secan: te miro para siempre porque tú siempre me has mirado. Allá donde voy, tú estás; allá donde busco, te encuentro. ¡Oh, fuego que todo permeas y agua que todo incendias! Tú eres el camino y tú eres la Verdad. Creo que me voy a hacer aedo de cantos religiosos. Sí. A parte, el sector parece estar en alza. *I feel it in my fingers, I feel it in my toes…*

» Míranos a todos nosotros, empujados, impulsados a… Todos nos movemos movidos por la pulsión que sentimos hacia el *ser mejor*. ¿Ves a ese? ¿El que acaba de pegar un bocinazo? A ese hombre lo mueve el Amor. Claro, su alma ha contemplado la perfecta perfección y ahora no puede contentarse con otra cosa. El Amor nos dirige y nos invoca, nos salva la vida cada día y mantiene intacto nuestro núcleo. Y ahora… ¡qué ganas tengo de cantar! ¡Contribuyo con mi verso a la infinita sinfonía! Llegó el

momento de la película en que suena música del aire. ¡Música, maestro! ¡Amo el mundo y el mundo me ama a mi! Uno, dos, tres.

—81—

Alguien abre los ojos. Un corro de curiosos circunda su campo visual y murmuran su nombre y cotilleos varios.

—Se ha desmayado…

—Sí… No se le veía muy sano, al pobre.

—¡Eh, que despierta, que despierta! ¡Haced sitio! ¿Qué tal, qué tal? ¿Estás bien?

—¿Cómo te encuentras?

—No tiene buena cara…

—¡Agua, agua! ¡Traed agua!

—A mi me ha dicho que no había comido ni cenado. Claro, así no se puede, no se puede…

Alguien parpadea y sonríe. Siente un dolor tan profundo, un vacío tan hondo, que le hace casi feliz. Sus dientes tiemblan de frío y mira alrededor, queriendo ver si F está por allí. Mira a un lado, no está; mira al otro…

—¡Eh! Dejadme pasar, vulgo, ¡dejadme pasar! Ay, masa infame; ¡informadme, que bien sé que os gusta! ¿Qué ha pasado, qué ha pasado? ¿Se ha desmayado? ¿Sí? Ah…, ¡sí, sí! Solo los grandes se desmayan, ¡solo los grandes! Ya sabía yo que no me equivocaba… ¡A la rosa! Me lo he de llevar al sabroso néctar; su alma es demasiado delicada… ¡Apartad brutos! Esta alma merece ser cogida con algodones.

F dispersa a los curiosos despreocupados y deja que sigan interpretando su papel de gente; a los que el instinto maternal les obliga a ocuparse de estos asuntos, les pide que traigan agua, un trapo y algo de comer.

—Ay, estás hirviendo, querido, hirviendo. Sudas y sudas. Deberías verte la cara… Pareces un muerto viviente.

Después de refregarle el trapo por la frente y haberle dado de comer, las facciones de Alguien vuelven a coger vida. Mientras se recupera en sus brazos, F le cuenta la historia del conquistador.

—Después me cuentas tú lo que has visto; después tú. Yo te he de contar lo que me ha pasado… ¡te lo he de contar! Es mi deber. ¡Ah, para el humano han pasado unos minutos, pero para ti y para mi… ¡para ti y para mi ha pasado una eternidad! Bien, basta ya de teatro, al grano. Empezaré con una historia que me explicaron hace mucho, mucho tiempo, para situarte en la contienda que atormenta mis haberes. No sé si es de alguien o me la he inventado yo; *¡bah!*, a estas alturas, eso importa poco o nada. Bueno, dice así:

» Cuando el conquistador llegó al nuevo mundo, se maravilló con las plantas y los ríos y las montañas y los cielos. Todo parecía más brillante y vivo que en su tierra natal. Un buen día, mientras exploraba el lugar, surgió, de entre la maleza, una mariposa cuyo fulgor fascinó en tan sumo grado a nuestro protagonista, que la siguió obsesivamente entre la frondosa jungla. La siguió y la siguió y la siguió y, al cabo de un rato, tristemente cansado, se tiró en el suelo.

» ¡Qué decepción! La mariposa no iba a ningún lado. Daba vueltas y vueltas alrededor de la selva y acababa en el mismo sitio. El conquistador llegó a pensar que aquella mariposa se burlaba de él. Enfurruñado, decidió que la cazaría.

» —Así, al menos, podré estudiarla y verla de cerca cada día —pensó.

» Sacó un bote de cristal y trató de atraparla, pero cada vez que alargaba los brazos para alcanzarla, se escapaba entre los dedos antes de que lograra siquiera rozarla. En estas estaba, persiguiendo a la mariposa, cuando apareció un hombre nativo y se puso a mirarlo desde lejos, riéndose para si, con los brazos cruzados y apoyado en un tronco. Lo vio tan desesperado, que se acercó.

» —¿Qué haces? —le preguntó.

» —Quiero cazar esta mariposa.

» —¿Por qué?

» —Porque es muy bella.

» El hombre se rió y le dijo:

» —La belleza está para admirarla, no para atraparla.

» *¡Tachán!* ¿Y por qué te cuento yo esto? ¿Qué tiene que ver con tu desmayo? Ah…, todo, querido; ¡todo! Yo… en este tiempo me he vuelto loco. Verás: ¡hay tantas chicas guapas! ¡Tantas! Ay… y tanta belleza lo destina a uno a matarse. Y hay suficientes mujeres bellas en el mundo para volverlo a uno loco… Yo digo: ¿de qué me sirve a mi la gloriosa visión de un amanecer sino puedo fundirme con ella? ¿Qué broma es esa? ¡Eso no es belleza! No, señor, no lo es. La belleza de un cuerpo la puedo tocar… Puedo… Puedo fundirme con ella… Vaya si puedo… Ay… Yo, derviche giróvago de retentos infinitos, Rafael asombrado, puedo abrazar y fundirme con la Madre Madrísima de todas las madres del Universo conocido y desconocido…

» Y pues… ¡cómo! ¿Cómo queréis que escoja una? ¡Qué insulto para todas las demás! Esta… ¿quizás aquella? ¡No! Yo las quiero todas… Todas y para siempre. ¿Quizás aquella otra? No… ¡No quiero escoger! No me hagáis escoger. ¿Cómo renunciar a la ardiente llama del amor nuevo, que da calor a mi corazón helado y me eleva en altos vuelos con la viveza de su cobijo? ¡No; nunca! Yo quiero… yo quiero vivir en su corazón, morir en su seno, y ser enterrado en sus ojos. Desde siempre y para siempre.

» Mira: gesticulo como un actor de teatro antiguo, tales estragos ha causado en mi la divina belleza. Pero… ¿qué digo? ¿Confundo acaso lo mundano y lo celestial? ¿Es el invierno, a mis ojos, primavera? ¿Es la arena, a mi tacto, agua? ¿Son las migas, a mi boca, manjar? Ay… salvajes titiriteros de mis sentidos, que en engaños sumís mi quilla caprichosa y de faros vestís vuestros hostiles barrancos, ¡disipad de mi el magullado velo!; ya estoy muy cansado y quiero volver. Debo… debo encontrar una belleza inmutable. Hecatombe sensorial… Sí… quizás aquella otra era la definitiva, ¿no?; ¡debía serlo, debía serlo! Estoy cansado, cansado… ¡Volveré! Allá; *en*

ella encontraré la paz, me digo. ¡Iluso! ¡Si sé perfectamente que sus piernas se convertirán en piernas y sus ideas en ideas! Ay, ¡ay!, cuán cosas son las cosas, cuán cosas son las… Qué desastre.

» Sí; debo encontrar algo inmóvil, querido, algo que no se me escape entre los dedos. Me vestiré con su piel y me olvidaré por fin de todo esto. ¡Me lo tengo merecido!, ¿o no? Sí; ¡mi confesora y redentora! ¡No! A veces un secreto es más sincero que la Verdad, ¿no? Ay… qué tortura es saber que existe un mundo allá fuera. Y así divagaban mis mares, cuando decidí salir a dar una vuelta. Iba a volverme loco en aquella fiesta, rodeado de tantas *situaciones*. ¡Todo obliga! Horrible tortura, tú dirás.

» Muevo un dedo y el aire se agita alrededor de éste. Si no muevo el dedo, se agita también. Ay… siempre el tiempo es perdido; Dios de los dioses, qué penosa existencia. La repercusión de mi presente en el futuro sucede independientemente de la acción que cometa; las formas que tomen estas son circunstanciales y yo… ¡Ay, ay! Existir es servir, existir es servir: cuando callo hablo y cuando estoy quieto me muevo. Que Dios se apiade de mi alma: ¡yo no quería hacer nada malo! De hecho, yo no quería hacer *nada*. Con lo bien que estaba yo en mi jaula, lejos de todo el mundo y sin *intervenir*… Pero… Nada. Ahora ya no me siento esclavo, querido: ahora me *sé* esclavo.

» Bueno… ¡Pues eso! Que era hora de alejarme. Así que me voy a pasear. Camino hacia el mar, mi más dulce hogar. Paseo por delante de los barcos, que se mecen amorosos por el suave oleaje del puerto. Una brisa matinal abraza mis mejillas y me rejuvenece el rostro. El lloro de los barcos es silencioso pero constante. Quién fuera barco, pienso; y me río de mi mismo por lo teatral de mis emociones.

» ¡Quién fuera normal, quién fuera hombre sensato! Debo aprender a vivir como ellos. Apartarme de la desgracia y de los desgraciados, que siempre agravan la infección. ¿Qué pasa cuando se encuentran dos agujeros negros? Nada bueno, eso está claro. O quizás… O no. ¡Calla! Sigamos. No te entretengas con problemas que escapan a tu inteligencia, soberbio

contumaz. Resígnate y calla. ¿Quién me ha mandado entrometerme en asuntos que no me incumben? ¿Quién, quién, quién…? ¡Ay! ¿Esque esta vida es mía? ¡No! Todo nos es ajeno, y nuestra vida lo primero.

» ¡Basta ya! ¡Basta! Por favor, ya es suficiente, me digo y me repito. ¿Pero quién demonios piensa así? Parezco el personaje de un libro malo. Este no es mi pensar. Nadie piensa así. No puede ser. Y si alguien piensa así, yo no quiero pensar como él, pienso. Pero ¡ay, querido! Entonces me he dado cuenta: vivo en un bucle. ¡A buenas horas, mangas verdes!, dirás. Claro. Pero para mi ya es un milagro el haber podido ver el Sol y haberlo reconocido, sabelo… Debe haber habido un error en la manufacturación de mi persona, digo; eso es: he salido defectuoso. Eso lo explicaría todo, todo… ¿Cómo puede ser, sino, que siempre me de con la misma maldita pared? Estoy convencido de que tengo los mismos pensamientos una y otra vez y solo cambia la forma que adquieren ante mis ojos.

En ese momento, alguien interrumpe a F, el de divinas diatribas a la divinidad, dándole un golpe en la espalda.

—Oye, ¿tú le has dicho algo a mi hermana?

—¡Ah, yo digo muchas cosas, hermano! ¡Demasiadas! Porque las cosas que se dicen son siempre demasiadas…

—No me llames *hermano*; yo no soy tu *hermano*—repone el otro de mal humor y acercándose a él.

—¡Ay, ay! ¡Todos somos hermanos a los ojos de Dios, querido!

—¿Ah sí? ¿Qué era? ¿Ninfómano?

Ja, ja, ja, ja… La broma de turno… En ese momento, F estalló en una carcajada tan desagradablemente fingida que retumbó por todas las paredes de la habitación.

—¡Ja, ja, ja! ¿Lo habéis oído, señores? ¿Lo habéis oído? —gritó—. Aquí tenemos a un hombre inteligente, damas y caballeros. ¡Un hombre *que piensa*! Nada más raro en este siglo. ¡Genio y figura! Traes bien preparado tu papel de casa: ¡felicidades! Te felicito, de verdad, enhorabuena. Quien más refina la interpretación de si mismo, más éxito cosecha en este mundo

regido por el vicio, la sombra y la mentira, así que *off you go:* ¡a por tu corona! Bien, ahora, si me permites, te abandono a tu suerte; yo también tengo sombras de las que rodearme y ahora mismo no andamos buscando extras.

—Estoy tan por encima de ti que no me importa una mierda lo que digas —respondió. Y se fue.

—Ah… sí. ¿Por dónde íbamos? ¡Da igual! ¡Que todas las palabras se mezclen entre ellas y formen un popurrí de sueños entretejidos! ¿Es que la vida es otra cosa? ¿Es que no son todas las palabras la misma? Ay… Unas estiran, otras empujan; las manos se confunden con los pies en una masa viscosa y amorfa… No sé ni de lo que hablaba… Qué ganas tengo, querido, de que se acabe todo esto…

Alguien, con fina voz y una sutil sonrisa dijo:

—Hablabas del arte. Y… Y si tu tienes ganas…, imagínate… imagínate yo…

—82—

—No hay pared envidiosa que pueda impedirme aúnarme con mi amada. Y, cuando nos veamos por fin las caras y no nos alcancen las garras de los fieros mosquitos, seremos enterrados en la misma urna y ni siquiera la muerte nos separará. *Yeah. Still get laid in that after life…*

—*Ah, I see you are a man of culture as well…*—repuso quien lo escuchó hablar.

—¿Quién eres?—preguntó Max extrañado.

—Ah… *Shake dreams from your hair, my pretty child, my sweet one…* ¿Crees que tiene sentido seguir preguntando esto a esas alturas?

Hablaban mientras subían unas escaleras de incendios. Las suelas de sus zapatos cloqueaban contra la rejilla metálica del suelo. Max sudaba mucho,

pero había determinado que, por mal que se encontrara, iba a seguir perseverando en la consecución de su cometido.

—Oye, ¿no crees que la gente debe estar un poco harta de todas las triquiñuelas y malabarismos? Quiero decir que… que yo creo que ya huele.

— Todo huele. Y lo que no huele no está vivo. Además, ¿qué gente? ¿De quién hablas?

—No sé… Los del otro lado de la cortina.

—¿Qué dices? ¿Que no hay banda? *¿Il n'est pas d'orquestra?* ¿Crees que todo esto es un *tape recording*? *Bah, bah*. Querido, ¡querido!… Ya lo hemos hablado: estás solo y no hay nadie mirando.

—¿Y qué?

—Nada, que de ahí se deriva, por ejemplo, que el mejor y más objetivo entrevistador para cualquier tema sea alguien completamente desapegado y desinteresado por el tema que se trata. Solo así podrá atraer a un espectador neutro, teóricamente blanco buscado por cualquier tentacular ampliación de consumidores que, trascendido el nicho de los canales especializados, se abre hueco en los de divulgación; esto es: siempre y cuando…

—Uf, qué pereza, hijo mío, qué pereza… Cada vez tengo más claro que quien se hace inteligente es burro y quien se hace burro es inteligente. ¿De qué sirve una red que solo cace peces? ¿Para qué cazar nada si ese nada no es todo? Ay…

En aquel momento, el cielo rugió. Max miró asustado hacia arriba, pero no vio nada y siguieron hablando.

—¿Te acuerdas de…? *Linger on*… Las guitarras de esa canción son de lo único que debería hablarse. No, mejor. Te voy a explicar una historia —dijo el otro.

—¿Otra más?

—Unos tanto y otros tan poco, *amirite*… Concédete el placer y escucha, que no sueles hacerlo. *¡The results will shock you! Listening is better than speaking, change my mind*. Ja. Antes de empezar: ¿te gustan las puestas de Sol?

—Bueno, claro. ¿A quien no?

—A los sabios, querido, a los sabios… Todos los sabios las aborrecen, ¿no lo sabías? Y los que no las aborrezcan no merecen mi aprecio. ¡Ay, tánto tiempo vagué yo por entre las ruinas de los que se visten de sabios y engañan al mundo haciéndole creer que en sus manos contienen oro vivo cuando no es más que vulgar y falso cobre… El oro al que yo aspiro… El oro al que yo aspiro nada tiene que ver con esa falaz farsa… ¡Y lo conseguiré! Palabra. Lo sueño desde que soy pequeño y todos los sueños se hacen realidad. Je, je.

» Aún así, una cosa te diré sobre lo de las puestas de Sol: yo solo respeto a la gente que sufre. Quien no sufre, o vive en el pecado de la inconsciencia (que, al ser inconsciente, no es realmente pecado porque a un salvaje no se le puede juzgar con los criterios morales con los que sojuzga a un ser civilizado), o tan lejos de él que no debe ser considerado entre el resto de los mortales. Y la gente que sufre, cuando ve una puesta de Sol, la mira objetivamente y ve que es un proceso natural condenado a repetirse; una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez…

—¿Y? Eso no quiere decir que no sea bonito. ¿Que estás: muerto? ¿Qué clase de monstruo no dejaría el ocaso reflejar su magnitud en el espíritu vivo hambriento de Verdad? ¿Por qué desconfías de todos los regalos? Tú lo que eres es un cantamañanas y un pagafantas de las chapas que destapas.

—Ay, querido… ¡Ay! Que sea bonito o no es indiferente, mi amor. Lo que quiero señalar es que no existe alternativa; que el Sol está encadenado a su naturaleza y que las pócimas están todas envenenadas. Y una persona sensible no puede sentir sino tristeza al ver a una pobre rata obligada a alimentarse de su propio vómito…

—¿Pero qué dices? ¿Sabes que lo dices no tiene ni pies ni cabeza, no? Yo, gracias a una pócima, volé. Te lo creerás o no pero tengo sudaderas que atestiguan mi contacto con las nubes. Además, es como si yo te dijera que si separamos la terminación de la raíz, la palabra es aguada y en este caso no lleva tilde aunque es una columna dórica. ¿Entiendes? Además, ¿a santo de

qué me explicas esta historia? ¿No ves que las ondas no se hacen más grandes?

—De donde yo vengo las manos se confunden con los pies.

—*Pff*…

—Del País de Nunca Jamás vengo, por cierto, que no me lo has preguntado, aunque deberías, deberías porque así lo establece el guión. Mira, mira… Aquí lo pone. Se te debe haber olvidado, claro. Todo se cae; lo veo a todo caerse… En fin, en fin… Que vengo de donde todos tus sueños se hacen realidad y las nubes coronan tu cabeza.

—En fin, en fin… Eso digo yo: en fin… —replicó Max suspirando—, bueno, ¿y la historia?

—Solo has de abrir los ojos para verla.

—…

—Es broma. Ja, ja. Te la explicaré. Es la historia de un amigo mío. Se llamaba Frank. Pero eso no tiene importancia. La cuestión es que me recuerda a ti, y… Bueno, me obligan a contártela básicamente.

—¿Quién?

—Los del otro lado de la cortina.

—Pero si antes has dicho que estábamos solos.

—Ay, querido… La vida es contradicción y quien no se contradiga no tendrá razón. Acómodate, que es un poco larga. Frank. Frank nació en el seno de una familia acomodada, un 8 de agosto de… No. No me gustan las historias que se narran así. Mmm… Veamos. Da igual. No te voy a contar la historia. De todas formas, ¿a quién le importan las historias? Todo es polvo y… ¿Sabes lo que te distingue a ti de la puesta de Sol, por cierto?

—No… —respondió Max muy cansado.

—Que eres libre, querido. *Eres libre*. Tú puedes escoger si sales de casa o no. El Sol no. Y no tiene nada que ver con la economía ni con la política. Uno puede escoger morir de hambre. Un animal no. Pero en fin, en fin…, ¿qué sabré yo? Yo no he ido a la universidad. De todos modos… sabelo; que

cuando todo esto se acabe, la decisión final habrá recaído solo sobre ti: o luz, o oscuridad. Y *eso* es cierto.

—83—

—Ah, que Dios te bendiga, hijo; que Dios te bendiga. Sí, ¿de qué otra cosa se puede hablar? Del arte, del arte…, y pues: ¡a por él! Yo te diré una cosa. Yo he sido artista; ahora… Bueno, eso lo dejamos para otro momento. Al respecto de la profesión, solo una cosa: *si no te sale por las orejas, n*i te molestes. Enserio. Si te molestas y no te sale por las orejas, estarás molestando a los que sí les sale por las orejas. Me sabe mal. El hogar se ha convertido en el lugar de recreo del tirano. Hay cosas que sí, y hay cosas que no. Tu destino te facilita algunas: eso no quiere decir que necesariamente debas seguirlas, al fin y al cabo eres libre; pero pudiendo volar, ¿para qué vas a caminar? Escúchame —y ahora, que el mundo me perdone, pero voy a ensuciar con otro pistoletazo el concierto (porque sí, el odio es político; ¿y el amor?; y el amor… el amor no sabe de palabras y al amor le da igual todo)—: hay dos tipos de artistas. Los *unos*, y los *otros*. *Oof size large*… Los de verdad, y los de mentira. Ay, ay… Los de verdad se desviven por ello, están dispuestos a morirse de hambre por el arte. Sacrifican su cuerpo y alma a un engañoso desengaño y si un día no crean, caen gravemente enfermos. Son babosas sin cáscara o adolescentes sin labia.

» Estos artistas no son humanos…; viven en las nubes, literalmente. No entienden de fútbol, no entienden de política y no entienden de economía. Y si entienden de alguna de estas cosas es solo… ¡Fuera, fuera, sucia tiza!, déjame errar. Son títeres al servicio de un bien mayor. Sienten la llamada y la responden. Y la responden porque si no la respondieran, morirían. Por la calle se ve a muchos artistas que han ignorado o están ignorando la llamada. Todo ellos se deshacen y se les ve deshechos, pobres. Pero no nos

avancemos. Volvamos al principio, a los que sí responden la llamada y les brilla el rostro como diez mil soles juntos. A estos… a estos no les importa el dinero, la fama o el sexo. Viven entregados a *la causa*; son estetas declarados, pobres desgraciados adictos a la belleza como tozudos zánganos volando tras la Reina. No dudan y viven poseídos. Si se aparece una Calipso ofreciéndoles la juventud eterna y un amor inquebrantable, le piden por favor que se aparte porque tienen asuntos más importantes de los que ocuparse. Trabajan día y noche y sin descanso y les da igual, les da absolutamente igual lo que ocurra con su vida mientras puedan seguir creando… Ellos no son ellos mismos.

» Y después están los *otros* (sí: los otros, los *otros*… ¡ah, horror! ¡los otros no, los otros no!), los payasos cuya naturaleza no hace falta siquiera explicar porque todo el mundo la conoce y todo el mundo la aborrece por igual; esto es, al menos, los que tienen hambre y sed de Verdad, claro… Estos van por ahí supliendo su carente talento con vistosos disfraces y dando piruetas y brincos para que el mundo los vea. *Woop, woop*. Caballete y cochecito. Al no tener lenguaje propio, imitan lenguajes ajenos; al no correr por sus venas el fuego… se incendian a ellos mismos.

» Y te preguntarás: ¿para qué quieren ser vistos como artistas? Pues, querido, porque en un mundo como este, en que el espectáculo y el ocio son una de las bases fundamentales de nuestra vida, ser artista da *caché*. Nada más horrible, estoy de acuerdo. Pero ¿qué se le va hacer? Pan y circo, querido, pan y circo. Y la esquina no es arista. Ay… Y te diré algo más: los artistas de los que hablo, los primeros, en muchos casos no son necesariamente artistas, no…: pueden ser mecánicos, ingenieros, abogados, escritores, investigadores, paletas o peluqueros. Son gente *que lo vive*, ¿entiendes? Lo vive. *And if you know you know*. Gente que *se mata* a si mismo por la misión. Sienten la llamada y la responden; ese es el único requisito. El fin por encima de cualquier medio. Como ya he dicho: ser artista no es una profesión, es un estilo de vida. *Uf*, ese es buen eslogan ¿eh? ¿Qué te parece? Me lo guardo, sí, me lo guardo… Me lo guardo para

cuando saque mi marca de… de no sé, de algo, de lo que sea… ¡Ah, sí! Claro… ¡qué tonto! Mi marca de *lifestyle*. Qué bonito… qué bonito todo… Ja, ja, ja…

» En fin, en fin… El no-lugar les atrae más que ningún lugar. La esperanza por encima del paraíso, está claro. Un artista no puede ser cínico y un cínico no puede ser artista. De hecho, son palabras que se anulan mutuamente. Si te cruzas algún día a alguien que presuma ser ambos, pregúntale por qué crea y será suficiente para destrozar su frágil torre de cartas. Si eso no funciona, escúpele en la punta de los mocasines o crúzale la cara con una samanta de ostias; quizás así se le disipa la niebla. Créeme, quien tiene una noción de una más perfecta potencialidad, aspira siempre a ella y está dispuesta a sobrellevar cualquier medio. Y… ¿por dónde iba? Esto se está volviendo un poco maquiavélico, ¿no? Es normal, es normal. ¿Quién dijo aquello de que sin demonio no hay progreso? Ah, sí. Que, como ya he dicho, los artistas no son únicamente aquellos que se dedican a la labranza de obras de arte, no… (La labranza…, ¡ja! Qué cosas tengo, qué cosas…)

» En fin, que si amplian los márgenes de su campo de conocimiento, se dedican en cuerpo y alma a su labor e impulsan a todos los participantes de su gremio hacia delante, son de los primeros, es decir, de los artistas *de verdad*. (Sí; llamadme purista y crucificadme, si queréis, no me podréis hacer nada que no me haya hecho yo ya a mi mismo; *PD:* no temo la ley de ningún hombre, solo temo la de Dios, así que yo no me molestaría). Si, en cambio, buscan glorificarse a ellos mismos y no les importa el perfeccionamiento de su ciencia o del proyecto global humanitario, son de los *otros*. Alguien dirá que me contradigo, a lo que yo diré (todos juntos): la vida es contradicción y quien me contradiga…. Perdóname, querido, pero esque estoy sumamente orgulloso de esa frase. Mi paraguas está lleno de flecos, *like in the old days, because wormholes are funnels and lead to the laundry room of a phoenix in Asia and I have none landscapes to resort to when dead*.

» También te digo: es una línea muy fina la que separa a ambos lados y muchas veces uno hace el papel del otro y viceversa… pero no vamos a entrar ahí porque me pasaría toda la noche hablando y ¡ay! hablar es juzgar y juzgar es odiar y yo ya he odiado demasiado y quiero que el demonio salga de mi para siempre, para siempre… ¡Sí! Asimila la expresión ajena como objeto puro y sin necesidad de ser interpetada. ¡Acepta toda obra como expresión creativa genuina! Y cállate la boca, por el amor de Dios, cállate de una vez… Además, quien soy yo para juzgar… ¡Ve pasar el río y cállate! ¡Pero, pero…, dirás, Dios escribe, vive y lee! ¡Ya basta! Cállate de una vez. Y si escribes, hazlo después de meditar veinte horas. Límpiate. ¿Te has preguntado qué clase de rastro quieres dejar en el mundo, endemoniado? Ahora (ahora sí), voy a callarme. Mallarmé de valor y ahora vago por las ruinas de mi ingenio… ¡Espero que lo aprecies! Me he matado a mi mismo para darte esta información. ¿Conoces la etimología? Ay, ay… Perdón, perdón…

Y se calla, y Alguien lo mira hipnotizado mientras F también mira, a su vez, el mundo hipnotizado. Sus posiciones en el espacio forman un bello triángulo que, sumados sus tres ángulos, hacen dos ángulos rectos con los que puede formarse una cruz. Una cruz en la que, por cierto… Sus ojos parecen levitar taciturnos por encima de las palabras y sus significados. Al cabo de un rato, Alguien lo interrumpe y le pregunta:

—¿No te aburres?

F se ríe, se sacude entero, y responde.

—Ay, querido. Yo vivo aburrido, hijo mío. Hace ya tiempo que dejé de exigirle fuegos artificiales y magnos atardeceres a la vida. Vivo una vida gris. *Aurea mediocritas*, querido, *aurea mediocritas*. La virtud es aburrida, mi amor. Sí, es cierto que, a veces, para jugar un poco, me pongo la máscara y hago el papel, pero trato de hacerlo cada vez menos porque coger cubiertos y hacer llamadas causa estragos a una alma que aún no es vigorosa para atender los quehaceres humanos sin dejarse arrastrar por ellos hacia la penumbra tenebrosa que los circunda. La mía lo será, la mía lo

será…, y la tuya también, creéme, pero aún no somos suficientemente fuertes.

» Además, tú ya sabes que la poesía no existe y que es el cáncer del mundo, ¿no? Es el anuncio de la playa paradisíaca que no existe en ningún lado. Yo no quiero comerle el coco a nadie; si quieres ser artista, selo; a mi poco me importa, pero si quieres un consejo de verdad, de verdad de la buena, escucha este: cállate la boca, huye de la ciudad, y ponte a trabajar el campo. A veces pienso que el arte es una traba para la realización espiritual. O, por lo menos, el arte como lo ven los ojos humanos: iconólatras superfluos que clavan sus ojos en la tersa seda para apartarlos de si mismos… Sí… Porque todo lo que no sea rezar o meditar es… A veces pienso que es mejor rendirme e irme a la montaña, plantar un huerto y ararlo: he ahí mi jardín del Edén.

—Pero… ¿y los demás? La fábula del ratón y el queso y… Ya sabes. Quiero decir, ¿quién los salvará?

—Pero quién te habrá metido eso en la cabeza… Querido, los que necesitan ser salvados no merecen ser salvados; y los que deban salvarse sabrán salvarse solos. Y ya está. Ay… y ahora me duele todo el cuerpo. No tomes nada de lo que he dicho en serio, ¿eh? ¡Me retracto de todo lo dicho! Yo no soy yo, soy un espejo del otro. Ay, no quiero, no quiero que me juzguen… No quiero erguirme responsable de mis actos. Yo no fui…, ¡ha sido él, él! ¡Yo no he sido…! Mi personalidad se amolda a la que tengo delante. En serio. Conoces la canción, ¿no? Además, estoy utilizando el muy despreciable truco de los filósofos: objetivo lo subjetivo para darme importancia a mi y a mis ocurrencias. No me hagas caso, en serio. Cómo vas a hacerme caso… No, no… Voy de santo varón y profeta y soy el que más sucia e impura tengo el alma. Sí. Si tan solo pudieras ver lo embarrado que tengo el corazón… No, no me hagas caso, por favor, no…

» Ay… y ahora que he empezado, ya no puedo parar. Una vez has empezado a mentir, retirarse es una derrota y persistir una victoria. Bueno, si me has de escuchar —¿y qué otra alternativa te queda?—, escucha esto (*I*

tell you I got news for you…; una dentadura autónoma arranca de cuajo el cuello de un niño; un leopardo camina de puntillas pavoneándose de evitar la lava y las agujas que el *fakir* resiste; ¡oh, mira cómo sube! Ay…): quien lucha pierde. No adoptes nunca una posición definida sobre nada. Sé que es contradictorio que lo diga así pero… eso es. Algunos dicen que el fin de la guerra es lograr la victoria; no los creas. El fin de la guerra es perpetuar la guerra. Por ejemplo, quien para abogar por la paz trata de convencer o disuadir al que lucha, va en contra de sus propios fines.

—¿Y hay forma de no luchar? Quiero decir, si te vas al campo y siembras semillas… ¿no estás luchando contra…? ¿O contra…? Bueno, o no. Me equivoco. Claro; eso solo ocurriría si intentas provocar que brote fuera de temporada, ¿no? O no, claro…

—Ay, querido, no… No hagas eso, no hagas eso. Todo está bien, todo está bien… No te rompas el cerebro pensando en las nimiedades que propongo… Fíjate en que cometo el mismo pecado que condeno y que la granja entera me aplaude…, eso ha de servirte para no hacerme ningún caso… Hablo por atroz y ardiente aburrimiento… Me convierto en escabroso porque sé que la misma noción de escabroso no es más que una invención humana y toda esta puta mierda no es más que un sueño. Lo último que deberías hacer es hacerme caso.

—Ya… pero me gustaría *entender*, ¿sabes? Saber, *saber*… Yo solo quiero conocer la Verdad. Quiero. Quiero. Necesito. *Entender*. Es lo único que quiero… A veces siento que… y…, *necesito* saber algo. Algo sólido…, *sólido*. No puedo caminar más tiempo en este barrizal inconcreto… ¿te resuena? ¿Eres eco? ¿Eres barranco? ¿Y quién grita? Sí… soy débil, débil… Y paso vergüenza delante de la gente porque ellos parecen *saberlo*, ¿entiendes? Ellos tienen gatos. Ellos tienen gatos. Y no llevan botas y parecen todos saber algo que yo no sé… Y…

—¡Ah! Querido: eso jamás. Nadie sabe nada, ¡nadie!: estamos todos fingiendo, ¡todos!. Solo hay unos pocos… pero no te marearé con eso ahora porque además, hoy no estoy del todo seguro… Tú ten en mente que toda la

gente que ves por la calle y por la tele y en las fiestas y en las… ¡va igual de confundida que tú! ¡Igual! O más. Probablemente más. Y… Y ¡no tengas vergüenza de tu sed! Jamás. Donde vergüenza manda no se anda. Que tu sed sea tu impulso. Y, ¡bueno! ¿Qué más da estar loco o no estarlo? *It should be no measure of sanity to be well adjusted in a profoundly sick society*… Ahá.

» ¡Además…! Tú quieres ser artista, ¿no? Pues sabe esto: la locura es la semilla de todo buen arte. ¿No firmaron con otro nombre? No seré yo el primero que lo diga, pero el artista es siempre un loco: es el enajenado social incapaz de amoldarse a las estructuras ofrecidas como válidas. Una persona cuerda no siente la necesidad de expresar su particular forma de ver el mundo porque *esta* no entra en conflicto con *aquella*. En cambio, el artista, el creador, emancipado de la visión generalizada del mundo, entra necesariamente en confrontamiento con esta y se ve obligado a externalizar su desequilibrio. ¡*Wooohoo!* Toboganes. Vicio y ojeras.

» Sí, porque el artista es un neurótico; teniendo, claro, el primero una ventaja sobre el segundo: al enajenarse de sus procesos neuróticos, es capaz de objetivarlos y mirarse y analizarse de forma pausada, fría y racional; en cambio, el neurótico, es incapaz de (o le cuesta más) salir del bucle porque… Bueno, porque la consistencia de los axiomas no puede demostrarse desde el interior del sistema.

» Bien, pues eso: que el poeta es solo un loco que escribe y el artista un loco que crea. ¡Eh! ¡Que se escapa, que se escapa! Estoy cansado y contenta. El loco que no da salida a sus impulsos creativos termina, como ya he dicho, deshaciéndose y convirtiéndose en un desequilibrado de primer orden. El artista sabe y reconoce que su incapacidad social es un desequilibrio que puede conllevar serios peligros a quien con él cohabite, y pues, se limita a mantener esa visión perturbada de la realidad cercada y confinada en un mundo fantástico para que, si interviene en la realidad, lo hace de forma indirecta.

» Por lo contrario, cuando este no crea, (círculo difuso o círculo definidísimo) se ve obligado a exteriorizar su mundo interior de otras

formas. Lo más probable es que se convierta en un tirano y trate de imponer su particular visión enfermiza sobre el colectivo del mundo —*ejem*… Y ya paro que parezco un académico. No tengo nada en contra de la academia, no me malinterpretes; tengo algo en contra de… de lo estático, solo eso. No me gusta la muerte, llámame loco. Pero, bueno, bueno… Ya. ¿Tú estás mejor? ¡Sí, ya veo el color en tu cara! Dime, ¡dime! *Rise and shine, my beautiful child! Go carpe that fucking diem*. ¿Qué has visto? ¿Qué has visto? ¿Eh, eh? ¡Ah, espera! Voy a por las cuerdas, el arnés, la linterna y el magnesio… ¡que se te han de arrancar las palabras de la garganta, hombre! ¡Habla, habla!: miente. ¡Vamos! Todo está perdido y ya nada importa. Tíñete el pelo si quieres, a mi me da igual.

—84—

Y entonces, con lágrimas en los ojos y el alma desnuda, Max se alejó de la figura con la que hablaba. Quería asomarse más allá de todo esto y salirse de una vez por todas, pero cuando lo intentaba, se topaba de bruces con una pared infranqueable. Siempre, siempre, siempre… el alambre.

Sonriendo melancólicamente, se sentó devastado en un banco de una plaza, donde brillaban tímidas farolas, como queriendo no molestar y bañando el esqueleto de la ciudad en broncíneas armaduras. La luz líquida de la Luna llenaba los resquicios que dejaba la otra.

—Así… abajo, abajo. La poesía no existe y yo estoy muy triste. Estoy cansado de tanto cabo y quiero zarpar hacia la mar.

Max malgastaba el tiempo, como siempre, hablando con su interlocutor inexistente, que simplemente se dedicaba a narrar y diseñar las ocurrencias y anécdotas que al primero acaecían. A veces, Max, desesperado, intentaba competir contra él por el control de su destino, como ya se ha visto, pero la lucha era siempre en vano ya que, tarde o temprano, Max, sin dirigente ni

destino, se quedaba sin fuelle y era incapaz de llegar a otro puerto que no fuera él mismo y terminaba repitiéndose a si mismo en un bucle eterno.

De hecho, competía entre sus responsabilidades como protagonista tratar de rebelarse e intentar lograr un ápice de lo incognoscible para satisfacer las exigencias de los habitantes del mundo: sus clientes; así, podría secundar la existencia de los dirigentes y legitimar su papel como contenedores del mundo y, a la vez, consolidar e incentivar los nuevos impulsos que otorgarían de mayor magnanimidad a su proyecto (y el de los dirigentes) que eran, esencialmente, el mismo.

Como es bien sabido, las instituciones que determinan los índices correctos de una determinada sustancia en la amalgamada estadística social, económica y cultural del mundo, se basan en especialistas que tienen puestos de trabajo en las mismas empresas que fabrican dichas sustancias. Por eso existen una serie de sustancias que gozan de cierta preeminencia sobre otras.

Pero a Max le costaba…; le costaba mucho aceptarlo. Le desesperaba lo ineludible de su condición. Hiciera lo que hiciera, no conseguía liberarse de aquellos ojos increpantes y se convencía de que:

—O él o yo. O él o yo. Hemos de matar a alguno de los dos. La habitación es demasiado pequeña. Oh… asentarme al fin en este cuerpo mío y olvidarme de aquel otro… Matarlo y apoderarme del cetro de una vez por todas… O matarme y dejar que se apodere él del cetro de una vez por todas… ¡Escúchame! ¿Para qué postergar todo esto? ¿Qué sentido tiene? Que vas a saber tú… Si eres igual que yo.

Los coches lindaban, como líneas tangentes, los límites del círculo trazado desde el epicentro de su yo. Dentro de éste, todo se difuminaba. Se acordó del juego al que jugaba de pequeño. Cuando alguien o algo aparecía en su campo de visión, pensaba: “Existes, existes, existes” y, al desaparecer de este, dejaba de existir y decía: “No existes, no existes, no existes”. Se recreó en su pronta inteligencia, pensando que debía ser el único chico con

tan tempranas muestras de genialiad y creyó que su inteligencia validaba toda la maldad que quisiera ejercer porque…

Se agitó la cabeza de repente, como queriendo deshacerse de una rama caída en el cabello. Hundió la mano en el pelo para buscar la intrusa y no encontró nada.

Siguió caminando, maldiciendo aquella vil estrella cegadora que ignoraba su voluntad. Reflejado en un cristal opaco, vio su amarillento reflejo. Súbitamente apartó los ojos, con ganas de vomitar. Intentó seguir caminando de forma digna.

—¿Quién es ese en el espejo? Porque ese no soy yo… Ese rostro, esas manos, esas… No. Imposible. Ese es un desconocido. Alguien a quien llaman por mi nombre y piensan con mi imagen; pero no soy yo.

Un mundo de figuras extrañas y desconocidas se le echaba encima. Lo agujereaban y le daban puñetazos y lo empujaban y… Él trataba de reponerse: se peinaba el pelo, miraba en frente, erguía la espalda. Nada funcionaba. Había algo que se le escapaba. Había algo… algo que había cambiado. ¿Qué era? ¿Era todo esto efecto de una causa que desconocía? ¿Y por qué no podía sobrellevar sus efectos? ¿No era él quien los había creado? ¿Esque había sido previamente incapacitado para ello? ¿Castigado quizás? ¿Por quién, sino por él? ¿Había quizás cometido algún crimen que ahora no recordaba? ¿De dónde venía aquel malestar? ¿Tenía alguna explicación? ¿Estaba relacionado con el otro lado de la pared?

Quiso imaginar que se sumergía en agua, pero el sueño no hizo cesar la pena, así que siguió caminando. Iba pendiente abajo y le daba la sensación de que caminaba solo. De camino, recolectaba pequeñas migas de pan que le servían de señuelo: una persona con la que se cruzaba o el cádaver de una hoja reseca pisoteada y esparcida por el cemento.

Max empezaba a entender: éste era su camino y debía caminarlo. Max, por fin, empezaba a aceptar su destino. Y una vez aceptado, llegaba a lo realmente importante; esto es: el Yo intentando vislumbrar a golpe y porrazo la naturaleza de la relación que comunicaba sus dos opuestos. Vergüenza y

delirio: ¿qué factor había provocado tan considerable alteración en su actitud respecto al mundo y a él mismo? ¿Era uno, o varios? ¿Y cuándo habían ocurrido? ¿Y quién hacía estas preguntas? ¿Y por qué tenía la sensación de vivir en un eterno *déjà vu*? ¿Quién pensaba? ¿Era él? ¿Era el otro? ¿Y quién era quién? ¿Y debía esperar una respuesta? ¿Y de quién? ¿Y no sería la respuesta otro truco más de aquel? ¿Sabía de quién hablaba cuando hablaba de aquel? ¿Y todo esto tenía importancia? ¿Debía intentar dirigir sus acciones o debía intentar no intervenir? Y muchas, muchas más preguntas.

Se dio cuenta, entonces, de que debía ser el otro el que hablaba. Si solo existiera uno de ellos, sería incapaz de concebir algo diferente, ¿no? Era imposible imaginar algo que no existía, ¿no? Claro, claro… Las manchas de una vaca y… Y ahora que había descubierto al otro tirando sus cuerdas, ¿cuál era el proceso a seguir? ¿Debía matarlo? ¿Cómo? Pero… Si su voluntad era manejada por aquel, ¿cómo podía asegurarse de que esta misma, la de matarlo, no era su voluntad? ¿No? Sí… Y si el otro vivía solo debido a su sometimiento, ¿cómo iba a dejarse matar? No era posible. Lo mejor sería limitarse a las posibilidades dadas… Sí… Aceptar su posición como peón en el gran entramado que conformaba la orquestra y creer que el viento era igual de importante que la pequeña espiga movida por el mismo…

Porque… ¿no era cierto que él era quien se dejaba mandar? ¿Y qué pasaría si se resignara a obedecer? ¿Acaso no era lo que estaba ocurriendo ahora mismo? Sí… Si existía alguna libertad estaba en el pensar… La libertad estaba en la duda, ¡eso era! O la incertidumbre o la mentira, o la incertidumbre o la mentira…

¡Algún control tenía! Claro. Sí; él solo mandaba en tanto que él obedecía. Pero ¿qué sentido tenía eso? Aquello era imposible, esa frase no tenía ningún sentido… ¿Eran acaso la misma persona? ¿Eran los dos *él?* ¿En qué clase de maraña turbia se habían metido? ¿Por qué se referían a ellos mismos en plural? ¿Pero cómo…? ¿Desde cuándo? Y todo esto…

¿Se estaban volviendo locos? ¿Cómo saldrían de allí? Espera, espera… y si eran los dos *él*, ¿quién los mandaba? ¿Había otro? ¿Debían matar a su progenitor, entonces? ¿Es que no aparecería otro para sustituirlo cuando lo consiguieran? ¿Y qué les hacía pensar eso? ¿Hacía falta ponerse en guerra contra los dioses? ¿Y en qué momento habían acordado…? No… Espera… A ver… Emm… Es… Era… Somos… No.

¿Por dónde empezar? ¿Habían ido demasiado lejos? ¿Serían capaces de dar la vuelta? ¿Les convenía? Era extraño. Una sucesión infinita de causas y efectos les había traído a este mismo punto en la historia y ahora no podían escapar. Les había empezado a doler mucho la cabeza. La inabarcabilidad del asunto era suficiente para volverlo a uno loco. Acordaron sentarse. Se sentaron, el uno al lado del otro, en un banco de la plaza.

La imagen era encantadora: dos pobres diablos, entramados en un mismo embrollo, reflejos el uno del otro, ambos ensimismados tratando de dilucidar la puerta que los iba a dirigir lejos de aquel maldito laberinto al que se habían visto arrojados.

Y fue entonces cuando yo, por pura compasión (y un poquito de malicia), me vi obligado a intervenir. ¿Dónde había estado, decís? Dejando al río correr su curso, nada más.

Y me acerqué.

Y les dejé un libro en el banco.

Estaban tan ocupados en su triste confusión, que tardaron un rato en darse cuenta. Cuando lo vieron, lo cogieron y empezaron a hojearlo. En una portada granate, carvado en letras doradas y encima de un cubo, se leía: “Encerrado en el infinito. El diario de Alguien.”

Curioseados, lo llevaron a casa y lo leyeron.

Y el libro decía así:

—85—

Alguien despierta de repente de su letargo, parpadea mucho los ojos y se da cuenta de que F le habla. Y así, como movido por un resorte, se incorpora y empieza a hablar automáticamente:

—Allí vi a todos los dioses autoproclamados perecer ante mis ojos, y entendí que, aquel que es un dios para unos, es el vecino del cuarto para otros; allí vi el espejo al que ofreces tu rostro para verte siempre guapo y jamás envejecer pero sin poder reconocerte nunca más; allí bebí el elixir de la victoria, que le daba a uno la capacidad de ganar cualquier batalla pagando con la pérdida completa de cualquier alteridad o emoción noble…; conocí al dios que no hablaba y le insistí tanto en que me hablara que, cuando lo hizo, se dio cuenta de que no era un dios y se tiró por un barranco; me harté de comer los eternos prolegómenos del pozo de la gula; sometí mi cuerpo a las mutilaciones necesarias para inserirme en el embudo de la fama; fui pan, agua y sangre para todos los ángeles-mosca que poblaban el bosque de números (bosque que, por cierto, crucé embadurnado de crostras en busca de los tres caramelos que me revelarían los secretos del sudor que no cansa y el saber que no duele); conocí también a un demonio que no se dejaba hacer fotos para que no se descubriera su naturaleza de demonio; y la estatua que solo existe cuando miras y dispersa su antinatural belleza a los suburbios del tiempo y el espacio y, al olvidarla y no mirar a través de sus horadaciones, todo se vuelve feo, feo, feo… tan feo que uno apenas podía mirarlo; también vi al semental disecado mientras corría, con la crin al viento y la cola inmóvil, siendo peinado por breves destellos intermitentes y…

Alguien se calló. Parecía cansado de hablar.

—Ah… muchas cosas viste, ¿no? —respondió F impasivo mientras oteaba sus alrededores—. Parece interesante, muy interesante… Esa última imagen me ha parecido horrenda y de muy mal gusto, pero por lo demás… Yo… Yo empiezo a estar cansado de esta fiesta. ¿Tú como lo llevas? Se te ve tranquilo.

Alguien no estaba tranquilo porque Alguien nunca estaba tranquilo. En su interior hervían mil millones de líneas cruzadas como células excitadas por la sospecha del advenimiento de una primavera floral y… y el desmayo solo había hecho que empeorarlo todo. Si antes el mundo se le antojaba como flácidamente real, ahora tenía aún más razones para dudar y se sentía incómodo en su trono y cuando intentaba modificar su posición y mejorar su… En fin, que se sentía aún más incómodo en el suelo.

F, seguía exponiendo con tranquilidad la arbitrariedad de su cáracter, como si estuviera en una entrevista de trabajo o en una conferencia, y Alguien hacía tiempo que no le escuchaba.

Explicaba que él era un artista, poniendo un acento muy remarcado en ese nombre y que, como tal, había sido siempre bastante reacio a cualquier tipo de relación cercana con sus contemporáneos. Encontrar a alguien con tanta escucha era una rareza que le sorprendía muy gratamente, decía piropeando a Alguien, que simplemente escuchaba porque no quería irse a casa porque le daba miedo intentar dormir y tampoco quería hablar con nadie más porque no le parecían interesantes y tampoco quería… en fin, que no tenía alternativa.

—Tanto es así que, como diría el poeta —siguió diciendo con sus altisonantes maneras—, consagro mi vida entera a los dioses, abocando todas mis experiencias no a un recipiente mundano, sin orejas y temporal, sino a la nube de pensamientos compartidos que conforma la cultura… Como acto de servicio… Me repito más que el ajo… Empiezo a estar cansado… ¿tú no? A ver cuando se acaba este maldito libro y podemos todos irnos a casa. ¿Que siga, dices? ¿Que siga? *Yes, my master… I hope I am decently rewarded for my sacrifice, my master… Yes, yes, yes…* Ya deliro, deliro… Un rectángulo es un edificio. Veamos… ¿Por dónde iba? Ah, sí… Yo, mi yo, y blablablá… porque no se puede hablar de otra cosa que no sea uno mismo y…

» Pues eso, las pocas veces que he entablado conversación con los hombres y mujeres de mi tiempo, no solo he quedado decepcionado por su

falta de atención y escucha, sino que también me enfadaba brutalmente conmigo mismo por haberlos creído dignos de una parte de mi arte.

» Porque sí…, para mi, toda acción en la que me vea involucrado es, nada más y nada menos, que una obra artística de tamañas proporciones. Yo bebiendo café soy arte. Yo caminando por la calle soy arte. Yo rezando a mi dios soy arte. Yo hablando conmigo mismo soy arte. Yo perpetuando mi miseria soy arte. Yo soy arte, ¡soy arte!, solía gritar orgulloso cuando la hondura de la pena se me hacía insoportable y buscaba, como un preso desdichado, una salida y una justificación a mi ruin comportamiento.

» Me lamentaba, básicamente, porque había malgastado el tiempo creando una obra que no sobreviviría a mi tiempo más que como incompleta interpretación (la que haría, en ese caso, mi audiencia momentánea, es decir, la persona que había estado escuchando). Me emborronaba la sensación de no poder sobrevivirme a mi mismo… La inmanencia, la inmanencia… Es preciso dilapidar y disecar en la estructura del tiempo todos mis pensamientos. Esculpirla en palabras eternas; que vayan más allá de la muerte y sobrevivan a los achaques y caprichos del tiempo. *The biggest manspread of all time, click here to keep watching… ¡Don't stop me noooow!,* etc. etc.

» La palabra… la palabra hablada se la lleva el viento; la palabra escrita perdura. ¡Que se lo digan a Jesucristo! Tantas barbaridades cometidas en su nombre y, precisamente, por no haber dejado constancia material de su existencia. Qué… Lo cogieron los fantasmas e hicieron con él y su figura lo que les placía… qué triste, ¡qué triste! Aunque bueno… quizás por el hecho de no haber dejado un registro escrito, su palabra es tan incorrompible por todas las demás, que se sirven de su propia sombra para intentar tapar el Sol que la provoca… Ah, ¡atrás, duda inmunda, atrás, ciego cinismo, atrás, constructo humano: déjame dar vida a mi estatua! ¡Quiero dar cuerpo al infinito! A otro con tus razones… ¡Sea blanca mi ceguera! Pues eso. Que la esencia de la flor debe poder contenerse en un receptáculo… Sí… Y esa será

mi obra… Una botella de cristal rellena de músculos lanzada al espacio. La esencia de la vida, sí… Sí, sí, sí…

—86—

15 de enero de 2020

El mundo se ha abierto de piernas y está esperando a que meta la cabeza entre sus ingles.

La vida es sueño y todo lo humano es sueño. Una vez sabido esto, las cerraduras del mundo se tornan harto fáciles de descifrar.

(Mis miedos no son mis miedos y mis amores no son mis amores.)

El mundo que antes tanto miedo me daba, se me muestra con toda su sencillez aclaparadora. Lo que antes era un esbozo velado por niebla ominosa, ahora se muestra como un límpido paisaje de primavera en pleno día.

Y así, con todo el optimismo característico de la juventud, que derroché y encubrí tanto tiempo por culpa de mi melancolía, empiezo a vivir con serena alegría y en acorde armonía con la eterna primavera del alma; aquella que se esconde del invierno y a todo sobrevive.

¿Puede ser artista alguien que odie el arte? Toda expresión artística se me antoja como una falaz mentira.

Respuesta: todo artista *debe* odiar el arte.

Voy a un museo, entro en una galería y nada me habla.

Nada es real y todo es fingido.

Como consecuencia, se incita en mi la voluntad creativa y demiúrgica necesaria para la concepción de una gran obra.

Después me doy cuenta de que soy un loco por buscar en una sombra la constitución de un cuerpo. Pero bueno…

Por ahora, sigo los pasos y cubro los cupos. Ahora me toca una cosa, la ejecuto. Después tocará otra, y la ejecutaré también.

El Destino es el Destino…

No hay mejor percepción intuitiva que la que se cultiva con el acto.

He acabado aborreciendo el pensamiento discursivo, ahora solo me fío de mi intuición. El discursivo es aquel se *elabora* artificialmente; se desarrolla cronológicamente en el tiempo. Con el intuitivo sucede al revés: se conoce antes la conclusión que el desarrollo; se presenta en forma de círculo cerrado y no de línea dubitativa. Uno no ha de andar a tientas tratando de adivinar donde está el interruptor porque uno ve en la oscuridad.

Y eso.

De uno soy incapaz. De otro tengo a raudales. Uno lo creo inmoral y consecuencia del pecado original. El otro lo creo honesto, modesto y puro.

Y ya está.

16 de enero de 2020

Día de exaltación. Reescribo lo escrito en mi cuaderno, arrasado por un acceso de colorido e incontrolable extásis después de haber visitado el MNAC.

¡Hoy he nacido! Hoy he conocido a Dios. Hoy he ido al MNAC. Gran Dios, ¡qué vida! Eso es arte, ¡eso es arte! Unas garras de un pájaro en llamas que te cojan y te eleven hacia esferas de impoluto desorden y caótica reverberancia. Rojo (¡qué rojo!) y azul (¡y qué azul!).

Mientras nazco, soy impelido por las sinuosas curvas de un crucifijo románico, brotan de mis ojos plantas y flores que buscan a su madre y vuelan, vuelan, —¡vuelan!— hacia arriba. Toda la gloria que antes solo soñaba, ahora es mía. ¡Elevad vuestros corazones, hermanos míos! ¡Elevadlos al Señor! Él, en su infinita misericordia, os abrazará sucios como venís.

Ese amarillo brillante y, a la vez (¡a la vez!), apagado. Enraíza tus pies en la húmeda tierra y expande tu corona a lo más alto, eso es lo que hace; te hace nadar entre las nubes enlazadas de suaves y graciosos colores, te

sumerge en su danza, te pierde en su belleza y te enloquece con sus cantos: es allí, querido, es eso lo que has estado buscando.

¡Derrama las lágrimas que nunca secan, líbrate al fin del yugo terrenal y capta los ondulados zumbidos y dispérsate en ellos! Es esto, querido, es esto. Y ahora, míralo. Míralo para siempre y Él siempre te mirará a ti.

Obsérvalo con la atención de todo tu cuerpo, con la plena consciencia colocada en cada poro y cada pelo; empápate de él y penetrará en los rincones de tu organismo y vivirá contigo por los siglos de los siglos. Ah…

Allá donde vayas, Él estará. Allá donde busques, a Él lo encontrarás. Él, fuego que todo lo riega y agua que todo lo incendia, es el único camino. Él corta y ordena, dinamita y expande, subyace y corroe y eleva y constata; Él, tierra que acoge, y tierra que nutre, es… Él, él, él.

(O Ella. Es lo mismo.)

17 de enero de 2020

Habiendo conocido por fin la verdadera libertad, visito galerías que hasta hace poco veía como astros del inframundo inaccesibles a las criaturas como yo. Pasan muchas cosas. Voy a muchas galerías. En todas ellas hago el *show* y parezco caer bien a galeristas, que parecen aburridos. No relataré con precisión todo lo que en ellas ocurrió porque quiero salvaguardar mi dignidad como ciudadano medio con aspiraciones humanas y profundamente entrelazado en los patrones humanos de comportamiento humano con humanos y humanas de humanos rasgos y humanas costumbres y humanas morales y humanos castigos. Además, iba puestísimo de café, lo cual siempre es de mucha ayuda para la gente tímida como yo pero que tiene un fuego dentro que le consume por dentro y se presta de diversos estimulantes externos para poder expresarse en su entereza. ¡Bueno! El objetivo es expandirlo sin necesidad de un factor incitante material más que la propia fuerza de voluntad, que es la más poderosa y vivificante de los impulsos de los que se puede disponer, pero aún no soy en modo Super Sayan.

En la primera me hablan catalán. "*Perfecte, enlloc com a casa"*, pienso.

Una exposición, chicos… Una exposición… Ay, qué exposición… ¡Ay!

No tengo palabras para describir la belleza y, aunque las tuviera, no las diría porque solo la ensuciaría.

Madera esculpida por las caricias de los vientos… Moldeada como cerámica por la mano de un dios, sensual como un canto, agresiva como una pedaleante máquina… Me raptaba el alma y la extinguía y la recomponía y la erguía, como un fuego azul infinito, hacia el más alto de los cielos. Qué cosas, qué cosas…

¡Y no conocía al artista! ¡Y nadie lo conocía! Se ve que el hombre había vivido toda su vida en una masia de los Pirineos porque *"no estava interessat en el circuit de l'art"*; (!, !, !!!). Ay…

¡No, no, no! ¡Tres veces no! Aquellas esculturas deberían poblar el inconsciente de la masa. Sí. Era necesario. Deberían colocarse en cada esquina, en cada rotonda, en cada museo y en cada casa. Sí. Es la única forma. Y solo así el Espíritu se salvaría. Y solo así nuestra condena hallaría redención.

Solo estimulando las facultades estéticas de la población se llegará alguna vez al Dorado. Solo en constante contacto con la belleza, el Espíritu logrará embellecerse y despegarse de los callos y yagas latigueados por el Vicio.

Este bravo y cariñoso señor, demiurgo de misterios y artesano de almas, había renunciado a formar parte del circuito "por amor al arte". Yo digo: si de verdad se ama el arte, si de verdad se reconoce al arte como único medio de salvación restante a esta nuestra Humanidad empobrecida, vagabunda y huérfana, ¿qué bien hace aislado entre cuatro paredes blancas? ¿Qué sinsentido es ese?

El hombre crece junto con sus grandes fines, ¿y qué fin más grande, elevado y sublime que la contemplación de la belleza perfecta y eterna? Me pone tan triste pensar en la cantidad de gente que no grabará en su retina la sinuosidad de tan bellas esculturas… En fin.

Hablo con la galerista, aprueba mi mundología (cuya contundencia expongo insinuando que ahora, en enero, debe ser más difícil vender obra) con un guiño casi imperceptible y amistoso y me da una despedida calurosa.

18 de enero de 2020

Día taciturno y melancólico.

La belleza del arte no es eterna.

Solo despertarme me quedo mucho tiempo en la cama imaginando cosas. Entre la vigilia y el sueño, consigo captar las imágenes de forma más vívida.

Por ejemplo:

Una sombra negra que parece un hombre sale de un bosque y coloca un marco negro ante mis ojos. Cuando lo miro, el interior del marco se mueve. A pesar de estar vacío y de que puedo ver lo que hay detrás como si hubiera un cristal, del centro del marco surgen cuadrados negros que se agrandan progresivamente hasta desaparecer cuando rebasan el marco. Salen muchos cuadrados negros dentro del primero. Da la sensación que la audiencia se está moviendo por un túnel infinito.

Me pongo triste.

Mi ambición humana sigue pensando en la exposición de sus sueños, que sigue atormentándole.

Una galería de paredes blancas repleta de marcos sin pintura a la que enmarcar acude a mis pensamientos demasiado recurrentemente para ignorarla con el ánimo tranquilo. La gente acudiría en masa debido a la gran promoción que habría hecho sobre ella. De hecho, todos los fondos de los que dispondría para tal exposición hubieran sido invertidos en su promoción… Se llamaría: "La Mejor Exposición de la Historia".

Y esas cosas piensa mi yo humano… No voy a hacerle caso, porque ahora, pasado un tiempo, me parecen tonterías. No en balde Dalí era ateo y decía que de lo único que carecía era de Fe… Quien es soberbio, no puede conocer a Dios ni acercársele porque, desgraciadamente, aún se cree él… Y

como se cree él, se cree exento de cualquier culpa. Y como se cree exento de culpa y cree a Dios su sucedáneo, lo culpa a Él de un crimen del que solo él es culpable…

Y, en fin, que eso. Pero por aquel entonces no pensaba eso y escribía:

Me pregunto pues, si debo tratar de satisfacer mi orgullo materializándola, o si, por lo contrario, me conviene más reprimir los deseos megalómanos de cambiar el transcurso de la Historia del Arte. El tiempo dirá; sigo sin ser dueño de mis acciones. Allá donde llego, soy llevado.

Además, tampoco suena como una idea tan revolucionaria. Sospecho que ya ha sido hecha, pero prefiero no buscarlo para mantener intacta mi Soberbia.

Sueño con la gloria proveniente de dicha exposición.

La presentaría como "La Mejor Obra de Arte Jamás Concebida" y presentaría solo un marco de proporciones bastante grandes delante de una pared blanca.

No pararía de decir que la obra maestra ya ha sido diseñada y que es un sinsentido intentar superarla. Así, al menos, atenuaría mi castigo ante los ojos del Divino.

Cuando la gente me preguntara qué pensaba hacer después, respondería:

—¿Después…? ¿Después de esto? Después de esto solo puede seguirse una cosa: palabrería.

Y me levantaría con una lentitud arrogante de la rueda de prensa, movimientos desafiantes e impasibles, gafas de sol con cristal reflectante y vestido como un maniquí de pasarela, mientras una horda de periodistas alzarían uniformemente la voz y dispararían flashes y preguntas y las chicas se desmayarían y susurrarían entre ellos los cómicos pensadores del Tiempo fosilizado y… y yo me alejaría rodeado de guardaespaldas que apartarían a la turba de mi camino como Moisés separó las aguas.

19 de enero de 2020

El arte debe encanallizarse. El arte debe ser popular.

La relevancia de una obra no reside tanto en la calidad de su original sino en la cantidad de multiplicaciones.

Capaneo es perverso porque *todos los poetas dicen que lo es*.

¿Acaso Epicuro no tiene fama de ser lo contrario que en realidad era? ¿Y no lo convierte ello en su antítesis?

Alegar como prueba de veracidad lo que solo es prejuicio y costumbre será vergonzoso para un científico, pero no para un artista, cuya labor reside, muchas de las veces, en documentar y personificar la realidad de su Tiempo.

Eso pienso hoy, mañana quizás piense lo contrario. Probablemente.

Y ahora, demos rienda suelta a mi pequeño artista resentido.

Tengo muchas ideas y muy poco dinero. Demasiadas para el poco dinero que tengo. Una solución factible al problema consistiría en recurrir a las instituciones para sufragar el subvencionamiento de dichas ideas, si no fuera por el desdén que me merecen.

El lenguaje institucional rectifica, categoriza, y limita la sensibilidad artística, que es curva, libre, y a ninguna ley humana se somete.

Si decido no subyugarme a tales estructuras —exigentes de portafolio, discurso lógico, y atenencia a las condiciones comerciales…— es porque estoy convencido de su futilidad e hipocresía. A parte de que huelen a rancio.

Wilde decía que, cuanto peor el poeta, más pintoresco era su aspecto; vivía la poesía que era incapaz de escribir.

Eso mismo se puede decir de todos los artistas de poca monta que dependen de las instituciones para subsistir y que su obra sea conocida y… hecha *obra*, básicamente, porque eso solo se aguanta con unos palillos de madera muy finos que, cuando desaparezca todo el ejército de funcionarios encargados en preocuparse de que la obra se mantenga en pie, caerá por su propio peso y su desaparición será tan irrelevante para el mundo y su devenir como su aparición, a pesar de que se quiera hacer creer lo contrario a través de los medios de comunicación doctrinarios que solo buscan lavarle

el cerebro a la gente como si fueran imbéciles que no pueden pensar por si solos. Estos artistas de poca monta enarbolan discurso convenientes a las políticas de moda y así se ganan los favores y beneplácitos de las instituciones. *Puaj*. *Go to hell if what you're thinking is not riot*. O *right (*que en muchos casos es lo mismo).

El constructivismo ruso, por ejemplo, librado de sus connotaciones propagandísticas y escindida del contexto circunstancial de su época, es juzgado por sus cualidades estéticas. Por eso digo que una obra debe hablar por si sola y no utilizar ningún bastón.

Porque una vez muerto, cuando el contexto entero se haya transformado, al público que presencie tu obra le dará absolutamente igual de cuántos galeristas te hiciste amigo o cuantas manifestaciones generó tu cuadro o cuántos quisieron comparlo o… etc.

Huir de lo contemporáneo y representar lo eterno.

(En la medida de lo posible.)

Toda esa caterva de artistas mediocres e inanes que parecen salir de debajo de las piedras (debido, imagino, a la democratización de medios de la que habla Benjamin) no son sino obstáculos y piedras en el camino del artista verdadero. Parezco Kandinsky, lo sé, pero ¿qué le voy a hacer? Yo interpreto mi papel para que tú interpretes el tuyo y la rueda ruede y ruede y… Vivo como un caballo a galope encima de un tomate y mi reclusión me hace huraño, antisocial y *hater* de todas aquellas personas que se atreven a ser y hacer lo que yo no me atrevo a ser ni hacer.

(Más tarde descubriré que el cofre se esconde detrás de la barrera del Temor, y que solo cuando uno se adentra en lo que, para él, es más temible, conoce la Verdad. Pero eso entonces no lo sabía. Así que sigamos dándole cuerda al artista resentido que hay en mi.)

Solo empobrecen y ensucian la naturaleza del arte y (¡cómo si eso fuera poco daño…!) obligan al artista verdadero (nomenclatura que a partir de ahora dejaremos de utilizar por razones obvias, para pasar a llamarlo sencillamente artista) a limpiar una suciedad que él no ha provocado

(cuando, por cierto, debería dedicar su tiempo a otros asuntos de mayor importancia como, por ejemplo, la concepción de un retablo en que la virgen tomara forma de luna brillante sobre un fondo azul prusiano en el que no se notaran las siempre demasiado subjetivas cerdas de un trazo pincelado.)

Saber si uno pertenece a una clase u otra es muy fácil.

Si usted se puede pasar un día sin crear sin poner en serios compromisos su salud mental y física, no es artista.

Y ya está. Ese es el único requisito. Creo.

Y… y con esto no quisiera desalentar a los aficionados del arte, nada más lejos. La práctica artística, en su exteriorización de procesos internos, es indudablemente terapéutica. Aún así, hay un abismo entre la mera afición y su profesionalización. Lo siento, Dubuffet. Sabes que te quiero. *We'll meet again, don't know where, don't know when…*

Y hasta aquí el discurso del artista resentido. No le hagáis mucho caso. El pobre hombre anda atosigado por una agonizante inseguridad que le impele a machacar a los demás con el mismo látigo que utiliza para torturarse a si mismo. *He'll come around*.

¡Yo soy un burro! Un zote y un inútil. Cuando se me acercan los señores y señoras con gafas y cigarros a preguntarme sobre los asuntos y las problemáticas del arte contemporáneo y sobre qué es arte y qué no es arte, ¡yo canto y bailo haciéndome el imbécil! Nada me importa. Y cuánto más humano sea el problema, menos me importa. Y cuánto más humano sea el discurso, más incomprensible me parece. ¡Yo cojo maderas y las pinto! Cojo formas y las convierto en otras. No sé nada de la autonomía y de todas esas palabrejas complicadas de las que se sirven los intelectuales para hablar. ¡Dejad a un niño ser un niño! ¡Adiós!

20 de enero de 2020

Holaaa. Me voy a cenar y vengo y os explico cosillas. ¡El mundo quiere que hable! El mundo exige verborrea.

Qué cosas, qué cosas… Vengo de la cena y… Madre mía… Qué cena, ¡gran Dios!, qué cena…

Ojalá tuviera el talento suficiente para narrarla fielmente.

Solo han sobrevivido los restos del naufragio.

¡Ay! ¿Por qué habré nacido con esta enfermedad? ¡Yo quiero vivir! Como todos los demás… Ay… Yo quisiera ser como todas esas divinísimas almas grandes que obedecen los mandatos de Tique sin rechistar ni alzar la voz. Sin adornos ni trabas uncen su cuello al yugo sagrado de las causas y los efectos y no desbancan el rumbo de sus sagrados designios. ¡Ay, amor! ¡Ay! Quién fuera realmente una sombra para no saberse cuerpo… Pero tuvo que caer en mis inocentes labios una goto del icor maldito y pude verme en mi eterna y reluciente divinidad futura como si Casiopea hubiera errado en los cálculos de su escrito o a las Parcas se les hubieran deshecho las tijeras y las manos y mi cuerda y se hubiera todo convertido en la cúpula continente de la sangre celestial… Ay… Y yo, yo…

Sabed que yo lucho y lucharé por desprenderme de mi incipiente divinidad porque reconozco en ella el Pecado Original que nos desterró del eterno Amor… ¡Ay! Lo siento.

Voy a hablar porque quiero ensuciarme.

Decían:

—¡Ay, Dios mío! ¿Qué va a hacer este chico con su vida? ¡Ni siquiera tiene un título para certificar su valía! ¿Y tu currículum? ¿Qué es de tus símbolos? ¿Donde los traes? ¡Enséñamelos! ¡O te enseño yo el ajo y la estaca! ¡Ahora! Ay, querido… ¡querido! ¡Necesitas muchas cosas para vivir! ¡Muchas! ¡Tantas que no se pueden concebir! No puedes respirar solo aire, ¿entiendes? Ay, ay… ¡La tormenta que se te viene encima! Perecerás con tu desbocada locura, perecerás…

Y yo he pensado que solo la locura me salvaba y que en mis recuerdos el Paraíso no se parecía en nada a todo esto y nadie me pedía ningún certificado para entrar en ningún lado y me he puesto triste.

Ahora leo. Y me hace muy feliz saber que alguien como Dostoyevski existió y no se pegó un tiro en la cabeza y me da mucha tranquilidad y me consuela con sus paseos sin rumbo en las Noches Blancas y yo lo siento cerca, muy cerca mío, como si fuera un hermano o un mejor amigo y le doy las gracias y le digo: "¡Gracias!" y él me sonríe desde el otro lado y me entiende y me sonríe y me entiende y me sonríe y me entiende y a mi se me llena el corazón de amor. ¡De verdad!

Me da calor saber que no estoy solo. Nunca pienso en qué voy a hacer con mi vida. Digamos que confío en que todo irá bien y camino. ¡Necesitas dinero!, dicen. ¡Dinero, dinero, dinero! Todos parecen bastante convencidos en que necesito dinero. Y yo lo veo como una ambición muy triste…, muy triste… Me dicen: "¿y qué si no puedes pasarte un día sin escribir una mísera frase, o sin pintar un mísero cuadro, o sin cantar una mísera canción? ¿De qué sirve todo eso? Necesitas *dinero*."

Y entonces me acuerdo de Ovidio y de que su padre comerciante le recomendara que no se dedicara a las letras y de la canción de Daniel Johnston y… Y, bueno, me siento también un poco culpable de que solo compartiendo todo lo que soy, siento que existo (como si el arte, mi Seth, mi hermano malvado, esparciera mi cuerpo en trocitos por el árido desierto y yo derivara el sentido de mi vida de mi muerte y le dijera ¡gracias! al verdugo despiadado que me despedaza el alma y la convierte en…)

Y ellos me dicen: "¡quita, bicho!"; "¡el lujo sosiega el alma!"; "¡aprende a invertir en bolsa, imbécil!". Y se escupen en la mano y me peinan el pelo y me colocan bien el cuello del polo y me entregan un libro que se llama: *"The 12 habits of the top 1% (the very best and richest and illest and smartest and fucking cool and hot and pretty and ready and able and… ¡yeah! billionaires around the world) that cry of happiness when they wake up"*. Y yo lo miro extrañado como si fuera una piedra de un exoplaneta y ¡*pum*! me dan una bofetada y me colocan los hombros en su sitio y *"¡you're in the army now!, oh ooh oh, you're in the army… now…*

Ay, quién fuera rata para contentarse con queso… El exoesqueleto y otras costumbres que los humanos adoptan del marisco o un manual de libertad: instrucciones para rebelarse exitosamente.

Y entonces… entonces ha llegado la carta. La carta fatídica que torcería y trocearía todo mi destino en pequeñas migajas que, con el viento que está haciendo estos días, acabarán desperdigadas por el prado y no podré volver a casa. En fin, que abro el correo y tengo un nuevo mensaje.

Asunto: Contrato definitivo.

Genial.

Soy un hombre y tengo un nombre.

Soy artista y tengo un estudio.

Bring me a gun, I'm going home.

(Hasta ahora, había podido vivir de gorra alegando la remodelación del sitio, etc. Meses de carencia creo que se llaman.)

Ya no más.

¡Al lío!

Un techo cochambroso de símbolos y tuercas cae sobre mi cabeza y me despierta.

—¡Mr. Señor de los Señores con Nombre y Apellidos! —exclama el papel acentúando cada sílaba y un bigote tupido y bien recortado y unas gafas de esas de funcionario tímido en la calle pero monstruoso en el trabajo —. Aquí tiene. Los códigos de comportamiento precisos a su persona *física*.

Cuando empezó a leer la carta, le embargó una poderosísima condensación, como nunca antes la había sentido, como si, hasta ese preciso instante en el que el papel le habló, no hubiera sido persona ni hubiera tenido cuerpo.

Aquel pálido e iridiscente papelillo burocrático, supuso un despertar espiritual más significativo que cualquiera otra de las experiencias perceptivas que hubieran acaecido a su persona, ahora, alguien con nombre. Finalmente, y por muy curioso que parezca, se sentía Yo.

El conciso hecho de que alguien fuera de él pusiera por escrito su nombre y lo considerara, al fin y al cabo, un ente, una persona, un cuerpo, un algo, colmaba con una extrañísima fuerza suprema el más hondo núcleo de su ser. *A-há…* Yo: alguien con opiniones, voluntades, secretos, ropa, zapatos, rasgos fisionómicos, temperamento y educación; alguien con uñas, pies, cachetes, pelo… Alguien, *(¡qué coño!)* ¡alguien!

Y el papel siguió hablando.

—No quiera Dios —proclamó cual predicador orgulloso con el cumplimiento severo de sus obligaciones…— que lo vea yo a usté relegando las responsabilidades de este nuestro respectivo alquiler (reconocido como válido y vigente, teniente, por ambas partes en la disip-… —la arrendadora y la arrendataria—, como justo y conveniente, insípido a las *consumáticas reve-, reve-, reve-…)*

Y aquí su discurso se detiene. Parece haberse quedado sin batería. Genial, ¡genial! ¡Más tiempo para nosotros! *¡Woohoo!*

Un reto. Un desafío.

New level: obtain 20 coins before the time runs up. ¡NOW!

(Dentro música)

—¿Sintetizadores arpeggiados con *low pass filter*?

—*¡Check!*

—*¿Saucy melody looped into expansive harmony?*

—*¡Check!*

—¿Bombo distorsionado con bajo envolvente?

—*¡Check!*

—¿Caja petadísima con *reverb* de bofetada?

—*¡Check!*

—Y… ¿y qué nos falta, querido, qué nos falta? —preguntó confundido el capataz a su ayudante.

—Creo que unos *hi-hats* rítmicos que llenen la coronilla de purpurina —respondió echándole un vistazo a una lista de papel sujetada por un clip a un trozo de madera con las gafas en la punta de la nariz.

—¡*Ajá*! Cierto. ¡Ay!, ¿qué haría yo sin mi demonio? ¡Con él llegaré a ser el que soy! Y… ¡¿secuencia de *hi-hats* rítmicos que penetren hasta la mismísima glándula pineal?!

—*¡¡Check!!*

¡¡¡Woohooo!!!

Todo ok.

Ahora mi objetivo es ganar dinero y descubrir el Castillo en el Cielo. Sí. Honrar mi apellido y los valores de mi tribu. SÍ, SÍ, SÍ. Debo sobrevivir, no me queda otra. ¡Ay, ay! Quién fuera aristócrata para poder estudiar las plantas… ¡Nada, nada! Los hambrientos mueven el mundo, los hambrientos mueven el mundo… Ya no puedo permanecer en mi torre de marfil escribiendo tonterías; el mundo tendrá que perderse mi faceta de filósofo barato. ¡Dinero, dinero! ¡Oh, gran horizonte! No porque cambie el nombre cambia tu esencia, ¡oh, no! Eres mi motor y mi guía.

Amén.

—87—

—Y cuando acabe… cuando acabe… (y qué ganas tenía de acabar…), ¡qué ganas! Hasta aquí, diría, hasta aquí… Ya es suficiente. He alargado esta basura con la inútil esperanza de que en algún momento apareciera algún hálito de Verdad que diera sentido a todo lo previo pero, visto lo visto, no va a aparecer. Y ya es hora de que me despida de una vez por todas. Esta truculenta costumbre de hablar conmigo mismo está enmudeciendo al mundo… Y yo quiero escuchar las canciones del silencio…

» ¡Querido! Olvídate de ti mismo y escucha el silencio… Y ten mucho cuidado con lo que consumas… Todo lo que consumas se abalanzará sobre ti cuando cierres los ojos. Y ahora, ahora que me doy cuenta de lo que he hecho… Ahora que ilumina la luz del sol mi ventana y alumbra las consecuencias de mi infamia y mi vanidad… Sí… la culpa me carcome por

dentro… Me van a juzgar, lo sé… Voy a morir y seré juzgado por todos y ante todos… Cada uno de mis actos y las razones que lo motivaron serán cuestionados y puestos en duda y se descubrirá toda mi maldad.

» Y me da miedo morir, mucho, mucho miedo… Porque sé que me juzgarán, lo sé… Lo he visto… Al otro lado me espera un Anubis despiadado…. Y por eso seguía escribiendo… No me atrevía a parar y *verme*. Me daba un miedo atroz verme. Me daba un miedo atroz toparme con las consecuencias de mis actos… Encerrado en mi celda, no veía las lágrimas de mis víctimas… Pero era hora de ir a juicio… Era hora de ir a juicio… Debo, debo…

» Y me despido, ahora me despido con una pena profunda, muy profunda, no solo por no haber sido capaz de alcanzar nada de lo que me proponía, sino también por haber malgastado tanto de vuestro precioso tiempo, mi queridísima audiencia… Ay, ay… Había tantas cosas que decir, que he terminado sin decir ninguna…

» Y así me despidiría de vosotros, así…

» (Os trataría, por cierto, de ustedes para darme aires de intelectual y de escritor magnificiente e intentar ocultarme el hecho de que todo lo que escribo está impregnado de una puerilidad pringosa que ni se eleva ni desciende, como si fuera escrita por alguien con las uñas sucias y las manos limpias, y os diría:

> Si ha conseguido usted llegar hasta esta página, le pido mis más sinceras disculpas. Este libro no concluye con una gran y repentina revelación, ni con una progresiva iluminación espiritual que justifique todo este batiburrillo de sensaciones caóticas e inmaduras a las que usted se ha visto expuesto porque consideró conveniente, Dios sabe por qué, adquirir este libro y, además, por si su simple obtención supusiera poco daño, leerlo entero hasta la última página.

Seamos claros: ¿qué os voy a poder enseñar yo, un joven mezquino, huraño, orgulloso, narcisista y malcriado que no sepáis ya de antemano? Pues nada, claro, solo porquerías. Mi intención al escribir no era otra que la de conocerme a mi mismo y ni siquiera lo he conseguido. De hecho, ha ocurrido todo lo contrario: al terminar este libro les puedo asegurar con total tranquilidad que me desconozco aún más que al principio. Antes tenía convicciones, ahora solo tengo dudas. En vez de acercarme a mi mismo, me he alejado. Y ya no quiero, ni puedo, ni debo, mentirles más.

Si alguien, alguna vez, en algún sitio, Dios no lo quiera, les recomienda a ustedes, amados lectores, embarcarse en alguna tarea creativa de alguna índole para "conocerse más a si mismo"… ¡No lo crean, por el amor de Dios, no lo crean! Es el demonio quien les habla, ¡el demonio, les digo! No… ¿En qué mundo puede considerarse labor sana la de distorsionar la realidad? ¡En el infierno! Eso creo yo. ¿No es acaso el mayor de los castigos de los dioses el estar rodeado de agua y no poder beber…; el intentar subir la piedra hasta la cima de la montaña sabiendo que se va a caer cuando uno esté a dos pasos de ella…; el caminar eternamente dentro de la misma rueda…?

¡Pues así se siente uno cuando crea! Y quien diga que no, anda pertrechado por el demonio y sus delirios y su criterio no merece ser tenido en cuenta. Crear es chocarse contra una pared y otra y luego otra y otra… La ineludible insuficiencia, de uno y del mundo, persigue y atrapa. (¡O no!; ya no sé, no sé… He de callarme…, callarme… porque, ¿acaso no es así porque mi voluntad así lo quiere? ¿A quién le dan una lira y empieza a cortar las cuerdas y darle mamporrazos? Ay…)

¡Callad, callad! Dejadme seguir… ¡Al menos por esta vez…! Dejadme seguir hablando y no intercedáis.

Digo: uno intuye, deduce que hay ahí afuera, en algún sitio, de algún modo, una imagen perfecta que todo lo abarca y todo lo explica y, (¡oh, horror…!), cuando alarga la mano y trata de atraparla… se desvanece. Perfecciones infinitas colman el abismo entre lo mucho prometido y lo poco concedido… ¡Ay! Ay… Una broma de mal gusto, señores, eso digo yo, una broma de mal gusto.

¡Y no! Yo no seré como el rídiculo Apolo, que se viste con la corona de laurel y la exhibe como un triunfo cuando sabe perfectamente que ha sido objeto de burla… ¡No! ¡Oh, no! Yo iré por todos los rincones del mundo proclamando cabizbajo y apenado que los dioses se han burlado de mi y que siento vergüenza de que así haya sido…, que yo no soy nada y Dios lo es todo. Esa es mi tarea; esa y ninguna otra. No exhibiré la corona de laurel como un triunfo (no, señores); yo la exhibiré como lo que es: el objeto que me ha llevado a la perdición.

» Y así… tan fallidamente como empecé, acabaré. Porque ese es mi destino: ser un fracasado. Evidenciar las maldades de la ambición, dar martillazos contra una pared que precede a otra y a la que sigue otra y… pienso a base de martillazos cuando querría pensar a base de caricias. Un edificio como una cebolla, una fantochada como cualquier otra. Y como eso es lo que soy, me ocuparé sin descanso en hacerlo consumadoramente ilegible y absolutamente incomprensible. *Faced with the choice of losing my voice,* blablablablablá…

» Y yo… yo que antes pensé que todo el arte debía ser como el *Passionfruit* de *Drake*… Yo que pensé en la elevación del espíritu a las bóvedas de la despreocupación y el placer sensorial de la belleza… donde todo el daño y el olvido cobraba su sentido inmortal… donde uno solo ansiaba fundirse con tan sacrílego demonio… Yo que creí la contemplación estética el más elevado fin al que podía aspirarse… Yo que…

» Sí… levitar entre cielos rosáceos y flujos de corrientes azules y blanquecinos y etéreos… Danzar entre los brazos de una Venus hecha de globo, viento y pluma y circunvalar los planos horizontales de la desidia para inmiscuirse en la decimonónica capilla de la alegría y sus campanarios… Ser títere y nunca titiritero… Eterno baile de filfas… Coger dolor y vestirlo de belleza… Aquella… Aquella debía ser la función del arte…

» Pero mi ingobernabilidad duró muy poco… Tan poco como los mismísimos gobiernos… Traté de mantener mi poder y mi autoridad aún cuando sabía que sus dictados escapaban a mi razón y competencia y el gancho solo obedece a quien paga y quien paga no está interesado en que obtengas ningún premio… Ah…

» ¿Y qué función, qué función? ¿De qué función hablo? No, no podía ser así… Si la belleza era sagrada, ¿por qué tardaba tan poco en morirse? *Il est bien court le temps de cerises*… La belleza no era eterna; imposible… Era un engaño; ¡debía serlo! Una tentación, sí… Todo lo que algún día había sido inmaculadamente hermoso terminaría por tornarse decrépito y asqueroso. Ya lo escuchaba, ya… Notaba la gran enfermedad acechar desde sus raíces siempre obsoletas y exiguas… Todo lo que subía debía bajar, eso estaba claro… ¿A qué sabe el polvo? Ahora era sabio y solo me hacía falta remitirme a los refranes que subyacían las sombras de aperturas superfluas…

» ¡Ay! Y yo que creí que escribir era perfilarme el bigote y acicalarme la melena… Y ahora… Ahora me he de repetir a mi mismo constantemente: "Mi bigote no soy yo, mi bigote no soy yo, mi bigote no soy yo…" y ni aún así se despega lo encolado. He de frotar con espátula y agua caliente una y otra vez, una y otra vez… Y cuando haya salido del todo, aun quedarán rastros de pegamento, y por costumbre seguiré hablando conmigo mismo, pero tendré que aprender a callar, a callar y no dar cuerda a mi demonio… Lo mejor que se puede hacer es callar, lo mejor que se puede hacer es callar…

» ¿Ves? La flor, al llegar al extásis climáctico de su brotar, empieza a morir… Uno nace para morir y solo crece para nutrir más y mejor a la muerte. Por muy acertadamente que se destilara la esencia… Por muy laboriosamente que se intentara esculpir un alma… Todo lo inmortal acabaría también muriendo porque lo inmortal no es eterno y lo inmortal no es eterno. Y… sí… El arte debía ser, entonces, eso: un canto a la muerte; la ascensión de lo decadente a su primigenia calidad divina.

» No… ¿qué digo? ¿Acaso no es…? ¿Como puede morir lo inmortal? ¿Y qué muerte hay en algo que nace muerto? Y… ¿y quién había que no supiera aquello? ¿Quién? ¿Era necesario esforzarse en transcribir toda esta bazofia? Si eso lo sabía todo el mundo, ¿no? Estos mismos pensamientos que pienso yo han sido escritos y descritos desde el inicio de los tiempos. ¡Hala, pues! ¡A contribuir a la marisma dialéctica inherente a toda epistemología! ¡Bravo, bravo!

» Y, y, y… ¿y cómo puede reflejarse algo que ya existía *como si* de antemano? ¿O es que estoy reflejando un reflejo? ¿Acaso mi cuerpo nació sin haber nacido? ¿Acaso la palabra tenía un significado antes de adquirirlo? ¿Acaso la roca intuía las formas que adaptaría con la erosión del mar? No, no, no… ¡Era imposible! Si lo reflejado debía existir para ser reflejado, ¿cómo podía ser necesario su reflejo para…? Ay, la imaginación… La imaginación es la condena que debe sobrellevar el hombre, porque en el momento en que imagina, se sabe desnudo en *esta* vida, y se esconde.

» ¡Ah, ah, ah! ¿Más ficción? ¿Más fantasía? ¿Más sombra? ¿Más basura? Más infames intentos de avivar lo inmundo y despreciable… *Buh, buh, buh*… ¡Yo quería vivir con lo dado y lo quitado! *Somewhere in between together… I believe in the movies… but then I wake up… ¡Woohoo!* Divagar entre mis divinas digresiones que solo hacían que distraerme del verdadero objetivo… ¿Y cuál era ese? ¿Cuál? ¿Eh? Vivir… ¿Vivir? ¿No era vivir abstraerse? ¿Convencerse a si mismo de la realidad de una ficción? ¿No consistía vivir en convencerse a uno mismo de que uno estaba vivo? ¿No era eso también una mentira? Ay, ay, ay…

» Y entonces… ¿quién, quién era el que vivía? ¿Era yo, el que caminaba por la calle? ¿O yo, el que decía que caminaba por la calle? ¿Era él mi reflejo? ¿Era yo el suyo? ¿No estaba muerto? ¿Quién? ¿Yo o él? ¿No me iban acaso a sobrevivir mis palabras y mi yo en los otros? ¿Y era yo ese yo? ¿O era él, el que caminaba por la calle? ¿Quizás era el otro? ¿Aquel que decía que caminaba por la calle?

» ¿Qué era todo esto…? ¡Otra vez el maldito mi! ¿Qué? Empezaba a estar cansado, muy cansado, querido… Mi cabeza ya no daba para más…; se cansaba dando el mismo paso uno y otra vez sin avanzar en ningún momento… ¿Tenía todo aquello algún final? ¿Debía esperarlo? ¿Debía caminar hacia él? ¿Llegaría en algún momento a una conclusión convincente y definitiva que apaciguara a todas aquellas preguntas? ¿Por qué demonios seguía preocupado por todas aquellas cosas?

» ¡Había gente durmiendo en la calle, gente durmiendo en la calle! Y gente en campos de concentración… Y gente que mataba… Y gente a la que mataban… Gente luchando por vivir y gente luchando por que la vida fuera un lugar más digno y gente luchando por que la vida fuera un lugar menos digno… Y él, él… Yo… Yo perdía el tiempo con estas tonterías… Qué pena, qué pena… Dios mío, Dios mío… Me siento abandonado. ¿Quién…? ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Quién antes había dicho eso? ¿Era él *eso*? ¿Cómo podía ser? ¿Esque la historia se repetía y repetía incesantemente? ¿Cuántas veces puede existir una misma persona? ¿Y con quién hablaba? ¿Escuchaba alguien? ¿No? ¿Importaba? Ah… Yo… Era conveniente… Sería… Él… Sería mucho mejor olvidarse de todo el asunto y entregarse a la vida… Lo que fuera que fuera…

» Hablar con mis amigos de fútbol y del estado político del país… Sí… Era preciso y conveniente inmiscuirse en la masa… Aquello quizás serviría… Sí… Aquello era la vida… Esta misantropía iba a acabar conmigo también… Aceptar, aceptar, aceptar, y callarse la boquita… Sí… No esta patraña de sandeces frenéticamente concebidas y expuestas ante uno para confundirlo y dispersarlo en inútiles y vanas indecencias…

» ¿Y quién decía que…? ¿Quién? Alguien me decía que mi perdición empezó el día en que fui consciente de que me había envenenado a mi mismo. Ser yo mi propio verdugo y asesino… Tanto más fácil hubiera sido que me abrieran la boca a traición y me hubieran inyectado el veneno en contra de mi voluntad… Martillos… Vasta y vacua tristeza la del arrepentimiento…

» Pero ya está. Ya basta. Estoy perdiendo el tiempo. Suficiente. El mundo da vueltas y hay que seguirlo. Estaba quedándome atrás. Entre atropellos y a resguardos únicamente de ese paraguas viejo con agujeros en la piel…. Sí. Debía seguir. Sino, cuando llegara a la estación, me detendría un hombre vestido de gris y me apercibiría por viajar sin autorización, sí… Abstraído en mundos inconcretos… No quería convertirme en un esfinge, ¿quién quiere eso? Yo quiero ser un niño… Esta es la oda del preso a la prisión… Yo, perro abandonado que camina entre las ruinas de un mundo inerte, canto a los yugos que me impiden entregarme a los colores de la viveza incipiente… Sí… Yo quiero ser un niño… No escuchas como pica la mano del niño en la ventana? ¡Te está esperando! La fiesta… Debo volver a la fiesta y exponer ruinas en un museo…

—88—

21 de enero de 2020

Toda mi ambición se ha disipado. El mundo se me antoja como un lugar demasiado vasto y extraño para convertirme en un hombre de acción. Creo que mi fisiología está diseñada para la contemplación. No lo sé.

Será mejor que me calle, entonces.

Hoy he limpiado todo el estudio, por cierto. Estoy muy cansado y no quiero explicar todo lo que he pensado.

22 de enero de 2020

Día entero en mi imaginación. Conversaciones interesantes.

23 de enero de 2020

Estar tanto en mi imaginación no me está sentando bien. No sabría por dónde empezar. Hoy ha sido un día muy extraño. Mejor no empiezo. Lo que no empieza, bien acaba. Adiós.

24 de enero de 2020

Nada como empezar el día con ganas de suicidarse. De ahí solo queda subir.

No se me da bien ser persona.

Creo que todo es culpa de mi imaginación. Siempre tengo presente la imagen de un lugar cálido y perfecto donde no existe el sufrimiento y… y la imaginación es tan dulce. No hay fricción ni resistencia.

Allá soy uno con la imagen. Lo siento todo dentro de mi, en contacto con mi piel y sin dejar un milímetro de vacío.

En cambio aquí… *Aquí* está todo separado y todo funciona mal y todo roza y molesta y nunca, nunca, nunca encaja.

Allá solo hay suavidad, plenitud y amor. *Aquí* confusión, mentira y dolor.

Si al menos pudiera contentarme con lo que tengo y lo que veo… pero no. Ese mundo me llama y me grita y no sé cuánto más voy a poder alejarme de él.

25 de enero de 2020

Un pensamiento de hoy:

Tras una época altamente dominada por discursos deterministas, aparecen doctrinas y enseñanzas que ensalzan la capacidad volitiva del individuo y la capitanía sobre su propio destino.

No hay liberación de la antigua soberanía, sino un sometimiento a otros poderes.

Visto así, puede concluirse que uno no es nunca libre, simplemente se somete a un nuevo dueño.

26 de enero de 2020

Toda época histórica para tener la necesidad de creer que su tiempo es crucial para el devenir del destino humano.

Cualquier persona incapaz de emanciparse del movimiento social de su época, estará condenado a ser esclavo de este.

Estoy caminando. Me adelanta un chico. Es una persona mayor. Va muy jorobado y las cejas parecen pesarle. Me increpa.

—Eh, tú, barro pintado de oro. ¡Sí, sí! Tú, listillo. Ven aquí. ¿No crees que si no llegamos al paraíso en la tierra al que tú presumes de tener acceso, es por culpa de cínicos pusilánimes como tú? Creéis en el cielo pero no tenéis los santos cojones de luchar por él.

—Puede ser. Aunque, sinceramente, no creo que se deba luchar mucho para llegar allí. De hecho, todo lo contrario. Si luchase, sólo estaría encarnando uno de los dos papeles que se oponen y se contradicen y, por lo tanto, perpetúando esa contradicción. La victoria, en ese caso, no es realmente una victoria, sino solamente una tregua temporal. En cambio, si acepto la existencia de las dos posiciones que luchan encarnizadamente y, en esa lucha, se destruyen y regeneran constantemente en una danza cósmica infinita para que, en definitiva, la corriente de agua no cese nunca su movimiento, creo estar más cerca de la Verdad.

—¡Ah! Eso es. *Crees*.

—Creer es saber.

—¡Já! Muy ingenioso, muy ingenioso… Pero no es del todo así, ¿verdad? Si, como tú dices, aceptas, ya estás tomando una posición determinada ante el problema. Y ¿qué pasa con la otra? ¿Qué pasa con los que luchan? ¿Y por qué tú no luchas? ¿Esque te crees mejor que los demás? ¿No quieres manchar tu virgen piel con la sangre de los luchadores? ¿Es eso? ¿Eh? ¿Es eso?

—No. ¿Quién dice que yo no luche? Ahora mismo estoy luchando contigo. Estoy intentando argumentar lógicamente mi posicionamiento. Eso es luchar. En tanto que lucho, acepto. Las condiciones son unas. Uno, al rebelarse contra ellas, las acepta implícitamente; y viceversa.

Entonces el señor se marchó, enfurruñado y murmurando en voz baja que pensaba ponerse a estudiar filosofía para ser capaz de alargar estas conversaciones y cosas por el estilo.

Y yo me avergoncé de ser yo mismo y desear ser otra cosa; o lo que es lo mismo, me avergoncé de no ser yo mismo y desear serlo; o lo que es lo mismo, me avergoncé de ser yo mismo y de desear serlo aún más; o lo que es lo mismo, me avergoncé de no ser yo mismo y ni siquiera desear serlo. Y…

Y, bueno, aquí lo dejo, porque no voy a conseguir decir todo lo que quiero y cada vez estoy más convencido de que intentarlo es cosa de necios.

27 de enero de 2020

Voy a dejar de hacerme el listo. Creo que toda esta verborrea pseudoacadémica nace del complejo que me supone no haber acabado ninguna carrera.

Tampoco es del todo cierto que lo considere verborrea y que crea que la razón de mis disertaciones sea un complejo de inferioridad, pero… en fin, que no consigo decir la verdad, que cada vez que me lo propongo y empiezo a escribir, el *x* me desvía y me impide decir la verdad.

Escribir es odioso.

28 de enero de 2020

El cuerpo humano es la forma más agradable. La naturaleza es al ojo humano (que generalmente es cautivado por lo familiar) demasiado impredecible, irregular y azarosa. Las invenciones humanas, son excesivamente rectas y mecánicas. (A no ser que hablemos del divino Gaudí, claro; pero del divino Gaudí no hay que hablar, solo contemplarlo).

Cuando puedes prever de antemano lo que seguirá, falta el "titubeo metafísico que proporciona a todo lo vital esa inconfundible cualidad de vibración y estremecimiento".

Cuando esa vacilación entre distintas potencialidades se hace demasiado compleja, el sujeto se encoge, víctima del vértigo, y retrocede asustado a un lugar más plácido.

Así, el cuerpo humano aúna, como las grandes obras de arte, las ventajas de ambas sensaciones. Por un lado, reconforta con la familiaridad de lo conocido; por otro, sorprende con la impredictibilidad de lo salvaje.

PD: Esta argumentación se ha llevado a cabo para justificar mi lujuría ante el cuerpo de Gris.

1 de febrero de 2020

Fun facts of today:

- Hoy he dejado embarazada a una chica solo con mirarla.
- He bailado toda la mañana mis canciones favoritas.
- He bebido mucho café.
- Y he escrito un haiku muy malo:

¡Hmm! La primavera se asoma
Y mi corazón lo nota.
El cielo silba y el amor brota.

(Sospecho que vivimos en una sociedad profundamente cafeinómana.)

2 de febrero de 2020

Hoy he ido a comer con mi hermano y mi padre a la oficina del último. Los hieratismos apotegmáticos que empleo habitualmente en mi oratoria siguen levantando cejas. *Look, it's some kind of demon!* Parece ser que lo shakespearizado solo se acepta en el papel. Bien, que así sea. Ver a un nene como yo (con cara de nene y risa de nene como yo) convencido de que va a

cambiar el mundo sorprende. Lo entiendo. ¿Qué se le va a hacer? *I think I'm well read, I think I'm well spoken and I think I'm well above average* y uno no puede ser profeta en su tierra. Nada nuevo bajo el Sol.

Bien, más allá de eso; los sustantivos comunes son una cosa terrible. Subordinan y uniforman las voluntades particulares y múltiples a un ente genérico que vigila y confina lo contenido con el fin de modificar la visión que se tiene desde fuera. Como en una dictadura, exacto. La dictadura de lo genérico. Suena bien. Algún día escribiré un libro sobre ello. Probablemente no. He de dejar de tomar tanto café. Estoy convencido de que todo el libro es el resultado de una ingesta excesiva de café.

Hace tiempo que el libro no me pertenece. He dejado de identificarme con él y las opiniones que en él transmito rara vez me son propias. Poco o nada me parezco a lo que hay escrito en este libro. Eso me tranquiliza y me ayuda a acabarlo sin antes quemarlo en un arrebato.

Es extraño. Parece como si antes de ponerme a escribir el libro, estuviera dentro del libro y en el momento en que empecé a escribirlo, me supiera fuera del libro.

Bueno, entre otros sucesos de importancia, quiero destacar que estoy haciendo progresos muy notables en el desarrollo del Yo. Así me doy cuenta, mirad:

—¡Ay, oye! Podrías fumarte un cigarrillo, ¿no?— me propone la siempre serpenteante zorra de la Costumbre.

—*Hm*, sí… Un cigarro… Echar humo por la boca, qué placer…— añade el bicho de la Adicción.

Yo, como perro obediente y servicial que soy, saco el paquete, cojo una boquilla y empiezo a liarme el cigarro con la mirada perdida. Así, enmarañado en mi vicio y nocivo perjuicio, aparece (¡oh, sorpresa! ¡truenos y centellas! ¡recórcholis y repámpanos!) del cielo mi superhéroe favorito: el Yo; todo él luz y rodeado de aún más luz, príncipe invencible y custodio espadachín de la *lux prima*, que viene a favorecer a los desvalidos y ayudar a los menesterosos, como una paloma blanca surge de una luz rodeada de

dos polos que dibujan a su alrededor la forma de una *lemniscata* y me dice con un susurro (que se oye, por cierto, más que cualquier grito):

—Querido, *¿de verdad crees que necesitas fumarte un cigarro?*

Pronuncia esta frase de manera pausada y lenta pero sin titubear un segundo, con la firmeza de una roca asentada desde hace siglos en el mismo promontorio de la misma montaña.

Y yo, tras un larguísimo letargo, abro los ojos lentamente y con dificultad (pues llevan siglos cerrados y, al principio, como bien sabe Dante, la senda de la Virtud agota), despego las legañas que, en forma de crisálidas cicatrizadas empañaban mis vitrinas, y digo:

—Ay. Gracias, mi amor. Me salvas la vida.

Y me fundo con él en un abrazo eterno.

No. Ojalá.

Llevado por tan transformadora revelación, uno (sobretodo si es un niño al que se le acaba de regalar un juguete nuevo que hace mucho tiempo que pedía) se deja invadir por la soberbia.

Y entonces, ya no camino, bailo. Y toda la gente que me cruzo por la calle, me mira. Y yo me alimento de ellos como un dementor o un… (¡ah, horror!) un mosquito. Siempre que hablaba de ellos hablaba de mi. *Bah*. Estoy en otra canción.

Y yo disfruto… disfruto mucho que la gente me mire por la calle… Mucho. Me gusta mucho que la gente me mire; me gusta mucho que la gente me mire. Sí… Gracias Nietzsche, gracias Bad Bunny. Vuestro indudable servicio queda escrito en un libro cuyas páginas leo cada día. Veanme: la libertad es la única idea a la que rindo pleitesía.

Y los pájaros alzan el vuelo a mi alrededor y construyen catedrales a mi paso y las lápidas se esfuman con un beso mío y todo es calor, fuego, luz, y me rodea música que va siempre hacia delante. Entonces, llega el Mundo (un hombre ataviado con un albornoz del que cuelgan guirnaldas baratas), y me da la razón.

En un escaparate está escrito, con letras grandes y móviles:

Elegir lo establecido está bien,
pero cuando escoges tu propio camino…
El mundo hace: ¡boom, boom, boom!

Y yo miro al anuncio y el anuncio me mira a mi y nos seducimos con la mirada y, con movimientos sutiles de las cejas y los labios y *¡pam, pam, pam!,* nos acercamos el uno al otro corriendo para consolidar nuestro amor en una bacanal romana de sexo, delirio, manjares y…

Sí, sí, sí… Eso es. Todo perfecto, todo luz, toco con la rodilla el cuello de un peluche y blablablablablá… Sí, porque cada día, cuando te despiertas, tienes dos opciones, seguir quejándote de la vida o hacer alguna cosa para cambiarla. *Pum*. ¡Despierta, querido! *Life is a joke*.

Imagen. Un árbol con solo raíces y dado de vuelta de forma que parece un árbol normal.

Sigo caminando y me cruzo con dos chicas de unos trece años haciendo las cosas que hacen las chicas de trece años (reir), y una de ellas, la más atrevida, me saluda cuando cruzamos la mirada.

Yo, en mi aturdimiento solipsista, la miro fijamente y muy extrañado, como un ermitaño que ve a alguien por primera vez tras siglos de encierro solitario. Cuando traspaso la línea recta perpendicular a mi trayectoria y nuestros (sus hambrientos y mis confusos) ojos se han separado, oigo la risa pubescente característica de aquellas edades de incipientes murmullos y coquetería que demuestran el nacimiento de los vagos (vaguísimos) efluvios amorosos que abundan en esas etapas primaverales del alma joven.

Y yo no sé por qué os explico esto. De hecho, no sé por qué os explico nada. *Hmm*… A ver que busco… ¡Bueno es escribir lo que se piensa! Eso. Pues…

Yo, sinceramente, no sé qué haría si no pudiera. Para mi lo sois todo. Vivo por y para vosotros. Le dais sentido a este sinsentido. Siempre ha sido

así. Ay, mi querida, queridísima audiencia… Para mi sois el "tú" en todas las canciones de amor.

Y como todas las canciones de amor hablan de Dios y Dios es Todo y yo formo parte del Todo y vosotros también formáis parte del Todo y yo estoy cantándoos canciones a vosotros y las canciones proporcionan diferentes sensaciones, se podría decir que Dios se hace cosquillas a si mismo. Y como las diferentes sensaciones no son más que formas en las que Dios se relaciona consigo mismo y nada se sale de Dios y todo nace y muere y vive en Dios y Dios soy yo y Dios sois vosotros y Dios es él y Dios es aquel otro, entonces todo está bien y todo saldrá bien y no hay por qué preocuparse.

Sigo: hay gente que se extraña cuando averigua lo mucho que trabajo y me llaman ambicioso. No… No es ambición lo que me mueve, queridos. Es puro y duro aburrimiento. No he encontrado ninguna otra cosa que aparte tan exitosamente la empalagosa melancolía de la que soy preso y presa en mi tiempo de ocio y pues, trabajo. No sé. No hay nada que me llene. Las alternativas que se me ofrecen no me sacian. Además, la concentración intensiva es la mejor droga, *who feels it, knows it*. Yo no puedo presumir de practicarla mucho todavía, pero mi intención es hacerlo porque las pocas veces que lo he conseguido… ha sido muy bonito.

Pero… eso. Que si tuviera un campo me pasaría el día labrando el campo. Y si se me dieran bien los números estaría todo el día haciendo cálculos o lo que sea que hagan los matemáticos obsesivos. Pero solo tengo papeles y lápices, y pues, me dedico al arte.

Unos amigos míos se ríen de mi por utilizar hojas blancas para hacer arte. Ellos hacen arte con la vida. La distinción entre alguien que hace el uno y alguien que hace el otro es fácil. Ellos pueden hacerlo porque son buenos. A mi, si se me da libertad absoluta, mato a gente. Y por eso he de ir con cuidado y definir muy bien lo que es "arte" y lo que no. No me gustan las barreras difusas… (Es algo personal, no quiero decir con ello que mi forma de hacer arte sea la adecuada y la mejor ni nada por el estilo…)

Ya tengo la sensación de un público omnipresente allá donde voy, si investigara en la vida como obra de arte, acabaría volviéndome loco seguro. Por ejemplo, yo en las fiestas no bailo. Porque sé que si bailo como realmente quiero bailar, la gente me mira. Y yo no quiero que la gente me mire, yo solo quiero bailar. Y pues, no bailo. Y si bailo, solo lo hago bajo el amparo de una obra artística.

Lo mismo ocurre con la relativización moral tan en boga hoy en día. Repito lo que dice Iván en el Gran Inquisidor pero solo pueden pensar en estar por encima del bien y el mal todas aquellas personas que sean, por temperamento, buenas. Saben que cuando las dejen libres y les desaten la correa, se dedicaran a amar a los demás y a darles abrazos. Pero ¿qué pasa con los que, cuando les sueltas la correa y los dejas pastar libre por los campos, se dedican a matar y maltratar a los demás? ¿Se debe dejar libres a aquellas criaturas a quien, por algún defecto crónico, no les importe una mierda el bien común y, no solo eso, sino que deriven gozo en la labor de impedir su consecución y destruir a los individuos que trabajen en pos de él? En fin… que eso.

Y dicho esto (y habiéndome callado muchas potenciales tonterías), os dejo el fragmento de un libro que me ha parecido interesante, y con eso acabo. Aquí va:

> "El mundo, como es lógico, se alimenta de lo mundanal. Cuando un ser celestial baja la cabeza, estrecha la mirada, condensa su cuerpo y se supedita a las leyes de lo físico, ya no es visto como un extraterrestre sino como un ser humano excepcional.
>
> […]
>
> Y así, ocurre que el mundo, aunque no lo parezca, se alimenta de las ocurrencias de seres celestiales que soportan la tortura y el sacrificio de la vida humana para poder transmitir el

mensaje y perfeccionar la especie. Sin ellos, el mundo sería terriblemente aburrido y el progreso no existiría".

No quiero acordarme del nombre del autor pero, por lo que parece, es un hombre lúcido y de gran profundidad espiritual. A no ser que esté hablando de si mismo; si está hablando de si mismo entonces es simplemente un gilipollas.

Bien, ¡adiós!

—89—

—Pero hay algo que me lo impide… Como siempre. Me imagino un futuro brillante a tu lado, querido… Un futuro brillante… Lo veo… Lo veo tan cerca que casi puedo tocarlo y sin embargo, el libro se acaba. Ya escucho el retumbar de los timbales… He estado perdiendo el tiempo, he estado perdiendo el tiempo… Ahora, aquí, en el umbral de mi muerte y mi desaparición definitiva, puedo ver con claridad: me he creído una mentira.

» Pero como soy débil como una delgada rama, sigo imaginándome futuros a tu lado. Futuros vacíos e inocuos, sin más contenido que un armario de caretas y una casa vacía. Yo, F, el biribís de plata, víctima de una bilocación imaginativa, sueño que me acerco dando saltos hacia ti, mi Aliosha empedernido. Me ves, te veo, nos abrazamos y para apartarte de una maldita vez esa melancolía que llevas impregnada en la cara, te digo:

»—¡Qué bien, qué bien! ¡Tengo buenas noticias, hermano, tengo buenas noticias…! Todo el mundo es mentiroso. ¡Sí! Es tiempo de regocijo y de alegría… Escuchemos a Mozart. Pon la oreja, querido, ponla. Se escuchan los susurros…

»—¿De dónde vienes?— preguntarías intrigado.

»—¡Ah! ¡Amigo…! Amigo… De caminar, ¡qué digo!, de flotar… Cabalgo… Galopo el final de la obertura de Guillermo Tell… La vida me

traspasa el cuerpo a cada paso y vivo ahora mis memorias. ¿No ves que la piel no me trasluce? Eso me delata. Pero da igual…, ¡mira, mira! Allá veo un hombre con prisa, acá una pareja de enamorados… Los coches corren y corren y corren para llegar a casa y… Y inundarse de amor, de amor, de amor… Querido hermano, la vida es gozo. Caminemos.

» Y nos pondríamos a caminar.

»—Espero me perdones que venga tan exaltado ¿verdad? A veces siento que el corazón se me sale del pecho del amor que siento… Y no me lo explico. ¿Cómo podía antes vivir en la inmundicia? ¿Cómo pude alargar tanto tiempo mi miseria? Eso es un pecado, hijo mío, un pecado; eso digo yo.

» A ti… a ti te encantaría que estuviera tan alegre. De hecho, sería solo entonces, cuando brillaran mis ojos más allá de sus órbitas, que mi cuerpo supuraba la leche que amamantas. Un conocimiento del que tú, aunque a veces contrariamente a tu voluntad, dependías. Ansiabas codiciosamente (y con un poco de culpa) mis momentos de exaltación, pues la conmoción que zarandeaba tu espíritu posteriormente tardaba mucho en desvanecer su impronta en el alma. Recurrirías muchas veces a su rememoración, sobretodo cuando de ti se apoderara la honda pena inenarrable que te compunge el pecho y te cierra las compuertas fruto de el sentimiento de inferioridad que se cierne con oscuras nubes sobre tu creído escasísimo e inexistente talento.

»—Ah, amigo… Lenguaje afectado, *eso* es la ciudad. Todo el mundo excitado por vivir. ¡Excitado! Y no se avergüenzan; no, ni mucho menos. Halo de aire esterilizado y herrumbre brillante de espectáculos antiguos; grima antinómica y bereber trajeado; y… azul…, azul…, azul…, fatuo y fasto cómplice; la niebla desaparece.

» Es un espectáculo en el que merece la pena participar, ya sea como actor, autor o público… Simplemente por esto, todo el sufrimiento ha valido la pena. Hoy veo el saliente de la tierra flotar plácidamente encima del mar. Hoy veo el reflejo de las farolas saltar hacia el vacío y besando el suelo.

Hoy veo… *Bah*, ¡qué digo! Es mejor que cualquier poesía, y que cualquier museo, libro, fiesta, victoria, amante, canción, riqueza, logro y… Eso digo yo. Sí. Entiéndeme. Yo aprecio a la naturaleza y no quiero menospreciarla con mis discursos. Sí. Pero también… ¡qué cosa maravillosa es el hombre! Qué ingenio y qué…

» Vengo de estar con una amiga… ¿Sabes qué decía? ¿Lo sabes?

» —No —dirías tú, acechante impúdico de mi sangre vertida.

» —"Si quieres puedes, querido, si quieres puedes… Solo se trata de querer. Y quien no lo consigue no lo quiere lo suficiente". Eso decía… Y qué bonito, qué bonito… Está prosperando en el mundo… ¡Ella! ¡Mi amiga! *Slowly but surely*… ¿Tú sabes lo que es eso? ¡Ah, ah! Qué vas a saber tú si no entiendes las preocupaciones humanas… Eres un viejo joven, un viejo joven… Demasiado sabio eres tú para tu edad, demasiado… Y eso nunca es bueno, nunca… Mira: sabes demasiado y ese válido y lógico movimiento es el que te priva de moverte. *And now you know.*

» Eso es lo que te pasa, ¿eh?, eso… Ahora escúchame: hay que dejar a lo joven ser joven, querido, hay que dejarlo… Lo joven ¡oh, lo joven…! Permíteme subirme a la palestra y hablar ahora a la masa… Yo digo: "¡Dejad que los jóvenes se pierdan en la abundancia de las pasiones! ¡Dejad que se crean reyes del mundo entero! ¡Dejad que sus esperanzas ingenuas inunden las calles y permeen el corazón de los viejos! ¡Dejad que amanezca una vez más! ¡Dejad que entonen de nuevo su canto! ¡Dejad que brille y fulgure su incauta y presurosa luz por todos los rincones del mundo! ¡Ah! ¿Qué sería del mundo sin su primavera? Nada… Un sitio lúgubre y triste en el que reinaría la desazón por la vida marchita… ¡Dejadles, digo, a ellos el mando! ¡Sí, sí, sí! ¡Dejad que se equivoquen! ¡Que se convenzan de que aún hay algo que hacer! ¡Que se entreguen al vicio, al error, al pecado! ¡Que se rindan a su apasionada convicción, a su centelleante ambición y a su omnipotente soberbia! ¡Dejadles, digo! ¡Dejadles!"

» Y así hablo yo.

» El mundo necesita sangre nueva constantemente. Un nuevo impulso, un nuevo motor… No cometas el error de los viejos que aprecian en demasía su propia vida y miran con desdén y envidia el garbo y la postura de los jóvenes… Ah… qué preciosa es la vida cuando se cuartea en mis manos y florece en mi cabeza. ¡Que Dios bendiga a Dios, amados! ¡La vida es regocijo! La naturaleza disfruta de si misma…

» Y tú, (tú, ¡tú, oh, tú!) mientras paseáramos, repararías en la cuarta persona coja que verías en un mismo día.

»—Ay, querido, ay… ¿Quieres parar, quieres? Tomamos algo, ¿no? ¡Vaya investigador de pacotilla estás hecho! *Distraught and empty as you flicker*… ¿O qué quieres hacer? Pide, ¡pide! Quien no llora no mama. Pide por esa boquita y se te dará, se te dará… ¡Amado! Yo no soy el gato escurridizo. *Mami, jo vull anar a casa ja. No podem anar on estàvem?* Mamá y papá están hablando, querido, mamá y papá están hablando. *Pero mami, t'estimo… Vale, pero no treguis l'ull a ningú amb el paraigües… Poquet a poquet, poquet a poquet…*

» Yo caminaría volteando la cabeza hacia todos los lados, hambriento de vida hasta la médula. Buscando, siempre buscando ¡y encontrando, siempre encontrando…! ¡Encontrar demasiado antes de tiempo es mi mayor miedo! Ese es mi temor: que los dioses me concedan más de lo que puedo sostener…

»—Podemos sentarnos a tomar un café… —dirías tú tímidamente.

»—¡Un café! *Cof, cof*. Kafka… Cucaracha… ¡Un *cucaracho*! Genial, genial idea, querido, genial. Verás, el café proviene de… No, ya es suficiente, voy a dejarte hablar. Dime, querido, dime, ¿qué te preocupa?

» Nos habríamos sentado en un bar y estaríamos tomando café. Ay, el café por la tarde… ¡Ay! Peligroso invento, muy peligroso…

»—Bueno —dirías tú—, bueno… No sé…

»—¡Habla, habla! ¡Confiésate ante mi y purifica tus pecados, amado! ¡Arriba, arriba, queridísimo! ¿Ves? Sé que sufres la misma enfermedad que yo… Sí… ¡Habla, habla! Que tu modestia no lo impida… Claro, yo sé que

crees al mundo entregado a tan relevantes labores, que tu aparición no será en su vida sino un incordio que deberán traspasar con la mayor premura posible para poder reanudar agradablemente su importantísima labor interrumpida… ¡Nada de eso, amado! ¡Nada! ¡Intercede! ¡Actúa! Puedes moldear el mundo con tu voluntad… Puedes *moldearlo*. ¿Sabes lo que quiere decir eso, querido, lo sabes?

» Y, y, y… y cuando te creas indiscutible en tu inteligencia y la soberbia te raya el alma hasta la punta de sus pies y no seas capaz de interrumpir tu gloriosísima labor para dedicarle tiempo al cultivo de la alteridad y la empatía, entonces… entonces quizás mejor que dejes de moldearlo. Al menos durante un tiempo. Pero ya llegarás. O no, no sé, no me hagas mucho caso. Como puedes ver el mundo se me presenta como un reflejo de mi mismo y, como seguro que puedes ver también, es todo culpa de un agonizante narcisismo (fruto, como siempre, de mi inseguridad, que es amarilla, por cierto), que renuncia a que me vean en mi irremediable mediocridad y se disfraza con túnica y coronas y cetros y… ¿pero por qué diantres me habré vuelto a desviar? Volvamos, por favor, volvamos. ¿Qué decía? ¿De qué hablaba? ¡Ah, sí, hablaba de lo que tú me dirías cuando yo te dejara hablar…! Sería algo así mira; algo así:

»—Creo… Creo que nunca voy a ser capaz de liberarme de esta maldita melancolía. No sé… Lo que tú decías… El lenguaje afectado… Eso… Solo veo mentiras… Mentiras que de tanto repetirse se ha convertido en verdad… Y a mi me ha pasado lo mismo, sí… Lo peor es que yo participo de todo ello… Y siempre hablo de lo mismo y… Y queriendo hablar de… *Bah*, no quiero aburrirte… No me voy a suicidar, tranquilo… Hace tiempo me prometí que no lo haría… Pero… Pero eso. La mentira… Sí… Tengo ganas de desaparecer… ¡Muchas, cuántas! *¡Wiiii!* Qué ganas.

» Yo te escucharía ávidamente, con los ojos abiertos como platos.

»—Dime querido, dime.

»—Te… A la mierda. Te lo voy a explicar, aunque me equivoque al hacerlo.

»—¡Ahó, ahó! —diría yo hecho confeti.

» —El otro día vi un partido de fútbol. Miré el color verde del césped y los colores de la grada. Estaba triste. Me gustan los colores, pero… estaba triste. Bueno, a lo que iba. Siempre hacen entrevistas a los jugadores después de los partidos. Y los jugadores responden. Y cómo responden… En fin, que ellos lo saben, ¿sabes? Saben perfectamente que su labor no merece tanta atención como la que se le da… Y por eso están tristes, por eso… Porque ven una multitud de gente que espera con impaciencia las declaraciones sobre el partido… Y la esperan solo porque les han enseñado a esperarla y…

» Y ¿qué van a decir? Nada, no pueden decir nada… Porque saben…, saben perfectamente que cualquier cosa que diverja mínimamente del guión establecido como adecuado se topará con confusión y perplejidad. Y no por que exista una aversión deliberada por la Verdad, no… Es por la tiranía… La tiranía de las costumbres, la política, la economía o como se llame…

» Y ellos saben perfectamente que solo están jugando un partido de fútbol, y que un partido de fútbol es simplemente un juego con normas inventadas, y que a veces se juega bien y otras se juega mal, y que a veces los jugadores tienen ganas de ganar y otras veces les da absolutamente igual. Y no pasa nada, y no pasa absolutamente nada, tanto si pierden como si ganan…

» Saben que existe el mar, y los delfines, y las hormigas, y los árboles… Lo saben, y lo quieren decir. Quieren coger la cabeza del entrevistador, agitarla, y gritarle: "¡Despierta, despierta, despierta!" Pero no pueden. Y no pueden porque hay un grupo de enfermos interesados en que la rueda siga girando y que la gente siga durmiendo… Y es muy triste, muy triste. Lo saben todos y nadie dice nada, nadie… Lo sé, lo sé…

» Y el mundo sigue viviendo en la mentira porque nadie se atreve a decir la verdad… Como si la humanidad entera perteneciera a una secta y no pudieran confesar los secretos más íntimos de la misma por miedo a que el otro no formara parte de la secta aún sabiendo que… Una cosa extraña… Y

se perpetua precisamente por ese silencio… Y me sabe mal, me sabe mal… No quería alargarme tanto… Siento que siempre digo lo mismo… Y creo que nunca voy a salir de aquí… Nunca… Y me sabe mal meterte en este lío… No quería.

»—¡Ah, ah! Qué dices, querido… ¿qué dices?

» Yo saltaría de mi silla y te miraría con los ojos aún más abiertos que antes. Sería yo, entonces, quien te agarraría la cara y la zarandearía para despertarte.

» —¡Tonto, tonto, tonto! ¿Qué dices? Ah, amor, ¡mi amor…! ¡No seduzcas! Creéme… ¿Tú vivías en la calle…? Yo estuve gran parte de mi vida embrollado en el mismo embolado que me explicas… Fumaba mucho tabaco y no encontraba la forma idónea de poner la toalla encima de la arena. Tanto fue así, que la Luna terminó sonsacando el Sol de su puesto y la Noche (la Noche Noche eterna) ganó. ¡Ay! Pero no quiero hablar de eso, no… Mi amor… Yo quiero luz. Oigo cloquear las tuberías… Tan sabio era que me negaba a reconocer la Verdad. Una cosa es mentir y otra cosa es omitir. Ah… ¡Pero mírame ahora! ¡Mírame! En toda oscuridad puede (y debe) encontrarse la luz. Ay… parezco un místico. ¡Pero solo quien crea tendrá vida eterna! ¿Entiendes esa frase? ¿La entiendes? Solo quien crea tendrá vida eterna, solo quien crea tendrá vida eterna… Solo quien *crea,* tendrá vida eterna. Quien *crea*; no quien *sepa*. Solo quien *crea* tendrá vida eterna, solo quien *crea* tendrá vida eterna, solo quien *crea* tendrá vida eterna…

» Esa frase es la más importante de todo el libro. Porque cuando el libro se acabe, y a ti y a mi se nos acabe la historia, se nos presentará un dilema, un dilema que ha sido batido y rebatido desde que el mundo es mundo, un dilema que definirá el resto de nuestras vidas y el porvenir definitivo del hombre: o vuelves al principio, donde tendrás que repetir otra vez todo lo ya hecho, dicho y sido; o das un salto y te hundes en la oscuridad de lo desconocido y… Esperas a ver qué pasa. Ese es el dilema.

» Y tú, mi amor, tú… Tú eres quien tiene el poder de decisión. El camino que vas a tomar no es fácil. De hecho, es el más, más difícil. Desearás cuerpos, desearás dinero, desearás comida, y desearás renombre… Y te tentarán! Te los ofrecerán a un muy modiquísimo precio. No caigas. Recuerda siempre el propósito inicial de tu viaje y ningún desvío te desviará. Por otra parte, es normal que tú mismo los desees. Llevas mucho tiempo acostumbrándote a la fuerza a los aciagos hábitos del ser humano… Intentando por todos los medios parecer normal y ser como ellos… Pero mientras te mantengas impertérrito, como un tronco con las raíces bien hundidas en la tierra, renacerás y vencerás. Y lo sabes. Ya has probado todo lo otro y ya sabes que allá no hay nada. Lo sabes. No me preocupa que te pierdas. Veo mucha luz en ti. Y cuando uno ha probado los sabores de la virtud verdadera, todo lo demás le parece sucio y depravado.

» Y… ¡ay! Cómo me gustaría saber adoptar un tono paternal y grave para aconsejarte y darte ánimos; ¡para abrazarte el alma y que no te sientas tan solo y diferente…! Pero no puedo. (Tampoco debo). Además, ¿qué te puedo decir que no sepas? ¿Qué te puedo dar que no tengas? Todo lo que necesitas está dentro de ti, querido.

» Y veo… veo la ominosa luz necesaria para la fructificación de jugosas semillas… Y sabes que esconderla nunca sienta bien… Y ay… Por abreviar me hago oscuro y… ¡Y ojalá el conocimiento fluyera entre nosotros como sangre dentro de un mismo cuerpo! ¡Ojalá! Pero entiéndeme, entiéndeme, entiéndeme… Lo que quiero decir es que… En todos esos hombres y mujeres de los que hablabas, en todos los jugadores de fútbol y los espectadores entregados, en todos los que dicen que sí y los que dicen que no, en todos los que ríen y en los que lloran, en todas esas células microscópicas que pululan el éter intangible de lo polvoriento y lo mohoso… ¿no hay acaso un anhelo de Verdad incomparablemente fuerte y más poderoso que ningún otro deseo? Esa pulsión por la Vida…, por la Vida, el Bien, y la Belleza. Tiene mil nombres y una naturaleza.

» ¡Y todos los nombres con mayúscula! Todos… Con una mayúscula y las demás minúsculas… (El amor con todas las letras en mayúsculas se lo dejaremos a los poetas de vanguardia que denigran la palabra y la convierten en cuerpo… ¡Uh, uh! ¡Atrás, forma inmunda! Son ellos los que más me hacen reír porque presumen de ateos y utilizan metáforas… ¡Já!) ¿Y por qué los odio…? ¿Por qué los juzgo inferiores? Soy inseguro e imperfecto… no me hagas caso. Mira qué penosos son y cuán poco brillan los asuntos humanos…

» Cualquier amor sucio que intente someter a su amado es tiranía y no merece ese nombre… Y… Y lo que decía… Los periodistas que preguntan, los jugadores que juegan, los espectadores que contemplan… Todos saben que conforman el eterno puzle que todo lo necesita… El Gran Orden cósmico… Ay, ay… Solo los místicos lo saben… Ay… Y a veces… ¡Ay, ay, amor! ¡Ay, patraña cartesiana! ¡Ay, yo…, mi yo que nunca sabe de qué habla! ¡Ay, ay, ay…! Hablar es mentir y con cada palabra pierdo inteligencia… Apunta esto: lo más importante que haya dicho cuando muera será lo que no haya dicho nunca.

» ¿Esa mola, eh? El pan y el circo es necesario, mi amor…; el amor y el odio… ¡Y tú! ¡Tú, mi querido imberbe Aliosha! Tú eres más necesario que nadie porque eres igual de necesario que todos. Eso digo yo. ¡Toda carne es heno capicul! Somos solo combustible para Dios. Y tú… Tú, que eres capaz de ver la Gran Mentira que mantiene el mundo en movimiento… Tú, que ves las últimas luces de un ocaso almibarado, deslizándose por encima de las aguas como un espectro tierno y luminoso, desenterradas y liberadas al fin de su *primo locus*…

» Tú eres quien compone las grandes sinfonías y escribe las grandes novelas y pinta los grandes cuadros e idea las grandes invenciones que impulsan la Humanidad hacia sus nuevos insospechados retos… *Bah*, me da igual. Puedes ser empresario, abogado, paleta o escultor… Si en ti reside la tristeza sagrada, si en ti reside esa divina melancolía, si en ti resida esa celeste compasión… eres uno de los elegidos. Sí… Acércate a la divina

Divinidad y derrama sus rayos sobre la Humanidad entera, querido… Has nacido para ello.

» ¡Ay, mi alegre Sísifo…! Créeme. He leído mucho para corroborarlo. No cedas… No cedas nunca, querido. Nunca (nunca, nunca)… Aunque toda tu terraza huela a mierda y las moscas aniden en tu pelo. Nunca cedas a las voluntades de la muerte y te extingas a ti mismo en las llamas del demonio. Si quieres ser artista, sélo, pero no te rindas ni te suicides. No. Eso lo quieren las fuerzas del mal. Y las fuerzas del mal no son humanas, son antihumanas. Solo trabajan infatigablemente para conseguir la desaparición del Amor y sus caricias. Viajan y atraviesan los continentes en busca de adeptos para conseguir que sus cantos a la Luna se conviertan en odas a bicicletas colgantes…

» ¿Y qué, qué? Te querrán descentrado y agitado, te querrán otro e inconsciente. Te querrán vicioso, ciego, mudo, y sordo. Te querrán triste, esclavo, payaso y bufón. Tú pregúntate: ¿por qué lucha Yoda? ¿De qué hablan las canciones de Bob Marley? ¿Y las películas de Studio Ghibli? Y que los científicos se vayan todos al cuerno. Que me enseñen a un científico con una depresión galopante que siga bendiciendo los poderes de la ciencia y la razón como métodos de cura y me callaré.

» Pero me desvío. Perdón, me desvío… Sí, la tristeza, la tristeza… Sí, querido. Quiero espiritualizar la *physis* y no consigo el método. Esa tristeza de la que hablas es la que lo incita a uno a caminar hacia el Bien y la Verdad. La luz brilla más si se rodea de oscuridad… Es la que otorga a uno la clarividencia necesaria para apreciar la Gran Mentira… Crédito metafórico, abstracción demoníaca, esperanza angelical y… ¡Imagínate una historia sin obstáculos! Érase una vez, en un bonito y apacible pueblo de las montañas nació un niño. Justo después de nacer, ya sabiendo caminar, hablar, pelear, y amar, descubrió paseando por los alrededores del pueblo, el Santo Grial. Fin. ¡Ves! Aburridísimo. No tendría sentido, eso creo yo. Primero has de ser Adán y caer, después David y luchar, y después…

Después no sé qué viene porque yo aún estoy dándome a trompicones contra Goliat.

» Y ahora… Ahora, un pequeño llamamiento político. Imagínate por un momento que todos los que sufrimos y padecemos nuestra miserable existencia terrenal, consiguiéramos sobrepasarla, nos agrupáramos en un fraternal abrazo y llegáramos a ocupar las posiciones de poder convenientes para tomar decisiones y configurar la realidad para que… ¡Ay, qué mundo nos esperaría…! Qué mundo… *Eso* sería un mundo. El mundo entero entonces aspiraría a la genialidad y seríamos todos hermanos entre nosotros y habríamos alcanzado, mediante un pensar *verdadero*, a vislumbrar que el Amor, la Paz, y la Igualdad son los más altos fines a los que se debe aspirar.

» No habría tuyo ni mío y viviríamos con el alma en eterno regocijo. Los Campos Elíseos, mi amor, el Dorado sin fronteras en el que todo fuese fruto y eterna primavera. Y lo que quiero decir, lo que quiero decir… (y perdona que me desvíe tanto; el furor me traiciona) es que esa visión de lo Perfecto es… Es…

» Da igual, da igual. Bien; habiendo hecho ya de Robespierre, sigo: cuando me refiero a la eterna alegría que me brinda todo lo que existe es porque la veo y *la veo*. Veo con mis ojos la potencial perfección de cada ser humano y cada objeto. Todo anda en su travesía hacia la perfección absoluta, incluso las piedras que te agujerean los zapatos o las moscas que revolotean alrededor del sudor. Todo. Y volveremos al Uno y volveremos a casa… Y nada volverá a ser como antes (¡o todo volverá a ser como antes!) Tanto monta, monta tanto… La O, serpiente fálica y vaginal…

» Todo es bonito, Aliosha, todo es bello… Y por eso es extremadamente importante que no te suicides. A eso iba. Lo que te diré ahora podrá sonarte invasivo y excesivamente impositivo. Tú interprétalo con la gravedad que consideres y haz a mi consejo el caso que creas oportuno; ya eres mayorcito como para tomar como verdades irrefutables las opiniones de los demás. Es de crucial importancia que, en la medida de lo posible, refrenes tu extravagancia y cures tu excentricidad. En el fondo, sabes que no es nada

más que una disonancia superficial entre tu alma y el mundo, fruto de una inseguridad causada por tu extremada conciencia en comparación con tus semejantes, y trates de alcanzar un lugar social que te permita tener influencia…

» Solo así encaminarás los perdidos al valle de las plácidas brisas y las enhiestas flores. Sábelo: la herida en tu espíritu solo se transmutará cuando te sepas paliativo del dolor de los otros. Porque tú sabes, igual que los futbolistas que me explicabas, donde está y cómo es el Bien. Tu sufrimiento te permite verlo, y eso es suficiente. Y…

» Y ya acabo, pero déjame añadir algo más. Nunca dejarás de sufrir. De hecho, el dolor solo hará que agraviarse y empeorar. Cuánto más consciente seas de la perfección al otro lado, más sufrirás la distancia entre este y áquel. Hay una buena noticia, por eso: a medida que pase el tiempo y pesen sus aprendizajes y cadenas, aumentará tu vigor y tu fortaleza y podrás soportar más llevaderamente los látigos demoníacos sin torcerte ni aminorarte. Y los látigos se harán más insistentes e incisivos, pero tú te harás más fuerte y poderoso. Ármate debidamente y saldrás vencedor.

» Y acabaría resoplando mi discurso y me reiría y te daría un abrazo. Y tú te reirías también y resoplarías jadeante ante la chapa que te habría pegado, pero educado y considerado como eres, responderías:

»—Gracias. Muchas gracias. Me haces bien. Mucho bien. Tu sola existencia me colma de paz y esperanza, en serio, así que gracias.

» Y, si me permites el atrevimiento, juraría que se te veía sosegado, como si alguien te hubiera carvado un quiste fuera del pecho y, de repente, hubieras sido capaz de ensanchar, al fin, las espaldas.

» Y entonces yo, erguido por una ocurrencia que creía obligatoria compartir (aunque no sin un resquicio de modesta culpa por lo oscurecido de mi orgullo), te diría:

» —¿Sabes qué puedo hacer, eh? Te puedo dar la mierda de libros que escribía yo cuando tenía tu edad y mis pulmones borboteaban a punto de

ahogarse en un lodoso pantano de confusión y ceguera. No es nada, son todo tonterías, pero qué sé yo, quizás te sirvan de algo…

» —Sí, me gustará. ¿Es que no has sido siempre un iluminado? —exlamarías tú con el pecho henchido (¡al fin!) de buenos humores.

» —¡Ay, ay! ¡Qué dice, qué dice el loco! Nada más lejos de la verdad, querido, nada más lejos… Los iluminados no existen. No veas nada ni nadie como un proyecto finalizado. ¡Qué paz da saber que todo el mundo se conradice! La vida es gerundio y no participio. La ilusión de que hay algo inmóvil es una mentira perpetrada por el lenguaje y el arte. Está todo en proceso y todas esas cosas que… Potencia y… Ay… Te lo he de explicar antes de que me arremeta por completo la estampida de la melancolía. Me sé farsante. Hablo de cosas que no conozco y solo intuyo en momentos de alta excitación… Pero eso, eso… La gente que te cruzas por la calle y los pájaros que vuelan sobre sus cabezas y las sombras que les rodean… Nunca los juzgues como definitivos.

» Que, por cierto, un pequeño inciso: ¿qué pasa con toda la gente que me cruzo por la calle? ¿Alguien sabe qué pasa con todo eso? En serio. Me refiero a toda la gente con la que intercambio miradas lascivas, fraternales, sospechosas, cándidas y odiosas… ¿De dónde salen? ¿A dónde van? ¿Por qué siento que las conozco? ¿Y por qué no me hablan? ¿Y por qué no les hablo yo? En fin, no sé… Es todo muy raro. En fin, perdóname. A veces me da por hablar al hombre en general y olvidar al específico. Otro día te hablo de mis perversiones mesiánicas, aunque no creo que te pillen desprevenido con esos ojos, ¡En fin, en fin! Que me estoy cansando de mi mismo… Acabo. Voy. Adiós, adiós.

» Pues eso, ¿qué crees? ¿Que la gente que ves en metro caminan absolutamente convencidos de que aquel domingo, cuando se pongan a doblar sábanas por la mitad con su pareja, no les acurrucara el oído la penetrante voluntad de tirarse por la ventana para olvidarse de todo este aberrante sinsentido? No, querido, no…

» Estamos todos locos y todos enfermos. No hay excepción. Quizás, dirás… No. Quizás el trajeado con seda y algodón fino e impoluto acaba de pegarle una patada al perro mientras desayunaba, y la virtuosa efigie, seno de solidaridad y equidad incorrompible, no sabe estar sola más de dos minutos, y el académico especialista en metafísica clásica escupe a su madre y murmura nosequé cosas cada vez que va al lavabo, y la Helena moderna que te cruzas por la calle se mira al espejo y se da asco y recorre los mundos humillando corazones para restaurar su herida vanidad, y… y el mayor gurú espiritual del planeta, que proclama a los veinticinco vientos la salvación de la humanidad ha vendido su alma al demonio y…

» ¡Pero quizás, quizás! Solo quizás. ¡Ay, por qué habré dado ejemplos y habré ensuciado lo sagrado! Lo importante es que no juzgues. O juzgues lo menos posible. O… si juzgas, lo mantengas oculto. Porque… Porque ya vuelvo a estar muy cansado de mi mismo y… Mucho. ¿Quién eres tú para juzgar? ¿Quién soy yo? ¿Es que no soy igual de imperfecto que ellos, que vosotros? ¿Es que no sufro la misma enfermedad?

» Así que sí. Abstente de escribir. Escribir es veneno para el alma. A no ser que seas… ¿Aquel? ¿Aquel otro? No. Da igual. Todos tienen las manos manchadas. El infierno está vacío y todos los demonios están aquí. Quien tenga ojos que vea. Y ya me callo, ya. Ten el libro. Me voy. Adiós.

» Y el libro se titularía: "Gris y yo. La historia de una historia de amor."

» Y te lo leerías.

» Y después de haber leído el libro de Gris, me preguntarías:

» —Bueno, ¿y cómo terminó todo?

—90—

3 de febrero de 2020

Mi único propósito en esta vida es descubrir la Verdad. No quiero secretos ni quiero mentiras. No quiero misterios, moralidades ni farsas. Solo

quiero la Verdad. No dejaré de buscar hasta encontrarla. Creo que estoy perdiendo el tiempo narrando con tanta minuciosidad los pormenores de mi día a día. Me he dado cuenta de que solo lo hago para revolcarme en mi mismo como un cerdo en el barro.

La razón principal por la cual escribo es para glorificar y enaltecer mi persona, ya lo he dicho; para adoptar mil y una máscaras y dar al mundo la imagen de que soy alguien sabio, creativo, inteligente, etc… Ese no soy yo. Mi yo está muy por detrás (o por delante) de la imagen que doy.

A veces siento que muchas de las ocurrencias que pienso son absolutamente inútiles (han sido dichas y redichas y de nada sirve que yo las repita) y las hablo o escribo solo para apropiarme de ellas, para resguardarme bajo su sombra como un viajero que, cansado y sin dinero, monta un tenderete en mitad del mercadillo vendiendo como suyas las historias que le han contado diferentes personas que se ha encontrado en el viaje. O como un pordiosero que para ganarse el respeto de las gentes alardea de tener ascendencia noble y chilla a los cuatro vientos que comparte apellidos con el rey mientras se revuelve en el lodazal fuera de la muralla.

Y yo quiero la Verdad. No quiero toda esta superfície. Siento que toco solo máscaras de conocimiento y que no conozco nada realmente verdadero.

Después, para justificar mi pereza, me digo que el mundo ha sido construido con secretos y mentiras, y que, quien no aprenda a mentir, no prosperará y que el secreto y la mentira son el suelo en el que reposamos los pies y las estrellas que admiramos por la noche y que yo, tonto de mi, aspiro a la Verdad. Y me río de mi mismo y de que me ocupe día y noche en quitarme y ponerme diferentes máscaras para ir al baile porque creo, en mi ingenua bondad, que en el baile habrá gente sincera y honrada.

Pero ni siquiera he ido al baile.

Me he cambiado veinticuatro veces de ropa y ni siquiera he salido de casa.

3 de febrero de 2020

Estoy empezando a aceptarme a mi mismo. ¿Y qué si soy imbécil? ¿Y qué si soy mediocre? ¿Y qué si soy tonto? Solo soy un charlatán más. Otro nombre más, otro nombre más. Nada: una palabra en un libro infinito, una mota de polvo en un desierto eterno. ¿Y qué?

He mentido tanto tiempo… Tanto tiempo he pretendido ser otro hombre… Ser alguien que no era… Escondiendo cosas que creía que no gustarían, exponiendo otras porque creía que gustarían…

Y todo por el maldito arte. O, al menos, eso creo ahora. Pienso que el arte es quien me hace mentir. O al menos, el que me hace saber que miento. Si mintiera y no quedara ninguna constancia, guay, pero dejo constancia de todo… De cosas de las que no me enorgullezco para nada…

Pero esta maldita costumbre que tengo de dejarlo todo registrado… Solo hace que me vea a mi mismo como un mentiroso. Claro. Yo, con el tiempo, cambio. El arte, en cambio, se queda igual. O… No. Yo, con el tiempo, no cambio; es el arte el que cambia, ¿no? No.

Solo un imbécil deja sus pensamientos por escrito. Da igual. Y yo, como buen imbécil, no sé hacer otra cosa. Y enciendo la manguera para limpiar el patio y cae un finísimo rayo de agua que no sirve ni para limpiar una pecera; una cuchara quizás sí, pero una pecera seguro que no. Y encima, como sé que en el futuro muy probablemente me arrepentiré de lo que digo, me entrego por completo a la causa y miento del todo y digo barbaridades y exagero mis sentimientos hasta su más histrióniquísimo extremo.

En fin, que hoy he visto como un chico y una chica discutían acaloradamente sobre Arquitectura y la forma y la función y *"el context cultural i econòmic que envolta a una determinada obra amb un valor simbòlic més enllà del purament arquitectònic"* y bla, bla, bla… Y yo, como siempre que veo a dos personas discutir, me he puesto melancólico y ahora escribo esto.

No creo en la especialización.

Tampoco creo en las afirmaciones lapidarias como la anterior.

La especialización es útil y necesaria, pero solo los generalismos pueden ser certeros. Sea como sea, uno acaba hablando sobre lo que no sabe. La distinción es que, mientras el no-especialista habla desde la más completa y *reconocida* ignorancia, el especialista en un campo cree que el conocimiento y la confianza que ha adquirido a través de muchos años de trabajo y esfuerzo pueden aplicarse a todos los demás y discurre por los demás campos con la pulcritud y el acierto de un artesano hablando de política. (Nótese la ironía).

Yo, seguramente porque soy imbécil y perezoso, pienso: ¿de qué me sirve hablar y que me entiendan cuatro, si cuando callo me entiende el mundo entero?

4 de febrero de 2020

Diagnóstico: el paciente debe reducir la cantidad diaria de cafeína y novelas.

Sintomatología: el siguiente escrito que nos ha entregado como prueba de su "enfermedad gravísima cuya febril y persevarante arma destruirá mi alma antes de que pueda contarlo". (Cito las palabras del paciente referidas en su atropellada llegada a la enfermera de Urgencias que le recibió y atendió ayer noche, día tres de febrero del año dos mil veinte.)

El escrito: ¡Enfréntate al problema! ¡Deja de hacerte el loco! ¿Pero quién? ¿Cómo? ¿No he creado yo el problema? ¿Y quién soy yo? ¿Y quién eres tú? ¿Soy yo él? ¿Eres tú yo? ¿Quién habla? ¿A quién hablo? ¿A cuántas voces ajenas me someto? ¿Y no es la elección de escribir esta frase y no otra el sometimiento a una voz ajena? Ah…

Hoy mi vida ha cambiado. He visto al amor de mi vida. La quiero tanto que me dan ganas de llorar. Gracias, gracias, gracias, dioses de las *animas,* gracias, gracias, gracias. Necesitaba un nuevo beso, un nuevo canto de mi sirena. Me había vuelto (¡fijaos, queridísimos y queridísimas lo que hace la madurez espiritual y el "¿a dónde vas, corazón mío?" del alma ecuánime!) escépticamente estoico (o estoicamente escéptico) ante el amor. Creía…

Creía que uno podía escoger a quien amar. ¡Ah! Loco estoy, ¡loco! Verla a ella… (correción: a *Ella*) me provoca tantas, tantas cosas. Tantas… que no me creo capaz de enumerarlas y tengo la tentación de rendirme antes de empezar. ¡Pero al cuerno con las insuficiencias lingüísticas y sus polillas exquisitas luchando con tumefactas arañas en agujeros de flautas bereberes! Hoy he bebido mucho café y me apetece *gritar*. ¡Fortuna, hazme tu flauta!

Por cierto, no es Gris. Sí. Sigo estando con ella. La amo con locura. Pero… por mucho amor que en apariencia nos profesemos, siempre subyace una corriente de odio mutuo escondido. ¿Alguien sabe algo de todo eso? Es bastante común y no me pasa solo con ella.

Sospecho, además, que cuanto más voluptuoso sea un amor en apariencia, menos consolidada será su esencia; y cuanto más casto y virtuoso, más verdadero el amor que se profesen ambos, pues no se servirá de ceremonia ni artificio y estará afianzado en una firmeza indudable. No lo sé, no me toméis muy en serio. Soy joven e inexperto en los temas del amor.

En fin, que hay sentimientos demasiado feos para ser dichos y no quiero expulsar toda esa suciedad fuera. Tampoco limpiarla; la limpiaré otro día. Esto, lamentablemente, no es un libro y yo no soy un personaje… (Porque el paraguas de la ficción le permite a uno decir las más salvajes atrocidades y salir ileso…) Pero ¡qué digo, qué hago! Aquí perdiendo el tiempo hablando de papeles arrugados, viejos y secos a fantasmas con entrepiernas sudorosas que rozan muslos celulíticos. ¡A lo bello!: Ella.

Solo verla, mi corazón se rodea de sábanas cálidas. Edredones, mejor, edredones gordos como cojines fríos… *Hmm*… Mi alma sonríe. Su solo pensamiento me hipnotiza y me sumerge en las más agradables ensoñaciones. El amor es un hechizo, pero qué hechizo… Yo, por este sueño, por esta ilusión, estoy dispuesto a dar la vida. Quizás por eso camino tanto por la ciudad: para enamorarme cada día de alguien o algo nuevo. ¡Ay, lo siempre incitante, ay, lo siempre seductor! ¡Larga vida al erotismo pagano, pues esa es mi única religión!

Ella me miraba y yo le miraba. Nos besábamos con los ojos. Nos besábamos y escondíamos los labios para querer besarnos más…

Han pasado cinco años desde la última vez que nos vimos, y no hemos perdido confianza. Yo… yo le sonreía como un pícaro don Juan y ella… ella lo entendía, lo *entendía*. Ay, las palabras silenciosas…

Ella no me ve como algo desconocido, ella me *conoce,* ¿entendéis? ¿Entendéis la importancia de esa afirmación, la entendéis? *Me conoce*.

Ay, y hemos hablado de unas cosas, queridos, ¡de unas cosas! Si yo pudiera… Si me dejara… Ay… ¡Hemos hablado de cosas sin importancia, *sin importancia*! ¡Ah, divino maná, redentor del ardiente Gehenna! Qué bonito es no hablar de nada y hallar en ello la paz y la tranquilidad. Uno *debe* pasar la vida entera ocupado con pequeñeces. *Eso* es vida. Eso es *mantra*. "¡Si esto es un sueño que no me despierten!", grito. Sí. Aquí me tenéis, clamándole a los cielos: "¡Ay, cielo mío, quiero vivir engañado! Déjame por lo menos darle un solo beso sin saber que es una mentira. ¡Ay, ay!"

Sí, me habéis oído bien. Si Ella es sombra y Ella es ilusión, me rindo y me entrego a ese divino engaño. Jaula que anhelo, sea Ella mi cielo.

Veréis. Abandonaré un rato el lenguaje esóterico del que estoy haciendo gala. Os explico. Ella habla de las cosas que yo necesito. Ella trabaja en una empresa y tiene amigos que invierten en bolsa y van a la playa y hablan de fútbol, ¿entendéis? El espíritu de la profundidad necesita el espíritu del tiempo, sino, hay psicosis. Ver películas, fumar cigarrillos, ir a restaurantes y comer comida… Ese es mi sueño. Ser feliz, en definitiva. Y ser feliz con las mismas cosas con las que los hombres son felices.

Todo eso me iría bien y me ayudaría a amainar mis turbulencias psicológicas, estoy seguro. Yo… Yo necesito a alguien que me hable del trabajo y de los pasos necesarios para conseguir un trabajo y de las leyes y de la política y de sus amigas y las tragedias que les incumben y de su familia y de los dramas interpersonales que en ella se dan a cabo y de… ¡Yo que sé! Ya me entendéis; que quiero aprender a poner ladrillos en una pared,

básicamente. Entendedme: no he ido a la universidad y me parecen preciosas las personitas que saben utilizar el Excel. Solo es eso… que quiero que mi vida sea una novela aburrida con muchos personajes y mucho costumbrismo y esas cosas…

Necesito tierra y eso es un hecho. (Un poco metafórico pero un hecho, al fin y al cabo…) Además, este penoso ejercicio de metateatro que estoy llevando a cabo se me está yendo un poco de las manos y ya no me gusta entrar en estados semicatárticos, si os soy sincero. Cuando he bebido mucho café sí, claro, pero yo no quiero beber mucho café ni que mi lucidez dependa de ella. Está claro: un globo rojo rodeado de agujas.

La idea inicial era simple: una persona que empieza a escribir un libro, se inmiscuye tanto en la creación del mismo que se cree el protagonista y no puede dejar de interpretar el papel del protagonista y salir del maldito del libro hasta que deja de escribirlo. La formalización de la idea es lo que se ha complicado (a mi gusto, muy en exceso). Pero en fin, ¿qué se le va a hacer? Los dibujos de Escher no se mueven aunque parezca que sí… Además, si no hubiera errado el golpe, hubiera conseguido mucho menos, y lo que he conseguido no es poco, así que he de estar, al menos, un poquito orgulloso de la cosa que sea aquello que he conseguido (que es poco, claro, pero… ¡bueno, ya me entendéis!).

Y eso. Que yo lo que yo siempre he querido, era ser humano y conformarme con eso. Eso y nada más. Convertirme en humano, en extremadamente humano. Comer, cenar, dormir, hablar, todo eso. Ver la tele, ponerme calcetines… Esas cosas. Y comer palomitas también… ¡Y tranquilamente! Y estar *bien*. Y no sentir todo el maldito rato que he de *hacer algo al respecto*. No… Eso es muy agotador… Y por mucho que trabaje nunca me siento satisfecho… Todo el trabajo que haga nunca es suficiente para devolver a la vida todo lo que me ha dado…

Ay, ¡tener una cocina *de verdad*! Imaginaos eso… Con sus *fogones*, su *extractor*, su *grifo*, su *horno* (ay, un *horno*, ¡un *horno*…!), etc. Sí, qué preciosidad. Se me llenan los ojos de lágrimas. Y allí; allí cocinaré. Fijaos…

Cocinaré. *Ahá*. Eso haré. Cocinar. Será toda súper mega moderna, y los cajones se deslizarán por guías engrasadas por los mismísimos querubines provenientes de los inconcebibles cielos con una suavidad jamás vista ni encontrada en ninguna otra cocina de ningún otro mundo… Y cuando vayas a cerrarlos y les des un golpe y resbalen por las guías divinas ralentizando el ritmo progresivamente a medida que se acercan al tope, reposarán con una tranquilidad pasmosa y perfecta en su lugar original…

Y ¡oh! No sabéis cómo lloraré entonces, no lo sabéis… Porque yo siempre he querido una cocina con esos cajones y con un extractor y con un horno (¡¡¡¡¡un horno, señores y señoras, un *horno*!!!!!). Y lloraré. Porque todo lo que funciona bien me hace llorar. Y todo lo que funciona bien es bello. Y todo lo que es bello enaltece el espíritu. Y, y, y… Y no me sentiré culpable por tener una casa bonita y comer comida buena y ser feliz y amar la vida. No… Todo estará inmaculadamente limpio porque la limpieza es el síntoma de una vida y un alma ordenada y virtuosa… Y habrán frutas y hortalizas y no existirán los mosquitos y mucha, mucha agua, mucha, mucha, mucha agua (fría y muy limpia y muy clara). Y lloraré, lloraré mucho. Pero no de tristeza, no… De felicidad, tampoco. Lloraré porque el mundo entero me sabrá a sal y yo lo tragaré como si fuera un dulce…

Yo… entendedme bien… Yo no soy avaricioso. No… Yo no quiero comer caviar y beber champán todas las noches pero… (¿qué le voy a hacer?) me gustan los tomates de Barbastro. Sí, disparadme. Hinchadme a pedradas; he pecado. Ay… Aún soy débil, queridos y queridas, aún soy muy débil. El pecado me conduce a lugares de los que me avergüenzo y me obliga a bajar la mirada cuando alguien me mira. Es así. Y me siento culpable. Me siento culpable porque mi necesidad no es necesaria y en muchos casos es voluptuosa, ostentosa y concupiscente. Pero… ¡pero dejémonos de ansias ascéticas y vayamos al caso que nos retiene hoy aquí!

Ella estará a mi lado, ¿sabéis? Y Ella me dará la Tierra que me falta y me convertirá en un hombre. En un *hombre*. *And the boy becomes a man*.

Me hace feliz imaginarlo. Porque yo estoy siempre en el aire como ya habréis visto… En las nubes rosas con montañas y siluetas.

¿Dónde estoy? En ningún sitio. ¿Quién soy? Nadie. ¿Qué busco? Nada. ¿Y a dónde voy? No lo sé. El rosa se hace azul marino y vuelve la canción. ¿Dónde estoy? En mi Amor. ¿Quién soy? Mi Amor. ¿Qué busco? A mi Amor. ¿Y a dónde voy? Hacia mi único e infinito Amor.

Mi Dulcinea, mi Beatriz…: sin ti, la vida sería un desastre.

¿Sabías qué…? Etimológicamente, la palabra *desastre* significa "sin estrellas" (del latín des-astrum). Pues eso. Sé mi Estrella de Oriente y guíame hacia la Salvación.

Sí. Ella se paseará en bragas por la casa y yo le tocaré el culo y le daré besos y nuestros cuerpos se fundirán en uno y ella me amará como nunca ha amado y yo la amaré como nunca he amado y siempre será primavera y los pájaros cantarán día y noche y nunca lloverá y no me sentiré culpable y todo el mundo será feliz porque el ángel más bello habrá caído en la tentación de ser un hombre y al ángel caído le dará absolutamente igual porque se erradicará el hambre y el sufrimiento en el mundo y Dios paseará por las calles regalando dinero y… adiós. Me voy a soñar.

—91—

»—¡Já! ¿De verdad quieres que te explique esa historia? —te diría yo.

»—Sí.

»—Bueno, bueno… Es una historia bastante descalabrada como podrás imaginar… Nada que tu espíritu no pueda sostener, por eso. A estas alturas, ya has visto muchas cosas y tu bajel está a prueba de tormentas.

» Esta, por eso… Me veo obligado a advertirte de que es especialmente punzante… Yo… verás… Yo viví en el odio durante mucho, mucho tiempo. El rencor y la violencia corrían por mis venas como caballos desbocados. Zarzas, polvo… esas cosas. Las nubes no rociaban los rostros con oro y nata

en aquellos tiempos… *Nanay*. Pero en fin. Si te la cuento y su maldad te sobrepasa y no quieres escuchar más, avísame. De todas formas… De todo se aprende, ¿no? Eso dicen. Pues… pues la maldad (eso creo yo) es en muchos casos la mejor de las maestras. Siempre y cuando se trascienda, claro… Sí, sí… ¿Postre? No, de postres no tenemos nada, nada… Bueno, ¿quieres? ¿Sí? Allí voy.

» Los días posteriores a nuestra ruptura fueron un infierno. Al no tener que rendir cuentas a nadie; al no tener que aparentar nada para nadie; al haber perdido la única solidez que me mantenía con vida y por encima del abismo… caí. Y yo, cuando caigo, me sumo en una suciedad bochornosamente deleznable. Como mucho, fumo mucho, y me sumerjo en todos esos hábitos autodestructivos tan anchamente conocidos por nuestra líquida generación.

» En fin, uno es hijo de la mala vida y le gusta torturarse, ¿qué se le va a hacer? Pues eso, me perdí en las tinieblas del rencor y di rienda suelta a todos mis deseos. Caminaba cabizbajo por la ciudad, viendo el mundo solo a través de una opaquísima niebla. La naturaleza entera se volvió negra y el aire que respiraba se me antojaba empalagoso y… Y… Y las montañas (¡las montañas!), como collarín de la ciudad, se elevaban espectrales entre los edificios, rasgando el cielo oscuro y apareciéndoseme como fantasmas. Digo… Digo esto de las montañas porque es la única impresión vívida que mantengo de aquella época. Unas montañas negras… Muy negras.

» Por lo demás, no veía nada. Es como si no tuviera memoria. Recuerdo dar vueltas por mi habitación con un cigarro en la boca. Fumar un cigarro tras otro y… Y, bueno, todas esas actuaciones tan altamente novelescas que me gusta personificar. Ya te lo imaginas. Aunque por la intensidad de mis relatos a veces no lo parezca, adapto muy gratamente las emociones que me perpetran en el día a día. Me dicen: "Tristeza"; y yo, *ale*, manos a la obra. Y me pongo triste muy felizmente, más triste que lo que nadie se ha puesto nunca antes en toda la larga e incalculable historia de la Humanidad. Palabra. No exagero. Y consigo llegar a tales cimas precisamente porque

por dentro mío siento una secretísima satisfacción que me convence de que estoy actúando tal y como debo actúar. Siento horror y siento placer al mismo tiempo. Placer por sentir horror y horror por sentir placer. El hecho de que sienta placer ante el horror hace que inmediatamente el horror se quiera multiplicar y sienta a la vez más horror y, por lo tanto, más placer. ¿No conoces la imagen del niño vestido de flor y con pétalos alrededor de su cara triste porque el traje le da mucho calor? Pues algo así. Y mi sufrimiento se convierte en una forma de divertimento. Me involucro activamente en la vida porque… porque, bueno, ser estoico es muy aburrido y yo no quiero ser un muñeco con el que no se pueda hacer nada…

» Pues eso, eso… A lo que iba… Recuerdo imágenes de cuerpos retorcidos, rostros hechos de raíces con brazos saliendo de las cavidades de sus ojos y chillidos de angustia y dolor colgando como estalactitas dentro de mi cabeza. En lugar de mi corazón tenía un pozo negro tan, tan profundo, que parecía no tener fin. Llegaba hasta… hasta… No sé hasta dónde llegaba. Muy lejos llegaba. Después de arrasar con mi cocina, me metía los dedos hasta el paladar y vomitaba con la cabeza abrazada por la porcelana fría y blanca del váter. Me daba mucho asco comer, y me daba mucho asco… todo, todo en general. Sentía una suma repulsión por todo lo que me rodeaba. Todas las patas de mi odio sostenían, como una araña, una gran cabeza: el odio a Gris.

» Gris, en su infinitísima sabiduría, parecía haber encontrado la iluminación espiritual después de separarse de mi. Lo supe por unas fotos que colgó en su Instagram agradeciendo a todas las personas que la habían acompañado a lo largo de su vida, etc. También lo deduje (aunque, sinceramente, de tan exagerado que era su papel, no fue realmente una deducción, sino una imposición) de las pocas conversaciones que sostuvimos en las semanas siguientes.

» Me hablaba de vez en cuando y cuando su muy ajetreada agenda (tan ajetreada como no lo había estado nunca mientras estábamos juntos) para asegurarse de que estaba bien y de que todo iba como debía y de que ella

seguía manteniendo su indiscutible superioridad sobre mi (el pobre y desamparadísimo infante, abandonado a los mandobles tempestuosos de la tiritante y cruel Fortuna). Utilizaba muchos emoticonos sonrientes e indicativos de persona emocionalmente estable y… y tardaba muchísimo en responder.

» A mi, el despechado, como es lógico, todo aquello me sonaba a teatro y estaba esperando caprichosamente a que el director gritara "¡Corten!" y le metiera bronca por no haberle obedecido pero… Pero bueno, que cada cual brille con sus colores; yo, al final de mi vida, siempre veía la oportunidad de escribir un libro con el que redimir mi alma titulado: "Toda una vida pasando sed" y alcanzar la gloria de Dios definitivamente ya que solo me quedarían unos pocos meses de vida y es relativamente fácil (imagino) mantenerse virtuoso cuando sabes que estás ya de vuelta de todo y tienes nosecuántos años y ya pues… Pues, pues eso.

» Yo, en realidad, lo que no podía soportar, era el hecho de que ella hubiera ganado. Ella había surgido vencedora y yo me había quedado para alimentar a los leones. Ella sería la santísima Madre Teresa y yo sería un emperador avaricioso con la nariz aguileña. Ella sería la Idea y yo un triste Ikea. Ella sería un helado de tres chocolates con dulce de leche y avellanas y topping de cookies y azúcar de ensaimada que ocuparía todo un cucurucho caramelizado de arriba a abajo y con chocolate blanco en la punta, y yo sería un helado de nata en una tarrina pequeña con unas gotitas mal puestas de sirope de chocolate barato y una cucharita rosa de plástico que se rompería con la primera cucharada y que sustituiría la dependienta, con cara de *pomes agres,* por otra de madera sin lijar porque se habrían quedado sin las de plástico, cuya textura amarga se astillaría en mis labios como un trozo de corcho reseco y puntiagudo.

» Bien, como decía, hablábamos poco, pero cuando hablábamos, ella se ocupaba activamente (con una muy pronunciada deliberación que trataba de disimular tras una conformidad a los modales concebidos en el libro de: "Cómo hablar con tu ex. Lo que debes y no debes decir") en hacerme notar

que estaba en una época radiante de su vida. Tan radiante como ninguna otra época, de hecho. Tanto más persistía en su felicidad cuánto más hondo me viera a mi caer en la miseria. En todo dogma hay una cabeza de turco, así como en toda felicidad artificial hay miseria escondida.

» Gris era bastante dada, debido a su temperamento compulsivo e infantil, a esas iluminaciones repentinas. "Ya está", decía torciendo la boca orgullosa, "ya no más; no pienso perder el tiempo sintiéndome mal por…" (lo que fuera que hubiera descubierto recientemente que le molestaba y, bajo su rasero, no debiera hacerlo).

» Una vez, se dignó a preguntarme cómo estaba. (Normalmente presuponía que yo estaba mal y destrozado y ni siquiera se dignaba a preguntármelo). Yo, con sed de venganza, reafirmé su sospecha y su superioridad reconociéndole que quería matarla. Era verdad. Dentro de mi había un demonio que me pedía que la matara con mis propias manos. Era así. No entraré en detalles sobre como lo haría por miedo.

» (Una vez escribí como violaba a una chica que me había dejado. Al cabo de unos meses, volvimos a quedar y me explicó que la habían violado exactamente como yo describí en mi historia. Yo nunca había creído en la magia ni en cosas por el estilo. Desde entonces, ando con cuidado.)

» Pero bueno, a lo que iba… Gris me dijo, con su penetrante clarividencia y su recientemente conquistada parsimonia que blablablablablá… que ella me admiraba por mi nivel de consciencia y la capacidad que había tenido para mostrarle la inutilidad de sus miedos, etc. y que leer eso le "nublaba" y detectaba "vacío e inmadurez". Además, añadió, en su siempre tajante sinceridad, que no quería sentirse "imbécil" por haberme prestado tanta atención. Vamos, soberbia y altivez disfrazada de espiritualidad y danos hoy nuestro de pan de cada día…

» Fue entonces cuando desistí de mi labor compasiva ante ella y detoné y dejé libre mis ansias de asesino en serie. La iba a matar. Estaba decidido. Era la única opción… ¿Qué? ¿Qué decís ahora sedados lomienhiestos? Me importáis tan poco… ¡Intentad refrenar mi cósmico galope, renacuajos!

Interrumpid vuestro inventario de utensilios y preguntaos: ¿qué es el bien adquirido como reacción? ¿A qué imposición social obedece vuestro tereré? Nada. *Bajanades*. Eso digo yo. Así que me decidí. Iba a matarla.

» Y así, *twiddling my thumbs and pondering my next accomplishment*, pensaba cosas de grandiosísima profundidad como:

»—Ser bueno es, por definición, mejor que ser malo. Está claro. ¿Pero esque no debe existir una negatividad para que pueda darse una positividad? ¿Eh? Y pues, ¿no son ambos igual de necesarios? ¿No permite la oposición de fuerzas la existencia de un criterio? Pues ¿qué sería del que crece sin un criterio que le asegure que crece? Acaso… *Ejem* —carraspeé—. ¿Acaso no es necesario que algo decrezca y muera para que lo demás pueda vivir y crecer? ¿Qué sería del cuento de la Caperucita sin el lobo? ¿Y de los Pitufos sin Gargamel? Sí. Hay muertes y maldades necesarias ya que, sin ellas, no se llegaría nunca al plácido final. ¿O queréis venir a contarme que en los cuentos no muere nadie? Ay…

» Y entonces, entiendo también las bondades de la soberbia… Porque… ¿nunca te has preguntado por qué la soberbia es pecado cuando nos permite ver el sufrimiento como motivo de risa? ¿Es que hay alguien interesado en que nuestro sufrimiento se perpetue eternamente…? ¡Pero yo no quería quedarme calvo y enraízado como una avestruz…! Y cuando muriera no quería que mi cuerpo flotara, así que… ¡Da igual, a lo que iba!

Pues que así me justificaba yo… Así. Sin muerte no habría vida, decía, y… Y ¡bueno! No creo estar diciendo nada nuevo, ¿no? La doctrina es tan antigua como el tiempo mismo. Ese filósofo… ¿lo conoces? ¡Da igual! Yo tampoco, pero he creído conveniente mencionarlo. Tengo mis razones. No, no; ahora no voy a explicitarlas. ¡Por Dios! Que el tiempo apremia y hay un crimen que perpetrar. No me detendré ahora con disertaciones filosóficas que… *¡Bah!* Al cuerno. Mis convicciones no necesitan ninguna justificación (¡no, señor!). Esa es responsabilidad de otros. Si yo quiero creer esto, lo creo y ya está. No necesito comprobación alguna. Y… Ay, ay, que me vuelvo a desviar… Perdóname, querido, la pluma es caprichosa.

» Pues eso. ¿Ella no quería crecer? Pues crecería, crecería… Yo… yo me encargaría de insertar en ella pensamientos elevados… Sí… Eso era… ¿Qué hay más elevado que la duda y el examen de uno mismo? Porque… ¡Ah, ah! Solo quiero catalizar las mancuernas del lumen en su conversión a luciérnagas de brillante amarillo… Un amarillo agradable. Siempre, siempre agradable. ¿Existen los amarillos agradables? ¡Claro, claro que existen! Hay que creer que sí si no, estamos perdidos. ¡Y solo quien crea tendrá vida eterna!

» En el fondo… En el fondo has de saber, amigo mío, que yo, cada vez que me entrego a esa barrancosa perversión, no lo hago por placer (oh, no…). Aunque hace cinco segundos haya dicho que sí… Da igual. Nada más lejos de… Lo hago… Lo hago como un *sacrificio*, eso es…; como aquel cuyo nombre no puedo nombrar… ¡Ha de haber mal para que exista el bien! ¡Y ya lo he dicho! ¡A callar! ¿Especulas con su sangre, infame? Y pues, ¿quién es, entonces, el bueno? ¡Pues eso!

» Ves… Vivir es un sacrificio, un sacrificio… Todo lo que toques está impregnado con la sangre de los espíritus que murieron para construirlo… Y por eso su figura es tan importante… Yo me presento a mi mismo como una Mentira para que los demás puedan verme como tal, repudiarme, y así acercarse a la Verdad… Eso es. Tender hacia lo bajo y despreciable e ignorar lo alto y precioso. *¡Ahó, ahó!* Oscuridad y perdición, pero solo en beneficio de la luz y la vida.

» Y… pues eso. Claro que, como podrás imaginar, en aquellos momentos mi alma no transitaba por tan turbadoramente sagradísimas reflexiones… Estas argumentaciones (Dios me salve de manosear tan manido muñeco) las pude vislumbrar solo después, con el corazón en calma y ya en buen puerto… Mi mente, entonces desertora de fardones titulares, vagaba sucia y destrecha entre viscosas lenguas, visiones grotescas, frenéticas corrientes de cobalto quemado y una náusea profundísima. El odio estallaba en mi pecho y no cabía en mi, pidiéndome, por favor y a gritos, que lo dejara salir. Y así, entre tribulaciones y cigarros, llegó el día.

» De camino, me la imaginé siendo agarrada, tocada y besuqueada por otros hombres, simplemente para acrecentar mi aversión hacia ella y, ateniéndome al guión meticulosamente emprendido por mi (ensayado, interpretado y memorizado más de diez mil veces rebotando entre las paredes de mi amarguísima habitación mientras me cagaba en la puta y murmuraba "que se prepare, que se prepare…" porque iba a reventar la comicididad hasta entonces cultivada con diez mil bazokas y veinte mil soldados y artillería pesada y tres mil tanques y una tropa aérea más grande que las bandadas de pájaros que emigran en invierno durante kilómetros y, además, propanan berridos inmundos regocijándose en su insulsa y atiborrada genialidad mientras esperan con nerviosas masticaduras de uñas el día en que "se hiciera, al fin, justicia" y lograran deconstruir su personalidad toda y sentar los cimientos de una nueva nueva nueva…) repeinado ingenio, una apoteósis pecaminosa en el que los ángeles del cielo sirvieran de manjar a los demonios del infierno. Todo mi ser temblaba de emoción esperando.

» Habíamos quedado en el mismo café en que hablamos por primera vez e intercambiamos nuestros perfectos pensamientos imbéciles sobre el mundo y su blablablá. Era todo perfecto, perfecto. El círculo se cerraba majestuosamente y el frío que reinaba durante aquellos días me instaba a perseverar en mi tiritar y mantenía mi espíritu alerta y en tensión constante. Y el café aún más. Ay, el café…

» Me acerqué al bar relamiéndome los labios y dislocando la mandíbula. Por una vez… Por una vez reinaría y todo terminaría y yo sería el ganador definitivo de la contienda. Sentía el sabor de la victoria en la frontera de mis labios, rozándome sensualmente de vez en cuando para incitar mi apetito. Todos mis tendones aguardaban nerviosísimos el momento del acecho final y concluyente. Todo iba a terminar allí, sí… Tensión, tensión, y mi presa favorita: sangre humana.

» Sangre fresca emanada de una criatura virgen y desamparada por la mansedumbre de los vientos de la necesidad. La sangre sería mi alimento.

¿Sabías qué…? *Shhh*… Ella venía hacia aquí atraída por susurros de beldad y resarcimiento espiritual, haciendo oídos sordos a los gritos estridentes que propugnaban su voluntad de supervivencia y ay, ay, ay… Clavelitos, clavelitos…

» Quién haya probado la sangre humana sabe bien que no hay alimento más nutritivo y vivificante. Y… y eso. Que llegué media hora antes. Simplemente para asegurarme de que, cuando llegara, ya habría hecho mío el terreno y tuviera la mano ganadora. Esperé musitando cosas que prefiero no hacer públicas y… y llegó.

» Para que no huyera de primeras ni sospechara nada extraño, la recibí con una sonrisa bonachona y humilde. Era conveniente hacer creer a la presa que estaba en un ambiente familiar y conocido para que, después, cuando sacara a relucir las garras y los colmillos, el cervatillo indefenso no tuviera tiempo a reaccionar.

» "¿Qué tal? ¿Cómo estás?" Y blablablá. Empezamos hablando de nimiedades, como suele hacerse en estos casos. Que si su madre esto, que si su padre aquello, que si el trabajo aquello otro y que si sus amigos nosequé y nosecuántos. Ella (tal y como yo esperaba), tardó poco en restregarme por la cara lo bien que estaba a pesar de los obvios inconvenientes que se interponían ante la trayectoria de su crecimiento y lo óptimamente que había logrado gestionar las emociones que dichos obstáculos le despertaban… También hizo mención, en su modestísimo fanfarroneo, no solo de las circunstancias que le rodeaban y favorecían o dificultaban su camino hacia el despertar, sino (trayendo a colación el punto focal de nuestro encuentro, como suelen hacer muy acertadamente y sin problema las personas fija y funcionalmente asentadas en los casilleros de nuestra sociedad) lo agradable que se le hacía verme y no sentirse tan desnuda, desprevenida y, en definitiva, inferior como de costumbre ante mi presencia, como (según ella) era tan habitual en nuestra relación.

» No voy a entrar ahora en lo fallido de sus impresiones sobre nuestra relación porque me tomaría demasiado tiempo; solo diré que, aquello que

para algunos es la ribera dorada del Río de la Vida y el Eterno Manantial, para otros es el mismísimo lodo reverberante y putrefacto del recargolado Aqueronte. ¿Quién ve y quién está ciego?

» Ella nunca se sintió del todo cómoda conmigo. En sus palabras, le "faltaba algo", como si quisiera alcanzarme y no pudiera. Cuando yo, poseído por alguna fuerza extraña, estallaba en todo mi esplendor y lucidez, mi amor le rebosaba en sus inasibles cantidades y se quejaba de que "todo era demasiado y le exigía demasiado esfuerzo". Por lo contrario, cuando yo, calmo, sosegado, meditativo y apacible, ante ninguna situación crispado, me entregaba a la escucha atenta y misericordiosa de sus historietas diversas y los pensamientos (tan reveladoramente originales como parcos en contenido estético), aseguraba que se "aburría" y que la relación se había vuelto "mecánica".

» Ahora que por fin ella se había convertido, tras ardorosos y contumaces esfuerzos, en un ser humano verdaderamente independiente y autónomo, parecía agradecerme (implícitamente, ya que su orgullo le impedía explicitarlo) todo aquello que antes me reprochaba y me echaba en cara. Genial. También me exigía —si no, decía ella, que no quería quedar conmigo— que fuera y actuara como el yo que antes le resultaba aburrido y excesivamente tranquilo y maduro.

» Simplemente añado que, durante el tiempo que estuvimos juntos, ella no dejaba de pedirme que "volviéramos al cielo"; siendo este una mezcla de cafeína y azúcar inoculada en una pastilla de Mentos y arrojada dentro de una botella de Coca-cola agitadísima en el que los dos nos centrifugábamos mutúamente hasta límites insospechadamente insalubres e intelectualmente extenuantes. (Yo, en aquellos episodios, me entregaba a la fuerza extraña, me convertía en aquel otro, y provocaba sus risas y su diversión muy a costa de mi salud mental, como si fuera un gato borracho y puesto de las pastillas que encuentra en la encimera de su ama: una dócil viejecilla que pasa el día en bata viendo tarotistas por la tele y cocinando *tuppers* para sus nietos, que

la visitan una vez a la semana, le dan dos besos, escuchan pacientemente las anécdotas de juventud de su abuela, cogen el *tupper* y se van).

» Como ya he dicho, cuando ocurría tal cosa y me entregaba a dicha fuerza, ella se sentía espiritualmente abrumada, le sobrecogía mi grandeza (o pequeñez, porque a estas alturas ya no sé si aquella maldita piedra es gigantesca o diminuta) y me recriminaba la poca preocupación mostrada por sus asuntos emocionales (cuya naturaleza solo me dejaba intuir con escasas y muy pobremente compuestas sugestiones).

» Bien… como iba diciendo… ella, después de mencionar superficialmente el estado anímico en el que se encontraba (ella y las cosas alrededor suyo), sustrajo de las tinieblas lo amable que le estaba resultando nuestro encuentro y lo feliz que se sentía por verme así. Me hizo saber que, en el fondo, temía mucho que me volviera loco y la matara. Yo sonreí sudando.

» Me había utilizado como un juguete, recordé yo para mis adentros, me había utilizado… Se había acercado a mi, había aprendido lo que le convenía y me había vuelto a abandonar. Sí… Y simplemente se había sentido atraída por mi perfil sociológico… Yo representaba para ella la epítome del éxito social y político. Haberme conquistado suponía la validación de la sociedad entera. Más adelante… más adelante ella presumiría con sus amigos de haber estado conmigo y seguidamente afirmaría (fardando de tener conocimiento de causa) que éramos gente "harto compleja y con una tendencia a la melancolía insoportable…". Y yo quería matarla. Y, por cierto, en aquellos momentos, yo no pensaba en matarme a mi mismo, mi odio se condensaba todo en ella, todo.

» Y… y… y… y… Y total, que allí estaba yo, zahorí de sangre secretiva, tragándome mi saliva para enmascarar mi sed y engañar mis intestinos. Pero… pero después de que mencionara la alegría que le provocaba mi bienestar, cambié la cara, me metí en el papel, y desenvainé mi reluciente sable dispuesto a blandirlo como un bailarín gracioso y disciplinado. Sí… Esa urdidera jocosa de mentiras (agraciadas de cara pero en realidad de

rasgos flácidos y que pasaban demasiado tiempo sentadas) habían calado hasta el último de mis huesos y ya no podía aguantarlo más.

Después de soltar una carcajada maliciosamente incómoda y perturbadora, dije:

» —¿Qué coño te crees? ¿Eh? ¿Que soy imbécil? ¿Eh, eh? ¿Que no soy capaz de ver más allá de tu asqueroso personaje? ¿Eh? ¿Eh? ¿Eh? Está muy mal definido, querida…, le falta muchísima profundidad. ¡*Pum*, balonazo! ¡Despierta! *Wake up Mr. West!* ¿Haces ver que aprendes para no tener que aprender…? ¿Nunca te enfrentarás a…? ¿Y qué te crees, eh? ¿Que no lo veo? ¿Eh, eh? ¿Eh? ¡Yo lo veo, querida, lo veo! ¡Oh, si lo veo…! Lo veo en sueños y lo veo ahora, delante de mis ojos. Mírame, mírame. Los tengo bien abiertos y lo veo. ¡Veo! ¡Ah! Escúchame. Escúchame aunque sea la última vez. ¡Y la primera! Porque, ¿qué crees? Que no sé que mientras hablo no articulas cosas que… Ah… Escúchame, por el amor de Dios. Conozco perfectamente tus abstrusas y descalabradas artimañas. Sé perfectamente que te ríes de mi cuando no estoy delante. Sé perfectamente lo que haces cuando estás sola. Lo sé. Lo escucho. Y me lo callo porque no quiero dejarte en ridículo. Quieras o no, querida, quieras o no… Yo vivo en tu cabeza y lo escucho *todo*. Cada vez que me odiabas e incluso cada vez que te reprimías a ti misma para asemejarte a tu ideal de lo que es *bueno*. *Egh*. Que alguien me meta un palo de madera hasta la garganta y luego lo retuerza y lo hunda más abajo que vomitar no se me hace suficiente… Ah. Tus asquerosos ideales… Tus asquerosos modales… Qué asco me dáis todos, qué asco… Que si blublublú, que si blablablá; todos jugando al juego como linces y ranas. *¡Bah!* Antes muerto que sencillo, ¿me entiendes? Prefiero morir a vivir esta sucia mentira. Yo cuando odio a alguien, *se lo digo a la cara*. Yo, cuando me encuentro pared, le doy de ostias hasta que se derrumbe. ¿Me entiendes? ¿Que es eso de mirar a otro lado? ¿Que es eso de creerse fantasma? ¿Eh, eh, eh? ¡Joder! ¡Ah! Nada de lo que digo hace justicia. ¡Joder!

» ¡Falsía, hipocresía! ¡Nada, nada! El otro día vi a un cura apático revelando los misterios. ¡Ah, ah! Era pequeño, muy pequeño… Yo soy un ignorante, yo… Y tú, tú… Tú y tus asquerosos juegos de seducción baratos… Teatro del malo, teatro… ¿Hoy en día todo el mundo puede ser feliz? ¿Eh? Eso lee la portada del libro en tu bolso… Malditos sean esos libros. ¡Al cuerno con la dictadura de la felicidad! Quien no es feliz es porque no quiere, ¿no? *¡Bagh, bagh!* Sí, sí… Ya os veo… Ya os veo enciendendo antorchas en mi memoria… Vuestra mentira piadosa; sí… Ya te escucho, ya te veo… Mirándome con compasión… ¡Oh, pobrecito! ¡Estaba enfermo, estaba enfermo! ¡Blablablá! ¡Ciego, ciego! tiene el alma velada… ¡Va a estrellarse! ¡Ay, que no! ¡Que no ve nada! Pobre, pobre, ¡ay, ay!

» ¿Qué os creéis, eh? ¿Qué os creéis? ¿Que no lo sé? ¿Eh? ¿Que no lo sé? ¿Que no es mi decisión, eh? ¿Que no lo es? ¡Respeto eterno a quien se arranque los ojos para no ver! ¡Ja, ja, ja, ja! La razón perdido hais. En vuestra cara me río. *Yo* me compadezco de *vosotros*. Vosotros sois los que juzgáis al mundo con regla y cartabón. Ah, sosias de sosos osos… ¡Ja, ja, ja, ja! He… He… He… He trascendido… He… Eh… Mi ética es estética. ¡Ja, ja, ja, ja!

» Ay… Ay… Si tan solo, durante un milisegundo, pudiérais ver (tan solo con el rabillo del ojo) un cuarto, un milímetro, nada más que un poquitín de nada del rostro del diablo al que me enfrento… No volveriáis a salir de vuestra habitación durante el resto de vuestras vidas… Tan claro lo tengo. ¡Tanto me dan a mi los malditos *jedis*! La compasión nace de la soberbia. Eso digo yo. A mi… La maldad que me corroe…: eso si es pureza. Tan blanca y luminosa como el más brillante Sol. ¡Qué digo! Más todavía. Brilla más que el Sol. Sí. *Forever* y *today*. Ah… Si tan solo… Me gustaría… ¿sabes? No quiero, no… Hay algo en mi que me dice que debo, ¿entiendes? Hay… Hay algo en mi que… Sí… Me dicen que estaría haciendo un favor al mundo… Hemos de separarnos, Gris… Antes de que todo explote… Hemos de… Corre. Ahora… Sí… Ay… Verás… Ya lo sabes. Me conoces.

Yo… Ahora mismo no soy yo el que habla… Lo sabes… Yo no habito mi cuerpo. Alguien se ha vestido con mis pieles. Todo lo que te amé… Ay…. Vete y no vuelvas, querida. Estoy enfermo… Entiéndeme… Toda mi fe la deposité en ti… Y ahora me has dejado… No… Me has dejado… No… Te he dejado yo… Es todo culpa mía, sí… Todo culpa mía… Quería y necesitaba encontrar algo, en algún lugar, en algún sitio por quien mereciese la pena vivir… Y ahora… Ahora eres una mentirosa más. Estás en el ajo, Gris, estás en el ajo. Y lo peor… Lo que no te perdonaré nunca, es que me hicieras creer que no… Que eras de las mías… Que no… ¡Pero necesitas el maldito juego! ¡Lo necesitas! Tanto como yo… ¡Ay! Qué lío, qué lío… Yo lo necesito también… ¡Sí, oh, claro! ¡No, ahora no! Quiero irme de aquí… Vestidme a mi de malo, claro… Seguro que vuestro ideal os ayuda a ayudarme, seguro… Seguro que os ayuda a hacer que me parezca más a vosotros… ¿No? Claro… ¿Qué digo? ¿Vosotros formáis parte de esta o de aquella? Ay, me estoy perdiendo, Gris… ¡Yo no puedo creer en un Dios que odie a los hombres! Ay, ¿qué Dios es ese? Me estoy perdiendo… Gris… ¡Ángeles! A… Ayuda. ¡Ayuda, ayuda! Me pierdo. Me está costando mucho respirar… ¿Aceptáis con…? No… No sé lo que digo… No sé… No sé quién soy, no sé qué soy… Ah, ah… Me pierdo, me pierdo. ¡Pero, eh! Que conste en acta: prefiero vivir siempre en la oscuridad que ver el mundo bajo una luz falsa. Allí… Ah, lucidez repentina… Allí todo está bien… Allí… Allí nada es nada, ¿entiendes? El punto de fuga, el punto de fuga…

» A estas alturas, el rostro lo tenía completamente pálido y estaba temblando tanto y tan exageradamente que las otras personas en el bar habían empezado a escuchar y mirar alternamente y con sigilo remarcado.

» —Me la suda… —seguí diciendo—. Me la suda, me la suda… Sí. Estoy enfermo. ¿Y qué? ¿Quién querría parecer sano a ojos de un mundo tan enfermo? No me importa que escuchéis… ¡Escuchad, sí, escuchadme todos! ¡Escuchad al Gran Enfermo dilapidar su honor y destruirse a si mismo! ¡Oh, yo! ¡Espectáculo de reyes y pueblos! ¡Quise ser dios y no llegué ni a ser hombre! ¡No sabía (¡oh, pobre de mi!) que quien más intenta

evitar una enfermedad, más probabilidades tiene de contraerla…! Ah, ah, ah… No se puede, no se puede ser libre… Quiero… Quien sea responsable de esta atrocidad me las tendrá que pagar, me las tendrá que pagar… ¿Qué decís, qué? ¿Que seré yo quien pague? ¡Anda y que desgarren vuestros ojos halcones con talones desnudos! ¡Hala, hala! Pagar yo, ¿por qué? ¿En qué momento escogí yo envenenarme? ¡Que paguen, que paguen todos ellos! Todos y cada uno de ellos… *Agh*… He de… Sobreviviré… Sí… Y haré al mundo pagar lo que me debe… Sabedlo… Sí… Haré arder el mundo entero y me ofreceré como único medio de redención… Sabedlo… Sí… Y que lo sepa el mundo entero… Que voy a vivir… Y si os dejo vivir… Si os dejo vivir… Dadme gracias… Si vivís… Si vivís es gracias a mi, ingratos… Y moriréis si no os rendís ante mi de rodillas… Sí… Y no podréis aniquilarme nunca y haré de vuestras vidas un calvario y… y… Ya veréis, ya…

» Y entonces, de repente, y con Gris sentada en frente escuchando con tranquilidad, caí desmayado. Aparté la silla, me dí contra la mesa y caí, y caí, y caí, y caí, y caí y creía que nunca pararía. Vi a Gris desde abajo mientras alargaba la mano para intentar cogerme. Las imágenes estaban rodeadas por un embudo de oscuridad, que las chupaba hacia dentro. En un resquicio entre el toldo y el edificio contiguo, vi el Sol que, con su luz, me cegó, me abrasó de calor y convirtió el triángulo invertido en pura luz blanca. Como yo giraba al caer, la imagen duró solo un poquito y vi, al otro lado del bar, unas chicas que se giraron sorprendidas por el estruendo de la silla y el camarero que se acercó corriendo desde el otro lado de la terraza y después de haber dejado los cafés en la mesa. Yo, al fin, toqué el suelo con la cabeza y cerré los ojos.

—92—

5 de febrero de 2020

Al fin llego a mi origen, al fin vuelvo a mi destino.

Al principio fue la Acción: eso.

Agotadas mis piernas están de andar en vano. ¡Incrédulo!, me gritaron. Y yo paré de caminar porque no sabía a dónde.

Ahora sé por qué camino.

La relación que uno mantiene con Dios es más importante que la que mantiene con los hombres.

(Esta última frase es *muy* importante.)

En la otra punta del mundo, en la cúspide del horizonte, me espera mi gran Amor. De sus pechos mana leche áurea y colorido néctar de eterna juventud; toda ella reposa en un ovalo violeta que descansa en un bosque de luz amable; mis sufrimientos evaporar promete, cicatrizando mis rasguños, trajeando de sastre la roída ropa de mi grumete. Tú, Diosa de diosas; tú, Diosa de dioses, déjame abandonarme en tu océano de rosas. ¡Sí, sí! Me dan igual las espinas, ¡me dan igual! Acerca tu miel a mi lengua. Una visión como esta merece que cuelgue la espada y abandone la guerra. Los honores y la gloria se me antojan ahora como palabras vacías. Adiós mundo.

Un diálogo sobre la libertad.

—…Y, ¿por qué crees que la libertad es el fin al que se debe aspirar?

—Bien, ¿quieres tener la conversación?

—Sí.

—Vale. ¿Estás de acuerdo conmigo si digo que desde el momento en que uno nace está sujeto a una serie de circunstancias que forjan su carácter?

—Sí.

—Y bien, como dices que uno es, en efecto, resultado de sus circunstancias, ¿afirmarías también que, objeto de un seguido de leyes, ya sean lingüísticas, políticas, jurídicas, etc.

uno tan solo puede manifestarse y moverse dentro de unos márgenes sociales delimitados?

—Sí, eso está claro.

—Y esas leyes, esas normas, ¿crees que han sido decididas antes o después del nacimiento de alguien?

—Bueno, ¡antes! Está claro.

—Bien. ¿Y estás también de acuerdo en que un tenedor que ejerce más de las funciones que propiamente le atañen como tal es más que un tenedor?

—Bueno, claro. Pero no veo que tiene que ver eso con lo que estamos hablando.

—A su debido tiempo, querido; todo a su debido tiempo. Entonces, por esa regla de tres, ¿afirmas que, cuando algo transciende la naturaleza que le es característica y adquiere nuevas cualidades que previamente no le pertenecían, se convierte en algo más?

—Bueno, eso es obvio, no puedo negarlo.

—¿Y no estás de acuerdo conmigo en que algo —sea el objeto que sea— que abarque más funciones que las que son propias a su naturaleza única es mejor y más valioso?

—Bueno, claro. Al fin y al cabo, reúne en uno las funciones de muchos.

—Bien, habiendo dicho esto, estarás de acuerdo conmigo en decir que aquello que supera su naturaleza única, aquello que rebasa los límites propios se eleva por encima de sus similares y alcanza cotas más altas de las que le corresponderían si hubiese mantenido intacta su naturaleza?

—Sí, claro… está claro.

—Y como hemos dicho antes: ¿no son todas las decisiones, incluso las que consisten en el examen de las mismas, efectos

resultantes de las circunstancias que nos han rodeado desde que nacimos?

—Sí.

—Y pues, ¿crees que la libertad puede ser un medio? Habiendo visto todo esto, ¿crees que existe realmente la forma de escoger libremente y no impulsados por nuestra cultura, nuestro temperamento, etc.?

—¡No, de ninguna manera! Imposible.

—Bien, entonces, afirmas que la libertad es solamente un fin al que aspirar.

—Sí… qué remedio.

—Y reconoces que, ¿a pesar del (y precisamente por esa razón) absoluto desconocimiento de la forma que pueda tener la verdadera libertad, es preciso investigarla, estudiarla, y tratar de conocerla?

—¡Cómo no!

—¡Olé! Pues a ello.

6 de febrero de 2020

Hoy he trabajado en el libro. Algún día lo acabaré y estaré muy orgulloso de mi mismo. He de terminarlo para cerrar un círculo. Después podré dedicarme a lo que realmente quiera. Me sentará bien concluir un proyecto y darlo por finalizado. Las espirales ascendentes están bien, pero el logo de las Olimpiadas ahora mismo es más mi *mood*.

Hoy me he dado cuenta de que, al final, el único propósito del libro, de este diario y de cualquier obra de arte, es el de dejar un testimonio de como alguien se va convirtiendo en si mismo.

Ese pensamiento es el único que me tranquiliza ante el prospecto de publicarlo. Yo no soy nada de lo que veis en este libro. Yo soy, en realidad, casi todo lo contrario; una persona ardorosamente tranquila. Todo esto no ha sido una pantomima y un teatro interpretado por mi *persona* para, como ya

he dicho, llamar la atención. Me sabe mal haberos hecho partícipes y haberos obligado a divisar tan penoso desenvolvimiento. Mi próximo libro será mucho mejor, os lo prometo.

Este, lo debo abandonar. Por el bien de mi espíritu y el del mundo, debo intentar dejarlo tal cual está; resignarme ante el hecho de que en algún precioso momento, mi horadado espíritu creyó oportuno y necesario escribir toda esta sarta de sandeces *as a way of sacrifice and for the sake of honesty*. Espero que podáis perdonármelo en un futuro. De momento, os dejo con lo escrito. (Ya queda poco, ya queda muy poco).

Os dejo un diálogo que he escrito hoy *on the side*.

El diálogo

—Hola. Lo eterno no concluye.

—¿Dime?

—Este producto es complejo y ha sido determinado como no adecuado para ti.

—No te escucho. Estás hablando muy bajo. ¿Qué dices?

—Cómprate un patinete y sal a patinar. ¡El mundo te espera!

—De verdad que no te escucho, tendrás que hablar un poco más fuerte.

—Hay un villano en tu interior. ¿Quieres saber quién es? ¡Presiona el botón rojo y conoce el secreto!

—No, no… esque no escucho nada. Voy a tener que colgar, lo siento…

—¿Quién escucha y no hace nada? ¿Quién escucha y clasifica?

—Verás… *(A su amiga)* Es que me sabe fatal, tía. ¿Hola? No, no. No escucho nada, tía. Como un *brr* entrecortado.

—Sin el espejo, el mundo no existiría. La suerte es cuestión de voluntad.

—¿No, eh? Nada de nada, tú. Sí… no sé. Es que me sabe mal colgar, seguro que es simpático pero no veo otra opción.

—¿De qué habla el hombre cuando habla del mundo? ¿De qué habla el hombre cuando habla del hombre? El conocimiento no sirve al hombre; el hombre sirve al conocimiento.

—Bueno… es que no escucho nada, querido… ¡Mira a ver si tienes cobertura!

—Y entonces, del bosque apareció una criatura. Iba vestida con un vestido rojo de topos blancos. Sus brazos peludos llegaban hasta el suelo. Caminaba dando tumbos, apoyándose en los árboles. Palpaba a tientas las cortezas y mascullaba palabras sin sentido. Tenía la mirada perdida y los ojos vidriosos. El cielo detrás de su cabeza lloraba. El viento se colaba entre las ramas, aleteando el frufrú de sus peines. De lejos podías ver como, amontonados, se besuqueaban y se tocaban millones de ratas sin pelo, con los dientes afilados y tristes tristes tramas constituían su pasado.

¿Cuántas veces han aúllado los cielos sin consuelo? ¿Cuántas veces se distinguen día y noche? ¿Cuántas veces se da a luz a una nueva primavera? ¿Cuántas veces la rana posa sus huevos en las hojas? ¿Cuántas veces me habré perdido en este bosque? ¿Cuántas veces habré luchado esta batalla? ¿Cuántas veces habré maquillado el perdón y cuántas veces habré magullado la noche? Luna, luna, luna, tú que cantas nanas a mis espaldas. Luna, luna, luna, tú que acaricias mis banderas. Luna, luna, luna, tú que esperas mi regreso. ¿Es que no sabrías responderme y decirme la verdad?

—No… Oye, que no hay manera, querido. Me voy a tener que ir… me sabe mal. *(Cuelga.)*

7 de febrero de 2020

Mi orgullo me impide progresar. Mi sed de gloria inmediata es solo un obstáculo. De hecho, empiezo a sospechar, sin querer eludir la responsabilidad que me pertoca, que es un deseo heredado, una imagen que recibo del mundo y veo reflejada en mi. O sea que… Sí, creo que es problema mío. *Ehm*… Pensar no sirve de nada. Creo. (Ay, el café…) Confundo una vara pulida por una serpiente levantada. No puedo focalizarme en ningún pensamiento… Quizás la dispersión es propiamente mía y la cafeína solo la acentúa. Me hundo en los canturreos de la inconsciencia y su oscuridad inerte (sin línea, solo fondo) para ignorar lo que se revela a la luz de la consciencia. Dejaré de tomar café y empezaré a meditar, creo. Sí. (Tengo ganas de acabar el libro para no sentirme atado a la personalidad del personaje que lo escribe).

Hoy han pasado muchas cosas. A veces me gustaría poder deciroslo todo. Después recuerdo que no vivo en un *reality*. No sé por qué tengo esa pulsión de explicar todo lo que me pasa por la cabeza, pero cuando no me entrego en totalidad a mi obra me siento culpable e incómodo. No es para vanagloriarme, es por necesidad. Y además, quiero ser útil. Quiero entregaros todo lo que sé y todo lo que no sé. Quiero ser vuestro amigo y ayudaros cuando estéis tristes. Quiero, simplemente, ayudaros igual que me han ayudado a mi otros. Quiero, en definitiva, ser *youtuber*.

Un problema que tengo, por cierto. (¡Otro más y siempre hablando de mi y de mis problemas! Cuando acabe el libro lo dejo, os lo prometo.)

Pues eso, que cuando estoy en compañía me cuesta pasar desapercibido, cuando en realidad es lo único que quiero. Me siento fuera de juego, la gente lo nota, quiero desaparecer, la gente lo nota aún más, el ambiente se enrarece, me sé culpable, etc. Esa clase de cosas tan habituales…

Sé que influyo a los demás con mi presencia, y por eso me recluyo. No quiero contagiarles mi enfermedad. (La enfermedad no tiene nombre y no debe hablarse de ella.) El mundo me confunde, me encierro en mi mismo, salgo al mundo confiado de mis descubrimientos, el mundo me confunde, etc.

A veces pienso que ayudo a los demás inflingiéndoles una suerte de daño iniciático. Otras veces simplemente me gustaría morirme y desaparecer para siempre. Este lastre de simulacros me fatiga en demasía.

Siento mucha pena por las cosas de las que hablan e intento conducir la conversación hacia lares más *productivos*, más *generadores*.

No considero que el conflicto sea fuente de creación. Tampoco entiendo como dos personas pueden estar tan firmemente convencidas de conocer la Verdad y que estas sean tan diferentes entre si. No entiendo. Yo solo creeré en una Verdad que admita las verdades de los otros. Quiero decir… que si la Verdad es discutible, entonces no es Verdad; si la Verdad es refutable, entonces no es Verdad. ¿No? No sé. Quizás me equivoco y mi tristeza es infantil, pero me desespera ver cómo todo el mundo se pelea y se tiran dardos los unos a los otros.

Y cuando creo haber encontrado un árbol con las raíces bien arraigadas y consolidades en la tierra del pensamiento, entonces me doy cuenta de que roba la savia a otro árbol, o cubre la luz de otros constatando que los otros árboles no son realmente árboles sino simplemente imitaciones de árboles y gasta gran parte de su energía en ocuparse de que los otros árboles no puedan convertirse en árboles y… A veces me parece que todos los árboles están podridos.

En fin, que la creación, a mi parecer, nace de un diálogo constructivo, en el que las dos partes aportan de igual forma al conocimiento simbiótico que conforma la totalidad del asunto. El conflicto, en cambio, no avanza ni progresa, se queda estancado en el mismo plano horizontal de siempre y para siempre. A no ser que…

Bueno, no sé. Debería apartarme y dejar de influir. Al fin y al cabo, ¿por qué es mejor mi meta que la otra? ¿Por qué mi camino y no el del otro?

Quiero decirlo todo y no puedo, así que adiós.

9 de febrero de 2020

Hoy, por fin, he trabajado mucho y muy bien. Ahora mismo tengo mal sabor de boca porque he pasado veinte minutos con el móvil. Dos minutos con el móvil son capaces de anular media hora de meditación profunda. El móvil es el demonio.

Nah, es broma. He exagerado un poco. Lo que sí es verdad es que el desdén, la tristeza, la soledad, y la angustia que siento es directamente proporcional al tiempo que paso utilizando el móvil.

PD: Tengo ganas de enseñaros el libro. Voy a conseguir que sea lo que tenía en la cabeza. (!!!!!!!)

(Kind of.)

PD 2: Mi padre me dijo que uno no conseguía acabar un libro sino que el libro acababa con uno. Mi padre tiene razón.

10 de febrero de 2020

No me preocupa el porvenir. Tengo fe absoluta en el futuro.

Sé que estoy rodeado de ángeles que velan por mi. (Maybe they're not twenty seven, but they do come from the great beyond.) Saben que plantaré una semilla y cuando los ángeles reconocen una fuerza de la que pueden servirse para difundir amor, la custodian y la poseen para que el mensaje llegue al número de personas necesarias.

La luz siempre brilla más que la oscuridad.

Y la luz siempre gana.

He empezado a meditar. Todas mis ideas antiguas se me antojan… vacías, inocuas, innecesarias. Es necesario comprometerse con la energía que uno difunde en el mundo. Mientras uno nada en el lodo de la inconsciencia, no concibe las consecuencias espirituales de sus actos y por

eso puede hacer tanto esto como aquello otro sin que se refleje negativamente en su alma. (O, al menos, ese reflejo sea perceptible.) Pero una vez uno…

Quiero decir muchas cosas y ninguna me basta.

¿Porque pretendo tocar un reflejo?

Aunque las crea penosas y ridículas, mi orgullo no me deja desprenderme de ellas sin más, así que os explico una de ellas. (Con los sentimientos encontrados, claro, porque a mi orgullo también le da miedo que una mala idea dañe su reputación porque, como mi orgullo vive recluido en su cueva de hielo con pingüinos como amigos, no sabe realmente lo que está bien y lo que está mal…).

Que por cierto, y ahora sigo con la idea, yo he vivido toda mi vida en esa tierra de nadie. Lo digo por si a alguien le sirve de consuelo. Demasiado noble para ser canalla, demasiado canalla para ser noble. Demasiado artista para ser pijo, demasiado pijo para ser artista. Demasiado espiritual para ser escéptico, demasiado escéptico para ser espiritual. Demasiado Áyax para ser Ulises, demasiado Ulises para ser Áyax. Demasiado orgulloso para ser humilde, demasiado humilde para ser orgulloso, etc.

En fin, la lista podría alargarla infinitamente. En resumen, es algo así como: demasiado nada para ser todo y demasiado todo para ser nada. *I… i no passa res. Crec. No ho sé encara.*

Pero a lo que iba. Que quería forrar con mi tag de Instagram muchos postes publicitarios de Barcelona para hablar sobre la *cosificación* del yo. Inmiscuir mi nombre en el mercado publicitario como un bien de consumo más. El individuo como marca, blablablá. "Cómprame a mi", etc. Tratarme a mi mismo como un objeto mercantil con el que comerciar.

La gente que buscara el perfil (acto que también me interesaría como involucración activa de una audiencia *prosumidora* y que esta no fuera objeto de una contemplación pasiva como normalmente ocurre en el arte o con cualquier proceso mecanizado), llegaría a un perfil vacío.

El acto promocional sería una obra de arte en si misma. Uno compraría una caja vacía solo por la estrategia de marketing que la rodeara. El medio es el mensaje, etc.

No sé. Quizás lo hago. Al explicarla me ha gustado. Me hallo, por eso, ante un problema moral. Si lo hago, el acto tendrá repercusiones evidentes y directas sobre mi persona y mi nombre, pues pienso ponerlo en una de las áreas más transitadas de Barcelona. Si no lo hago, en cambio, mi nombre seguirá siendo "mío" y menos gente me conocerá.

Una parte de mi me dice que debo hacerlo como un sacrificio; que debo sacrificar mi reputación y mi dignidad para que el mensaje llegue a la gente y se haga visible la manipulación de la realidad que la publicidad perpetra cada día y las consecuencias ideológicas que conlleva. Otra parte de mi me dice que lo haga para hacerme rico y famoso y disponer de más medios para ejecutar las ideas que se me ocurren. Otra parte de mi me dice que eso sería orgulloso pues me estaría creyendo una especie de Mesías con la misión profética de revelar la Verdad al mundo velado por la dócil invidencia de la infancia espiritual. Pero después pienso que lo realmente orgulloso es convencerme a mi mismo de que no lo hago para evitar ser orgulloso, cuando en realidad lo hago para mantener una dignidad y una reputación de persona humilde…, etc. *Damned if I do if I don't —yuuh…*

Si lo hago porque quiero visibilizar mi nombre: orgullo; si lo hago porque quiero concienciar a la gente: orgullo; si lo hago porque creo ayudar a la gente con mis ideas: orgullo; si no lo hago porque quiero permanecer modesto: orgullo; si no lo hago para… *You name it*. Orgullo, orgullo, orgullo. *Vanitas vanitatum et omnia vanitas*.

El mismo conflicto del que llevo hablando desde el inicio del libro y el que me atormentará (o eso parece; por probabilidad más que nada) el resto de mi vida. En fin, un problema digno de una novela de Tolstoi que le ocurriría a cualquier monje que, como yo o cualquier alma grande en este nuestro gran planeta, se sienta siempre culpable haga lo que haga. Y ya me callo.

Y lo siento por saltos emocionales repentinos; alterno cosas que escribí en su momento, originalmente en el diario, con ideas y sentimientos que se me ocurren ahora, mientras lo transcribo al ordenador. *Sorry*.

11 de febrero de 2020

Nada.

12 de febrero de 2020

Escribo porque es el arte más barato. Si pintara, no podría comer y quedarme a dormir en el estudio, así que prefiero escribir y quedarme a dormir aquí.

PD: Hoy ha venido mi abuelo a entregarme sus memorias para que las transcriba a máquina.

13 de febrero de 2020

Hoy solo tengo que dar gracias, así que he escrito una oración o algo así. Hasta donde me permiten mis habilidades, vamos…

Gracias por darme tanto.

Gracias por darme el vicio para tender a la virtud. Gracias por darme el ocio para tender hacia el trabajo. Gracias por darme el dolor para tender a la salud. Gracias por darme el sufrimiento para tender a la alegría.

Gracias por darme estos ojos para contemplar tu belleza. Gracias por darme estos brazos con los que tocar tu materia. Gracias por darme este corazón para obrar tu voluntad. Gracias por darme este espíritu para vivir en tu gloria.

Gracias por darme una boca con la que decir la verdad. Gracias por darme un alma con la que poder discernirla. Gracias por darme un corazón con el que poder desearla. Y gracias por darme un espíritu con el que poder acogerla.

Gracias por darme talento para conocer la soberbia. Gracias por darme soberbia para conocer la humildad. Gracias por darme humildad para conocer tu gracia. Gracias por darme tu gracia para trabajar mi talento.

Gracias por el agua y el fuego. Gracias por el aceite y la ropa y el techo que me mantiene a cobijo. Gracias por la gente que me quiere y gracias por hacerme amarlos a través de la voluntad y no de la necesidad.

Gracias por darme el vacío que siento en el pecho. Gracias por hacerme tan rematadamente imbécil. Gracias por darme la capacidad de saberme a mi mismo imbécil. Gracias por darme las palabras y por muchas otras cosas que mi entendimiento ahora no concibe ni es capaz de ordenar porque soy joven y mi intelecto es débil.

Gracias.

Y, por favor, ayuda a todos aquellos que no tienen lo que yo tengo y ayuda a todos aquellos que no ven lo que yo veo. (Ayúdame a mi también a no creerme mejor que los demás pero a ser consciente de mis ventajas.)

Inunda el mundo con tu amor y tu esperanza para que la luz guíe y pueble los corazones de todos los habitantes del planeta.

PD: Yo no soy filosófo. No sé probar la existencia de Dios. Yo no sé nada. Solo sé que en mi imaginación, hay mucha felicidad. La paz reina, el bien rebosa, todos existimos en un gozo eterno y no existe el sufrimiento. Allá arriba todo es perfecto. No sé qué sitio es ese ni donde está ni cómo alcanzarlo, pero solo sé que… Da igual. Cuanto más hablo más me equivoco. Quien tenga oídos que oiga.

Adiós, queridos, a Dios.

14 de febrero de 2020

1. Por favor, esperadme.
2. En fútbol, cuando un jugador rehúsa el seguimiento de las tácticas convencionales para tratar de descubrir nuevas formas de lograr el objetivo y fracasa, es llamado chupón. Cuando tiene éxito, es llamado genio.

15 de febrero de 2020

Eclecticismo concreto: la letra pequeña se lee en voz baja, no queremos que el pueblo se rebele. ¡Dadme cotilleos! Soy reflejo de mi tiempo. En el futuro seremos todos asexuales. Ha de estar limpio el canal si quieres transmitir el mensaje. No te excedas en la comida, las manos del corazón se te untarán con mantequilla y no podrás asir ninguna idea. Así como al principio de cualquier ciencia el talento excepcional se concentra en unos pocos individuos, a medida que las herramientas se democratizan y el conocimiento se populariza, el talento, a su vez, se reparte. El impulso que antes provocaba un individuo en un campo concreto, ahora es repartido entre muchos pequeños individuos que avanzan sus respectivos campos hacia delante. La fuerza del empuje singular es menor, el número de empujes mayor. Porque recordad: existe la verdad, y existe la Verdad. *And that's all, folks!*

Mi yo no meditativo es difícil de erradicar. Surge de las penumbras y cuando me confío. Cuando tengo la convicción de que existe el lugar que llevo tiempo anhelando con mi intuición: un espacio mental en el que no existe el conflicto, solo hay silencio y comprensión, me confío y creo que ya puedo volver a entregarme a los hábitos de antes mientras —y esta es la excusa— siga meditando todas las mañanas. No es así. La conciencia plena es un trabajo que requiere muchísimo esfuerzo y dedicación. He de estar las veinticuatro horas del día atento a mis pensamientos y sensaciones, y al principio es agotador. Espero que, como Virgilio le dice a Dante en su Comedia, el camino vaya haciéndose más fácil y menos fatigoso a medida que uno se acostumbra.

Lo importante es que ahora, por lo menos, sé de un sitio donde siempre estoy a salvo de todo y siempre estoy en casa.

(Gracias por darme voluntad para superar mi pereza. Gracias por darme pereza para ejercitar mi voluntad.)

16 de febrero de 2020

Tengo ganas de dejar de escribir. Tengo ganas de dejar de hablar. Tengo ganas de vivir en el silencio.

He de encontrar el equilibrio entre el pensar y el hacer. Ser un poco Plensa y otro poco Barceló.

Quiero limpiarme antes de salir al mundo. Quiero difundir amor, verdad, belleza, bien, virtud, y paz. No quiero difundir odio, confusión, inseguridad, maldad, mentira, y perdición.

Aún tengo maldad en mi y me obligo a mi mismo a catartizarla para: 1) exponerla al público y que este se familiarice con ella y no la vea como algo temible y puedan, 2) darle una noción positiva al dolor y la enfermedad porque solo habiendo antes contraído la enfermedad puede uno curarse.

"Si sacas a la luz lo que tienes dentro, lo que saques a la luz te salvará".

Antes, como no me gustaba quien era, me inventaba personajes para que al salir al mundo no fuera yo quien recibiera los golpes. Eso he aprendido de T-Rex, Pla y una infinidad de artistas y magos que se dedicaron toda la vida a forjar y maquillar con obsesión flaubertiana su queridisísima máscara.

Para mi, todos esos personajes que yo inventaba, los movía mi doble o mi demonio o como quiera llamarse a señor payasete. El tema ha sido tratado en multitud de ocasiones, pero sin mucho acierto. Los que se acercan más a su naturaleza son los rusos. "¡Ha sido él, ha sido él!" grita un personaje de Dostoyevski en una de las novelas. No recuerdo cuál ni quién. Creo que es Mitia en los Hermanos Karamázov, pero no estoy seguro. En "El Doble", también de Dostoyevski, su representación no me pareció tan acertada, a pesar del título. Creo que su naturaleza esquiva impide (o dificulta mucho) su representación.

A mi me invade en momentos de debilidad y flaqueza espiritual. Cuando no estoy atento y consciente sobretodo. Es tan vasto su campo de actuación que no podría concretarlo sin alargarme demasiado, solo diré que cada uno tiene un demonio particular engendrado por sus vicios y defectos

particulares. Solo mediante actos volitivos puede uno llegar a embellecer este demonio.

Yo… yo no quiero ser más ese monstruo.

Están habiendo altercados en la ciudad otra vez. Nunca entenderé la política. Entiendo las razones de cada uno de los lados, lo que no entiendo es porque se pelean tanto. ¿Quizás es reflejo de la naturaleza bipolar de todo fenómeno? Me gustaría que Krishna se me presentara como lo hizo con Arjuna y me explicara las razones de la lucha y la pelea constante. No sé… y no sé por qué a mi me cuesta tanto entenderlo.

Lo que no entiendo, en realidad, es como alguien puede estar convencido de que la forma de superar esa dicotomía es adaptando una posición extremista frente a la misma, como si intentaran lograr la paz convenciendo a punta de pistola. Si tu odias a una persona por una razón *x*, esa persona se sentirá legitimada para odiar a otra por una razón *y*… El odio nutre al odio y esas cosas… ¿Quizás su objetivo no es superar la dicotomía, sino perpetuarla? No lo sé. Quizás prefieren lo torcido a lo recto. Quizás no buscan el equilibrio.

O quizás, solo gracias a ellos existe el equilibrio. Según el Tao Te Ching, el vulgo es un perro de paja. (En términos de caza de la época, un perro de paja servía para atraer a las presas y que fuera más fácil cazarlas.) No sé, no sé… La veo una creencia muy radical e incompasiva. Da igual. Cada vez estoy más convencido de que la palabra es la herramienta del orgullo, y el silencio la herramienta de la Verdad.

Y aquí me veis, hablando largo y tendido sobre ello.

:)

17 de febrero de 2020

Este libro es, como todos, un espejo: todo lo que veas en él no es suyo sino tuyo.

Tengo muchas ganas de dejar de escribir. De acabar el libro de una vez por todas y no hablar tanto de mi. Es agotador. A estas alturas lo hago solo

como sacrificio y para que no me de angustia haber dejado un proyecto inacabado. Imagino, además, que puede ser de utilidad a alguien. No sé. (Espero que al haberme dejado en ridículo delante del mundo entero me sienta más tranquilo conmigo mismo)

Si fuera así, y ahora mismo hay alguien leyendo esto y esto le estuviera sirviendo de algo, le digo: "Hola. ¿Cómo estás? Te quiero." Y a parte, añado una cosa que creo importante: los libros no contienen la Verdad y ningún factor externo te aportara lo que buscas; el trabajo más importante llega cuando abandonas los libros, abandonas los ídolos, te despojas todos los símbolos a los que tú mismo te habías esclavizado, y empiezas el viaje *hacia dentro*. Solo allí encontrarás lo que buscas. Solo allí. Y ese viaje solo lo puedes hacer tú solo. Claro que encuentras bastones y maestros y pócimas y estrellas que te guían y te ilustran y te señalan el camino, pero los pasos has de darlos tú.

Y eso.

Que mi ambición me cansa y mis caprichos me cansan. Ahora sé que cualquier verdad que obtenga racionalmente no será sino un simulacro feo y barato con lo que realmente me espera al otro lado.

Antes, hace un tiempo, cuando estaba muy deprimido y no hablaba, me sentía extrañamente más alineado con la Verdad. La intuía. Ahora la conozco y todo lo que no sea trabajar en pos de y para ella me parece una pérdida de tiempo.

Después, lejos de los bichos de la depresión, empecé a hablar; "soy libre", pensaba, y movía un brazo así y me maravillaba que pudiera mover un brazo así y que el universo no se cayera a trozos cuando lo hacía; y entonces, soltaba palabras por la boca, primero por curiosidad, después como mero ejercicio intelectual y después, simplemente para entretenerme.

Empecé a escribir el libro, empecé a leer, etc. Me rodeé a mi mismo de las palabras que aborrecí en un principio. Ahora, he llegado a un tope. Las palabras me molestan más que me ayudan, igual que antes.

(Al lado mío, en el café que estoy, hay una chica que acaba de explicar que ha traspasado un cáncer, tiene el sida, ha emigrado dos veces de país, le hacían bullying en el cole, ha visto morir a su madre, ha estado seis meses en coma… y yo aquí hablando de mi tragedia y mis historias insignificantes… ¿De qué trata todo esto? ¿Es que…? He de encontrar una Verdad eterna e imperecedera que trascienda y de sentido a todas estas cosas.)

Y… y bueno, que ya no quiero hacer más el papel de escritor existencialista que fuma cigarros y ve el reloj como las líneas blancas y negras de un piano y… Ay, ay, si quiero descubrir algo verdadero, tendré que olvidarme de mi mismo, eso lo tengo claro.

Así que me voy. Os lo anuncio. Quizás tardé unos días en irme del todo. Pero cada vez me queda menos cuerda y tenía que decíroslo.

19 de febrero de 2020

Los ángeles no me ayudan a escribir. No me infunden la fuerza, el impulso y la inspiración necesaria para terminar el libro. Sé que camino el camino equivocado. *I tread the wrong path and do it willingly*. Cuando pinto, en cambio, es totalmente diferente. Me despierto lleno de vida y con el corazón lleno de imágenes. Siempre tengo más ideas de las que puedo materializar. Es más un trabajo de selección que de creación. Con la escritura no es así. He de coger el pico, la pala, vestirme con el mono y el gorro, y ponerme a labrar como un loco para llegar a algo. El oro falso no es oro puro. Y lo sé. Casi todo lo que encontraréis aquí es oro vulgar. Perdonadme. Era inconsciente de las fuerzas con las que jugaba.

Aún así, he de terminar el libro para poder dedicarme de pleno a la pintura. Sino, siempre tendría la voz al fondo de mi cabeza preguntándome por qué no lo terminé; me conozco.

Soy orgulloso. Escribí el libro simplemente para poder decir que había escrito un libro. Ir por ahí y decir: "Sí, sí; yo escribí un libro a los veintipico años". Es un *logro*. Es una medalla mundana. Un certificado. Un título. Un

gumet. ¡No todo el mundo puede decir eso!, diría. Esa era realmente una de las razones principales por la que escribía, aunque suene penoso.

Bueno, ahora ya sé que escribir no es lo mío. He tenido que probarlo para comprobarlo. Soy así de tozudo y de imbécil.

Me he abierto en canal delante del mundo entero para que pudieran ver mis tripas y mis entrañas. Por amor. No quería que el mundo me viera como un dios. El único Dios está allá arriba y entre nosotros solo hay diablillos inteligentes.

Cuando lo haya acabado y abandone el libro a su suerte, sé que se me ocurrirán muchas otras frasecillas de estas que abundan tanto en mi libro. He adquirido la mala costumbre de pensar en eslogans, lamentablemente. No sé qué haré con ellas. O las pondré de títulos de cuadros o las escribiré en libretitas o… O simplemente me obligaré a mi mismo a no registrar cualquier atisbo de lucidez intelectual que se asome por esta cabecita mía. La libertad que derivará de ello será un bálsamo interesante a mi avidez creativa (siempre excesiva y nunca razonable). Sé que me habré olvidado de muchísimas cosas que me gustaría decir, pero si no lo doy por terminado en algún momento, temo que se alargue infinitamente. Y ese es un temor fáctico, no hiperbólico.

En fin, que mi único propósito en esta vida es llenar el mundo de paz con mi arte y eso es la verdadera razón por la que hago todo lo que hago, realmente. No sé porque intento darme paletazos a mi mismo complicándome la vida y diciendo que lo hago por esta razón o por esta otra… Si realmente lo hiciera para ser famoso, pondría más ahínco en su difusión, si realmente lo hiciera por… No sé qué más habré dicho, pero eso. Que mi única intención es brindar sosiego al alma turbada, colmar con esperanza a la mente confundida, y abrazar con amor el corazón herido.

Alegría serena, elevación pausada.

Solo eso.

Un abrazo. Os quiero.

»—Mola… Muy bonita historia. Gracias por explicármela —dirías tú con tu ya característica y archiconocida empatía—. Y… y ¿qué pasó después? —me preguntarías.

» A lo que yo respondería (contentísimo de que me hubieras brindado, como si lo hubieras sabido) una oportunidad perfecta para exteriorizar una frase inteligente que llevaba almacenando en mi psique durante mucho tiempo:

» —Querido, querido… Cuando te expliquen una historia, no has de preguntar "¿qué pasó después?", has de preguntar "¿qué pasó en realidad?".

» Y, mientras el público resoplaría por la nariz una pequeña sonrisa ante lo ingenioso de mi observación, yo añadiría:

» —No ocurrió nada de todo eso, como es lógico. ¿Cómo iba a ocurrir nada de todo eso? ¿Es que me ves acaso capaz de tan mordaces arrebatos de maldad? Y si fuera así, te digo: ¿qué crimen puede haber en un error? Bueno, en fin… No sería un error porque… Pero bueno, no entremos en eso.

» Pasó… pues, claro, lo que tenía que pasar… Que la vi, y estallé de amor, como es normal. Me miró como si supiera un secreto suyo inconfesable, mirando a alrededor nerviosísima como una niña cuando le pillas haciendo algo que no debe, y yo, como buen niño enamorado, me meé en los calzoncillos del amor que sentí. Y, claro… ¿Qué iba a hacer? Ha sido mi primer amor… Mi primero… Ha sido mi diosa, mi amante, mi hermana y mi amiga; mi musa, mi madre, mi demonio y mi hija. Ha sido la primera y única persona que me ha amado tal y como soy. Ha sido la primera persona que me mira a los ojos y *me ve*. Me ama, me abraza, acepta mis rarezas y mis tonterías y me da besos, muchos besos… Besos en todos los lados de mi piel… Besos, besos… Ella es mi Venus y mi Virgen María. A ella le debo el mundo entero y todo lo que soy y lo que seré. A ella y solo a ella.

Sin ella… Sin ella no hubiera sido capaz de conseguir nada, absolutamente nada, de lo que he conseguido. Y tampoco es que haya conseguido nada… pero ¡bueno, bueno! No hablemos sobre mi cuando debería ser todo sobre Ella.

» Es mi casa y mi cama; a lo que aspiro y lo que tengo; es luna a mi sol y mar a mi ocaso; tierra a mi raíz y flor a mi tallo. Ay… Es… ¡es mi compañera de caverna! Y sé… sé que, una vez haya admirado al Sol y vuelva a visitar a mis antiguos amigos, ella no me dirá que estoy loco, y enlazará su brazo con el mío y saldremos fuera de la cueva para siempre jamás y reinará la Luz y la Bondad y la Verdad hasta el final de los días… ¡Y sí! Volveré de conquistar el mundo y ella se reirá de mi y conmigo. ¡Y sí! Volveré de embarrarme en un pantano de mierda y ella se reirá de mi y conmigo. Ay, ay… Ella me entiende. ¿Entiendes? Ella me *entiende*. ¿Entiendes, entiendes? ¿Entiendes lo que vale que una persona te *entienda*? Eso… eso… Eso… Hablábamos el mismo idioma… ¿sabes? Nos mirábamos, nos entendíamos.

» Y… ¡ay! Aún así, nos peleábamos. Nos exigíamos cosas que no debíamos exigirnos. ¡Me obligaba a hablar! Ay… Y yo solo cuando callo digo la verdad… Y yo y todo el mundo, y yo y todo el mundo… "¿Cómo estás?", me decía. ¡Cómo estás! Y yo respondía que bien, o mal, o según me sentía… Nada más horroroso… Ay… Yo la quiero… La quiero demasiado. Es tan puro el amor que le profeso que no puedo estar con ella. Vernos descender a las podridísimas bajezas del ser humano es algo que no puedo soportar, lo siento. Porque sí, ¿qué es sino un pecado preguntar qué tal?

» Y yo… Yo estaría con ella con una sola condición. Solo una… Si pudiéramos estar juntos y sin separarnos un milímetro durante todos los días y los minutos y las horas y las semanas y los años y los lustros y los siglos y los siglos de los siglos y hasta llegar a la Eternidad misma habiendo traspasado el Fin del Mundo dieciocho veces y en una compenetración perfecta e infinita, aceptaría. De lo contrario, no quiero oír hablar… Y…

» Y como sé que en algún momento nos separaremos (o ni siquiera nos estaremos tocando porque todo en esta vida parece estar mal hecho y está separado) y sufriré el acerbo dolor de la distancia como si me hubieran arrancado la mitad del cuerpo, pues prefiero no vivirlo. Amor, Amor, ojalá jamás te hubiera conocido pues me diste la noción de plenitud sin que está fuera eterna.

» Ay, querido… Pero estas sombras dan vueltas alrededor de mi cabeza solo a veces… Y… y los días que me las creo y me digo: "Vamos a jugar a estar enamorados", volvería cabizbajo a los pies de mi querida y me arrodillaría hasta bañar la arena con sangre. Sí. Eso haría. Pero ay… el amor humano duda y perece… Y claro que la echo de menos. La echo de menos como a quien le amputan un brazo o una pierna. Fue la persona que me enseñó a amar y lo que era el amor. Yo fui suyo, y ella mía.

» Y aquí lo diré: si no fuera por ella, estaría muerto. Deberías haberme visto antes de conocerla… Yo… Vagaba los días y las noches por esquinas y callejas, solo pensando en el maldito libro y en mi miseria. Solo, envenenado, y tan triste que ella, por cierto, me vio puro. Cuando más me odiaba a mi mismo, tuve a alguien que me amaba. Y yo… Yo recé a los cielos y le rogué que por favor, me brindara un amor a la medida de mis capacidades y el cielo, en su eterna misericordia, me entregó un amor tan grande que no merecía. Y me duele, me duele…, claro que me duele. Pero…

» Pero has de saber algo de mi, has de saberlo. Yo nací con un agujero negro en el alma. Y ninguna droga, dinero o pasión ha podido jamás llenarlo. ¡Esa es mi fortuna! Bendito el sufrimiento que aclara los ojos… He aprendido a vivir con un dolor tan hondo, que sintiendo que muero, vivo más que nunca.

» Y… Y os lo voy a decir todo; sí. Os lo voy a decir. Me da igual que os riáis de mi. Me da igual que todo esto esté pasado de moda, me da igual. Yo… Yo la dejé porque escuché una llamada. Sí. Desde que soy pequeño, siento que hay alguien que me llama. Y me llama y me llama y me llama. Y

hasta que no responda a su llamada no seré quien debo ser. Solo ordeñaré fantasmas y seré un océano seco mientras la ignore. Y… y si la dejo a ella… y si dejo a mi amor humano… es para dedicarme al otro amor… al Amor, Amor. Porque yo no debo vivir un idilio con una persona, no. Yo me debo al mundo, al Universo entero. Y yo… prefiero no hablar de todo esto, prefiero no hacerlo. ¿Entiendes? ¿Qué prefiero? ¿Vivir para asegurarme mi propio bienestar o vivir para facilitar el de otros? Y, bueno, eso pensaba yo…

» Porque… porque… desvelemos las funcionamientos de los diversos engranajes… que… Verás… *No eren tot flors i violes, m'entens?* Oh, no. Nada de todo eso. Si has leído el libro habrás podido verlo. Nos deleitábamos en la maldad. Había rencor, orgullo, envidia, y toda clase de cosas que no… Cosas de las que ahora no me gustaría hablar. Y adulación, mucha adulación… Y yo, débil en amor propio como pocos, caigo en las redes… Movido por la falsa perfección que ella me otorgaba, creía Amor lo que desde fuera se veía como maligno engaño. Y, ¡ay!, querido, deberías haberme visto emborrachándome con ese veneno. Cada vez que la besaba, convertía mi alma en cuerpo; cada vez que la veía, mi vigor se amedrentaba y mi ambición se atenuaba hasta quedar por completo embelasada por su cuerpo. Teniéndola a ella, ¿qué otra cosa podría uno desear?

» Y ¿qué iba a hacer, eh? ¿Qué iba a hacer? ¿Sabes tú qué se ha de hacer ante estas situaciones? ¿Eh? ¿No os enseñan como resistir la tentación en vuestra divina Castalia? ¿Eh? Ay… Perdóname… Tú tienes la culpa… ¡Estaba extraviadísimo! No entendía nada. En mi corazón bullían diez mil pensamientos contradictorios. Incluso quien más te ama quiere destruirte. Y yo lo había leído. Y yo sabía, como bien tú sabes, de la negatividad lógica del progreso humano. Y cuando creí caminar en círculos ascendía en espiral. ¡Y he estado con gente que pretendía amarme porque en realidad me odiaba y con gente que pretendía odiarme porque en realidad me amaba! ¿No? Sí, sí… Así funciona todo… Creo…

» Me da igual, sinceramente… A esas alturas ya solo quiero acabar el libro…

» —¿Qué libro? —preguntarías tú.

» —El libro que escribo viviendo. *Damn, son. Woop, woop, woop, woowoowoo…, try again next time*… (¡Qué ganas tengo, qué ganas tengo de acabar!) Ya he hablado de eso. Una vez uno se topa con los límites de la representación, ¿qué puede hacer? Pues nada mejor que convertirse a si mismo en su obra de arte definitiva, ¿no? ¿O qué? En fin, que ¿qué querías que hiciese? ¿Buscar cobijo en una cuna de espinas? ¿Inundar de besos a mi verdugo? ¿Tomar criptonita como si fueran espinacas? ¡Ay! Allá donde hay amor, hay engaño, que no te mientan. Por muchos trucos que desveles, por muchos disfraces que descubras, siempre queda otra máscara, siempre queda otra habitación. Además, que descubrir la mentira no conlleva revelar la Verdad. Pero en fin, los juegos de lógica para otro momento. Además, sé muy poco de lógica… A ver si me callo. Porque… ¿qué te parecen mis ecos calderonianos, por cierto? Voy a callarme.

» Ah, por cierto… Ten en cuenta que todos estos pensamientos solo me invaden cuando voy muy bebido de café y ando con las botas metidas en el fango, creyendo estar indagando en los anales de la genialidad humana cuando, en realidad, estoy simplemente interpretando los mismos vicios y bajezas que cualquier común de los mortales. Creyéndome que soy Alguien y cuando en realidad no soy nadie, nadie… Tonterías, nada más. ¡Ay!

» Los días, en cambio, que medito, las estrellas se alínean por encima de mi coronilla y esos días soy mi misma esposa y mi madre y mi padre y mi hijo y mi… Puedes imaginártelo. Circunscribo el mundo sin estar circunscrito. Soy consciente de cada uno de mis pasos y el viento me acompaña en mi andar. Y… Y… Y…

» —Entiendo lo que quieres decir, creo. Prefieres no caminar con un bastón, ¿no? Te da miedo que la costumbre lo haga necesario. ¿Sabes que el sonido de los besos es adictivo y excita tus pezones llenándolos de leche? Es verdad…

» —¡Claro, claro! —te interrumpiré yo después de beberme de un trago el café que me quedaba y con ganas de seguir hablando— Yo… Yo… Yo soy un demonio cuando estoy con compañía y un ángel cuando me recluyo en soledad… O no… ¿Era al revés? Ahora no recuerdo bien… Soy un ángel con compañía y un demonio en soledad… Sí. No, no, no… A ver… Arriba la Luna, *oea*… Perdón. No. Lo que puedo decir es que… A veces soy un demonio y a veces soy un ángel. Eso. Eso queda bien. Más o menos.

» Te diré la verdad. La triste y amarga verdad. La dejé, no por habernos vuelto pesados títeres de la costumbre o porque el pudor por lo venerado se había convertido en el rencor del subyugado o por *x*, *b*, *z*, o *33-42-24332* (que también). La dejé porque… la dejé porque… *¡Bah!* ¡Porque quiero ser San Agustín! Hala, ya lo he dicho. Necesito Verdad, y quiero Verdad. Quiero Gracia y Fe. Quiero conocer a Dios. Hala. Y que Dios me perdone la soberbia pero es lo único sólido que concibo y es lo único por lo que me merece la pena haber seguido viviendo. Y justo en el momento en que uno cree en la Gracia Divina… Justo en ese momento desciende la Gracia y lo posee. Y ya está. He probado los artificios humanos y ninguno me sacia… ninguno. Y recordará a un familiar para siempre.

» Yo necesito algo sólido, sólido. ¿Entiendes, querido? Y sólido… sólido solo es Dios. Y Dios también es… Pero no nos liemos con eso ahora. Yo quiero lo *real*. No me conformaré con menos. No puedo alargar más mi vida en esta viscosa marisma de sinsentidos y murallas…

» Ay, ay. Voy a llorar. Mierda. ¡No sé! No sé si quiero ser San Agustín. Solo quiero… Quiero… Algo… Algo real… ¿entiendes? Algo real… Descansar, saber, concluir… Estoy muy cansado… Me perdonarás… Nunca me había sentido tan atraído por un cuerpo humano y huí espantado… Ahora ni siquiera sé qué quiero. Ni siquiera sé si debo querer algo… ¿Y mi *teleprompter*? He leído tantas cosas… Me han dicho otras tantas… ¿Cuál es mi cámara? Ay… Ya no sé de qué debo hablar… Ay, ¡ay! Acurrucarme en su amable cauce… ¡Chasis de hojas otoñales suaves y terciopeladas! ¡Ay, ay! Tú, que me prometiste el cielo y luego me preguntaste dónde estaba; tú,

que… Da igual. Estoy muy cansado ya. A la mierda. ¡Apuntador! Me pierdo, me pierdo… Y… ya lo sé que estas partes no te gustan, querido, pero una rosa no crece sin espinas. Ha de haber partes que hieran deliberadamente al buen gusto. Eso es así. O lo sublime o nada. Gris, amada, si estás leyendo esto, espero que sepas que te quiero con locura, y que te amaré hasta el final de mis días, y que te agradezco todo lo que me has dado. Te debo la vida; gracias.

» ¡No! ¡Infame! ¿Agradeces los glaciares sin saber que es viernes? ¡Ah, pérfido! Pobre retención inicial pasada por agua y atiborrada de barbitúricos… Ved en mi libro como uno se convierte en si mismo… O… Sí… Para todos ¡todo! *Beep boop beep beep boop*… No morirá la flor de la palabra… Más de dos mil millones de hectáreas para expropiar la noche: una víctima del Gobierno de la nación… Un café con Baileys y… ¡Cambia la cara *broder* que la vida es un sueño! Ay.

» Y… y si no hablo de ti como realmente eres, y si solo te represento mediante alusiones vagas e inconcretas, creéme, lo hago por respeto hacia ti. *¿Sabías qué…?* ¡Goya nunca retrató a su mujer! Porque la representación distorsiona y solo complica las cosas. Pues eso. Exhibo tu alma al no hablar de ella y concreto tus rasgos al no describirlos. Rodeo en órbita tu núcleo para no alejarme de él… ¿Qué voy a hacerle? Mi escaso talento solo ensuciaría tus divinas cualidades y… En fin, tú ya me entiendes. Al principio quise que me sacaran en portada, después quise escribir los diarios, después quise quemarlos, y ahora ya no me importa si hace frío y calor.

» Éramos una buena canción, las cosas como son…: yo necesitaba tu cuerpo, tú necesitabas mi mente, pero todas las buenas canciones se acaban. Y cuando volvimos a quedar aquel día que ahora no voy a explicar porque empieza a rozar los límites de la locura absoluta y te me ofreciste y yo me negué, lo hice simplemente porque renuncio aceptar que mi plenitud no dependa de mi y paso de construir un armazón de objetos, personas y situaciones que me brinden la ilusión de estar completo. Total, que yo solo

amaré cuando pueda prescindir de ese amor. He dicho. Sí… yo quiero Libertad, Verdad… Quizás estoy loco, pero conocer a Dios es el único porvenir que concibo mejor que el suicidio.

» Y… Y… Ya está. Ya quiero acabar. Ya no quiero más. No. Me habré olvidado de decir diez mil cosas que quería decir pero es lo que hay. Esto, sino, es un sinvivir. Lo que debería posibilitar, impide, y pues, aquí lo dejo. Me cagaré en la puta cuando encuentre entre mis cuadernos antiguos frases que creía ingeniosísimas o cuando se me ocurran juicios de valor cómicos o frasecitas de estas que abundan en este maldito libro… Pero es lo que hay. Mis ideas literarias se tendrán que quedar durante un tiempo huérfanas de hijo en el que abocar su conocimiento. Yo llego hasta donde llego. Y tengo ganas de pintar, ¡qué coño! Que yo no he venido aquí a hablar de mi libro, yo he venido aquí a pintar, joder. Me salen imágenes por las orejas y voy muy, muy, muy retrasado.

» Y con pintar no me refiero a pintar, no… Me refiero a *meter las manos en la masa*. Es excesivamente ingenuo creer que uno puede aportar algo nuevo al arte pintando cuadros…, a pesar de que me encantaría poder creerlo… Yo… yo quiero cambiar el mundo y, con cuadros, dudo mucho poder hacerlo. Pero en fin, ¿por qué seguiré hablando?

» Lo último que haré será darte mi diario y con él podrás entretenerte un rato más… Respecto a todas las chicas que han aparecido en el libro… *Emm*… Es una opinión inpopular y de la Edad Media, lo sé, pero creo que todas las chicas guapas son demonios hambrientos que solo quieren tu corazón palpitante. No sé, quizás me equivoco. Ojalá. Probablemente. Me he equivocado en todo lo demás, o sea que no me sorprendería. Quizás son ambas cosas, una tentación del diablo y un regalo de Dios. No lo sé. Estoy muy cansado. Quizás… Ay, ay… ¿Que Dios no está de moda, dices? Un deicidio es un oxímoron y estoy aburrido de mi mismo. Qué ganas tengo de cortarme la lengua…

» Solo te digo esto: no huyas de tu destino, no huyas de tu destino. Sé que es muy difícil conocerlo pero esfuérzate en conocerlo y luego

esfuérzate en obedecerlo. Por favor. Quien ignora la llamada solo vive entre zarzas y maleza y su corazón se vuelve de piedra y alambre. Hay manjares y deleite para quien obedece. O no. ¡No sé! Qué se yo! ¡No me hagas caso! Yo no sé nada, querido, yo no sé nada. Qué sé yo… Estúdiate a ti mismo y haz lo que creas conveniente. Y ama… ama. Aunque estés de mal humor y odies a todo el mundo y el mundo te parezca una mierda y te duela todo el cuerpo y quieras morirte… ¡ama! Y verás como se te pasa todo. Ama, ama, ama, reparte amor y ensancha el alma. Por mucho que te cueste, amado… Ama, ama, ama…

» Ay, he de rendirme, es hora de rendirme… Ya lo sé, llevo todo el libro hablando de lo mismo, pero no acabo de asimilarlo. Las fuerzas de las que pretendo escapar son las mismas que deseo alcanzar. Quien infunde miedo incita a vivir. La muralla contra la que topas es el corazón de la siguiente y el solemne arquitrabe no es sino un robusto estilobato. De la historia al fruto y de la semilla a Dios.

» Por Dios… He de callarme. ¿Cuántos desplazamientos se preven? Ten… Te doy mi diario… He perdido todos los avances que hice por aquel entonces… He dejado de meditar. Tengo mis razones, yo creo que las puedes imaginar… Un papel como éste no podía dejarlo escapar, ya me entiendes… *Not everyday you come across a hero… It's nothing, just a shot in the heart*. No hay nada más bonito (claro) que el ornamento superficial y superfluo y vacío que puebla las puntas de los castillos… Esa flor, en esa esquina no ejerce ninguna función y, sin embargo, apacigua las aguas del espíritu…

» Ay, ¿y no las confunde también? ¿No? Terciado mi noray braquicéfalo, mi prisión checa de ballets mecánicos, tengo frente corta y me ahogo en dique seco como un magro y garboso gañán. Espero que mis lágrimas rieguen algún corazón muerto. *Bah*, da igual. Ya no me importa nada. Si el azar me quiere rey que me corone sin mi acción. Si la pirámide es inevitable no me rebelaré contra ella. Ten el maldito diario. ¡Ay, círculo, círculo mío…! Yo que soñé ser centro resulto ser periferia…

Y entonces F, sudando profusamente, se dejó caer en el sofá. Las últimas frases las pronunció cada vez más bajas, como si estuviera alejándose. Alguien miraba el diario que le acababa de entregar mientras, de soslayo e intentando que F no lo notara, lo miraba a él viéndole dormir desde muy, muy lejos. Hojeó el libro.

La fiesta se estaba vaciando. La música era tranquila. La gente se había agrupado en pequeños grupos que hablaban tranquilamente. La luz hogareña (la que al principio a Alguien le había parecido infernal), tapaba con un tapiz de mansedumbre y amor toda la fiesta. Alguien lee mientras caen gruesas lágrimas de su clitoris ocular.

—94—

21 de febrero de 2020

Ew… El buen arte no emboba, el buen arte incomoda.

Imaginaciones de hoy:

Un ciervo en una noche azul. Una sonrisa que se transparenta desde detrás del paisaje. Ceres aparece adornada y ataviada, recostada en su trono y con una corona con tres picos que parecen gotear hacia el cielo. Hilos blancos, fondo negro. Contrato de alquiler en movimiento; de mesa a mesa, de mano a mano. De todo, solo se ve una parte. Luces blancas y borrosas. El personaje se tambalea y titubea. Un gigante vomita otros gigantes un poco más pequeños; no hay espacios vacíos entre gigantes. La marabunta se apila de forma similar a la del Juicio Final de Miguel Ángel o a un montón de grafittis del mismo grupo en una pequeña verja. Haces de luz se disparan hacia arriba a la derecha. El Hijo se encuentra al Padre en mitad de la tormenta como en la película Castillo en el cielo. Sí, sí, un ovalo; dialogan con un ovalo. La persona que me encontré ayer esculpida en mármol. La escultura llora sangre. Risas de mis colegas del trabajo. Miradas cómplices, como si supieran dónde están y qué están haciendo. Una hoja en blanco

cuadrada. *You hear these funny voices in the Tower of Song*. El Sol de la portada no oficial de Donda. Una bajada difuminada. Mancha, vacío, vacío, vacío…

Una sombra. Mi mirada se enfoca. La sombra se convierte en una persona minúscula frente a una pared gigantesca. La toca con la mano. Empieza a escalarla con mucha facilidad para lo lisa que es. Llega arriba de todo. Dentro de las murallas hay un jardín. Se desliza por la muralla hasta el jardín. Cae. Dentro, le espera un ser majestuoso. Parece una mezcla entre animal, hombre y dios. Tiene cabeza de ciervo, cuerpo de hombre, y atuendos de rey.

—¿A qué has venido? —me pregunta.

—No lo sé —le digo yo después de pensarlo mucho rato. Me muero de vergüenza. Me cago encima.

—Creo… —sigo—, creo que he venido a ver al árbol que se iza a si mismo victorioso —le digo después de que me lo chive una imaginación.

—Ven —responde.

Lo sigo y me lleva por el bosque. Pasamos por un pasillo: a la izquierda dejamos muchos de mis recuerdos del otro mundo y, encima de estos, un Sol que empuja; a la derecha vemos muchos de mis futuros en el otro mundo encima de una Luna que abraza.

Quiero hablar pero no me acuerdo cómo. Bajo la cabeza, apenado. Me miro los pies. Al mirar otra vez hacia delante, veo mutar al hombre ciervo y convertirse en una mujer elegante con un vestido azul suave. No tiene rostro. Cada vez que se gira, le veo el pelo. Siento una mezcla de terror, asco y extraña seducción.

Obedezco. Me siento.

—¿Qué haces? —me dice—. Aún no hemos llegado.

—No, no. Esto me sirve ya. Estoy muy cansado. Me doy por satisfecho.

La princesa desaparece, el bosque también, y aparezco de vuelta en mi habitación con el cuaderno en la mano izquierda, el boli en la derecha, y sentado en una butaca.

Aprendo que he de meditar un rato para trascender la barrera de lo temporal y particular para adentrarme en el conocimiento eterno e inmutable. Cuánto más inmerso estoy en los bienes terrenales y sus quehaceres, más me cuesta acceder al conocimiento verdadero.

22 de febrero de 2020

Día de color crema pastel. Mañana os hablo de los reyes y los tiranos y la sangre que riega los imperios.

Aún tengo cosas que decir y cosas que demostrar, tristemente. La costumbre es un monstruo difícil de matar. He escrito esto caminando por la calle:

Envidio a la gente que veo por la calle. Todos parecen ir a algún lado. Yo, mientras, me paso la vida entera sin ir hacia ninguno. Solo la vida del que espera tiene sentido. Quien no desea ni espera nada, vive en un negro rodeado de blanco. Todo cambia y nada resuelve, y pues, vago.

Parezco Pessoa y no me gusta Pessoa.

Todo me pone triste. ¡Está lloviendo! Un perro ladra, un martillo pica, la lluvia cae y un hombre camina ensimismado. Pensar no me seduce; contemplar tampoco; actúar, tampoco; y sentir, aún menos. Sin embargo, los sé inevitables. Y me aburro.

"Cambia esa cara, broder, la vida es un sueño", leo en un grafitti. Sonrío, pero me duele demasiado la cabeza para obedecer.

Veo a un hombre hablar por teléfono. La concreción de sus rasgos faciales me da miedo. Los hombres asentados, los hombres asentados… Todo está en su sitio y muy, muy condensado, casi más sólido que una escultura. Creo que el hombre es el hombre más hombre que he visto en mi vida. Sigo caminando.

Pienso que me gustaría pasarme la vida entera leyendo. Pero hay tantas cosas que leer, que cuando voy a una librería me pongo triste. Tanta gente escribiendo cosas que a nadie importan… De los libros no se deriva ninguna felicidad suprema.

Uno, cuando es joven, ha de leer mucho para conocer mundo y voces diferentes, pero una vez ya ha conocido suficientes, y ya ha adquirido una propia, los libros dejan de servirle y se convierten en un inconveniente más que en un facilitador.

La primera razón del acto creativo siempre es uno mismo (si no, no escribiría tanta gente). Yo escribí el libro, básicamente, para convertirme en mi mismo. Igual que toda terapia es, principalmente, autoterapia, uno crea para verse y entenderse a si mismo y el mundo; que el mundo comparta ese entendimiento es completamente secundario. Y ocurre algo muy mágico: cuando uno vuelve la mirada hacia si mismo, el que lo presencia se siente impulsado a hacerlo también; y ahí reside la verdadera magia de los libros, siempre y cuando sean libros introspectivos y no hablen de… de *cosas*. ¡Dios está en los detalles y tú no has mencionado ninguno, inútil!, quiere decirme mi demonio. Pero ya no le hago caso a mi pobre demonio porque sé que no tiene razón. Me compadezco de él y le doy abrazos. Eso hago.

Después… después no digo lo que pasa.

Lo siguiente lo voy a transcribir tal y como lo escribí originalmente porque, si no, mi yo actual, el que transcribe este diario en el libro casi un año después, intercede demasiado en lo escrito por motivos morales y estéticos (si es que son diferentes).

Bueno, allí va:

Bien… La cuestión es que soy un privilegiado, lo soy… A pesar de que ahora mismo necesito dinero para comprarme un billete de tren y no puedo comer fuera, ¡puedo dedicarme a ser artista! A quién se le ocurre… No me oiréis mucho hablar de mis padres pero… ¡son unos ángeles! Unos santos ángeles. Me han dejado todo el tiempo del mundo para encontrar mi camino. En contra de lo que deben creer todos sus amigos (e incluso, muchas veces, ellos mismos) han permitido que su hijo no estudie y que vague pacientemente por los campos de la imaginación hasta dar con su cometido… Son ángeles, estoy convencido.

Yo, como os podréis imaginar, soy una persona un poco excéntrica. También lo han aceptado. Claro que, al principio, les costaba más y ponían más reticencias y me recomendaban una cosa o la otra, pero con el tiempo he llegado a convencerles de mi valía. (¡Y todo gracias a mi tozudez! :DDD ¡Gracias, taurina perseverancia! ¡Gracias, persistente frontispicio bañado en sangre siempre fresca!) Si llego a ser alguien en esta vida, será gracias a ellos. (Y a mi tozudez). Confían en mi y en mi talento, y eso es todo lo que se le puede pedir a unos padres. Mamá, papá, nunca os lo digo, pero gracias. Os quiero mucho. Y os prometo que haré que estéis orgullosos de mi. No os arrepentiréis de haber confiado en mi.

Me he desviado del tema —ya veis que lo mío no es escribir… (las palabras no atrapan la velocidad de mi corazón). Pues eso, que soy un privilegiado. Y mi vida de privilegio se asienta sobre una vastísima extensión de cadáveres amontonados que, día a día, caen extenuados tras sudar sangre y lágrimas y ofrecer su vida entera por un triste trozo de pan. Y eso es así y quien no lo vea no tiene ojos para ver, o simplemente no quiere mirar. No los culpo, la visión es bastante estremecedora; es comprensible.

Camino sobre un desierto de cicatrices. Tumbas calcinadas crecen al borde de mis zapatos. La gran pirámide descansa sobre el cuerpo exánime de la masa. Y esa. Maldita. Jerarquía. Está. En todos. Lados. Allá donde mires, la verás. Vayas donde vayas, todo se organiza con esa jerarquía. Hay unos que hablan, y otros que escuchan. Unos que mandan, y otros que obedecen. Unos que lideran, y otros que siguen. Unos que se expanden, y otros que se contraen. Y los de abajo callan porque temen a los de arriba, y saben que por mucho que alcen la voz, los de arriba salen siempre ganando. Y a los de arriba les da igual todo porque con un dedo vencen a un ejército. Y si el ejército vence, cambian los actores pero los papeles se mantienen y la obra es la misma. Y yo me quiero morir porque no quiero participar de todo eso. No quiero. Y… y solo por el simple hecho de estar escribiendo estas líneas, ya participo. Y si me callara, participaría también. Y si me

suicidara, participaría también. Y si intentara que gobernara el bien, participaría también. Ay, ay, ay, ay, ay…

Y por eso siempre estoy solo. Porque eso no hay quien lo digiera. No hay forma de presenciar eso y salir ileso. (A no ser que uno haya sucumbido al régimen de insensibilización dogmática que practica el mismo sistema para hacerse soportable.) Además, yo he tenido la grandísima suerte (aunque mi amiga reaccionaria no lo admita posible por estar cegada de dogma y cometer el característico error de anular cualquier discurso que, por forma y vocabulario, disida de la propia ideología y sea atribuible al otro bando sin escuchar imparcial y objetivamente las razones que lo sostienen; cabe añadir, aunque sea obvio: como estoy haciendo yo ahora mismo) de estar en ambos lados: he sido rey, y he sido esclavo; y ambas veces, os lo confieso, me he sentido como un mentiroso.

Mi naturaleza es de rey, todas mis cualidades son de rey, toda mi infancia ha sido de rey, pero me niego a aceptar mi papel si para serlo he de someter a los demás a mi voluntad. Yo no quiero ser un tirano. Solo tomaré la corona si estoy plenamente convencido de que puedo ser de utilidad para el pueblo y puedo inundarlo con esperanza y amor y no con confusión y temor. (No sé si seré capaz jamás, pero es el único fin que considero concebible. De lo contrario, creo que prefiero no vivir.)

Y también fui esclavo, cuando me rebelé contra mi sangre real, me exilié y huí lejos del reino. Volví al cabo de un tiempo con una voz diferente y muy cambiado. No fui reconocido y me mezclé con la turba. Bajaba la cabeza ante las órdenes del nuevo rey, un tirano ebrio de poder. Pero aquello no duró mucho, porque terminaron por reconocerme como digno heredero y el pueblo exigió mi acción. Y yo no era capaz. No. Me resistía y me negaba a volver a coger el cetro, porque tenía miedo de que, al cogerlo, el poder me cegara de vuelta y corrompiera la pureza que había cultivado en mi retiro, así que huía, y el pueblo lloraba mi huída y se quedaban desprotegidos y abrumados por un silencio abrasador. El tirano y sus secuaces se reían de mi y el pueblo me miraba decepcionado.

Pero bueno… lo entiendo. Quizás esa es la única forma de organizarse. Quizás no hay alternativa… Quizás el rey no tiene porque ser un tirano y el pueblo no tiene porque ser esclavo. O quizás no hay alternativa y el rey no puede ser sino rey y el esclavo no puede ser sino esclavo… y todos hemos nacido para representar un papel y no nos toca a nosotros escoger cual interpretamos y simplemente hemos de aceptar las voluntades de los dioses.

No lo sé, lo único que sé es que a mi no me sienta bien ver todo eso. Ver que alguien monopoliza la conversación mientras los dos sumisos se ríen y hacen intervenciones de vez en cuando… ¡Sobre todo cuando veo que alguno de ellos no está cómodo en su papel de sometido! Eso es lo que más duele de ver. Un hombre resignado ante su destino… Pero… pero… (He de aprender lógica para ordenar mi pensamiento. Si no, siento que divago inútilmente como una abeja entre capullos.)

Una vez vi un hombre que había intentado liberarse del yugo del papá Estado… Pero, claro, lejos del reino, en la intemperie y sin haber entrenado jamás la autosuficiencia… duró poco y tuvo que volver.

(Está claro: el Estado que quiera engendrar individuos libres y autónomos, deberá tener la menor incidencia posible en la educación del invididuo; si, por el contrario, su intención es crear una sociedad de individuos obedientes, deberá incidir lo máximo posible en su desarrollo, implementado reglas a las que subyugarse, estructuras a las que atenerse, etc.) […]

Sigo. Además, volvió con el rabo entre las piernas porque había desafiado al orden públicamente y había fracasado en su intento de emancipación; imaginaos… El pobre hombre tuvo que someterse más estrictamente a la reglamentación porque los guardias lo vigilaban con especial ahínco.

Y yo… yo solo hablé con él. Aquel día entendí la comunión entre lo espiritual y lo político, y la frase de la mano y el corazón de Metropolis. Yo no quiero la corona y cada vez que me la ofrecen, la aparto asqueado. No quiero relacionarme con los reyes. (Si acepto la corona y la conversación de

los reyes lo haré con la sola y única intención de ningunear la corona y la posición de los reyes y ser escuchado para dar amor e importancia al pueblo; porque sí, tristemente, en este mundo se escucha más a los reyes que al pueblo). Una vez concebida la diferencia…

El tirano no me interesa. Me da igual los regalos que haga al pueblo para que crean que es buen rey. He visto la sangre en sus ojos. He visto el puñal en su mano. He visto a su *partner in crime* y los he visto (literalmente) pasarse el mando entre ellos. (Aquel día jugaban a la Play; el próximo día se repartirán el mundo a trozos). Y, ¡claro que están contentos! Se retroalimentan el uno al otro en su abundancia y sus excesos, inventan morales que les permita ahondar con indulgencia en sus pecados y sus vicios e incluso tienen la hipocresía suficiente para llamarlos virtudes…!

Pero miradlo a él, por el amor de Dios, miradlo a él. Mirad como esquiva la mirada y evita la confrontación. Mirad como habla con murmuros y con miedo. Por favor, miradlo a él, el sometido. ¿Cómo podéis tener el alma en paz ante tan horripilante visión? Habéis matado a un hombre. Lo habéis matado. Le costará siglos salir de su humillada condición (si es que sale). No podrá vivir sin amo y lo único que hará hasta el final de sus días, es buscar un nuevo dueño… Y mientras, los tiranos se alimentarán de su sangre como parásitos sedientos…

(El *partner in crime*, el *sidekick*, es el que aviva el fuego del tirano y *keeps the game going* es el público activo, el amigo del trilero, la leña base, el director de marketing; generalmente, es la "amante" del tirano, en público se somete porque en privado manda; su papel es, muchas veces, el de mediador entre el tirano y el pueblo; el pueblo lo ve como uno de los suyos porque juega a dos bandas. El público pasivo, en cambio, es quien pone el dinero sin conocer la trama, las maderitas pequeñas, el que compra lo anunciado y disfruta ("disfruta") del helado.)

Ay, si tan solo los reyes fuesen capaces de salir de ellos mismos y ver la realidad del asunto… Verían que su reino entero está construido sobre cenizas, que su castillo crece por encima de una marabunta de sollozos…

Entonces, el pueblo se daría cuenta de que el fruto que reciben no es real, es objeto de una ilusión cuidadosamente manufacturada y mantenida en pie con vigorosos y muy cuidados esfuerzos. Sí, la manzana es roja, pero por dentro está podrida.

El pueblo necesita ser engañado para seguir trabajando: necesita reírse y divertirse y aplaudir el gran espectáculo que se le ofrece; necesita creer que fuera de la potestad del tirano solo hay miseria y peor tiranía. Y el tirano necesita al pueblo para alimentarse de los frutos de su trabajo y conservar en vilo el gran espectáculo que los da a todos de comer.

Irónicamente, el tirano acaba necesitando al pueblo tanto como el pueblo al tirano —esto es: si quiere mantener su tren de vida. La artificiosidad y lo alambicado del engaño llega a veces a tan perfecta composición, que el tirano es igual de víctima que el pueblo, creyendóse convencidísimo todo el teatro que él, en un primer momento, engendró como teatro para distraer y mantener cerca al pueblo.

Quizás es la única forma…; quizás soy yo el enfermo…; quizás el pueblo no puede ser otra cosa que pueblo y el rey no puede ser otra cosa que rey…

Pero no. Me niego. El rey puede, al menos, ser buen rey. El buen rey educa a su pueblo con la Verdad. El tirano mantiene inculto a su pueblo para que no se subleve. El buen rey no tiene nada que esconder. El tirano vive del secreto. El buen rey descubre. El tirano esconde. El buen rey invita a la investigación. El tirano reprime e impone lo investigado. El buen rey permite e incita la curiosidad. El tirano aísla a sus subyugados para que no conozcan alternativas. El buen rey revela su naturaleza de rey y se pone a la misma altura que el pueblo. El tirano nunca aceptará su posición de superioridad para poder así mantenerla intacta.

"Venga, haced públicas las cuentas, descubridnos lo que hacéis cada día, exponed vuestra verdadera naturaleza y así os respetaremos", debiera gritar el pueblo. Pero no lo hace. El pueblo, también, prefiere vivir en la ilusión.

¿Por qué? Porque conocerse a uno mismo es doloroso y descubres tu verdadera fealdad y que, al fin y al cabo, no eras tan bueno como creías ser.

A la gente eso no le interesa. ¡Tienes pan, tienes circo! ¿Qué más necesitas? Vayamos al cine a ver una película, vayamos a la manifestación a cambiar el mundo…: proyectemos nuestra maldad en los *demás,* en todos los que están *fuera*. Pasémonos la vida contemplando la de los demás para no tener que contemplar la *nuestra*… Y siguen viviendo en los cotilleos y rumores sin mirarse nunca en el oscuro espejo.

Y el reino se mantiene en pie gracias al engaño y el engaño solo se perpetua gracias a la voluntad de ser engañado.

23 de febrero de 2020
Love makes the world sin.

> *"En vez de que la economía sea liberal, la educación igualitaria y la política fraternal, propongo una educación liberal, una política igualitaria y una economía fraternal."*
>
> *Escuchado en un bar.*

Recordatorio: no te rasques el pelo, en un gesto tan ínfimo está el Pecado Original. Todo lo que no sea consciente, es pecado.

(Creo.)

Después de estos tres incisos, empiezo.

Hoy he soñado que estaba estancado en la creación de una obra de grandes dimensiones. Hago unas líneas que no me gustan, etc. El cuadro es muy largo y poco alto. Mi inconsciente me está mandando mensajes. Me incita que vuelva a la pintura.

Tengo muchas ganas de volver a pintar. Llevo muchos meses sin hacerlo. Entre el libro y la transcripción de las memorias de mi abuelo no tengo tiempo. Además, pintar requiere gastos que no puedo permitirme.

Sospecho que mi retorno será definitivo.Ya he probado todo lo que quería probar y ahora me toca escoger. Sí. Sacrificar la pluripotencialidad de la infancia por algo definido y enmarcado. *So be it*. Estoy preparado y dispuesto a sacrificarme.

Me dedicaré al arte como quien se dedica a una ciencia, pero con la posibilidad de libertad que otorga el hecho de que, al fin y al cabo, es arte y no ciencia. Porque *I like it like that*. Dejaré de explicar mis problemas al mundo (que ahora, por cierto, ya ni siquiera ni son míos, ni son problemas; se han convertido, como los de Warhol, en una buena página de diario) y me comprometeré con *la causa*.

Me pregunto si algo para existir requiere su registro. Me he comprado un libro de Baudrillard, cuando lo termine os respondo. Me lo he comprado porque creo que llevo años pensando en sus ideas sin haber leído nada suyo. Eso es algo muy común. Siempre he creído en una especie de *Zeitgeist* que abarca a todos los contemporáneos de una misma época y hace que aborden inevitablemente las mismas problemáticas. En fin, que sabía que existía, sabía de lo que escribía, pero no lo leía. (Quizás para no descubrirme a mi mismo mi falta de originalidad…). Al final me he decidido: al fin y al cabo, mis ideas no son mías, son de mi tiempo y pues, no tengo porque enorgullecerme de algo que no es realmente mío. Por eso Messi o Durero son tan humildes con su talento, porque saben que no es suyo.

(Aunque también, *tot sigui dit,* siempre he tenido la seguridad de que hay algo más allá de la volatilidad de lo contemporáneo; como una especie de utopía platónica (o patrón constante) cobijada en lo más hondo del alma, guardada entre sábanas blancas e imperturbable a la caprichosa voluntad del tiempo. No lo sé, os lo confirmo más tarde. Aún soy joven para confirmaroslo sin reprochármelo después…)

[Inciso. No he terminado el libro de Baudrillard. Muy rara vez termino de leer ensayos. De hecho, creo que nunca he terminado ninguno. Sin embargo, intuyo haber vislumbrado el tema básico de todos sus escritos. Lo resumiría así:

Napoleón quería parecerse a Julio César, Julien Sorel quería parecerse a Napoleón, y yo quiero parecerme a Julien Sorel.

Y eso.

Pues que… como os decía, ahora estoy en la película de que debo despojarme de todas las idiosincrasias de mi individualidad para ser capaz de obrar en la esfera pública de la forma más objetiva posible. Quizás no exista la manera y uno siempre está maniatado a si mismo. Aún así, vale la pena intentarlo. Quizás me invento algún ritual para materializar mi desprendimiento de mi mismo.

Creo que con terminar el libro servirá. De hecho, ahora que pienso, la conclusión podría apuntar hacia algo de este estilo: el protagonista ha viajado por las profundidades de su ser y solo se ha visto a si mismo, acechado por la revelación de que su interior es inacabable y permanece inmutable a las circunstancias exteriores que le rodeen (y no necesita cuidados tan intensivos), acepta olvidarse de su subjetividad para entrar en el campo de lo objetivo. En resumen, el actor decide olvidarse de su papel de seductor del público para dedicarse a la docencia del mismo. ¿Y es que la seducción no es una forma de docencia? ¿Y es que…?

Queridos, son diferentes porque el que seduce busca acaparar y "atrapar" las miradas que el público le dirige, el otro, en cambio, busca reflejar las miradas que el público le dirige para que las dirijan hacia si mismos. El cansancio que se sufre como público es muy distinto. El que escucha al primero siente que su energía vital ha sido robada; el que escucha al segundo, sienta que ha sido nutrida.

(Además, y esto es lo más importante, el mundo interior, sin interacción con el exterior, termina repitiéndose).

He encontrado el ritual iniciático perfecto para cristalizar mi transmutación: transcribir las memorias de mi abuelo. En las tribus antiguas,

los niños que debían hacer el paso a su edad adulta, se aislaban con los hombres mayores de las tribus durante días o semanas para que estos les enseñasen todo lo necesario para sobrevivir como hombres autosuficientes. ¿Qué mejor simulacro puedo encontrar de esa tradición en una sociedad tan desarraigada de los aspectos ritualísticos de la vida (que, al fin y al cabo, divinizan lo mundano asemejando a lo colectivo una experiencia individual) que transcribir las memorias del patriarca de mi familia? Ninguna, eso digo yo.

De momento, la experiencia me está brindando muchas enseñanzas, como por ejemplo, que el hombre pasa la vida entera preocupado por lo que, al umbral de la muerte, son nimiedades y tonterías. Hoy por hoy, me hace gracia imaginarme tomando esa clase de decisiones. Una luz aquí, una pata allá, etc. (Seguramente, cuando esté completamente entregado a la labor, llamaré a un electricista sin ningún problema y cuando visite mi casa todo fluirá sin ningún tipo de fricciones innecesarias).

And now, let us make way to our deeply beloved and thoroughly missed Melancholy!

Ay… Mi abuelo ha construido casas… Alejandro Magno conquistó Asia. Cervantes escribió el Quijote y Einstein descubrió la Teoría de la Relatividad… y ¿dónde está todo eso? ¿A quién le importa? ¿Dónde va a parar? ¿Realmente creéis que me importa utilizar un teléfono más así o hablar de una forma más asá o ver unas imágenes de esas o sentir una tendencia natural hacia aquellas…? ¿De verdad creéis que me importa? ¿De verdad creéis que no me abrumaría la misma dichosa melancolía? Yo creo que tanto si fuera un átomo flotando en la mitad de un espacio infinito y oscuro como el epicentro mismo del Universo entero, me sentiría igual de melancólico.

Todo es un río de cenizas y el hombre no es más que una hormiga y una hormiga no es más que arena. ¿Por qué hacemos todo lo que hacemos? ¿Por qué escribe mi querido abuelo sus memorias? ¿Por qué escribe mi querido Yo un libro? ¿Por qué preocuparse en construir un edificio? ¿Por qué

preocuparse en conocer la Verdad? ¿Por qué mejorar el imperio de burbujas? Todo lo que sobrepase los límites de lo necesario, es ostentación y como tal, redundante e inútil. Ay… por qué escribirá mi abuelo sus memorias… ¿Es para dejar una justificación legal de sus asuntos? ¿Es para que lo lean? Y si lo leen, ¿qué?

¿Qué me importa a mi Napoleón? ¿Qué me importa a mi tener los dientes limpios? ¿Qué me importa a mi la invención de la rueda? Si yo con una zanahoria y una casa de paja tendría suficiente… Ay… Y además, ninguno, nadie, nunca, jamás, por muy altas cotas que haya alcanzado, se salva de la podredumbre y el decaimiento. Puedes haber pintado las Meninas… te mueres. Puedes haber descubierto que la Tierra no es el centro del Universo… te mueres. Puedes descubrir la bipartición del átomo… te mueres. ¿Qué significa una palabra en una página? Negro sobre blanco, simples manchas en un océano de… Un libro no son más que manchas negras en páginas blancas. Eso es lo máximo a lo que el hombre puede aspirar, fijaos: a que le pongan su nombre a una calle.

Todo muere.

Todo perece y nada se transforma y a mi me dan ganas de partirme de risa ante lo ridículo del asunto. Ahora lo entiendo… Y la vida me da risa. Y mi alma está siempre sonriendo por dentro… ¡Je, je, je! *Oh darling, darling, I'm calling, I'm calling…* (¿No se paga cada segundo de felicidad con diez mil de miseria?) Amo a mi abuelo y a mi abuela, y amo a las chicas que se sientan a mi lado en el metro y hablan de las cosas de la universidad y de los problemas que tienen muchos chicos de la época y de la amiga a la que odian y de los privilegios que disfrutan y de la imposibilidad de cambiar el mundo y de la hipocresía de los influencers y del equilibrio entre lo común y lo privado y el individualismo y el tribalismo y de la pobre representación de las minorías en los medios de comunicación y de lo iluminadas que están y lo extrañas que se sentirán al separarse y llegar a casa y oh… Oh…

A mi me dan ganas de llorar de la risa y mearme en la cara de la chica que no para de hablar porque (¡sí!) el problema de la gente es que habla

demasiado y mi problema es que soy igual de desgraciado que todo el mundo y me creo mejor que todos ellos… Ay, Dios mío, soy igual que ellas. Soy igual que el mundo. Cuando hablaba del mundo, hablaba de mi, y cuando hablaba con el mundo, hablaba conmigo. Madre mía… ¡Este es el estribillo!

Traedme la cuerda que me cuelgo, todo esto es un chiste.

Es broma. ¡Soy libre! Qué bonito. Voy a amar al mundo entero e inundarlo de luz… *To the rescue… here I am*. Preocúpate solo de satisfacer los deseos del alma y el alma *vivirá y te hablará*.

24 de febrero de 2020

Hoy el mundo huele a crema solar y está más seco que una pasa. Hoy huele a primavera y no quiero abrir los ojos.

Ayer tuve un día muy ajetreado. La exultación y el desequilibrio provienen (a mi parecer) del malestar orgánico y de no llevar una vida disciplinada y tranquila. Cuando uno se atiene a su objetivo y se mantiene constante en su ejercicio (y es un objetivo virtuoso y recto), todo sale rodado y el esfuerzo no es forzoso. Cuando uno, en cambio, se deja llevar por vaivenes emocionales y arrebatos de pasión, es muy fácil caerse de la cuerda al fondo del abismo.

He de encontrar la forma de compaginar mi yo meditativo con una vida social más o menos activa. Hasta ahora, me ha costado mucho. O era una o era la otra. He de entender que el Amor verdadero no conlleva pecado.

Cuando dije que sí era porque me había convencido de que, para participar en cualquier conversación, uno debía poner en jaque su verdad silenciosa para jugar al juego con el otro o los otros y ponerse a decir barbaridades y exageraciones desde la más absoluta inconsciencia. Quiero creer que hay una alternativa. Espero encontrarla. De lo contrario, tendré que decidir entre hacerme un ermitaño o vender mi alma al diablo y ninguna de las perspectivas me atraen lo suficiente.

25 de febrero de 2020

Estoy empezando a entenderlo. El universo tiene una forma curiosa de revelar sus secretos. Si lo fuerzas, no habla. Si esperas en silencio, la Verdad se te revela. Todo a su debido tiempo y a su debida medida. No esperes oceános. La Verdad es suministrada con cuentagotas. Por cada obsequio que recibas, reacciona con humildad. Cuanto más humilde seas, más Verdad recibirás. A partir de ahora voy a abstenerme de describiros mis revelaciones y mis sentimientos. Los distorsiono a ellos y me distorsiono a mi. Emitir juicios de valor no me sirve de nada para saber el valor real de las cosas. La descripción no es lo descrito. El problema principal es un problema de representación. No nos relacionamos con objetos, sino con la sombra que proyectan, su imagen. No en vano imagen viene del latín *imago*, que quiere decir retrato, copia, o imitación… La Verdad es la que es. (Y muchas veces, la Verdad no tiene porque ser verdad, por cierto…) Sea la que sea, no la encontrarás escrita. Tú baja la cabeza y escucha.

Nada de lo que siento es mío. Hoy entiendo lo que decía hace tiempo de "si yo me tomara en serio mis emociones, me hubiera suicidado hace tiempo". Voy de arriba y abajo y mi alegría proviene del mismo lado que mi tristeza. Cuando descubro que no hay ninguna estructura a la que atenerme, ninguna pauta de conducta lo suficientemente sólida para contener los motivos de mis actos, cuando descubro, en definitiva, que soy libre y puedo hacer lo que me salga de los cojones, una de dos: o me pongo muy, muy, muy triste; o me pongo muy, muy, muy alegre.

Ahora ya no soy víctima de exaltaciones ni hundimientos. Ni el oleaje ni la calma del oceáno perturban su naturaleza de oceáno.

Pero en fin, que lo que quería decir es que se ha acabado mi lenguaje afectado y se han acabado los signos de exclamación. A partir de ahora, comedimiento, seriedad, madurez y compromiso. Este será el resultado de mi rito iniciático. He de olvidarme de mis cárceles y de mis madres; si de verdad me quieren, me querrán libre… Ya no puedo ser un bebé. Mi familia será la Humanidad entera. Penetraré en el mundo e intervendré en la

realidad *tangible*. Mejoraré la vida de mis conciudadanos. Seré un hombre *comprometido*. Mi era de acuario será saturnal. Disciplina, rigor, y sacrificio. Trabajaré día y noche para el mejoramiento de la especie. Lo demás, lo siento, pero no me sirve nada. He descubierto las bondades del trabajo. Del trabajo esforzado y honesto. Voy a dedicar mi vida entera al trabajo. Eso.

26 de febrero de 2020

Estoy haciendo crecer una esfera a mi lado. Del brote resultará el equilibrio. No hay representación posible del mundo: cuando aparece un concepto, la cosa a la que se refiere desaparece. *As soon as I found it, I flipped that,* dice el diablillo detrás del proscenio. Agua pasada no mueve molino. Arriba, a lo nuevo. *No mist, only clear skies*. Tengo una idea para un cuadro y la ejecutaré con la minuciosidad debida para que sea *perfecta* y que albergue el espíritu de su idea. Lo mediocre está destinado a morir. O lo mejor o lo peor, o la fama o la ignominia. Y como no puedo ser un descabellado vicioso, intentaré ser lo otro (siempre en la medida que mis capacidades me permitan). Os iré anunciando los progresos (claro…, estoy adicto a ti). Por aquí no, porque quiero acabar de una vez por todas el libro para olvidar mi pasado y cerrar el maldito círculo. Pero sí, seguiré hablandoos.

He de renunciar a la idea de querer decirlo todo. ¿Por qué tengo esta pulsión de decirlo todo cuando sé perfectamente que no sirve de nada? He de olvidarme del libro. Es importante. He de olvidarme de crear y empezar a creer. Confíar en el silencio que sigue y precede, confiar en que, cuando me desprenda de mi mismo, habrá alguien en el otro lado para cogerme, confiar en que, cuando deje de interpretar este maldito guión…

¿Y por qué ha de haber algo? Si no hay nada y no tengo conciencia de ello, bienvenido sea; si lo hay y realmente alguien me sostiene, bienvenido sea también… ¿Por qué sigo hablando? ¿Por qué?

He de *aceptar* que no voy a ser capaz de decirlo todo. He de desprenderme del libro si quiero vivir. He de aceptar que no soy un dios. He de hacerme humilde y aceptar mi posición. Humildad, humildad, humildad, humildad. He de recordármelo cada día, en cada acto y con cada palabra y pensamiento porque me es extremadamente fácil venirme arriba y darme de ostias con el techo y acabar magullado por todos lados. Adiós, adiós, adiós.

PD: Todo saldrá bien.

No puedo irme. Quiero deciros más cosas.

Yo me odio a mi mismo. Me odio muy profundamente a mi mismo. Creo, de hecho, que es uno de los principales motivos por el que hago gran parte de lo que hago. Mi odio a mi mismo se ha convertido en un estandarte tan sólido en mi personalidad, que ha terminado por ser uno de los pilares de mi amor propio, por paradójico que parezca. Hasta el día en que no me ame a mi mismo (y amarme a mi mismo de verdad, no este narcisismo tóxico que me profeso), no conseguiré librarme de todas estas tonterías que hago para llamar la atención.

Me sabe mal haberos involucrado en todo esto. De verdad.

(Cada vez estoy más cerca, por cierto… Gracias por ayudarme, amados… Muchas gracias.)

27 de febrero de 2020

Limpieza en el acto. Limpieza en el pensamiento. Limpieza en el sentimiento.

Rectitud, rectitud, rectitud.

PD: Sí, queridos, la virtud es aburrida.

28 de febrero de 2020

¿Es tu hacer un pensar?

¿Es tu pensar un sentir?

¿Es tu sentir un hacer?

29 de febrero de 2020

Día.

1 de marzo de 2020

Día. (Y noche).

2 de marzo de 2020

Gozar o sufrir, pero callar siempre.

3 de marzo de 2020

Adiós.

—95—

Alguien despega sus ojos del libro y sonríe. La noche empieza a clarear y ve amanecer por la ventana.

—¿Qué, nos vamos? —le pregunta F.

Él asiente en silencio y se van de la fiesta. Caminan por las calles vacías mientras el Sol empieza a tocar las paredes de los edificios con sus finitos brazos. El silencio resuena con suaves armonías y solo lo interrumpe algún rugido momentáneo de un coche o una moto.

F mira a Alguien sonriéndole.

—Oye y… —le pregunta Alguien— y ¿por qué yo he sido salvado?

Las pestañas del alma de Alguien tiemblan mientras lo pregunta. Sus rodillas se hacen débiles y titubean. Mira a F con los ojos muy abiertos, como quien lee un libro muy atentamente.

—Bueno…, pues porque tu salvaste a alguien —responde.

Hay… Hay. No preguntes.

De repente, aparecieron en una calle ajetreadísima. Había gente disfrazada y escaleras que no iban a ningún lado. Unos cogían lo que otros daban. Otros simplemente miraban. La mayoría caminaban pero algunos estaban sentados. Algunos se reían y otros reptaban por el suelo… Vi mendigos, reyes, divas y moscas. Todos cantaban. Yo me comía una manzana y caminaba también. Como ellos.

Había algunos espejos colgados en las esquinas que reflejaban una parte del mundo, y yo quería abrazarlos a todos: a los que transportaban maletas y a los que hacían malabares con cuchillos; a los que tenían el pelo de fuego y a los árboles (sobretodo a las copas de los árboles, pero también a sus raíces, aunque me amenazaran con enredarme, y a los troncos); también quería abrazar a las puertas y a los tacones de las chicas y a los sombreros de los abuelos y a las escaleras que no iban a ninguna parte. ¡Abrazar! ¡Abrazar al mundo entero es lo que quiero!

Yo cantaba y caminaba con ellos… De ellos, con ellos y para ellos. A veces me paraba a escuchar, pero solo para volver a cantar y fundirme con ellos en un gran abrazo.

Y allá arriba, entre los edificios, vi una montaña. Y encima de la montaña había un castillo. Y en el castillo había paz y en sus murallas no había muertos. Y me entraron ganas de llorar, pero no lloré, y las lágrimas que podría haber llorado me estremecieron con un escalofrío. Y el mundo entero parecía esconder una sonrisa y la sonrisa era de Amor. También había gente que estaba muy seria y un perro, pero los que cojeaban, en el fondo, también sonreían y cantaban. Y el mundo entero cantaba y yo, entonces, entre mis recuerdos y los del mundo, me acordé de que había quedado con un amigo, seguí caminando, y me callé.